

VICENTE PALERMO

LA VIDA
BREVE
DE DARDO
CABO

Un Avión Argentino Aterriza
Esta Mañana en las Malvinas

PASIÓN
Y TRAGEDIA
DEL PERONISMO
PLEBEYO


 siglo veintiuno
editores

VICENTE PALERMO

LA VIDA
BREVE
DE DARDO
CABO

Un Avión Argentino Aterrizó
Esta Mañana en las Malvinas

PASIÓN
Y TRAGEDIA
DEL PERONISMO
PLEBEYO

 siglo veintiuno
editores

Índice

[Cubierta](#)

[Índice](#)

[Portada](#)

[Copyright](#)

[Epígrafe](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Epílogo

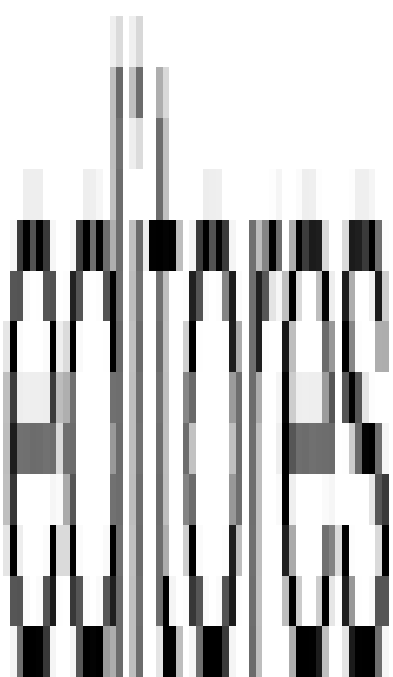
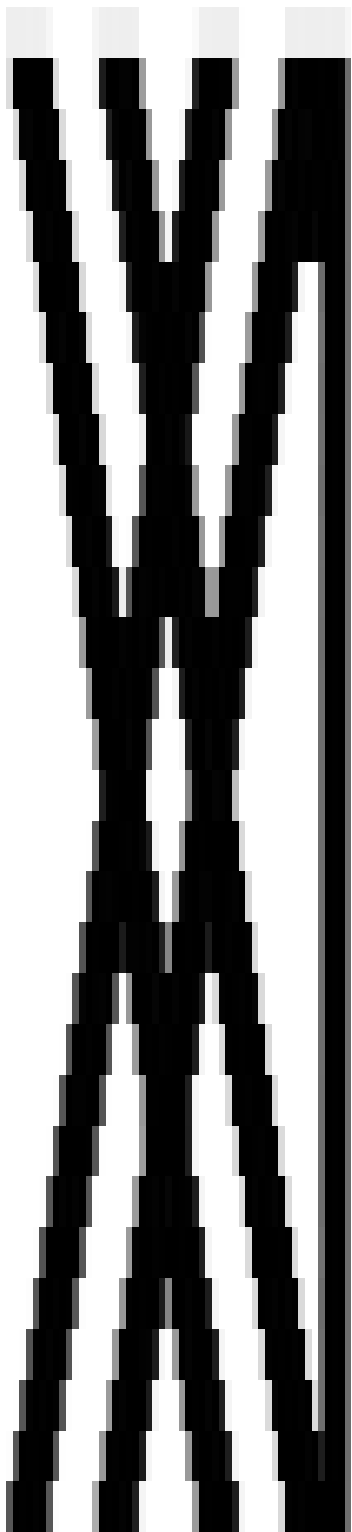
Bibliografía

Agradecimientos

Vicente Palermo

LA VIDA BREVE DE DARDO CABO

Pasión y tragedia del peronismo plebeyo



■
Palermo, Vicente

La vida breve de Dardo Cabo / Vicente Palermo.- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2021.

Libro digital, EPUB.- (Vidas para leerlas)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-801-074-8

1. Historia Argentina. I. Título.

CDD 982

■

© 2021, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

www.sigloxxieditores.com.ar

Diseño de portada: Ana Zelada & Rompo

Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores
Argentina

Primera edición en formato digital: mayo de 2021

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN edición digital (ePub): 978-987-801-074-8

Llegó con tres heridas,
la del amor, la de la muerte, la de la vida.

Con tres heridas viene,
la de la vida, la del amor, la de la muerte.

Con tres heridas yo,
la de la vida, la de la muerte, la del amor.

Miguel Hernández (1910-1942), Alicante, España

Aquel acto fue el primero de nuestra propaganda, y con el brío de todas las cosas pujantes, concluyó a tiros. Casi siempre, el empezar a tiros es la mejor manera de entenderse.

José Antonio Primo de Rivera (1903-1936), Alicante, España

Para Vicky. Just a closer walk with thee

a la memoria de Eduardo Passalacqua y Mario Serrafiero

Prólogo

Dardo Cabo, hijo del mítico dirigente sindical Armando Cabo, legendario luchador de la Resistencia Peronista, esa gesta heroica, hecha de valor y entrega, fue un defensor incondicional de la soberanía, y ofrendó su vida por la liberación nacional y social, como exponente emblemático de una juventud maravillosa. Este sería el peor comienzo posible para un libro dedicado a la vida de Dardo Cabo. Un comienzo alternativo tan malo: un iracundo de la acción violenta y la apatía moral, un matón, sicópata de las armas que abrazó con fanatismo la escuela del odio, manipulado siempre por los habitantes de las sombras.

Escribir me libera. No solamente siento placer, sino que me permite tomar distancia del dolor. Escribir es alcanzar lo inalcanzable, oír lo inaudible, ver lo que no puede verse, tocar lo que no puede tocarse, sumergirse en una zambullida sin fin por un instante, suspenderse en el aire cancelando la gravedad por una eternidad fugaz, hacer propio el tiempo del milagro secreto con que Dios premia, o castiga. En una especie de intermitente calvario, reconstruyendo una vida –la vida breve de Dardo Cabo– a través de lecturas, entrevistas, diálogos y reflexiones sin sosiego, que me empujaban hacia un mundo pesado y denso como el mercurio, del que solo a través de la escritura he podido –y puedo– salir.

Esta no es una novela histórica. Pretende, más bien, capturar un tiempo sin historia. Los acontecimientos que relata comienzan en 1941 y finalizan en 1977, pero lo que se narra no se agota allí. Mucho del ser humano está situado en la historia, pero una cierta intimidad propia, específica, única, no pertenece a la historia, solo forma parte de él mismo. El lector podrá juzgar si la he captado, o inventado, para el caso de Cabo, con buena fortuna, pero es eso lo que he intentado hacer: cruzar trayectoria de vida y proceso histórico sin disipar la peculiaridad de una vida. Y hay otra razón, práctica, aunque, involuntariamente, ha definido un estilo: las novelas históricas suelen encuadrar minuciosamente la trama personal de sus protagonistas. Este relato no lo hace. Una novela histórica cuyos acontecimientos transcurren durante el Terror, como *El 93* de Victor Hugo, no está centrada en las vidas de un grupo de protagonistas, del modo en que *Los demonios* de Dostoyevski sí lo está. Mientras *El 93* es una novela

histórica, Los demonios no lo es: si bien sus protagonistas están profundamente inmersos en un contexto sociohistórico, el autor no se ocupa de este como sí lo hace Victor Hugo. En mi relato, si John William Cooke es llamado a escena, o si en un diálogo es mencionado el Plan Conintes, no me ocupó de explicar quién es Cooke o de qué van el Conintes, las 62 Organizaciones, Gustavo Rearte, Ezeiza. Llegado el caso, los consabidos instrumentos de navegación informática, donde cualquier lector obtendrá a brocha gorda lo necesario para desbrozar su camino, harán posible que el texto no sea abstruso para jóvenes de hasta 50 años, no desprovistos de alguna tenacidad. En ese sentido, este libro constituye una inmensa elipsis; quizás toda narración –a excepción del Ulises, valga la humorada– sea elíptica. Aun la novela histórica. Y me siento tan dolorosamente próximo a los hechos aquí tratados, que he vivido y no he vivido, que sospecho que sin recurrir a la elipsis jamás podría terminar de escribir. Diría que el incidentalismo es la marca de estilo más fuerte de este texto.

Interrogado sobre los motivos que me llevaron a acometer una pieza literaria –no una biografía– sobre Dardo Cabo, he notado que esa pregunta me ponía incómodo conmigo mismo. Hasta que descubrí la raíz de esa incomodidad: yo respondía con racionalizaciones (dicho esto en el sentido coloquial de justificaciones espurias de algo). Cuando me percaté puse las racionalizaciones a un lado y encaré la verdad: me ocupé de Dardo Cabo porque me dio la real gana. Porque la vida vertiginosa de alguien que quema su vela por las dos puntas (osadía que pocos tienen) me fascinó desde que comencé a interesarme por la historia política. Más aún tratándose de un contemporáneo (apenas diez años mayor que yo, copartícipe de la trama histórica a quien llegué a conocer solo de lejos) del que, si existiera la liza atemporal de las justas ideológicas, yo sería fuera de duda un contendiente resuelto.

Como sea, quizás los trazos de vida que Cabo y yo tenemos en común expliquen algunas cosas. No solamente la militancia en el peronismo en los setenta (en organizaciones muy diferentes, aunque redentoristas ambas); también el haber sido escolares pupilos y la muerte violenta de nuestras madres. Pero esto no es seguro: cuando empecé a interesarme por Dardo aún no sabía que había sido pupilo ni cómo había muerto su madre. Mi interés por su figura nació escribiendo otro libro, Sal en las heridas, dedicado a triturar la causa Malvinas. Tuve que meterme de lleno en el Operativo Cóndor, esa aventura de pendejos bohemios nacionalistas de armas jugar que, a pesar de estar en las antípodas de mis concepciones políticas y mis valores republicanos, me conmovieron tanto. Coqueteé con la idea de hacer una biografía política de Cabo pero

afortunadamente resistí la tentación; habría sido un desastre. Cabo no abandonó nunca, desde entonces, algún recoveco de mi mente. Fue en mi reciente incursión en la literatura, muy sorpresiva para mí mismo, por donde el diablo metió la cola. Lo que a todas luces me era imposible como biografía política era un desafío que merecía la pena encarar como texto literario.

Solamente el deseo me ha arrastrado al dolor y al placer de escribir este texto, que he redactado, hago hincapié, sin la menor nostalgia por aquel pasado. Aunque las racionalizaciones no siempre son falaces. Así que una vez dicho lo que importa, puedo ensayarlas aquí. Quizás el relato verosímil de la vida de Dardo me permita hacer un modesto aporte a la calidad de la memoria (no es este el lugar adecuado para emplear o discutir sintagmas problemáticos de inspiración romántica como “memoria colectiva” o “memoria histórica”) de aquellas décadas, los sesenta y los setenta. Calidad que, en muchas de sus vertientes, es, hay que decirlo, pésima. Sobre todo en los dos extremos, que son muy seductores. Uno de ellos, para los jóvenes que se enamoran de esos años que no han vivido, con una nostalgia ajena, vicaria, y para los “viejos” que en lugar de negociar (lo digo deliberadamente) los términos de su relación con la historia de la que fueron, a su modo, protagonistas, prefieren huir de ella y volar los puentes sin advertir que el río que han atravesado no es tan caudaloso ni su corriente es tan fuerte, y que la huida los priva de lo rico, lo mejor de aquellos tiempos mientras que los fantasmas siniestros también atraviesan el río y los alcanzan. Para enamorar a los jóvenes ha cobrado forma una épica, una epopeya, una poética (esta última de mala calidad) que establece un lazo de amor entre las generaciones juveniles de hoy y los sobrevivientes de entonces, pero sobre todo con los muertos, con los Ausentes. Se trata de un relato falaz porque es relato sin introspección, carece de toda mirada crítica, está desprovisto del espesor de una comprensión, presidido por dos figuras, la revolución y la violencia, y un verbo, creer. Y un sustantivo derivado: voluntad. Es incapaz de reconstruir circunstancias históricas y examinar las decisiones personales como no sea bajo una luz indulgente, facilonamente justificatoria. No solo no había alternativas atendibles para proceder de otro modo, sino que lo actuado fue heroico, memorable y glorioso. Como reza un texto emblemático, sus protagonistas “decidieron arriesgar todo lo que tenían para construir una sociedad que consideraban más justa”. Así, quienes pueden contarlos se embarcan en una recreación gozosa de lo vivido y quienes no pueden porque ya están muertos son contados, a puro abuso, en esta celebración. ¿Y los que no lo han vivido? Son colocados en el peor lugar: la nostalgia por lo que nunca les ocurrió. Pero en el otro extremo, el opuesto, para facilitar la huida de los viejos culposos (bien

podría ser más generosa la RAE con este término), la memoria también carece de espesor comprensivo. Banaliza los acontecimientos de esas décadas reduciéndolos a tres cosas: locura, crimen y estupidez. Uno de sus adjetivos favoritos es absurdo. Sencillamente todo lo que aconteció fue absurdo. Por ende, no puede ser explicado ni comprendido. Se renuncia a explicar cuando se recurre a la metáfora de la demencia: para un “diccionario crítico”, ese fue el tiempo en el que “la Argentina se volvió loca”. En esta aproximación a la tragedia de los setenta, el anacronismo es recurrente: qué absurdo que los jóvenes se alzaran a la lucha en una sociedad de pleno empleo, qué desprecio por la democracia, qué despropósito que tomaran las armas, etc. ¿Qué comprensión nos proporciona esa mirada si en 1970 tenía pleno sentido, para muchos partícipes genuinos del devenir político, sostener que “Nuestro pueblo no es tanto un pueblo hambreado, como un pueblo ofendido”? La mirada retrospectiva –que se extiende sobre las decisiones, las opciones, los dilemas, las percepciones que enfrentaron los protagonistas de ese pasado, como si ellos conocieran de antemano la trayectoria histórica o personal que nos lleva desde aquel entonces a hoy, como si los valores o propósitos que defendían debieran haber sido los nuestros de ahora– es en esta perspectiva netamente dominante. De este modo la comprensión histórica es imposible.

¿Se requieren tantos esfuerzos para justificar una narración? No me he sumergido en esos lustros que fueron para mí vertiginosos (como para muchos otros, pero no, desde luego, para la inmensa mayoría de los argentinos, ni siquiera de los jóvenes, como tantos creen ahora) con el deseo de releer en y desde el presente los subrayados de un libro ya leído en el pasado. Prefiero sustituir por otra esta expresión libresca que encuentro tan feliz: escribo para creer en mis recuerdos. No es la primera vez que me sucede, no será la última: necesito escribir para poder leer, para poder creer que mis recuerdos son producto de una lectura muy antigua, la lectura de la propia vida vivida. He escrito, en suma, para creer en mis recuerdos, y no –a riesgo de ser cargoso– para reivindicar un pasado o para execrarlo, con propósitos edificantes. Quien esté buscando lo edificante, que no pierda el tiempo con este libro.

Desplegadas estas justificaciones, vale un primer esfuerzo para situar a Dardo en su historia. Creo apropiado entenderlo como inscripto en una vertiente distinta pero convergente (nunca de modo pacífico) con las dos que se suelen identificar como centrales en los sesenta y setenta, y que desembocan en el peronismo: la izquierda que deja de ser “apátrida” y el milenarismo cristiano. Dardo no está en ninguna de ellas sino en la vertiente peronista, que desagua en la metamorfosis

del peronismo, en los quince años que van entre mediados de los cincuenta y principios de los setenta. En otras palabras: el propio peronismo, no vayan a creer, aportó lo suyo a esa transformación de sí mismo (aporte que en general se destaca muy poco). Al ingresar Dardo en esa vertiente (hacia fines de la Resistencia Peronista, antes del gobierno de Arturo Frondizi), sus escasos años de vida habían ya acumulado motivos más que suficientes (muerte de Evita, desarraigo de un colegio de élite, bombardeos de junio, muerte de la madre, extremas frustración y desesperación del padre, expulsión abrupta del paraíso terrenal, todo en tres años) como para experimentar dos pulsiones espantosas: el resentimiento y el odio. Son pulsiones que, puestas en acto, esclavizan, y dan forma a muchas de las vivencias, percepciones y concepciones con las que nos relacionamos con la vida. Pero no necesariamente. Y son sustancialmente diferentes entre sí. ¿Dardo había dejado acunar su resentimiento, se había permitido reconcomerse en él, o por caminos desconocidos pero no inimaginables, había conseguido sublimar, alquimizar, enaltecer, su resentimiento en odio, y conferir a este el impulso para hacer de él un rebelde, o un revolucionario? ¿Consiguió Dardo, dando rienda suelta a su odio, apagar todo resentimiento? En última instancia, es una pregunta evitista. Odiando, ¿creía Dardo echar la verdad a la cara de un pueblo adormecido, se movía al compás de un resentimiento que lo consumía, o hacía de su odio una causa política, apuntalada en principios y valores? Esa causa, ¿disipaba los últimos restos del resentimiento o dejaba traslucir ominosamente un resentimiento viejo pero endurecido, que podía emerger, brutal, en el momento menos pensado? Preguntas todas evitistas, sobre una vida que llevaba apenas once años cuando falleció Eva Perón. Por cierto, este libro responde acabadamente, modestia aparte, a estas preguntas y a muchas otras, y precisamente por eso es un libro de ficción, no una biografía política. Por esto debo ser franco: a los lectores interesados en la historia argentina de la segunda mitad del siglo XX no les ofrezco ninguna solución, solo dolores de cabeza. Porque ficcionalizar las memorias, o hacerlo con la materia histórica, abre la ventana a la incertidumbre de un modo en que, se supone, la biografía política o el texto de historia clásicos no siempre hacen.

Se podría sostener, insistamos, que Dardo es una expresión genuina de la vertiente turbulenta del nacionalismo revolucionario. No sería equivocado porque nuestro protagonista fue la vida entera –más allá, valga la paradoja, de los agudos cambios aparentes en su trayectoria– furiosamente nacionalista y furiosamente revolucionario. No obstante, esta caracterización no nos llevaría muy lejos: es difícil defender que el peronismo –al menos el que conoció Dardo

(1941-1977)– dejó de ser alguna vez nacionalista. ¿Qué significa, entonces, expresar una vertiente nacionalista dentro de un movimiento nacionalista? Parece un poco redundante. Y no ganaríamos mucho diciendo que el de Dardo se trataba de un nacionalismo antiliberal, porque prácticamente todo el peronismo lo era. ¿Cuál era, entonces, el rasgo distintivo de Dardo? ¿Lo popular? ¿La violencia? No son trazos que se puedan sostener convincentemente como haciendo una diferencia dentro del peronismo. A mi entender, es la dimensión plebeya del evitismo, el rostro más auténtico y radical de este, lo que sí marca, a diferencia de las connotaciones anteriores, una línea nítida de diferenciación interna entre el peronismo de Dardo y otros peronismos. Al fin y al cabo, el peronismo de Evita es objeto de ritual adoración de todos, pero el plebeyismo evitista no lo cultivan genuinamente tantos.

Admitiré que cuando resolví hacer entrevistas a quienes habían conocido a Dardo o habían sido partícipes de sus andanzas, comencé la tarea con ciertas aprensiones. Tenían una raíz clara esos recelos: que las entrevistas me condujeran ante el espectro de un humano más real, pero desagradable o sórdido, y se esfumara la vaga empatía formada sobre el personaje fantasmal amasado con experiencias personales, lecturas, investigaciones sobre temas diversos, a lo largo de los años. Con alivio, comprobé que los que habían conocido a Cabo, incluso aquellos que conservaban de él (algunos sin haber cambiado mucho, sin haber abjurado de las viejas ideas nacional sindicalistas unos, de aquel populismo radical que los movía, otros) la imagen del facho pasional y violento, o del evitista radical (pero, ¿se puede o no ser las dos cosas?), tenían por su persona y por su vida una singular estima. “Dardo era un tipo extraordinario”; “Cabo era de una nobleza fuera de lo común”, registré comentarios de este tenor en la mayoría de las entrevistas. Y a medida que avancé en lecturas, o revisé lecturas viejas, encontré, sumergidas en los lugares comunes de la sacralización, en el ditirambo y hasta en la hagiografía, las huellas de un aprecio genuino. Cómo puede ser esto así no lo sé, y no tengo la obligación de saberlo. Quizás alguna clave se encuentre en esta novela, en que procuré, en el plano del relato propiamente dicho, ser fiel a los hechos. He ficcionalizado, pero no he inventado hechos de naturaleza histórica. De cualquier modo, atenerse a los hechos puede no ser más que una trampa: la construcción de la subjetividad de los personajes seguirá siendo un terreno resbaladizo en el que podré traicionarme y, por qué no, traicionar a Dardo o al lector. Se nos presenta, ineludible, la consabida fascinación del escritor por el protagonista al que va imaginando mientras cree que lo va conociendo. Quizás un texto clásico en que el autor sobrellevó la prueba y triunfó sobre su personaje sea la biografía de Albert Speer por Gitta

Sereny: Albert Speer. Su lucha con la verdad. Pero claro, yo no soy Sereny, y me negué a hacer una biografía política, he intentado hacer literatura. Además, las enormes distancias son en este caso riesgosas para una comparación. Speer fue, al cabo, un mefistofélico criminal de guerra a gran escala, y Dardo un hombre de acción que creía y vivía una de las cosas más peligrosas y menos aconsejables en política: la entrega personal a una causa, la embriaguez de la virtud. De modo que es más fácil caer nosotros mismos en la tela de araña que tejemos alrededor de Cabo, que en aquella que Gitta tuvo necesariamente que tejer alrededor de Albert Speer.

En abril de 2018 –algo avanzada ya esta novela– asistí a la proyección del corto *O intenso agora*, de João Moreira Salles, en Buenos Aires. Este excelente documental dedicado a una suerte de rememoración casi privada, al menos íntima, de un pasado no vivido por el director me impresionó vivamente. Yo fui parte, a mi modo, del espíritu emancipador del 68, aunque no estuve entonces ni en París, ni en Praga, ni en Río de Janeiro, ni en Pekín, las ciudades de las que proviene el material documental del cortometraje. A diferencia del director, que revive fílmicamente aquel pasado a través de su familia, yo asistí y participé de aquel espíritu, fui parte de la escena y también figurante. La información novedosa que la película me proporcionó no es en sí misma relevante. Empero, ella me ayudó a ver ingenuamente, si se quiere –esto es, despojado de casi todo lo que sé y me puedo explicar y puedo explicar a otros–, los acontecimientos, en una perspectiva primordial. Pensé, sin la menor envidia personal: qué suerte tuvieron esos chicos, apenas unos años mayores que yo. Pudieron hacer su fiesta, su epifanía, intensa y fugaz, plasmada en palabras pintadas en las paredes que parecían en sí mismas el lugar de realización de lo imposible, pudieron tomar el cielo por asalto para pasar una temporada en él, y eso fue todo. Mientras tanto, Malraux terminaba de escribir *La hoguera de encinas*, el general De Gaulle cerraba su larga parábola política, y los obreros de la Citroen estaban en lo cierto: aquellos estudiantes revoltosos serían sus futuros patrones. Entre el centro y la periferia, la comparación con lo que nos tocó vivir a nosotros, sus contemporáneos, es tan clamorosa, tan gritante y tan dolorosa, que no la voy a hacer aquí, no subestimaré al lector. Y hay algo de magistral en la dirección de Moreira Salles. Que es la distancia que logra en relación con los hechos y sus protagonistas. El director no se deja fascinar por ellos, ni los abomina; tampoco se pretende objetivo, pero no derrama sobre nadie el agua bendita de la mitificación, ni el agua sucia del desprecio. Una sabia comprensión parece presidir el documental, apuntalada, quizás, por el material chino, carioca y checo, que coloca elíptica pero nítidamente en una clave de ironía los sucesos

parisinos. Cuando comencé a redactar este prólogo, cuando vi el filme, la apuesta de este libro ya estaba hecha desde hacía tiempo; a suerte y verdad, nada podía cambiar de las elecciones narrativas aquí tomadas. Ojalá los lectores puedan juzgarme con benevolencia.

* * *

Este híbrido de novela y ensayo comenzó concebido como cuento largo, que pronto mis amigos calificaron piadosamente de nouvelle, por poco tiempo. La presencia en él de una bibliografía no es pura pedantería. El relato se sostiene perfectamente sin ella, pero no quiero privar al lector de ninguna de las fuentes, de calidad y condición sumamente desiguales, que he empleado, como libros, documentos y variopintos impresos, y los supérstites de aquellos tiempos que accedieron a que los entrevistara, incluidos dos o tres que para mi disgusto pidieron no ser identificados. Deberé agradecer también a numerosos interlocutores de todo tipo y edad, pelaje y laya, a quienes debo mucho, y mencionaré al final.

Capítulo I

Enero de 1977. Por fin les permitían salir al patio, luego de semanas, y en el día soleado la algarabía de los presos se dejaba sentir. Entre chanzas y bembas pasa un buen rato hasta que alguno advierte que Dardo no está presente. Raro; pero solo podía estar en su celda, regresan al pabellón y allí lo encuentran, tranquilo, tomando mate.

–Pero Dardo, ¿qué hacés acá boludo? Vení, hay un solazo.

–No, yo con saber que puedo salir... para mí está bien.

Estupefactos pero sabiendo inútil cualquier insistencia, aceptan un mate y vuelven al patio.

Claro, ese es Dardo, si salgo o no lo decido yo, no lo van a decidir estos canallas; qué loco. Malévolo, el otro pensó que Dardo no haría lo mismo si se tratara de salir de la cárcel. ¿Saldrían, alguna vez, de la cárcel?

Esa noche, ya muy de madrugada, vienen a buscar a un par de presos.

–¡Atención! –estentóreo, el segundo jefe del centro de detención–. Los penados Pirlés y Cabo van a ser trasladados a otro presidio inmediatamente. ¡Quince minutos para preparar sus cosas!

Los sacan de la celda a empujones. Todos comprenden de qué se trata, pero un chico nuevo se horroriza ante el destino inminente de los buscados y no para de gritar histéricamente. A patadas lo meten en la solitaria y ahí lo dejan pudrirse.

Tras unos segundos de silencio creció el vocerío de los presos, como la voz misma del desasosiego. Dardo compartía su celda con Esteban, que no había sido nombrado y permaneció mudo como una muralla.

–¡Vamos! Sos boleta hijo de puta –fue casi susurro, el del guardia, acompañado de una sonrisa leve y complacida.

–Quiero comulgar –expresó Cabo.

–No es momento para misas hoy –respondió el jefe del centro, alto y sombrío, con una voz sobrecogedoramente neutral.

Consiguieron tomarlo de sorpresa; no se lo esperaba, Dardo, tan pronto. ¿Tan pronto? Le bajó una angustia que jamás había conocido antes. Las palabras del guardia, brutales, encogieron su corazón y dilaceraron su alma.

Y de las ruinas de su catecismo escolar le subieron por la garganta palabras despojadas. Los que pasaban le blasfemaban moviendo sus cabezas. Y diciendo: Ah, tú el que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres días, si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz... Y cerca de la hora de nona clamó Jesús con grande voz, diciendo: ¿Eli, Eli, Lamma Sabacthani? Se asombró Dardo de recordar la súplica del desamparo, y se dijo: no tenés derecho a esperar misericordia. Y se avergonzó.

Y esa vergüenza lo repuso, mientras abandonaba su cuerpo a una tensión indescriptible; pensó que al menos no lo tomaban por un perejil y que no iba a morir como un perejil. Pensó en María Cristina; en fracción de un segundo, recordó a una amiga de su mujer, astróloga. Estoy muriendo en fecha positiva, se dijo; ni aun entonces le era ajeno el humor, se maldijo; punto muerto de las almas, recordó, como el restallo de un latigazo; luego en su cerebro se agolpó la nada.

Los huéspedes del pabellón de la muerte en la Unidad Penitenciaria 9 recordaron una bamba llegada, funesta, dos días antes: Camps había asumido el cargo de Jefe de Cuerpo determinado a ajustar cuentas. Ya lo estaba haciendo. Claro, Dardo, que era Dardo, y Pirles, alto oficial montonero, integraban esa contabilidad macabra por méritos propios. Un tal Urien también, pero relaciones familiares con los jefes del Cuerpo lo salvaron. “Ley de fugas”, curiosa locución, no es de fugas ni es ley, pero no hay expresiones en correspondencia. Consiste, como nadie ignora, en asesinar a alguien y declarar luego que la víctima había intentado fugarse. Para que tenga gracia tiene que tratarse del poder público. Si no, no vale, no es ley de fugas. Un asesino a sueldo –por caso– no puede declarar que su víctima sucumbió bajo la aplicación de la ley de fugas, ni siquiera en el caso de haber intentado fugarse. La ley de fugas es un privilegio del Estado. Es bien sencillo. Cabo y Pirles han sido obligados a subir en la camioneta celular del presidio, con las manos esposadas a la espalda. Dardo

mantenía, hay que decirlo, el aspecto atildado que el penado Emilio había comprobado en él sin asombro el día anterior. Pirlés no. El peor momento para Dardo, en su empeño por mantener la mente en blanco, fue el del sacudón inercial cuando la camioneta arrancó abruptamente. Detrás venía un patrullero. Recorrieron pocos kilómetros; la escolta, armada con pistolas ametralladoras, hizo descender a Dardo y a Pirlés, cuyo propósito de fugarse era manifiesto. Los fugitivos recibieron sendos empujones propinados en sus espaldas, seguramente con la intención de facilitarles su fuga. Entonces percibieron al patrullero, que se había adelantado unos metros, y entendieron que no serían las escoltas las que les aplicarían la ley –de fugas–. Porque las puertas traseras del patrullero se abrían, y de ambas bajaron sujetos de civil, munidos de armas largas, que ya les apuntaban. Dardo y Pirlés alcanzaron, al unísono, a girar unos grados sus cuerpos, que recibieron las ráfagas en los flancos.

Y así murió Dardo Cabo. A la corta edad de 36 años. Había nacido el 1º de enero de 1941, en Tres Arroyos, provincia de Buenos Aires.

* * *

San Pedro examina el expediente del nuevo difunto. Sus pecados no han sido pocos –dice a su asistente, Eugenio Pacelli–; lo merecería, pero al infierno no va, ya en vida sufrió demasiado; mandarlo al purgatorio es al pedo, imposible hacerle purgar nada. Y en el paraíso no lo quiero, me va a hacer mucho quilombo.

–Era un criminal... –alegó Pacelli muy contrariado.

Pedro meneó sus llaves como si fuera a tirárselas por la cabeza.

–Dígame, Pacelli, ¿cuánto hace que presta servicio conmigo? ¡Ni veinte años! Es muy nuevito, no joda... Un criminal –agregó para sí mismo–, sí, cometió crímenes bendecidos por muchos de los nuestros, que en su mayoría vegetan ahora en el purgatorio, aunque otros... –pero el tema no le interesó y volvió al destino de Dardo, pensativo.

–¡Ya sé! Consulten con los griegos, en el Hades va a estar muy bien entre argivos y teucros. Mándenles el CV, si parece salido de la guerra de Troya; aunque lo suyo más bien es el martirio, pero bueno, los Cielos atrasan, los hombres se inventan cada cosa. Sí, hablen con los griegos, ese detalle no les va a importar.

Noviembre de 1947. Dardo y su padre viajan en un colectivo repleto. Ambos están de pie, al fondo. De pronto Dardo dice, casi gritando y sonriente: “Eva puta”. Repite: “Eva puta”. Armando está atónito.

–Pero Lito, ¿qué estás diciendo?

–“Eva puta” –prosigue el niño, muerto de risa.

–Señor, ¿por qué no le dice que se calle la boca a ese gorilita?

Es una voz masculina, proviene de adelante. ¿El chofer? Aparentemente no. Armando escudriña entre la gente apiñada. Se enfurece:

–¿Qué le pasa, compañero? Si tiene algo que decirme venga y digameló, que de lejos no lo escucho bien.

Silencio absoluto. Lito percibe el lío que ha armado y cierra el pico. Armando prefiere bajar antes de lo previsto, alza al chico y pasa hecho una tromba hasta la única puerta del colectivo, sin mirar a nadie. En la vereda, el padre no reta a Dardo, pero le explica quién es Evita.

–¿Dónde aprendiste eso, Lito?

–Me lo dijo Raúl –responde un Dardo ya serio.

–¿Raúl? –frunce el ceño–. ¿El de los Rodríguez? Pero... pero si... bueno, no lo digas más.

* * *

El alma de Dardo fue a parar nomás al Hades; porque los griegos, tras un somero examen de su CV, la recibieron de buen grado. A contragusto, Pacelli ordena al arcángel Miguel que se aparte del Castelo de Santángelo y acompañe a Cabo hasta los infiernos griegos. El arcángel sube a Dardo a sus alas vigorosas. El trayecto no es prolongado.

–Has tenido suerte –atina a decirle el heraldo divino durante el viaje–, nuestro infierno es mucho menos benevolente que el de griegos y romanos. Allí donde vas a lo sumo te aburrirás como un hongo.

Apesadumbrado con la perspectiva, Dardo se siente una hoja impulsada por vientos inescrutables. El arcángel lo deposita, por fin, en la entrada del Hades, una inmensa caverna tenebrosa. En su portal se despliega una sentencia en italiano, que Dardo no demora en entender y encuentra razonable: *il diavolo fa le pentole ma non i coperchi*.

Mientras tanto, el arcángel musita unas palabras a oídos de quienes parecen ser guardianes, y estos le abren paso. Dardo es suavemente empujado hacia adentro por el arcángel.

–Por nada del mundo intentes salir, Cabo, te perderás.

Sin más rodeos alza su vuelo. Dardo se limita a esperar, qué iba a hacer. Los guardias lo ignoraban. Se pregunta inquieto si alguien le iría a dar bola. Adentro el panorama no era nada alentador: pedregones y negras rocas que caen abruptas sobre ríos humeantes, más allá una laguna de aspecto tétrico, sobrevolada por inmensas aves de rapiña, y una multitud de almas desesperadas que puján por obtener un lugar cada vez que una barca, conducida por un viejo gigantesco y mal entrazado, se acerca a la orilla. El viejo, blandiendo su remo enérgicamente, acepta solo unos pocos. Los rechazados no esperan ya un nuevo viaje; desalentados dan media vuelta y se alejan con pasos cansados no se sabe a dónde.

Junio de 1948. Armando acompaña a Evita a una velada en el teatro Avenida, con su amigo Miguel de Molina en el papel estelar. Evita los quiere mucho a ambos, que luego son presentados porque Miguel visita a Eva en su palco.

Armando se impresiona por la nube de perfume francés que cubre el proscenio cuando Miguel sale a escena. Miguel actúa a sala llena. Armando observa la performance de Molina, también a Evita, que no dirige su mirada al público de platea ni una sola vez. Cuando Armando regresa, muy tarde, Lito está despierto. Algo le cuenta, luego de reprochar indulgentemente su vela. Ha estado con Evita, su amiga Evita, le dice.

–¿Y Perón? –pregunta Dardo.

–No, hijo, el general está muy ocupado.

–Evita es la que me regaló la bici, ¿no?

–Sí, hijo... la Fundación.

–¿Qué fundación?

–La Fundación Eva Perón, Dardo.

–Sí –Dardo vacila–, pero contame papá. ¿Por qué le dicen fundación? ¿Es como la fundación de Buenos Aires?

Octubre de 1950. El canciller español Artajo está junto a Perón en los balcones de la Casa de Gobierno. Visiblemente perturbado y desagradado. Perón no le presta la menor atención. Pero Evita, que lo advierte tan notoriamente incómodo, sí. Sin vueltas lo interpela cargada de sorna:

–¿Qué le pasa, Artajo? No parece a gusto.

Artajo vacila, pero no es de los que se intimidan fácilmente. Al fin contesta:

–Señora, fue para acabar con gente como esta que los nacionales nos alzamos en España.

Evita responde afectuosa, condescendiente.

–No hay nada que temer, Artajo, el general Perón amansó la fiera.

El canciller asiente, con deferencia, sin convicción.

Hernán Benítez y Armando Cabo están próximos. Oyen todo. El cura piensa en José Antonio y se muerde la lengua. Pocos años después, ante Lito, mencionarán el breve diálogo. Entre risas amargas y evocaciones (el peronismo es una evocación, Benítez y Cabo dudan a la sazón de que vaya a ser algo más).

* * *

Mientras Dardo reflexiona sobre la olla del diablo, algunos dioses deliberan sobre su destino final. Hera –que los romanos llaman Juno– propone ordenar a Caronte que lo embarque para cruzar el Leteo y lo deposite sempiternamente entre las sombras de las sombras, las almas que vagan en las tinieblas eternas. Apolo concuerda. Minerva se opone vigorosamente.

–Es un finado especial –arguye–. No todos los días la administración católica de ultratumba nos envía un alma. Además, nuestros reglamentos, tras las reformas de tiempos de Virgilio, taxativos son en lo que se refiere a quienes mueren luchando por su patria. Como es indiscutiblemente el caso...

–¿Y qué propones, entonces? Sé clara, Palas Atenea –interrumpe Hera impaciente.

–Propongo que el lugar para Dardo sean los Campos Elíseos, es allí donde quienes han caído luchando por su patria merecen eterno descanso.

–¿Y cuál es la patria por la que ha ofrendado su vida este mortal? –pregunta la esposa de Zeus, escéptica.

–Argentina la llaman, país pródigo, parece, en parir héroes que aman ofrendar sus vidas por la patria –es Apolo quien interviene, punzante.

–¿Y por qué –sigue Hera– no lo han admitido los católicos en sus Santos Cielos, o infiernos?

Minerva vacila.

–Bien –repite al fin–; eso es un poco difícil de explicar, sabes que Pedro es una

personalidad compleja. Pero a nosotros, ¡oh, hija gloriosa de Saturno!, ¿qué nos importa? ¿Por ventura podríamos rechazar –pregunta con sorna– un alma enviada por los acólitos del Dios único y verdadero? No podemos. Zeus, tu hermano y marido, nos lo ha prohibido. Sabiamente. Y si este Dardo ha de quedarse, deberá ser en los Elíseos –cerró canchera, metonímicamente.

Momento propicio para que Apolo diera rienda suelta a su resentimiento.

–Siempre tuviste inclinación, Atenea, por esos jactanciosos a los que con liviandad calificas de héroes. Los inmortales no podemos olvidar cómo auxiliaste a Odiseo hasta la... exageración.

Minerva montó en cólera y salía fuego por sus ojos.

–¡Calla, miserable! –gritó a Apolo–. Con el paso de los siglos, hasta un zopenco como tú aprende a ironizar. ¡Pues sí! Dardo lo merece. No osarás dudarlo. Si este triunvirato no consigue instalarlo en los Campos Elíseos, no vacilaré en llevar la cuestión hasta mi...

–No hace falta –estalló Hera, ya harta–. Hágase tu voluntad. Pero no te olvides, ¡oh diosa de la guerra y la sabiduría!, que me debes una.

Julio de 1951. Armando podía trabajar en su escritorio del sindicato metalúrgico, pero, desde abril, prefería instalarse en La Prensa, cerca de Plaza de Mayo. Allí estaba, reflexionando acerca del paso que estaban por dar. Eran cuatro. No podían ser menos, pensó, habían tenido mucho que hacer. Y no debían ser más, porque había mucho que temer. Consideraba a sus compañeros intrépidos, y suficientemente astutos. Un grupo informal, pero que a poco de andar había sido reconocido y ungido de cierta formalidad. Rememoró esos años vertiginosos, desde Tres Arroyos hasta Buenos Aires, desde la fábrica hasta el sindicato del pueblo, que había contribuido a fundar, y al secretariado nacional de la UOM. Recordó el nacimiento de su vínculo con Evita. Ella entró un día en su escritorio de tesorero hecha un huracán, acompañada del secretario general, ¿cómo estás, Armando? No se conocían personalmente. ¿Cuándo vas a hablar con los compañeros de Vezeta? La orden no estaba en la pregunta sino en la sonrisa. No se había previsto que fuera a hablar en Vezeta, pero fue sin chistar, a La Tablada, esa misma tarde, habló con los compañeros, volvió tranquilo, la comisión interna no estaba tan arisca, al otro día lo llamó

Evita y estuvieron horas conversando. Muy poco después había comenzado a constituirse el cuadrunvirato, con José Espejo, Isaías Santín, Florencio Soto y él, al frente de la CGT. Armando se consideraba el de menor peso. Nunca dudó de que la composición la había decidido Evita, sabiendo que el cuarteto no era tan poderoso como se creía, dependía casi por completo de la Señora. Perón se había reunido con los “mosqueteros”, había sido una audiencia casi puramente ceremonial, pero les había hecho prometer, aunque tácitamente, que mantendrían a su esposa siempre informada de lo que ocurría en la CGT. Él se sentía orgulloso de esta misión, y los cuatro eran un nexa casi diario entre Evita y la central obrera. Desde los tiempos nada lejanos de Cipriano Reyes y Luis Gay, que habían mañereado tanto y habían resistido con uñas y dientes el liderazgo de Perón, a la guardia sindical que él integraba, cuánto habían cambiado las cosas. Armando adoraba a Evita, pero la tarea no era fácil, pronto había advertido que ella estimaba merecer de parte de los trabajadores el más absoluto acatamiento. Armando entendía; Perón y Evita estaban dando todo, dejándolo todo por ellos, no podían esperar menos que una plena colaboración, sin la cual no iba a avanzar a buen paso la revolución justicialista. Sí; pero el dirigente típico ya no era el que resistía descaradamente como Reyes, era el que se hacía el chanchito rengo, era el que eludía enfrentar los problemas, era el que no se plantaba ante las comisiones internas ni ante el Ministerio de Trabajo cuando este reclamaba por la inquietud laboral o adulaba a los patrones. Era el acomodaticio. Habían sido ellos cuatro los que consolidaron el vínculo entre la central obrera y el gobierno peronista: habían reformado los estatutos para otorgar el respaldo explícito a Perón, habían establecido que la CGT era parte del movimiento peronista, como una de sus ramas. No era para menos, porque la consagración del gobierno a los trabajadores era inconmensurable: allí estaban los derechos del trabajador plasmados en la Constitución de 1949, allí estaba la legislación laboral de avanzada, que ellos habían impulsado acicateando a los diputados de extracción obrera y al Ministerio y, caía por su propio peso, con el respaldo empecinado de Evita. Ciertamente que en la nueva Constitución no se había consignado el derecho de huelga; pero era un sobreentendido: huelga se podía hacer igual. Aunque a él el tema le había quedado atravesado como una espina en la garganta. Sampay había explicado que el derecho de huelga era un derecho natural, por eso no era necesario incorporarlo al derecho positivo. Él había escuchado las expresiones derecho natural, derecho positivo, por primera vez. Entendió, era como incluir en la Constitución el derecho a tomar agua, pero igual Sampay no lo convenció. Menos aún cuando otro convencional, el compañero Salvo, había alegado que la inclusión de ese derecho “traería la anarquía y pondría en duda que, en

adelante, nuestro país será socialmente justo”. Pero había que tener facha, se dijo con asombro. Recordó que los socialistas decían oponerse a la inclusión constitucional para evitar la reglamentación y limitación de la huelga. Esos contreras tenían más sensatez, en esto. Pero en suma no, no se convenció. Aunque las huelgas se hacían igual, era imposible evitarlas. Salvo era un imbécil, porque los patrones eran patrones, por más que fueran peronistas, algunos. La justicia social no se establecía de una vez y para siempre, era la voluntad popular, como un fuego que precisaba alimentarse continuamente de leños. Las palabras de Evita, que decía de sí misma ser la eterna centinela de la revolución, no tenían nada de fútiles. Y mucho menos sus actitudes. Y ahora llegaba el momento que no se podía postergar más, el momento en que iban a salir a la luz todos, los leales y los traidores, los amigos militares y los enemigos, que, él estaba seguro, eran muchísimos más. Pero en el pueblo, en la voluntad popular, sí se podían respaldar. ¿No lo habían hecho ya varias veces? ¿No habían llegado hasta ahí, tan lejos, gracias a eso? El día anterior había creído ver en Espejo las señales de la duda, pero Espejo era así, tenía sus vacilaciones, aunque en el fondo fuera firme como una roca, hay tipos que están condenados a que no se les conceda nunca su valor, no se los respete jamás del todo, Espejo era uno de ellos. Los militares no se iban a atrever contra la voluntad popular. Ni contra Perón. Había llegado el momento de la incandescencia. Sabía lo que era eso; lo sabía por haberlo visto una vez, una sola, y había sido parte de esa incandescencia. Ahora fue Santín, el gallego, el que propuso el nombre: Cabildo Abierto; los cabildos abiertos eran solamente americanos, explicó. Estaban los cinco, Evita habló poco, solamente confió en los obreros, dijo, no lo iba a olvidar nunca más, quizás el bueno de Espejo no captara las omisiones. Decidieron la fecha. Ya faltaba muy poco. Salió a la calle. En un instante caminaba por Rivadavia; casi no había tránsito, la ciudad entera le pareció muy calma. De pronto sintió estar en el ojo de la tormenta. Nada, simplemente habían convocado a las masas, en lugar y fecha determinados, todo estaba tranquilo –un paso indispensable–, pero se habían convertido en un impulso potente y descomunal, cuyo poder debía imponerse, o generar reacciones que él no podía prever.

** * **

Saldado el caso entre las divinidades, la Sibila va por Cabo. Su aspecto asusta un poco a nuestro héroe, ignorante aún de su suerte. Ella habla sin demora:

–Ea, Dardo, hijo del ilustre Armando, luchador denodado que has dejado el mundo de los vivos, debes acompañarme hasta tu destino final.

La Sibila no imparte otras explicaciones, ni Dardo las pide. Total, todo estaba sucediendo más rápidamente de lo pensado, ya se iba a enterar.

–Sabes, Dardo, quién soy, la Sibila. Profeticé tu muerte.

Sibila se sorprende de no impresionar a su guiado.

–Pero, señora Sibila, no era tan difícil profetizar mi muerte.

La diosa contiene un punto de indignación.

–Profeticé también la fecha, que no te esperabas, y las circunstancias –dice calma pero altiva. Estaba picada. Dardo no se dejaba amilanar.

–Eso es mucho más impresionante, señora Sibila, lo encuentro admirable.

–También –continuó la profetisa, airada por la circunspección de Dardo– adiviné el arma con que te mataron: fuiste acribillado con una pistola ametralladora Halcón ML-63, calibre 9 mm, munición 9x19 Parabellum.

Dardo por supuesto no lo sabía, a eso.

–Te parecerá un detalle truculento, innecesario.

–Pero si yo no dije nada.

–Sería innecesariamente truculento, sí –cortó la Sibila tajante–, si no fuera porque la misma arma, no el mismo modelo apenas, la misma arma, se empleó un lustro después en esa guerra paródica que ustedes dan en llamar Malvinas. Pero esta vez no mató a nadie.

Dardo se preguntó si todo iba a ser, de ahí en adelante, así. Impregnado de reminiscencias agresivas por parte de recuerdos al acecho. Ufa. Pero bueno, la Sibila le había anunciado su traslado inminente. ¡Traslado! Maldita sea, le había

dicho que debía acompañarlo, se corrigió.

Agosto de 1951. No podía conciliar el sueño. ¿Por qué se decía así, conciliar el sueño? Cayó en que no sabía qué quería decir conciliar, aunque sí que conciliar el sueño era dormirse. Eran más de las doce, y él seguía despierto, la ansiedad lo dominaba y su padre no llegaba. Él no quería despertar a su madre. Armando y María habían discutido la posibilidad de que ella también fuera hasta la 9 de julio, pero Armando la había convencido de quedarse, para no dejarlo solo. De llevarlo a él ni pensar. Pero él ya se había quedado solo algunas veces. Volvió a decirse que eran más de las doce, el reloj de péndulo, que lo maravillaba, las había dado hacía poco, y decidió entonces esperar en vigilia. Pero se había adormilado cuando sintió que Armando entraba en su dormitorio, y se incorporó de golpe, ocultando que el sueño lo había vencido. Su padre se aproximó con una sonrisa afectuosa y se sentó en la cama a su lado. Dardo notó que algo no había andado bien. ¿Va a ser vicepresidenta, Evita? Preguntó a quemarropa, sin saludarlo. No sé, hijo, sí, supongo. ¿Suponés por qué, papá? Dijo que iba a hacer lo que el pueblo quisiera. Y bueno, ¿y el pueblo no quiere? –¿Qué les digo? ¿Qué les digo?– esa pregunta rebosante de angustia y que rebotaba en el silencio adusto del general resonaba aún en los oídos de Armando Cabo. No le explicó mucho más, a Dardo. Inclino la cabeza, como asintiendo, e imperativo apagó la luz. El artefacto prodigioso tocó la una. Por unos instantes interminables, Armando había percibido una voluntad, una pasión, un deseo en libertad, fuera del control de cualquier fuerza, de cualquier orden, una furia natural, ciega, y sintió algo parecido al miedo. Observó a Cámpora, que atribulado dirigía sonrisas estúpidas a Perón, a Espejo, al propio Cabo, atónitos como él, aunque más compuestos. La muchedumbre exigía una respuesta inmediata. Evita vacilaba, pretendía consultar al general, regresaba al micrófono para diferir, ganar inútilmente unos segundos. Cabo escuchó, o creyó escuchar, no, no, escuchó deciles que se vayan.

* * *

Fuerzas ocultas dirigidas por la Sibila acarrearán el alma de Dardo hasta un

inmenso espacio dominado por el verdor de especies vegetales por él nunca vistas. La profetisa se despide sin ceremonia, no sin antes advertirle que no ha de entregarse eternamente al ocio. Dardo percibe, apenas audible, una melodía cuyo volumen crece de a poco. Es una ejecución instrumental, que Dardo identifica pronto con una publicidad televisiva porteña de los sesenta, “con las medias de nylon, ya no hay más problemas”. Harto de humoradas de color local, se lleva una mano a la cabeza. Desconcertado, advierte que aunque se ve a sí mismo, no se siente, sus dedos y su frente se evanescent, procura tocarse sin conseguirlo, sus manos atraviesan su cuerpo como si se tratara de aire pintado. En un instante se degüella, nada sienten su cuello ni su mano mientras el jingle orquestado se reitera. Y su memoria reconstruye la letra: “ya no hay más problemas, les puse Can-can”. Can-can, ¡claro! Es una ejecución de Orfeo en los infiernos, una ópera bufa de un francés nacido en Alemania, que María Cristina le había hecho escuchar en casa de su padre, el doctor Verrier, estaba entre sus discos de 78. Le había hecho gracia descubrir el Can-can del jingle dentro de la obra. Observó atentamente su elusivo cuerpo y su inmaterialidad no acusaba ninguna herida. Estaba muerto, de eso no cabía la menor duda. Alguien se lo hacía saber con música: Orfeo en los infiernos.

Diciembre de 1951. –Esperemé, padre, no se vaya.

Esperemé padre no se vaya eran las palabras que más escuchaba Hernán Benítez en sus visitas a Evita en ese inmenso escritorio con piso de roble esloveno. Benítez sabía que Evita se dirigía casi siempre, como al matadero, a que la controlara el doctor Albertelli, al divino cohete, varias veces al día. Aunque no eran pocas las ocasiones en que, contrariando la prescripción del ginecólogo y los ruegos de Juan, atendía asuntos urgentes. Benítez, tras la primera y fastidiosa espera, se llevaba un libro y la aguardaba, cómo no, sin irse. Evita no podía desatender sus compromisos urgentes, pero tampoco quería abandonar la conversación con el padre. Pero esta vez, la rutina se interrumpió.

–Señora, lo siento, pero hoy no me será posible. Me espera un moribundo, y temo... –Benítez no tenía pelos en la lengua, pero mentar la muerte delante de Evita era un atrevimiento que tal vez solo él se podía permitir.

–Quédese tranquilo, padre –Evita no preguntó por la identidad del agonizante–. ¿Cuándo vuelve?

Mientras alzaba sus ojos a la altura del padre se le cruzó como un ramalazo el rostro de Menéndez, el generalito, un traidor de los peores, no podía entender por qué Perón no lo mandaba ejecutar. Pensar que para mantener en paz gente así entregamos la vicepresidencia, la mía. Jamás se lo iba a perdonar; lo que había que hacer, lo hizo, pero ahora que estaba hecho la inundaba un resentimiento oceánico.

—Cuando usted quiera, señora —respondió Benítez tranquilo—. ¿El próximo lunes?

Ese genuflexo de Ivanissevich —pensó el sacerdote— había sobrellevado la vesania ciega de Eva ante los golpes del destino a su puerta. Se lo tenía bien merecido porque era un cerdo. Ahora a él le tocaba acompañarla, darle forma a su resignación. Tarea imposible. En su momento, hacer de Evita, Evita, no había sido difícil; ahí estaba la pasta de esa mujercita desmesurada. Él había descubierto en su interior unas dotes demiúrgicas desconocidas. Pero ahora el Señor había querido ponerlo a prueba de veras. Y Le agradecía que su parte fuera más digna que la de aquel pedante matasanos.

Benítez bendijo a Eva y se retiró. Otro tanto hizo Eva; al regresar, una hora después, extenuada, se percató de que el cura había olvidado un libro sobre la mesa ratona de su escritorio. No era un libro; se trataba de un voluminoso ejemplar de la Revista de la Universidad de Buenos Aires, julio-septiembre de 1948. Lo hojeó. Fue al índice. Localizó prontamente un artículo del propio Benítez: Unamuno y la existencia auténtica. Quién sería Unamuno. Leyó los primeros renglones, el padre lo llamaba don Miguel, familiarmente. Parece que era un gaita. Evita humedeció el dedo mayor con su lengua y viró un par de páginas, maquinalmente. Ya a punto de dejar el libro a un lado, descubrió un párrafo subrayado —parecía furiosamente subrayado— en verde. Leyó: “El que consigo no hacía paces nada extraño que no las hiciera con los demás, en particular con los cómodamente asentados en su mediocridad o en su superioridad”. No le cupieron dudas: el padre no se había olvidado el libraco, esa frase estaba subrayada para ella. Lo demás no interesaba. Era cierto: ella no iba a hacer las paces consigo misma ni muerta. Sintió en el pecho una punzada de angustia: no le faltaba mucho para demostrarlo. ¿Cuánto? Ya no tenía en quien confiar. Un paniaguado le había contado —con el moralizante propósito de contraponer el paraíso peronista y el infierno del materialismo ateo— que Stalin, que estaba para morir de un momento a otro, había confesado a un diplomático occidental, de esos maulas que consiguen que las piedras hablen, que ya no confiaba ni en sí mismo. Ah pero ella sí. Ella en Evita sí confiaba. Le servía de

poco. Claro que no confiaba en esos papanatas, Méndez San Martín y Mendé, que se la pasaban macaneándole y girando en torno como moscardones. El bueno de Albertelli también le mentía, pero ella le leía la verdad en los ojos. Estos socialistas, tan honestos que no saben mentir. Días atrás le había preguntado, de sopetón:

–Digamé, Albertelli, ¿cuánto tiempo me queda? –El infeliz se había puesto pálido–. Señora –balbuceó; lo había pescado con la guardia baja–, el tratamiento está dando resultados. Después de la operación se va a sentir mejor.

Evita lo atravesó con la mirada y sonrió, no le dio tiempo a Albertelli ni para temblar. Tocó un timbre y de inmediato se presentó Renzi. Ni que estuviera detrás de la puerta, pensó.

–Mire, Renzi, el doctor Albertelli no tiene escudos peronistas para la solapa, tráigale unos cuantos me hace el favor.

Todavía se reía para adentro de la escena. Bueno, ella en Evita confiaba, pero Benítez tenía razón, otra cosa era hacer las paces. Se sintió lo que era, una llamarada que quemaba en redor y se consumía a sí misma. Las paces no. Y tampoco iba a hacer las paces con los demás, menos que menos. Con nadie, aunque el santo varón de Benítez le explicaba, persuasivamente, que podía confiar en la Gracia para alcanzar esa paz que parecía inaccesible. Sí, Benítez era muy persuasivo, y nadie la entendía mejor que él –Perón menos que nadie–; pero su vida ya estaba hecha, y bien hecha estaba. Genio y figura hasta la sepultura, había leído tiempo atrás, o quizás había sido su propio consejero espiritual quien le espetara el refrán en son de paternal reconvención. Tomó el tubo del intercomunicador.

–Che María Eugenia, vení –dijo mientras seguía riñendo contra esos fantasmas.

Su secretaria se presentó tímidamente. Hacía unos meses que trabajaba con ella y todavía sentía algo de temor.

–¿Qué sabés de Armando? ¿Volvió de Tres Arroyos?

–Me parece que todavía no, señora. ¿Quiere que lo busque?

–Sí. Decile que necesito urgente hablar con él. Urgente.

* * *

Dardo continuaba escuchando Orfeo en los infiernos mientras esperaba con cara de boludo. El vergel no estaba mal, pero ¿qué iba a hacer ahí? Transcurrió un tiempo que le resultaba imposible de medir, ni con el reloj de péndulo de sus padres, pensó. O quizás él transcurría dentro de ese tiempo. De pronto apareció de la nada un anciano, que se le fue aproximando lentamente. Tenía una cabellera blanca, mal tocada por un paño roñoso, barba y bigotes que eran todo uno, muy largos, y su indumentaria se limitaba a un manto andrajoso. Calzaba unas sandalias de muy humilde aspecto y portaba un cayado en su mano derecha. Dardo tuvo tiempo de ficharlo a gusto, porque el anciano se acercaba a paso cansino. Era mejor que nada, pensó, pero este viejo tenía una pinta de lo más ridícula. Finalmente se detuvo, muy cerca de Dardo, y pareció observarlo ceñudamente unos segundos. Adelantó la mano izquierda hacia Dardo, de modo amigable, no exento de majestad.

–Dardo Cabo –dijo–, ¿no sabes quién soy y no me lo preguntas?

–Eh... sí, sí, usted es...

–No lo sabes –el viejo hizo un gesto desdeñoso con su mano libre–. Soy Tiresias, deberías haberlo adivinado. ¿O es que te falta seso? Ni has advertido que soy ciego.

Dardo permaneció en silencio; admitía que Tiresias estaba en lo cierto.

–Los dioses me han castigado cegándome, muy injustamente desde luego, pero en compensación me han otorgado una sabiduría extraordinaria. He hecho méritos. Mi fallo principal será recordado eternamente. Tuvo lugar a pedido de Zeus instigado, el muy estúpido, por su esposa Hera, hermana del divino soberano, dígame de paso.

–Ah, ¿sí? –dijo Dardo–. Qué interesante.

–Espero que no estés ironizando, Dardo, es de veras interesante, muy especialmente para ti. Esos caprichosos no se ponían de acuerdo sobre quiénes

experimentan más placer sexual, si los hombres o las mujeres.

Tiresias disfrutó por unos segundos del suspenso que, al menos hipotéticamente, había creado.

–Les expliqué –dijo con suficiencia– que los hombres sienten la décima parte del placer que las mujeres.

–¡Carajo! –prorrumpió Dardo–. Pero...

–Así es –Tiresias no lo dejó seguir–; tal cual lo estás pensando. No precisas decírmelo. Lamentablemente mi fallo, que más exacto imposible, despertó la cólera de Juno, las iras de Hera, en breve trabalenguas. Mi premio fue la ceguera y mi castigo la sabiduría.

–Oia... eso me recuerda... ¡ah sí! Sí. A un tipo de mi país.

–Dardo, no seas insolente.

Diciembre de 1951. El general en persona le abrió la última puerta. Le gustaba hacerlo –Jorge Antonio lo sabía– cuando quería que el visitante se sintiese miembro de un reducido núcleo de hombres de confianza. JA estimaba que ese núcleo no era ni tan reducido ni de tanta confianza, pero apreciaba integrarlo. Saludó en silencio al general, con una mirada que parecía iluminarse y una leve inclinación de cabeza, que no llegaba a ser reverencia. Sus brazos se cruzaron en el abrazo rápido que el general ofreció, generoso. Los sillones que rodeaban una mesilla atiborrada de chucherías ceremoniales los esperaban. Hablaron de bueyes perdidos. JA vaciló en preguntar por la salud de la Señora, sabidamente precaria. Pensó que era algo fuera de lugar, en arreglo a las circunstancias, pero temió incurrir, de no hacerlo, en una grosería imperdonable. Lo hizo, finalmente, de modo alusivo, y la respuesta del general, apesadumbrada pero convencional, le confirmó que ignoraba todo sobre el asunto que lo traía a la Rosada. Un silencio, y una mirada amable, ligeramente inquisitiva, lo autorizaron a comenzar.

–Mi general, me trae aquí esta vez una materia difícil, algo intrincada.

JA era mucho más joven que el general, pero compartía con él, además de un

cuerpo imponente (el general era alto, y JA más todavía), una propensión histriónica de la que era por completo inconsciente. Era consciente de que sus respectivas pasiones dominantes diferían.

–Dígame, Antonio –invitó tranquilo el general, nada inclinado a llamar a las personas por su nombre de pila.

–No sé por dónde empezar... y quizás –agregó, con el propósito de no dejar al general tan descolocado– usted ya esté al corriente. Sin duda usted lo está –se corrigió apenas, con espontaneidad solo aparente y confeccionando un filigrana florentino–, pero siento que tengo el deber de confirmarle que yo he sido convocado.

Este Jorge Antonio es un zorro, pensó el general, mientras le indicaba que prosiguiera.

–El hecho es que hace pocos días me convocó su señora esposa, de la que tengo el honor de considerarme un fiel servidor. Yo no era el único presente. Estaban también Espejo, Isaías Santín y Armando Cabo. Evita parecía algo incómoda, pero fue directamente al grano. Me estaban esperando para decirme que la CGT había tomado una decisión, que, en vistas de la situación del país y de las amenazas en ciernes, la Señora consideraba necesaria y avalaba. La decisión de la CGT es la de preparar, en el mayor secreto, una... –Antonio vaciló– milicia obrera –se le quebró algo la voz, y no estaba fingiendo, pensó el general, impertérrito, pero cuya sangre hervía–. Y a tal efecto adquirir en el exterior un número significativo de armas, quinientas, tal vez mil, cortas y largas... para empezar. La propia CGT, pero también la Fundación, correrán con casi todo el gasto, pero la Señora me solicita que yo contribuya con un cierto monto y, especialmente, que me ocupe de las gestiones. Puedo asegurarle, señor presidente, que la Señora solo reiteraba una cosa: no lo dejen solo al general.

Antonio cerró el pico. El general dejó prolongar unos segundos el silencio.

–Hmhm. ¿Y usted qué hizo?

Cobarde no era JA.

–Acepté de inmediato el encargo, naturalmente, viniendo de la Señora. Pero en el mismo momento pensé en confirmar que usted estaba en conocimiento. General –lo miró a los ojos–, dado el estado de salud tan delicado de su esposa,

me pareció que no debía preguntarle nada más y que debía conversarlo directamente con usted lo antes posible. Espero haber procedido bien.

–Procedió muy bien; usted es un amigo y un compañero de conducta intachable.

JA pensó que él no estaría tan seguro de calificar su propia conducta de intachable, pero eso no venía al caso. Había quedado atrás el mal trago. Perón no hizo el menor esfuerzo por demostrar conocimiento o ignorancia del asunto.

–Vea, mi amigo, usted no tiene que informar a nadie, ¿me entiende?, a nadie, de este tema –JA asintió–. Segundo, cumpla con el pedido. Pero me tiene que mantener al corriente paso a paso, paso a paso –reforzó–, del trámite. Si tiene que viajar, viaje, pero yo tengo que ir sabiéndolo. ¡Ah! Lo del dinero. No corresponde. Lo pone y después vemos...

–Por favor, general, eso no es problema –se atrevió a interrumpirlo. El general insistió con un gesto y continuó:

–Ese cargamento, o tal vez sean dos, porque los belgas... tienen que entrar legalmente al país. Asegúrese de eso. Cualquier dificultad cuente conmigo. Usted y yo vamos a saber la fecha de su llegada. Desde ese momento yo voy a tomar exclusivo control. Si preciso de algo contaré con usted, por supuesto.

–Sí, mi general, me siento muy tranquilo. Gracias.

–Soy yo el que le agradece, Antonio.

* * *

Un residente de los Elíseos de cabellos canos –los dioses demoraron en arrancarlo del mundo de los vivos– se aproxima, solícito, a recibir a Dardo, bisoño en el oficio de ser difunto.

–Has llegado, debes ofrecer a Proserpina el debido tributo. Aquí –indica– te está mandado deponer tu ofrenda.

Dardo se deja guiar y el anfitrión, que responde al nombre de Ignacio, le proporciona lo necesario. Habiendo cumplido con la diosa, caminan hasta los sitios risueños y los amenos jardines y bosques, moradas de la felicidad. Un aire más puro vestía aquellos campos de brillante luz, ya que aquellos sitios tienen su sol y sus estrellas. Dardo observó a los afortunados. Unos se ejercitaban en herbosas palestras, otros se divertían en luchar delicadamente sobre la dorada arena; otros danzaban en coro y entonaban versos... Luego vio a otros comiendo tendidos sobre la hierba y entonando jubilosos himnos en honor a Apolo... Algunos andaban a paso lento, solazándose en un silencio beatífico. Otros jugaban en ronda con una bola, que se arrojaban grácilmente, con una sonrisa dulce en los labios...

Dardo observa primero perplejo, luego alarmado. ¿Las delicias paradisíacas? ¿La habría pifiado, la Sibila? Su cicerone, que algo ha indagado en el papeleo administrativo del recién llegado, advierte su desazón.

–Dardo –lo interpela mansamente–, tu fastidio quizás no tenga remedio, pero debo informarte: los Elíseos cuentan con una biblioteca infinita.

–¿Una biblioteca infinita? –Dardo se entusiasma de inmediato, pero pronto se previene–. ¿Infinita? Eso me recuerda un autor de mi país, bah, es un decir. Lo de las bibliotecas infinitas. No se podía leer nada. Él decía que los peronistas somos incorregibles. ¿Ustedes inventaron una biblioteca así para peronistas?

–No, Dardo, pero ¿qué significa peronistas?

–¿Cómo? ¿No hay peronistas por aquí?

–No sé, hijo, pero en nuestra biblioteca grecorromana se puede leer, naturalmente. En cualquier idioma. La vida del filósofo era bastante precaria, mal mirado por los poderosos y los débiles; pero con el paso de los siglos hemos sabido construirnos una reputación. ¿Y a ti te gusta leer?

–Mucho. Lo que se dice leer, aprendí en cafúa... en la cárcel. Despunté el vicio.

–¡Hijo! –levemente escandalizado–. ¿Cómo fuiste a dar a la cárcel? Si te mandaron aquí desde ese sitio terrible, serás un mártir, alguien que dedicó su vida a la causa de los que tienen hambre y sed de justicia.

–No, no, no es para tanto –responde Dardo con la mayor modestia–, no vaya a

creer. Otro día se lo cuento. Ahora lléveme a la biblioteca.

Marzo de 1952. Armando no podía creer lo que escuchaba. Demasiado próximo al expositor, no encontró prudente hacer un comentario. Pero relojeó a su amigo, sentado a su derecha. El coronel Bermúdez, hierático, fijaba los ojos en el conferenciante, pero al cabo de algunos segundos percibió la interrogación de la mirada intensa de Armando. Se dibujó en su rostro, entonces, una expresión de extrema sorpresa en reacción presunta a las palabras que oían ambos. Pero a Armando lo invadió la sobrecogedora impresión de que Bermúdez, boquiabierto y con ojos desorbitados, estaba fingiendo. Volvió la vista al expositor, que afectaba tranquilidad sentado, solo, en el escenario. El viejo general Goes Monteiro no hablaba portugués. Hablaba un castellano más que pasable con ligero acento gaúcho. Como todo gaúcho de élite conocía bien a los argentinos; era un enamorado del tango, Armando ya lo había tratado ocasionalmente, tiempo atrás. Era cauteloso, pero esta vez, enfundado en su uniforme impecable del Ejército brasileño, estaba siendo claro, demasiado claro. Se tomaba su tiempo, eso sí; iba paso a paso, no decía todo de una vez, trataba de desplegar un orden lógico preciso de modo de ser persuasivo delante de su público fardado, supuestamente habituado a ese estilo de escritorio administrativo. El general intentaba, sobre todo, moderar el efecto muy previsible de sus palabras en una audiencia que conocía bien y sabía llena de grandes, aunque heterogéneas, expectativas. Pero para decir precisamente esas palabras había viajado esta vez a Buenos Aires.

Nadie ignoraba –venía arguyendo Monteiro, y no le costó a Armando retomar el hilo de la exposición, tras escrutar a su amigo– que él no sentía fervor por los Estados Unidos, y menos aún por la política exterior norteamericana. Por eso mismo, Argentina podía otorgar créditos a su sinceridad –Armando se preguntó a quién se refería con Argentina; ¿al gobierno del general Perón? Porque había allí exclusivamente militares, él era apenas una mosca blanca–. Habían transcurrido siete años desde el fin de la guerra, y el contexto internacional ya no era el mismo. La Guerra Fría era una realidad pétrea, a la que George Kennan tanto había contribuido a plasmar en ideas de larga duración –Armando no sabía de quién estaba hablando Monteiro, pero lo intuyó–. Los bloques en pugna estaban consolidados, aunque sus fronteras no fueran inalterables, la índole del enfrentamiento era perdurable –Armando pensó de inmediato en que lo que oía contradecía de plano las predicciones del general Perón, no siempre bajo el

seudónimo de Descartes, sobre la inminencia de una tercera guerra mundial inexorable. Agobiado, siguió escuchando—. En tanto, acreditado, creo —Goes Monteiro se corrigió rápidamente— que no podemos descuidar nuestro desarrollo económico. ¿Quién puede proporcionarnos insumos, capitales, tecnología? Prefirió dejar en el aire la respuesta. Porque lo crucial era lo que le quedaba por decir. Y lo dijo. Soy desde hace mucho tiempo un amigo de los argentinos, y el presidente Vargas también lo es. Argentina y Brasil pueden, y deben, procurar un entendimiento comercial amplio, será un avance formidable. Aquí Monteiro vaciló un par de segundos, a todas luces buscando la palabra adecuada. Calzaba perfectamente la conjunción adversativa pero, que el general no quería emplear. Será un avance formidable, reiteró, sorteándola; y en atención a los cambios en el mundo y en nuestras naciones, ¿por qué no podría Argentina pensar en la firma de un acuerdo militar con Washington?

Un expositor menos avezado habría concedido una pausa a su audiencia. Al contrario, Monteiro no se arredró ante la ola de inquietud que recorrió el salón de la Escuela Superior de Guerra —ola fiel al panorama pintado por el embajador en Buenos Aires sobre las grietas que se hacían visibles en el régimen peronista—. Imperturbable, abundó en consideraciones —lo relevante ya estaba dicho— en torno a la sugerencia brasileña. El estupor de Armando se tradujo rápidamente en un fuerte desaliento: percibió que su coronel amigo se mantenía inmóvil en su asiento, y hasta le pareció que contenía la respiración. Tuvo la sospecha fulera de que Bermúdez sabía por anticipado lo que el brasileño habría de decir y que lo había invitado precisamente para que lo escuchara.

Esa tarde, Armando había dejado la sede de La Prensa, donde desempeñaba tareas algo difusas, para recalar en el café 36 billares. El café era casi un emporio exclusivo de los seguidores de Navarrita, se les animaran a los tacos o fueran pasivos admiradores de la maestría ajena. Pero en los últimos tiempos había recuperado el pasado esplendor conocido durante la Guerra Civil española, cuando el barrio hervía de simpatizantes nacionales y republicanos de palabra tan belicosos como los que se enfrentaban de hecho en la Península. Solo que ahora no había dos bandos, los contreras brillaban por su ausencia, y los prosélitos del general Perón dominaban la escena. Armando no estimaba especialmente la concurrencia de peronistas (habría sido como exaltar el aire que respiraba), aunque sí apreciaba la escasez de contreras, considerando la probabilidad de reyertas, nunca se sabe. Era fácil tomar un café con compañeros amigos, en esa habitualidad aleatoria que tienen los buenos cafés, jugar a veces a los dados, raramente al ajedrez. Bermúdez, siempre de paisana, lo había buscado

varias veces por los 36, desde el día en que habían continuado allí una larga conversación iniciada en La Prensa.

–Lo estaba buscando, Armando –saludó el coronel. No se tuteaban.

–Siéntese Raúl, tómese un café, yo pido otro.

Era fácil advertir que Bermúdez no venía, esta vez, a conversar de bueyes perdidos. Cambiaron unas palabras obsequiosas y al cabo Armando quiso ir al grano.

–Y digamé, Raúl, qué lo trae por aquí.

–¿Conoce al general Goes Monteiro, Armando? Está en Buenos Aires.

Armando sabía de la visita del brasileño, pero no le había prestado atención al asunto.

–Bueno, hoy da una conferencia, en la escuela.

A Armando le hacía gracia la naturalidad con que los oficiales solían referirse a la escuela.

–Ajá, ¿y? –acompañó la pregunta brusca con una sonrisa que denotaba interés, todavía algo artificial.

–Quiero que me acompañe. Es para oficiales de estado mayor, recalcó el coronel, solamente. Y quiero invitarlo.

–Pero, ¿por qué, Bermúdez?

–Armando, Goes Monteiro es enviado de Vargas. No se trata de una visita de rutina militar, es política. El gobierno argentino valora especialmente la perspectiva de una alianza de gran porte con Brasil, usted lo sabe mejor que yo. La CGT tiene que estar al tanto.

Armando quedó pensativo, sumamente interesado en concurrir pero al mismo tiempo reticente. Evita estaba ya muy enferma; esto le ocasionaba un dolor inconmensurable, pero al mismo tiempo una inquietud, que no alcanzaba a confesarse del todo, por su futuro. ¿No sería dar un paso en falso asistir a una

reunión tan hermética con un enviado extranjero?

–Es dentro de una hora, vamos.

Armando resolvió ir.

–Pero no puedo, Bermúdez.

–¿Y por qué?

–Porque no tengo corbata –en ese marzo inusualmente frío, la indumentaria de Armando no incluía esa prenda ornamental.

–No se preocupe, yo sí tengo.

–¿Dónde? ¿En su auto?

–No; es esta –señaló su corbata, de un verde esmeralda.

–Pero, ¿y usted?

El coronel esbozó una media sonrisa.

–En la guardia de la escuela hay una reserva de corbatas, preparada para estos casos.

Armando se sintió perturbado.

–Pero, Raúl, dicen que si dos amigos se prestan una corbata se pelean –su aprensión no era afectada.

–Déjese de joder, Armando, se hace tarde –percibía el deseo de asistir en los ojos de su amigo. Se desanudó la corbata; Armando la tomó y fue al baño a ponérsela.

Hicieron el viaje en silencio, como si la ansiedad por la conferencia los consumiera. Los brasileños que Armando había tratado, incluyendo al propio Monteiro, siempre habían mostrado una vaga simpatía por la Tercera Posición peronista, fue pensando Cabo; vaga, esa era la palabra, vaga y amistosa, gentil. Él admiraba a Vargas, en quien veía no obstante mucho más un político que un conductor, más un estadista que un revolucionario. Pero su entusiasmo por la

Tercera Posición parecía haberse enfriado algo con su regreso al poder. De hecho, había una cosa demasiado concreta, y todavía dolorosamente reciente: Brasil había firmado un pacto militar con los Estados Unidos. Por mucho que el Palacio do Catete, e Itamaraty, hubieran buscado justificarlo en términos de un puro pragmatismo que en nada desvirtuaba los ideales compartidos, el hecho no encajaba bien dentro de estos ideales, que ya no se sabía, en verdad, cuán compartidos eran. Armando quería creer que Goes Monteiro estaba trayendo de parte de Vargas un mensaje que apuntalaría la causa común. En la que al sindicalismo argentino y, por qué no, también al brasileño, les cabía un gran papel. No se trataba, era obvio, de una cuestión castrense. Armando se había disgustado profundamente al saber del pacto, pero aun así se podía considerar que este entendimiento era puramente militar, no contaminaba otras dimensiones de la política. En tiempos de Guerra Fría y, sobre todo, estando tan próximo el estallido de una tercera guerra mundial, no resultaba completamente intolerable que los brasileños firmaran aquel pacto, siempre que estuvieran dispuestos a avanzar en el frente que proponía Perón, en lo político, en lo económico... contra los Estados Unidos, la potencia imperialista que actuaba como si fuera dueña del continente. La Cancillería argentina había adoptado un léxico que le resultaba extraño: la latinidad; para él, lo importante era lo latinoamericano, estaban demasiado lejos los países latinos europeos. Alguien le había contado que Winston Churchill, ese viejo lince, había escrito una historia de los pueblos anglosajones; a él le parecía una extravagancia, pero así y todo le veía más sentido que a la latinidad; y ahí estaban las mañas de la Iglesia católica para demostrarlo. Era inadmisibles que se resistieran los curas al patronato, en la Argentina peronista.

—¿En qué está pensando, Armando? Ya casi llegamos.

—En Brasil. Ese tratado militar...

La exposición de Goes Monteiro había finalizado. Las ilusiones de contar con el gobierno brasileño, se dijo Armando, habían quedado en nada. Lo inundó ese ilevantable pesar que hasta entonces solo había experimentado como hinchazón de fútbol. Cabía, no obstante, confiar en el pueblo brasileño. Esa era la esencia del justicialismo, confiar en los pueblos, no en los gobiernos. Si Perón y la doctrina justicialista tenían eco en el mundo era porque los pueblos comprendían la doctrina y la hacían propia, no porque los gobiernos se interesaran por ella. Los gobiernos de un modo u otro acababan en transacciones con el capitalismo; los pueblos, como él mismo había escrito en La Prensa pocos días antes, esperaban

de conductores que, como Perón, cumplieran su misión: que el Estado estableciera “una legislación que defienda los intereses de la clase proletaria y frene con vigor los abusos de los monopolios imperialistas que hacen de la explotación del hombre la base esencial para enriquecerse... Unir a la clase obrera latinoamericana en torno a los ideales de justicia social y tercera posición... Se hacía necesario impulsar una central regional que se mantuviese equidistante de las organizaciones gremiales comunistas y de las centrales de orientación norteamericana... Era hora ya de que la clase obrera, unida por decisión y perfecta armonía, ocupara el puesto que le corresponde en el destino continental, hasta ahora fraguado en las sombras de la componenda foránea para servir los egoísmos del capitalismo internacional con la complicidad de gobiernos entreguistas, la traición de falsos dirigentes... y la tiranía del imperialismo”. Se sintió reconfortado, aunque su angustia era acuciante. Bermúdez y él se levantaron al mismo tiempo; la ansiedad del coronel chocó con su talante taciturno. Era probable que prestarse corbatas entre amigos no fuera saludable para la amistad.

* * *

Han pasado apenas cuarenta años, un instante en la temporalidad de los Campos Elíseos, un buen lapso de lecturas ávidas, febriles, para el alma impenitente de Dardo Cabo, toda su vida vivida hasta entonces para Antonio y la Negra, que nacieron ambos, en la ciudad de Buenos Aires, el mismo mes del asesinato de Cabo, enero de 1977. Antonio y la Negra son amigos, colegas, los une una confianza personal sin cortapisas. Él es politólogo y ella historiadora. No se toman demasiado en serio esas credenciales. Pero nada de lo humano les es ajeno. Oscuras razones los movieron, en idas y vueltas interminables, a interesarse por las hazañas y hechos espantosos del muy renombrado Dardo Manuel Cabo, Lito, ese personaje turbulento de la historia turbulenta de una Argentina que no conocieron y de la que no lamentan que el azar de los tiempos los haya ayudado a escapar. No se preguntan, sin embargo, si la época de la que son contemporáneos es mejor o peor que aquella, de la que desean ver en realce, en foco, rasgos y figuras que les prometen –engañosamente– constituirse en claves para una comprensión más profunda del porqué de todo. Así las cosas, en la mejor tradición de Ulises a instancias de Circe, de Eneas, impulsado por

Virgilio, de Dante llevado de la mano amorosa de Beatriz, es a los Campos Elíseos que la Negra y Antonio deciden ir, en procura de Dardo, ignorando no obstante si y cómo han de ser recibidos. Los mueven inquietudes compartidas. Los móviles profesionales son una buena tapadera para ocultar una no claramente confesada fascinación por el personaje. Es curioso. Aunque aquella época no los fascina, los fascina sí la figura espectral de Dardo Cabo. Frecuentemente encuentran inverosímil su trayectoria, la vida rocambolesca de un hombre de acción que leía y escribía, alguna que otra vez han bromeado canturreando el himno a Sarmiento. Es fidedigno lo que saben de la época en que vivió y murió Cabo; solo están levemente preocupados sobre si una vez allí en los Campos Elíseos querrán luego regresar y si, en ese caso, los dejarán salir. La Negra, en particular, por deformación profesional, ha manifestado la intención de develar detalles biográficos que Antonio desestima. Y este ha anunciado compadrito que se propone dilucidar puntos oscuros de la ideología de Dardo, algo demasiado presuntuoso para la Negra. Y ahí van entonces, de cuerpo gentil y corazón alegre. Oportuno es observar que ambos –¡oh caprichos del destino!– han nacido en la víspera de Reyes. Lo saben; tienen la edad de la muerte de Dardo.

Julio de 1952. Aprendió nuevas palabras. Féretro, ataúd, cureña, también funerales (¿por qué en plural?). Exequias, fue la que más lo impresionó. Cortejo. Sepultura no, porque del libro de lectura sabía que alguien había recibido cristiana sepultura. ¿Evita también recibiría cristiana sepultura? Era una duda que no se atrevía a expresar ante su padre, aunque la presencia del sacerdote lungo y cuya severidad aparente no lo asustaba, que Lito recordaba de alguna visita a su casa, lo tranquilizaba. Gracias al sacerdote lungo aprendió otra palabra, se la dijo a su padre, cuyo rictus crispado desmentía por completo su formal asentimiento: resignación. Tomado fuertemente de la mano por Armando, salieron ambos al aire gélido de las calles que rodean el Congreso, deambulando próximos a la multitud consagrada a una interminable espera mientras Armando se permitía un par de cigarrillos. Intuyó en los miles de rostros que hasta para su padre, que por definición conocía a todos los peronistas, eran anónimos, un dolor que no tendría retorno.

* * *

–Bueno, Dardo, contentos con verte –comienza Antonio–, ¿cómo estás?

Dardo sonríe, muy tranquilo.

–Y, más o menos, aquí no se puede fumar.

–Pero ¿sufrís abstinencia?

–No, no, aquí no se sufre, si estoy en un paraíso. Cuando llegué nadie me explicó nada, pero he leído un montón, nunca novelas, ni poesía, igual que abajo. Además, en la cárcel pasábamos mucho tiempo sin fumar. Los muy cabrones lo administraban, eso, nos permitían fumar para negarnos el pucho como castigo. Pero... no sé... tenerlo entre los dedos... apreciar las volutas... me ayudaba a pensar, era un amigo el pucho.

–Y ahora, ¿pensás? –descargó la Negra.

Dardo no se sorprendió.

–Mucho. Pienso mucho... mi vida fue tan corta y a veces me parece tan larga.

Antonio y la Negra sonrieron en silencio.

–¿Leyeron muchos libros escritos para la gilada y para hacer algo de guita, antes de venir, chicos? –la ironía no tenía nada de liviana.

–Muchos –dijo la Negra–. Muchísimos. Y a ellos hay que agregar los escritos para mayor gloria del autor.

–Uy, pobres.

–También leímos algunos buenos. Decime, Dardo –prosiguió Antonio–, esa sentencia... “el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones”, ¿te va? ¿Podría ser tu biografía?

–Bueno, estoy en el paraíso, ¿no? –Dardo resultaba adusto hasta bromeando–. Pero sí, ya estuve en el infierno, un lugar en el que día tras día, segundo a segundo, me era dicho que de él no saldría jamás. La voz interior apagaba la

muerte de mi memoria. Lasciate ogni speranza. Pero esa... sentencia, como la llamás, es la de los jóvenes idealistas, ya sé. Nada que ver. Yo nunca fui un joven idealista.

–¿No? ¿No luchaste, sin hipérbolos, hasta la muerte, por...?

–Mirá, yo nunca luché por ideales, luché por realidades. Luché por la Argentina peronista, “la realidad efectiva”, como dice la marchita, y te lo digo sin la menor cohibición, literalmente, la Argentina de Evita y Perón. Yo siempre luché por recuperar un pasado que no precisaba ser idealizado. ¿Qué idealismo? La única verdad peronista: la Argentina social, independiente, soberana, pero sobre todo la Argentina en la que el pueblo era feliz.

–Bueno –dijo Antonio impasible–, ¿te gusta más esta variante: el camino al paraíso está lleno de pozos ocultos en los que puedes precipitarte al infierno?

–Sí, como sentencia es muy complicada. Vos sos profe, ¿no? Exponela ante tus alumnos, que seguro son unos burros, jaja. Tardás unos veinte minutos en explicarla. Pero sí, conceptualmente es mejor. Aquí leí a un escocés, Ferguson, creo, esos bribones, los británicos, saben pensar, qué duda cabe. Decía que la vida social es producto de la acción humana, pero no del designio humano, o del diseño humano. El camino al infierno no está necesariamente empedrado de buenas intenciones, pero las consecuencias no deseadas de la acción, incluyendo la buena acción, son muchas. El deseo de proceder justamente no te libera de responsabilidades. Amargo aprendizaje.

–Para pensar, Dardo –inquirió la Negra–, ¿es más lo que recordás o lo que olvidás?

Dardo no se esperaba esa pregunta. Tal vez entonces comenzó a respetar a los chicos, que venía tratando con condescendencia.

–Bueno –dijo al cabo–, tengo 36 años. Mis recuerdos no son tantos. Ustedes ya son cuarentones, ¿se dieron cuenta? Pero... saben que el Leteo está cerquita. Lo atravesé en una embarcación pintoresca, para llegar a los Elíseos, la verdad ni sabía dónde me estaban llevando, ¡ya estaba acostumbrado a eso! Era un traslado más. Por suerte no estaba sediento. Después, cuando me enteré, no me acerqué más. No quiero olvidar nada. No voy a olvidar nada. Ni siquiera el instante en que el tordo dice “se te va a quedar, pelotudo, bajá el voltaje”. Es un ejemplo nomás –Dardo cree necesario aclararles–. Aunque tampoco quiero andar cargado

de enconos, como me enseñó Homero... ¡pero no el cieguito que tiene aquí su última morada! –Dardo soltó una carcajada. Antonio y la Negra se tomaron unos segundos para entender y sonreír.

Marzo de 1953. –Esto no va más, Armando.

–Pero, ¿qué estás diciendo? –preguntó Armando indignado.

–Lo que digo, aguantamos inútilmente, desde que murió Evita.

José Espejo, el obsecuente, el chupamedias de la pareja presidencial, no era ahora indulgente consigo mismo.

–Pero no podés decir eso, si noso...

–Nos están echando, estamos despedidos, ¿no lo entendés? Yo sigo siendo peronista, totalmente, pero ¿contra Borlenghi, contra Apold? ¿Cómo se puede ser peronista, hoy, contra Borlenghi y Apold? No me hagás reír, Armando. Estamos colgados, siempre lo estuvimos, debajo nuestro no hay nada. ¿Las comisiones internas? ¿Los sindicatos? ¿Pero quiénes somos nosotros? Claro, a Borlenghi, a Apold, les pasaría peor, solamente que la percha que los sostiene por ahora está bien enganchada. La nuestra no. Se cayó con Evita. Enterate, Armando. Es, suponé, la burocracia del partido; pero nosotros ¿qué somos? La burocracia del sindicato. Parecía que teníamos mucho poder, ¿no? Colgados de las faldas de Evita. ¿Acaso no decíamos que Evita era como un puente entre Perón y su pueblo?

Mientras hablaba Espejo, un recuerdo incómodo lo asaltó. Una reunión del Consejo Directivo de la CGT, en octubre de 1952. Se venían tiempos duros para el movimiento obrero, en la UOM había aflorado una oposición interna que jaqueaba al secretariado. Y en el Consejo Directivo, al que él pertenecía, se estaba discutiendo la intervención a la UOM. Él se opuso, y anunció su renuncia al Consejo. Fue el único, y su renuncia fue rechazada porque “Cabo no representaba al gremio sino a todos los trabajadores”. Insistió: no quería obstaculizar la decisión del Consejo pero debía renunciar, para estar “al lado de sus compañeros para luchar por la armonización del gremio”. La presión fue abrumadora; Espejo dice comprenderlo pero que la masa obrera lo vería contra las decisiones de la CGT. “El compañero Cabo debe permanecer”. Armando

resuelve finalmente no renunciar y abstenerse en la votación. Sería la primera vez que un sindicato fuera intervenido debido a una oposición interna. Entre la CGT y la UOM, Armando nunca se había sentido tan colgado del pincel, suspendido en el aire.

Espejo, que seguía hablando, le estaba poniendo palabras a la pesadilla de la que él quería despertar. Pero no había despertar posible. Armando sintió vergüenza de sí mismo. Quizás Espejo quiso ser terminante:

–¿Sabés lo de Gendarmería? Silencio.

–Los de Gendarmería se quedaron con todas las armas ni bien llegaron. Por orden del general. Por derecha. De cualquier modo –remató el renunciante secretario general de la CGT–, ¿qué milicias obreras? ¿De dónde, decime, hermano?

Armando regresó hecho un trapo de piso al Bajo Belgrano; Lito estaba sentado en el umbral de su casa, con un par de amigos. Percibió el estado de ánimo de su padre, que se abrió paso por entre los chicos luego de farfullar un saludo, y lo siguió. Adentro Armando se sentó y echó a llorar desconsolado. No era la primera vez que Dardo lo veía llorar, pero esta vez el llanto parecía carecer de límite. María se acercó desde la cocina, en silencio, como si ya supiera –en verdad sabía– qué había acontecido. Lito abrazó a sus padres, y sintió miedo.

Esa noche, Armando le anunció que se iría por un tiempo a Tres Arroyos. Trabajo tendría, seguro, lo esperaba una fábrica.

* * *

–Dicen que dicen, Dardo, que Evita una vez dijo que la enemiga de la oligarquía era ella, no el general.

–No lo dijo. Es del tipo de cosas que... un suponer, Rosa Calviño, senadora y de la confianza de Evita, en confidencias, mirá Eva, me parece que la oligarquía le tiene miedo al general, pero más te tiene a vos. Evita pudo haber hecho un gesto impreciso, una sonrisa cómplice, y listo, ya está, se echó a rodar. Pero no lo dijo,

estoy seguro. Aunque lo pensaba.

–¿Estás seguro? ¿Lo pensaba?

–En 1971 escribí algo que sigo creyendo; me cito, disculpen, ganamos tiempo, time is money, para ustedes los de abajo: Dentro de la estructura de gobierno, Evita tenía el poder real. Perón descansaba en ella como en su más leal escudo, para contrarrestar la maquinaria burocrática. Evita era la fuerza popular opuesta a la alianza de políticos y militares. Con la CGT y el partido femenino manejaba los dos tercios de las candidaturas del peronismo... Con su muerte, la contrarrevolución cobró fuerzas... Méndez de San Martín y Tessaire son el comienzo del descalabro del gobierno y de la soledad de Perón... Desde entonces, el general podía comunicarse desde sí hacia la masa, pero sin poder recoger desde el pueblo esa respuesta vital que canalizaba Evita... Esa soledad se extiende hasta nuestros días... Cerré el brulote con esta acotación para 1971... Vayan ustedes, chicos, a confiar en la democracia representativa; por mucho que Perón continuara en la cúspide del Estado. La partidocracia y las burocracias devoraron todo muy pronto.

Dardo se detuvo un instante y miró a Antonio y a la Negra inquisitivamente.

–¿Conocen el episodio de las milicias obreras? Sí; lo conocen.

Antonio y la Negra asintieron en silencio. Se trataba de un incidente mil veces mentado, de esos que rebotan típicamente de un relato a otro, como el pochoclo en la sartén, sin fuente plenamente confiable. Antonio abrigaba dudas sobre su autenticidad; la Negra no. Antonio estaba equivocado.

–Bueno, prosiguió Dardo, yo era un pendejo, pero me tocó seguir de cerca su desenlace. Recuerdo a mi padre regresando aniquilado, de Casa Rosada, una noche, después de que el presidente, junto con un par de generales que gastaban crespones, lo pusiera en conocimiento de la decisión de cancelar definitivamente “esa locura”. Lo recuerdo en su largo desahogo conmigo, tratando de justificar una decisión que consideraba un despropósito, derrotista. Los detalles propiamente históricos son pocos, les digo apenas dos cosas: había sido una iniciativa exclusiva de Evita, y el general nada supo del asunto hasta que se puso en marcha. Grave, ¿no? –preguntó con una de esas sonrisas que la Negra encontraba encantadoras-. Por si fuera poco, no fue Evita quien lo puso al corriente. Fue ese monje negro de Jorge Antonio.

—...

—No me entiendan mal. Evita sabía lo que hacía y actuaba con solvencia, aunque era consciente de que no le quedaba cuerda, su carrera contra el tiempo ya la había perdido. Mi viejo estaba exultante con el plan. No fue, precisamente, uno de los que objetó “Señora, con todo respeto, ¿qué piensa el general?”. En esto a mi viejo, como a Evita, le importaba un carajo lo que pensara el general. Mejor dicho, sabía lo que pensaría al enterarse y le importaba un carajo. Nunca me lo dijo, son conjeturas mías. Alguien podría decir, quinientos civiles armados, ¿contra un ejército mil veces superior? Pero no era así, Evita, y Espejo, mi padre, en fin, lo que se llamaba con sorna el cuadrunvirato, pensaban que el ejército se iba a dividir; tan delirados, no eran. Daban por sentada la división militar. La marina no, la aeronáutica sí. El ejército seguro. Pensaban eso. Si prometen no citarme, les digo que ese jugar con fuego me recuerda algo que me contaron en Tacuara: que Hitler decía, antes de lanzarse sobre Europa, tenemos una fuerza aérea revolucionaria, un ejército conservador, y una marina reaccionaria. Y bueno, no quedaba otra, había que calcular, a ojo de buen cubero. Pero disculpen la digresión, es una pavada, lo relevante es que Evita quería reforzar decisivamente las piezas peronistas en un tablero potencial, porque a ese tablero descontaba que antes o después de su muerte se iba a llegar. Todo esto tiene un nombre, que a mí ahora que no soy más que el alma en pena de un hombre de acción, me cuesta pronunciar: guerra civil.

—Algo horroroso —dijo Antonio. La Negra paseaba su mirada del uno al otro de los machitos—. México, España. Ya se sabe cómo termina.

La Negra conocía bien la historia de México.

—La Revolución fue gloriosa. La Constitución del 17... Pero el derramamiento de sangre no paraba nunca... Al final, la paz del PRI fue como la paz de los cementerios para las masas, indígenas o criollas, lo mismo daba. Las élites mexicanas se dieron todos los lujos, hasta una política exterior gallardamente independiente.

—Chicos —dijo Dardo, cáustico—, ¿ustedes quieren saber cómo fueron las cosas? Nadie hablaba de guerra civil, nadie pensaba en que se fuera a llegar a eso. Pero las grietas eran cada vez más profundas y el poder oligárquico tenía que ser aplastado, no había cómo contemporizar.

Dardo dio a sus interlocutores un respiro. Era un momento raro; sin contradecirse, parecían muy tensos los tres.

–Leí –retomó Dardo– que cuando Indira Gandhi fue asesinada, alguien dijo que la India era demasiado peso para ser cargado en sus espaldas. La Argentina peronista pesó demasiado en las espaldas de Evita. Su espíritu era todopoderoso, pero su cuerpo no se lo perdonó. Y sí, cuando Evita decía “no lo dejen solo al general” lo único que significaba era “ni se les ocurra alejarse de mí”. Porque para ella, la garantía del general era ella misma. Yo creo que pensaba que el general estaba tanto para un barrido como para un fregado. Y que de ella dependía que fregara bien, que fregara bien a la oligarquía, digamos. No les voy a decir a la oligarquía y al imperialismo, sería anacrónico. Pero el sentido es el mismo. Y la palabra imperialismo se usaba ya con cierta frecuencia.

–¿Pero todo eso tenía algún asidero? –escéptico, Antonio, otra vez.

–Tenía asidero, sí. La interpretación de que Evita era un contrapeso más revolucionario a un Perón más conservador, o cualquiera de esos lugares comunes que estallaron con oportunismo en autores de cuarta ansiosos por vender sus libros, tiene un linaje histórico. Le fue mal a ese linaje; se extravió. Pero no estaba del todo descaminado.

–Contrapeso más... ¿revolucionario? –inquirió Antonio.

Mayo de 1953. Su padre estaba en casa; por unos días apenas, pero Dardo igual se sentía muy contento. Armando era el de siempre; Lito no había percibido ninguna diferencia en él, en esa mezcla de reciedumbre y ternura, de adustez y humor llano, sin ironía. Armando salía constantemente, la lista de amigos y compañeros que deseaba ver durante la breve estadía no era corta. Alguna que otra noche se quedó para cenar en familia y Dardo, tras muchas vacilaciones, por fin desembuchó lo suyo: estaba pensando en ingresar al Colegio Militar.

–¿Al Colegio Militar? –Armando dio un respingo, aunque asimiló pronto el golpe–. Pero, primero precisás hacer la secundaria.

–Sí, ya sé papá, la puedo hacer en el colegio, si el San José...

–¿Y... por qué querés entrar en el Colegio Militar?

–Quiero ser militar, papá –Dardo estuvo a un tris de reír de su respuesta. Se alzó levemente de hombros.

–¿Y qué tiene de malo, Armando? –intercedió María–. Hacen falta más militares peronistas, ¿no? ¡Te voy a decir a vos! Guerra Argentina no va a tener, ¿no?

María revelaba una inteligencia práctica indudable. Armando la miró con manifiesto escepticismo.

–Lito, primero hacé la secundaria, y después hablamos, no te apurés. Si querés eso, cuando termines la secundaria está bien.

A Dardo le gustó lo que acababa de oír. Continuaron comiendo, y no faltaban temas de los que conversar. Lito contó, para escándalo de su madre, que se divertían como atorrantes por el Once, saliendo de la escuela, jugando fulbito o haciendo estragos en los tachos de basura de los comerciantes que cercaban el bastión educativo. Parecían distendidos. Repentinamente Armando se retesó. Lito advirtió que quería decirle algo y quedó en escucha. Cruzó los dedos debajo de la mesa, como había aprendido de un compinche escolar. Armando habló algo contrariado, cabizbajo.

–Mirá, Lito, es difícil...

–¿Difícil qué, papá?

Armando se resolvió.

–Es difícil que un hijo de trabajadores entre en el Colegio Militar.

* * *

–Dardo, con Evita y todo, ¿no era un disparate lo de las milicias? Presagiaba una tragedia; muchos años después un mocoso fachito anunciaría la farsa, que...

–Delirado, sí –cortó Dardo a Antonio–. No más delirado que Castelli, rezándoles el Contrato Social a los indios del Alto Perú, con el ejército de Buenos Aires a

sus espaldas. Y una calle de mi barrio lleva su nombre. Me cae simpático.

–¿De tu barrio? –interrogó la Negra–. ¿Castelli? ¿No vivías en el Bajo Belgrano, en tu infancia?

–Sí, de mi barrio –Dardo elevó los ojos a lo que, apenas técnicamente, podía considerarse el cielo–, el Once, el barrio porteño donde más años pasé, casi toda la primaria, lo poquito de la secundaria... en el Colegio San José, y en todas las llecas, las aledañas llenas de comercios, y conventillos residuales, y hotelitos, y pensiones de mala muerte para pajueranos... el Colegio fue mi mundo... no la pasé mal como pupilo; podría mandarme la parte, considerarlo mi primera prisión, pero no, era un refugio. Y Once era la puerta obrera de la ciudad, lo conocí muy bien, más que la Plaza de Mayo, que...

Lo interrumpió Antonio.

–Decime, Dardo, ¿cómo se puede ser basista y peronista al mismo tiempo?

Dardo hizo como que no entendía. Se dibujó una expresión de apacible ironía en su rostro, velada por la resolución. La Negra pensó que esa resolución era teóricamente imposible de hallar en un residente del Paraíso, aun siendo el hogar definitivo de héroes helénicos. Pensó, y recordó dos fotografías, de las que por primera vez advertía un contraste que la avergonzó de tan obvio. La primera mostraba un instante de reposo del guerrero, Dardo de perfil, rodeado de Cóndores, relajado, con una taza de brebaje caliente en su mano izquierda, seguramente a bordo del avión aterrizado en la tundra. Un perfil canchero, como quien dice, suelto de cuerpo, una semisonrisa completamente despojada de matices, la satisfacción del deber cumplido, como quien dice, un Dardo habitado por esa mirada resoluta, atenta pero aplomada, un arma cargada de futuro, como quien dice. Y la segunda de seis o siete años después, Dardo tampoco mira al frente, es un cuarto de perfil derecho, como quien dice, el flaco con los ojos muy abiertos mira hacia la cúspide de un arco iris, como quien dice, y hacia ahí se van su entero rostro, y su cara, y su cabeza, y es imposible no entrever en ella una calavera, detrás de una carne endurecida y demacrada y dolorida, y no como quien dice. Pero se trata, piensa la Negra, apenas de unas fotos, y las fotos, como se sabe, son engañosas. Todo esto piensa la Negra en una fracción de segundo mientras flota en el aire el silencio de Dardo y la duda de todos sobre si, por fin, el cazador cogió a su presa con la flecha envenenada de una pregunta sobre el basismo. Pero el silencio de Dardo ni alcanzó a ser. Ahora iban a ver lo que es

bueno.

Agosto de 1954. Ulises era un amigo de su padre, alto-flaco-desgarbado; con semejante nombre no tenía apodo, ni siquiera el Flaco. Tampoco tenía familia. Venía siempre a ver a Armando, y a veces también a conversar con Lito, y en ocasiones lo había ido a buscar al San José, lo llevaba a Plaza Once y le hablaba de Rivadavia, el del mausoleo, se la enseñó él esa palabra, le hizo jurar a Dardo, entre risas, que no le contaría a su padre. Y también le explicó qué había pasado el 11 de septiembre, ya no recordaba qué cosa con unos autonomistas. Ulises parecía muy asentado, pero hervía por dentro. Era un sindicalista de planta que no querría jamás dejar la planta. Le fascinaban las máquinas pero también sentía no tener otro lugar que compartir con sus compañeros. A su amigo Armando lo trataba con visible displicencia, con un cierto desdén afectuoso, que Armando se bancaba por ser él, el alto-flaco-desgarbado. Armando le había contado a su hijo que de pibes se habían colado a un tren, y se sentaron, de puro jodones, fuera del vagón, en el escalón externo. Cuando el tren arrancó, un golpe terrible contra el andén le hirió una de las piernas a Ulises; el flaco perdió el sentido, menos mal que pudieron sujetarlo hasta la siguiente estación, evitaron su caída y trataron de evitar, a duras penas, que las piernas se le destrozaran. Tuvo suerte, pudo recuperar la gamba pero le habían quedado cicatrices impresionantes que nunca mostraba. Con Dardo había hecho una excepción, que el chico había sobrellevado con entereza. El alto-flaco-desgarbado era desgraciado en el amor, se había casado con una mina que lo volvía loco, por la cual Armando no ocultaba su aversión terminante. La miraba como buscando que ella leyera en sus ojos: maltratás a mi amigo. Ella reaccionaba con indiferencia. Dardo lo admiraba, a Ulises, pero no lo entendía. Armando le había contado también que habían pasado la infancia merodeando siempre el mercado de Tres Arroyos, en barra, para comerse la fruta medio podrida que los puesteros descartaban. Dardo lo quería, a Ulises, mucho, pero no lo entendía: “yo soy peroniano –le dijo muchas veces el flaco-alto-desgarbado– pero no peronista; hay un ideario”. Un día Armando recurrió a la ironía, algo raro en él: “Ulises sabe que a buen entendedor pocas palabras, Lito, y sabe que vos sos un buen entendedor”. Pero a Dardo no le pareció ser un buen entendedor, porque seguía sin entenderlo a Ulises. Ulises también decía: “¿Querés conocer un pancista? –Dardo escuchó la palabra por primera vez–. Buscalo en un dirigente sindical”. ¿Pero cómo? ¿Acaso su padre y Ulises no eran dirigentes sindicales? ¿Cómo eran los dirigentes sindicales?

Lito no entendía, quizás prefería no entender y se iba a jugar.

* * *

El silencio de Dardo ni alcanzó a ser. Reaccionó como un resorte ante la pregunta de Antonio sobre el basismo. Pero no fue directo al grano. Se permitió un extenso rodeo.

–La verdadera democracia –recitó con gravedad premeditada y suficientemente ambigua como para que fuera imposible distinguir cuánto tenía de convicción y cuánto de tomadura de pelo a sí mismo– es aquella donde el gobierno hace lo que el pueblo quiere y defiende un solo interés: el del pueblo. Es la primera de las veinte verdades peronistas.

–Bueno, dejando de lado el hecho patente de que vos no creés mucho en la democracia, sea verdadera o no lo sea –aguijoneó Antonio, sin arredrarse–, la lectura ortodoxa no es ambigua: solo el líder sabe lo que el pueblo quiere. No hay dos interpretaciones correctas de la voluntad popular. Esta debería ser la verdad peronista número veintiuno, o número cero, falta. Y solo el conductor sabe porque tiene unas dotes providenciales, carismáticas, no es una cuestión de perspectiva, de estar en la cima de la pirámide, sino de aquello que al general le gustaba llamar el óleo de Samuel. No es provocación, pero no puedo olvidar recitados del Movimiento Nueva Argentina: “¡Lealtad al jefe! Nuestra patria es de esencia caudillesca. Nuestro pueblo es de estilo montonero... surgen voces tremebundistas que atribuyen para sí la calidad de máximos revolucionarios y comienzan a formular exigencias de cambios leídas en los libros. El hecho revolucionario es la lealtad... perseverar en obediencia y consolidar la organización”.

–¿Te hiciste peronista, Antonio?

Los tres rieron de la chicana.

–Eso es de mayo de 1973, yo hacía ocho años que había dejado el MNA.

–Pero no, no me hice peronista, en el fondo esta clarividencia excepcional

atribuida al líder carismático no es más que el atavío que oculta un cuerpo vergonzoso, el cuerpo político monárquico del líder, que no interpreta, define. Eso de interpretar los sentimientos, las aspiraciones del pueblo que Perón siempre invocaba son macanas. El líder da forma a la voluntad popular, y la hace roussonianamente homogénea, agrego; Perón pensaba eso, no jodamos. Y no se precisa apelar a la teoría de la representación para caer en que no estaba tan falto de razón. Hoy día, supongo Dardo que estás al corriente, los representados se avivaron y, para su mal, desertaron del juego. Perdón por la disquisición, pero hace al caso, la ilusión que vende el populismo es infame: allí donde más se invoca al pueblo, es donde más se pulveriza tanto la representación como las configuraciones políticas populares autónomas, y los líderes se permiten moldearlo a su gusto y discreción, al pueblo. Creo que esta es la clave del regreso del populismo y fue la clave de la filosofía política peronista.

La Negra y Dardo escuchaban divertidos. Antonio prefirió ceder la palabra tras esa mención, que juzgaba osada, a la filosofía peronista. Fue el momento de Dardo.

—Sí, los liderazgos tanto como las instituciones representativas compiten en decidir qué es lo que el pueblo tiene que querer —retomó Dardo—; como en la novela de Semprún: “ahora yo te voy a hacer tu autocrítica”. Mirá, para mí hay dos formas de entender el liderazgo peronista. Una monárquica, así la llamas vos, y otra plebeya. Es asombroso la poca atención que en lo conceptual, en lo doctrinario, y en lo político, se ha dedicado a la segunda en el peronismo. La monárquica es como dijiste. Hay aspiraciones, deseos, anhelos populares; hay una cierta cultura popular, una memoria, unas creencias. Los imaginarios colectivos existen; son fenómenos “intersubjetivos”, comillas. Un liderazgo necesita dar expresión a todo eso para ser tal, por eso, interpretar, expresar aspiraciones colectivas, no son macanas, Antonio, se te va la mano. Pero tenés razón: lo único que verdaderamente importa en política, o sea la voluntad política, según esta visión monárquica es conformada por el líder. Perón sentía predilección por este modo de ver su papel y lo dijo siempre, desde su alocución improvisada el 17 de octubre. Se ocupó bien de esta pieza oratoria, desde estos balcones, el profesor De Ípola, sospecho que ustedes lo junan.

—Bastante —dijo Antonio.

—Bueno, De Ípola lo agarró con el sesgo del análisis del discurso, habla del monopolio de la palabra autorizada. De hecho, la noción ortodoxa pasa por el

meridiano, vertical precisamente, de la comunidad organizada, cuando la comunidad se organiza hay uno que puede hablar por todos, y solo uno; puede y debe. El cuerpo político es homogéneo y la voluntad es una. Pero hay otra forma de ver la cuestión.

De golpe Dardo miró a la distancia, por encima del hombro de Antonio, risueño. Sus visitantes se viraron y vieron aproximarse a un hombre vestido con ropas occidentales, de blanco, tocado con un sombrero Panamá clásico. Era el residente celestial que había puesto a Dardo en conocimiento de la existencia de la biblioteca; se acercaba tímidamente.

Junio de 1955. Su vida tranquila no era. No la llevaba bien desde la ruptura con Armando, no podía contar con él en otra cosa que no fuera dinero, y entre el trabajo, cuidar a Lito, y ponerle un oído a las habladurías de esos hijos de puta, sufría bastante. Porque había que estar muy alerta. En el barrio estaba todo en paz, pero en el trabajo y en la calle se escuchaba cada cosa. Que no podía ser. Los tímidos se habían envalentonado, estaban como al acecho, agazapados para saltarles a la yugular. Agazapados; qué terrible ese tango. La muerte agazapada. No sabía por qué los odiaban tanto. Si Perón, Evita, Armando hicieron solamente lo que correspondía hacer. La sacaban de quicio, sobre todo, los chistes, uno más envenenado que el otro. A ella le encantaba eso de la comunidad organizada. Armando le había dicho que era importante que Dardo leyera el libro, ella sospechaba que el propio Armando había hecho una lectura muy incompleta. Comunidad organizada; muy bien, pero ¿se podía organizar la comunidad con estos traidores a la patria y al pueblo? Su inquietud crecía día tras día desde la movilización de Corpus Christi. Habían quemado una bandera argentina, y en el colectivo escuchó que la había mandado a quemar Perón; comenzó a increpar al insolente, pero su amiga la contuvo, la agarró fuerte de una manga y no la soltó hasta que se bajaron. El domingo anterior, mientras Lito haraganeaba con su pandilla, había estado revisando las Caras y Caretas. Las releía siempre. Encontró una nota sobre Amalia Rodríguez, a quien no había escuchado nunca, el fado era como el tango y Amalia como Gardel, entendió. Y poco después, qué casualidad, escuchó unos fados por radio, eran hermosos. La nota era curiosa, porque se trataba de un reportaje frustrado, a Amalia, de una tal Sheila Clarence, era el número 2151, de septiembre de 1952, que dedicaba su editorial “a un argentino que no se decide”: “Usted es argentino porque tuvo la mala suerte de nacer en una tierra con contenido de

patria: en una tierra que pone a sus hijos en el dilema de ser patriotas o de renunciar a ser hijos; que pone a quien nace en ella en la disyuntiva de servirla o abandonarla, de morir por ella o de vivir para ella, de ser gloriosamente argentino o de ser suciamente antiargentino. Y usted no quiere definirse... Porque no le conviene decidirse. Porque, además, no sabría hacerlo". Eso era escribir bien, llamar a las cosas por su nombre. Evita se había muerto hacía tan poco y tenían que ser dichas las cosas por su nombre. Había que dar un basta. Pero ya habían pasado tres años y a ella le parecía que los canallas se habían decidido. Porque estaban perdiendo el miedo. Y Perón aflojaba, a veces le daba esa impresión. Sabía que el general miedoso no era, pero no entendía bien qué estaba pasando; más o menos al mismo tiempo que se habían ido Espejo, Armando, aquellos cuatro que dejaron la CGT, a partir de la salida del coronel Mercante, a quien ella admiraba, se había ido a su casa gente valiosa, como Ramón Carrillo, Arturo Sampay y otros mencionados por Armando y que no conocía. Ojeó el Caras y Caretas del último abril, de política no hablaba nada. Claro que el editorial podía ser alusivo: se titulaba "Ladrones". Pero se dedicada a hablar de los ladrones, nomás, y era hasta comprensivo: "El ladrón no es simplemente un vivo. Es también un sentimental. Es el gato pobre que quiere vivir su momento de gato lanudo... Sin envidias y sin resentimientos".

¿De la comunidad organizada qué? Mientras rumiaba esos recuerdos tan frescos sonó el teléfono. María, es para vos, escuchó. Era para ella, no había otra María en esa oficina. Reconoció la voz de su mejor amiga y vecina. María parece que están tratando de matar a Perón. Pusieron unas bombas en Plaza de Mayo, hay gente muerta. Sonó como siempre, demasiado rápido, el timbre. Tenían matemáticas, ahora, la última hora del día. Volvieron al aula, resignados. La clase no había llegado a empezar cuando el celador entró sin pedir permiso. Percibieron en el profe la mudanza de expresión cuando el celador musitó unas palabras a su oído. El profesor salió rápidamente y el celador quedó al cuidado. Los chicos se intrigaron; algunos encontraron el cambio divertido y la incertidumbre excitante. El más descarado le pidió al celador que les explicara el teorema de Pitágoras. Lito se puso a conversar con su compañero de banco, se prometieron un picado el sábado siguiente. María colgó el teléfono en un estado de angustia. La noticia se había propagado como reguero de pólvora, en la oficina todo el mundo se había agrupado en pequeños corrillos. No pudo evitar pensar en los contreras, en esa oficina no había pero en otras sí. El profesor regresó muy serio. Vamos a retomar la clase, pero hay conmoción interna, así dijo, nadie va a salir de la escuela hasta que se recupere la calma. Volvió al teorema de Pitágoras, en realidad no le importaba tanto el de Pitágoras como que los chicos entendieran qué diantres era un teorema.

¿Conmoción interna? Los chicos no habían escuchado antes la expresión, pero la conmoción interna ya había entrado en el aula. María comenzó a desesperarse más y más a medida que pasaban los minutos y se propalaban rumores torvos. Percibía sonrisas mal contenidas, comentarios inaudibles cuyo sentido podía adivinarse sin dificultad, rostros angustiados, silencios hechos de miedo. Escuchó que estaba yendo gente a la Plaza de Mayo, advirtió que era la hora de salida de Lito de la escuela. No pudo contenerse, el corazón le latía como nunca antes, sintió que la cabeza le iba a estallar. Sin saber del todo qué estaba haciendo salió a la calle. La tranquilidad se había recuperado, a juicio de las autoridades, porque los soltaron pocos minutos después del horario habitual. El momento de la salida era conmovedor para Dardo, todavía; era cuando recordaba intensamente que ya no era pupilo, y, en ocasiones, aquilataba lo que había ganado y perdido al dejar el internado. Nunca había podido llegar a una conclusión definitiva, hasta que comprendió que era mejor así: dudar, no poder llegar a una conclusión. El Once parecía tranquilo, el barrio de siempre. A bordo del colectivo su amigo le contó que ya estaba armando el fulbito. Falta mucho para el sábado, respondió Lito, y ambos se bajaron en La Pampa y Cazadores. Recorría siempre los cincuenta metros que mediaban entre la parada y su casa, arrollador, eufórico, famélico, el leoncito. La merienda lo estaba esperando, pero las pocas veces que no era así Dardo protestaba, reclamón. Invariablemente la madre respondía airada, en un diálogo bien cubierto por el amor: ¡Ay Lito! No das tregua. A Dardo le gustaba la breve tabarra, inalterable. Pero esta vez encontró que dos vecinos, de expresión lúgubre, le cerraban literalmente el paso. En la puerta de su casa, y con gestos y ademanes que pretendían ser de una compasión infinita, no lo dejaban entrar, al grandulón.

* * *

Dardo se animó.

–Se los presento –dijo–, él es Ignacio, conoce los Campos Elíseos mejor que nadie. Me enseñó la biblioteca, a él le debo no haberme muerto de tedio en este paraíso. Y ellos son Antonio y la Negra, vinieron a visitarme, son un poco gorilas pero buena gente, no vaya a creer.

–¿Gorilas? ¡Ah, sí! Ahora recuerdo, los gorilas son los malos, ¿no? Pero, ellos parecen buenos...

–Ignacio, las cosas son un poco más complicadas, la explicación que le di fue una primera aproximación. Sientesé, justamente estábamos discutiendo, porque ellos a eso vinieron –continuó Dardo jaraneando mientras Ignacio se sentaba, luego de descubrirse.

Dejó pasar unos segundos, esperando una mayor concentración del grupo.

–Les dije que había otra forma, aparte de la ortodoxa, de concebir la relación líder-masas. ¿Me sigue, Ignacio? Claro, me sigue. Pero antes de ir a eso, examinemos una caricatura; una caricatura del papel de Perón. Tiene una gran debilidad: se formó sobre todo durante su exilio. Me viene a la cabeza ese general ruso, ¿cómo se llamaba? Kutuzov, creo, personaje de La guerra y la paz, usté Ignacio la leyó seguro.

–Sí –respondió Ignacio modestamente–, creo que se refiere al mariscal Kutuzov.

–El mariscal de un ejército de conducción imposible, cada regimiento combatía por su cuenta, Kutuzov no podía darle una orientación definida. Kutuzov era plenamente consciente de este límite insalvable; en un pasaje excepcional Tolstoi se mete en la mente del mariscal, que descubre la verdad de la milanesa: no valía la pena desvelarse por controlar esa bestia multiforme. Pero Kutuzov sí podía, gracias a su genio, y ahora ya vuelvo a hablar del Viejo, gracias a su genio y a su posición estratégica, entrever la orientación general resultante de todos esos movimientos incontrollables y hacerla suya, y sacar partido de esta capacidad para algunos fines que podía hacer avalar por todos, más o menos. No cualquier fin. Y no por todos. En verdad, Perón logró establecer para el conjunto uno solo...

–Su regreso –la Negra fue a lo seguro–. Pero ese regreso, ¿no sintetizaba la voluntad popular?

–La concepción monárquica diría que no, y tiene sus razones. El regreso como voluntad política, dice, se formó en Perón y se propagó de arriba hacia abajo, se esparció a lo largo y a lo ancho del movimiento. ¿A quién se le ocurre que Mahoma decidió regresar del desierto porque sus fieles así lo esperaban? Habrase visto. Los fieles se enteraron de que eran fieles y estaban esperando a Mahoma recién cuando regresó Mahoma. ¿Cómo lo ve, Ignacio?

–Lo veo muy sensato –dijo Ignacio.

–Pero la filosofía política plebeya –retomó Dardo– diría otra cosa, que esa voluntad se gestó en la esquina de Corrientes y Esmeralda, a la que ya le habían dado lustre las patotas bravas allá por el año novecientos dos, según rezan versos inmortales. Esa voluntad se gestó allí, en el Comando Centro de lo que pronto se bautizaría Resistencia Peronista, y al mismo tiempo en un montón de microorganizaciones carentes de formalidad, que concluyeron rápidamente en que esa consigna era la mejor de todas las posibles. Caía por su propio peso, pero porque ellos mismos, todos a una Fuenteovejuna, así lo querían. Constituyeron la voluntad política por sí mismos. Ya que mencionamos a Castelli –lo había mencionado solamente él–, Negra, vos recordás el Cabildo Abierto del 22 de mayo, el argumento de Castelli fue que a falta de una autoridad legítima, la soberanía regresaba al pueblo y este debía gobernarse por sí mismo. Como los godos, los gorilas desde 1955 hicieron su aporte; porque, ¿qué habría sucedido si se hubiera impuesto la línea de la traición, la línea de “ni vencedores ni vencidos” de Lonardi? Los sindicatos más fuertes, los aparatos clientelares, conservadores, las oligarquías peronistas provinciales dominantes, que Mora y Araujo calificó inciertamente de voto populista, se habrían contado entre los primeros en aceptar el nuevo estado de cosas. El país habría sido un quilombo igual, pero el Viejo no habría recuperado jamás su papel de alfa y omega de la política argentina, y el peronismo habría extraviado su ilusión de nuevo vuelo de soberanía y justicia social. Negra, tendrías que haber conocido los últimos años de nuestro gobierno. Sí, desde que murió Evita la decadencia, el adocenamiento se aceleraron. Yo era chiquito, pero fui testigo de lo que sucedía. Había como un bajar los brazos, una cierta resignación, el general dando bandazos tremendos a babor y estribor; aunque los peronistas de fierro no lo pudiéramos admitir, estaba perdiendo el control, y los burócratas y los obsecuentes se hacían su agosto. Es evidente que Evita habría preferido seguir una orientación distinta...

–Represiva –desafió Antonio.

–Guerrera. Sustentada en la capacidad popular de defender al gobierno, que era infinita.

–¿Infinita? La relación de fuerzas habría sido todavía más asimétrica que la de España en el 36. Y, disculpá Dardo, pero Perón no tenía uñas para guitarrero. No tenía y no quería dejárselas crecer, vamos, lo que fue muy sensato.

–Pero nos desviamos –resolvió Dardo–. Saben que el punto no es ese. Perón compartía su hogar con la principal desmentida viviente de que la voluntad popular la definiera él solo. La evidencia patente de que su liderazgo no funcionaba conforme a la cartilla ortodoxa. Claro que Evita no enfrentaba a Perón, ni competía con él, ni era de izquierda ni la encarnación de un peronismo revolucionario, todas esas sandeces. Se trataba sí de un modo de ser en el mundo radicalmente distinto al de Perón. Sigamos con las milicias como ejemplo.

–¡Las milicias obreras! ¿Esa maquinación tan espantosa? –dijo Ignacio escandalizado–. Pero ¿qué necesidad?

Esta vez Dardo se hizo el sordo.

–El general no neutralizó de modo subrepticio, mediante procedimientos puramente cortesanos, la iniciativa tan audaz, temeraria si se quiere, de las milicias obreras para ahorrarle un disgusto a su compañera. Lo hizo así porque no podía plantarle cara, simplemente no podía.

Dardo semblanteó a los chicos.

–El peronismo plebeyo arranca con Evita, pero no solamente con ella. La cuestión central fue la economía social del gobierno, y también las instituciones. El monopolio de Perón de la palabra autorizada, su rol excluyente en la conformación de la voluntad popular hicieron allí agua. ¿Por qué Perón se refería, paladinamente, a que el justicialismo había superado al capitalismo, inaugurando un nuevo régimen económico y social? Seguía existiendo la propiedad privada de los medios de producción, aunque se hablara de la función social de la propiedad. Esta posibilidad abierta por la Constitución del 49, de que el poder público expropiara en beneficio de la comunidad, era ya típica de los capitalismo de posguerra. En nuestros años no pasó de las grandes nacionalizaciones de los servicios públicos en manos extranjeras. Perduraban la propiedad privada, las clases sociales, capitalistas y trabajadores, el mercado, ¿qué tenía entonces de definitivamente nuevo el justicialismo? ¿Qué autorizaba al general a proclamar haber dejado atrás al capitalismo? Lo que tenía de nuevo era específicamente político: la voluntad de hacer justicia y el poder para hacerla. Apenas eso, ni más ni menos. Chocolate por la noticia, el capitalismo era injusto, el comunismo más aún, el justicialismo era justo. Otra de las verdades peronistas reza que el justicialismo pone el capital al servicio de la economía, y esta al servicio del bienestar social. Pero, ¿cómo? Muy simple, el

estado peronista, desde la cúspide, ponía en juego la voluntad política y reemplazaba el conflicto de clases, que dimanaba de la injusticia capitalista, por la cooperación entre las clases presidida por la justicia. ¿Y luego? Producir, producir y producir.

Dardo tomó un respiro; la ocasión hace al ladrón y Antonio hurtó la palabra.

–Esa es la concepción justicialista del mundo. Te sigo, Dardo, pero agarrate fuerte –Antonio y la Negra ya habían entrado en confianza–. El mundo como un juego de suma cero, de índole moral. Vino Perón e hizo justicia: le sacó a los injustos para darle a los justos. Convirtió a los injustos en justos. Los redimió. Los injustos no son tanto los capitalistas, como los extranjeros. Hasta las finanzas, que en el fascismo elegante de José Antonio se percibían implacablemente capitalistas, aquí aparecen oponiéndose la condición nacional a la extranjera y sobre todo a los internacionalismos. Sacar de un lado y poner del otro: todo en su lugar. Y es una cosa de voluntad moral, de querer hacer justicia. Es la realización de la armonía y el equilibrio del orden justo. Que “el capital y el trabajo sean asociados y no fuerzas en pugna, porque la lucha destruye valores”, explica el justicialismo, trazando una línea indeleble, un antes y un después en la historia del conflicto social. El capitalismo y la lucha de clases pertenecen al pasado. “Buscamos –explica Perón– hacer desaparecer toda causa de anarquía para asegurar con una armonía, a base de justicia social, la imposibilidad de alteración de nuestras buenas relaciones entre el capital, el trabajo y el Estado”.

Dardo no iba a permitir que Antonio continuara tan profesoral.

–Entonces, el problema de la acumulación capitalista es dado por inexistente, tanto como el conflicto entre el capital y el trabajo. Una vez instaurados el equilibrio y la armonía del Estado justicialista, se trata de producir, porque ya no hay más lucha, hay colaboración en una mayor producción. Producir, producir y producir –reiteró–. ¿Qué consideraciones de orden económico o político podrían ir en contra de los compromisos de fundamento moral que hacían suyos los actores de la Comunidad Organizada?

–“El general Perón –leyó la Negra de sus papeles– sentó la consigna rigurosa: producir. Aumentada la producción se podría llegar a la equitativa distribución de la riqueza... consolidada por un perfecto equilibrio social... que el capital y el trabajo sean asociados, no fuerzas en pugna...”. En 1950 se esperaba que los

peronistas aprendieran eso.

Pero Dardo retomó la ofensiva.

–En el marco de un orden que más que reprimir, disipaba, evaporaba el conflicto, la cooperación era naturalmente productiva, la economía no podía sino crecer. La desaparición del conflicto no era sino restituir el orden perdido, extraviado en el camino del capitalismo y de su consecuencia lógica pero perversa, el comunismo. Un regreso platónico pero, pasando por el tomismo, adecuado a los nuevos tiempos, que luego de su deposición el general llamaría “la hora de los pueblos”. Había que dar cuenta de conflictos inéditos, y de las aspiraciones, inéditas, de los pueblos. Pero en la práctica las cosas fueron muy pero muy distintas; la solución justicialista no extinguió el conflicto. Apenas lo desplazó. Sobre todo hacia abajo. Claro, muchas de las grandes organizaciones sindicales protagonizaron huelgas que a veces alarmaron al gobierno peronista. Pero la novedad, inesperada, estuvo abajo. Las organizaciones de fábrica, de planta, las comisiones internas obreras resistieron férreamente el encuadre de productividad que los empresarios procuraban imponer acompañados ansiosamente por el gobierno. El equilibrio establecido sobre el pilar de la voluntad política del líder no se sostuvo. El momento culminante de esta frustración fue el Congreso de la Productividad, no por su falta de resultados concretos, sino porque dejó al descubierto la fragilidad de un acuerdo social presidido por un concepto de justicia. La fragilidad de la capacidad política para controlar la lucha de clases. Lo nuevo, lo específicamente político, la voluntad de hacer justicia, esa virtud que nace en lo político con Aristóteles, refundada con la denotación social, encontraba un límite nada sorprendente, pero que quizás para el propio Perón era inesperado: esa voluntad no era capturada pacíficamente en la cúspide sino que se resistía empeñosamente a perder autonomía, una autonomía que cuanto más dispersa más podía desafiar la ecuación de gobierno. Aquella cifra burlona, mañana es san Perón que trabaje el patrón, es bastante ilustrativa: sí, los trabajadores estaban dispuestos a seguir siendo explotados, pero el límite de la explotación lo ponían ellos, no se entregaban así nomás al santo. Sí le otorgaban a Perón, incondicional, su adhesión, la fe en que lideraba el camino hacia la consumación de la justicia social. Pero en el día a día de las relaciones de explotación, que eran como eran aunque las llamaran de otro modo, no aflojaban. Sí lo hacían las cúpulas burocráticas; en abril de 1953, el secretario general de la CGT, Eduardo Vuletich, fue vergonzoso: “Nosotros lo queremos general, aun descalzos y desnudos, y estamos con usted sin condiciones”. Era cierto que los trabajadores estaban con Perón sin condiciones; no era menos

cierto que no renunciaban a interferir en la ecuación justicialista de la explotación. La interpretación plebeya del liderazgo no nace con la Resistencia; esa dimensión plebeya está muy presente en nuestros años de oro y quienes se formaron en ellos, como este servidor, no encontraron motivo para abandonar esta concepción cuando en 1955 el mundo se les cayó encima.

–Pero, ¿no es un punto de vista demasiado retrospectivo, el tuyo? Vos ni habías cumplido los 15 en septiembre del 55.

Agosto de 1955. No conocía Parque Patricios, pero su amigo le había indicado bien cómo llegar, tomando el 28, y que si se pasaba la parada siguiente era la terminal. Estaba bastante nervioso y con escaso ánimo para encarnar el flâneur que, sin saberlo, le agradaba ser desde que contara con la venia paterna para andar por su cuenta.

La piba era joven todavía; él la vio –su amigo no había exagerado– como a una hermosa mujer madura. Una mina jovata. Deseable. Aunque en esos instantes no hubo mucho lugar para el deseo, alcanzaría él a intuir, se trataba de dar curso al deber que le imponía su cuerpo. La desnudez desfachatada de la anfitriona era arrolladora, sus pechos lo hicieron temblar. Su propia desnudez, apurada por unos dedos duchos en manipular cierres y botones, lo hizo sentir risible, aunque en la inspección profesional de su cuerpo no percibió ni sombra de burla. Años después, relataría la escena entre risas: “me sentí como desnudo”.

Ella estuvo al mando del principio al fin, y supo expresarse con movimientos y palabras, que para algo estaban. Todo duró ¿cuánto? ¿Ocho, diez minutos? Pregunta que no se hizo Lito, consagrado a subir el primer peldaño de una larga escalera desconocida. Recibió unas caricias gratas en su cabeza, que su apocamiento momentáneo no le permitió devolver. Escuchó un comentario sobre la fugacidad inevitable de la primera vez. Las caricias se le antojaron algo maternales, y por un segundo de anticlímax se sintió fuera de lugar. Ella pareció advertirlo.

–Hoy es mi día de suerte –dijo, jovial.

–¿Por qué? –Lito sintió que ella le tiraba una soga.

–Las putas decimos que garchar con un debutante trae suerte –lo miró a los ojos,

muy sonriente—. De veras.

El desenfado chocó y sedujo a Dardo, que se limitó a devolver la sonrisa.

—Además —continuó ella— hay algo en vos, no sé cómo decir... ternura, no sé, una ternura... de redomón no sé... Y sos un bomboncito, ¿no te lo dijeron?

—No. —¿Redomón? ¿Y esa palabra? No preguntó.

—No te engrupas. ¿Cómo se llama tu vieja?

—Se llamaba. María.

—¿Se murió? —preguntó ella tropezando—. Qué... ¿Cuándo?

—Hace dos meses.

Silencio. Dardo aprendía los primeros pinos del arte de no ser efectista cuando serlo era inexorable.

—Uy, disculpá.

—¿Disculpá qué? Vos no la mataste —agregó sin asperezas.

Estuvieron un largo rato callados. Los elásticos de la cama compartieron el silencio.

—Volvé. Te voy a cobrar, necesito la guita, mi marido se puso difícil. Pero te puedo enseñar unas cuantas cosas, te va a valer la pena.

* * *

—Vos afirmás que mi punto de vista es retrospectivo... pero... lo tuve por padre a Armando, por madre a María Campano. Aprendí mucho de ellos. Aprendí a pensar. También de Ulises el desgarbado aprendí a pensar. A pensar se aprende. Pero aunque fuera una visión retrospectiva, ¿qué? ¿Acaso la vida puede evitar

los anacronismos? Esas experiencias fueron también mis experiencias. De hecho, otros episodios de nuestra década dorada merecen atención, en esta improvisada historia del peronismo plebeyo.

Dardo amagó buscar un atado, la Negra, fumadora, lo percibió de inmediato.

—Van dos ejemplos. Uno es la Constitución del 49, la convención nacional en la que el peronismo plebeyo no le hizo caso a Perón. Perón no quería el artículo 40, de orientación nacionalista y estatista, y que consideraba una impedimenta pesada para el camino que la Argentina tendría que recorrer. Ya en 1949 el general no veía las cosas tan simples en la economía argentina. Arturo Sampay, un convencional clave, y que era un jurista, no un político, sí lo quería. Y Perón siempre se manejó del mismo modo, sin dar órdenes, sin bajar línea, contando con el tiempo y con que quienes formalmente tendrían que decidir captarían sus señales. Pero el tiempo pasó y Sampay, informante por la mayoría, inició su defensa del proyectado artículo en el recinto. Ya era algo irreversible. Perón lo envió a Juan Duarte, sí, a su cuñado, a que hablara con Sampay, mientras este leía. Duarte le hacía señas para que parara, pasara a un cuarto intermedio. Sampay no le da bola y tuvimos artículo 40.

—¿El empecinamiento del doctor Sampay es parte de tu historia plebeya, Dardo?

—Un peronista plebeyo no ha nacido en Berisso, necesariamente; es quien pone en tela de juicio la noción de que solamente el líder define la voluntad popular y dictamina qué quieren las masas. Y comprende que en la relación líder-masas es imposible quedarse con los dos polos. No se trató, nunca, de romper la relación. Quizás esto suene contradictorio pero no lo es. Se trata de participar en la formación de las voluntades populares. Es bastante sugestivo que Sampay pasara las de Caín en los últimos años del gobierno peronista: en 1952 residió en Paraguay, huyó de Argentina disfrazado de cura, bajo la amenaza de una causa penal armada. Estuvo luego en Bolivia y por fin en 1954 se instaló en Montevideo, estrictamente un desterrado. Sampay no era ningún izquierdista, aunque admirara la concepción constitucional de Ferdinand Lassalle; era un nacionalista católico. Había perdido su principal respaldo, el del coronel Mercante, y su situación se complicó más al empeorar la relación entre el gobierno y la Iglesia. Se tomaba las cosas por su cuenta; en 1949, hacer una Constitución Justicialista no equivalía a hacer sin más la voluntad de Perón. Les recuerdo, el peronismo plebeyo está más lejos de la democracia representativa que la concepción ortodoxa del peronismo. Porque, al fin y al cabo, esta

concepción ortodoxa y la democracia representativa tienen un parecido de familia: “nos los representantes”, podemos ser una casta, una burocracia, o un líder, pero definimos, le damos forma a la voluntad popular.

Dardo hizo un silencio, percibiendo que sembraba dudas en sus visitantes.

–Ustedes saben, John William Cooke fue un jovencísimo diputado nacional de 1946 a 1952; cuando en 1964 declara ante la Comisión Investigadora sobre Petróleo de la Cámara de Diputados, Cooke define su postura como “una política nacionalista en su más estricto sentido”. No son palabras huecas; tampoco la orientación estatizante de la Constitución peronista, o la ola de nacionalizaciones de los servicios públicos, tenían nada de superación del capitalismo, nada de nada. La relación capitalismo-justicialismo no pasaba por ahí. Cooke, que en 1955, antes del golpe, era director de la revista De Frente, había criticado el anteproyecto que el Ejecutivo enviara al Congreso, resultado de tratativas sostenidas entre 1954 y 1955 con la Standard Oil de California, para explotación petrolera en Santa Cruz. Esto hacía patente que Perón tenía el artículo 40 de la Constitución del 49 como una espina en la garganta. ¿Era peronista ese artículo, o no lo era? Para Cooke y Sampay, era peronista, no importaba lo que pensaba Perón al respecto. Y un eventual contrato con la Standard Oil claramente no lo era.

–Bueno, amigo Dardo –intercaló Antonio con prisa–, los términos del contrato no eran del todo buenamente nacionalistas... eran algo concesivos, diría... En los debates de 1955 en que la oposición resucitó y buscó arrinconar al régimen, Frondizi calificó la zona concedida en el anteproyecto como “ancha franja colonial, cuya sola presencia sería como la marca física del vasallaje”. Algo exagerado.

–Sí, por eso –Dardo no le llevó el apunte–, las cosas se complicaron porque aunque el contrato fue firmado en abril y aprobado en mayo por el Poder Ejecutivo, la California exigió una garantía complementaria: que fuera aprobado por el parlamento. Ya saben lo que ocurrió, esto dio lugar al oportunismo de todos los sectores de la oposición, y el acuerdo se empantanó. Pero en este río revuelto, ganamos los pescadores que hasta ese momento no teníamos arte ni parte. ¿La oposición antinacional asumía posiciones más nacionalistas que el gobierno? Y nosotros, ¿qué? Cooke explica su oposición al contrato “por entender que era un mal precedente, y que no era ese el camino para lograr el autoabastecimiento, con el agravante de que podía desviar al movimiento de

otras posiciones de profundo contenido revolucionario”. Y se cita a sí mismo, con todo derecho: “en un editorial titulado ‘La ilustre cofradía de los técnicos’, imputé al equipo económico el aferrarse a criterios exclusivamente técnicos, despreciando términos como soberanía, sentimientos populares, etc. Ese apego al tecnicismo, propio de gran parte de los economistas, inclusive algunos de los que integraban el gobierno peronista, es un error”. Vaya, vaya –intercaló Dardo–. ¿Alguien podría decir que Cooke estaba equivocado? ¿O que estaría equivocado si escribiera esto hoy? El Bebe intentaba bajar línea en su testimonio de 1964, estaba predicando en el desierto, pero lo hacía muy bien: “No hay decisiones técnicas; las decisiones son políticas. Y el rol de los técnicos no es adoptar decisiones de política general. No se puede dejar en manos de técnicos las cuestiones políticas”. Lo cierto es que Cooke ya en 1955 no solamente estaba preocupado por los técnicos sino por los sectores en descomposición del movimiento peronista, y de la experiencia que sigue, los peronistas plebeyos sacarán también conclusiones. Porque Cooke, después de junio de 1955, es convocado por Perón, que le ofrece un ministerio. Pero el Bebe le solicita, y Perón se allana a su pedido, el cargo de interventor del partido peronista en la Capital, “el eslabón más débil del peronismo”, dice el Bebe. Solamente a él se le podía ocurrir.

–Sé –observó la Negra– que Cooke le recordó a Perón sus objeciones al contrato con la Standard Oil, y Perón intentó tranquilizarlo, asegurándole que el proyecto no saldría entre gallos y medianoche, y lo invita a las reuniones del Consejo Superior Peronista. Cooke comprueba allí que hay disidentes, y diputados obreros, entre ellos Amado Olmos, que se declaraban contrarios. El episodio muestra cómo percibía Perón su liderazgo. Ahora rebobinaba, tarde pero claramente rebobinaba. Pero inicialmente había confiado por completo en sí mismo para firmar primero el contrato y luego para enviarlo al parlamento. Pero el proyecto era flagrantemente inconstitucional: “Los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las demás fuentes naturales de energía... son propiedad imprescriptible e inalienable de la Nación... Los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado, y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación”. Pero para el general, ¿cuál era el problema? Si la Constitución era peronista, no podía estar por encima de la voluntad de Perón, no podía limitarlo. A él le había disgustado ese grupo de artículos, 38, 39 y 40, que versan sobre la función social de la propiedad y la economía, y ahora se cruzaban en su camino y se los llevaba por delante. Sí, a veces rebobinaba, se inclinaba ante la fuerza de los hechos, como quien agarra el ala del sombrero cuando arrecia un temporal, pero esa no

era la forma en que concebía su rol. Todo esto está claro pero, ¿cuál es el lugar del peronismo plebeyo?

–Bueno, saben bien que no fue del todo así. Es destacable que durante todos esos meses las cosas ocurrieran en una suerte de vacío político. Y de esta experiencia todos sacamos enseñanzas.

–Aramos dijo el mosquito, Dardo –lo provocó Antonio–. Vos tenías 14, sí, ya sé, aprendiste con tu viejo, me convenciste, seguí.

–Vamos entonces –Dardo se arma de paciencia a ojos vistas– a ese vacío político. Empiezo por el final. Perón era fuertemente institucionalista, más allá o más acá de que el modo en que concebía a veces su papel fuera destructivo para las instituciones que él creaba o procuraba fortalecer. Pero son cosas que pasan. Y mientras Perón confiaba en las instituciones, en general el peronismo plebeyo no. El peronismo plebeyo desconfiaba de las instituciones, y de sus titulares más aún.

Con parsimonia, Ignacio se levantó de su silla, con la intención, dijo, de permitir que Dardo y sus visitantes continuaran tranquilos su amable plática.

–Es que, amigos, los he seguido no sin alguna dificultad, pero es suficiente por ahora, en mi cerebro se arraciman dudas y preguntas sobre las que querría meditar.

Dardo lo vio determinado y lo dejó ir sin oponer resistencia.

–Vuelva, don Ignacio, que yo solito me siento poco frente a estos pícaros – Antonio pensó que a ese comentario le faltaba un guiño para convocar el fantasma del general, pero el espectro de Cabo era el de un joven espigado, aunque curtido. Dardo retomó el hilo.

–Decía, el general era muy 17 de octubre ritualizado; ningún 17 de octubre posterior al de 1945 fue mucho más que un ritual, con su nombre como piedra de toque: día de la lealtad. Pero ese era su terreno. El peronismo plebeyo se hizo presente en masa ante la mole del Ministerio de Obras Públicas. Así le fue. Nuestra desconfianza institucional era otro cantar; no se partía de un reconocimiento del principio de autoridad, era un ejercicio bastante crónico de desobediencia. Para el general, la autoridad se traducía, se corporizaba, en instituciones.

–Lo que implicaba –atacó Antonio– un margen muy grande de discrecionalidad a la espera del acatamiento. La arbitrariedad, no tanto la ley. Un creador institucional que no se sujeta a la ley institucional, sino que se coloca por naturaleza encima de ella.

–Sí, en contraste, esa desconfianza en las instituciones del peronismo plebeyo desaguaba en una fuerte preferencia por la acción de masas, y por la relación directa de las masas y el líder. Macanean los que dicen que Perón tenía esa inclinación, al contrario, ese vínculo directo era en él de valor limitado. Tendía a ser ritual y ratificatoria. Perón confiaba en sí mismo, no en las masas. Nosotros creíamos intensamente en la acción de masas y la cultivamos, siempre que pudimos, contra las burocracias sindicales y partidarias. Desde julio de 1973, sé que doy un salto acrobático, los Montoneros protagonizamos lo que ahora es fácil reconocer como una farsa; yo no fui ajeno a ello: creímos en el imperativo de “romper el cerco” y mantuvimos esa política aun después de que Perón nos recibiera con el Brujo. Antes de eso habíamos exigido que el general asumiera la presidencia “inmediatamente”, sin esperar los comicios, expediente al que era imposible encontrarle encuadre legal. Y antes de eso había acaecido el desastre de Ezeiza, la idea fuerza que movió a la columna Sur era el contacto directo entre Perón y su pueblo. Pero en estas movidas estaba todo el peronismo plebeyo. Bueno, todo no. Alicia Eguren era la loca en cuyos labios Dios ponía sus verdades. Nos dijo: tengan cuidado chicos, cuando salten el cerco se lo van a encontrar a Perón esperándolos con la metralleta en la mano. Pero la verdad es que estábamos, muchos de nosotros –agregó tras el exabrupto–, angustiados y desorientados. Hoy se diría estresados –dijo acerbamente.

–Bueno, lo sabemos, te leo algo tuyo, lo publicaste en El Descamisado, posterior a Ezeiza. “Aquí se trata de hacer una revolución, la revolución peronista que empezó Perón, que quería Evita y que todos estamos forjando... vamos a seguir gritando desde aquí lo que sabemos. Aunque tengamos que andar con el ‘fierro’ en la mano para defendernos de estos salvadores del peronismo”. Tu tensión parece extrema, ¿nadie leía tus borradores?

–Lo de andar con el fierro no es difícil de entender, los salvadores del peronismo no utilizaban armas blancas. Pero, por encima de eso, se trataba de restablecer lo que nunca había existido, puedo decir con amargura, excepción hecha de los largos años en los que, desde Madrid, el Viejo se dedicaba todo el día a escribir cartas a todo el mundo; parecía un conspirador republicano exiliado de la Italia del siglo XIX. Te leo una –Dardo sacó un papel de un pupitre que un instante

antes no estaba allí, y leyó—: “...hay prisiones que honran. Me alegra que sea papá y mucho más que lo haya hecho abuelito al amigo Armando, que me imagino ha de estar orgulloso y feliz”. Me la envió para el nacimiento de la Tata, estando nosotros en el Sur. En dos renglones hay un montón de alusiones políticas, aunque haya sido una carta privada. Las que no lo eran circulaban de mano en mano, como sucedía con las primeras ediciones del Martín Fierro leídas en el fogón. Curiosamente, esos años fueron cuando menos “cercado” se encontró el general. No obstante, Perón se empeñaba una vez y otra en recrear mediaciones institucionales. Sé que es contrario al sentido común académico que ustedes portan, no se ofendan, la hipótesis de un líder populista más inclinado por las instituciones que por las masas, pero es así. En el fondo, era un general del orden; sin instituciones no hay orden concebible... en tanto respondieran a una cabeza, la suya. Perón inaugura las sesiones del Congreso de 1950 diciendo: “cada uno en su casa y Dios en la de todos”. Ustedes de casa al trabajo y del trabajo a casa, que yo me ocupo. Y en su primer discurso después de Ezeiza lo reiteró. El peronismo plebeyo, más peronista que nadie, tenía otra respuesta.

Capítulo II

Noviembre de 1956. Sábado por la mañana, Dardo estudia en su casa. Suena el teléfono. Suena siempre en esa casa, Dardo en general no atiende cuando está solo, buscan a su padre. Esta vez la insistencia es interminable, Dardo vacila y, por fin, fastidiado, se levanta y toma el tubo.

–Dardo, ¿qué hacés? –reconoce la voz de Armando.

–Hola viejo.

–¿Podés venir?

–Pero estoy estudiando –objeta.

–Mirá, vení, necesito que me hagas pata. Aparecé a las doce, no hace falta antes.

–Tá bien, voy.

Camina hasta la sede Capital de la UOM, que en ese entonces no era ni sede, ni capital ni de la UOM. Era un cuartucho destrozado por el tiempo y el descuido, al fondo de un patio que se abría a varias piezas algo mejor mantenidas por sus residentes. Como Pancho por su casa, entra Dardo, va saludando.

–Tu viejo te espera en el bar de la esquina, Lito.

Allá va Lito, presintiendo de qué va la premura. El bar está casi desierto. Es un boliche sin ángel que pasa por sucursal de los metalúrgicos porteños más genuinamente que los cuartos rantifusos que componen la sede oficial. Un Armando ansioso, solo, cosa rara, mal lo saluda, y le muestra con innecesario disimulo un portafolios de cuero.

–Me trajeron un caño, Lito, de Neuquén los mandaron, es bastante grande, potente. Hoy es sábado –el corazón de Dardo late con fuerza–, la novena no tiene guardia en la calle. Además... –vacila, cambia de rumbo–. Pero no es seguro, siempre alguien puede aparecer. Preciso que me hagas de campana. Yo

confío mucho en vos, ¿sabés?

Dardo asiente en silencio; deja dibujar una sonrisa porque sabe que su padre la necesita. Preferiría no estar ahí, pero está, y no duda.

–¿No está demasiado cerca la novena? Elegí otra...

–Es que ahí tenemos la precisa. Lo dejo en el pasillo de entrada, enciendo la mecha, lo empujo hacia adentro, y nos rajamos. Vos te quedás en frente medio en diagonal, en una mueblería que tiene las puertas hacia adentro, vas a estar bien disimulado. ¡Se van a cagar en las patas!

–Bueno dale, vamos. –Dardo recuerda una fresca lectura del Evangelio; lo que haz de hacer, hazlo rápido. ¿O pronto? Lo que haz de hacer, hazlo pronto. Daba igual.

Todo fue facilísimo. Ya doblaban la esquina, pero en direcciones opuestas, cuando oyeron la detonación impresionante. Armando imaginó vidrios rotos, paredes ennegrecidas, y no más que eso. Dardo imaginó el susto y la furia de los canas.

Armando y Dardo se reencuentran en la sede de los meta. Armando está exultante y Dardo orgulloso de su padre. No levantan la perdiz, de cualquier modo. Armando va a su escritorio pegado al baño. Dardo vuelve a casa. Volvía, esa era su intención, pero topa con dos chicos vecinos, amigos.

A las dos de la tarde en el escritorio de Armando suena el único teléfono.

–Armando, pelotudo, ¿qué me hiciste?

–...

–¿Pero cómo se te ocurre? Una vecina te bocinó, tenés que rajar ya mismo, borrate, si te agarran cagamos los dos, ¿me entendés?

Armando lo entendía, demasiado bien.

–Tranquilizate, desaparezco por un tiempo –dijo, pensando en su reducto de Tres Arroyos. Se levantó de golpe, casi voltea la silla. Ya había puesto su mano en el picaporte cuando se acordó de Lito. ¿Pero qué estoy haciendo? La yuta

perfectamente podía ir a buscarlos a su casa.

Se cansó de hacer sonar el teléfono. Alarmado, salió al pasillo, a los gritos.

–¿Alguien sabe dónde carajo está Lito?

–¿Qué te pasa Armando? ¿Pasó algo?

–¡Necesito encontrar a Lito! ¡Ya mismo!

Un tercero se aproximó desde una oficina.

–¿Pero qué pasa? Yo lo vi a Lito, hace un rato, cuando llegué. Estaba en la vereda con dos amigos.

Armando salió disparado. En la vereda se había formado un corrillo, cuatro o cinco de la barra de Dardo compartían un pucho y jugaban al balero. Algunos con balero propio. El de Lito –era justamente su turno, Dardo exhibía una desmañada pericia– era prestado.

–Lito –lo apartó su padre del grupo– te tenés que esconder. Nos vieron. Yo me rajo a Tres Arroyos pero decime qué hacés vos. A casa por unos días no vuelvas.

Doblaron la esquina a las zancadas, Armando arrastrando a Lito.

–¿Y a mí me vieron?

–No sé, Lito, ¿cómo voy a saber?

Dardo tenía aún el balero en la mano. Su dueño, Cacho, se acercó para ver qué diablos pasaba.

–Cacho, ¿me puedo quedar en tu casa? Un par de días. En el garaje tenés un colchón.

Asombrado, el chico demoró unos segundos; semblanteó a ambos Cabo.

–Podés. Sí. Podés. Pero que no se enteren los otros. Y dame ese balero.

* * *

–El San José –sonríe Dardo– está en la avanzada tecnológica, lo rodea un auténtico cinturón digital.

La Negra, que no había acompañado a Antonio en su excursión al San José, no entiende. Le explica Dardo, que a veces oteaba el colegio desde los Elíseos.

–El tejido comercial del barrio, la Saladita, fue rodeando el Colegio y penetró en él, conquistó sus patios interiores, en un asedio imparable la sangre digital entró en sus venas, comercios mayoristas y minoristas de accesorios, celulares, servicios técnicos, tarjetería, de todo.

–¿Y qué queda entonces del colegio? –preguntó la Negra.

–Uh, casi todo. El patio con su claustro es una belleza. Y el salón de actos es medio horrible, se acordaron del Coliseo romano y apilaron los tres estilos de orden clásico. Es muy posterior a la fundación del colegio.

–Decinos, Dardo, ¿qué hiciste cuando te metieron pupilo?

–Lloré mucho –dijo Dardo enfáticamente–. El primer día. Después me acostumbré. La pasé bastante bien.

–¿No extrañabas?

–No. Me venían a buscar todas las semanas. Y muchas veces mis compañeros me invitaban a la casa. El San José era un mundo dentro del mundo. Todo lo demás, normal; entre nosotros había como una cofradía y las diferencias que podían separar a las familias no entraban. Nadie sabía si yo era hijo de Armando o de Juan de los Palotes. Ni sabían quién era Armando.

–Pero vos entraste el año de la muerte de Evita.

–Claro, antes había comenzado la primaria en Tres Arroyos. Al San José entré al cuarto grado, 4º A. En 1952, sí. Hasta 1955 estuvo todo tranquilo. Y en 1955 empecé el secundario; cuando las cosas con la Iglesia se pusieron pesadas mi viejo agarró y me sacó. Un arrebató justificado que lamenté mucho. Uno a esa

edad aprende como si lo que vive, lo que te enseñan, te guste o no es la única forma de ser de las cosas. Cuando dejé el San José se me movió el piso. Era un colegio privado, sí, confesional, pero mis viejos lo podían pagar. Había sido un colegio caro, de élite, hasta los veinte más o menos. Para cuando yo estudié ya había “medio pupilos”, que se pasaban el día en el cole. Eran del barrio, bastante reos, y yo tenía amigos entre ellos.

—¿Y qué aprendiste allí?

—¿En la calle? —rio Dardo—. El colegio estaba bajo la férula, aunque esto es algo exagerado, de la Sociedad de Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram. De origen vasco; en el barrio les decían los padres bayonenses. Gente muy testaruda o tenaz, según se mire. Son un instituto de vida consagrada. Y lo que aprendí tiene que ver con todo eso, muy principalmente. Porque la vida consagrada tiene dos dimensiones: una forma de vivir y una forma de ser en el mundo. ¿Les cuento, o lo conocen?

—No lo suficiente. Contanos.

—Bueno, la forma de vivir se refiere a la vida personal, muy especialmente a la relación profunda que debe haber entre la vida personal y las creencias, la fe, los valores, la visión del mundo. El creyente realiza su visión del mundo a través de su vida personal, no hay una separación sino que la relación es íntima, es el testimonio de vida. Cada miembro de un instituto de vida consagrada vive, literalmente, su visión del mundo. Ha hecho votos de castidad, pobreza y obediencia. Pero además está la forma de ser en el mundo, que no es tampoco una separación del mundo, muy por el contrario, comporta una misión en el mundo. En el caso de los padres bayonenses es evangelizar al pueblo y enseñar a los jóvenes. Las pequeñas comunidades esparcidas por el mundo que han formado desenvuelven esta activa misión en él. Evangelizar y enseñar, el núcleo de todo esto es la prédica, la catequesis.

—Y ¿eran muy pesados los padres? —preguntó la Negra.

—Había de todo como en botica. Pero en general no. Tenían, yo te diría, presencia. Una cierta coherencia entre sus palabras y sus actos, cierta dignidad. Yo, a unos pocos los apreciaba mucho. Respetaba a la gran mayoría.

Marzo de 1957. –Sin gloria, y tan penoso. Cómo nos pudo pasar –dice Armando.

–No te amargués la vida, cabezón –canturrea Ulises. Armando no era cabezón, pero Ulises lo llamaba así. Aludía a su terquedad–. Vos hiciste lo que pudiste, bastante, aunque no haya servido para nada. El gobierno estaba quebrado, no tenía moral. Perón estaba quebrado. Te volviste de raje de Tres Arroyos, ¡convencido de que la CGT iba a realizar un paro general! Y sí, vivías en una nube, vos y tus amigos allá en Tres Arroyos. Pero qué paro, no fueron capaces ni de un apronte. ¿Y las dos clases que iban a ser convocadas por los milicos leales? Misteriosamente suspendido, todo...

Ulises siguió hablando, Armando dejó de escucharlo. Lito sí lo escuchaba. Mientras su amigo no paraba de decir verdades de a puño en letanía insoportable, la mente de Armando se remontó otra vez –e iban quinientas– a septiembre del 55. De regreso a Buenos Aires, se había incorporado al atrincheramiento en la Seccional de la UOM de Avellaneda, que según la incierta información disponible era uno de los puntos que concentraban alguna actividad. Habían conseguido sacar a la calle nada menos que trescientos camiones, que de inmediato rodearon la sede, y pudieron armar una fuerza con trabajadores de diversos gremios. Pero, ¿qué hacer ahí, inmóviles? ¿Proteger un edificio irrelevante? Se planteó una discusión. Podían marchar a Córdoba para sofocar la insurrección de Lonardi. Que sí, que no, Armando estaba férreamente con quienes se oponían a quedarse de brazos cruzados. Para los renitentes era aconsejable esperar y ver, argüían que los insurrectos eran superiores en número y en capacidad de fuego, y que los trabajadores iban a ser aniquilados. Sobre todo insistían en que datos confiables sobre movimientos de tropas leales no se habían recogido por ningún lado. Pero los partidarios de pasar a la acción, como Armando, estaban convencidos de que una vez que la columna se pusiera en marcha se iba a ir ensanchando en el trayecto (no faltó el tano que mentara algunas experiencias históricas), y probablemente se formarían otras. Invariablemente, el diálogo de Armando consigo mismo, y que alguna que otra vez había compartido con Lito, consistía en muy previsibles preguntas y respuestas: ¿era un delirio la columna o era una propuesta sensata? Armando nunca arribaba a una conclusión. Quizás fuera un delirio. Pero estaba seguro de que en semejantes circunstancias lo habría intentado con el mismo ahínco. Todo quedó en agua de borrajas: vino una orden, otra vez el misterio, no se supo de quién, pero claro, él no tenía ahí ningún peso decisorio formal, no la recibió, no pudo ponerla en tela de juicio, los reticentes engrosaron en número y tenían

ahora a su favor algo más que limitarse a discutir, había que devolver los camiones, nada de ir a Córdoba, porque el general había renunciado y lo tenían detenido en una cañonera, era rehén del levantamiento y su suerte, su vida quizás, pendían de un hilo. Armando escuchó por unos segundos a Ulises, que le hablaba a Lito con tranquila pasión, le hablaba de lo mismo, de cómo ellos –el propio Ulises incluido– habían estado en las nubes. Armando recuperó el hilo de su propio divague. Carajo, qué abominable sentir esa parálisis, esa impotencia, nunca la había experimentado hasta entonces, aunque la salida de todos ellos de la CGT tras la muerte de Evita fuera como un prelude, pero lo de Avellaneda había sido una experiencia nueva y atroz. Horas, y horas, y horas, de muda e inmóvil espera. Era horrible ver cómo el tiempo pasaba en vértigo y nosotros de brazos cruzados, mejor dicho de manos atadas. Nos estaban cocinando. No hicimos nada. De golpe Armando lo interpeló a Ulises, interrumpió su locución a Lito y lo obligó a escuchar, inútilmente, porque Ulises ya había oído varias veces este fragmento de su parlamento. Y todos los otros. Se sabían uno al otro de memoria.

–Tuvimos todo en la mano y caímos. Hay que tener entereza, che, no ganamos nada macaneándonos. No asumiendo la responsabilidad. Pero, si no nos ganaron ellos, la perdimos nosotros, nos entregamos mansamente, como dice el tango. ¿Perón nos entregó mansamente?

–Te lo dije, cabezón, todo dependía de él, sin él no pudimos reaccionar, no se puede esperar que si todo depende de uno solo, cuando ese falle, los demás van a saber qué hacer. No existe la acción espontánea. Sin organización, nadie se pone de acuerdo con nadie, nadie sabe. Vos lo viviste en Avellaneda.

Armando pensó en Evita. ¿Es posible que sin Evita haya extraviado el camino, el general?

–Ya sé qué estás pensando, cabezón, en el 17 de octubre. El 17 de octubre no fue espontáneo, lo tenemos manyado, hubo una convocatoria de la CGT a la huelga general, y un grupo de dirigentes muy activos, como Cipriano o Gay. Pero la CGT del 55 estaba demasiado pegada, era cartón pintado. No había nadie allí que pudiera actuar por sí mismo, ser reconocido como comandante de una resistencia.

–Sí, Ulises, ahora Jorge Antonio nos hace saber que Perón no quiso permitir el derramamiento de sangre. Decidió evitar una guerra civil. Yo no lo entiendo.

Además, ¿vos confiás en Jorge Antonio? Pero si no fue eso, ¿qué otra explicación hay? ¿No le quedaba nadie, nadie, entre los milicos?

–Y, sí, no le quedaba nadie entre los milicos probablemente. Y lo peor vino después. El traidor le abrió la puerta al peor hijo de perra.

Mayo de 1957. Esa huelga había sido lo más bravo que hicieron en 1956, y los había extenuado, a él y a Avelino. Resistir, no importaba por qué. Quizás para que sus compañeros, inclusive los corderitos, tuvieran algo más de pan en la mesa. Pan era un decir, porque no le faltaba a nadie, pero no se sabía hasta dónde podían llegar esos crápulas. Y quedaba en pie una esperanza, para Armando una ilusión: un golpe contra el golpe, un levantamiento militar fulminante, un general nacionalista, algo que tuviera el calor de una insurrección. Armando era escéptico: el episodio del año anterior, con su epílogo de sangre, le había dejado un pésimo sabor de boca. Esos que Perón calificó muy pronto de aventureros habían arrastrado a la muerte a unas decenas de valientes, ellos mismos incluidos. Pero también cabía dudar de sus intenciones. ¿Querrían restituir la legalidad constitucional del gobierno peronista o se desvelaban por alterar la orientación del gobierno militar hacia un nacionalismo conservador? Armando no lo tenía nada claro. Fuera como fuere, había que mantenerse despierto, y Avelino y él eran como tábanos uno para el otro. Armando era algo mayor, y tenía su reputación, pero Avelino compensaba su menor peso político a fuerza de empuje e iniciativa. Había que reaccionar, del modo que fuera, a lo que diera. Cuando cayó preso apreció cuánto estaba haciendo Avelino por él desde afuera. Pero el potencial lógico del enemigo seguía siendo para ambos un misterio. No entendían. No podían prever lo que iban a hacer, advertía, porque algunas veces lo que hacían les parecía muy inteligente, y las más se le antojaba increíblemente idiota. Preso, observó que la información que bullía en los extensos mentideros carcelarios se propagaba por todas las unidades y las desbordaba. Le contó a Avelino que Cámpora, en Ushuaia, se quejaba de su suerte: “Jamás me apartaré del Movimiento, pero de política no quiero saber más nada”. Qué zapallo –escuchó de Avelino–, a mí me pasa al revés. Para mí que del Movimiento no queda nada, pero de la lucha política no me pienso apartar jamás.

Marzo de 1958. Desde 1955 apenas una vez había vuelto por el barrio. Pero no había entrado al San José, en esa ocasión, ni siquiera había caminado por el claustro que cercaba el inmenso patio interior, que amaba. Aquella vez se había acercado al barrio en busca de sus amigos, observando el colegio con vacilante curiosidad, como si percibiera cierta hostilidad en la mole eclécticamente almenada. Pero ahora se aproximó a paso firme, sin dispensar atención ni al edificio ni a quienes allí pululaban. Atravesó el recibidor y cruzó lentamente el patio en diagonal. Mientras lo hacía no rememoró su salida súbita del colegio sino una leyenda antigua: el general Mitre acostumbraba visitar al padre Diego Barbé, uno de los fundadores, y militar y sacerdote tomaban el sol de invierno, y unos mates, en ese patio. Cosa que no le hacía mucha gracia a Dardo. Nadie reparó en su presencia, lo que no lo sorprendió en absoluto. El padre Barria era a la sazón el prefecto de estudios de la casa. Ya lo era cuando Dardo había dejado el colegio a fines de abril de 1955, comenzando la secundaria, por decisión iracunda si se quiere, intempestiva por cierto, de su familia. El padre Barria, en el que quedaban todavía marcas de su origen vasco, era también profesor, impartía gramática castellana –Dardo había sido su alumno– y literatura española y americana. Para Dardo la salida había sido un porrazo: le gustaba el colegio y le gustaba el internado. Pero ahora ya ese despojo había quedado atrás, empaldecido por privaciones más ásperas todavía. Sentía afecto por el padre Barria y estaba seguro de que este lo recordaba con estima. Fue directo al escritorio del padre y golpeó de nudillos la puerta. Escuchó su voz, grave, bien temperada por un natural firme, pero no indiferente, decir confiadamente adelante. Barria no ocultó su sorpresa y saludó a Dardo con afecto paternal. Se sentaron en un sillón doble, de hecho el único disponible. Barria adoptó un registro irónicamente severo:

–Dichosos los ojos... y cómo te ha ido, rapaz, estos años, ¿qué has hecho?

Dardo contó, sin reservas, mientras el padre le echaba una mirada perpleja.

–Mira, Dardo –el sacerdote alzó su índice admonitorio, y quiso fruncir el ceño, pero apenas si lo consiguió, estaba un poco emocionado–, nunca le voy a perdonar a tu padre que te haya sacado del Colegio por un quítame de allá esas pajas.

Dardo escuchaba por primera vez la expresión, pero la sacó por contexto. Admitió que él había sufrido mucho al dejar el colegio, pero entendía a sus padres.

–Bien, ¿y qué te trae por aquí? No creo que hayas venido apenas a saludarme.

–No, padre, es que quiero pedirle un consejo.

Barria conocía suficientemente a Dardo como para adivinar la clase de consejo que quería pedirle, y se preparó.

–Adelante, hijo.

–Bueno... estoy pensando en el sacerdocio.

–¿Para vos? –se hizo el sorprendido; voseaba y tuteaba indistintamente–. ¿Vos, el mismísimo diablo con cola –mientras se santiguaba– y guardapolvo?

–Ehhh... –Dardo sonrió humildemente– sí, no es que esté seguro. Por eso quería su consejo.

–Ah, sí. Y dime, Dardo, por qué, ¿por qué querrías ordenarte?

–...

–Talento tienes, por cierto, pero el talento que Dios nos da podemos emplearlo en muchas cosas. ¿Por qué quieres ser cura?

Dardo advirtió que “ser cura” implicaba incorporarse a un grupo, “los curas”, que no estaba tan seguro, caía en la cuenta, de querer integrar. Siguió adelante.

–Quiero ser libre. Usted, en una de sus clases, nos dijo: “El que quiera ser libre que se haga servidor”.

–Hombre, sí, así nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo. ¿Y cómo entendés esa sentencia, Dardo?

No lo había pensado. Demoró algunos segundos en responder. La placidez del padre Barria no lo urgía.

–Me parece... –dijo al fin– servidor... es hacer de los otros... quien quiera ser libre que haga de los otros hombres libres.

Barria se asombró bastante. Le gustó, pero lo reconvino amigablemente.

–Está muy bien, Dardo, pero no seas tan soberbio: cada hombre se hace libre desde el fondo de su corazón; todo lo que podemos hacer es ayudarlo. Servirlo. Pero está muy bien. Mira, la entrega al Señor y la misión de servirlo... a propósito, ¿sabes que no es posible servir al mismo tiempo a dos señores, no?

La pregunta estaba demasiado cargada de intención como para que Dardo no lo percibiera. ¿Qué conocía, su padre, el combativo Armando, sacerdote de otra religión, o de ninguna, de sus presuntas intenciones? Nada. Por otra parte, con el pretexto de que no se podía servir a dos señores, el clero, él lo sabía, había puesto en tela de juicio una institución tan razonable como el patronato. Pero sí, asintió en silencio.

–Llegado el caso –prosiguió el cura– tendrías que estudiar bastante, serían varios años.

–Lo sé, padre.

Barria pensó en el cardenal Copello. Si Dardo se presentaba algún día al seminario de Villa Devoto, tal como estaban las cosas, una gestión oficiosa iba a ser indispensable.

–Hijo, eres muy joven, tómate un tiempo para decidir. ¿Participas en tu parroquia?

–No mucho, padre.

–Deberías hacerlo. ¿Te llevas bien con el párroco? ¿Rezas?

–Rezo, sí –la omisión era elocuente.

–El llamado a la santidad es universal. Pero la aldaba de cada persona suena de manera distinta. La verdadera misión es la que es iluminada por Dios, no debemos ser tan vanidosos como para creer que la elegimos nosotros. ¿Recuerdas a Pablo de Tarso? Estaba completamente perdido mientras confiaba saber cuál era su camino, y había abrazado su extravío con frenesí. Hasta que el Señor se apiadó de él y lo iluminó. Espera la iluminación, hijo, calmamente, y cuando llegue, si es el camino del sacerdocio, sabrás reconocer su luz. Y si es otro camino el que Dios decide para ti, también sabrás reconocerlo.

Dardo se fue aliviado y pensando. El padre Barria barruntó la ausencia, en

Dardo, de una genuina vocación religiosa, aunque el muchacho fuera magnífico. De repente el corazón le dio un vuelco. Presintió que no volvería a verlo.

Septiembre de 1958. Esa mañana se levantó temprano.

–¡Te caíste de la cama, Dardo! –lo saludó la abuela.

–No, lo que pasa es que a Alberto si no lo agarro ahora no lo agarro más, los jueves hace doble turno –respondió muy tranquilo.

Y se fue a Los Perales, el pequeño barrio peronista de sobrios edificios de departamentos del muy peronista barrio de casas de Mataderos. Alberto Brito Lima estaba lavando el colectivo en la vereda, en camiseta, mientras la patrona le cebaba algún amargo. Saludó circunspecto a Dardo, aunque sin hostilidad. No se abrazaron.

–¿Cómo están las cosas con los de San Martín? –inquirió Dardo mientras encendía un cigarrillo–. Te pregunto porque es urgente, sab...

–Están –cortó Brito Lima secamente–. En quince días.

–¿Dos semanas? Es demasiado, Alberto, la gente ya se va a olvidar, ni va a salir en los diarios...

–No te preocupes –volvió a interrumpir. Era lacónico pero le interesaba poco escuchar a los otros–, tenemos tiempo. Y primero hay que probar –dijo, enjuagando el último trapo. El espécimen del principal medio de transporte público porteño estaba reluciente.

–Vos siempre querés andar probando y al final no hacemos nada. Decime –siguió Dardo, muy cargado–, ¿qué carajo te pasa con Néstor?

Quizás Alberto esperara la pregunta. La última reunión había sido muy densa, Dardo recordó la imagen aprendida del padre: se cortaba el aire con un cuchillo.

–Ese pendejo es un infiltrado –dictaminó Brito Lima, sin más.

–¿Infiltrado? ¿Vos sos o te hacés? Ese pendejo es un compañero, tiene toda la

polenta, y encima le funciona el marote, no como a vos –Brito Lima se volvió para mirarlo torvamente, su cuerpo se había tensado, permanecía en un silencio amenazante. Dardo rebobinó un poco.

–Mirá, flaco, si me equivoco pasame por encima con el colectivo, minga de infiltrado. ¿Sabés quiénes son los viejos?

–Ese no es de los nuestros –Brito Lima, obcecado, se alzó de hombros.

–Pensalo, Alberto, pensalo bien –casi agregó si podés, pero se mordió la lengua a tiempo–, chau, me rajo, que te sea leve el doble turno.

¿La de Brito Lima era una genuina desconfianza contra Néstor o apenas un modo de cobrarle el insalvable derecho de piso? Tributo que a él, naturalmente, jamás le había sido impuesto, ni por Alberto ni por los hermanos Rearte, que no se perdían una. Y tenía gracia: tampoco faltaban los que acusaban a Gustavo Rearte, un atorrante de capa y espada, de ser cana. Lo que con los años habría de denominarse portación de apellido Dardo lo cargaba muy consciente, si bien con cierta molestia. Por eso odiaba esa costumbre del derecho de piso, aunque una u otra vez había caído inadvertidamente en la diversión inocua de hacerle ver al punto que ignoraba el nombre de una calle, o el de algún gris dirigente sindical.

* * *

–Sí, chicos –Dardo entornó ligeramente sus ojos–, se me acercó con la venia del cabo, que de mala voluntad lo había autorizado, me parece que eran del mismo barrio. Me dijo si quería un libro prestado, enfatizó, prestado. Claro. Entendí que era un libro valioso para él, bah, en esa época todos los libros eran valiosos. Recuerdo que se cercioró de que el cabo lo viera bien, que me estaba pasando un libro. Era de un autor que por entonces yo no conocía, Leonardo Castellani, qué tal. Parábolas de Cristo se llamaba o algo así, un libro... un librazo, no se lo devolví nunca, pero porque no pude, años después me lo llevé a Malvinas, pero no fue un afano, no se lo pude devolver.

–¿Cuándo fue eso, Dardo? –la Negra, más amante de la precisión cronológica.

–Y, unos días antes un comando desconocido había hecho un asalto, ¡un asalto! al cuartel, a un imaginaria le sacaron la pistola reglamentaria y el sable, uno de esos sables bayoneta. Al pobre pibe lo metieron en el acto en la solitaria, al otro día se presentó el juez militar. ¿Cabo? ¿Qué Cabo? Quiero ver. ¿Es hijo de Armando Cabo? ¿No se dan cuenta, giles? Vamos, traiganmeló. Todo esto lo sé – aclaró innecesariamente Dardo, que estaba mostrando alguna capacidad histriónica– porque al otro infeliz, al imaginaria, que estaba hecho un pollo mojado, lo tenían ahí, como si se hubieran olvidado de él, y oyó todo. Me fueron a buscar, así que vos sos hijo de Armando Cabo, ese sorete, ya estuviste preso, lástima que no los mataron a los dos, hijos de puta. Nunca entendí si se refería a mi viejo y a mí, o al pollito y a mí, pero yo entraba en cualquier lista. Como fuera; debo reconocer sinceramente que me lo tomé muy a lo personal. Pero ahí nomás quedé en reclusión por varios días, se olvidaron de darme de comer, hasta que lo cansé al cabo, el primer día vino este pibe con el libro de Castellani, no lo volví a ver, porque le dieron la baja poco después. Pero ahí, la puta que lo parió, entre Castellani y el juez militar, me sucedieron dos cosas importantes, siento que sin ellas yo sería otro. La primera es que se cayó mi catolicismo; pero no es que se cayó de mí al suelo, no. Se me cayó encima, tomó cuenta de mí, tomó cuerpo, se hizo carne, comunión. Castellani fue como una revelación, me di cuenta de que había redención en la tierra, mi catolicismo se arboló de cuerpo y alma como redención en la tierra. Yo no iba a ser un manso porque de ellos es el reino de los cielos. Estoy en la tierra –sentí– para hacerme justicia y hacer justicia, mi redención no es unir sino dividir, no es la mejilla sino la espada. La ciudad celeste y la ciudad terrestre pueden y deben ser una y la justicia golpea impetuosamente la puerta del presente. Pensé todo esto leyendo en paz y con un ragú de la san puta. Y la segunda cosa: aprendí que yo ya era culpable por ser Cabo, orgullosa e irremediabilmente culpable, como un manyamiento previo al crimen, como haber nacido habiendo sido violado antes de nacer, como que tu tiempo hubiese comenzado antes de tu existencia. Disculpen, no quiero ponerme patético. Me sacaron de la celda una semana después, hambriento, hambre y sed de justicia, me había leído el libro de Castellani, pero todo eso lo descubrí. Al pollito lo volví a encontrar, estaba repuesto, me dijo que lo habían llevado al Comando a declarar, allí a Paseo Colón, y le reprocharon no saber quién era Cabo. ¡Ellos no sabían y el pollito estaba obligado a saberlo!

Mayo de 2016. Mientras espera en la antesala vetusta de ese despacho universitario, la Negra recuenta las entrevistas que hasta entonces Antonio y

ella han realizado. Segundos después, abstraída, pone el piloto automático, cambia saludos y explicaciones de rigor y hace las primeras preguntas. Solo varios minutos después de iniciada la conversación escucha a Jorge en serio.

–No, flaca, no eran comandos civiles, eso fue un siglo antes. Eran cuadros de izquierda, interesados en el botín sindical, tipos del Partido Socialista y el Partido Comunista. Eran gente de armas llevar, muchos de ellos, pero no andaban necesariamente armados. Y no soltaban el hueso por nada del mundo. Les costaba admitir que cuatro años después de la Libertadora el sindicalismo peronista iba a recuperar todo. El estupor los paralizaba. Y nosotros tardamos en entenderlos. Bueno, las listas que iban ganando las elecciones normalizadoras confiaban en que se rajaran de las sedes estos mequetrefes, ¡se creían la genuina representación de los trabajadores! Qué zurditos pelotudos. Los que estábamos cerca, los muchachos que habíamos ganado algún carguito, nos salíamos de la vaina, pero los dirigentes nos frenaban, hacían bien.

Jorge parecía haber terminado de hablar. Suficiente. Pero no. La Negra lo acicateó.

–Okey, ¿y entonces?

–Y entonces. Bueno, estaba la instancia jurídica, por supuesto. Las listas se movían jurídicamente, y muchas veces esos ocupas, se avenían a picársela, cuando recibían intimaciones. Pero muchas otras no. Y la cosa se podía demorar, era un incordio, recuperar el sindicato sin la sede en la práctica era imposible. Y no había porqué. Y ahí sí, al final nos llamaban... no era algo muy complicado, la mayoría de los casos se resolvían a las piñas, y te aseguro que sabíamos pegar; ellos también.

–¿Solamente a las piñas?

–Negra, ¿qué importancia tiene? Hace tantos años que no me acuerdo... algún tirito que otro, nada del otro mundo. Eran otros tiempos, ¿no? –Jorge de repente dejó de hacerse el distraído, se adelantó a la pregunta–. Y sí, Dardo era muy activista, rayano en... Era como un profesional, superprofesionalizado. Para él, tomar los sindicatos ocupados por esos gorilas era una fiesta; te confieso que para varios de nosotros también. Él era como... un cabecilla, le encantaba preparar la acción, no se mandaba así nomás, a ciegas. Pedíamos que nos hicieran un plano de la sede, estudiábamos los accesos, los posibles puntos de

huida, a enemigo que huye, puente de plata, eso sí. No queríamos hacer ratoneras. Pero es que a veces... se las buscaban. Yo me sentía muy seguro yendo con él, aunque trataba de que no se notase tanto, viste, por amor propio. Pero siempre que podía iba con él, me bancaba mejor el julepe. Pero él no era un pesado, pesado en el sentido... me entendés, no era un aplomado silencioso. La acción lo volvía verborrágico, se columbraba cierta euforia en él, y al mismo tiempo era un poco paternalista, protector, con los que no éramos del 41. Yo –se río, coqueto– vine después al mundo.

–¿Y la cana?

–No, la cana nada que ver. Yo argentino. La cana en esos años, y en eso, no se entrometía si no había una orden judicial. Siempre que no se armara una de órdago, supongo, pero nunca se armó.

–Bueno, Jorge, contame algo más, lo primero que te venga a la cabeza.

Jorge chistó, pero sin malhumor. Miró la hora.

–Qué sé yo. Ya te conté todo... Manejaba muy mal –dijo de golpe, como tirando un cacho de carne a un león hambriento–. Un día, años después, me pasó a buscar para ir a una reunión social, políticamente estábamos muy distanciados ya, pero seguíamos siendo amigos. Creo que era el cumpleaños de la hija, él estaba en las oficinas del Descamisado, yo en la CGT, y me pasó a buscar. Sí, te puede sonar increíble, pero es tal cual.

–Si vos lo decís –se escudó la Negra, divertida.

–Agarramos Córdoba y había un taxi a la derecha con la puerta abierta. No fue capaz de esquivarla, se la llevó limpita. El tachero lo quería matar, aunque también qué salame. Pero Dardo era un desastre manejando.

* * *

–Sí, pero, ¿por qué Tacuara, Dardo?

Ignacio no había regresado aún, y reconocieron extrañarlo un poco. Dardo y la Negra coincidieron en que era imposible que entendiera un pito de sus charlas pero Antonio, politólogo al fin y al cabo, los desmintió.

–Amigos, todo cuando hablamos se puede referenciar en categorías universales – hizo el ridículo–, como si no hubiera dos rompecabezas iguales, pero las piezas de todos fueran las mismas. Como sea, no te me escapes, Dardo, ¿por qué Tacuara? Ni siquiera eran peronistas.

–¿Y eso qué importa? Para mí en ese entonces ser peronista era como respirar, no había esa cosa de identidad, tampoco algo de ser joven, esas huevadas vinieron después. Eran nacionalistas y odiaban a los gorilas, los de la caña, ¿no era suficiente?

Dardo parecía justificar su elección ante sí mismo.

–Lo del nacionalismo no es joda. Y no era ideológico, era vital, Antonio. Esos miserables estaban destruyendo la patria, literalmente, nos estaban despojando de la patria sin quedarse con ella, sino arrasándola. Yo tenía 18 años, ya era un adulto, era algo que se podía experimentar –estaba algo sulfurado.

–No había mujeres –dijo la Negra, fingiendo cierto resentimiento.

–Yo no precisaba de Tacuara para eso, no me jodas –bonito quite por faroles, pensó Antonio, concedor superficial del léxico tauromáquico–. Pero, sabés qué, en Tacuara había alegría, una alegría oronda, cargada de solemnidades, del oropel ideológico, pero alegría al fin, que se hacía más auténtica en el fecca, en la calle, cuando los camaradas estábamos libres de las jinetas y de los pesados.

–Pocas veces –musitó la Negra.

–Muchas –contradijo Dardo–. La mayor parte del tiempo la pasábamos entre nosotros, estrictamente no hacíamos nada, un no hacer nada regocijante, que nos permitía soñar.

–Una vida bohemia –prosiguió la Negra con lengua viperina–, como la de los Camisas Pardas hasta la noche de los Cuchillos Largos.

Dardo no se mosqueó.

–Pero, Negra, qué te agarró.

Observó fijamente el capitel dórico de una de las columnas que, en semicírculo, los cercaban. Como si buscara en la severidad del estilo ser más preciso con las palabras, pensó Antonio.

–Organización. Tacuara era una organización. Yo necesitaba estar encuadrado. Conocía pibes peronistas, claro, pero la Juventud Peronista como tal no existía, no constituía ni una tribu nómada, más bien era una miríada de grupos insignificantes que deambulaban por los bosques desconfiando unos de otros. Un amateurismo bastante deplorable. Los orígenes heroicos de la gloriosa jotapé – Dardo se burlaba de sí mismo visiblemente–. No, pero ese mito está bien.

La Negra y Antonio no dijeron ni mu. Ambos intuyeron el comentario venidero.

–Muchos héroes, pero no había una conducción. No es que no hubiera talentos, pero nadie estaba en condiciones de erigirse como tal conducción. Y después mi viejo. Mi viejo era genial, pero era un caos. Yo ya había hecho muchas cosas con él, a veces sin saber ni siquiera qué. Lo suyo eran chispazos, él y sus amigos, yo quería continuidad. Y algunas certezas. Alguien que condujera, no que me llevara de las narices de vez en cuando. Organización, bah. Le conté que estaba entrando en Tacuara y se quiso morir. Pero se lo bancó. Tuve una fuerte, pero breve, discusión con mi viejo, una cosa que le dije es que con gente como Brito Lima y hasta con los Rearte no se podía seguir, estaban desgastados, se llevaban de pica, a veces me parece que se odiaban... Igual, como ustedes saben, yo seguí con algunos de ellos, estaba en la caña y al mismo tiempo me veía con algunos de esos compañeros y hacíamos cosas juntos. Límites borrosos los de esa época. Pero bueno, la discusión con mi viejo, le dije son sectarios. ¿Qué? Me preguntó Armando. Sectarios. Dejate de joder, Dardo, me decís que los Rearte, esos chicos son sectarios y te metés en Tacuara. Se anotó un punto, lo reconozco – dijo, mirando a la Negra entre risas–, pero eso fue todo, mi viejo se lo bancó. Y tal vez lo más importante: la acción; Tacuara nos convertía en hombres de acción. Yo ya lo era, pero Tacuara era una promesa de violencia contenida, no la violencia en soledad, o improvisada, que podía salirse de madre. Lo que valorábamos de cada acto era el hecho mismo, no sus consecuencias, creyéramos en ellas o no. Tacuara, como muchas organizaciones semejantes en todo Occidente, era como el fluir perenne de un comienzo, un nacimiento, un renacer. No quiero confundir: quizás algo tan bárbaro como Lavalle fusilando a Dorrego, o Rosas ejecutando a Camila O’Gorman y al padre Gutiérrez es diferente, son

hechos de violencia que están pensados según hipotéticas consecuencias, y cierta lógica estatal. Pero el culto al coraje que pintaba Juan Agustín García para una Argentina tan vieja y tan vigente era nuestro pan de cada día. Y no es que todos los días fuéramos protagonistas de algún hecho de sangre. Pero el compromiso entre nosotros y por lo que luchábamos tenía en la violencia algo de sacro. Lo instrumental era secundario. El amor fraterno en agarrarse a trompadas con un estudiante zurdito o judío, atacar un local comunista, el amor fraterno de la acción compartida.

Octubre de 1959. Dardo escuchó el final del largo relato de Sebastián Borro sobre el intento descarado del presidente de la Cámara de Frigoríficos de comprar a los sindicalistas, durante la toma del Lisandro de la Torre. El tipo había procedido con inocencia casi animal, los había interpelado en grupo, sin rodeos. Era difícil de creer, pero Borro era confiable, y también lo había oído de boca de otro compañero presente en el penoso encuentro. Sintió tristeza y rabia. ¿Esos prepotentes les atribuían tan poca honra a quienes estaban al frente de los sindicatos? Luego pensó en que había vendidos, conocía unos cuantos. Pero estos tipos ¿eran tan idiotas como para no distinguir? ¿Para qué servían si eran incapaces de distinguir? Concluyó firmemente en que lo sucedido hablaba sobre todo de ese imbécil y de todos los patrones: si eran capaces de creer que podían comprar así a luchadores peronistas era porque ellos mismos eran capaces de venderse, y barato. Esa oferta hablaba de ellos, de su vena canalla... veían al mundo como ellos mismos eran... Lo sacó de su abstracción un mendigo medio chiflado que le era ya familiar, en el bar desvencijado de avenida de los Corrales y Timoteo Gordillo, muy cerca de la recova de Mataderos. A media mañana no había mucha gente en el bar, pero el mendigo pasaba revista a todas las mesas, ocupadas o no, con un rictus de altivez. Cuando le llegó el turno a su mesa, Borro lo miró con ojos cansados. Dardo buscó unas monedas en el bolsillo y se las dio. El compañero que estaba a su lado le reprochó su conducta.

—Pero qué hacés, Lito. No le tenés que dar limosna.

—¿Y por qué no? —respondió Dardo sin más.

* * *

–Negra –se quejó Dardo–, ¿tan rápido me querés llevar de discutir Tacuara a discutir el peronismo?

–Pero, Dardo, vos mezclaste las cosas –replicó la Negra jocosa–. Las mezcló la vida, ¿no contaste que estabas en Tacuara y seguías con los compañeros?

Dardo se resignó.

–Bueno, empecemos. Mejor dicho, disculpen, pero ustedes preguntan o yo empiezo por donde me dé la gana.

Los chicos dejaron transcurrir unos segundos en silencio, hasta que Dardo retomó.

–Se discute mucho sobre si el peronismo fue o no un movimiento totalitario. Fascista. Es una discusión pelotuda. El peronismo real no fue fascista. Claro que Perón había sido medio fascista, por no decir del todo, hasta 1943. Perón miraba mucho al mundo, cosa que no tantos políticos hacen, en ningún país, ni entonces ni ahora. Y, en el fondo, era un conservador, un hombre de orden. Por lo menos hasta que comenzó la guerra consideraba que el fascismo era la mejor respuesta para los grandes problemas mundiales, identificados desde su visión conservadora. Irónicamente Churchill también, en los veinte, admiraba a Mussolini; ese imperialista británico tenía estatura política y era un conservador inteligente, quizás tanto como Perón. Con el nazismo y la guerra cambió todo, cambió todo para ambos. Pero ninguno de los dos, obvio, dejó de mirar el mundo. Yo creo que Perón en el fondo no sabía qué pensar. Pero estaba confuso, no confundido. Era consciente de su confusión, y muy decidido a no dejarse paralizar por ella. Al final el resultado fue bastante contingente, un resultado que aprendí a interpretar más refinadamente leyendo aquí en los Elíseos, pero que no está nada lejos de mis intuiciones y experiencias vitales. Que no tenía mucho que ver con Perón, con el Perón del 43. El peronismo. Y ese resultado maravilloso, el peronismo, se potenció, se tornó increíblemente vigoroso, con Evita. Y ahí sí tuvimos un fantasma totalitario. Pero nada más que un fantasma. En esencia, el peronismo, el populismo como se dice ahora, no es eso. El populismo es la organización de la felicidad. Ya sé que la felicidad es imposible. Es como el avioncito de ese importante pensador político, Daniel Santoro, ¿cómo se llama su documental?

–No es suyo, Dardo, pero está sí inspirado por él, indudablemente, y es el protagonista, con su amigo el utilero de teatro, maquetero. Se llama Pulqui. Un instante en la patria de la felicidad –contribuyó Antonio, bien informado.

–Eso, en la patria de la felicidad solo se puede vivir un instante. El avión peronista tiene un vuelo fugaz. El Pulqui que él hace no es un avión, claro, es una cosa, como él dice, y está hecho para volar ¿en dónde? ¡En la República de los Niños! Dice que estará hecho para volar, promete, pero... vuela apenas un instante. Son los mil años del Tercer Reich contra un instante... Pero qué instante. Un instante que es como un orgasmo, disculpame Negra, una vez que uno lo tuvo, siempre va a necesitar volver a tenerlo.

La Negra pensó en los muchos infelices, mujeres y hombres, que ciertamente no le darían la razón; se preguntó si agarrarse de la metáfora y darla vuelta podría ser útil para que Dardo la escuchara, pero este no le dio tiempo.

–La verdad es que ese orgasmo, o ese vuelo del Pulqui, perduró políticamente de un modo extraordinario. Solo después de muerto comencé a leer la revista Desarrollo Económico. ¡Con ese nombre! Hay cosas interesantes. Silvia Sigal habla de la promesa peronista. Aporta una luz nueva. Les advierto que yo aprendí a extraer cosas útiles de textos gorilas inclusive, ya en los sesenta. Bueno, ella, Sigal, asume que las promesas políticas, a diferencia de los compromisos, remiten siempre a estados de futuros históricamente inalcanzables como soberanía, orden, justicia, y felicidad, agrego de mi cosecha. No estoy tan seguro de que sean ineludiblemente inalcanzables, pero Sigal dice que la promesa política, aunque no tenga ni condiciones ni plazos, está sustentada por “una relación de don y contradon”: apoyo a cambio de un evento futuro. Y es indisociable de la verosimilitud. La inverosimilitud impedirá el nexos. Y luego baja a tierra, Sigal. Dice que el peronismo consiste en la promesa de una sociedad socialmente justa, lo que es, según ella, de cumplimiento imposible, promesa, disculpen la jerga, incrustada en un compromiso históricamente situado. Y agrega, con razón, que lo hecho en Trabajo y Previsión hasta 1945 legitimó e hizo posible la formación de la promesa. Todo bien hasta ahí, pero hay una omisión insólita, un buraco empírico y analítico: la promesa de cumplimiento imposible fue formulada y ¡seguida de su cumplimiento! Aunque se haya tratado del vuelo del Pulqui, aunque el auténtico Pulqui haya sido un Pulqui ficticio, la promesa –históricamente situada– de una sociedad socialmente justa, se cumplió. ¿Recuerdan la marchita? Tiene dos caras, promesa y cumplimiento: todos unidos triunfaremos... por los principios sociales que Perón

ha establecido... la Argentina grande... es la realidad efectiva que debemos a Perón... Sí, claro, es un detalle ilustrativo, apenas, pero mientras volaba el Pulqui, volaba, la Argentina peronista era una fiesta, como dice Luna, y era percibida por los peronistas como el cumplimiento de la promesa, el vuelo de la felicidad. Perón podía adoptar un eslogan que aludía al cumplimiento de lo incumplible: Perón cumple, y darse el lujo de tomar distancia del hecho de la promesa: mejor que prometer es realizar. Quizás esto último es un modo de reforzar la promesa, pero ya depende de lo realizable, de lo que ha sido cumplible y cumplido. Y en el caso peronista no solamente hubo un shock masivo de cumplimiento sino una transmutación de la promesa. La deposición de 1955 proveyó de una verosimilitud infinita a lo formulado por la promesa, porque liberó la creencia de toda noción de incumplimiento. Y la transmutó: la promesa de una sociedad socialmente justa se convirtió en la promesa de la vuelta de Perón, incrustando un pasado en el futuro. Está bien que, así como las promesas son de imposible cumplimiento, también son de imposible incumplimiento, porque la promesa no tiene plazos. Pero tampoco se puede exagerar. Y la Fusiladora mantuvo en una incandescencia extraordinaria el cumplimiento realizado, la realidad efectiva, de la promesa. En última instancia, es esta incandescencia lo que importa.

Abril de 1960. Era la tarde, la hora en que el sol la cresta dora de los Andes, rememoró Cabo. Aunque la épica de Tacuara fuera la del advenimiento y del nuevo amanecer, él apreciaba esos versos de resonancia melancólica que un esmerado profesor de literatura le había enseñado. Y era, en efecto, la tarde y la hora: el sol no doraba la cresta de los edificios que demarcaban la esquina de Corrientes y Esmeralda, pero Dardo valoraba ese efecto de luminosidad sobrenatural en el que la reverberación solar deslustraba el cielo y se mezclaba con las luces artificiales que parecían, todavía, iluminarse solo a sí mismas. Baxter, cabecilla del improvisado pelotón, tomaba sus aprontes con solemnidad. Dio la orden y comenzó la marcha, de tres en fondo, rumbo Oeste, hacia avenida 9 de Julio, aunque a los pocos pasos Baxter resolvió imprimir un giro de 180 grados, y enfilaron hacia el río, sin dar explicaciones. Pronto bajaron por el repecho que nacía en Paseo Colón.

Dardo apartó a Echeverría de su memoria, que fue inundada por el Marqués de Valdegamas: “las fuentes de toda poesía grande y elevada son el amor á Dios, el amor á la mujer y el amor al pueblo”. Palabras extraídas, estas, de un vetusto tomo de una enciclopedia literaria que Julio Meinvielle había dejado en sus manos. Del amor a Dios y a la mujer Dardo no se hacía preguntas en ese

entonces. Del primero consideraba saber demasiado y del segundo demasiado poco, pero sobre el amor al pueblo creía poder decir bastante.

–No se asuste, jovencito –lo había tranquilizado el cura al alcanzarle el mamotreto–. Le sugiero apenas el breve ensayo de Donoso Cortés.

El chico lo había leído ya tantas veces que casi lo sabía de memoria. “El pueblo es una asociación de hermanos... la noción de pueblo... no ha existido sino en sociedades depositarias de la idea de la fraternidad, revelada por Dios á la gente hebrea, por Jesucristo a todas las gentes”. Las palabras del marqués lo llevaban a un territorio que Dardo, a pesar de su paso fructífero por el San José, no había transitado nunca. Al territorio cautivante, lleno de especies extrañas, en que conviven política y religión. Pero si los profesores del colegio nunca lo habían introducido en esos parajes, sí lo habían pertrechado suficientemente bien como para poder internarse en ellos por sí solo. Dardo no advirtió todo esto en sus primeras lecturas del texto. Quiso compartirlas, sin éxito, con sus camaradas. Vagamente comprendió que la belleza literaria era menos concluyente que la de las mujeres bellas, en las letras el juicio de valor no era unánime.

Marchando hacia el bajo con porte gallardo, Dardo volvía al ensayo que había sido para él una revelación. “La noción del pueblo” es un título engañoso, advirtió, porque el tema de Cortés era un pueblo, el judío. “El pueblo de Dios... no trae su origen ni de semidioses ni de reyes... todos son hermanos... todos son libres... sujetos todos á un solo Dios y a una sola ley, todos son iguales”. Con paciencia, y a mano, Dardo había hecho una transcripción del ensayo antes de devolverle el libracó a Meinvielle, con quien prefería mantener las distancias. La mirada de Cortés sobre el pueblo de Dios lo fascinaba. “Cuando Moisés les dio leyes, no instituyó el gobierno aristocrático sino el popular; y les concedió derecho de elegir sus propios magistrados”. Donoso saqueaba, para hablar del pueblo de Dios, la historia francesa del siglo XVIII, y de la Roma Antigua. Pero Dardo no detectaba estas menudencias, llevado de las narices por la pluma arrobadora del marqués. Que erigía al pueblo, y no a monarca alguno, como responsable de su historia: “Persona trágica por excelencia en las tragedias bíblicas, al pueblo se dirige la promesa y la amenaza; el pueblo es el que acepta y sanciona la ley... es el que rompe en tumultos y rebeliones; el que levanta ídolos y los adora”. La mesa estaba servida –la encrucijada entre la voluntad libre del pueblo y la ley de Dios–, solo faltaba sentarse a ella y dar cuenta de los manjares. “El pueblo es el que, puesto en trance de escoger entre las iras del señor y sus misericordias, en el ejercicio de su voluntad soberana, renuncia á sus

misericordias y va delante de sus iras... Rota la santa unidad del pueblo de Dios... siguiéronse grandes discordias y guerras, y horrendas desventuras". En su primera lectura, Dardo presintió la inminente catástrofe; pero Donoso Cortés lo sorprendió nuevamente: "corriendo tiempos tan turbios y aciagos, despertó Dios a sus grandes profetas... para que, atentos solo á lo que Dios les decía interiormente en sus almas... sacaran de su profundo olvido... á aquellas bárbaras muchedumbres dadas á sediciones y tumultos". Los profetas se debían a su pueblo, pero debían decirle la verdad, entendió Dardo. Y solo allí es que el ensayo sufre una inflexión pronunciada, se carga de un dramatismo electrificante. Como debe haber ocurrido con otros lectores de un texto ya condenado al olvido, Dardo se desconcertó, porque aquello que había aprehendido siempre como redención era recogido como inmisericordia: "Con los profetas tuvo fin la época de la amenaza; con el Salvador del mundo comienza la época del castigo".

Baxter marchaba casi a paso de ganso. Dardo sintió algo de vergüenza ajena. Algunos transeúntes observaban curiosos el aire marcial del batallón. Joe giró por el Bajo a la izquierda, quedaron protegidos por la recova, que le encantaba a Dardo, y rumbearon hacia Lavalle. Vieron aproximarse un pequeño grupo de jóvenes. Aunque no eran de Tacuara, podían ser considerados compañeros; integraban el incierto Comando Centro de las no menos inciertas juventudes peronistas, cuyo cuartel general, el Paulista, se situaba en la esquina que, décadas antes, había sabido cantar Celedonio Flores. Y parece que en esta vuelta de la historia, quería creer Dardo, los guapos se tomarían la revancha de los cajetillas.

Los protagonistas de la "tragedia por excelencia" están presentados. "El pueblo judío –recapitula Donoso– adivina el enigma de la humanidad... es decir, la unidad de Dios y la unidad del género humano". Dardo acompaña inquieto este curso de resultado no previsible. "Jehová lleva como por la mano al pueblo hebreo á la tierra de promisión y le saca vencedor de todos sus enemigos". Pero el autor, tras este remanso, navega con decisión hacia los rápidos que conducirán a la ya anunciada "época del castigo". Rápidos que comienzan en un misterio, que es introducido a su arbitrio, como no podía ser de otra manera: "Jehová, por la voz de los oráculos bíblicos, había anunciado a los judíos que matarían á su Dios... Un hombre muere á manos del pueblo de Dios en el Calvario... una misma ceguera hace inevitable esa catástrofe".

–¡Pelotón, detenerse! –vociferó Baxter, próximo ya el grupo del Comando Centro. Dardo identificó a su jefe, Osvaldo Agosto, que, risueño, inquirió:

–¿Qué tal, muchachos? ¿Qué hacen?

–¿Y ustedes? –devolvió Joe la pregunta, severo.

Agosto lo tomó con calma.

–Tomando un poco de aire, compañeros, ese café está irrespirable, además la yuta va a caer de un momento a otro. Hace una semana que no aparece. ¿Y ustedes?

Baxter se cuadró. Algunos lo imitaron.

–¡Patrullando camarada! –repuso, hierático–. Hay comandos civiles en la zona, ¿no sabía?

–No, no vimos ninguno, pero si vemos les avisamos. Juntamos fuerzas y les rompemos la cara.

–¡Pelotón, en marcha! –ordenó sin más Baxter, y cada grupo siguió su curso. Agosto y los suyos contuvieron a duras penas algunas risas.

La catástrofe moral se derrama como un torrente sobre el pueblo de Dios, cuya abominación había sido vaticinada por los profetas: “el hombre de la cruz no había encontrado una piedra en donde reclinar su frente. Si eres hijo de Dios, ¿por qué no bajas de la cruz? –dijo el pueblo judío–. Pero la divinidad implacable, que calladamente está y obra en él, lo empuja para que caiga, y quita la luz de sus ojos para que no vea los abismos... El drama aquí comienza a ser terribilísimo –carga Cortés su retórica–. ¡Ay de tus hijos! [...] Están sin Dios y sin templo... quieren vivir, y a cada paso tropiezan con la muerte... [...] El pueblo judío... exclama diciendo: Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos”. Dios, que había decidido que los judíos mataran a Su hijo, y que se había valido de los profetas para que lo supieran, dejaba ahora expedito el camino para que fueran los propios judíos los que castigaran la acción nefanda; para Cortés, el precio a pagar por la Salvación no parece ser ya la crucifixión apenas del hijo de Dios, sino la de un pueblo, su perdición eterna en el mundo. Pero quizás Dardo no pensara de este modo. “¡Desventurado pueblo! ¡Desventurado rey! –recordó las palabras con que se aproxima el cierre del ensayo–. Ellos pronuncian su propia sentencia, siendo a un tiempo mismo: jueces, víctimas y verdugos... el pueblo judío es horror de los hombres”. Como si se tratara de una composición sinfónica, la retahíla final hilvana las desgracias

de diecinueve siglos: “escupió en el rostro de Dios, y el mundo escupe en su rostro [...]; hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas; crucificó, y es crucificado”.

Dardo no se sentía muy cómodo participando de ese patrullaje, aunque admitía que la probabilidad de tropezar con comandos civiles no era baja, y no le faltaban ganas de guapear. En fin, los comandos gorilas buscaban roña y sabían que por esas latitudes urbanas la podían encontrar.

Pero Cortés lo desconcertaba un poco. Porque al final, cuando todo parece atado y bien atado, introduce una insospechada luz de redención para los judíos: “el Dios de Abraham... al mismo tiempo que justiciero es clemente... el Dios que murió en la cruz, en prenda de su misericordia, dejó a sus matadores la esperanza”. Dardo se incomodaba con este epílogo, que encontraba ambiguo. ¿Podía alcanzar la Salvación a los judíos? La esperanza aparecía como una gota de compasión en una ciénaga implacable. Y la inquietud renacía a cada relectura mental.

La patrulla regresó sin novedad. Dardo continuaba abstraído en su diálogo con el enigmático Marqués de Valdegamas. Baxter parecía orgulloso con el cumplimiento del deber.

* * *

–Bueno, no se ofendan –provocó Dardo–, pero volvamos a las arenas académicas. Mi intento va a ser, si me autorizan, ensayar una humilde búsqueda de las fuentes del peronismo plebeyo. Sigo con Sigal, esta vez en yunta con Verón, porque ellos ¿enfatan en qué? En Perón. Que se atribuía “para sí una posición excepcional, en el mismo nivel que la Patria o el Pueblo, intransferible respecto de su movimiento”. Y sí. Perón se la atribuía. Pero luego de afirmar que los prosélitos, “respecto del caudillo, desempeñan un papel esencial”, no lo argumenta ni lo fundamenta. Y hay otra omisión; Sigal insiste en que el vínculo entre el líder y las masas es lo carismático, y no se justifica hablar meramente de un líder carismático. Muy bien, pero ¿en qué consiste el aporte, no del séquito, no de los acólitos y confidentes, sino de aquellos anónimos, innúmeros, que

hacen que el líder sea líder, de aquellos que otorgan, confieren, carisma al carismático, mediante el reconocimiento? Estos puntos fundamentales están oscuros en el trabajo. Y lo entiendo: no es nada fácil aclararlos. Quizás el modo en que fue significado y luego resignificado el 17 de octubre venga a cuento. Porque fueron casi tres años de trabajo de Perón desde el Estado, en los que la tesitura del coronel parecía confirmarse, dado que “la afiliación o la participación en las huelgas no eran realmente necesarias para las conquistas de los trabajadores... las soluciones pacíficas significaron un triunfo obrero sin su participación”. Del trabajo a casa que yo me ocupó. Pero al cabo, no fue así, porque las “ofensas sociales” peronistas fueron contestadas a fondo por la burguesía y por un sector mayoritario de las fuerzas armadas. Y fue ahí que surgió, verdaderamente, la incandescencia del vínculo líder-masas: las masas en la calle –digan qué otra cosa podían hacer– en defensa de un liderazgo y de la reivindicación de sus orientaciones políticas y sociales. Quedó claro, entonces, que las masas eran imprescindibles, que el líder y su eventual régimen no podían descuidar su respaldo. El séquito, los cuadros, los que asisten al líder son contingentes, pero las masas no. Solo que, a lo largo de los años del vuelo del Pulqui, el 17 de octubre fue resignificado desde el Estado. Pasó a ser la fiesta, también; una fiesta de gratitud. Y nadie dijo nada, nadie se quejó, la verdad sea dicha. Pero la vivencia de los peronistas fue variada –sería estúpido suponer que hubo una percepción homogénea–. Quizás se trate, en la práctica, de una diferencia de rutina: Perón esperaba de las bases peronistas pasividad y una ratificación anual rutinaria de que había cumplido. Mientras que el peronismo plebeyo imponía plazos mucho más cortos, que estribaban, no en poner en tela de juicio el liderazgo de Perón, sino en la necesidad o no de hacer algo, de no limitarse a esperar de brazos cruzados, talante que encontraba raíces en la experiencia del 17 de octubre, por más ritualizada y desfigurada que esta experiencia estuviera. En definitiva, el nexo democrático no era puramente electoral o plebiscitario, estaba constituido también por la acción. Por supuesto, la acción no consistía, nunca consistió, en un Viva la Pepa. El peso del liderazgo era enorme, porque el reconocimiento carismático lo era. Pero la historia del peronismo desde su origen hasta 1974 no puede entenderse sin este componente.

Junio de 1960. Hacía como dos semanas que Dardo no veía a su padre. Este reapareció, sin previo aviso. Ni Armando ni Dardo eran locuaces, pero entre ellos había pocos silencios, y la mutua compañía les resultaba grata. Esta vez Armando no traía noticias; lo de siempre en el sindicato y fuera de él, entre sus

compañeros y la policía. Dardo sí tenía una novedad: al fin estaba militando – pronunció la palabra, relativamente nueva para él, con cierto orgullo– en Tacuara. Relató en qué consistía esa imprecisa militancia, de porte notoriamente escénico. Meses atrás Dardo había manifestado su intención de incorporarse al grupo y Armando no había puesto buena cara.

–No son peronistas, no quieren a los trabajadores, ¿no tenés nada mejor? Son chupacirios.

–No son chupacirios –admitió Dardo–. No sé, papá –a la defensiva–, son patriotas, están bien organizados, tienen disciplina.

Armando no podía negar que la resistencia de corte más o menos insurreccional había sido aplastada por el Conintes. Recordó para sí que meses atrás un compañero le había pasado un sucio recorte del diario La Nación, de octubre de 1958, que difundía una contabilidad de la Policía General. En enero de ese año habían parado 496.292 trabajadores y en el primer semestre se habían perdido por huelgas cincuenta millones de horas de trabajo. Cómputos de práctica del sabotaje en las fábricas por parte de activistas y comandos de todo tipo, atentados con explosivos a empresas extranjeras o a las fuerzas represivas, estallido de miles de bombas caseras y demás no había, pero él estaba seguro de que se habían extendido por todo el país. Y todo eso había quedado en nada, se había esfumado. Eso le confería cierta lógica al interés que jóvenes peronistas dispersos le dispensaban a las huestes de la caña, capaces de movilizar y de mantener una disciplina. El luchador curtido no se convenció, pero la dejó pasar. Tal vez Dardo tenía razón, era difícil encontrar un lugar donde ponerse. Había cada chantapufi. Por no hablar de los tiras. Tacuara los tendría, pero precisamente por eso para Dardo podía ser un lugar seguro. Esto no se lo dijo.

–Bueno, Dardo, pero cuidate... no te dejés utilizar. –No dejarse utilizar era la obsesión de Armando. Por lo que se podía entrever, los efectos del Conintes estaban siendo ambivalentes. La represión había golpeado, claro. Pero había segregado a lo peor de lo peor, matreros y gente de avería que mejor perderlos que encontrarlos. Por otro lado se estaba formando una auténtica red en las cárceles, red de la que padre e hijo, libres ahora, ya eran parte. Muchos de los que estaban o habían estado presos ni se conocían anteriormente y daban ahora pasos hacia cierto reconocimiento y alguna confianza.

Esta vez, Dardo fue prudentemente selectivo al relatar su flamante experiencia.

Armando se rio de las patrullas, aunque no tanto cuando Dardo mencionó un par de agarradas callejeras. Con foco en las tres cuadras que separaban los cruces de Florida y Lavalle y Corrientes y Esmeralda, el centro era un hervidero político excitante y, a veces, recorrido por una violencia algo festiva. Armando sacó un atado y vaciló en convidarle a su hijo. No lo hizo y mientras encendía el cigarrillo llevó la vista a los papeles que tenía Dardo sobre su pupitre. Una pilita de hojas sueltas; la primera tenía apenas el dibujo de una tacuara fina, terminada en lanza, enaltecida por una cinta doble azul y blanca. Armando se interesó.

—¿Tenés algún documento de esta gente, una declaración? Prestame.

—No —repuso Dardo—, quiero decir, sí, haber hay, pero este no es. Donoso Cortés. Es muy bueno, te lo presto si querés.

Armando lo examinó y calculó que no podría leerlo en el acto.

—No lo junó a Donoso Cortés. Me lo llevo, te lo devuelvo mañana.

Al día siguiente Dardo salió por unas horas y, al regresar, estaba Armando mateando entre pucho y pucho, en la cocina. Parecía de buen humor. Dardo no le preguntó por los papeles y hablaron de todo un poco y de política. Armando mentó al general Iñíguez, que ambos conocían; presumiblemente tramaba un nuevo fragote dijo, despectivo. Armando era muy escéptico sobre su resultado, pero de todos modos si se concretaba iba a participar.

—Cuidate, papá, no te dejes utilizar.

Dardo era bastante adusto, como el padre, pero estaba lejos de carecer de sentido del humor. Esta rara combinación le otorgaba parte de su atractivo. Armando aprovechó las risas para mudar el rumbo de la conversación.

—Che, Dardo, lo leí a ese tal de Donoso Cortés. No es peronista.

Dardo fingió estupor.

—¿Y cómo va a ser peronista? ¡Fue contemporáneo del general San Martín!

Pero Armando era un excelente jugador de truco, Dardo un aprendiz.

—¡Justamente! San Martín no era antisemita.

–Bueno...

–Mirá Dardo, te digo, se puede ser judío y peronista, se puede ser peronista y judío, los judíos son gente como cualquiera. Los compañeros de la vuelta, con los que andamos tan bien, son judíos; él es judío –corrigió–, la mujer no. Los judíos nunca estuvieron mejor en Argentina que en el gobierno de Perón.

–Pero Donoso habla del pueb...

Esta vez arremetió Armando.

–Sí, habla del pueblo, dice cosas interesantes, pero todo dirigido a hundir a los judíos. Pero vamos, Dardo, los hijos de los hijos de los hijos... ¿la culpa de qué, tienen? Haceme el favor. ¿Y se puede culpar a un pueblo entero, como una maldición de Dios? ¿Las manos ensangrentadas por la Crucifixión de dos mil años atrás? Mirá, Perón una vez dijo, yo –movilizó todos sus recursos de autoridad– se lo escuché personalmente, ahora no sabría dónde carajo encontrarlo. Dijo que la raza era una cuestión espiritual, no de sangre. Muchísimos judíos esto lo entienden muy bien, y todos los peronistas deberíamos entenderlo. En la raza argentina cabemos todos, todos los que espiritualmente seamos peronistas. Se puede ser un hereje de la argentinidad habiendo nacido gaucho en San Antonio de Areco, y se puede ser un buen peronista siendo feligrés de la sinagoga que está a la vuelta del San José. Dejate de joder, cuantimás vos, con chicos de esas familias del Once jugaste toda tu infancia.

Lito pensó que para algunos peronistas las cuestiones de doctrina revestían una primordial relevancia. Debía admitir que encontraba impecable el alegato paterno. Nada de esto le pareció mal, pero sintió una súbita nostalgia desprovista de destinatario. Un tango lo había hecho llorar días pasados, estaba con la guardia baja, Mal de amores, de Laurenz. Mal de amores eran los suyos, pensó, melodramático. Miró a su padre y lo vio, pocos años atrás, tan lleno de bríos, y ahora tan desalentado. No era el que le explicaba que ser peronista y ser argentino eran la misma cosa, se llevara sangre judía o cualquier otra en las venas. Y no es que entonces no lo pensara; es que no era un problema real. La Argentina era otra.

* * *

¿La ofensiva de Dardo amainaría después de su exégesis sobre el peronismo plebeyo? No.

–Los trabajadores peronistas –prosiguió sin dar respiro a sus oyentes– experimentaron la felicidad populista no como fenómeno puramente individual sino colectivo. No fue un progreso individual, relativo de unos a otros, sino un progreso de todos por ser todos, por ser un colectivo político, las masas peronistas. En parte por esto el liberalismo que, disculpen, los intoxica un poco, no consigue nunca afirmarse en el terreno popular. Fin de la digresión, vuelvo al hilo: de la potencia de esta experiencia colectiva, proviene la intensidad de la experiencia de disgregación posterior, la que desde septiembre de 1955 vivieron los trabajadores como una terrible amenaza vital colectiva. Los libertadores del 55 no tenían ni idea de esto. Se sorprendieron de los lazos de solidaridad que hicieron posible una vigorosa reacción colectiva, comenzando por la amenaza tangible de la destrucción del orden productivo en los lugares de trabajo. Andrés Rivera pone en boca de Rosas en El farmer unas palabras fascinantes: Demoré una vida en reconocer la más simple y pura de las verdades patrióticas: quien gobierne podrá contar, siempre, con la cobardía incondicional de los argentinos. Falso, pero qué calidad expresiva de una convicción extendida. Y los “libertadores” tenían motivos de sobra para creerlo, viendo la podredumbre, la decadencia de los años finales del régimen, la desorientación y la furia ciega, ¿cómo podían imaginarse que iba a suceder lo que sucedió?

Dardo pareció, en una pausa, sopesar la impresión de sus interlocutores. Continuó:

–Y quizás toda aquella experiencia colectiva de felicidad tuvo su correlato en las élites, un sueño de grandeza sin medida de la Argentina Justicialista, que no se expresó tan bien en la ingeniería aeronáutica, jaja, con el Pulqui, como en el terreno de la política exterior, ese fue el vuelo del Pulqui de las élites, solo que esas élites incluían ya una porción de trabajadores, los agregados laborales, apostados en cada embajada. Sí, ahí nos gastamos todos los fuegos artificiales, depositamos nuestra infinita convicción y esperanza de redimir América Latina y el mundo. Aunque muchos de esos fuegos, como la latinidad, no tenían repercusión interna, lo muestran los discursos de Evita, para adentro hablaba

poco de estas cosas. Pero la intensa, desvelada política exterior le permitió al gobierno vivir su propia fiesta, soñar su propio sueño. Pero bueno, que todo haya sido así, ponéle, echar una cana al aire. ¿Y qué? ¿Había motivos, o hay, retrospectivamente, para pensar que siguiendo otro camino, a largo plazo...? ¡Vamos! En aquellos años, eran los estados socialistas los que imponían tiempo de espera a los trabajadores, cuánto. ¿Para qué? Sin el pan y sin la torta, ¿cuántas generaciones vivieron y murieron en esa espera estéril?

–Sí, Dardo, pero coetáneamente tuvieron lugar otros desarrollos... No todos esperaron inútilmente. El rostro social de Europa Occidental camb...

–Sí, pero partían de una base de consumo popular y potencia productiva interna que nosotros no teníamos, había que crearla. El problema de la economía social estribaba en eso: cómo dosificar los ingredientes del desarrollo. ¿El consumo popular iba a ser, como ingrediente, constitutivo del desarrollo, sí o no? El punto crucial está aquí.

–Pero te contradecís, Dardo, ¿una fiesta o un crecimiento sustentable?

–No me corrés con eso, Antoñito, no sé si me contradigo, pero no le temo a mis contradicciones. En todo caso, la trayectoria, sus incertidumbres...

–Probablemente –la Negra interrumpió–, cuando Perón decía producir, producir y producir, la propuesta tenía mucho de estajanovismo latente. Porque lo que hacía falta no era tanto que los trabajadores laburaran más, ¡aunque buena falta que hacía! Pero lo central era la necesidad de capital e inversiones, materias primas como energía, insumos y sobre todo tecnología que el país no tenía. Sin eso, los trabajadores podían laburar 24 horas por día infructuosamente. Y había varios bloqueos frente a eso, factores que erigían una muralla que Perón descubrió que no podía traspasar. Los trabajadores, los sindicatos, tenían un caso, como se dice a la moda, y Perón también. Pero no era el mismo.

La Negra se detuvo un par de segundos, ni Dardo ni Antonio se atrevieron a tomarle la palabra.

Marzo de 1961. –¡Viene en estos días Celia de la Serna a Buenos Aires!

–¿Quién?

–Celia de la Serna, la madre del Che, gilún –repuso indulgente Luis, el presidente del Centro de Estudiantes–. Está volviendo de Cuba y va para Córdoba, pero para como carrito lechero donde se la invite.

A su interlocutor se le iluminaron los ojos.

–Los socialistas me dijeron que están en contacto –prosiguió el presi–, ahora está en Recife, en una semana pasa por Buenos Aires.

–Tenemos tiempo, reunamos la Directiva. ¡La madre del Che en Derecho! Va’ ser un batacazo.

Los socialistas les combinaron todo. Sería diez días después, un jueves a las 5 de la tarde, hora de ajetreo de centenares, miles, de estudiantes. Llenaron (es un decir) la ciudad de carteles anunciando el acontecimiento, vaciando las menguadas arcas del centro. Los carteles eran de cuarta, la foto de Celia en blanco y negro que habían conseguido, borrosa. Era la estética apropiada. Pero fue un grave error. Levantaron el avispero. Tendrían que haber anunciado presencia tan revulsiva en el día y por sorpresa. Pero no. Por los rumores se dieron cuenta de la metida de pata. Ahora, a bancar la parada. El lunes, al presidente del Centro se le acercó nervioso el cabecilla de una pequeña agrupación “independiente”, que ellos juzgaban con desprecio.

–Mirá –apuntó al otro extremo del vestíbulo descomunal que da a la avenida Figueroa Alcorta–, aquellos pibes, ¿los ves? Son de... Tacuara, quieren hablar con vos por el acto del jueves.

Luis, judío y de izquierda, sintió que le hervía la sangre, pero contuvo el impulso de mandarlos al carajo. No era prudente cortarles el rostro. Además, pensó con morbo, nunca había tratado en persona a ningún tacuara. Estaban viniendo al pie de un judío y un zurdo y lo sabían. Pero precisaba refuerzos. No era cosa de hacerse el compadrito.

–Está bien, deciles que nos vemos aquí mismo en 20 minutos, a las 18, aquí.

Luis los semblanteó. Eran cuatro y lo observaban con más curiosidad que hostilidad. Gastaban camperas oscuras y pantalones al corte, eran claramente sapos de otro pozo, pero no desentonaban en Derecho, donde había faunas

variopintas, y desde luego no faltaban, más bien sobraban, los estudiantes nacionalistas, conservadores y hasta reaccionarios, y los atuendos petiteros. Un flaco, aun más alto que él, pintón, atildado, se entretenía fichando a las chicas rumbo a clase. Parecía carecer completamente de sintonía con aquello que los había reunido allí.

–Hay que escucharlos –dijo Luis.

–Pero ojo, si los escuchamos nos comprometemos, va a ser una trampa.

–Pero si no, no vamos a saber qué mierda quieren, se van a quedar calientes, va a ser peor.

–¿Y qué van a querer? No puedo creerlo. Un judío defendiendo a unos fachos...

–Pero ¿vos naciste ayer? Hay que hablar.

El encuentro se hizo de pie, en el vestíbulo. Cuatro y cuatro. Los de la caña fueron al grano: no querían a la madre del Che en la Facultad. Luis trató de estar razonable: representamos al Centro de Estudiantes legítimamente elegido de Derecho. Y el Centro la había invitado a la madre, estaba autorizado para eso. No quería ni podía remover esa invitación y les sugería que se quedaran en el molde. Celia de la Serna tenía derecho a expresarse. Es más, les dijo, ¿por qué no se hacían presentes, igual que otras agrupaciones estudiantiles y políticas? El que llevaba la voz cantante entre los visitantes repuso que no lo iban a admitir. No era nada personal, pero la injerencia cubana, había que ser ciego para negarla, ya era intolerable. ¿Libre expresión para los bolches? La reunión había llegado a un punto muerto.

–Es mejor que mantengamos todos las cabezas frías, muchachos –agregó Luis; fue lo menos provocativo que se le ocurrió.

El flaco alto no había abierto la boca. Cuando se fueron, su vice le comentó algo excitado:

–¿Viste quién es ese, el alto?

–¿Quién?

–Dardo Cabo, es el hijo de Armando Cabo, el metalúrgico, te acordás.

–¿Armando Cabo? Carajo –el presidente del Centro pensó en los recursos, sobre todo metálicos (captó su propio, involuntario, triple retruécano), que los metalúrgicos podrían proporcionar a esos provocadores–. Pero... ¿Cabo no es peronista? ¿Qué hace el hijo con esos fachos?

–Y bueno, el chico es grandecito ya, no le va a andar pidiendo permiso al padre. Cada uno hace de su culo un pito.

El acto tuvo lugar tres días después. Celia llegó acompañada por una fuerte escolta desarmada de socialistas. Había muchos estudiantes a su espera. Parecía una mujer cálida, desenvuelta, y estaba en conocimiento del ultimátum de los tacuaras. Visiblemente apurada por empezar, anunció a los chicos del centro, muy nerviosos, que iba a ser breve y que, en lo posible, se evitaran las preguntas.

–Nuestros amigos no están –dijo el secretario.

–No, seguro no están, yo me anduve paseando. No están.

–Mejor –repuso Luis–, empecemos.

El presi habló menos de un minuto, presentó a Celia con prisa, orgulloso, y le cedió la palabra. La mamá del Che comenzó con fuerza, la suya era sin rodeos una arenga. Poco después estallaron dos bombas de estruendo y, simultáneamente, unos inofensivos petardos que llenaron el aula de olor a pólvora. Los asistentes huyeron en masa. Celia y el presi se quedaron, estoicamente, en el podio. No quisieron perder cara. No la perdieron.

* * *

La Negra los sorprendió gratamente, mudando el tema y facilitando un segundo de esparcimiento. Para beneplácito de los residentes, los Elíseos contaban con un ciclo solar propio. Los tres estaban contemplando el magnífico atardecer de las divinas comarcas.

–Dardo –dijo la Negra–, siempre fuiste medio obsesivo para vestirme, ¿no?

Dardo se lo tomó con soda.

–Elegante, querés decir, ¿no? Desde que pude. Desde bastante joven. Lo aprendí con Blanca, me beneficié de su frustración con mi viejo, que en eso no le daba ni cinco, pero después que le tomé el gustito me arreglé solo. Alguien me dio un consejo sabio: es mejor tener poca ropa pero buena.

–Y le hinchabas las pelotas a María Cristina porque no te planchaba las camisas...

–¿Quién fue el cabrón que te dijo eso? –preguntó Dardo entre risas.

–Menos averigua Dios y perdona, y vos no sos Dios.

Dardo lo miró a Antonio de una manera que, en el reino de este mundo, sería considerada hoy día inadmisiblemente machista.

–La verdad –retomó la Negra– es que todo esto de líderes, masas, promesas, populismo y estajanovismo nos remite a otro tiempo, y no veo por qué no adelantar la discusión. Nos remite al tema del hombre nuevo en los sesenta y setenta. ¿De qué hablamos? De un hombre cuyos incentivos ya no son materiales sino morales. Cuando Perón exhortaba a producir y producir, lo estaba haciendo sobre una base moral, una dimensión de cuño aristotélico digamos, la cifra de los valores eternos de la comunidad organizada. Aun cuando el implícito fuera material, estuviera relacionado al consumo: ¿quieren consumir más? Entonces laburen. Pero descartando esto, lo fácil, se puede decir: en la Argentina hay una sola clase de hombres, los que trabajan. La ética del trabajo es el corazón de nuestra identidad. Una Argentina justa, libre y soberana necesita producir. Así que no jodamos. Bueno, concediendo esto, es patente que nada tiene que ver con el hombre nuevo del socialismo. El hombre nuevo es concebido literalmente como algo nuevo, olvidando que las raíces de la novedad son antiquísimas, desde luego. Creo que históricamente es una novedad cristiana. Ni siquiera a los cínicos griegos se les ocurrió ir tan lejos. El problema, para nosotros, es que hubo un modelo históricamente experimentado, donde estaba todo: la violencia evangelizadora y la implantación del hombre nuevo, la remodelación de una sociedad de arriba abajo conforme a sus incentivos. Ese ejemplo trágico no son las Misiones Jesuíticas sino, por supuesto, Cuba. Disculpen la digresión, nos la pasamos disculpándonos las digresiones; el hombre nuevo, que renaciera con fuerza en la revolución francesa, se constituye en un núcleo duro de las energías,

los impulsos y las emociones revolucionarias de los sesenta y los setenta. Es central en el área de confluencia del cristianismo revolucionario, el socialismo revolucionario y, lamentablemente, el peronismo revolucionario.

–Pero no del peronismo plebeyo –enfaticó Dardo–, al que no podés despojarlo de su condición revolucionaria.

–Si vos lo decís. Por ejemplo, recuerden lo que decía el padre Mugica en junio de 1971, y nada menos que en la leidísima revista Extra, donde vos trabajaste, Dardo. Decía: “algo fundamental para un cristiano: ningún ordenamiento jurídico por más perfecto que sea llevará al bien común si no se da simultáneamente el cambio interior, la conversión del corazón de los que lo aplican. Sin revolución interior, la revolución que Cristo exige al hombre... que supone la erradicación de raíz del egoísmo del hombre, no hay sociedad nueva. El hombre nuevo, que como Jesucristo no se sirve de nosotros sino que sirve a los otros... es la categoría esencial de la sociedad nueva que hoy exige el mundo”. Tomá mate. No lo exige Carlos Mugica, lo exige el mundo. Si uno olvida la integridad personal poco común del autor, el texto es literalmente sobrecogedor; y también si no la olvida, porque es precisamente debido a esa integridad, que recuerda a Saint Just, que esas palabras cargan una promesa aterradora. El periodista anónimo –¿Dardo Cabo?– dice “Los obispos argentinos en San Miguel sintonizaron perfectamente la cosa al afirmar que todo desorden o injusticia estructural brota del corazón del hombre, que en lugar de buscar servir a su prójimo, busca riqueza, prestigio, estatus, a costa del dolor del pueblo”. Y al toque vuelve a citar al padre diocesano, que le da una vuelta de tuerca al asunto: “La realización del bien común supone entonces un profundo cambio estructural para que todo el pueblo pueda acceder al goce de los bienes materiales, culturales y espirituales”. Va al meollo del problema: para llegar al corazón del hombre y erradicar de allí su egoísmo, se precisa ¿qué? No una acción puramente sacerdotal, hace como dos mil años que estamos en esa y nada, sino una revolución política y social, poder, mucho poder que dé nacimiento al hombre nuevo. Si toda injusticia estructural brota del corazón de hombre, es allí que habrá que matar el mal de raíz. Será “indispensable la destrucción de todo privilegio”. No puedo acusar a Mugica de ser consciente de las implicaciones totalitarias de este programa político cuasi religioso, sería muy cruel con él, como con casi todos los que en ese programa creían píamente, es un decir. Pero sí sospechar que quien tiene un corazón puro es más peligroso aun que quien lleva un poco de mugre en el alma. Militaste en los setenta, Dardo, ¿no es cierto? Disculpame la ironía, estoy completamente segura de que conociste unos

cuantos humanos de corazón puro. Con todo lo raro que es, habitualmente, tropezarse con alguno de ellos...

Dardo interrumpió cortante y breve.

–Siento escalofríos cada vez que oigo hablar de los jóvenes idealistas de los setenta. Y cuando leo sobre ellos es peor.

Antonio estaba impresionado con la ofensiva de la Negra, comenzada con el ardid de las camisas sin planchar.

–Estamos de acuerdo esta vez, parece –siguió ella sin dar respiro–. Me sentiría más segura al lado del Lobo Vador, perdoname Dardo, que de Raimundo Ongaro. Pero bueno, basta de cháchara y al punto: todo esto nada tiene que ver con el trabajador justicialista. El peronismo histórico nunca se propuso sustituir los incentivos materiales por incentivos morales, más allá de lo que es de sentido común... todo programa político tiene una ética, y un programa cuya ética gira en torno de la justicia social, no puede negarse a una prescriptiva moral.

–La prescriptiva moral justicialista –irrumpió Dardo– es lo más inocente que hay, mucho me sorprende coincidiendo tanto con vos, Negra, no tiene nada de totalitaria, como sí aquella de la que el padre Mugica es un dignísimo, aunque candoroso, representante. Y si no pretendía, la prescriptiva justicialista digo, llegar al corazón del hombre para conferirle una forma nueva, no necesitaba, tampoco, organizar el totalitarismo político.

–Y ustedes, ¿qué? –recuperó terreno la Negra, como despechada por la interrupción, y más aún por la ironía de Dardo.

–Mirá, Negra, miren –Antonio parecía de palo–, me extraña. Yo nunca luché por el hombre nuevo, lo dejaba pasar, no te digo que con entero conocimiento de causa, pero lo dejaba pasar como a algo que... en fin, la revolución social era lo mío. El peronismo plebeyo no tiene nada que ver con el hombre nuevo, sabe que los hombres somos pecadores, no santos, y tiene una idea escéptica de la naturaleza humana, la conjunción de la ciudad celeste y la ciudad terrestre se realiza en torno a la justicia, no a la remodelación del hombre. Pero a diferencia de los auténticos creyentes del hombre nuevo, que no se resignan con la frustración de que el hombre no se transforme y apelan a los recursos del poder totalitario para alcanzar lo inalcanzable, el peronismo, para decirlo con palabras del general, es una concepción simple, práctica y popular. Profundamente

argentina y profundamente... populista, aunque la cartilla diga otra cosa: “y profundamente cristiana”. Profundamente cristiana, sí, la concepción de que el hombre es un pecador, no un santo en la tierra, y que su redención no está en sus propias manos. Y el peronismo plebeyo se compromete radicalmente con la revolución social, pero desde este punto de vista deja a la gente en paz. Quisimos cargarnos con la explotación del hombre por el hombre, no con la naturaleza humana.

–Más cerca del Gran Inquisidor que del Jesucristo al que la hoguera aguarda.

–¿Te parece, che? –se burló Dardo–. El paternalismo del general era suave, y el nuestro... no se consumó nunca. Quizás entrelíneas, en escritos canónicos, encuentres un fundamento a tu insolencia. Eso era cosa del general. Que no gobernó un solo día en arreglo a los preceptos de la Comunidad Organizada.

–¡No estamos discutiendo obra de gobierno, sino concepciones! –retrucó velozmente Antonio.

–Más o menos. Estamos discutiendo de lo humano y lo divino –retomó Dardo gallardamente–. Está claro. El absolutismo, en Hobbes, para tomar el ejemplo más puro, tenía un límite. La conciencia individual. Con la conciencia de cada uno el Leviatán no se metía. Pero eso al totalitarismo no le alcanza... Traspone decididamente ese límite. Por eso el totalitarismo es la organización del deseo: tiene que ser capaz no solo de organizar los comportamientos, lo que los hombres hacen y no hacen, sino principalmente lo que los hombres han de desear y no desear. Es el Reich, que, insisto en recordarles, iba a durar mil años, no un instante. Y es, por mucho que me duela, el padre Mugica: llegar al corazón del hombre y reformular quirúrgicamente sus deseos. Es otro modo de hablar de la sustitución de incentivos, o del hombre nuevo. En cambio, el populismo es muy pacífico, un león herbívoro, en lugar de sustituir incentivos, sustituyó importaciones, je, solo quiere organizar la felicidad... Es una promesa incumplible, obviamente, pero vivaz... Aunque las promesas políticas sean incumplibles, no por eso son menos poderosas. El populismo toma al hombre tal como es y le promete la felicidad, a cambio de su adhesión. ¿Que se espera algo más de él? ¿Alguna conducta? Sí, muchachos, produzcan, sean buenitos. Cuando Perón descubrió sus límites, ¿qué hizo? ¡Organizó el Congreso de la Productividad! Fue importante, no lo niego, ya hablaremos, pero vamos, de hecho, fue la demostración del comportamiento herbívoro, la creación coercitiva de un cierto espacio de expectativas de cooperación social para ver si se

enderezaban las cosas, no un Gulag. En suma, que Perón descubrió los límites y no supo cómo superarlos, no supo porque carecía de elementos para eso, el justicialismo no los tenía. Y, de paso... hablamos del totalitarismo como organización del deseo, del populismo como organización de la felicidad. ¿Y la democracia? No me jodan, no es más que la organización del consumo, es una forma de cuarta de conciliar capitalismo y gobierno en sociedades de masas. ¿Quiénes y para quiénes gobiernan en la democracia? El sueño democrático se esfumó, gobiernan los ricos, cada vez más, pero tienen que conciliar con los ilusorios mecanismos representativos. En esencia, es eso lo que explica la corrupción, no hay que buscarle la quinta pata al gato, es una cola, el gato se enrosca en ella. Elegantemente. La democracia se enrosca en la cola de la corrupción, claro que con menos elegancia que el gato, pero hay una cierta elegancia, casi todo es legal, y al final algunos van presos. Y esta combinación, compleja, hay que admitirlo, ¿para qué? Bueno, un asco, la adaptación más conservadora imaginable entre los incentivos humanos y los incentivos que requiere el mercado. Funciona; a eso se reduce el sueño democrático. A la democratización del consumo y la legitimación del mercado. Presidida por un personal de gobierno ínsitamente corrupto.

Antonio y la Negra no se molestaron en replicar la arremetida contra la democracia de Dardo, y lo obligaron a retomar el hilo de la conversación.

–Muy pacífico, Dardo, ¿el populismo? –objetó Antonio.

–Muy pacífico, sí, ¿o encontraste alguna forma mejor de combatir al capital, como dice nuestra marchita? Vamos. Es un león herbívoro que no se lo come, al capital, pero procura en serio ponerlo al servicio del hombre, y no del modo mentiroso en que lo hace la democracia. Perón condenaba la lucha de clases, pero no condenaba, todo lo contrario, el esfuerzo del poder político y popular por dar cauce a los intereses colectivos de las clases, en estado natural en conflicto. Bien entendido, el populismo no podría ser nunca capitalista, como sí podía la democracia. Claro que las fórmulas populistas dependían de las circunstancias... eso del 50 y 50, por ejemplo. Y Perón sabía conciliar, era pragmático... aunque el movimiento lo trabó. Pero el sentido era ese, otra que conciliar capitalismo y gobierno representativo.

–Pero, Dardo –disparó nuevamente Antonio–, vos decís que Perón sabía conciliar, y no te falta razón. ¿A dónde quería llevar a la clase obrera y a los empresarios con Congresos de la Productividad? No es casual que los laburantes

se hicieran el chanco rengo. Si funcionaba, ¿no iba a ser una forma de gobernar el capitalismo, no de otra cosa, sobre la base de la confianza de los trabajadores en Perón y en el régimen populista? En suma, que me sigue pareciendo que las declamaciones de superación del capitalismo del general Perón no pasaron de eso, de puro verso. Perón construía demasiado fácilmente hombres de paja, para arrojarles luego piedras con comodidad. Se acuerdan lo que dice: El sistema capitalista consiste en capitalizar a un cinco por ciento de la comunidad, mediante la descapitalización absoluta del otro noventa y cinco por ciento, que es el Pueblo... El capitalismo, incapaz de desprenderse de nada y demasiado egoísta para ofrecer algo concreto, creó las palabras y los signos. Luego se dedicó a hacer discursos patrióticos...

Antonio sintió que precisaba de algún recreo, mientras Dardo y la Negra parecían de lo más campantes. Recordó al simpático Ignacio, pensó que no estaría nada mal contar con su presencia.

–Jaja, no lo digas dos veces, porque lo vas a tener por aquí.

–Pero si yo quiero que don Ignacio venga.

–Se te ve cansado, Antonio –dijo Ignacio, aparecido no se sabía de dónde–. Este tunante no te da tregua. Lo conozco muy bien... Nuestras discusiones son interminables. No he conocido hombre más testarudo, eso que en mis tiempos...

–¿Se puede discutir de viva voz, en la biblioteca? –preguntó la Negra.

–Hay salones vacíos, los finados griegos no son de leer mucho. La instalación de nuestra divina biblioteca fue una modernización inspirada por la Ilustración terrenal –aclaró Dardo–, ni siquiera por las bibliotecas monacales.

–Bueno –dijo la Negra–, aprovechando este respirito, así como la encantadora presencia de don Ignacio, ¿qué les parece si tocamos un tema más... circunstancial? Saben que soy mujer y me encantan los chismes.

–Dale Negra, no te hagás la piola –murmuró Antonio–, sos mujer cuando te conviene, si te dejamos pasar esa después decís que somos machistas.

–Dios me libre. Dardo, podrías contarnos. ¿Cómo te echaron de Tacuara?

–Me fui. Pero ya la convivencia era insoportable, si no me iba me habrían

echado. Yo ya tenía más experiencia, era más maduro, y tenía más vínculos propios en el peronismo. Lo que había valorado en Tacuara cuando entré, ya sentía que lo podía hacer yo, o nosotros, porque no me fui solo. Tampoco me fui a ningún lado en concreto, me desplazé a ese espacio inorgánico pero real de la militancia peronista amorfa, espontánea, que estaba cobrando como gato en bolsa, dos por tres alguien caía en cana, nuestra experiencia más terrible fue la de Felipe, Felipe Vallese. Pero todo eso era algo muy vital, lo del MNA vino un poco después, una consecuencia natural, muestra que en esa autoconfianza no la pifié. Lo que había valorado en la caña, ya no lo precisaba, en cambio lo que le faltaba me era ya indispensable. Tacuara tenía un defecto de fábrica, insuperable. Era una mochila de plomo, cerca de la Iglesia y lejos del peronismo, próximo a los curas y demasiado distante de los trabajadores o, me rindo al realismo, de los sindicatos. Un aire antisemita mal disimulado y un violentismo a flor de piel mal enderezado. Un sectarismo artificial que –mi viejo en esto tenía razón– yo había querido ver entre mis compañeros peronistas y que había comprobado más virulento en la caña. Tacuara no tenía futuro. El peronismo, ¿lo tenía? De un modo hasta doloroso, yo sentía que la respuesta a este interrogante dependía en parte de lo que yo mismo fuera capaz de hacer. Esa convicción seductora reunía un enorme potencial de acción. Bueno, Negra, te di una respuesta completita, jaja, no te podés quejar.

Junio de 1961. Uno de los más jaraneros decía que habían elegido ese café, Madrid, para no dejar dudas de su condición de peronistas, conscientes varios de ellos de que aún no se habían apagado los fuegos de adhesiones antiguas. Algo desvencijado por el tiempo y porteñísimo en los ventanales que anunciaban Café Bar Billares –aunque, en aquellos días, de billares nada–, el Madrid recibía a sus habitués mezclando la fragancia del tabaco y las emanaciones del baño de hombres, cuya puerta cerraba mal. Los mozos conocían bien a los jovencitos y su natural político, estaban resignados a que pasaran las horas alrededor de un café y jamás dejaran propina. El 9 de junio de 1961 se encontraban allí casi todos. Los chicos –ninguno pasaba de los 21 años– habían decidido ya, superando dudas, ansiedades, y no pocas discrepancias, crear una nueva organización, que se les antojaba netamente peronista. Cosa que nadie podía impedir. Uno de los pocos indiscutiblemente peronistas convocados por Américo, Dardo Cabo, estaba ausente, preso por una cosa de nada. ¿Se sentiría impelido a incorporarse? El Alemán estaba seguro: si nos ponemos en marcha, él se va a sumar, repetía.

–Me gusta Restauración Argentina –propuso uno. Los nombres se venían barajando desde hacía semanas, y todos soñaban con llevarse la gloria de bautizar la organización in nuce.

–Estás chiflado, Miguel, restauración es el pasado, no queremos volver al pasado.

–Y ¿Argentinidad en lucha? –dijo alguien. Nadie le llevó el apunte, probablemente sonaría muy artificioso.

–No es el pasado, pero sí que hay restauración –acotó Andrés, procurando ganarse a Miguel para su propia propuesta–; ¿no queremos restaurar la Nueva Argentina peronista? “En la Nueva Argentina existe una sola clase de hombres: los que trabajan” –citó–. Nueva Argentina.

–¡No me gusta si hay que laburar! –metió baza el payaso del grupo, Julián. Desde ambos flancos lo cascaron.

–Estamos luchando... –dijo Salvador, descolgado–. ¡Nuestra Argentina está en peligro! ¿Qué tal Nuestra Argentina?

–Justamente, Salvador, hablemos del futuro: Nueva Argentina, listo –Américo fue muy asertivo. Iba a rematar, pero el Alemán se le adelantó:

–No volvemos a un pasado, eso es imposible, continuamos una lucha histórica – Pfaffendorf era el más preparado para precisar un sentido– y está en juego el futuro, por eso estamos en el movimiento peronista –nadie puso objeciones.

–Movimiento Nueva Argentina, entonces –precisó Américo. Pfaffendorf lo observó de reojo, al muy pillo. Recordó a su profesor de matemáticas, que siempre terminaba la exposición de los teoremas con cqd, como queríamos demostrar.

–¿Un movimiento dentro de un movimiento? –objetó alguno.

–¿Y cuál es el problema? –dijo Américo, fingiendo estar harto–. Estamos fundando una nueva forma de acción, a la altura de los tiempos, estamos profundizando la lucha de la nación, repudiando los partidos.

–Sí, pero como peronistas –advirtió Andrés.

–Pero si nadie lo niega. Al contrario, ya discutimos eso –protestó Edmundo–. Pero hablando de Movimiento, advertimos a todos que nos valemos por nosotros mis...

–Y que respondemos a nuestro conductor –interrumpió Andrés por si las moscas.

–Claro, sí –admitió Edmundo, mientras se sonrojaba evidenciando sus dudas.

–Muchachos –reconvino Américo algo fatigado–, la síntesis está hecha, y el nombre está cantado: Movimiento Nueva Argentina.

Había cierto alivio en los circunstantes, y se levantó una moderada algarabía.

–Entre pitos y flautas se hizo tarde, podrían ser más puntuales, compañeros –se hizo oír Américo–. Yo tengo que ir al diario. Propongo levantar sesión hasta mañana a la misma hora, pero puntualmente. Y redactamos la proclama.

El Alemán le vio las patas a la sota. Américo tenía que ir al diario, pero sobre todo abrigaba la esperanza de que algunos de los presentes, que consideraba particularmente hinchapelotas, se ausentaran al día siguiente. Lo respaldó.

–Me parece bien, propongo que los que podamos traigamos algunos apuntes, va a ser más fácil.

Nadie se opuso.

* * *

Los tres parecían envueltos por una densa nube baja. Se había formado en minutos, mientras ellos, acalorados por la discusión, no lo advertían. Blanquecina, era portadora de un perfume difícil de identificar. Antonio, tan intrigado como la Negra y Dardo, afinó su pesquisa.

–Pero... es algo... como si hubiera gente. ¿Hay gente?

Dardo soltó una carcajada.

–¡En este paraíso estamos siendo siempre observados! La nube, y el perfume, tienen que ver con el busilis de nuestra discusión. ¿No se dan cuenta? ¡Es el famoso olor de multitudes! No digan cosas inconvenientes, que me hacen quedar mal.

Antonio y la Negra estaban muy sorprendidos.

–Bueno chicos, sigamos, tómenselo en serio, si no los van a echar. No me van a decir que están cansados. ¿Y usted, don Ignacio?

Ignacio negó con la cabeza. Nadie estaba cansado. Y la Negra retomó el hilo.

–¿Interés del pueblo, de la sociedad, de la nación, del Estado? Hay muchas expresiones posibles de interés colectivo. ¿Coinciden? –preguntó a los varones–. ¿Cómo se captan, se configuran, se dan forma...?

–Justamente, Negrita, se dan forma –interrumpió Dardo–. Y ¿quiénes le dan forma? Las organizaciones de intereses particulares, aquellas denostadas por Rousseau, ¿pueden acaso dar forma a la voluntad general? El pueblo es un estado, no un sujeto. No existe dormido, distraído, cotidiano. Solo existe en acción. ¿Cuándo? Pero, hay un plus... ¿de qué?

–Dardo, eso del interés de la sociedad, y de la expresión de los intereses de la sociedad como tal, son ficciones que...

–Lo sé muy bien. Pero, el problema principal, es ¿quién? Desembocar directamente en el líder es abrir el camino a la única respuesta con sentido.

–Sí, Lito, sé tu argumento –intervino Antonio–. ¿Quién, si no el líder, puede expresar la voluntad popular? ¿Quién puede encarnarla? Y ¿quién puede colocarla por sobre las instituciones que, para ustedes los fachos, son apenas contingentes?

–No sé si soy facho, pero en todo caso, las instituciones, ¿no son por ventura contingentes? La voluntad popular cambia con el tiempo, pero las instituciones creadas, creadas por otras personas, que en su mayoría ya se murieron, dígame de paso, personas que no pudieron prever, no puede esto pasar desapercibido, las consecuencias de largo plazo de su creación... Yo no soy conservador, pero, en este tiempo sin tiempo, he leído y puedo entenderlos, aunque no coincida nada con ellos... Las instituciones que hacen que los muertos aten a los vivos... en

parte, con el inteligente argumento de que los que viven no pueden autorizarse a privar de esas creaciones pasadas a las generaciones que todavía no han nacido... Vamos, está muy bien pero... Además, repaso, sabemos que no hay una “voluntad” colectiva, de ningún colectivo, preexistente, esa voluntad se constituye, se crea, se propone y define, aunque se hable constantemente en nombre de ella como si existiera, y además no se petrifica, es más bien fugaz. Y lo institucional no la puede capturar. Lo mismo pasa con el “interés”. Ustedes no son conservadores ni revolucionarios. Son tributarios de la concepción pluralista de los intereses. Los intereses se manifiestan y las instituciones les dan curso. Lindo cuentito. ¿Por qué eso conduciría a los mejores resultados? Conduce a la decadencia, como explican las teorías de la acción colectiva... Les hingué el diente interesado por el nombre... no tenían nada que ver, qué desilusión. Pero no me arrepentí, me mostraron otro costado que, sí, cuestiona las concepciones corporativistas que compartía y hasta cierto punto, qué remedio, comparto, pero sobre todo destruye las teorías del pluralismo de los intereses, lo que no es moco de pavo. Y, toda una ironía, Olson dice que solo las catástrofes, los cataclismos – como una guerra inapelablemente perdida por la entera sociedad, como fue el caso de Alemania o Japón–, pueden destruir la trama de los intereses conservadores que benefician las minorías intensas, oligárquicas, que condena las naciones a su declinación de largo plazo. Muy bien. Digo, ¿no se le ocurrió algo más baratito, menos sangriento, como la emergencia de un líder plebiscitario que ponga las masas en acción histórica, para destruir la trama de los intereses conservadores a precio módico? ¿Una autoridad legítima potente, menos deletérea que las guerras perdidas o los cataclismos? De una: si se toman a pie juntillas las teorías de la acción colectiva, la conciliación entre capitalismo y democracia es una ficción y el populismo radical puede, cuanto menos, poner en jaque esas tramas de intereses conservadores que medran bajo el paraguas de cinismo.

–Pero –tenía que ser Antonio– ¿cómo se concilia lo que estás diciendo con tu populismo plebeyo?

–Yo de populismo plebeyo nunca hablé –dijo Dardo, divertido–. Lo pongo a don Ignacio por testigo. Me limito a nuestra querida patria, no tengo las aspiraciones generalistas en las que caen fácilmente catedráticos engreídos como ustedes – agregó con indisimulable propósito de incordiar–. Pero sí, se concilia bien, elementalmente porque para que exista el peronismo plebeyo debe existir el líder, el plebeyismo no es algo independiente, el líder tampoco lo es, son las dos caras de la misma moneda. Te digo más. Un líder popular sin plebeyismo está

condenado a una inevitable declinación. Las castas partidarias, burocráticas y corporativas se lo comen crudo. Pero el plebeyismo sin líder que desafiar es la nada.

Junio de 1961. Contra las esperanzas de Américo, en el segundo día de sesiones fundacionales en el Madrid la asistencia fue casi perfecta, y puntual. Hipócrita, Américo se declaró satisfecho y procuró ir al grano; era el más paciente de todos, y presumía que el tiempo jugaba a su favor.

–Bueno –dijo entre dientes, temeroso de que algunos hubieran hecho los deberes–, habíamos quedado en traer notas...

–Yo no escribí nada –reconoció Rodolfo, recurriendo a sus Particulares negros sin filtro–, pero encontré algo que puede servir. –El paquete sufrió el saqueo en una ronda forzada y regresó a su dueño semivacío. –Es de Perón: los jóvenes han de prolongar la Revolución hasta la consumación total de la obra purificadora.

Aliviado, Américo lo recogió en el acto –obra purificadora le gustaba–. Elevó la voz para detener el alboroto despertado por los puchos. –Eso sirve cómo epígrafe.

–¿Cómo qué, sirve? –preguntó Rodolfo.

–Va al principio de la proclama, después del título –explicó Américo, no muy didáctico. Esperanzado, preguntó si alguien más había escrito alguna línea. Afortunadamente la respuesta fue el silencio.

–Bueno, yo hice un borrador, lo puedo proponer.

La asistencia no esperaba menos del escriba consuetudinario. Conforme, Américo se dispuso a leer, pidiendo que lo interrumpieran cuando lo encontraran pertinente. Podía proceder con tacto, se sentía más seguro.

La primera objeción cayó enseguida. El flamante MNA era definido como “Vanguardia nacionalista de una generación que tiene el deber ineludible de realizar el destino histórico de la patria...”. Andrés consideró que “nacionalista” era allí redundante, y propuso su sustitución por “revolucionaria”. Dos o tres lo secundaron: era importante remarcar que el MNA era revolucionario. Américo, a

contragusto, concedió. Total, el MNA continuaba siendo vanguardia y no se sustraía de su deber ineludible. Prosiguió su lectura. Tras unos renglones tranquilos, se volvía a exaltar a la generación a la que todos pertenecían, que, oh casualidad o designio divino, venía a calzar al milímetro con una coyuntura crucial de la patria: “clara conciencia de que es portadora de nuestra última oportunidad como Nación”.

–Che –dijo el Alemán–, eso no lo entiendo. No somos nacionalsocialistas, nosotros.

–¿Y eso qué tiene?

–Tiene –pensó el Alemán– que la nación, no sé, está por encima de las generacio...

–Pero está todo en juego –interrumpió Américo–. Sobre esa base debemos convocar a nuestra generación.

–Así pensaba Hitler, que Alemania triunfaría o se perdería para siempre. No creo que Perón piense así.

–Dejá de joder, Alemán –se quejó Salvador–, no vengas con Hitler. Tenemos un desafío extraordinario, ¿sí o no? Digámoslo claramente.

El Alemán Pfaffendorf se calló. Uno de los chicos, que tenía empleo fijo, estudiaba y vivía, como todos, con sus padres, se atrevió a pedir otro café. Varios lo siguieron; era un día especial. Ansioso, Américo recibió el interludio con bastante malhumor. Pero el relajamiento duró poco. Retomó la lectura. El borrador batía en la misma tecla del momento histórico, de vida o muerte para la entera nación: “Aquí y ahora se decidirá si nos proyectamos... o nos desdibujamos como una colonia... ya no queda otra posibilidad. La Patria agotada... no podría soportar una vez más el fracaso, la traición o la ineptitud”.

–Lo de desdibujarnos como colonia está bien –intervino Edmundo–, pero... ¿no le falta fuerza?

–Sí –el Alemán volvió a la cancha–. Carguemos las tintas: una colonia sumisa y miserable. No es lo mismo; hasta 1810, fuimos colonia, pero no una colonia sumisa y miserable.

Nadie se opuso. Américo se dispuso a continuar, pero el Alemán metió otra vez la cuchara:

–Eso del fracaso, ¿cómo era?

–El fracaso, la traición y la ineptitud –respondió Américo algo exasperado.

–Sí, puede entenderse como una crítica velada al gobierno peronista.

Esta vez fue Andrés quien le sacó a Américo las castañas del fuego:

–Dale, Alemán, cortala, eso es al pan pan y al vino vino, ma qué crítica velada.

–Roma locuta... –considerando que Andrés era tenido por el más peronista de los presentes, la respuesta del Alemán cargaba una ironía, que apenas Américo y el propio Andrés pudieron captar. Tonificado, Américo retomó la palabra:

–“Nuestra generación tendrá que ser totalmente distinta de las anteriores... que estuvieron invariablemente al servicio del imperialismo...”.

Entraban al Madrid dos desconocidos, trajeados y con sombrero. El mozo más afín a los chicos consiguió sentarlos fuera del pequeño salón donde deliberaban.

–¿No es mucho? ¿Todas las generaciones al servicio del imperialismo? ¿No hay una línea histórica nacional?

–Claro que hay –ofició Jorge de exégeta–, pero se está refiriendo a las generaciones juveniles cipayas que nos precedieron.

–Claro –dijo Américo reconocido, retomando medio de prepo su lectura: “deberá superar también a los tránsfugas y corrompidos”.

–Américo, si hablamos de eso, mencionemos a los acomodaticios, los que transan, son los peores enemigos del pueblo.

–Está bien –terció el Alemán–, se puede agregar “que estuvieron junto al pueblo por conveniencia”.

Américo encontró razonable la sugerencia. Continuó:

–“Terminar para siempre con las estructuras políticas, y económicas del

liberalismo”. Concedió unos segundos, pocos, a los oyentes. Iba a continuar cuando alguien tomó la palabra:

–Creo que hay que agregar lo social y cultural –opinó el otro Rodolfo, no el Alemán. Hubo un murmullo de aprobación.

–Bueno –respondió Américo velozmente– se da por descontado. Pero si quieren... quedaría “las estructuras políticas, sociales, económicas y culturales del liberalismo”, ¿seguimos?

–Creo que hay que hablar peor del liberalismo: liberalismo caduco –volvió Rodolfo a la carga.

–Liberalismo caduco es un pleonismo –dijo el Alemán ávidamente.

–¿Un qué?

Intervino Américo. Después de todo, defendía su texto con uñas y dientes:

–Está en lo correcto el Alemán: si es liberalismo, es caduco. ¿Acaso conocés un liberalismo que no lo sea?

Pero la mayoría no quiso entrar en razones y el punto fue zanjado a favor del pleonismo. Siguieron: “crear una economía independiente que se complemente a sí misma...”.

–Eso está bien –dijo Edmundo–. La economía nacional tiene que ser autárquica.

–Bueno –otra vez el Alemán– pero ¿y la unión latinoamericana? Los proyectos políticos tienen una base económica. ¿No se acuerdan del ABC? Perón le dio mucha bola a eso, ¿no?

–Pero una cosa no quita la otra, Alemán –ya estaban un poco cansados del Alemán–. No podemos hablar de todo... decimos algo al final –improvisó el escriba. Quedó la versión original. Siguió: “farsa democrática de los partidos”.

–Disculpen, es... –no daba tregua, el Alemán. Iba a decir que era otro pleonismo, pero se contuvo– la democracia es –acentuó el verbo– una farsa.

–La democracia de los partidos es una farsa, no toda democracia –se defendió

Américo.

–Claro, ¿acaso el gobierno peronista no era democrático? –Salvador.

–No, no lo era; y estaba bien que no lo fuera. No gobernaba el pueblo, gobernaba el líder. Si la democracia es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, el gobierno peronista era democrático en que gobernaba para el pueblo y era el gobierno del pueblo, pero no por el pueblo –el argumento del Alemán, secundado por Américo, que no quería perder el equilibrio entre los inestables bandos en controversia, los mareó. La mayoría se negó, caóticamente, a formular una condena a la democracia in totum. Alguno citó a Aristóteles, otro recordó que la democracia estaba inscrita en las Veinte verdades.

–Pero justamente –dijo el Alemán–, ahí lo que se destaca es que el gobierno defiende un solo interés, el del pueblo. No es una democracia liberal, por supuesto, si defiende un solo interés, el del pueblo, no puede ser una democracia liberal; pero sobre todo no es una democracia: gobierna el gobierno, no el pueblo...

Lo interrumpieron. El argumento les pareció especioso. Y no estaban dispuestos a regalarle el término a la contra. Acto seguido Américo volvió a denostar con justicia a los partidos políticos, calificados de “representantes de los intereses de clase contra la Nación”. La aprobación fue unánime. El borrador propuso que los partidos deberían desaparecer, dando paso a una organización política natural, estructurada sobre la base de los sindicatos. Esta sustitución de lo plural por lo singular fue considerada enteramente satisfactoria. El redactor respiró profundamente; se preparaba para incursionar en terrenos más accidentados. El naciente MNA propugnaba por un “nuevo orden social en el que el trabajador sea propietario directo de los bienes de producción... se acabará con la explotación del hombre por el hombre, realidad del régimen capitalista que desemboca en el marxismo apátrida”, mientras que “en el campo... la tierra será para el que la trabaja”. La fraseología estaba calcada de los documentos básicos de Tacuara, pero su radicalismo anticapitalista podía intimidar a más de uno, temía Américo. No sería el del MNA un programa de orden. Se trataba de establecer un orden nuevo, por supuesto, pero como todo programa de derecha radical el camino para llegar hasta él no pasaba por el meridiano del orden, cosa que, aunque vagamente, no se les escapaba a los chicos. Y de un modo también impreciso, estos intuían que las mismas palabras podían tener un sentido en un texto de una cerrada y sectaria organización de derecha, y otro en uno

correspondiente a un grupo juvenil que aspiraba a conquistar un lugar bajo el sol peronista. Cuando Américo leyó el párrafo, el silencio ganó el café entero. Hasta que Pfaffendorf le tiró una sogá.

–Para mí que quede como está. No precisamos ser ortodoxos en todo.

Rodolfo el Alemán no aclaró ortodoxos en relación con qué, o quienes, pero nadie se lo preguntó; el alivio fue evidente y Américo no demoró en continuar, mentando unas fuerzas armadas consecuentes con su misión histórica... una Iglesia sin influencias de minorías oligárquicas... el combate al colonialismo cultural... la creación en el pueblo de una mística nacional, y cosas así.

El cierre fue triunfal: A nuestra generación le toca actuar... concebimos toda postura legalista solo como parte de un gran proceso revolucionario... reconocemos al general Perón único e indiscutible conductor de nuestra lucha.

Américo estaba feliz. Todos lo estaban. A nadie le quedaba un mango, razón por la cual no fue propuesto un brindis, pero todos los chicos aplaudieron. Se desperdigaron en pocos minutos. Los desconocidos trajeados y de sombrero no se retiraron hasta que se fuera el último grupete de revoltosos.

* * *

–¿Viste Pinky y Cerebro, Dardo? –para la Negra la pregunta de Antonio era una impertinencia.

–¿Y eso qué es?

–Un dibujo animado yanqui. Son dos ratones genéticamente alterados, hubo una falla de laboratorio, y dos ratoncitos se convirtieron en ratones-humanos; son muy diferentes entre sí. Pinky es dulce, medio boludo, un amor, metidísimo con Cerebro, sin dudas. Y Cerebro es un bocho, irascible, aunque a Pinky lo quiere de alma. Pero su única obsesión es conquistar el mundo. Cada día hace un plan genial para lograrlo. Fracasa, siempre por una nadería. Pero allí lo está intentando de nuevo al día siguiente, su tenacidad es ilimitada, y Pinky lo secunda siempre, incondicionalmente. Ustedes me hicieron acordar a Pinky y

Cerebro.

–¿Y quién era Pinky?

Aliviada por lo bien que había tomado Dardo la provocación de Antonio, la Negra se apresuró a retomar el hilo.

–Miremos la cuestión de los intereses desde otro ángulo, y ahí ustedes, el peronismo plebeyo, el peronismo en general, patinan: no consiguen llevarse bien con la pluralidad, la que nos endilgaste hace un ratito, en olor de multitudes.

Quizás picado por la escueta sátira de Antonio, Dardo interrumpió a la Negra.

–Puedo entender la tolerancia, cuyos orígenes seculares están claros y que se dirige, antes que a otra cosa, a enfrentar el problema de su época, las guerras de religión y todo eso. Ese inglesito de nariz afilada... Locke, era un maestro. La crítica a la coacción del Estado sobre el individuo me parece exagerada, pero retengo la tolerancia, que arranca en lo religioso pero se debe extender. Lo que no puedo entender es esa filosofía política maricona que hace de la diversidad un bien, que va mucho más allá de bancarse la pluralidad, ¡celebra el pluralismo! ¿Por qué celebrarlo? Sobre todo... ¿Ustedes leyeron a Ray Bradbury? ¿Recuerdan el post scriptum a Fahrenheit 451? Es alucinante la intuición de este tipo, porque lo escribió en los cincuenta. Y ahí se ve claro, cómo múltiples identidades, cada vez más fuertes, más insolentes, más vesánicas... una diversidad extraordinaria de minorías... ¿para qué? Esa diversidad exaltada termina o más bien empieza convirtiéndose en la madre de la intolerancia, una madre joven de una tesitura tan vieja. Bradbury lo vio muy bien. Una guerra de identidades que no se soportan unas a otras, al final cada una no puede soportar lo que percibe como amenazas a la propia identidad –los papeles de las otras–. La solución última es quemar todos los papeles. Quemar los libros, todos, como condición indispensable de la convivencia. Otra que nacionalsindicalismo. No, flaco, yo de la diversidad no espero nada bueno. Negra, ¿cuál fue la mejor época de la historia de Toledo?

–No sé, pero seguramente la medieval, hasta el siglo XIV.

–Tal cual. Unos cuantos siglos en que cristianos, musulmanes y judíos coexistieron en relativa tolerancia. Muy relativa y frágil. Era un odio tolerante. Nada que ver con el jueguito de apreciar los valores y las creencias de los otros. Se despreciaban en paz. Si a esta gente se le hablara de ecumenismo demorarían

otros tantos siglos en entenderlo.

—...

—Después de todo, ¿por qué creen que soy nacionalista? Bah... por varias razones. Pero ahora también contra el multiculturalismo y esas identidades diminutas e intensas. De hecho, los nacionalismos del siglo XX unificaron a pueblos fundiendo diversidades, más que estableciendo mecanismos... ¿cómo es que le dicen?

—Consociativos —Antonio pudo decir lo suyo.

—Eso. No me vengan con consociativos. Los nacionalismos del siglo XX pudieron establecer algún orden mínimamente justo fundiendo identidades y unificando pueblos —sé muy bien, ahora, que esa noción de pueblo unido no remite a nada histórico—. Y lo consociativo quedó para los países nórdicos, un lujo escandinavo.

—Bueno...

—Como sea, se trataba de sociedades que podían enfrentarse y matarse internamente, descompuestas en identidades. Pero ahora el multiculturalismo separa y enfrenta cada vez más. Fijensé, con el peronismo la mujer ganó derechos, y el gobierno peronista no fue nada hostil con los inmigrantes, todo lo contrario. Pero a la escuela integradora del nacionalismo liberal, esa escuela liberal que comprende tan bien Arturo Jauretche, que reivindica y señala al mismo tiempo sus límites, a esa escuela se sobreimprimen una nación y un solo pueblo. Y una sola clase: la de los que trabajan. No es joda.

—Disculpen —dijo Antonio, inflexible—, pero nuestro paso por el Movimiento Nueva Argentina no será tan breve como el de Dardo. Ustedes —Antonio sacó un papel— decían inspirarse en junio de 1943. Muy jugado. Ignacio, ¿conoce la expresión, muy jugado?

—Sí, claro —dijo Ignacio, ligeramente mosqueado.

—Bueno, disculpe. Se honran con una larga lista de mentores que incluye a Eduardo Ottalagano, pero también a Arturo Jauretche. Ottalagano, Dardo. Antecedentes organizativos —Antonio se puso telegráfico—: Alianza Libertadora Nacionalista, Resistencia Peronista. Repudia a las internacionales de la política:

socialdemócrata, socialcristiana, conservadora y otras. Es llamativo: no consideran a Tacuara entre los inspiradores o mentores del MNA.

–¡Pero eso es del 2003! ¿Yo qué tengo que ver? No te hagas el piola.

–No, si no se trata de que tengas que ver o no –terció la Negra–. Pero quizás ustedes mismos sentían parecerse demasiado con Tacuara, en los documentos, en el tipo de organización algo sectaria, en la posición en que los colocaban dentro del espectro peronista. Se había separado “hacia el peronismo” pero no conseguían dar el nuevo perfil. Es obvio, esto explicaría parte de tus problemas, más temprano que tarde te fuiste.

–Lo agrandaditos que parecen –Antonio a quemarropa–, jugando a ser la vanguardia de todo, cuatro gatos, resolviendo ser los hombres del destino, y no sé si no se puede “interpretar” eso como una reacción a la amenaza que sienten.

–¿Amenaza?

–Los estuve leyendo, Lito –la Negra.

–¿Y?

–Y. Eran unos péndex bastante fachos... te diría que hasta un poco fascistas –el preciosismo de la Negra consiguió que Dardo se mantuviera en silencio–. Muchísimo más cerca de los sueños más delirados de Ramiro Ledesma Ramos, o –sonrió maligna ya– del Ausente José Antonio que del peronismo peronista –mantuvo dibujada la sonrisa aleve–. De franquismo, ni hablar, nada que ver, menos mal. Una especie de variante de... un fascismo radical.

–Séate permitido el pleonasma –comentó Antonio irónico.

–¿Antisemitismo? –preguntó Dardo, desapasionado, como delante de un informe técnico sobre algunos desconocidos.

–Más o menos –contestó una Negra distraída. Para Antonio no estaba siendo objetiva–. No era una cuestión racial...

–Respuesta ambigua si las hay –acotó Antonio, empeñado en molestarla y sin nada para sumar al manierismo analítico de la Negra, que no le llevó el apunte y fue a lo suyo:

–Pero todo esto mal que bien ya lo sabíamos –agregó ella–. En cambio... creo que ahora los tengo manyados... –se detuvo como si quisiera intrigar a Antonio. Lo consiguió–. Eran gatos...

–Y, sí, eran cuatro gat...

–No, boludo –interrumpió la Negra, académica–, ¿qué hace un gato cuando se siente acorralado?

La respuesta era obvia, pero la Negra estaba esperándola para continuar.

–Fuga hacia adelante. Ataca.

–No. Antes de eso. Entra en pánico. El miedo le eriza los pelos, le hace sacar las uñas, lo pone en posición de ataque.

–¡Pero si eran bastante valientes! –defendió Antonio al contingente patriótico.

–Eso nadie lo duda. Me refiero a otro tipo de miedo. El miedo a una encerrona definitiva. Jóvenes que sentían que sus vidas estaban siendo liquidadas. El caso de Dardo es especial, era el único de familia obrera, aunque de la élite de la clase obrera. Todos los demás eran sobre todo baja clase media. Si se piensa bien, pertenecían a un sector social que estaba en los umbrales de un progreso extraordinario, aunque todavía no lo supieran. Pero ese no es el punto.

–¿Y cuál es el punto?

–No sé. En el caso del caballero que nos ofrece aquí su hospitalidad, el despojo, el aplastamiento, que teme como remate vital. La aplanadora de la contrarrevolución Libertadora les pasó por encima a su padre y a él, les mató esposa y madre, los hizo trizas; arrebató a Dardo del colegio, y lo demás. Una acumulación de pérdidas vertiginosas. Los sacó del juego, del poder, de cualquier posición simbólica digna. Una exclusión violenta, una deprivación que podía ser irreversible. Eso le pone los pelos de punta a cualquiera, como a un gato en pánico. En el caso de Pfaffendorf, sé que fue formado en el colegio por curas europeos, españoles y franceses que habían estado en la Primera Guerra Mundial, mejor no averiguo más. Después del 55 a estos chicos se les venía la noche, y tenían toda la vida por delante –la Negra hizo un buen silencio, perpleja.

–Claro, hay una interpretación sociológica consagrada, de cuño europeo, y vos la conocés –acotó parsimoniosamente Dardo.

–Sí, ya pensé, clases medias en retroceso, que se sienten al borde del abismo, que experimentan el despojo, y abrazan aterrorizadas cualquier propuesta autoritaria, mesiánica, salvacionista, que identifique culpables, enemigos, blablabla. Estos chicos hicieron la propia, pero no innovaron en los materiales que emplearon.

–¿Nada?

–Nada. Con veinte pirulos... y un salame como el padre Meinvielle de mentor, ya lejano en 1961, qué querés. Eran contradictorios en un montón de cosas. Ya te voy a decir. Quizás la única innovación tenga que ver, ufa, con el peronismo. El modo en que se articulaban con el peronismo. El peronismo era el movimiento nacional, tout court; Perón era el jefe. Pero ellos ¡eran la vanguardia! Ni más ni menos; aventureros de chupete, y se identificaban como la vanguardia del movimiento nacional al que le ponían letra. Iban a acabar con la explotación del hombre por el hombre, vos mirá. Junto con unas cuantas tropelías. Esa proyección a la vanguardia, disculpame si te parezco algo esquemática, es la fuga hacia adelante del gato. Del miedo fugan a la alegría. No creo que esto sea demasiado psicoanalítico. Está más cerca del Siglo de Oro español, me parece. La alegría proviene de esta recuperación de la esperanza, del valor catártico de la acción que ha brotado de una experiencia cercana a la muerte en vida. Cuando se dice que eran “hombres de acción” es correcto, pero significa otra cosa que lo que se cree. El tema es que eran muy pocos. Por suerte, pobres chicos.

–No fueron tan pocos. La derecha nacionalista juvenil fue numerosísima, con su cariocinesis y su fractalidad.

–¿Fractalidad? Antonio, ¿qué te pasa?

–Olvidá la fractalidad, no podía suceder otra cosa, la derecha nacional en contacto con el peronismo se fue deshilachando, separando en infinidad de partes parecidas que a su vez... Pero fueron muchísimos. Dardo es una contada excepción por su proveniencia social, su infancia y primera juventud peronista. La derecha juvenil militante siempre fue minoritaria porque el peronismo la absorbió en su mayoría, no les dio tiempo a armarse con la autonomía que tanto se jactaban de tener; los que siguieron afuera eran cada vez menos. El peronismo

los fagocitó, otra que vanguardia. Y la fuga hacia adelante de esos gatos fue, o el deporte infantil de la vanguardia como hizo el MNA, o incorporarse lisa y llanamente al peronismo. Aquí también hubo mucho de ese deporte; para los que creían en él, la mejor prueba de que eran vanguardia ¿sabés cuál es?

–Sí, claro, conseguirse unos cuantos chumbos, jugar a la guerrilla.

–Muy bien, Negra –Antonio sabía que la Negra detestaba su impostación profesoral–. Pero nos fuimos por las ramas. Volvamos a la trayectoria de la derecha juvenil, que no fue fácil para todos. Muchos venían de familias de clases medias en decadencia, pero habían recibido una formación en valores tradicionales, católicos, de orden, los símbolos del nacionalismo antiliberal, y no se incorporaron fácilmente al peronismo. A Dardo, en cambio, qué le importaba el orden. Pero de un modo u otro tenían una esperanza en común.

–¿Terminaste? Mirá, en los textos de estos chicos, una dimensión vuelve constantemente, es evocada siempre: la voluntad. Era como la compañera explícita inseparable de la alegría implícita. No podían escribir “qué alegres que estamos”, pero podían escribir sobre la voluntad. Era el componente principal del coraje.

–¿Terminaste? –Antonio le dio el vuelto a la Negra–. Sí, voluntad. Y la voluntad no reside precisamente en las estructuras, reside en los agentes, jaja. Algunos van a creer zafar comprando aquello de las condiciones objetivas y las subjetivas, y se van a enredar de lo lindo. Pero para otros no hay mambo, darle nomás para adelante. Es el caso del foquismo, que estos chicos aún no conocían. Porque depende de la voluntad o, inevitable carga de ambigüedad, porque depende de la maduración a fuerza de voluntad de un proceso histórico inexorable. Vos decís que estos chicos, de eso, nada...

–Absolutamente nada. Al contrario. Diez años después, sí; en menos, cambió todo. Pero estos chicos en 1961... lo que tenían era julepe, no seguridad del triunfo. Mientras el peronismo lamía las heridas de su derrota. Y era desde el cagazo, no desde las determinaciones históricas inexorables, que echaban mano de la panoplia del nacionalsindicalismo, y de la voluntad.

–Negra, dejá por un momento el vuelo literario, suena pretencioso –protestó Antonio.

–Negrita, te equivocás de medio a medio –dictaminó Dardo, con una sonrisa

gardeliana, como quien se las sabe todas—, pero es muy verosímil tu interpretación. Nosotros no sentíamos de ese modo nuestro presente y futuro, creíamos que el peronismo podía dar vuelta las cosas, pero para eso había que dar vuelta al peronismo. Quizás teníamos miedo de quedar acorralados, pero no queríamos recuperar una vida normal, queríamos recuperar lo que habíamos perdido, y temíamos que el peronismo no fuera capaz de doblegar las dificultades.

—Bueno, no veo tanta diferencia entre tu reflexión y la interpretación de la Negra—
—dijo Antonio, conciliador.

—La diferencia —retomó Dardo— está en que la llegada a la alegría de la acción no tiene por punto de partida el pánico ante el peligro de una pérdida individual, un desplazamiento social personal, un agrietamiento familiar. De movida tiene una cierta épica que no disfraza el cagazo, se sostiene en conflictos de cuya vigencia no dudábamos ni por asomo. Claro Negra que no teníamos seguridad del triunfo; eso vino después. La angustia y el miedo estaban presentes, y la respuesta estribaba en la fuerza de voluntad, quizás allí nació una variante del voluntarismo que tiene raíces peronistas, aquel voluntarismo de Perón en economía, en política exterior. Pero entre nosotros esa no era la clave, en eso tenés razón, para realizar lo posible hay que estar a la altura de las circunstancias, no hay nada predeterminado, todo se puede ganar o perder, los conflictos que había inaugurado, pero no resuelto, el peronismo estaban vigentes. Nuestro único capital era ese, y no era poco: la voluntad política es lo contrario del voluntarismo y también del determinismo. Hoy lo puedo decir en términos desconocidos entonces: optimismo de la voluntad, pesimismo de la inteligencia. Vale recordar ahora la ya gastadísima frase del sufrido sardo, porque expresa justamente lo opuesto al voluntarismo y al determinismo.

Abril de 1962. Periódico Nueva Argentina, marzo de 1962: el 11 de noviembre de 1961 una comisión policial detiene en su domicilio a Dardo Manuel Cabo, miembro del Movimiento Nueva Argentina. Es llevado a la Comisaría de San Justo y a diversas dependencias policiales del Gran Buenos Aires. Su padre, Armando, está detenido. Se amenaza a Dardo con torturarlo si no se declara culpable de delitos que no cometió. Se le forma causa, pero el juez Insaurrealde lo sobresee definitivamente. Queda a disposición del PEN en el pabellón de presos políticos de Caseros. Sigue sin acusación ni proceso. Con su fe logrará

una Patria redimida. Dardo Cabo: tu espíritu cristiano y nacionalista, que no se doblegó jamás, está libre. Tu alma lleva el sabor del amanecer victorioso.

* * *

–Negra, ¿qué hacés con ese pasquín? –entre risas–. ¿Cómo lo trajiste hasta aquí?

–Del mismo modo que a mis cosméticos, son muy permisivos estos argivos. Aunque un grabadorcito no me lo dejaron pasar.

–Te dije –recordó Antonio– que eso iba a suceder. ¿Cómo te iban a dejar entrar un grabador?

–No quiero ni pensar –dijo Dardo–. Bueno, eso no lo trajiste para abanicarte. Arranquen.

–¿Arranquen? En la misma página –dijo la Negra– en que dan cuenta de tu detención, expresan una preocupación muy, ejem, caso Dreyfus por las fuerzas armadas, no se concilia nada bien con la exaltación radical del manifiesto de fundación, afirman que las instituciones militares están amenazadas del desprestigio definitivo por obra de la conspiración judía que amenaza el país... Aunque confían, textualmente, en la nueva aurora cristiana que se acerca a la Patria. No solamente se corrieron a la derecha... eso de la conspiración judía...

–Todavía –interrumpió Dardo, sentencioso– acarreaba términos como sinarquía internacional, empleado por Perón, y sionismo, pero ya eran muy secundarios, no les atribuía mucho peso explicativo ni eran los objetos más contundentes de mi odio, como sí lo eran el imperialismo, la oligarquía, los gorilas. No me quiero exculpar, pero yo estaba en cana, y ese es el pensamiento vivo de los redactores, entre los cuales yo no contaba.

–Pero... ustedes creían que el comunismo le pasaba el trapo al Occidente condenado a la decadencia...

–Y ¿quién no lo creía, entonces? Claro que no veíamos la potencia del capitalismo, la potencia mortífera de una dominación organizada no en la fuerza

sino en la distribución de bienes, porque era capaz de producirlos, y con menor carga de trabajo, y el comunismo no. Y no la veíamos porque no terminábamos de entender qué era la política... no entendíamos que producir más jabones más baratos, con menos horas de trabajo, y publicitarlos mejor en una tele recién comprada era tan político como una movilización de masas. ¡No me hagas una crítica retrospectiva! Jaja, Occidente gobernado por una burguesía apátrida y materialista... aquí en marcha por Frondizi y continuado por Guido... continuidad histórica con Rivadavia y Mitre... ¿qué querías que dijéramos? Perón también creía que el comunismo superaba a Occidente, y que era todavía peor y más perfecto en la dominación humana. Hay que tener paciencia para leer La comunidad organizada. ¡Insectificación, decía! Solamente que él creía en “la hora de los pueblos”. Sobre todo después de que los gorilas lo derrocaron. Ahí Perón se acordó en serio de los pueblos, de la hora de los pueblos. Ya se sabe. Todo muy lógico, el mundo marcha al socialismo pero el socialismo superador de ambos sistemas es la hora de los pueblos.

—Ahora el anacrónico, encima con ese tonito sarcástico, sos vos Dardo. Porque ustedes, ¿no eran más bien retrógrados? Mirá: la “sociedad capitalista es vuestro enemigo”, denuncian ante el lector, y denuncian un “orden corruptor”; Dardo, ¿qué se corrompió? ¿Qué había sido puro y precisaba ser repurificado? Por no hablar de la exaltación del todo, a través del uno, naturalmente: “el auténtico caudillo tiene vocación de mando, identificación con su pueblo”.

La Negra hurgó entre sus revistas.

—¿Son ustedes nazis, fascistas o falangistas? —leyó—. Coincidimos con todos los movimientos nacionales que levantan la bandera de la tercera posición... como argentinos somos justicialistas. —Se los acusa de ser clericales. —Acusaciones ridículas... no podemos ser conservadores en ningún sentido... ¿Reaccionarios? Ubicados en la avanzada del movimiento social más formidable de este siglo...

Dardo aprovechó un respiro para minimizar: es una nota concedida por Rial a Vea y Lea durante la presidencia de Guido. La Negra retomó pronto: el capitalismo es un sistema contrario a la naturaleza del hombre... Qué burros, ¿no? —no se privó de acotar— las verdaderas revoluciones son totales... nuestro objetivo es instaurar el nuevo orden nacionaljusticialista para toda Hispanoamérica... No lo consiguió el general, con su Estado y su cancillería, y lo iban a conseguir ustedes, vamos —clavó el aguijón de su comentario, belicosa— el nacionalismo dejó de ser una élite para convertirse en la vanguardia de un

gran movimiento popular... –Ahí no les faltaba razón –dijo la Negra–, el nacionalismo lamentablemente había dejado de ser una élite, pero eso era un legado de Mitre y el Estado liberal, el que se ocupa muy bien de eso, vos lo sabés Dardo, es Jauretche, Jauretche es increíble, como no se traga a los liberales le da vueltas y vueltas a la cosa, bueno, sí pero no, pero admite a regañadientes lo que acaba de descubrir... –Seguí Negra, dijo Antonio, esa es otra discusión. – Sigo, el papel de las Fuerzas Armadas ha trascendido de la tarea de defensa territorial... el marxismo propugna una forma de supercapitalismo... la explotación ha sido perfeccionada y las posibilidades de rebelarse son nulas... la plutocracia supranacional que controla ambos bandos... retira un sistema de explotación para imponer uno nuevo más perfeccionado y rígido...

–Sí –interrumpió Dardo, de contragolpe–, está bien, pero no van a negar una percepción de la naturaleza despótica superior del comunismo, que perfecciona la explotación... Nosotros éramos los fachos, mientras tanto, Sartre proporcionaba coartadas éticas al Gulag, ¡aniquilaba a Camus! Y el Partido Comunista Argentino se bancaba todo y distribuía Novedades de la Unión Soviética... –remató, anacrónico.

–Pero eso de plutocracia supranacional...

–¿Acaso no era una plutocracia, una nueva clase rica y poderosa? Acordate de Djilas. No gobernaban porque eran ricos o para los ricos, como en el capitalismo, sino que porque gobernaban eran ricos.

–¿Y la juventud? Plagian descaradamente a José Antonio, inspirado en Mussolini, inspirado en Nietzsche con eso de la juventud acostumbrada a vivir peligrosamente con sentido heroico de la existencia.

–La inventaron, la imaginaron ustedes a esa juventud –acotó Antonio–, no existía, pero ahora sí existe, es la saga de la Resistencia.

Dardo escuchaba imperturbable, aunque la Negra sospechaba que estaba a punto de estallar. Antonio tenía la posta y no la soltó:

–¿Y del judaísmo qué? Se trata de una “colectividad que se ha convertido en burguesía mercantil y oligarquía financiera para ejercer el dominio político sobre los pueblos” –un tufillo antisemita familiar, ¿no?

–No me digas –intercaló Dardo, fingiendo un asombro de sainete–, parece el

Marx de La cuestión judía.

–Y remarcan –retomó Antonio– la cerrada negativa de los judíos a integrarse con el resto de la población... “Preservando su fanatismo racial y religioso... han obtenido el control de nuestro país”. ¡Argentina de 1962! Estaban en las nubes.

Dardo hace saber su fastidio.

–Yo abandoné esos prejuicios dentro de Tacuara, meses antes de irme había largado esas pamplinas, tenía otras... cosas de las que agarrarme. Pero en el MNA seguían presentes, éramos cuatro gatos, pero no todos teníamos el mismo pelaje. Claro que había algunos bastante antisemitas. No los íbamos a echar por eso, dalo por seguro. Aunque a mí medio me echaron por vandorista.

Antonio y la Negra depusieron las armas.

–Nosotros –prosiguió Dardo– no veíamos la Shoá, veíamos el vitalismo nacional socialista. El renacimiento de una nación, su vuelta a la vida, prácticamente. ¿Éramos ciegos? En parte sí. Pero sabíamos, comillas, de qué lado del tribunal teníamos que estar en Núremberg. Veíamos un nuevo orden, en rechazo de la decadencia, de la muerte en vida capitalista y socialista... Pero entonces, nuevo orden, ¿quiénes no? Todos creíamos que era factible rehacer la sociedad de arriba abajo o de abajo arriba. De cualquier modo el cosmopolita era Américo, mi cabeza no iba más allá de América Latina y sobre todo de lo nacional. En mi mente esas discusiones ocupaban un lugar secundario. En cambio, las propuestas sociales y económicas que heredé de la caña, las nacionalsindicalistas, las mantuve muy fuertemente, mientras que en ellos... los del MNA, ese legado fue algo cada vez más desleído. Es curioso que a medida en que se hacían más peronistas más se desentendían, sin darse cuenta, de esos lineamientos revolucionarios...

–Ok, Lito, todo aquello, Núremberg, la Shoá, en un plano muy secundario. De hecho todavía para el mundo eso estaba en un plano secundario –dijo Antonio–. Cuando Eichmann fue detenido, fueron menos lo que se alegraron porque un genocida fuera juzgado, que los que se indignaron porque los judíos, comillas, violaron la soberanía. Pero te quedaron marcas fuertes, me parece. Te acordás, sin duda, de ese editorial de El Descamisado, que vos firmaste, ese del control...

–Eso era Evita, y yo sigo siendo evitista, lo saben. Se puede decir en pocas palabras: hay que aniquilar al enemigo porque el enemigo lo único que quiere y

querrá siempre es aniquilarnos.

Enero de 2013. Yo también soy del 41 –arrancó Roberto frente a Antonio–, somos unos cuantos de ese año, aunque nunca estuve en el MNA. Yo tenía antecedentes políticos familiares muy pesados, pero del otro lado de la cancha, mi padre y mis tíos habían peleado en la guerra civil española, imagínate, todos republicanos, para mí era un orgullo, porque los escuchaba desde chiquitito. Mi viejo me metió en el Vieytes, el colegio no el manicomio, para hacer la secundaria, no había tutía, o la hacía o me ponía en la verdulería, había que levantarse como a las tres de la mañana, ni hablar. Yo le estoy muy agradecido. En el Vieytes éramos tres o cuatro los peronistas, era doloroso, increíble el descrédito, el desprecio, la subestimación hacia el peronismo que tenían todos, Antonio, ni te imaginás... igual me llamaban cuando había que formar el equipo de fútbol, yo era un buen wing izquierdo, pero ese rechazo era pesado, había que bancarlo, en ese momento no teníamos idea de algo así como una Juventud Peronista, la jotapé nadie la había inventado, después vino bastante rápido, ya en 1957 nos fuimos juntando, no recuerdo bien, con Vallese, Cabo, un grupo pequeño de pendejos, nos juntamos con algunos chicos muchísimo más grandes, de 30, que habían vivido como jóvenes todo el peronismo. Tenían 18 o más en 1945. Bueno, crearon un periódico, ellos, te imaginarás lo que era, salía de vez en cuando, me acuerdo que nos pedían que lo vendiéramos nosotros porque como éramos menores no íbamos en cana. Y yo desde 1960 que empiezo a laburar en la manufactura de tabaco, primero en Particulares... A laburar y a hacer sindicalismo, participé para que pudiéramos ¡salir de la oficina sin saco! Pero Particulares era especial, ya antes de 1945 cobraban aguinaldo... la familia propietaria la vendió a Philip Morris, pero había dejado conquistas laborales estipuladas, y también sostener un colegio. Los empleados nos juntábamos con los obreros, integrábamos las comisiones internas, había diferencias ideológicas, pero no importaban; traíamos políticos de distintos partidos... aunque el peronismo estuviera proscripto. La mayoría de los peronistas éramos de izquierda, yo llegué a la Secretaría General con 29 años, y con gráficos, Ongaro, Guillán, formamos la CGT de los Argentinos. Pero eso más adelante, claro, yo mientras tanto siempre seguí vinculado a la JP. No me podía quedar solamente dentro del sindicalismo, creía que había algo... con el tiempo sí, toda mi militancia fue sindical, aun estando tan vinculado a las FAR, con Osatinsky, Quieto. Pero en los primeros años, lo que después se dio en llamar la Resistencia Peronista, que no era un sálvese quien pueda, no, pero era

un haga lo que usted pueda, compañero, por la suya, que nadie lo va a cubrir, nadie lo va a bancar, bueno, ahí las solidaridades que se creaban eran muy fuertes, inquebrantables, ¿me explico? No tenías cómo. Y el recuerdo más amargo que tengo es de antes de entrar en tabaco, menos mal, porque si hubiera estado no contaba el cuento. Teníamos un grupo, nos llamábamos de la JP, estaban el petiso Héctor Spina, Dardo Cabo, Gustavo Rearte, Carlitos Caride, era por 1962. Dardo estaba también en el MNA, era el único, en esa época las fronteras entre las organizaciones, y ya decirles organizaciones es exagerar, eran muy permeables, porosas. Nos reuníamos en una casa en la calle Rawson, muy cerca del Sarmiento. Al lado había un edificio de departamentos, chico, pegadito a las vías del tren. El portero sabía que nos reuníamos ahí, y un día estábamos llegando y nos avisa que la había tomado la policía, que estaban los de la Regional de San Martín esperándonos adentro. Entonces nos reunimos en un café de Rojas y Rivadavia, Los japoneses... Un compañero, medio raro, algunos tenían una sospecha fulera contra él... El nombre se me va y me viene, pero lo veo como si fuese hoy. Me dice: vas a ver lo que vamos a hacer. En esa época estaban los teléfonos públicos que muchos les decían cabecitas negras, porque eran negros, cuadrados y los había traído Perón. Este muchacho llamó al Departamento de Policía...

–Pero, ¿tenía el número? –interrumpió Antonio.

Roberto le respondió demorado por una sonrisa triste. –En ese entonces los bares con teléfono tenían guías telefónicas, unos ladrillos impresionantes, no sé si las llegaste a conocer.

–Sí, de chico. Sí.

–Se la pidió al japonés, lo que nunca voy a saber es si hizo teatro o realmente buscó el número. Llamó nomás al Departamento y les dijo que había una casa que estaba tomada por elementos armados del peronismo, que tenían que entrar por la vía, saltando la pared. Y los de la Federal cayeron, hubo un tiroteo tremendo. La Federal mató a uno de la Regional e hirió a dos, y tuvo también un herido. Empezaron a buscarnos a todos, decir que estaban con la sangre en el ojo es poco. Y dieron con Felipe, que vivía muy cerca, en la calle Canalejas, nosotros estábamos todos rajados, durante un tiempo largo, estuvimos fuera de circulación, yo me blanqueé gracias al sindicato. A Felipe lo secuestró la regional San Martín, en venganza. Al compañero que había llamado a los canas después lo fue alejando todo el mundo, siempre se sospechó de él, pero si era

informante de la policía, ¿cómo los mandó pelear entre sí? Es un interrogante que nos quedó a todos. El petiso Spina debe tener 70, es una leyenda, pero está en la pobreza sirviendo café en una empresa de mierda, los demás, Caride, Gustavo Rearte, Pocho Rearte, están muertos, Dardo Cabo. Gustavo Rearte, que falleció de cáncer joven, era un cuadro sensacional, todos aprendíamos de él. Hubieran sido muy distintos los setenta. Nosotros tenemos críticas muy duras a los Montoneros y no estuvimos nunca. Estábamos seguros de que tenían infiltrados en la cúpula. Por tratar de combatir al imperialismo terminaron sirviendo al imperialismo.

Diciembre de 1963. Se habían cruzado hacía cosa de quince días, en el Florida Garden.

–Che, tenemos que conversar –le dijo Osvaldo, amistoso.

Américo sabía de qué tenían que conversar. Apreciaba a Osvaldo, pero detestaba su empeño en atraer al MNA, al que veía medio facho, a la buena causa.

–Claro, dale, hablemos. Llamame.

Osvaldo lo llamó nomás, y se encontraron. De acuerdo no se pusieron. Pero la empatía les permitió disentir sin pelearse. Convinieron en verse en tres semanas, cuando vendría un compañero de Córdoba que Osvaldo quería presentarle a Américo. Más facho que vos, es –le dijo medio en joda–. Escuchalo. Están pifiados.

Américo se comprometió a llamarlo.

Unos días después, en el local del MNA, calle French, sus miembros asistían a una cena de despedida de ese año aciago, en el que los gorilas habían conseguido instaurar una farsa democrática; eso, farsa democrática como rezaba el documento fundacional del MNA. Un rejunte de vajilla hurtada a sus madres, asado de tira –la sede contaba con un patio interno y no hubo quejas de los vecinos– y vino tinto. Todos machos. Dardo tardaba en llegar, nadie se preocupó, lo conocían, comenzaron igual. Rial ocupaba su lugar de siempre, en la cabecera, aunque todo era informal.

Dardo llegó media hora después; mientras atacaba la ensalada preguntó:

–¿Saben de qué me enteré?

–...

–Le hacen una cena de homenaje a Cooke, dentro de un rato. Cerca, en el Gran Victoria, el restorán que está detrás del Concejo Deliberante.

Eran las nueve. Silencio.

–¿Qué cuc?

–John William Cooke, boludo, el que se lo quiere llevar a Perón a Cuba. Es un buen tipo –aclaró Dardo.

Otros sí lo conocían, a Cooke.

–Creo que fue diputado, ¿no? Mi viejo me habló muy bien de él una vez.

–Y el mío también –agregó Dardo–, pero está rompiendo las pelotas. Desde que volvió de La Habana. Está loco. ¿Quién se cree que es? Está meloneando peronistas sin experiencia para la causa cubana.

–¿Peronistas sin experiencia? –preguntó retóricamente el Alemán–. ¿Hay? Pfaffendorf pretendía ser el más cínico. Un peronista no se aproximaba a los cubanos por inexperiencia o ingenuidad.

–La causa cubana –recitó Dardo– no es la nuestra, la nuestra es la Tercera Posición. No somos bolches. Como dice el general: no somos marxistas porque somos justicialistas...

Se creó un breve silencio. Américo observó a Dardo, que comía apurado.

–Dardo, ¿en qué estás pensando?

–¿Y si vamos? Les damos un susto a esos pelotudos.

A Dardo le habían guardado su lugar en el medio de las mesas acopladas. Eran más de quince. Sus palabras hicieron estallar una reacción de sorpresa; se miraron unos a otros, excitados. El Alemán, que estaba frente a Dardo, observó los giros a derecha e izquierda de las cabezas, los labios en movimiento. Le vino

a la mente la más célebre de las Últimas Cenas, la más sonora, aquella en la que Jesucristo acaba de decir: sé que alguno de ustedes me traicionará (un profesor de Historia altivo y ligeramente amanerado había infundido en él su amor por el Renacimiento). El murmullo general expresaba ya asentimiento.

–No... ¿están locos? –rebobinó Dardo.

–Tiene que ser una patota, no un escuadrón –agregó Américo, entendiendo y, de hecho, decidiendo–. Con cuatro o cinco está bien.

–Y nada de armas, ¿ok?

–El ok es yanqui, o cubano, Dardo –los dominaba una euforia conocida. Irían Américo, Dardo, el Alemán, el Negro Arroyo, Mario Giménez, Castrofini. En pocos minutos estaban andando. Dardo caminaba despacio, les imponía el paso a los demás. Observó el perfil del Negro.

–Negro, ¿qué tenés en la cintura? Pero...

El Negro se hubiera puesto colorado, de haber podido. Dardo se detuvo.

–Mostrame. –La escena era algo infantil. El Negro sacó de su cintura un chumbo parecido a un trabuco. –Dámelo –le exigió Dardo. El Negro se negó. Dardo cambió unas miradas con Américo–. Está bien, pero entonces dejame ver que no tenga balas. Si tiene te volvés. –La inspección fue satisfactoria. –¿Y para qué traés esto, gil? Escondelo bien, llevalo atrás en la cintura. Lo mejor sería que te volvieras.

El Negro no se dio por enterado y siguieron. Llegaron sin saber bien qué hacer.

–Muchachos, tranquilos, lo puteamos a Cooke, y nos vamos cantando la marcha.

Entraron. Dardo el último. Había unas cuantas mesas comunes, ocupadas por parroquianos. Pero un salón interior cobijaba a unos sesenta comensales. Américo se acomodó a pasos de la entrada, junto al mostrador, próximo al lavacopas, que conocía. Los demás avanzaron, sin que nadie les dispensara la menor atención. Se había formado una pequeña vanguardia de rumbo y destino inciertos: Giménez y Castrofini. Se miraron entre sí, desconcertados. Repararon en algo tan obvio: no conocían la jeta de Cooke. Pero el Negro acudió en su ayuda. Con toda la voz que tengo, como dice la milonga, interpeló a los

reunidos:

–¡¿Quién es cuc?!

Sorpresa y silencio de todos. Susto en algunos. Pasaron cuatro o cinco segundos. Más cuatro que cinco. Hasta que John William, de espaldas a los visitantes, irguió su mole, de alzamiento inverosímil y, ya de pie, giró el cuerpo mientras la silla caía a los pies de Castrofini. Dardo observó que a su lado se levantaba también una mujer alta, espigada, bellísima.

–Yo soy Cooke –les dijo, contenido, el Bebe–. ¿Qué carajo pasa?

Al gordo Cooke le gustaban muchísimo los dulces, y a veces mentía un llamado del general para escabullirse hasta La Ideal y darse un atracón, pero no conocía el miedo, y Dardo percibió ese coraje en sus ojos. Rápido de reflejos, Giménez agarró la silla y quiso asestársela a Cooke en la cabeza. El movimiento fue demasiado corto como para que cobrara fuerza, y el destinatario del sillazo pudo pararlo con los brazos, sin mayores consecuencias, mientras la dama le decía al agresor “pero qué hacés, hijo de puta”.

Ya comenzaba el revuelo general. Dardo atinó a gritar vamos, vamos ya, muchachos, bien fuerte para que Cooke se enterara. Y Cooke entendió; ¡déjenlos ir, compañeros, déjenlos ir! Hicieron caso. A enemigo que huye. Pero a todo esto, desde la retaguardia, Américo resolvió, digamos, cubrirles la retirada. Con fuego de artillería: arrojó tres o cuatro copas, en una acción más imprudente que eficaz. Pero bueno. Se fueron cantando la marcha. Por una vez, quizás la única en toda la historia, hubo sesenta peronistas que escucharon la marcha en silencio. No era un milagro muy encomiable, el logrado por el MNA.

Minutos después, mientras los hostigadores regresaban a su guarnición, Alicia Eguren vio a Cooke a su lado pensativo, taciturno, y le inquirió con los ojos. Con una pizca de amargura, Cooke le contó a Alicia que en 1947, contra la aprobación parlamentaria del Acta de Chapultepec, bajo el liderazgo norteamericano, se movilizó el nacionalismo juvenil de derecha: la Alianza Libertadora Nacionalista –no había jóvenes peronistas que salieran a protestar, por supuesto–. La ALN hizo una protesta callejera, hubo una violenta represión policial y como doscientos presos. Dos diputados fueron a las comisarías a proporcionar alguna protección a los revoltosos: Arturo Frondizi y yo, cerró el Gordo con tristeza: “con el tiempo, terminaron siendo una milicia parapolicial,

una fuerza de choque nuestra”.

–Pero estos muchachos son otros, John, son otros –replicó Alicia–. Tienen otra fibra...

–Tienen, sí, posiblemente tengas razón –respondió melancólico. Siempre estaba melancólico salvo cuando comía dulces, el muy goloso–. Pero... las bombas de abril del 53 en la Plaza de Mayo... Corpus Christi en junio del 55... Tantos jóvenes...

–Bebe...

Cooke advirtió que Eguren quería explicarle cómo habían sido las cosas y se apuró.

–El 16 de junio –casi le gritó a Alicia– los aliancistas quemaban iglesias a nuestro servicio mientras los chicos de la UNES ya estaban con los comandos civiles que preparaban los gorilas.

–Tienen otra fibra, Bebe –se limitó a responder la dama. John asintió, dubitativo–. Sí, otra fibra, pero de la ilusión nacionalista no se van a liberar nunca.

–¿Y vos, Bebe? –irónica–, ¿ya te liberaste de la ilusión nacionalista?

Unos días después del apacible encuentro entre los chicos del MNA y los Cooke, Américo, como habían combinado, lo llamó a Osvaldo. Osvaldo le confirmó que el cordobés estaba en Buenos Aires, y quedaron en el Florida Garden. Se abrazaron.

–Mi amigo viene dentro de media hora –Osvaldo estaba muy risueño–. Che Américo, qué mala puntería tenés tirando copas –soltó entre risas; Américo lo miraba estupefacto–. Nosotros también cantamos la marcha, pero al final. Después que se nos pasó el julepe. ¿No les da vergüenza? Y me decís que no son fachos.

Octubre de 2017. –Sí, en esos años no pesaban tanto las separaciones ideológicas; se discutía todo más prácticamente –rememoró Américo. Antonio

se preguntó si estaba entendiendo bien, pero no abrió la boca. El viejo fundador del MNA continuó su monólogo, incrustado de algún desvarío. Se interrumpió para quejarse de que el café con crema no traía casi café.

–Pero Américo, ustedes sí que le daban bola a lo ideológico, y mucha, no se la pasaban de gresca en gresca. Por ejemplo el documen...

–Bueno, el documento fundacional, lo discutimos, sí. En teoría, todos lo leyeron –respondió restándole importancia.

–Y el periódico...

–Casi todo lo escribía yo; no había muchos que mojaran la pluma en el tintero. Dardo no, casi. A veces el Alemán, usted sabe, Pfaffendorf. Mire, en esa época nos salíamos de la vaina por pasar a la acción. Pero era algo... festivo, ¿cómo le diré?

–Nos habían dicho que tenía mucho de sacro.

–¿Sacro? Sí, como una concelebración –evocó–. Pero eso cambió pronto, en dos años ya era todo distinto.

–¿Y cómo se dio cuenta, Américo?

–No se lo podría precisar. Pero recuerdo un día de fines de 1965, creo, en que Dardo llegó a casa y me transmitió un sarcasmo que había dicho su padre, lamentando las divisiones que acechaban al movimiento: En este momento, para un peronista no hay nada mejor que matar a otro peronista. Demoramos en darnos cuenta, nosotros, pero esa cuestión de las divisiones era nueva. Estrictamente, el movimiento nunca había estado dividido, ni mientras había sido gobierno ni en los inmediatos años posteriores a 1955.

* * *

El que quedó muy impresionado con eso de aniquilar al enemigo fue don Ignacio, pensando que la joven alma de Dardo gustaba de los excesos. Dardo

procuró tranquilizarlo con una sonrisa casi beatífica, y estaba por conseguirlo cuando Antonio volvió a abrir fuego.

–Ustedes... en Nueva Argentina, ese auténtico pasquín de barricada –dijo–, tomo por caso el de octubre 1963, año 3, nº 2. En esencia, niegan la existencia del “giro a la izquierda” y de la “actualización doctrinaria”. Se referencian en Perón: el peronismo está donde siempre sin apartarse de su doctrina clásica... Y denuncian los esfuerzos marxistas por llevar al peronismo a posiciones de izquierda ajenas a su naturaleza. Pero básicamente –prosiguió Antonio– han devenido vigilantes de la esencia, guardianes de la pureza que ven en constante peligro, por acechanzas de adentro y de afuera. En resumidas cuentas el MNA era eso, un grupete paranoico.

–El MNA no hizo otra cosa del principio al fin, y yo me harté –Dardo fingió estar molesto con Antonio–. Ese papel de guardián de la ortodoxia era aburrido, inútil, contraproducente. ¿A quiénes íbamos a convencer con eso? Me pudrí. Tenía razón Cooke, el peronismo era gigantesco y estaba invertido. ¿Los guardianes de la ortodoxia lo íbamos a vertebrar? Pero era al cohete. Me amargaban esas discusiones, sobre todo con el Alemán, mi amigo del alma.

–El MNA se atribuía el cuidado de las esencias; decían que la doctrina no podía ser actualizada, que ninguna doctrina podía actualizarse. Que el comunismo y los infiltrados... etc. Pero, esto ya es un embrión de la reacción iracunda contra la zurda desde 1968... Pero ustedes, por suerte, fueron un actor insignificante en eso.

–Sabés que no todos, Negra –dijo Dardo pensando en Giovenco.

–No todos, pero como MNA no pasaron del palabrerío. ¿Te acordás de esto? –la Negra extrajo otro ejemplar del pasquín; leyó, como si fuera un telegrama, fragmentos subrayados–. Nueva Argentina, septiembre de 1965: “el régimen ha intentado debilitar y destruir... persecución violenta... sistemática proscripción... luego integración con Frigerio... desdibujarnos doctrinariamente... se estrellaron contra la muralla que ofrecía el Movimiento fanáticamente... han afinado la puntería, han descubierto un arma más peligrosa: la división... voto en blanco de la ‘izquierda peronista’, idiotas útiles... intentando atomización consecuencia de indisciplina... aprovecha de los chantas y traidores... ocuparemos el puesto de lucha más sacrificado, alertas contra los traidores y desviacionistas... su falta es más grave por haber conocido la Verdad

y renegar de ella”. Está clarito Dardo, necesitan que el enemigo sea, no cada vez más débil, sino cada vez más fuerte, peligroso, e insidioso. La división encarnada diabólicamente por la izquierda peronista. Y conjuraron nomás la presencia de los demonios. Porque la “izquierda peronista” se fue haciendo cada vez más fuerte, y vos fuiste un rara avis en ella. Pero el MNA en esos años ya estaba en eso con todo. Un delirio de persecución que raramente pasaba de las palabras.

—No es poco. Yo me aparté rápido de ese camino, es verdad que quise romperle la cara a Cooke, pero en seguida caí en que él era un angelito y yo un idiota. Mi obsesión por los enemigos internos no venía por ese lado, volvemos a ese maldito editorial sobre Evita y el control. Mi obsesión venía por el lado de la burocracia y la partidocracia. Acordate de lo que decía Perón en 1962: “los peronistas sin Perón especularon con acuerdos con el enemigo... pero nuestro pueblo está demasiado politizado”. Lo dejaba en paz a Cooke, no le daba bola. Pero hay un punto, yo no soy una rara avis. Soy uno más de una corriente relativamente pequeña y extremadamente activa, el eslabón que conectó el peronismo plebeyo de la década de gobierno, con la marea contestataria que culminaría en 1973. Éramos un montón, dispersos, a veces hasta enfrentados. De distintas generaciones, inorgánicos, mezclados.

—Sí —recondujo Antonio—. Pero lo que les quitaba el sueño a los muchachos del MNA era el tropel de los arrepentidos... “donde cabalgan juntos bien y malintencionados... adolescentes que agitaban las banderitas de la Revolución Libertadora... mascarada de laicos y libres... idiotas útiles de siempre... paternalmente ahora nos explican lo que debimos haber hecho... han comenzado a moverse dentro del peronismo sin comprenderlo y sin sentirlo”. Todo esto se puede entender, Dardo —intercaló el politólogo—, “hoy muchos descubren al Movimiento Nacional pero no comprenden su esencia”. Se puede entender pero es lastimoso, no se apartan un milímetro de la custodia de las esencias: “A los infiltrados y disociadores, les advertimos”. Estaban a la defensiva y no salían de esa: “Las universidades no solamente soportan la infiltración roja... son instrumentos de esa ideología... la Doctrina Justicialista ha servido de valla de contención contra las doctrinas foráneas... impidiendo que los trabajadores enarboles las banderas del odio y la lucha de clases”. Es el papel paternalista que se atribuía el primer Perón, pero mucho más descaradamente, Dardo. Y siguen: “después de 1955 comenzó todo esto... hasta 1955 a la universidad se iba a estudiar”. Hasta 1955 —siguió Antonio— reinaba el orden; un orden casi monacal. ¿Cómo ganarse a los sectores medios que el regreso de Perón necesitaba, por lo

menos a los grupos más revoltosos de esos sectores, añorando la universidad previa a 1955?

–Me fui alejando de todo eso. No era mi mundo.

–Sí, pero te quedó algo, muy fuerte. Mirá lo que dice el pasquín: “Así se gestó la traición. Única vía contra Rosas y Perón: la traición interna. Carcomer internamente al peronismo hasta paralizarlo. Seccionamiento y corrupción”.

–De eso no te quepa duda –dijo Dardo, con la calma de quien sabe lo que dice–. Me quedó de un modo parecido al de Jauretche. Una melodía... un fuerte aire de familia. Pero el MNA eximía de responsabilidad al líder, al caudillo. Jauretche no. Y yo fui aproximándome a Jauretche. Había que leerlo entre líneas, yo me acordaba de Ulises, el amigo de mi viejo, que decía lo que mi viejo no podía ni decirse a sí mismo. Son cosas diferentes, la obsesión por la infiltración y la saña contra los traidores no vienen juntas. Si hay infiltrados, estos no tienen pasta para la traición; los traidores nacen dentro del propio movimiento, cae por su propio peso. La infiltración nunca me desveló.

–Creo que había otra cosa, diré en tu defensa, si me permitís ser franco.

–No me hagas reír...

–Mirá lo que escribían tus amigos, pensando en el dictador Onganía... para entonces ya te estabas peleando mucho con ellos: “Masones y marxistas azuzaron el estéril y ficticio choque con la Iglesia... hasta la quema de los templos... Hoy pueblo, Iglesia y fuerzas armadas vuelven a encontrarse en la encrucijada del camino de la historia”.

–Pueblo, Iglesia y fuerzas armadas se desencontraron permanentemente durante la década y luego no se encontraron más. Esa nota es una expresión de deseos, muy naive, el choque no tenía nada de ficticio. Vamos a Evita, entonces...

–Vamos... –acomete la Negra– en el pasquín se fustiga acremente a Viñas, uno de esos tantos inventores de entonces de nuevas formas de ver al peronismo. Lo sacuden por pretender la contraposición de una Evita revolucionaria y un Perón burgués. Eso es abyecto, dicen. Perón y Evita “no podrían estar más identificados”. Agregan que “su catolicismo práctico dignificó el hogar de los humildes... Dios no permitió que viviera la traición de los obsecuentes”.

–Me parece interesante –acota Antonio– lo del “catolicismo práctico” de Evita. No sé de dónde lo sacaron. Debe ser un catolicismo orgánico, hecho carne en la vida social, fundidas la sociedad y la Iglesia. ¿Qué pensabas vos?

Dardo ignoró olímpicamente este último comentario.

–Lo de Viñas –dijo– no es abyecto, es imbécil. No solo es endeble como análisis. Evita revolucionaria y Perón burgués... eso es ridículo. Lo que había era un peronismo plebeyo indigerible para la Iglesia y los militares y, mientras Perón confiaba en el equilibrio de las fuerzas que componían su régimen, o confiaba en tener poder político suficiente para mantenerlo, a ese equilibrio, Evita no. Y como no confiaba, trataba de romperlo, al equilibrio digo, antes de que sus enemigos lo rompieran a su favor. Pero Viñas pega una, no vayan a creer. Dice que el peronismo, “si niega al demoliberalismo es porque lo reemplaza por el nuevo Estado representativo”. No le falta razón. El Estado peronista no es representativo en sentido liberal-democrático. No es, aunque nunca abjuró de la cartilla constitucional, un sistema de gobierno representativo, republicano y federal. Pero no es el Estado nacional, reinando por encima de los actores sociales, con el que había soñado Perón, que la creía fácil. ¿Se imaginaba acaso Perón que en 1945 iba a ir a parar a Martín García? ¿Qué los obreros le iban a sacar las castañas del fuego? Juan Carlos Torre piensa esto: Perón anhelaba un Estado nacional, resultó en cambio un Estado representativo –continuó Dardo sin dar oídos–. Por eso mis cumpas del MNA se equivocan al decir que Perón y Evita no podrían estar más identificados. El nuevo Estado representativo, lo que ve Viñas, estuvo permanentemente expuesto a las convulsiones plebeyas y a las reacciones conservadoras. Claro que el libreto de Perón era el de la nación católica, las fuerzas armadas, las huestes sacerdotales y el pueblo en comunión; ni el régimen peronista ni la política viva del peronismo desde 1946 fueron eso.

Dardo hizo silencio unos segundos, organizando sus ideas. Prosiguió.

–“Durante nuestro gobierno el problema rojo no existía porque había equilibrio entre el capital y el trabajo”; recuerdo casi textualmente esta frase, la discutimos mucho, aunque yo ya no pertenecía al MNA, daba igual, ¿cuál era la diferencia entre pertenecer y no pertenecer? Bueno, la discutimos, yo no sé si el “problema rojo” existía o no, pero la frase es desatinada, no había equilibrio como deseaba Perón. Fue un permanente desequilibrio. Algo inestable, los trabajadores teníamos la cancha inclinada a nuestro favor, aunque los laburantes seguían siendo laburantes y los patrones, patrones. Evita cumplía un papel en todo eso.

Después de julio de 1952 las cosas cambiaron, pero no tanto, no era tan fácil que cambiaran. En clave Galasso, un poco rebuscada, desapareció el pontífice... ¿es eso lo que explica la turbulencia sindical de los últimos años? No estoy seguro, ya veremos. Esta es una discusión larga que hay que retomar, habida cuenta de que mi tiempo disponible es infinito y que ustedes aquí no envejecen, como Jaromir Hladik... no se asusten, a la salida no los fusilan, esta novela es menos implacable que el cuento de Borges. Pero antes, quiero volver a la ceguera del MNA. Su paranoia lo inhabilitaba para captar algo que yo fui comprendiendo de a poco: el peronismo tenía que conquistar a los jóvenes, no importa a qué sectores sociales pertenecieran, ni la raíz política de sus familias. Eso después de Malvinas ya lo tenía clarísimo. Me ayudó lo que aprendí en el San José: vamos, las exhortaciones apostólicas a la propagación de la fe católica en el mundo. Chicos no se rían.

Los chicos no se habían reído y no parecía probable que lo hicieran.

–Dardo, no nos tomes por tontos –dijo la Negra, algo mosqueada.

–Tenés razón. No se habían disipado del todo esas enseñanzas de los padres bayonenses; la letra era otra, la melodía era la misma. El ejemplo de Cristo, los misioneros intentando siempre acrecentar el número de los hijos de Dios. Porque también se rescataron con el precio de la misma sangre divina los paganos más perdidos. No despreciarlos ni cansarse de ellos. Les cito de memoria: antes bien, ingeniarse con cuantos medios la mansedumbre cristiana pone a su alcance, para irlos atrayendo suavemente hacia el regazo de Jesús, su Buen Pastor.

–Dardo –dijo Antonio impaciente– ¡vos cagaste a tiros a Frondizi!

–¿Y de ahí? No estoy pensando en enemigos o aliados circunstanciales. Tres o cuatro años después de haber cagado a tiros a Frondizi tropezaba cada vez más seguido con hijos de familias gorilas que no lo eran, más perdidos que turco en la neblina. No les sorprenderá, creo, saber quiénes me ayudaron: María Cristina, el Bebe Cooke y, sobre todo, Arturo Jauretche. María Cristina por el amor en primer lugar, por los berretines demoliberales, jaja, que la acercaron con suficiencia, con seguridad a prueba de balas a los grupos juveniles dizque de derecha, por su mutación vertiginosa. Lo de Cooke y Jauretche, de plumas tan diferentes entre sí... sobresale un rasgo común. ¿Para quién escribían? Con Cooke uno se podía confundir, declaraba dirigirse a los peronistas. “Informe a las bases”, no jodamos. ¿A quiénes les explicaba Cooke que “los militares

quieren un país que produzca en medio del aburrimiento, la sequedad de espíritu, la estolidez conservadora, sin pueblo, sin peronismo, sin rebeldía, sin parejas candentes en las plazas”? ¿A los peronistas? Estaban expuestos a riesgos mucho más apremiantes. Ya con Jauretche no había confusión posible, todo lo suyo era polémico, era un polemista explícito, formidable. Y ya saben, en la controversia política, los destinatarios principales de cada participante no son sus contradictores sino los terceros. Pierde el que se olvida de esto. No digo que a los militantes peronistas no les viniera bien leer a Jauretche, para “profundizar”, se decía entonces, su formación. Yo profundicé bastante. Pero los lectores que más provecho extraían de las polémicas de Jauretche eran los que estaban extraviados, los que habían roto amarras con el marco mental y político familiar, o universitario, y sufrían su búsqueda ansiosos, desesperados. Y encontraban pistas en Jauretche y cada vez más en argumentos, nociones, ideas que entraban en circulación desprendidas de don Arturo, de Galasso, Hernández Arregui, Scalabrini Ortiz y otros. No los estoy equiparando. Pero...

—¿Y los sacerdotes del Tercer Mundo? —interrumpió Antonio.

—No, creo que no; en el sentido de una sensibilidad política a la necesidad y a la factibilidad de que el peronismo conquistara un enorme campo social, especialmente juvenil, en mí influyeron poco y nada.

Mayo de 1964. Mañana fría y gris la de ese Primero de Mayo. El invierno se adelantaba. Habían quedado en concentrarse bajo la eterna mampara de la terminal de Primera Junta. Cuando Dardo llegó, ya había algunos tempraneros, que lo saludaron sonrientes.

—¿Qué dice, jefe? —medio en joda, lo trataban de usted dos por tres. Cuando Dardo concitó al pequeño grupo fundador del Movimiento Nueva Argentina, importó el usteo desde Tacuara, pero en general no le daban bola. Dardo insistió, aunque sin gran convicción. Fue gracioso: él acabó tuteándolos y los chicos empezaron a ustarlo; medio en serio. A Américo, el otro jefe, considerado el cráneo del grupo, no le hacía mucha gracia el juego.

—¡Qué tornillo! Usté es flaquito, debe estar cagado de frío. —Los chicos se restregaban las manos y movían las piernas en su lugar. Dardo los saludó, risueño y cálido. No sentía frío, protegido por una campera de cuero negro, de

buena calidad, que le había prestado su padre.

–Parece que los zurdos vienen, nomás, qué caraduras.

–¿Cómo sabés? –inquirió Dardo, mientras iban llegando.

–Por mi tío, el que trabaja en Crónica. Me leyó una declaración. Una mierda.

–Bueno... trajeron... –preguntó, con la mirada, a los pichones de pesados. Ellos asintieron—. Pero ya saben, solamente para defensa.

–Claro, jefe.

Dardo los contó; no faltaba ninguno: veinticinco. Ladeó la cabeza indicando que ya era hora, y bajaron en tropel. Junto a los molinetes había dos guardias. No daba para colarse. Compraron los cospeles, a uno hubo que pagárselo. Se encontrarían directamente en destino con el contingente pituco que, al mando de Américo, había sido convocado en Barrio Norte.

Entraron todos en el mismo vagón, el primero de la formación, nadie se sentó; se apiñaron en la parte delantera. Los más suertudos veían por la ventanilla del frente, al lado de la cabina del motorman, cómo el tren se internaba por el túnel, ganaba las estaciones, las dejaba atrás, viboreaba iluminando fantasmagóricamente las paredes negras rayadas por los cables. Algunos veían todo por primera vez. Era fascinante.

Los que no podían observar bien comenzaron la jarana sin demora.

¡Pican, pican los mosquitos,

–soltó uno, acompañado pronto por varios–

pican con gran disimulo

unos pican en la cara

y otros pican en el... Cuuuu... banito sí señores...

Dardo los observó, divertido y contrariado; habían combinado no cantar consignas a bordo, y los chicos cumplían, sin poder con su genio. Cerraron entre

carcajadas:

Tentación es lo que sobra

a una chica desprolija

que en las manifestaciones

le gusta tocar la...

Cubanito sí señores...

El jefe se preguntó de dónde diablos habían sacado esa estrofa tan chula, que le era desconocida.

—Muchachos —los reconvino gentilmente—, hay damas en el vagón. Y somos el Nueva Argentina.

En efecto, algunas mujeres, sentadas, algunas acompañadas, y que no tenían el mismo destino que ellos, observaban a los revoltosos con sonrisas de escándalo.

Ya se aproximaban a Once, las curvas y bifurcaciones, los talleres en la penumbra mantenían absorto a un puñadito. El resto, jocundo, aceptó la reprimenda del jefe y se llamó a silencio. Los pibes miraron a las mujeres como pidiendo disculpas.

Dardo estaba contento. Veinticinco no eran pocos y los amigos del sindicato iban a comprobar que podían confiar en él. Y ayudarlo. El trayecto se cortaba en Perú. Después había que ir caminando. Subieron rápidamente y algunos alcanzaron a ver, pobladísima, la London. Pero pasaron de largo. “¡Patria sí, colonia no!”, comenzaron a vocear. Y bueno. No habían hecho ni cien metros cuando se toparon con ellos. Un grupo más pequeño, perteneciente, según el cartel, a una organización ignota, el Malena. A todas luces unos zurdos. Tangueros. Que los miraron con sorpresa y algún temor. Dardo improvisó sobre la marcha:

—¡Adelante, compañeros! —dijo. La idea era buena, sí, ignorarlos.

Pero la vereda era angosta y las huestes en pleno del Movimiento Nueva Argentina de hecho arrollaron al grupo del Malena. Heridos en su amor propio,

los zurditos respondieron a empujones. Dardo ya no tenía el control; lo fácil que era perderlo. Los pesados del MNA hicieron lo que venían anhelando hacer. Sacaron de entre sus ropas unos palos cortos con gilletes engarzadas, y atacaron sin piedad a los del Malena. Por fortuna buscaron infligir cortes evitando la cara. Asombrados y lastimados, los zurditos pusieron pies en polvorosa. No fueron perseguidos (días después, Dardo se enteraría de que alguno, cuyas heridas podían revestir seriedad, había sido llevado al Argerich).

El bautismo de fuego del MNA no había sido precisamente immaculado y sería mejor que los del sindicato no se enteraran del incidente. Dardo pensó en todo con mucha incomodidad, pero procuró desentenderse del asunto, en lo posible. Se daba cuenta de que de esos hastiales mal podría esperar disciplina y, además, los zurdos se lo tenían merecido. ¿Qué tenían que hacer aquí? Seguramente sus viejos, si no ellos mismos, años atrás habían sido Comandos Civiles, ¿y ahora venían a mezclarse con los trabajadores? La Fusiladora y los cipayos no tenían lugar en la Plaza de Mayo, la Plaza de Perón; consiguió a duras penas apagar los rescoldos de su mala conciencia.

* * *

–Recuerdos de tu padre. ¿Tenés recuerdos de tu padre, Dardo? –disparó la Negra a quemarropa.

Dardo resolvió desconcertarse.

–Pero... por supuesto. ¿Cómo no voy a tener recuerdos suyos? De nadie tengo tantos recuerdos como de Armando Cabo –el empleo del nombre completo, deliberado, tenía para sus interlocutores, en boca de Dardo, una sonoridad extraña y sugerente–. Bah –dudó. Sus visitantes no consideraron necesario pedirle aclaración.

–Mi viejo era... bueno, lo poco que se sabe de él es bastante cierto. Era un recio, un duro, pensándolo ahora no estaba a gusto en su época. Pero tenía sentido del humor. El famoso toque humano –ironizó– de los hombres de acero. Pucha –se corrigió–, eso suena muy realismo socialista, nada que ver. Vivimos con los

papeles trocados. Él era un hispanico rebelde al que le tocó vivir dentro de una revolución. Yo era un porteño revolucionario y me tocó, no importa lo que creyera que estaba haciendo, vivir años de rebeldía hasta el final. Los dos nos arreglamos como pudimos. Pero si yo soy el protagonista de este libro, y no mi padre, que tal vez lo merezca más, entonces debo dejar sentado que yo no soy un rebelde. A veces me gustaría haber sido un rebelde... un rebelde que pudiera vomitar, como Céline, con todo el desprecio del mundo, sobre la docilidad con que los pobres, los desheredados, que por algo se les dice humildes, se entregan, mansamente, para dejarse fagocitar, casi agradecidos, por la máquina implacable del capitalismo democrático y sus burocracias, un rebelde que pudiera escupirles a la cara su sumisión impúdica. Pero no, no soy un rebelde, soy un revolucionario y ya saben cuáles son las opciones de un revolucionario. O dejarse devorar por la revolución, como nosotros, aunque el tiro del final nos lo haya dado la contrarrevolución, ese monstruo que carece de toda capacidad de imaginar o, digo, construir un régimen, hacer crujir a las masas en un orden justo. A mí la revolución me devoró, yo no tuve elección. No sé qué hubiera pasado conmigo si... supongo que no me habría sentido cómodo... las masas cuando crujen hacen un ruido horripilante. Pero para un rebelde eso es insoportable. Como decía Saint Just, adhesión total a la república, eso es un patriota; crítica a los detalles de la república, eso es un traidor; un rebelde no es más que un traidor. Debo agregar que el general, cuando no le quedó otro remedio, intentó hacer crujir a las masas... ¿Qué otra cosa era la productividad sobre ellas y apenas sobre ellas descargada porque no había otros medios disponibles para incrementarla? Solo que no lo consiguió. Un régimen justicialista carecía de la eficacia inexorable de Stalin. Era humano.

–Dardo, creí que eras peronista, y plebeyo.

–¿Era? Soy más peronista y plebeyo que nunca. Vamos, el peronismo era las dos cosas, rebeldía y revolución. El régimen hacía de vez en cuando crujir a las masas. Vamos. Mirá el ajuste desde 1948, mirá Evita yendo de cuerpo gentil a amenazar al sindicalismo de planta. Pero de vez en cuando también las masas hacían crujir al régimen. Mirá el diálogo en carne viva del Cabildo Abierto de 1951. Mirá el paso en falso del Congreso de la Productividad.

–Ese régimen no podía tener ninguna estabilidad.

–Esa no es una discusión que a mí me interese, Antonio. Te lo digo muy en serio. La desestabilización histórica –Dardo enfatizó la palabra– proviene de la

confrontación entre el régimen y sus enemigos, agravada decisivamente por el patente achanchamiento de la capa más privilegiada del propio régimen. Lo demás es contrafáctico, no me interesa. La hipótesis de que las fuerzas destructivas se incuban en el interior del régimen, que este estalla desde adentro, en un proceso inexorable, me parece artificial. Completamente indemostrable. Y si nada se puede demostrar, ahí entran las convicciones.

–Dardo, no siempre te desinteresás por los contrafácticos –dijo la Negra.

Dardo la observó impassible. Luego musitó:

–Pelearse con la Iglesia no era necesario. Era imprescindible. No obstante, no había ningún problema con abrir mano del patronato. ¿No se tomó demasiado a la tremenda lo del Partido Demócrata Cristiano? No sé. Cierto que Perón no tenía la menor confianza en el clero, y valoraba los instrumentos de control institucional. Pero... de modo informal... El clero es dócil... a veces por comprensibles razones crematísticas. Y eso –agregó ahora de golpe casi gritando– ¿qué tuvo que ver con las masas? No desapruedo haber llevado la doctrina a las escuelas, y menos aún haber intentado poner un punto final a la educación religiosa; pero ciertamente no hubo una base social popular en ese conflicto. ¿Qué tuvieron que ver las masas?

La pregunta, reiterada con nerviosismo, era difícil de contestar y quedó resonando.

–¿Cuál es el primer recuerdo de tu padre que te viene a la mente? –la Negra imprimió un giro a la conversación.

–Las noches que estaba en casa –replicó Dardo velozmente–. Por suerte, no se trata de ningún recuerdo político. Yo era remolón para irme a dormir, y él insistía. Una vez que conseguía arrearirme a la cama, cuando ya estaba entre las sábanas, exclamaba: “¡a dormir, a dormir apurado que la noche es corta y la mañana llega con su tropel de quehaceres!”. Yo me mataba de risa, eso de dormir apurado me daba mucha risa. Papá, ¿qué es un tropel?, le preguntaba. Una vez le exigí “dale, explicame bien”. Lo ponía en aprietos. Pero zafaba, como dicen ahora. Tropel es un montón... por ejemplo, un tropel de caballos. Un día yo me desternillaba con eso de dormir apurado, era casi un rito, siempre me lo decía, me dijo ah, pero hay una que es más brava, dormir parado, ¿vos podrías dormir parado, Lito? Yo me quedé mudo, no sabía si tomármelo en serio o reírme. Y ahí

me zampó: “Como estoy algo apartao por razón de manyamiento, ando de raje y sin vento y apoliyo de parao. No lo digo de balurdo pero tengo mi patente, soy junao en el ambiente por El Nene o El Pesao”. A veces, viajando en un colectivo lleno, parado y con sueño, me acordaba de ese tango. A mi viejo le gustaba mucho el tango, sobre todo bailarlo.

Antonio y la Negra escuchaban algo embelesados, en silencio; un silencio de dentro hacia fuera, de quien se ha rendido a la escucha y nada quiere decir. Dardo parecía sumido en los recuerdos de cuya provocación podía culpar a estos zumbones visitantes. Hasta que la Negra tomó la palabra.

—No sé si la veo así, esa del revolucionario y el rebelde. No era Juan Pérez, el que nunca eligió pero su alma era mansa, la del hombre mediocre, del que la vida puede prescindir. En Dardo —la Negra hablaba, extrañamente, en tercera persona, pero no miraba a Antonio tampoco— su mundo estaba constituido, como que hay árboles, sale el sol, o los automóviles tienen cuatro ruedas. La vida es así, con política, militancia, Evita, violencia, y mujeres, la pinta, las armas, los libros. Como Pérez, no eligió. Hubo una pequeña excepción, el periodismo; pequeña porque en su vida el periodismo estuvo demasiado sujeto a su trayectoria política. En suma, básicamente no eligió. Pero a diferencia de Pérez —enfaticó, iba al punto—, era inquieta, su alma. Su alma inquieta era como un volcán en el fondo del mar y él sufrió mucho por eso. Perón y los Montoneros eran el orden: la revolución. Y él, cuya alma era la de un rebelde, tuvo que reducirse a un revolucionario. Todo un bonsái. Un alma rebelde en una carcasa revolucionaria. ¿Sublimó? Con el evitismo plebeyo y radical. Y sí, un poco.

Julio de 1964. El diputado Fernando Piragine Niveyro, de la Unión Cívica Radical Intransigente y ex gobernador de Corrientes, se estaba meando encima, ir al baño era imperativo, pero la discusión no lo soltaba. Desde hacía ya dos años la disputa giraba en torno a un fracaso; pero ¿había sido un fracaso? Algunos creían que no. Don Arturo llegaría algo más tarde; le gustaba hacerse esperar. Lo suyo había sido un audaz golpe de mano, en una carrera contra el tiempo —se dijo ya delante del mingitorio—, con la esperanza de que los cambios pudieran ser considerados hechos consumados, irreversibles, se les viera el lado bueno y se alteraran las preferencias de todos —mientras orinaba, comprobaba que la discusión le volvía recurrentemente, pero qué, ¿si no se le había ido nunca!—. ¿Se alteraron las preferencias? Un carajo. Los peronistas... los

militares... la Iglesia, desagradecida... Ahora estos tarambanas dicen que a Frondizi le faltó pedagogía política... suena lindo. Pedagogía política. Pero te quiero ver. ¿Qué pedagogía política se puede hacer si te persiguen, indefenso, perros rabiosos? Tienen collares distintos, pelajes diferentes, algunos son mastines, otros parecen inofensivos, todos te corren, todos rabiosos, mientras se dan tarascones entre sí, para acabar con vos a dentelladas. Con Frondizi, el gran traidor. De todos. Es verdad, se dijo, mientras regresaba a la mesa y a la conversación que, inútilmente, lo sacaría de su monólogo. Es verdad, don Arturo pudo mantener la calma en la borrasca mientras todos lo acusaban, ¿eres tú el turbador! Pero eso es lindo para conmoverse con Kypling, el fracaso fue estruendoso, no hay más que compararlo con las ilusiones previas, cualquier otra forma de verlo sería tonta. ¡El autoabastecimiento! Jaja. Y los peronistas – ya llegaba a la mesa para comprobar que la discusión estaba en un punto parecido–. Alguien preguntó: ¿y los peronistas? ¿Se podía haber hecho algo más por ellos? Claro que sí, replicó algún otro, se podía y se debía. Pero, ¿qué es lo que no cumplió, don Arturo? Vamos. Los peronistas sobreactuaron, porque si no lo hacían se quedaban sin política. Denunciar el pacto y acusar a Frondizi estaba más que cantado. Perón precisaba que don Arturo fracasara. ¿Qué habría hecho él, desde la presidencia, con el Lisandro de la Torre? A ver. Dejarlo como estaba, no. Pero el Ejecutivo estuvo demasiado inflexible, todo podría haber sido más gradual. Y del Conintes, ni hablar. Sí, ni hablar, pero ¿el ejército era o no era una espada de Damocles sobre la cabeza del presidente? Preguntó un cordobés que él mal conocía. Él recordó que Frondizi le había dicho: “Si yo me negaba a reprimir, los gorilas me echaban y después fusilaban a los peronistas. Yo les salvé la vida”. No le faltaba alguna razón, una inútil razón. El represor fue Frondizi, para los peronistas, arguyó uno de los más escépticos, Frondizi se convirtió rápidamente en traición, economía antinacional y Conintes, todas estas son imputaciones infames, pero hicimos poco para evitarlas. Y finalmente –él se salió de la conversación, regresó al espiral de su monólogo– anuló las elecciones en la provincia de Buenos Aires, no lo dejó asumir a Andrés Framini, que había ganado limpiamente. ¿Pero qué querían que hiciera? ¿Qué les dijera a los milicos, caballeros uniformados, recuerden que con Frigerio hemos firmado un pacto con los señores Cooke y Perón, y lo debemos cumplir? Se preguntó y se respondió a sí mismo. Ser depuesto como un hombre de principios. Un bullicio proveniente de la puerta lo puso sobre aviso: el presidente ex presidente llegaba. Menos mal, si seguía así iba a terminar la noche deprimido, como tantas. Frondizi no era simpático, pero sí correcto, no dejaba a nadie por saludar. Habían trabajado juntos, él conservaba buenos recuerdos de esa época, incluso de aquellos breves días de

verano que pasaron con sus respectivas consortes en Ostende, en La Elenita, no pararon de trabajar, él y el futuro presidente. Ahora, el presidente depuesto, muy lejos de pensar en un retiro político, contaba con él. No creyó conveniente moverse de su lugar, esperó, por supuesto de pie, a que don Arturo lo saludara en su rauda recorrida por la gran U de las mesas y se sentara donde le estaba reservado. La llegada de Frondizi apagó los fuegos de los altercados más sonoros, pero algunas de las discusiones continuaron en sordina. A él su monólogo interior, persistente como una melodía que se nos queda pegada, le había dado un momento de tregua. Encaraba un convencional jamón con melón, cuando la puerta de la gran sala fue traspuesta de sopetón por un grupo de desconocidos. La irrupción de cuatro o cinco muchachos fue acompañada por vivas al general Perón y hasta ahí no fue nada. Pero alcanzó a ver con el mismo pánico que se adueñaba de todos los comensales cómo dos de ellos sacaban armas cortas y disparaban repetidamente hacia arriba. En el acto, sintió un tremendo dolor en el hombro derecho. Comprendió que había sido herido por un proyectil rebotado en la viga maestra del techo, y al cabo de unos segundos perdió el sentido.

Dardo se enteró al otro día, por el diario, de la muerte del diputado y ex gobernador. Este, recuperado de la herida, hombro y torso vendados, se había obstinado en concurrir a la Cámara y sentarse en su banca para tomar parte de la interpelación correspondiente –la UCRI estaba cargando, con un oportunismo ejemplar, la responsabilidad sobre el gobierno radical–. Hablaba la víctima cuando, bajo una fuerte presión emocional, sufrió un colapso y ya no se repuso. Murió en su butaca. Se le heló la sangre, a Dardo. No podía ser esa mala suerte. Macabro, recordó el comentario que gustaba hacer uno de los más colifatos de sus ex camaradas de Tacuara: seguro era un hijo de puta. Si dejás caer una maceta desde un quinto piso en la calle Florida, a cualquiera que matás, mataste un hijo de puta. Como tantas veces, su propio sentido del humor no le hizo la menor gracia. Y no era momento para pensar sino para huir. Había sido sin intención, eso seguro: el muerto no había tenido la menor intención de morir. Otra vez. ¿Odiaba tanto como para poder ser sarcástico y celebrar esa muerte? La muerte de un gorila miserable. De un insignificante traidor. Pero su odio no le alcanzaba. No podía celebrarla. Sin embargo, lo que sí podía era pensar, ufa. ¿Bronca y odio son la misma cosa? La pregunta lo condujo derecho a un pequeño campo de recuerdos, unas frases sueltas de una prolongada plática con un amigo de su padre, que ambos estaban esperando, aunque por motivos distintos, en el cuchitril absurdo que oficiaba de oficina de Armando. Tenemos mucho odio, Dardo –le había dicho, triste–. Pero sabemos a quiénes odiamos y

por qué. Yo los empecé a odiar el día de los bombardeos, el día en que mataron a tu vieja. Antes no. Antes los despreciaba. Me gustaba mucho calificarlos de vendepatrias, cipayos. Pero decirles, ¿me entendés? Yo hablaba con ellos, y ellos conmigo, yo les escupía todo mi desprecio, ellos me consideraban un animal, un analfabestia, un borrego del aluvi3n zool3gico peronista. Todo en orden. Nosotros est3bamos orgullosos de la Argentina de Per3n y su desprecio nos daba bronca. Pero no odio. El odio empez3 ah3, y aun as3 todo lo que vino despu3s era inimaginable; ¿te acord3s de Lonardi? A la luz de todo lo que pas3, ese infeliz parece una broma macabra. Ni vencedores ni vencidos. Eso s3 que es tener sentido del humor. Pero todo esto vos lo sab3s, Lito, no es esto lo que te quiero decir, antes de que llegue tu viejo, tu viejo no es fanfa pero es muy celoso. Te quiero decir que tengas cuidado. Odiamos, no nos queda otra. Pero sabemos a qui3nes y por qu3. No te olvides nunca de eso. Vivir odiando es duro, pero se puede sobrellevar. Si uno sabe a quienes odia y por qu3 los odia. Pero si uno se olvida, entonces le queda solo el odio, y uno pasa a ser el esclavo de su odio. Est3 perdido. Uno se queda solo con su odio, ¿me entend3s? Y s3, Lito lo entend3a, pero ¿no era algo ingenuo el amigo de su padre? ¿Acaso era posible olvidar? S3, la forma de olvidar al objeto de nuestro odio y seguir odiando era desembocar en una pangea del odio, donde odiamos la vida, la mera existencia. De eso hay que huir, es lo peor, un infierno, como en el libro que le hab3a comentado el Alem3n, ese franc3s que fue voluntario en la guerra del 14 contrajo el paludismo en 3frica y se recib3 de m3dico; odiaba la vida misma. Pero si uno odia sin olvidar, entonces el objeto de su odio mantiene sus perfiles n3tidos, se alargan sus sombras, su voz se torna m3s siniestramente envolvente, se adueña de uno. Hasta que, se dijo, surge la convicci3n de que liberarnos de ese insoportable ser que se ha hecho dueño de nosotros depende de la reparaci3n, del desagravio. Pero, ¿en qu3 consiste esa reparaci3n? La pregunta no era nueva y 3l sab3a a d3nde lo llevaba: a distinguir cosas simples, venganza de justicia. La venganza es personal, se dec3a. La calidad 3tica de la venganza puede variar mucho, pero quien actúe pol3ticamente deber3 por fuerza apartarse de ella. Deber3 ineludiblemente atenerse a alguna ley, una noci3n de justicia que no necesariamente se ajuste con su fuero 3ntimo, su conciencia, deseos o impulsos. Al no poder actuar por s3 solo, es inevitable que se comprometa en una acci3n donde la pasi3n personal por la venganza sea dejada de lado. S3, pero ¿no hab3a acaso territorios de l3mites borrosos? ¿Qu3 hab3an estado haciendo ellos ah3? ¿Justicia o venganza?

* * *

–Dardo, ¿qué sentiste cuando te diste cuenta de que habían matado, involuntariamente, sí, lo...?

–Mirá –Dardo no tenía pruritos para interrumpir–, el Alemán Pfaffendorf casi no sabía alemán, aunque a algunas minas de la comunidad las engañaba bastante bien, yo le hacía gamba. Pero sabía francés, una cosa de la familia, no sé. Militamos juntos en Tacuara, después en el MNA. Él me había hablado de un tal Céline, para mí era un desconocido total, en ese entonces, ahora no, aquí lo leí, a Louis-Ferdinand Céline. Pfaffendorf estaba embobado con Céline. Bueno, el Alemán me vio al otro día, me notó bastante afectado, me encaró, me sacudió de los hombros y me dijo “como escribió Céline, es un cretino menos sobre la tierra”. No voy a negar que me reconfortó moralmente. Me acordé de aquello de la maceta que alguien tira desde un balcón de la calle Florida, algo inadmisible; sobre todo en términos lógicos o estadísticos. Aquí leí Viaje al fin de la noche y me emocioné todo lo que se puede en este puto paraíso, que no es mucho. Me emocioné al tropezar con la frase, dice “Nunca acaba de desagradarte del todo que un adulto se vaya, siempre es un cretino menos sobre la tierra, te dices, mientras que en el caso de un niño no estás tan seguro”. Me lo trajo de golpe al Alemán. Pero para mí en esta frase las palabras más importantes son “te dices”, ahí está todo: acabas de matar a un hombre, y entonces te dices.

–¿Y qué aprendiste?

–Que el odio y el resentimiento no son lo mismo.

–Son parientes muy próximos.

–Pero no, no, mirá, hasta puede que el odio le cierre el camino al resentimiento. Me ayudó Manzi. Hasta cierto momento de tu vida las letras de los tangos están, simplemente. Como los árboles de tu calle, el buzón de la esquina. Pero en algún momento te hacen un clic, es como si dijeran eh boludo, ¿podés prestar atención? Me pasó en un momento difícil, me estaba peleando fuerte con todos en el MNA, sentía que me estaban jugando una mala pasada, que me estaban dejando solo, aunque con el tiempo entendí que no era cierto. Pero bueno, en esos días estaba... muy chivado, sin darme cuenta incubaba un resentimiento

que me habría de durar, hasta porque uno se regodea en el resentimiento, me entienden. De repente, me vino a la cabeza Manzi. No hay cosa peor que un encono para vivir amargado. Me enojé, sentí muchísima bronca por lo que hacían, al mes no quedaba nada de eso. Puede ser que el odio te enceguezca, no lo voy a negar, pero el flujo de la amargura y el rencor es patético. Otro tango que me ayudó. Malísimo, lo cantaba Gardel; el tipo está completamente tomado por el rencor, sus venas están intoxicadas de una amargura que se ha hecho dueña de su sangre, y no puede odiar, no puede odiar porque tiene miedo, dice, ¡miedo de que su rencor sea amor! Rencor tengo miedo de que seas amor. La letra es genial, de tan mala. Un resentido que no puede odiar.

—Vos pudiste odiar.

—Justamente; creo que no me resentí nunca. Hay gente que nació para vivir en un mundo que no se dio, y nunca termina de asumirlo... Arrastra esa frustración de por vida, y ese resentimiento. No es mi caso. Yo nací y viví en un mundo que sí se dio, que fue mi mundo de vida, el único que yo creía existente... Conociendo los hechos del pasado, es muy fácil confundirse. Hasta los 14, mi mundo era ese e iba a seguir siéndolo por siempre, ¿entendés? De repente, pum. Quizás por eso, porque yo viví en un mundo que se dio, porque no nací para vivir en un mundo que nunca se dio, mi frustración se haya expresado en desprecio, en la indiferencia a veces cruel... Y en el odio. Nunca busqué la venganza. Hacer sufrir al otro lo mucho que los males que me infligieron abrumaron mi vida, nunca lo busqué. Lo demás fue odio. Y mientras el resentimiento es inmóvil, paraliza, el odio no, el odio impulsa a la acción. La violencia para mí fue odio. El demonio se escapó de la botella, lo admito. Pero no cultivé el resentimiento. Estoy seguro de que gracias al odio no me convertí en un resentido. Pero el odio necesita un fundamento para sostenerse. ¿A quién iba a odiar, si no? ¿Al piloto del avión que dejó caer bombas en la Plaza y colapsó el corazón de mi madre? ¡Pero si nunca jamás tuve idea de cómo se llamaba! ¡Ni que fuera el Enola Gay, el avión! El fundamento fue político. Odié a la oligarquía, a los traidores, a los burócratas, a todo lo que merece ser odiado. Odié, sentí, porque defendía valores, por los humillados, los pobres, los excluidos, no porque a mí me hubieran jodido la vida. Les cuento una que habla de todo esto: en 1964, lo saben, el Operativo Retorno fracasó, Perón viajó a Rio de Janeiro y no fue autorizado a desembarcar. Bueno, los responsables del operativo, entre ellos Villalón, habían calculado una alternativa, Montevideo. Así que ahí fuimos, organizamos una guardia de fierros, algo por completo ridículo, pero quién iba a cuidar por la seguridad del general... pero Perón volvió a Madrid. Luego del

fracaso, Envar el Kadri y sus muchachos planearon ejecutar a Alberto Iturbe, juzgando que había cometido traición en la conducción del operativo. Yo adherí a la condena a muerte de Iturbe y pusimos manos a la obra. Iturbe conservó su vida porque Andrés Framini, al que tanto el Kadri como yo respetábamos mucho, puso el cuerpo por su inocencia. Eso fue en enero de 1965. Pero desde Madrid había un discurso nuevo, y la ejecución de Iturbe habría hecho sentido dentro del mismo: se remarcaba la decisión de traer al general por cualquier medio. Decía Perón en octubre: “para el proletariado, la clase trabajadora toda del país, la toma del poder es el principio de esta revolución que anhelamos, para el cambio total de las viejas y caducas estructuras demoliberales... es imposible la coexistencia pacífica entre las clases oprimidas y las opresoras”. Lo que quiero decir es que el peronismo estaba hecho de goma, los neoperonistas la pasaban bomba, en las organizaciones juveniles éramos un puñado de infelices, en muchos casos peleados entre sí, grupos armados, no me hagan reír. El así llamado Movimiento Juvenil Peronista contaba con un pequeño arsenal, que declaraba usar para defenderse en trifulcas contra el grupo de Brito Lima y aquel cuya jefatura me atribuían, el MNA. Pero en el MNA a Giovenco se lo podía controlar poco, era un especialista en azuzar y provocar reyertas. Total, que cualquier modesta reunión de coordinación se hacía con armas sobre la mesa. Claro, se esperaba que los políticos del partido, los que las propias juventudes repudiaban por demoliberales, dieran una mano de guita, pero los que tenían los recursos de verdad eran los sindicatos, que algo ayudaban pero no se podía confiar mucho en ellos. ¡Y bueno! El peronismo era un páramo de tierra yerma y desamparada y es en este peronismo, golpeado y manguero, que no sabe qué quiere Perón y no confía en nadie, en este peronismo, donde el general va cambiando su discurso, y dice cosas diametralmente opuestas al verticalismo que es capaz de organizar una comunidad, y que tienen una resonancia ambigua con la retórica plebeya del odio de clase evitista, es en este peronismo, que uno tenía que aprender a convivir con su propio odio, tomarse en serio sus valores, y apostar a suerte y verdad a crear lazos de confianza.

Septiembre de 1964. El Alemán entró al café Madrid y encontró a Américo revisando revistas viejas.

–No se las presto a nadie –lo frenó Américo, por las dudas–. Pero te leo, escuchá:

Pero nos habéis dejado el odio... Sí... el odio.

Y contra todas las leyes de la conducta humana

Nuestro odio engendrará el amor,

Nuestro odio hará justicia.

El viento juvenil de nuestra idea

Nacido en las pampas y en los cerros

De la América guerrillera

Levantará a los hombres de Europa.

Su odio los hará arrojarse

Contra los viejos ídolos de vuestra

Sucia democracia.

Tiene pluma, ¿no?

—¿Pluma? No lo diría. Una mala copia de Ezra Pound. ¿Año?

—1959, apenas ayer. ¿Te fijaste cómo el Lobo lo está malcriando a Lito? Como a un hijo, ¿viste? Lo consiente en todo. Pero, igual, a nosotros nos viene al pelo.

—La mosca para las camisas la puso él. ¿El color lo elegimos nosotros?

Mientras el Alemán ironizaba, advirtió que Dardo conversaba en otra mesa del Madrid, demasiado lejana como para poder escuchar. Pero sabía muy bien de qué se trataba. El interlocutor de Lito era un sujeto de baja estatura, robusto como un ropero, cetrino, sanguíneo, que usaba anteojos de gruesos cristales.

—Alejandro, no, esto no es para vos —decía Lito—. Vos estás para otra cosa... no te vas a sentir cómodo aquí.

—¿A dónde querés que vaya? Dejate de joder, Dardo. Yo quiero militar con ustedes.

–No, no va; bueno, yo no lo puedo decidir solo. Hay un Consejo, son los militantes.

Giovenco insiste, inútilmente. Se va a Mendoza un tiempo y a la vuelta insiste. Días después Cabo le informa que su solicitud ha sido rechazada por una gran mayoría (del diminuto puñado) de miembros del Consejo de Militantes del MNA. Giovenco insiste. Y lo provoca: sos un cana vos. Sabe que la afrenta es muy hiriente para Dardo, que está hartó. A poco de agarrar a Giovenco a puñetazos, se inspira:

–Matalo a Rojas. Ya sabés adónde vive, en la calle Austria.

–...

–Hay vigilancia, pero te las podés arreglar. Tenés una ventaja, Rojas no tiene ni la menor sospecha de que algo así le podría suceder. Si lo matás te aceptamos, te lo garantizo. No hablemos más.

Giovenco se va furioso, pero acepta la ordalía. No consigue matar al almirante gorila, menos por una cuestión de suerte que por ser improvisado y botarate. Pero se come tres años en cana. Cuando sale, a principios de 1966, lo encara a Cabo:

–Hice lo que pude, ahora no me lo pueden negar.

Dardo no tiene coraje moral para cerrarle el camino. Pero es él quien ya no está en el MNA. Lo remite a Rial, sin más explicaciones. Cuando Alejandro entra al MNA ya está en preparación el Operativo Cóndor y él se entera. Vuelve a encararlo a Dardo.

* * *

–Sí claro, la idea... cuando la escuché por primera vez debe haber sido... en la presidencia de Guido, ese títere. Y ya no se sabía quién la había concebido... quizás nació en el grupo de Osvaldo Agosto que para ese entonces nos trataba de fachitos –Dardo amagó una risa–, una injusticia notoria, nos quería el muy turro.

Pero bueno, ya estaba en el ambiente, la idea, circulaba entre grupos y grupúsculos de toda la jotapé. Después... el éxito tiene muchos padres; he leído cosas increíbles, dan vergüenza ajena. Pero, saben, la idea no venía sola, eran tres, apropiarnos del sable corvo del general San Martín, rescatar las banderas de Vuelta de Obligado... Eran... diría, tres golpes de efecto. ¿Destinadas a qué? A levantar el ánimo de los peronistas.

—¿Y los no peronistas?

—No, no, nada que ver. A nosotros no nos interesaban los no peronistas. Éramos los peronistas los que estábamos derrotados, quebrados, con la moral baja es poco decir. Era más bien el tango de Discépolo, de rodillas, sin moral, hecho un mendigo. Así estábamos. Nos había pasado una aplanadora por encima, el 55, el exilio de Perón, ¿acaso se sabía para qué estaba el general? —les preguntó a los chicos—. Vamos, es fácil... ¿cómo dicen ahora?

—Con el diario del lunes.

—Eso; Perón estaba entero, física y moralmente, pero nosotros ¿qué sabíamos? A fines de 1956 encontré unos papeles de mi viejo, no me los había mostrado, pero ahí estaban. Pedazos de una edición astrosa de un libro del general, escrito en Panamá. Decía: No pienso seguir en la política porque nunca me interesó hacer el filibustero o el malabarista y, para ser elegido presidente constitucional, no hice política alguna. Me fueron a buscar, yo no busqué serlo. Ya he hecho por mi pueblo cuanto podía hacer... Tengo derecho a mi vejez. Sí, sí, lo conversé con mi viejo, estuvimos de acuerdo en no creerle, claro. Pero...

—¿Y entonces?

—Y después las masacres del 56, un pacto oscuro con Frondizi, el Plan Conintes, en 1960 Frondizi subordinó las policías provinciales a los milicos, qué lindo. El Frigorífico Lisandro de la Torre, en fin, los peronistas estábamos hechos mierda. Pero en esos años afloró un peronismo disidente, que pisaba fuerte sobre la base de una leyenda en formación, la Resistencia. Los compañeros no querían votar a Frondizi. El Comando Nacional tampoco, salvo Cooke, claro. Cooke no fue afectado, estaba por encima del bien y del mal, había firmado un pacto con el diablo, pero entre la disidencia en formación nadie dudaba de él. Con razón. Nomás no le dieron bola, hubo un millón de votos entre abstenciones y en blanco. Perón dijo después que esos eran los verdaderos peronistas —acrecentó

Dardo, no sin sorna—. Sebastián Borro se había irritado con Cooke con alguna virulencia, pero cómo va a pactar con el tráfuga de Frondizi. Perón explicaba que teníamos que optar entre el continuismo de la Revolución Libertadora con Balbín o votar a ese aprendiz de brujo. Y sí, el narigón era eso. Tiempo después Perón mandó un disco, agradeciendo a los cumpas que de tan leales ni a él lo habían obedecido. El que quiera entender que entienda; está ahí expresada la clave secreta de la disidencia plebeya. Éramos tan leales –agregó, socarrón—. Visto en perspectiva, está claro que Perón legitimaba a los disidentes, les proporcionaba una racionalidad, algo que será perdurable, que comenzará a ser parte del juego, ¿me entienden? ¿Usted me entiende, don Ignacio?

–Sí, bueno –dijo Ignacio–, algo como... aquello de qué gran vasallo sería, si tuviera un buen señor a quien servir. Y, la vida es así. Los vasallos se consideran mejor de lo que son, y ¡los señores también! No se irriten conmigo.

–Pero Ignacio, qué nos vamos a irritar, muy por el contrario. Gracias por su aporte. Pero en 1963 el peronismo seguía proscrito, esta vez el general había ordenado votar en blanco, muchos compañeros no lo habían hecho, por la libre, y hubo asimismo muchos candidatos que llamábamos neoperonistas que habían sido votados, en muchas provincias, e irían al Congreso. Lo que quedaba del peronismo de la Resistencia, los sectores duros, las organizaciones juveniles, estaba muy golpeado, con la autoestima muy baja, una sensación de derrota para algunos definitiva. Volvían los gorilas, los militares les abrían la puerta, para nosotros los radicales no eran otra cosa, y el peronismo en la Argentina y en Madrid sin un juego claro, sin nada. Débiles, desmoralizados, teníamos que hacer algo, mostrar que el peronismo seguía vivo en la calle, dejar atrás esa suerte de depresión y, antes de que Illia asumiera la presidencia, no darle tregua y además poner a raya al montón de neoperonistas que llegaba con el nuevo gobierno. Y ahí fue cuando nacieron ideas como estas. La historia del sable era la puesta en acto de un linaje.

–Algo sabemos. Legado testamentario del general San Martín a Rosas. Un alfanje.

–Ni más ni menos. No sé bien cómo se usa. Manuelita, a fines del siglo XIX, ya viejita, lo donó al Museo Histórico Nacional, y allí estaba. Robarlo fue más fácil que hacer una pintada en el cementerio de la Chacarita. Se pusieron locos. Pero simbólicamente salió redondo, San Martín, Rosas, Perón, la idea de los muchachos era hacerle llegar el sable a Madrid. El episodio tuvo algún ribete

cómico, porque cuando se descubrió el robo dieron vuelta cielo y tierra para encontrar el sable. Y tenían que ir cambiando de lugar. Uno de ellos puso la reliquia en el baúl del auto, y estacionó, y había un policía en la esquina, muy cerca, atento, vayan a saber por qué. El compañero no se animó a sacarlo. La cosa es que le dijo: “¡oficial! Por favor, ¿me lo vigila unos minutos? Mi vieja me llama de urgencia, sabe, no anda bien de salud... ¡y tengo el sable del general San Martín en el baúl!”.

–Dardo, jugaban con fuego...

–Todos jugábamos con fuego; bueno, Perón pidió que lo devolvieran de inmediato, que el golpe había estado muy bien pero que se olvidaran de la idea de que él lo recibiera en Madrid –esta vez Dardo se rio francamente–. Y razón no le faltaba, el sable hubiera sido una brasa ardiente en sus manos. En fin, un coronel que se había salvado por un pelo de ser fusilado en 1956, Adolfo Phillippeaux, Cacho Filipó, les sacó las castañas del fuego y devolvió el sable. Importa el pecado, no el pecador, deben haber pensado, no lo molestaron. Nunca confié mucho en ese Filipó. El sable fue devuelto en agosto de 1963; ¡pensar que en esos mismos días asaltaban el Policlínico Bancario!

–Las banderas no las robaron.

–No. Y yo no tuve nada que ver con eso tampoco. Ustedes saben, las banderas de Obligado estaban en Los Inválidos, a pasos de la tumba de Napoleón, la manga de atorrantes de Buenos Aires no tenía capacidad operativa, pero entró en contacto con el FLN de Argelia. Todavía tenían muchos hombres en Francia, pero no se quisieron enredar. Quedó ahí. Todos vivíamos a salto de mata en ese entonces.

Julio de 1965. Un extranjero en su tierra. Eso se sentía. No. Un extranjero en el extranjero. No. Un argentino en el extranjero. Eso. Eso era el extranjero. Tenía 24 años y nunca antes había pisado esos parajes. En alguna que otra hora libre, y sin saber si corría peligro de ser reconocido por los cajetillas que hostigaban el hotel, Dardo deambulaba por el barrio, si se lo podía calificar de tal. Se había atrevido a tomar un café en La Biela, decíase que la base de operaciones de los gorilas, y había encontrado demasiadas fotografías de Fangio, ese despreciable panqueque. Cerca estaba también el Jockey Club –le sorprendió

verlo completamente restaurado— y más cerca aún la Nunciatura Apostólica, esa embajada del Vaticano que nada tenía que ver con el verdadero cristianismo. Área urbana que era, estrictamente, el cerebro de la penetración sinárquica en Argentina, reducto de la oligarquía, esas cuantas manzanas bien merecían ser voladas, su innegable elegancia podía irse al mismísimo carajo. En rigor no entendía, Dardo, el motivo por el cual el general había elegido ese hotel aristocrático para la visita de su señora a Buenos Aires. La elección podía tener mucho de provocación altanera, pero los riesgos y los costos no lo compensaban, y ellos podían atestiguarlo. Dardo intuía, claro, ese ingrediente de pimienta en los ojos del bacanaje, demostrar que los peronistas se limpiaban el traste con los privilegios que no constaban en letra escrita alguna, pero que jamás habían sido puestos en tela de juicio hasta 1945. Cosa que se podía entender recogiendo la distinción de Sampay entre la constitución formal y la constitución real. La real había vuelto a decir que la esposa del caudillo de la patria no podía sentar impunemente sus reales en las zonas nobles de la ciudad. Y ahí estaban ellos para darle un mentís a esa pretensión impuesta a sangre y fuego. Después de todo, quizás el general no se había equivocado tanto con la elección del Alvear Palace. Repentinamente, le vino a la cabeza una noche de 1954. Él tenía 13 años, y su padre lo había llevado a un restaurante maravilloso, un restaurante alemán que, le explicaron, tenía el nombre de una flor, Edelweiss. Armando y su hijo eran invitados de un diplomático. Deleitado, a Lito no se le escapaba detalle. En las paredes, revestidas en madera, había cuadros pero también anuncios y uno le llamó vivamente la atención: Meili y Roesli Lda. Medio siglo sirviendo a la aristocracia porteña. Avda. Alvear 3396 UT 71.0056.

Durante el día la batahola era casi continua en esas cuadras de la avenida Alvear, y más aún en la bajada de Ayacucho hacia Libertador, donde las grescas tenían menos testigos y podían ser, precisamente por eso, más peligrosas. Pero esa noche dominguera reinaba el silencio. Había sido la tarde más tranquila, Dardo estaba asombrado, hasta para hacer la guerra los pitucos se tomaban feriado. Aunque las presiones para que Isabel dejara el hotel por parte de la gerencia no habían amainado. La señora había tenido, al final de la tarde, la peregrina ocurrencia de asistir a la misa vespertina en el Pilar o en el Socorro, no había sido fácil disuadirla. Lo único que faltaba, pensó Dardo, que contaba los días. Las reyertas cotidianas eran interesantes, pero en número ellos llevaban las de perder, porque el barrio estaba a rabiar de gorilas y les habían arrojado proyectiles al balcón del hotel hasta desde los edificios cercanos. Los denuestos eran todavía peor que los proyectiles, que Isabel se vaya al bajo a seguir con su trabajo, fuera concubina, morite yegua. Dardo se sentía muy responsable de la

seguridad de la esposa de Perón, aunque fuera perfectamente consciente de un desprecio leve pero apenas velado, recíproco. El suyo, fundado en razones comparativas, inconfesable; y el de ella, porque tenía a todos esos muchachones por cabezas locas y encontraba propicia cualquier ocasión para decírselos. Tranquilas las cosas, en el imponente corredor del quinto piso había esa noche apenas un par de compañeros de vigilancia. Dardo había subido a distraerlos un poco, cuando desde la guardia del lobby de planta baja lo alcanzó otro centinela. Se había presentado un sujeto que quería hablar con la señora. Desconfiado pero diligente, el joven guardia preguntó su nombre al desconocido que, ampuloso, sacó de su cartera una tarjeta de visita. La que tenía ahora Dardo ante sus ojos. Doctor Horacio Villalonga. Abogado. Derecho civil y comercial. Dardo dio la vuelta y golpeó muy suavemente la puerta del cuarto 511 con los nudillos. No iba a despertar a Isabel si estaba durmiendo, el tipo que volviera al otro día. Pero Isabel estaba en vela, ¿orando, quizás? Dardo le explicó y le pasó la tarjeta a través del pequeño compartimiento embutido en la puerta con esos propósitos. Isabel demoró apenas unos segundos.

–Ah sí, sí, lo estaba esperando, hacedlo subir, Dardo.

Él mismo bajó a buscarlo. Encontró un cuarentón de traje oscuro y corbata a rayas, estatura mediana, bigote fino que le recordó fotos de los cuarenta, mirada intensa pero algo extraviada, denotando una cierta ansiedad, y un naso que le evocaba un pájaro. Cambiaron las palabras indispensables y, mientras subían – Lito aún encontraba muy curioso el banco aterciopelado empotrado en el ascensor– tuvo un pálpito: ese tal Villalonga no era de confiar. Isabelita lo recibió con cierta familiaridad, lo hizo pasar a la antesala suntuosa y cerró la puerta en las narices de Dardo, que no había manifestado la menor intención de meterlas. Lito indicó a los dos velas que miraban aburridos que, cuando la reunión finalizara, cualquiera de ellos podía acompañar al sujeto hasta la calle y avisarle que todo estaba en orden, estaría en el bar. Había más de un bar en el Alvear Palace, pero iban siempre al mismo. Se encontró allí con tres compañeros, que acababan de cumplir su turno de vigilantes de vereda. Dardo estaba de mal humor, cansado y hambriento. Pidieron unos sángruches de miga, aquello que encontraban menos exótico entre tantos manjares ignotos, un buen vino y dos sifones. Tomaron desafortadamente vino con soda, de momento era la única agresión simbólica que podían cometer contra la solemnidad gorila del hotel, y les gustó el fffshsh que, creían, escandalizaba a los habitués, con los que, en apariencia, se ignoraban mutua y olímpicamente. En eso estaban cuando Dardo vio venir a Alberto Brito Lima y dos de los suyos. Lo lamentó en su fuero

íntimo, por Brito Lima no sentía más que rechazo y desconfianza. Pero no pudo negarse a ofrecerles las sillas libres. Aceptaron, aunque Brito Lima quedó dando la espalda al arco de entrada del bar, posición en que no se lo veía a gusto. Transcurrió un cuarto de hora y el hombre de Mataderos vio a Dardo saludar por encima de su hombro con una mezcla de respeto y cordialidad contenidos. Se volvió rápidamente –mal podría haber sido de otra manera, tratándose de él– y su mirada se cruzó con la del visitante. Brito Lima lo reconoció de inmediato, antes de que aquel, tras un gesto muy impreciso, siguiera camino. El semblante de Alberto había demudado para el estupor. Un estupor sobreactuado, intuyó Dardo. Brito Lima se estaba mandando la parte.

–¿Vos sabés quién es ese tipo? –clavó su mirada en Dardo como si diera un frenazo con su colectivo impulsando a los pasajeros hacia adelante. Dardo se alzó de hombros.

–Compañero Villalonga, no lo conozco, vino a ver a Isabelita.

–¿Villalonga? –Brito Lima había arrancado en un nivel de asombro fingido demasiado alto y ahora no tenía margen para aumentarlo–. Boludo, ¡qué Villalonga, es Villalón, Héctor Villalón!

Dardo ni se inmutó. Lo había visto por primera vez, pero sabía quién era.

–Bueno, si era Villalón el boludo es él, no sé para qué juega al agente secreto.

Alberto decidió que ya era hora de montar en cólera.

–¡Agente secreto las pelotas! Villalón es un traidor, un bolche que está mezclado con ese hijo de puta de Rearte.

El corazón de Dardo dio un vuelco violento. No lo dejó continuar.

–Mirá, no nos vamos a pelear aquí entre peronistas, en este antro, si no te juro que te cagaba a piñas. No te metás con Gustavo nunca más.

No era una bravata. Alberto sintió empero que estaba obligado a retrucar.

–Es un...

–Y además –Dardo lo frenó tajante–, ¿vos estás en pedo? Quién carajo somos

nosotros para cerrar el paso a cualquiera que la señora quiera recibir. No estamos aquí para interferir, estamos para protegerla.

Dardo quería cerrar la estúpida discusión e irse, pero no iba a ser tan fácil. Alberto se sentía en orsai y su chicana no se hizo esperar, pero cargaba munición quizás demasiado gruesa.

–Y vos, para contarle a Vandor que te paga.

Los mudos testigos creyeron ver fuego en los ojos de Dardo, pero este, una vez más, se contuvo. Pibe, en política el que se enoja pierde, le había dicho un amigo de su padre, muy tranquilón. Aludía precisamente a su padre, que era un cabrero. Y Dardo también; a veces se asombraba al descubrir una templanza cuyo origen desconocía.

Por encima de la mesa, Lito acercó su cara a la de Alberto que, luego del exabrupto, parecía de mármol.

–Laputaqueteparió –soltó Dardo. En voz baja como si le importara que el barman no oyera. La cabeza de Dardo estaba muy al alcance de los puños de Brito Lima.

–Yo no soy un soplón y a mí la militancia no me la garpa nadie.

Todo eso era apenas parcialmente cierto, pero su base moral, al menos a juicio de Dardo, resultaba incuestionable. Desde luego, no era un soplón; estaba metido en un juego en el que el único pichón era él –todos los demás, Perón, el Lobo, Isabel, eran pesos pesados–. Hasta el necio de Brito Lima, con su iracundia de lata, pesaba más que él. En esas circunstancias, fungir de soplón para cualquiera podía ser fatal. Por fortuna, el Lobo entendía esto hasta mejor que el propio Lito, y lo único que quería saber de él, diariamente, es si estaba todo en orden con la esposa del general, si su circunstancial adversaria necesitaba algo, si seguía bien protegida, si Dardo precisaba refuerzos. Y le hacía llegar a la señora, invariablemente, sus respetuosos saludos, que ella retribuía, día sí día no, con cierta altivez que no se casaba bien con su 1,59 de estatura. Vandor era un maestro. Ya el asunto de la infamante imputación de mercenazgo requería de algunas precisiones. Claro que ni él ni ningún otro integrante del rejunte de bohemios nacionalsindicalistas militaba a sueldo. En medio del mal gusto recargado y carísimo del Alvear Palace sus bolsillos seguían precisando un buen zurcidillo, como canta la zarzuela. Pero la UOM, Vandor, léase, no había

vacilado en financiar sin reticencias la onerosa logística de la protección de María Estela Martínez, a lo largo y a lo ancho de la República Argentina, sobre la mera base de que, tratándose de la esposa del general, no podía ser de otro modo, independientemente de que el propósito principal de su presencia en suelo patrio fuera el de dar por tierra con una operación política vandorista de gran escala, en virtud de la cual, como había explicado el Lobo, el Movimiento habría de ponerse los pantalones largos, en lugar de, entiéndase, seguir usando los pantalones cortos preceptuados por el general. Vandor era un maestro, y a Dardo estas maquinaciones no le resultaban del todo inescrutables. Disquisiciones estas que, en ese bar chiqué del Hotel Alvear, le cruzaron como un rayo por la cabeza, sin que se molestara en abrir la boca.

A la mañana siguiente la señora convocó a los cabecillas de la garde-corps muy temprano. Brito Lima y Cabo, que no tenían claro si se dirigían o no la palabra luego del altercado de la noche anterior, coincidieron en el ascensor y se presentaron juntos. Isabelita prescindió esta vez de los rodeos de su gusto.

–Muchachos, estoy hasta la coronilla con este hotel, me siento encerrada, ¡no puedo ir ni a misa!

–Claro, señora –Brito Lima–, anoche hablé con la gente de Luz y Fuerza, hoy me van a decir, va a estar mucho más cómoda.

–Por supuesto, en cualquier caso –agregó Cabo pasando al plural–, nosotros vamos a seguir acompañándola.

La señora parecía satisfecha, pero algo pensativa. Dardo sonrió y ladeó ligeramente la cabeza, carecía de modos cortesanos pero en comparación con Alberto y sus bestias era un hidalgo español.

–¿Se le ofrece algo más, señora?

La suavidad de Dardo pareció no sacar a la esposa del general de su abstracción. Pasaron unos segundos en silencio. Alberto y Dardo se incorporaban para irse cuando Isabel regresó de las nubes.

–No... ¡Sí! Sí, sí –dijo muy resuelta–. Quiero hacerles una visita a esos chavales presos. ¿Vosotros qué pensáis? –vaciló. Los jóvenes cruzaron una rápida mirada de desconcierto.

–Mañana, ¿no creéis? Antes de la mudanza. Vosotros me acompañaréis, os habéis tornado imprescindibles –dijo Isabel, dadivosa. Dardo atinó a expresar, orillando la impertinencia, que a la sazón había en la Argentina muchos compañeros presos, ¿en cuáles estaba pensando la señora?

–Ay, se escandalizó la dama un pelín, pero ¿qué tenéis vosotros en la cabeza? En los presos del Ejército Guerrero del Pueblo, natural –Dardo y Alberto continuaban desorientados. Condescendiente, la dama agregó:

–¿Pues qué? Méndez y Jouve, ¿no los conocéis?

Los chavales cayeron a un tiempo, y Dardo percibió, sin mirarlo, cómo una sonrisa maligna se perfilaba en los labios de Brito Lima. Federico Méndez y Juan Jouve purgaban condena en un presidio de Salta como integrantes conspicuos del Ejército Guerrillero del Pueblo, ejepé para los que estaban en el ajo. Dardo se percató de que la situación se había tornado delicada. Algo había que hacer imperiosamente y, natural, sin contar con Brito Lima, ese maldito se disponía a divertirse a mares con su apuro. Irresponsable, si no ayuda me las va a pagar con sangre.

–Ah, sí –dijo tratando de ganar tiempo–, son compañeros excelentes –saltaba a la vista que el despropósito había sido maquinado por Villalón. Dardo miró de reojo a Brito Lima y su expresión lo decía todo: ayer le franqueaste el paso al diablo, ahora hacete cargo, estás jodido. Se imaginó su próxima comunicación telefónica con el Lobo: sí, Augusto, todo en orden, sí... eh... mañana salimos para Salta con la señora para visitar a los presos del ejepé. Sintió un escalofrío.

–Señora, Alberto y yo conversamos anoche con el doctor Villalón, su idea es brillante, pero muy peligrosa.

–Peligrosa, ¿por qué? –una Isabel perpleja. Brito Lima estaba enfurecido: la mentira ululante de Dardo lo había metido en la bolsa y no le quedaba más que rumiar la bronca en silencio.

–El desplazamiento es muy inseguro, estaría lleno de riesgos. Usted aquí, si me permite, señora, está en una zona que podemos controlar, bien protegida, aunque haya jaleo en la calle. El viaje a Mendoza lo mismo, está bien preparado, hay apoyos sólidos en cada punto, en Córdoba. Pero en un viaje... improvisado, a Salta, no tenemos cómo garantizar su seguridad, que es lo más importante. Lo peor –Dardo no aflojaba– es el avión y el presidio. En el avión no va a tener

ninguna movilidad, señora, va a quedar muy expuesta. Y a la cárcel lo más probable es que ni siquiera nos... la dejen entrar. Tal vez quieran que entre usted sola.

–¿Villalón no os dijo que en el presidio tenemos gente confiable? Los chavales están muy interesados en hablar conmigo.

Alberto no se contuvo.

–Señora, Villalón es...

Dardo no lo dejó seguir.

–Señora, somos millones los peronistas que anhelamos hablar con usted.

Isabel tenía apenas diez años más que Cabo y Brito Lima, pero los reconvino maternalmente:

–Hijos, ¿creéis acaso que mi pensamiento podría apartarse de la filosofía del general?

Sin saberlo, Isabelita había conseguido formular una pregunta de ambigüedad florentina. Admitía una sola réplica, que no podía ser dada.

–Desde luego que no, señora –impertérrito, Dardo intuyó de paso las diferencias entre antojo, arbitrio y autoridad.

–Vale, hoy por la noche volvemos a conversar.

Alberto y Dardo salieron no muy aliviados. Querían lo mismo, pero por razones distintas. Brito Lima pareció apreciar el esfuerzo de persuasión de Dardo tanto como la mosca posada en el cortinado de terciopelo del corredor. Artero, lo interpeló:

–Gil, ¿no era que no había que interferir?

–Ella nos pidió opinión –adujo Dardo sin convicción.

Isabel no los llamó esa noche. Al día siguiente ni mencionó el asunto, y se ultimaron los preparativos para su traslado al hotel de Luz y Fuerza.

* * *

–Bueno, hacia fines de ese año mi situación en el MNA era insostenible. No me pelié personalmente con nadie, pero nadie acompañaba mi inclinación por el vandomismo. Pero estaban cada vez más cerca de los militares. Yo no abrigaba ya la menor ilusión con los milicos, no confiaba en la institución y tampoco en la insurrección de pequeños grupos, en esos juegos ya se contaban demasiados fracasos. Y muertes. Eso a la larga quedó claro, ¿no? Los militares estaban superfraccionados, pero en el fondo, en la cuestión peronista, actuaron odiándose entre ellos pero unidos hasta el final. Pero bueno, me acuerdo del número de Nueva Argentina de diciembre de ese año, decían: “Illia estimula con singular cinismo el caos y la destrucción. De esa destrucción puede salir un saludable movimiento de recuperación nacional... que comprendan las fuerzas armadas que si no se atreven a eliminar al Régimen el Régimen las eliminará a ellas”. Eran unos pajeros, y se los dije: hoy por hoy el único que puede desbancar al gobierno demoliberal y abrir el camino del retorno es Vandor. ¿Qué quieren? ¿Qué lo hagan los militares solitos? Me parece que sí, que quieren eso. ¿Ya pensaron en las consecuencias? Recuerdo que Américo se quedó sin respuesta, no la tenía, entonces ironizó: ¡asombroso! ¡Dardo pensando en las consecuencias! –Un golpe bajo pero bien dado.

–¿Tan impulsivo, Dardo, eras?

–No; aunque había criado fama. En esa coyuntura los impulsivos eran ellos. Pero Américo tenía su reputación bien ganada de plumífero reflexivo. Nunca me interesó si me encasillaban en un lugar o en otro.

Capítulo III

Febrero de 1966. La chica había cumplido. Se trataba de una larga nota sobre lo que denominaba con ironía mordiente “salvadores”. Publicada en la revista *Panorama*, de febrero de 1966, “Ellos quieren salvarnos” era su título. La foto más llamativa era la de un tacuara que Dardo conocía bien, Emilio Berra Alemán, mirando a la cámara con ojos desorbitados, señalando un pizarrón en el que, a fuerza de tiza y flechitas, se despachaba al mundo. La nota de Verrier se ocupaba de un abanico de pequeños grupos hiperactivos que abarcaba desde la derecha dura tradicionalista (la Guardia Restauradora Nacionalista) hasta el marxismo (el Malena de David Viñas). Todos tenían un elemento fuerte en común, el nacionalismo, pero esto, curiosamente, la nota no lo destacaba. Sí destacaba con gran perspicacia la violencia embrionaria que constituía una promesa común. Pero Verrier había cumplido: sin distorsionar una palabra de lo que Dardo dijera, tampoco había puesto nada inventado en su boca, como presunto jefe del Movimiento Nueva Argentina (jefe, vaya avivada inútil, que estaba dejando la organización, cosa que la chica ignoraba). Eso sí, el espacio dedicado al MNA era bastante pequeño, quizás porque otros grupos resultaban más morbosamente atractivos o pintorescos. “Suele decirse que el hombre de acción es esclavo de las ideas de los demás”, leyó Cabo. Hasta esas palabras Verrier se venía ocupando de papanatas como los de la GRN y figuras estrambóticas como su jefe, Augusto Moscoso. “Salvadores” que se sentían perseguidos, cuya paranoia se transformaba en un culto al secreto (“estamos en guerra y no podemos revelar al enemigo nuestro número y nuestras posiciones”, fue la frase que más hizo gracia a Dardo), que se jactaban de reclutar falanges de juventud en los barrios y protestaban no ser oligarcas; nada interesante. Pero esa frase sobre la servidumbre de los hombres de acción le pegó. Calzaba bien, abriendo un párrafo destinado a zamarrear la figura ya algo legendaria de Joe Baxter, a quien calificaba sin misericordia de “agresivo matón”, subrayando su tránsito vertiginoso entre la derecha y la izquierda furibundas. Y era cierto, Joe siempre le había parecido un temerario cabeza hueca, aunque su ideal patriótico no estuviera en entredicho. Pero no porque Baxter fuera el expreso destinatario aquella frase dejó de intranquilizarlo. Muy bien, Baxter era un hombre de acción, convengamos, en ese sentido... asnal del término... ¿y él?

Pero, ¿por qué carajo tenía que darse por aludido? Él había heredado limpiamente el legado ideológico de su padre, legado que su paso por la caña había cambiado muy poco, y ya desde hacía algunos años abrazaba apasionadamente el revisionismo histórico y sobre todo a Arturo Jauretche, inclasificable pensador popular de los pocos que no solo pensaban, sino que enseñaban a pensar. No, definitivamente él, Lito, no era una “espada sin cabeza”. Dardo apartó esa duda impertinente y prosiguió la lectura, no sin dejar inundar su mente por la belleza algo indolente de la periodista.

Verrier ponía el dedo en la llaga de los grupos, por lo general compuestos por un cabecilla adulto alrededor del cual orbitaban jóvenes bisoños (no era el caso del MNA): su política elitista, básicamente orientada a la preparación del golpe de mano o al aliento del levantamiento militar. Citaba así a Moscoso: “Sería criminal sacar a la gente a la calle” –como si hacerlo fuera para este loquito, pensó Dardo, una opción–. El loquito continúa: “Podría suceder como en España, una guerra civil... Es muy preferible un golpe de Estado, algo que permita conducir el proceso desde el poder”. Dardo no abrigaba ya esas ilusiones que habían acompañado gran parte de la década pasada. Pero le quedaba un resabio; los militares nacionalistas, ¿existirían? ¿Cuál era su auténtica relevancia política? En todo caso, la iniciativa nunca podría partir de ellos, como parecían creer GRN, Tacuara y Fuerza Nueva que, aunque no constara en la nota, los procuraban con afán. Las acciones de estos muchachos, más o menos peligrosas, eran sobre todo simbólicas, propagandísticas, destinadas a mantener viva la llama del cambio desde arriba. Dardo recordó a Hernández: Mas Dios ha de permitir que esto llegue a mejorar. Pero se ha de recordar, para hacer bien el trabajo, que el fuego pa’ calentar debe ir siempre desde abajo. Salvo alguna incursión escolar, había llegado al Martín Fierro a través de Jauretche y para él la vuelta de Fierro prometía la vuelta de Perón. Vagamente admitía que esa interpretación del poema era algo forzada, era duro reconocer que Hernández prefiguraba la absorción de Fierro en el orden liberal. Volvió a María Cristina Verrier. Sí, esta gente se dedicaba a ensalzar al Ejército, a estimular un pronunciamiento, a conspirar; no conseguirían nada porque la batalla en el seno de las Fuerzas Armadas ya la habían ganado, a juicio de Lito, los gorilas. Y todo eso no había comenzado en septiembre de 1955, ni siquiera en junio. Había comenzado en agosto de 1951. Dardo recordó la rabiosa impotencia de su padre, antes de seguir. A Verrier no se le escapaba el entretenimiento estéril al cual todos esos pavotes eran dados. Él sabía que por esta futilidad pagaban su precio: los grupos eran infiltrados, a veces con el mayor de los descaros, por los organismos de seguridad, en un doble juego que, no sabía muy bien por qué,

alguien había calificado delante suyo de “chestertoniano”. Dardo comenzó a inquietarse un poco, apareciendo tan pegado a esos tarambanas. Pero el siguiente subtítulo lo tranquilizó: “Dentro del peronismo”. Menos mal. Encaró la lectura con ansiedad: “algunos nacionalistas prefieren pasarse al peronismo, allí no se sienten del todo foráneos y, además, los cobijan millones de ‘camaradas’ de origen popular”. No es mi caso, dijo Dardo para sus adentros, soy peronista desde la cuna y lo seré hasta la tumba, estacioné en Tacuara porque necesitaba algún solcito, un lugarcito para militar, con los remanentes de la Resistencia desgastados, la muerte de Felipe, perdimos el rumbo. Se lo expliqué a esta chica. Y en la caña se mandaba y se obedecía, Tacuara era una estructura vertical de comando y de combate, cosa que preferí no hacerle explícito, sospecho que no lo ignoraba. No había perdido su tiempo en hacer allí, en Tacuara, una recalada adolescente. Todo esto pensó Dardo tras leer esos renglones, a este paso la nota le iba a llevar el día entero. Por fin la aparición del MNA y la suya: “hijo del metalúrgico peronista Armando Cabo –pero bueno, él valía por sí mismo, ¿no?– y jefe del cuerpo de custodia de Isabel Perón” –una de cal y otra de arena–. La dama recogía, acto seguido, algunas señas de identidad expuestas por Cabo: “no somos un grupo de choque –aclaración que sonaba a cola de paja, si bien él se había limitado a responder una pregunta algo reportera de la entrevistadora–. Obedecemos las órdenes de Perón. Luchamos contra la infiltración comunista, eso sí” –¿eso sí? ¿Había sido él el autor de ese giro de acentuación? En todo caso, no le faltaban motivos para sospechar, se dijo, que el principal peligro de infiltración de esos días algo anodinos no era precisamente comunista, en fin–. “Tenemos una sola doctrina: la justicialista”. Obvio, pero imprescindible. Aprobada, la Verrier. Tenía su teléfono, le iba a pedir a uno de los chicos que la llamara para agradecerle. O, pensándolo bien, debía llamarla él mismo. Prosiguió su lectura. Tras unas palabras neutras, descriptivas, que cincelaban una imagen bastante pasable (grupo pequeño pero que crece, recogiendo cuadros hasta en la juventud obrera), Dardo topó con una sorpresa: “La actitud de los militantes es belicosa, infantil: de Cabo los separa una distancia enorme, planteada por la visible superioridad intelectual del jefe”. Carajo, tenía fibra esta Verrier. Había sido una decisión bien tomada la de conceder la entrevista acompañado de otros militantes, e incluso permitirle conversar con algún otro por separado, uno que no ignoraba que Dardo se estaba yendo. Él confiaba en los chicos, pero sobre todo confiaba en sí mismo. Ya se imaginaba las cargadas que se iba a tener que morfar esa tarde en el búnker, muchas con doble sentido. Pensó entonces en ella. A primer semblante, viéndola acercarse con paso seguro, aire algo altivo, marcado porte de chica bien, a Dardo le había parecido mucho más atractiva que bella. Ahora, recordando a quien acababa de destacar su

visible superioridad intelectual –un guiñazo más grande que una casa, se dijo–, percibía la irrupción inconfundible del deseo. No del todo inoportuno, estaba solo en su cuarto. Se aferró a él durante la lectura del resto del artículo y aún más allá. La pluma de María Cristina, se le antojó a Dardo devolviendo flores, también destacaba una visible superioridad dentro del medio periodístico: “En ese contraste un poco siniestro entre la lucidez del que manda y la subordinación intelectual de los que obedecen reside el presagio de violencia que late en el Movimiento Nueva Argentina”. Vaya. Sintió un incontenible deseo de abrazarla. Se angustió.

* * *

–Dardo, esa mañana –inquirió Antonio–, ¿leíste completo el artículo de María Cristina o paraste en el elogio de tu inteligencia?

Dardo se rio.

–Me estás gastando. ¡Lo leí todo!

–No, porque más adelante ella pone a todos, a Moscoso, Berra Alemán, vos, Ismael Viñas, en la misma bolsa del mesianismo, y remata con que ninguna de esas promesas suena más atractiva que la democracia liberal. ¿Qué te pareció?

–Una pelotudez –respondió indiferente–, supongo. Un saludo a la bandera, qué sé yo... en esa revista de mierda. La verdad no me importó.

–Sí, Dardo –acotó la Negra, malévola–, ya sabemos que no te importó. Contanos, dale.

–Pero si no hay mucho que contar. Yo anduve dándole largas al asunto, cada vez más ansioso pero sin resolverme a llamarla, siempre fui tímido para esas cosas; no me mires así, Negra, lo estoy diciendo en serio. Pasaron dos o tres días, hasta que ella me llamó. Con el pretexto de que quería incorporarse al MNA.

–¿Pretexto?

–¿Y quién podría saberlo? Ni la propia María Cristina, creo.

Marzo de 1966. –Sí, dardo, y cabo. ¿Nunca lo pensaste?

–¿Nunca qué?

–Tenés un nombre compuesto por sustantivos. Un nombre clásico. Los griegos eran maestros usando los dardos. Y navegaban mucho, aunque bastante mal, no empleaban bien las velas. Pero no podían navegar si no contaban con buenos cabos.

–Nunca lo había pensado. Y esos dardos, ¿estaban envenenados?

–Qué pregunta, Lito. A veces sí. Uno de sus hijos mató a Ulises ya viejito, con un dardo envenenado, pero sin querer. Pero no era Telémaco, el primogénito.

Dardo hizo silencio. Tenía una vaga noción sobre Ulises; de Telémaco, ni hablar.

–Entre los metalúrgicos amigos de mi padre hay un Ulises, un goruta alto y flaco, con un corazón de oro. Siempre quería manejar las máquinas más nuevas. Estaba fascinado con las máquinas y había tenido algún que otro choque con el delegado gremial de la fábrica; él era planta.

No era el mismo, se dijo divertido, para sus adentros.

–Al cabo, Cabo, atando cabos –disparó María Cristina entre risas–, Ulises trepó por el cabo hasta el tope del mástil, donde sus compañeros lo ataron con unos cabos bien fuertes. Así divisó el cabo donde estaban agrupadas las sirenas y las pudo escuchar. De cabo a rabo.

Le contó correctamente la historia, que Dardo mal recordaba.

–Ulises era muy astuto, aunque en honor a la verdad, fue Circe, esta vez, la que le pasó la precisa, le advirtió el peligro y le sugirió cómo podía hacer si quería darse el gusto de escuchar a las sirenas y vivir para contarlo. No sé por qué este detalle, que nos hace quedar bien a las minas, aunque se trate de una diosa, tanto da, se omite siempre. Circe lo quería un montón a Ulises y evidentemente no era rencorosa. Ulises se iba para siempre de su lado y ella hizo lo posible para que

llegara vivo a su isla, Ítaca, y a los brazos de Penélope. Una diosa gamba, Circe. Tal vez le gustara hacer culto de su nostalgia.

–¿Y dónde queda esa isla Ítaca?

–No se sabe bien, pero seguro en el Mediterráneo.

–¡Italia! Pizza. Tengo hambre. Vamos al Cuartito.

–Sí mi general, ¡otra que cabo!

–General hay uno solo, pero la mejor pizza es El Cuartito. Esperá que voy al baño.

–Dardo, estamos en La Paz, no sé si te diste cuenta, aquí no hay ni jabón ni papel higiénico ni en el baño de damas.

–En el boliche de mi barrio tampoco –se alzó de hombros.

Regresó con las manos húmedas.

–Me acuerdo que cuando era chico –dijo– mi viejo me contaba un chiste que siempre me hacía reír. Están un cabo y un colimba y el cabo le dice: a usted le toca dormir en ese catre. Pero el colimba era lungo, entonces dice, no cabo, mi cabo. Y el cabo medio se chiva, y le contesta: ¡burro! ¡No se dice cabo, se dice quepo! Y el colimba: no cabo, mi quepo.

–¡Qué plato! –dijo María Cristina entre risas. Era uno de esos chistes que de tan malos son buenos, a María Cristina siempre le habían gustado.

Enfilaron por Corrientes buscando Talcahuano.

–¿Nos alcanza la guita? –preguntó Dardo–. En El Cuartito no se puede hacer un pagadiós.

* * *

–Dardo –le pregunta Antonio–, ¿vos dejaste arder tu vela por las dos puntas?

–¿Cómo?

Silencio. Mudos los tres. Dardo se rasca la barbilla. Cae.

–Mirá –fija sus ojos en la Negra, ninguneando un poco a Antonio–, aquí leo de todo. Se publican muchas boludeces últimamente. Pero sí, la verdá es que quemé mi vela por las dos puntas. ¿Sabés dónde lo entendí eso? En Foucault –una miradita de soslayo a Antonio, por fin–. La militancia cínica. Los cínicos eran como unos nietos berretas de Sócrates, si lo entendí bien al franchute. Bueno, ellos hacían de la propia vida y de la filosofía una sola cosa, era lo mismo. Filosofía, futuro y vida eran todo uno. Y yo me encontré allí. El cinismo, enseña Foucault, es mucho más una actitud, un modo de ser, que una doctrina. Es el coraje de uno mismo de ser su propio creador; no me faltó tanto como a ustedes les parece, ese coraje. Ojalá no me consideren presumido, pero Foucault da cuenta del cinismo a partir del tema de la vida como escándalo de la verdad, del estilo de vida, de la forma de vida como lugar del surgimiento de la verdad. Rastrea la transferencia del cinismo a la cultura europea moderna, a través de las prácticas ascéticas cristianas, “un cinismo antiinstitucional, que calificaría – dice– de antieclesiástico” –para un plebeyo impenitente como yo, algo muy interesante–. Pero no solamente. Dice que lo encontraríamos, al cinismo como forma de vida, en el escándalo de la verdad, “en las prácticas políticas”. Pucha. Dice “la idea de un modo de vida que sea la manifestación irruptiva, violenta y escandalosa de la verdad, forma y ha formado parte de la práctica revolucionaria... la revolución en el mundo moderno no fue un mero proyecto político, fue también una forma de vida... la militancia como testimonio por la vida, bajo la forma de un estilo de existencia... debe romper con las convenciones, los hábitos, los valores de la sociedad”. Y se interna, Foucault, por unos caminos llenos de peligros, porque dice que la militancia “debe manifestar directamente, por su forma visible, por su práctica constante y su existencia inmediata, la posibilidad concreta y el valor evidente de otra vida, otra vida que es la verdadera vida”. Y que al cabo dotará de un contenido bastante preciso a la vida cínica: la vida no disimulada, la vida independiente, la vida recta y la vida soberana. Por supuesto, es difícil, si no imposible, estar a la altura. Pero lo que retengo es la posibilidad concreta de otra vida y su valor evidente. El coraje y el escándalo por la verdad. La pregunta obligadísima es: ¿Foucault está pensando en el hombre nuevo? Decididamente mi respuesta es no. El abrazo militante a la verdadera vida no pretende cambiar el corazón de los hombres, no

puede mezclarse una cosa con la otra. Hay que dejar a la gente en paz, no es pa'todos la bota e'potro. Es el militante, no el político convencional, no el hombre común, el que puede a duras penas intentar llevar una vida no disimulada, independiente, recta y soberana. Y hacer de la fuerza antiinstitucional de su vida, de su fuerza antieclesiástica, un revulsivo permanente contra las instituciones y los cleros, entendiéndose por tales, claro, no únicamente los religiosos, sino todos aquellos contra los que debe chocar el impulso plebeyo si ha de sobrevivir. El viento de la igualdad debe soplar incansablemente, del mismo modo que una bandera no se mantiene enhiesta sin ese soplido de la tierra, la igualdad lo precisa. Pero no es el hombre común el que debe soplar.

—¿No te parece un poco mucho, Dardo, lo que te atribuí? No quiero y no debo retarte, no tengo derecho a tanto, y nos sobran motivos para ser indulgentes unos con otros. Pero no desconocés que el síndrome de hubris acecha en la raíz de cada épica. No me quiero meter con Foucault —dijo la Negra—, pero quien tiene el coraje de espetarle a la ciudad la verdad a la cara, de la verdad dueño se siente.

Dardo pareció estar dialogando desafortadamente consigo mismo.

—...y nos denigran todavía diciendo que el MNA era un grupo de choque. Qué pelotudez. Se olvidan de las masacres de junio del 55, de los Comandos Civiles, de los fusilamientos del 56, de los bolches asaltando los sindicatos, de las juventudes cadeneras de la zurda...

—Dardo, esa retahíla ya la hiciste.

—Sí, querido Dardo —Ignacio abrió a boca; los chicos no lo esperaban, pero ya no se sorprendieron—, no te vayas por las ramas, que no te faltan recursos para defender las ciudadelas que los chicos están asediando con tanto denuedo.

Parece que a Ignacio eso de las elecciones vitales le gustaba. Dardo sonrió.

—No entiendo la política de otro modo. Si uno ha de tener coraje, el único que importa no es el coraje físico, es el de decir la verdad a los que no la quieren oír.

—No esperarás —dijo esta vez Antonio— que concordemos con eso, Dardo.

—La violencia se respiraba todos los días, y era abrumadoramente aplastante

contra los peronistas; y estaba aplastantemente dirigida a poner a todo el mundo en su lugar. ¿Se acuerdan del almirante que se acercó a los sindicalistas que esperaban audiencia con Lonardi, y tuvo la gentileza de ser claro con ellos? Bueno, después de todo se lo merecían. ¿Qué hacían ahí? Antesala, eso hacían, y el que hace antesala no se puede tapar los oídos. Pero por lo menos tuvieron la honestidad de contarlo, el coraje de la verdad, je. Ah, ¿no se acuerdan? Se acercó y les dijo: “señores, quiero que sepan que esta revolución se hizo para que el hijo del barrendero muera barrendero”. ¡Grupos de choque! ¿Qué querían? ¿Que fuéramos a las manifestaciones como carmelitas descalzas? ¿Qué otra cosa podíamos hacer como no fuera decir la verdad? El empeño de modelar la materia incoherente y vertiginosa de que se componen los sueños –leyó Dardo, desafiante, de un libro invisible– es el más arduo que puede acometer un varón; lo escribió Borges, es uno de sus cuentos más fascinantes, aunque, la verdad, no sé por qué tiene que explicar tanto al final, la última frase está literariamente al cohete, subestima al lector, pero bueno, yo saco esto del empeño de modelar los sueños, lo saco de contexto, lo tomo en sentido... literal. ¿Qué diferencia hay entre decir la verdad y empeñarse en modelar nuestros sueños?

–No encaja del todo bien, Dardo, la exaltación de ese empeño, y el rechazo a la organización totalitaria del deseo –objetó Ignacio.

La discusión parecía haber alcanzado un nivel de entropía del cual los cuatro eran conscientes, pero todos querían creer que era solo aparente. Quizás con razón.

–Dardo, volvamos, entonces, a hablar del amor en tu vida, no te has negado a hacerlo, pero apenas has empezado.

Dardo fingió fastidio.

–¿En qué libro de Victor Hugo? –les pregunta. Ellos no saben de qué está hablando–. Mi novia es la república, era un tipo que hablaba desde las barricadas parisinas, en la revolución del 48 me parece. No sé qué mierda –disculpá Negra– le preguntan sus camaradas y él contesta eso. Mi novia es la república. No, para mí no, nada que ver, mi novia no fue la revolución, fue María Cristina.

Esta vez les tocó a los chicos fingir desconcierto.

–Concedamos por un momento –prosiguió Dardo– que mi vida tiene algún interés, que soy, si se quiere, una figura algo legendaria. Bueno, en ese caso, lo

que ha hecho posible eso de mí es el amor. Mi amor con María Cristina. ¿Qué sería de mi póstuma figura sin mi vida con ella? Muchas veces me imaginé un Dardo Cabo sin un gran amor, al que solo se le conocieran asuntos, o nada. Muchas veces me imaginé con el perfil de tantos guerreros desolados. Mi vida fue dura, pero le agradecí a la vida no ser así. Con un lugar común, me humaniza mi amor por ella.

–A vos te salvó María Cristina... pero ella hizo expresivo algo profundamente tuyo, disculpá –dijo la Negra, enternecida, cursi.

–Porque ¿qué se puede hacer con el amor como no sea vivirlo? El amor me hizo otro, pero... María Cristina me ayudó a reacomodar en mí unas cuantas cosas, porque todas tenían que ajustar cuentas con su amor. Y me dio... un espejo... una estima, saben bien, no era lo mismo. Algo diferente a una estima paterna o la de los camaradas, los compañeros –se corrigió–. Pero también tomé decisiones importantes sin ella, aunque no sin su amor... Jugarme por entero desde 1970... ella me lo reprochó, la mía fue una atropellada. Decidí solo.

Junio de 1966. María Cristina y Dardo están sentados uno junto al otro en un café, Los amigos, Paraná al 700. Contemplan distraídamente los transeúntes mientras discuten sobre las islas Malvinas. Dardo tiene un brazo cruzado sobre el hombro de María Cristina y, de vez en cuando, la besa. Los besos prosiguen la discusión y la discusión prosigue los besos. Dardo, algo excitado, suelta consignas, como que es un imperativo luchar por dos regresos, el de Perón y el de Malvinas. María Cristina percibe que Dardo habla en serio. Le parece que no hay mucha gente interesada en alguna de las dos cosas. Pero Malvinas es una causa nacional, contesta Dardo, de todos los argentinos. ¿De todos? ¿También de los gorilas? Los gorilas no son argentinos, eso quedó definitivamente claro después del 55. Y... ponele, ¿Illia no es argentino? ¿Y Frondizi, ese que quisiste matar? Esta vez fue María Cristina la que acercó su boca a la de él, como para atemperar el golpe. Yo no quise matar a ese hijo de perra, pero mirá, no sé, no sé si son argentinos o no. Ah, bueno, porque por las Malvinas darían la vida. Como vos.

–Hay que ver.

–Caso a caso –rio María Cristina–. Basta de volar –continuó ella–, te cuento una,

mi viejo la sabe por un general amigo, va a venir el Duque de Edimburgo, la fecha no está fijada, a Illia no le dan mucho tiempo, obvio, vendría después, además el gobierno radical no quiere la visita.

–¿Y quién es el Duque de Edimburgo?

–El marido de la reina de Inglaterra.

–¿Y qué?

–¿Y qué? Que la cosa va a estar movida con Malvinas, gil, porque para septiembre Argentina vuelve a presentar el tema en Naciones Unidas, va a ir el canciller.

–Claro, si sigue Illia –asiente Dardo–, no pasa nada, pero si llegan los milicos se van a sacar la grande.

–¿Mirá si las recuperan? –pregunta María Cristina. Diligente, aparece el mozo trayendo los tostados pedidos. Nuevos besos cierran el diálogo malvinense y, mientras se zampan los sánwiches calientes, Lito le enseña, tal como había prometido y con entonación apenas pasable, rimas y coplillas de la Resistencia, que han alcanzado ya una consagración trémula, crepuscular.

–¿Te acordás de Fumando espero? –Lito invoca el sensual tango español–. “Fumando un puro, me cago en Aramburu, y si se enojan, también me cago en Rojas, y si se siguen, se siguen enojando...”.

–Ay, Lito, qué mal gusto, pará.

Lito se ríe. Le hace caso.

–Prefiero la versión original –prosigue María Cristina–. Es el tango más erótico que conozco.

–No hay muchos tangos eróticos –asiente Lito.

–Bueno, A media luz...

–Sí, pero...

–Parece un tango español, Fumando espero –corta ella.

–Sí, pero es argentino –dice Dardo, equivocado–, todos los tangos son argentinos o uruguayos, qué joder. ¿Sabés por qué este parece español?

–No.

–Porque lo canta Sarita Montiel en El último cuplé, al final es la versión que más se conoce. Y mi viejo me contó, recuerdo que se puso un poco colorado, que le censuraron una estrofa, precisamente la más erótica. Algo así como: ...tras la batalla, en que el amor estalla, un cigarrillo, es siempre un descansillo, y aunque parece, que el cuerpo languidece, tras el cigarro crece, su fuerza, su vigor...

–¡Guauuuu! –expresó María Cristina–, no te puedo creer.

Junio de 1966. Se reencuentran dos días después, en Los amigos. Qué te pasa, Lito, estás como con bronca y junando. Sí, junando cómo todo esto se va a la mierda, estoy. Pero qué, Dardo, ¿qué te pasa? Estamos en pampa y la vía, y no sé para dónde rumbear. Nunca me sentí más solo políticamente. Eso me pasa. Pero ¿y el MNA? ¿No te das cuenta, flaca? Estoy afuera del MNA. Son una secta, no una organización peronista. Están esperando el golpe, con ilusión, y mientras tanto me acusan a mí de vandorista. Estás muy bravo, Dardo, sosegate, hacé el favor. Tengo que hacer algo, alguna cosa que me saque de este punto muerto. Dardo tenía una expresión desolada de dar lástima. Mirá, si querés hacerme recordar a los personajes de mis piezas teatrales no lo vas a conseguir, te lo juro –María Cristina lo miró como jamás lo había mirado antes. Dardo se asustó–. Y si lo conseguís no me ves nunca más. Esos personajes son repugnantes, encerrados en jaulas imaginarias y que se han construido ellos mismos. Jaulas ruinosas, que se derrumban a su alrededor, pero ese derrumbe inexorable no los libera. Los matan el hierro oxidado, el polvo de ladrillo de las paredes que caen lentamente, los ahoga el peso de los gobelinos raídos. Vos no sos de esos, Dardo, estás hecho de otra madera y por eso te quiero, o ¿qué te creés? ¿Que te quiero porque estás bien? Si jugás a ese juego de hundido simplemente no te lo voy a perdonar. Dardo acusó recibo. Nunca le había hablado así una mujer. Miró a María Cristina y mientras lo hacía sintió que recuperaba el orgullo. No aclaró más nada, no hacía falta; está bien, le dijo. Mirá, olvidémonos por un momento del MNA, son un estorbo. Creo que hay que

dar por descontado que golpe va a haber, y pronto; mi temor es que los sindicatos más poderosos, incluyendo al Lobo, claro, le arrimen más fuerza y que eso sea más que un movimiento circunstancial, y que dejen descolocado a Perón, ¿me entendés? Si se consolida un pacto de ese tipo, del retorno de Perón habrá que olvidarse. María Cristina estaba viendo ahora al Dardo de siempre. ¿Y qué podrías hacer? ¿Hablaste con el Lobo? ¿Y tu viejo? Claro que les hablé, a esos dos. No largan prenda. El Lobo –pronunció el apodo con forzado desprecio–. No conozco a nadie que tenga su autocontrol. Cuando quiere es un témpano. Y mi viejo está confuso. O no sabe nada o sabe algo y no lo puede soltar. Mirá, lo que quiero es hacer un operativo, de mucho ruido y pocas nueces, asaltar La Prensa, subir una bandera peronista a la cúpula del Congreso, qué sé yo. Pero para cualquiera de esas cosas necesito algo de dinero, hay que comprar tipos, algunas armas, en fin. Los cumpas están, pero eso no alcanza. Vos podrías proporcionarme algún dato, escucha María Cristina perpleja, un punto con mucha tela en la casa para atracar, algo fácil, alguna familia bacana de las que conocés. Estás chiflado, Dardo, ni loca te ayudo para eso, vos no sos un chorro, sos un militante político, se ríe nerviosa, vas a ir en cana por chorro, estás loco. Aunque sin convicción, Dardo insiste. María Cristina está alarmada, ve merodear el peligro en torno a Dardo y ve la dificultad para maquinarse una salida. Para más inri a la soledad de Dardo se agrega estar inerme al lado de gigantes que juegan un ajedrez opaco, inescrutable, en el que no puede ser más que un peón. De repente le viene a la cabeza la conversación de días pasados.

–Hacé algo por Malvinas... ¿no te importan tanto las Malvinas?

–¿Y qué querés que haga? –se hizo el desentendido.

–Las podemos ocupar; ¿no me dijiste que tienen eso en la cabeza, todos ustedes? Nadie te va a tomar por delincuente, y la repercusión va a ser de órdago.

–Vos me estas cargando, María Cristina.

–Pero te estoy hablando muy en serio, Lito.

–Y cómo... están muy lejos... ¿cómo llegamos? A nado. Yo sé nadar, ¿sabías? Aprendí en... ¡la única forma es en avión! ¡Vamos en grupo en un avión!

–Lito, caé, ¿de qué avión me hablás? No hay vuelos a las Malvinas.

–¡Secuestrando un avión! ¿Cómo no se me ocurrió? Un avión que vuele al sur, a Río Gallegos, a Comodoro Rivadavia, qué sé yo.

–No creo que sea tan difícil, no te revisan nada, se puede entrar con chumbos...

–Pero cuántos...

–Todos, bólido, los del MNA, los nuestros, algunos de tus amigos...

–Hace falta una ponchada de guita entonces; y sí, no es nueva, la idea... si se puede hablar de juventud peronista... la tuvieron en el magín unas cuantas veces, era el tercero de unos golpes resonantes...

–Ya me lo contaste, Lito –la suerte del sable del general San Martín le importaba un comino–. La conseguís, la guita, de tus amigos los meta, la idea les va a encantar.

–¿Les va a encantar? Están negociando el golpe, ¿y les va a encantar?

–Dardo, ¿vos qué sabés? ¿No me decís que no te largan prenda? Y hay un diario, sabés, que si tiene la primicia... y una de las revistas, para la que hago notas, seguro también se pone... y un empresario peronista... también.

–No me hables de ese turro que te quiere levantar...

–Pero ¿vos confiás en mí? Sí, confiás. Entonces no tiene importancia lo que él quiera o no. Si tenemos un buen plan va a abrir los ojos así. Su diario le importa más que las polleras.

–No me refiero al del diario, me refiero al empresario –dijo Dardo rabioso. Estaba transfigurado; el Dardo fiero y adusto que minutos atrás le pedía que entregara un punto había dado paso a un niño dominado por el entusiasmo, exultante. Y el entusiasmo era contagioso y María Cristina descubría algo que Dardo ya conocía, aunque poco: el goce de la acción en común.

* * *

Entre discrepancias, el término lo introduce la Negra. Lucidez. Antonio salta: la causa Malvinas es el epítome del nacionalismo argentino. ¿Qué lucidez? Vamos. ¿Unir a los argentinos? Antonio y la Negra discuten, con un Dardo convidado de piedra. Si al MNA no le interesaba unir a los argentinos –acomete Antonio, que iba dándose manija–, los argentinos estaban divididos entre peronistas y gorilas y así debía ser, había que expulsar a los gorilas, por lo menos expulsarlos del poder y de todo lugar de habla. Lo de ganar a las clases medias, lo de “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”, la unidad nacional y la democracia integrada vinieron después, un siglo después, no seamos anacrónicos. La Negra no afloja: unir a la sociedad en contra del imperialismo. – Sí –dice Dardo, divertido. Malvinas venía al dedillo para eso porque era una causa antiimperialista y porque era la única que unía a todos los argentinos. Metíamos a todos, de prepo, en la bolsa del antiimperialismo, aunque fuera por un rato. La Negra: la elección era lúcida. Antonio no se conforma: meter a todos de prepo no es unir a los argentinos. Es jugar al máximo con una ambigüedad a la larga explosiva. La política es así, contesta la Negra. El populismo... –El populismo está bien un poco, pero tanto no. Los no peronistas no pueden ser considerados como estando y no estando en el campo de los argentinos. Cuando les conviene –Antonio incluía esta vez a la Negra y a Dardo–, todos los argentinos son argentinos y cuando no les conviene, la mitad de los argentinos son la antipatria.

Los tres aprecian el silencio de Ignacio, pensativo.

Julio de 1966. Dardo leyó ante sus camaradas en el número de abril de 1966 del Nueva Argentina: “La Revolución Nacional se hace necesidad biológica en la Argentina”.

–Y dale con la Revolución Nacional; ¿qué quiere decir autonomía? ¿Vamos a seguir en la torre de marfil –estaban en el bar Suárez, les gustaba merodear por el centro–, perfectos vigías de la ortodoxia a los que nadie da bolilla? ¿Y cómo creen que les van a dar si están jugados hasta el cuello con la Revolución Argentina? Necesidad biológica. ¿Por qué no se dejan de joder? Me tienen harto, les dije, por primera vez, sin ambages. Salió del bar. Ya no pertenecía al MNA. Esa misma tarde el Consejo de Militantes improvisó una reunión y lo separó de la organización.

Unas mañanas después Rial pasó por su casa, Dardo no estaba. Regresó al mediodía y la abuela lo enteró. Supo que también lo había buscado por el sindicato. ¿De qué se trataría? Se inquietó. ¿Tendría algo que ver con el Operativo? Américo era del todo confiable, no le iba a armar ninguna. ¿Pero habría algún problema? Caminando fue hasta el local del MNA, lo encontró casi desierto. El único chico presente, que Dardo mal conocía, de guardia, no le supo decir nada de Américo. Este juego de desencuentros inquietó más aún a Dardo, que ya se estaba haciendo una película algo tétrica: el operativo en peligro. La ansiedad lo llevó a tomar un colectivo hasta la casa de Américo; los padres lo trataron con calidez, pero su camarada no estaba. Se resignó a regresar a su casa, estaba tenso y exhausto. Al volver, la abuela se acordó de que Américo esa mañana había dejado un paquete. Contrariado, Dardo lo abrió y comprobó que se trataba de ejemplares flamantes del Nueva Argentina, fechados ese mismo agosto. Unas breves líneas, amistosas, lo instaban a distribuirlos entre los compañeros del sindicato. Lo tranquilizaron. Ningún problema, simplemente el entusiasmo juvenil de quien se dispone a dar a conocer su verdad al mundo entero. Típico de Américo.

Dardo leyó mientras comía: “La última oportunidad. La caída significa el fin del régimen demoliberal... el movimiento del 28 de junio será el definitivo ocaso de la democracia de los políticos... se abren perspectivas de construir el Estado Nuevo... cumplimiento de la misión universal de nuestra patria... disolución de los partidos y el parlamento como un buen punto de partida”. Carajo, se dijo, Perón pidió desensillar hasta que aclare, pero mis amigos se montaron a otro caballo. Esta sí que no me la esperaba. ¿Ya habrá aclarado? Al final, tanto celo para defender la autonomía, y la regalan así. Tanta crítica al vandorismo y parecen más vandoristas que... El temor se introdujo una vez más en su espíritu: ¿lo acompañarían? Pero consiguió ahuyentar ese fantasma, no se la iban a perder, los tenía bien agarraditos. Y en el Alemán confiaba sin reservas. Prosiguió la lectura: “esta es la última oportunidad de encauzar el país por medios incruentos. La caída de este gobierno significaría el comienzo de la guerra civil. No nos asusta porque para nosotros la vida es combate, pero nos duele porque la guerra civil sería el definitivo fin de nuestra nación”. En esto no se equivocan tanto, pensó. Aunque, lo queramos o no, ¿no dependerá precisamente de una guerra civil el renacimiento de nuestra nación? Dardo se sobresaltó con la idea. La pregunta quedó repicando en su cabeza, entre el sí, el no, el no sé, el pero, el quizás. Hasta que, entre conjunciones y adverbios, el molesto interrogante rebotó por un segundo en un ojalá. Se dio cuenta por qué. Porque él muchas noches soñaba con meterles un tiro en la frente a Aramburu y

Rojas. Para empezar. Una cosa sabía: que estaban perdiendo una batalla tras otra, que los peronistas se estaban resignando, los trabajadores ablandando porque, después de todo, no los empujaban a la miseria, y que las ilusiones de un golpe de mano, militar, palaciego, lo que fuere, que trajera expeditivamente al general, hacía mucho tiempo ya que se habían disipado. De pronto se sintió ridículo. La guerra civil podía ser quizás necesaria, pero al mismo tiempo era imposible. Y Perón allá, desensillando hasta que aclare, y estos tarados acá, celebrando con rumbo el advenimiento del Estado Nuevo.

Julio de 1966. –¿Ustedes qué tienen? No tienen nada, pibe –el Colorado Ramos discurría implacable. Su temible procedimiento consistía en destruir al interlocutor para recoger luego lo que quedara de él. –Nada nuevo, sobre todo. Inventaron la pólvora. La voluntad, la rebeldía, la violencia mesiánica, ¡el culto al coraje! La acción redentora –comprobó que su interlocutor se sentía vapuleado–. La pureza juvenil –le gritó–, la entrega, el sacrificio. No me hagas reír. Se las dan de creadores de una estética, lástima, llegaron tarde, copiones. Esa aureola romántica del nacionalismo, no digo que no sirva para levantarse minas –el Colorado había visto ya a Dardo acompañado de María Cristina–, pero es del siglo XIX. ¡Ah! Y paren de hacerse la paja con la seducción de las masas, no van a seducir ni al gato que duerme en la CGT. Eso de arriesgar la vida por la causa no es más que la nube de pedos que tienen en la cabeza. Son tan cipayos como los que dicen combatir. Ese fanatismo antimarxista, esa paranoia los ridiculiza, los aproxima al Partido Comunista que odian. Y encima son antisemitas.

Dardo se había aguantado la zurra hasta ese momento, pero ahí reaccionó. ¡No somos antisemitas! El peronismo no es antisemita. ¿Y ustedes qué tienen de peronistas? –el Colorado no daba tregua–. ¡Todo! ¿Todo? Ustedes desprecian a Perón, al que consideran demasiado mediocre para ser fascista. Dardo se puso rojo.

¿De vergüenza o de ira? A Ramos le importaba poco. El general se los va a coger. Acordate lo que te digo. Dardo lo miró fijo. No estaba acostumbrado a ese lenguaje. Yo luché contra la Fusiladora –montó en cólera–, estuve preso con el Conintes, soy... Sí, ya sé –reconoció Ramos frescamente–. ¿Por qué te creés que estoy aquí conversando con vos? Pero sos un paparulo. Si estás con una manga de pelotudos sos un pelotudo. Conversaban en soledad. El subsuelo de la librería

cuyas lucernas dejaban ver las piernas de los transeúntes estaba desierto. Mirá, así sos vos. Como un caballo de sulky. ¿Por qué corre el caballo? Huye del rebencazo, pero el rebencazo siempre lo alcanza, porque él se lleva consigo al sulky. Vos sos igual. No te das cuenta, como el caballo.

Julio de 1966. Los militantes del MNA se mostraban reticentes. Dardo presintió que las dudas no eran tan genuinas, lo que hacían era elevarle el precio a su conformidad. Pero los necesitaba. No podían ser menos de quince y además la organización iba a conferir al operativo una entidad. ¿Qué podrían decir, si no? ¿Un rejunte? ¿Un grupo de protegidos por la UOM? Esto le preocupaba. Los pibes sabían que él había obtenido el visto bueno del Lobo, y algo más, y por más que él argumentara que los meta estaban colaborando con una iniciativa netamente peronista, ellos le echaban en cara, remilgándose, el coqueteo vandorista con el régimen. A Dardo le parecía el colmo de la desvergüenza: no había leído en vano los números recientes del Nueva Argentina, que trasuntaban un singular entusiasmo por “un histórico cambio de época”. Pero les echaba en cara este respaldo con gran cautela: si se dejaba llevar por la bronca podría pudrirse todo.

—Muchachos, no me van a negar que si ocupamos Malvinas a Onganía lo dejamos completamente en orsai. Vandor no va a ganar tanto, pero Onganía va a perder mucho.

Silencio. El argumento de Dardo era fuerte.

—Compañeros, hacemos triplete. Les mojamos la oreja a los ingleses; sobrarlos a esos piratas... no es poco. Le embarramos la cancha al entreguista de Costa Méndez, y, lo más importante: ¡la bandera argentina va a volver a flamear en las Malvinas! ¿Pica clavada por quiénes? Por unos jóvenes argentinos y, subrayo, peronistas. Por primera vez en más de un siglo. Se va a armar un quilombo bárbaro entre los milicos. El impacto de la toma puede ser incalculable. Con Costa Méndez y el príncipe de Edimburgo, Onganía no se va a poder poner al frente, pero ¿qué puede pasar en el Ejército?

—Y vamos en cana.

—¿En cana por defender la soberanía en las Malvinas?

–Creo que hay jueces que... –dijo María Cristina, conciliadora.

–¡Mejor! –dijo Alejandro al mismo tiempo; si por él fuera ya se iba nadando. Dardo pensó, a contragusto, que Giovenco era su carta más fuerte dentro del MNA.

–Mirá, Dardo –objetó su amigo Pfaffendorf–, la luz verde nos la da no se sabe bien quién, si García o ese milico conelquel habla... ¿Cómo podemos saber que no nos están haciendo una cama?

–¡No podemos! –dijo Dardo–. Es correr el albur. –Dardo no tenía la menor intención de macanear. Si macaneaba iba al muere.

–Pero vive gente allá –dijo el más dubitativo.

–La vamos a respetar. No entramos a Puerto Stanley. La isla está casi desierta. Lo van a saber, claro, precisamos que lo sepan para que se arme el quilombo. Pero no los molestamos. Y tal vez algunos quieren recibirnos con ganas.

–Bueno, Dardo, aterrizar con un avión secuestrado y por la nuestra... Los kelpers se van a cagar en las patas. Nos van a odiar.

Dardo trata de zafar.

–Quién te dice. A lo mejor damos vuelta la tortilla... Todo está relacionado. Ese milico de García, si existe, nos hace el campo orégano porque quiere reventarlo a Costa Méndez, que es un entreguista, ¿o no?

Todos entendieron. Las alternativas eran apenas dos, levantar o seguir.

–Dardo, eso del campo orégano –dijo el más chicanero– ¿dónde lo aprendiste? ¿Te lo enseñó García? –Pero la miraba a Verrier, que no pudo contener la risa. Y la siguieron todos.

–Muchachos, ¿se dan cuenta de que el MNA se va a dar a conocer en todo el país?

–Pero si no vamos a ser todos del MNA.

–¿Qué les importa? Les dije ya, los demás chicos son todos sueltos. ¿Quién se va

a oponer a que la operación se presente como del Movimiento Nueva Argentina?

–¡Operativo Cóndor! –gritó el Alemán Pfaffendorf. El nombre era insuperable. El emblema del MNA era un cóndor con flechas en sus garras. Dardo se dio cuenta de que la partida estaba ganada. Los cóndores no sobrevuelan el Atlántico Sur, pensó el Alemán, pero supo ocultar ese detalle.

–Muchachos, yo soy el jefe –dijo Dardo–; viene María Cristina –consiguió que no le temblara la voz al decirlo. Se apresuró a agregar–. Al segundo jefe lo eligen ustedes. Dardo sabía que se estaba comprando un dolor de cabeza, pero menos no podía ofrecer. Sabía que el segundo sería el tenebroso Alejandro Giovenco.

* * *

–Hay algunas fotografías tuyas... No muchas... ¿Te encontrás?

–Sí, en dos me encuentro. Aquella con María Cristina, estamos los dos riendo, me acuerdo bien por qué.

–¿Por qué?

Un Dardo vacilante miró a la Negra a los ojos.

–Dale, Dardo, decí.

Antonio solía temer que la Negra fuera demasiado lejos. Ella se mandaba sin tapujos.

–La noche anterior nos habíamos encontrado después de varios días. Eso era mucho. A la mañana cayeron algunos muchachos, ya empezábamos a tramar Malvinas. El Alemán andaba seguido con una cámara, bastante berreta, una Paxanar, se la sacaba al padre, nos dijo que quería una foto nuestra. Estamos sentados, yo le pasé el brazo a María Cristina por el hombro, y ella me preguntó bajito si la había pasado bien esa noche. El Alemán nos dijo que nos quedáramos quietos y miráramos a la cámara. Pero yo le respondí a Cristina que la había

pasado estupendo, aunque había tenido una pequeña dificultad. ¿Cuál? Y, que sentía que estábamos cumpliendo el deber de procrear. Nos cagamos de risa, el Alemán no entendió, pero sacó la foto. Por eso parece una instantánea, porque el Alemán se abatató y no hizo la de siempre, era muy cuadrado para eso.

Febrero de 2013. A mí en un momento Dardo me dice de ir, y estuve a un tris. Aunque no tenía nada que ver con el MNA, me encantó la idea –Roberto se detuvo un segundo, dio una pitada a un cigarrillo recién empezado y lo apagó con un gesto casi violento mientras observaba a sus jóvenes interlocutores–. Pero mi temor... yo estaba muy apretado en el trabajo, y estaba casado, ya tenía un pibe. Los que fueron eran bastante lúmpenes, ¡yo necesitaba los mangos! Él me dijo un día, de buena onda, no, mejor no vengas, yo sé que ideológicamente estás. Dardo venía de un hogar donde sus padres eran grandes militantes... Armando llegó a estar en la antigua penitenciaría de Las Heras, la cerraron antes de que ustedes dos nacieran... preso con Framini. Lo apreciábamos mucho a Framini, las 62 de Pie, los apoyábamos a las piñas contra el entreguismo, Vandor y el peronismo sin Perón, estaba ligado a la embajada norteamericana y las FFAA. En 1972 Perón nos contó en Madrid... le dijo al Lobo la última vez que lo visitó, el pueblo perdona, pero los intereses que están con usted, esos no perdonan... Guárdese un tiempo... Pero disculpen, me fui por las ramas... Así que yo supe del Operativo, pero no participé, acompañar sí... estuve en algunas reuniones. Varios teníamos dudas sobre cómo se conseguían algunas cosas, como mínimo era sospechoso. Héctor Ricardo García estaba desde el principio. De los que yo conocía personalmente, no tengo dudas... el hecho fue magnífico, extraordinario, pero reitero, no sea cosa que te estén utilizando, es llamativo que en los primeros meses de un gobierno de ese tipo, con Onganía que era un obtuso, Imaz manejaba todo... uno se da cuenta, cómo eran utilizados, cómo fuimos utilizados algunos compañeros que tratábamos de defender un proyecto nacional y popular... No tengo ninguna duda de que fue un objetivo de lucha por la soberanía nacional, pero al mismo tiempo me quedan incógnitas. Pero, con Dardo era una amistad con mucho grado de confianza, con Carlitos Caride, con ellos era una confianza que nos mirábamos y ya sabíamos lo que estábamos haciendo. El estar proscritos, en manifestación... resolvíamos todas las cosas improvisadamente, éramos un grupo de audaces, imprudentes. Pero, el Operativo Cóndor, ustedes lo saben, se hizo solo tres meses después de que asumiera ese pejerto de Onganía. Y había varios grupos de peronistas que estaban hablando con el gobierno. En el gobierno ya eran una

bolsa de gatos. Y sí, vandoristas y algunos más, conversaban, sospechábamos que se manejaban muchas cosas desde la embajada norteamericana... prefiero no acordarme... porque hasta nos trajo algún distanciamiento dentro de ese grupo que iba preparando el Operativo, los que no estábamos de acuerdo con el régimen de Onganía, y los que tenían algunas fantasías...

Septiembre de 1966. Aquella noche los dieciocho durmieron. Algunos con sueño leve, intranquilo, con momentos de ansiosa vigilia. Otros lo hicieron profundamente; el desasosiego que llevarían consigo a las islas no les mordió el sueño, durmieron de un tirón en la paz interior de quien siente consumado lo que ha decidido hacer. Todos durmieron; literalmente no velaron las armas, que se velaron por sí solas. Las armas tenían sobrada experiencia en velarse a sí mismas mientras dormían sus dueños, inquietos o tranquilos. Las armas que les había proporcionado a los muchachos la UOM estaban bien fogueadas – excepción hecha de los explosivos–. Compartían esa condición de fogueo con las hermanas que habían quedado en distintos locales del sindicato, o en manos de los pesados que solían emplearlas en el cumplimiento de sus obligaciones, o de los dirigentes que preferían –no era el caso, verbigracia, de Augusto Vandor– andar calzados. Y también compartían esas virtudes de templanza y aplomo (dicho sin ironía) con sus primas que se velaban a sí mismas en los sindicatos combativos, independientes o participacionistas, al cuidado de sus respectivos pecetos. Y también con los instrumentos de ataque o defensa –no olvidemos las cachiporras o las cadenas, que habían desplazado en las preferencias al ya decadente cuchillo o a la incierta navaja– portados por el sinnúmero contingente de militantes de todos los partidos democráticos y las formaciones políticas del tenso arco extendido entre el campo nacional y popular y el campo antinacional y antipopular, aunque no resultara del todo incontrovertible la ubicación de organizaciones como el Partido Comunista Argentino, de intachable reputación, por otra parte. Pero mal podríamos cerrar esta evocación de armas virtuosas que esa noche de dubitativos comienzos de primavera se velaban a sí mismas, olvidando las abuelas malditas de las que aquí se preparaban para hacer patria en los confines australes. Las armas, no del todo vetustas todavía, de los Comandos Civiles –también de reputación intachable– de la so called Revolución Libertadora, empleadas especialmente cuando les fue menester dejar tarjetas de visita en tantísimos sindicatos, y asimismo los fusiles Mauser, probablemente aún con olor a pólvora en la boca, utilizados en la ejecución de revoltosos contra el paredón del presidio de Las

Heras y en humeantes basurales suburbanos. Rememoración indispensable esta que nos introduce de lleno en el ancho mundo de tíos y tías, carnales, segundos, tíos abuelos, constituido por los inconmensurables arsenales de las fuerzas armadas y de seguridad que, para alivio y orgullo de todos los argentinos, hacían patente la vastedad generosísima de la familia de instrumentos de fuerza que saben velarse a sí mismos y se velaban en efecto en esa noche de Buenos Aires. Claro, es imposible omitir algunos miembros conspicuos de la familia, sin duda dignos de constar en la galería pictórica correspondiente, aunque más no sea imaginaria, como los tanques de guerra ligeros made in Argentina que, aunque ellos todavía no lo supieran, habrían de cumplir un papel glorioso en noviembre de 1972 en ambas orillas del río Matanza, en cuya memoria ya se conservaban muy bien las imágenes de un apacible paseo dado en 1959 por las calles del barrio populoso de Mataderos. Es imposible excluir, asimismo, algunos parientes turbios, de esos que mucho no nos agradan pero nuestra dignidad nos impide renegar porque la familia tira, como los camiones hidrantes, los percherones y sables de la policía montada y sobre todo –ay– las picanas eléctricas –cuya invención es erradamente atribuida al ingenio argentino, quizás por exceso de orgullo–, y cuyo stock nacional, en cálculos no del todo imprecisos, era a la sazón del orden de las 275 unidades, sabiamente distribuidas en comisarías, mazmorras y espeluncas de los organismos de seguridad (precisando algunas de reparación debido a un comprensible desgaste). Casi todas –casi, no todas– estas armas se velaban a sí mismas esa noche del 27 de septiembre de 1966. Silenciosas, invisibles, innumerables en unidades, especies y subespecies como las cucarachas urbanas, las armas sabían velarse a sí mismas mientras casi todos –casi, no todos– los Cóndores dormían, en beatitud o desasosiego. La gran familia de los fierros, con sus clanes, tribus y variadas composiciones, velaba consciente de las sagradas misiones para las cuales había sido manufacturada: el orden, el desorden, la venganza (también llamada ajuste de cuentas) y por sobre todo la justicia, la justicia eficaz, ya que nada podía haber de más justo que el hecho de echar mano de la fuerza para hacer justicia. Y la mayoría de las veces las armas ni siquiera vomitaban su fuego; apenas amenazaban hacerlo. Por eso, los dieciocho Cóndores durmieron, inquietos o sosegados, el sueño de los justos.

* * *

–Bonasso dice que es el primer secuestro aéreo de la historia mundial... que Crónica le ganó a la competencia, que en las fotos se destaca, al lado de tu “silueta longilínea” –así dice–, la melena rubia de María Cristina, menuda y atractiva.

–Tu mujer, Lito, ¿buscaba notoriedad, figuración? –pregunta Antonio–. Creo que como dramaturga no había encontrado el reconocimiento que esperaba. He leído algunas de sus obras... el esfuerzo que hace en ellas es muy grande. Pero son un grotesco elaborado desde el cual es difícil conectarse con el público.

–¿Notoriedad, figuración? Tanto como los demás componentes del grupo. Hay acontecimientos que cambian a las personas, ¿no?

La Negra se sintió muy incómoda con el comentario de Antonio, y se precipitó para desviar el rumbo de la conversación.

–Pero, en cambio –dijo–, viendo aquellas fotos me parece que pasa casi desapercibida la presencia alevosa de Giovenco. ¿Era tu rival?

–Sí, el Operativo tuvo muchísima repercusión, notoriedad, figuramos todos, por unos pocos días; figuración tan corta como intensa. No dejó nada, o casi, salvo un halo alrededor de mi longilínea silueta –Dardo sonrió–. Una reputación de héroe y loco. Hubo revuelo en varios círculos politizados, y en la bohemia cultural de la calle Corrientes, por la que pateábamos tanto, y en la que la melena rubia, eso es cierto, había alcanzado alguna nombradía como autora. Algo curioso, al final, nos daban más bola que los peronistas, pensamos. Queríamos pescar salmones y pescamos truchas.

–¿Y Giovenco?

–Era invisible. Y sí, ese tarugo rivalizó del principio al fin, pero, modestia aparte, no tenía con qué. Pero hizo daño. No te voy a negar que teníamos muchas ilusiones, no expresadas, con el Operativo. Una repercusión positiva entre los habitantes de la isla, un impacto revulsivo en los militares... Malvinas para nosotros era como la piedra filosofal, ahora lo puedo ver; ¿cómo era? Lo del búho de Minerva, Hegel. Quisimos que el Operativo, pasara lo que pasara, fuera totalmente incruento, y lo conseguimos. Giovenco intentó montar flor de provocación, ensuciar la cancha feo, no fue fácil pararlo. ¿Y los militares nacionalistas, que supuestamente estaban detrás de los que nos ayudaron? No existían, estaban completamente bajo la égida de Washington. En ese sentido fue

un fiasco, pero de lo que era pura ilusión. Esto terminó cambiándole el sentido no profundo, pero sí... argumental y táctico a Malvinas, totalmente, pero ¿qué querían que hiciéramos?

Septiembre de 1966. El vuelo 648 despegó con la madrugada. Tenían dos horas libres antes de entrar en acción. María Cristina sacó un libro, Filosofía del Arte, de Hipólito Taine, y se puso a leer. Él estaba demasiado inquieto como para eso; su mente se detuvo en aquel irlandés que dos años antes había estado cinco minutos en las islas, aterrizando en un monomotor. Bah, irlandés no, argentino. Había dicho que volar un par de horas sobre el mar no era ninguna hazaña, y que de los vientos en el sur se había hecho toda una leyenda. No era un fanfarrón el irlandés. Al rato Dardo comenzó a cabecear y adormilarse. En pocos minutos dormía. Súbitamente escuchó la voz alterada del piloto: pero es que este es el rumbo, uno-cero-cinco, ¿no lo ve? Se dirigía a él, a Dardo, de pie a su espalda con una pistola al cinto. Y ya llegamos mucho más lejos, continuó el piloto, más allá de las Malvinas, nos estamos internando en el mar, en dirección sudeste, como rumbo a las Orcadas, ¡pero la dirección es la correcta! Seguimos en la uno-cero-cinco. Dé la vuelta, entonces, dijo Dardo, imperativo, las habremos pasado, no las vimos, por las nubes. El piloto obedeció. Regresaron, todos en silencio, sobre la misma línea. Solo se veía la llanura azul oscuro del mar. Hasta que, para gran alivio del piloto y estupor de Dardo, divisaron la imponente meseta patagónica. La angustia comenzó a irrumpir en la ya caótica mente de Dardo, que ordenó virar otra vez 180°, alejarse de la tierra firme, venciendo todas las reticencias de piloto y copiloto. Otra vez, solo la llanura azul inconmensurable se presentaba ante sus ojos. Y el combustible ya se estaba acabando. Al piloto y a Dardo los unía la desesperación. –Pero –gritó el copiloto– ¿no se dan cuenta? ¿Cómo pueden no entenderlo? Estaba aterrado; Dardo llegaba a la misma conclusión pavorosa: las Malvinas no existían. El descubrimiento lo sobresaltó.

–¡Lito! ¿Qué te pasa? –Cristina, susurrando, lo sacudía del hombro mientras el libro caía de su regazo. Lito despertó; no le contó su sueño.

Septiembre de 1966. Dentro del DC-4, cuyo tren de aterrizaje se encontraba hundido ya en la turba, la temperatura había ido descendiendo hasta alcanzar

las marcas del ambiente exterior. Sus ocupantes habían agotado toda fuente de energía. Pasajeros, tripulantes, rehenes kelpers (hazaña de Giovenco que Dardo y María Cristina habían descubierto a bordo con estupor al regresar de una inútil y exasperante reunión con el gobernador inglés en su despacho), y titulares del Operativo Cóndor debían convivir así en un frío que si bien no era cruel, no daba tregua. Lo peor es que estaban expuestos a una sed implacable. Habían consumido el agua mineral, las Coca Colas, todo. Las azafatas aseguraban que el agua destinada a los baños no era potable, ya que contenía químicos indispensables. Todo el mundo estaba helado y sediento. Dardo sospechaba que las madres de los cinco niños presentes habían hecho algún acopio, ya que las había visto cuchichear, pero prefería no preguntarles. Rodeaba el avión un cinturón humano de 360 grados, compuesto por kelpers de distinta catadura, algunos integrantes de las minúsculas fuerzas de seguridad de la isla, otros simples vecinos de Puerto Rivero, poblado que los intrusos se obcecaban en denominar Puerto Stanley. Todos muy bien abrigados, los intrusos, cosa que no ocurría dentro del aparato, muchos habían viajado con prendas de quita y pon ya insuficientes. La perspectiva de una noche con temperaturas aún más bajas y sed generalizada era ominosa. Y al día siguiente, ¿qué? Era posible que ese sacerdote católico irlandés, que hablaba un español macarrónico, les tirara una soga. Pero no confiaban en él, quizás fuera la soga con que ahorcarse. Seguro que estaba durmiendo calentito y de panza llena, contando, el pícaro, con su mejor aliado: el paso de las horas. Dardo observó a los sitiadores a través de una ventanilla. Estaban a la intemperie, pero bien asistidos, las familias les alcanzaban lo necesario al tiempo que echaban hacia el avión una mirada hostil. Se trataba de varones curtidos por los fríos y los vientos australes. Ellos no. Él había leído que dentro de las viejas ciudades sitiadas se disputaban a palazos las ratas que, tan famélicas como los gatos y los humanos aún vivos, salían de sus escondrijos desesperadas. Consiguió apartar esa imagen deprimente paseando su vista por el cerco de kelpers. Uno de ellos –le pareció casi tan alto como él, pero más corpulento– extraía una petaca de un bolsillo interior de su gamulán. Para su sorpresa advirtió que era una dama, una mujerona cuya imponencia inspiraba respeto. Reconoció el objeto, la petaquita de tapa articulada a la boca del frasco. Dardo tenía una, regalo que Augusto, el Lobo, le había traído de regreso de uno de esos viajes a la OIT, pero lo había olvidado en Buenos Aires. La grandulona llevó la suya a los labios y se clavó un trago largo. En ese instante Dardo recordó: las bebidas alcohólicas. Horas antes, había escuchado a Andrés hacer un comentario jaranero sobre asaltar el bar todos a una, secundado por María Cristina, y se adelantó alarmado a esas intenciones que juzgó peligrosas. No quería curdas en

el primer regreso argentino –descontada la fugaz posada de Fitzgerald– al suelo patrio arrebatado en 1833 y ordenó a las azafatas que retiraran las botellas. Un buen rato después Dardo se felicitó por haber implantado la ley seca, cuando le había costado horrores sofrenar a Alejandro, ese guapo de ferretería, que pretendía que el grupo saliera a los tiros contra los sitiadores. Pero ahora las circunstancias habían cambiado: frío y sed de por medio, el temor y la incertidumbre cundiendo entre los bravos cóndores, los atribulados tripulantes y (salvo excepciones) los pasajeros, que parecían ya al borde del colapso. Los rehenes estaban tranquilos, demasiado tranquilos, pensó Dardo. Buscó cautelosamente a la azafata que le resultaba más confiable –tropezó con la mirada ansiosa de Héctor Ricardo García, mirada que, agradecía el cóndor, pretendía pasar por calma, cómplice–. Las botellas estaban bien guardadas, dijo la azafata. ¿Cuántas? Seis o siete, todas empezadas. Dardo fue a verlas, solo. Encontró una variedad etílica menor a la esperada, pero las botellas eran algo más de siete. Había cuatro de whisky, Vat 69 y Johnnie Walker, escoceses, Dunbar, de factura uruguaya, qué curioso, y River Queen, argentino, del que él no había oído hablar. Estaban acompañadas por dos botellas de cognac, también argentino: Reserva San Juan y Boussac, y por el afamado licor de café al cognac Tres Plumas (es el despiplume, recordó la publicidad; ¿nos irían a despiplumar, a los cóndores? Dardo, maldito seas, se dijo). No faltaban ni el Cinzano, ni el Americano Gancia, ni el Fernet Branca. Tampoco las blancas de gin: ginebra Llave y Gin Bombay Sapphire. En efecto, todas estaban ya abiertas y algunas medio vacías. Pero el stock se completaba con tres botellas de vino no descorchadas: tinto Bianchi Borgogna. Quince en total, contabilizó. Sintió a la azafata a sus espaldas. Encontré una caja más de vinos; seis botellas, le comunicó secamente. Dardo se animó, aun sabiendo que todo eso era poco y nada para los casi sesenta huéspedes del bastión de la patria en que, pagando el precio de una inmovilidad definitiva, estaba constituido el avión. Todos debían participar en la repartija –ojalá hubiera muchos abstemios, pensó Dardo–. Pero era necesario evitar que la distribución de los líquidos se convirtiera en una rebatiña. Se le cruzaron por la mente los momentos previos a la izada de la bandera argentina. Estuvieron tan faltos de orden, por imperio de la improvisación y del viento, que ni siquiera habían conseguido una foto decente del grupo al pie de la bandera flameante. Después le iba a preguntar a García si él había podido hacer algo mejor, al menos una instantánea en la que pudieran reconocerse todos. ¿Pero cómo repartir? Dardo cerró el armario que escondía las botellas. Imaginó a las azafatas distribuyendo vino, whisky, cognac, en copitas, entre las almas albergadas en el DC-4. Impracticable.

–¿Qué vamos a hacer, Lito? –era María Cristina.

–Por ahora, dormir, después no sé; por favor, decile a la azafata, la más alta, que venga un momento.

Cuando la azafata se presentó, con inconfundible cara de culo, Dardo inquirió si contaban a bordo con algún recipiente grande, un botellón, un bidón. De hecho, contaban con el bidón de diez litros, ya vacío, de jugo de naranja.

–Diez litros... Tenemos nueve botellas de vino, ¿no? –se decidió Dardo–. Vacía cinco en el bidón, y luego vertís la mitad de lo que haya en cada una de las otras botellas, hasta que se llene.

La azafata lo miró estupefacta.

–¿Qué estás preparando, Lito? ¿Un copetín para Gargantúa?

El cultismo renacentista de María Cristina no arredró a Dardo.

–Dios quisiera que fuera un copetín, lamentablemente no hay nada más para después. Hacerlo de inmediato –interpeló a la azafata–. Si necesitás ayuda, María Cristina te la puede dar.

–Gracias, lo hago sola –respondió la azafata, cortante. Dardo calculó que en total disponían de poco más de doce litros; después de llenar el bidón, quedaría un puchito de reserva. Estimó la graduación alcohólica: no sería inferior al 25%, un cóctel bastante explosivo. Súbitamente se preguntó por qué estaban ahí; no se perdonó la pregunta, que continuó resonando en su cabeza como un eco interminable. No se refería a sus móviles patrióticos, que estaban fuera de discusión. Pensaba en las distintas manos que habían hecho materialmente posible el lance. ¿A todas, las conocía? Se acordó aquello de ser cabeza de ratón o cola de león. El león rugía fuerte, no cabían dudas, pero ¿cuál era su nombre? El interrogante escocía su ánimo, pero dejó que se colara otro no menos corrosivo. ¿Qué había esperado de la aventura? Comprendió que esta nueva pregunta, tan íntima, ya no tendría jamás una respuesta para él convincente. Son preguntas –pensó– cuya respuesta uno debería escribir en la hora cero, cuando nada ha sucedido aún. Ahí anota lo que espera en un papelito y lo guarda, dentro de un sobre cerrado, que da a un amigo del alma. Ya era tarde. La azafata se aproximó de mejor humor, al parecer la tarea alquímica la había animado, para decirle que el brebaje estaba listo, y que había vasos –de papel– suficientes. Lo

probó; el sabor estaba dominado por el whisky, a pesar del mayor volumen de vino, que con todo conseguía hacerse notar. Lo encontró levemente dulzón, presencia del licor de café, seguramente, y bastante desagradable. Sírvase al tiempo, se rio. Su condenado humor no lo abandonaba. Dardo consideró la posibilidad de exigir al almirante Guzmán, única autoridad oficial, ya que no legal, en las islas, un goruta sin redención posible, y que increíblemente se contaba entre los pasajeros, ya que viajaba a Río Gallegos, que fungiera de conejillo de indias. Descartó la idea: se lo merecía, el gobernador, pero a él no le gustaba humillar a nadie. El mejunje se serviría a todos de una y santo remedio.

* * *

–Lito, ¿no te molesta el modo en que se recuerda el Operativo Cóndor?

–No, no sé... ¿a qué te referís?

–A varias cosas. Todas las notas dicen casi lo mismo: dieciocho jóvenes argentinos, una mujer entre ellos, militantes peronistas, pertenecientes al MNA, cosa que no es cierto, se apoderaron de un avión de línea, para desembarcar por breve tiempo en las islas, siendo lo de breve tiempo, como propósito, muy dudoso. Un opúsculo de 2003, por miembros fundadores del MNA, dedicado a exaltar el Operativo, acusa a “la gran prensa” de la época, “tan antipopular como la de ahora”, de ridiculizarlos constantemente; y habla bien de Illia, pero... ¿qué decía el MNA de Illia en ese entonces? Son lapidarios con Onganía, y repudian sin cortapisas la Noche de los bastones largos, asombra, porque... ¿qué decía el MNA en 1965, en 1966, sobre la universidad? Repudiaba la tradición reformista, imputaba a la universidad autónoma ser un bastión rojo y clamaba por la intervención. Y cuando tuvo lugar le dio su enhorabuena.

–¿Pero eso qué tiene que ver con Malvinas?

–Tiene, porque el Operativo parece en el aire, suspendido fuera de la historia.

–Sí, tienen razón, ya les dije, Malvinas era una cosa y terminó siendo otra. Fuimos con la esperanza de estar completamente engranados, no con la historia,

eso también, pero engranados con el proceso político, por los efectos que necesariamente pensábamos que podía tener la ocupación entre los peronistas, los sindicatos, los militares, el gobierno. Jaja, ¿cómo era? Malvinas era nuestro plan Pinky y Cerebro para conquistar el mundo. Y además yo pagué un elevado precio personal, y después hasta tuve que ajustar algunas cuentas. Pero bueno, es cierto que... ¿cómo lo veo ahora? En 1966, en banda y con María Cristina, era Malvinas o nada. Y sin Malvinas yo era nada.

–Pero ¿quién te dijo eso, Dardo? –se rebeló la Negra.

–Por supuesto –discurrió Dardo como consigo mismo–, íbamos a lo que diera lugar. Que no sabíamos qué era. En la cabeza podíamos tener cualquier ilusión, cualquier esperanza. Pero teníamos flexibilidad y lo mostramos. No hicimos la de los milicos en 1982, que se aferraron como el mono que cierra el puño. Tampoco permitimos que Giovenco diera rienda suelta a sus peores pasiones.

Octubre de 1966. La estadía de los Cóndores en las islas fue fugaz, aunque no tanto como comúnmente se cree. Permanecieron allí el 28 y 29 de septiembre por sí mismos, y del 30 al 1º de octubre, ya fuera del avión y habiendo entregado sus armas, hospedados por el padre irlandés Rodolfo Roel, el sacerdote católico del archipiélago, en un arreglo aceptado a regañadientes por el gobernador británico, hasta ser retirados por un buque argentino. Detenidos en Ushuaia, desconocen los cargos que la Justicia les imputa. Los Verrier hacen gestiones para que suelten a María Cristina y no la encausen. El director del presidio la hace escoltar hasta su despacho y le dice que se puede ir.

–¡Ah! Gracias... Pero yo no me voy, me quedo con mis compañeros.

–Pero... ¡usted es la única mujer! Váyase por favor, me complica las cosas, no tiene cargos.

–No, no, yo me quedo, no me pueden echar de aquí, yo hice lo mismo que los demás.

–No tiene cargos, eso es totalmente irregular.

María Cristina no se mueve de la destartalada silla frente al escritorio del director de ese presidio del fin del mundo, que podría ponerla de patitas en la

calle por la fuerza. Admira a los muchachos, los envidia; le habría gustado ser uno de ellos y estar pagando la patriada con la cárcel. Pero está del otro lado de las rejas, ejerciendo la vigilancia y administrando el castigo.

Esta vez la escolta es otra, un guardia bajito, retacón, que le dice que no es fueguino. Nadie es fueguino aquí. ¿Habrá fueguinos? A los patagones los exterminaron. Nota cierta ansiedad en el director, que va derecho al grano.

–Se puede quedar, es totalmente irregular, pero hice arreglos. Negocié. Si quiere se queda. No va a tener más remedio –agrega aspirando a la ironía– que compartir celda con el señor Cabo.

* * *

–Dardo –protestó la Negra–, no cabe duda de que Onganía estaba más que estupefacto, esa mañana; hay testimonios, fotografías, la coincidencia alucinante de la ocupación con el discurso del canciller en la ONU. Sí. Onganía no lo podía creer. Pero eso no demuestra nada. Salvo que los servicios de inteligencia le hacían saber al presidente lo que querían y cuando querían. Es una pregunta imprescindible que nadie se hace, en el mar de literatura reiterativa en el que, como decía Antonio, el operativo parece suspendido en el aire. ¿Cómo es posible que los servicios no hayan podido detectar una operación bastante chapucera, me sabrás disculpar, en la que tomó parte tanta gente? Y que –lo sabés– contó con la complicidad de algunos miembros de la tripulación del avión, con el conocimiento de sindicalistas, de empresarios, de grupos juveniles. Leí en más de una fuente, no estoy segura, que el comandante confabulado con ustedes pasó algunos días ensayando aterrizajes en pistas de longitud inferior a los 700 metros.

–Lo dicho, por no hablar de la prensa –prosiguió Antonio–. El mismo día del secuestro del Douglas, que fue por la mañana muy temprano, la revista Panorama incluía una nota sobre las islas y los kelpers, perdón, los isleños. Había preparado un suplemento extra sobre el inminente golpe comando con una foto en la que se ve a María Cristina Verrier ya embarcada. “Último momento. Panorama Extra. Operación Comando en las Malvinas”. Y fue gracioso, mientras

Panorama se atribuía la exclusividad, Héctor Ricardo García, nada menos, viajaba a Malvinas y sus medios, Crónica y Así, estaban al tanto de la ocupación inminente; como se decía en los sesenta, para matarse de risa. Con todo esto, ¿vos pudiste creer que en las vísperas de un secuestro aéreo, que después de todo no era un episodio menor, los servicios de inteligencia estuvieran completamente in albis?

Agosto de 1967. En agosto los braseros servían de poco. Lo mejor era hacer como que el frío formaba parte de las cosas, de modo que uno pudiera olvidarse, como se olvida del aire o del sol. Engañar el cuerpo inventando una costumbre. No siempre se podía. A veces el frío doblegaba cualquier esfuerzo mental, y a veces alguien se lo arrojaba a la cara, como esta vez María Cristina, al llegar:

–¡Qué ofri! –lo besó, aterida, y dedicaron unos minutos a reconocerse el uno al otro. Al rato agregó:

–Te traje un ejemplar del Nueva Argentina, es el nuevo número.

El papel tenía una utilidad doble en esos meses, lo leían y lo ponían entre las ropas para sentirse un poco más abrigados; servía. Dardo leyó, sin muchas expectativas:

Nueva Argentina. Vanguardia Militante del Nacionalismo Justicialista. Primer semestre de 1967. Vanguardia militante, pensó. ¿Vanguardia de qué? Si nosotros, si estos, se corrigió, si estos son vanguardia estamos jodidos. Le gustó el título del editorial en el que criticaban acerbamente a la dirigencia sindical: Flan de lucha. Pero el texto estaba escrito con la falta de imaginación de siempre. Hablaban de los problemas sin entenderlos: Una de las características de la corrupción es la falta de combatividad, el miedo a perder las comodidades y ventajas... El apoltronamiento... Pierden sin haber jugado. Esperaron que su blandura y entrega inspirara piedad y la respuesta del gobierno es el retiro de prisiones, las intervenciones, las amenazas... Saltó rápidamente a otro artículo, que llamó más vivamente su atención: sobre el reciente Congreso nacional de la Juventud Peronista en Montevideo. Los jóvenes viejos, era su título. La nota destilaba desprecio. ¿Se habrían negado a ir o no los habrían invitado? La nostalgia ya los invadía como moho, y el rechazo, la desconfianza,

contra todo lo que el peronismo podía ganar entre los jóvenes era patológico. Esa mezcla ridícula de omnipotencia vanguardista y desconfianza enfermiza que habían tenido siempre: Los tiempos duros y románticos –leía Dardo– en que la juventud peronista se reducía a un núcleo clandestino de muchachos empeñados en mantener encendida la llama justicialista... Después vino la legalidad, el partido, la unidad básica... La incorporación masiva de nuevos elementos con poca doctrina y menor conciencia revolucionaria... Carajo, siguen viendo fantasmas por todas partes; eso sí, no se hacen la menor crítica por las ilusiones que tenían en agosto del año pasado. Siguió leyendo: la juventud se transformó en un sector más politiquero que politizado... se mezclan las manzanas podridas con las sanas...

* * *

–Dice Bonasso que mientras estuviste preso pensaste.

Dardo abrió la boca desmesuradamente con el propósito de poner en ridículo a Antonio. Que no se amedrentó.

–Pensaste, tratando de entender por qué el peronismo impedía gobernar pero estaba muy lejos de derrotar al régimen. Agrega que una vez libre esa indagación se profundizaría, hasta cambiar tu ideología y tu práctica militante.

–Miguel era un amigazo. Yo no cambié mucho ni mi ideología ni mi práctica militante; el diagnóstico de Bonasso está elaborado sobre la base de un paradigma, universalmente aceptado: la radicalización. Algo que a mí no me convence. Pero si cambié, donde más cambié fue en la cárcel. Después cambié algunas cosas, incorporé algunas nuevas. Pero esos años de cárcel fueron... muy formativos diría.

–¿Formativos?

–Leí mucho más que antes. Me encontré en algunos autores.

–Jauretche.

–Obvio, pero también en otros. Hernández Arregui.

–Hernández Arregui es aburridísimo –se zafó Antonio. La Negra lo miró levemente indignada.

–Bueno –rio Dardo–, no es Jauretche. Tiene lo suyo. Ese intento por sintetizar el marxismo con el peronismo. Fracasado. Pero meritorio.

–¿Por qué meritorio? No arriba a ningún puerto seguro –insistió Antonio.

Don Ignacio, que se había retirado de un modo completamente inadvertido, volvió a aparecer; pareció que el tema del marxismo y el peronismo le interesaba.

–Ufa, Antonio –pareció fastidiarse Dardo–, ni seguro ni inseguro, es verdad, pero el diálogo reconoce al interlocutor, ¿no? Mirá, cuando volví de Malvinas, derecho a la cárcel, pongamos que hubiera tropezado con una frase como esta: “Lo único que tenemos para proponerle al movimiento obrero es la continuidad en la lucha contra el gobierno y fundamentalmente contra el participacionismo, que es el peor enemigo de la clase trabajadora; manifestarse por la plena vigencia de los derechos obreros y de los derechos humanos, acuerdos para la unidad únicamente en la lucha”, no la habría soportado, me lo habrían impedido mis prejuicios contra el autor. En 1969, cuando Agustín Tosco la dijo, era otro cantar.

–Los marxistas no reconocen ni a los dioses ni a Dios, ¿no es así? –musitó don Ignacio–. ¿Se entendían bien, pese a todo, con los peronistas que por lo que he leído son creyentes? ¿Esa es la unidad en la lucha a la que se refería el señor Tosco?

Mayo de 1969. María Cristina regresa a Buenos Aires, muy pronto Dardo recupera su libertad. Piensa en el Ave Fénix, águila mitológica que alguna vez oyó mencionar a un profesor de historia, nacionalista, en el colegio secundario. La cárcel son mis cenizas. Cada vez que salgo renazco más fuerte, se dijo eufórico. Pero la euforia le dura poco, no mitiga su bronca. ¿Lo traicionaron? Probablemente no, pero en la práctica fue igual. Es cierto, la iniciativa había sido suya, la responsabilidad también. Pero con las señales que le habían dado al respaldarlo, algunas contantes y sonantes, otras sobreentendidas, lo habían

mandado al muere con mucha liviandad, una actitud casi frívola, aquella con la que se hacía todo en ese entonces. Si se exponía o no al riesgo de sufrir una cárcel prolongada por el Operativo lo tendría que haber decidido él, no los chantas que le prometieron el oro y el moro. Con los cuerpos de otros, el suyo, el de María Cristina, el de los compañeros, apostaron a un pleno que si se les daba se iban a forrar. Total no arriesgaban nada.

Junio de 1969. Un mes después de la salida de Dardo de la cárcel de Ushuaia es asesinado Augusto Timoteo Vandor.

Febrero de 2011. El caserón en el que vivía Antonio Cafiero era señorial pero sobrio, no suntuoso ni imponente. Su amable elegancia neocolonial siempre lo había fascinado. Tocó el timbre pensando que habían convivido allí el pater familias, su mujer y diez hijos. Se abrió una pequeña puerta lateral incrustada en el paredón que rodeaba la casa, y se asomó el anciano pater en persona.

–¡Qué dice, Antonio! Bienvenido, estoy solo hoy, pero nos preparamos un café.

Antonio entró y en el mismo instante advirtió la novedad: en una de las paredes lucía, pintado con esmero profesional, un mural del 17 de octubre de 1945. No pretendía ocultar su inspiración en la más célebre de las fotografías del acontecimiento, aquella en que dos jóvenes cetrinos, hermanos mellizos, trajeados, están sentados en el ancho borde de una de las fuentes y han sumergido sus pies en el agua. Cafiero observó con orgullo su sorpresa.

–¿Y qué le parece?

–Un trabajo admirable. ¿Es un fresco?

–Nooo, tanto como eso no. Pero va a durar, va a estar ahí hasta bastante después de que yo me muera.

A Antonio se le ocurrió pensar que Cafiero estaba hablando no ya del mural, sino del propio 17 de octubre, de los mellizos y las patas en la fuente.

–Sabe –dijo el dueño de casa–, hace poco me vino a visitar Palito, no conocía mi

guarida. Se quedó de una pieza cuando vio el mural. Lo contempló un rato y me dijo, ¿es del Primero de Mayo, no?

Se rieron de Palito; la algazara no había finalizado cuando Cafiero tomó a Antonio por el hombro. Paternalmente.

–Pero venga, tocayo, venga y me cuenta eso que me quería preguntar. Yo después tengo un par de proyectitos que quiero consultarle.

Sonamos, pensó Antonio. Era difícil decirle que no a Cafiero, pero quedaba la esperanza de que se olvidara o encontrara algo nuevo en que encauzar su entusiasmo.

Fueron a su escritorio y se sentaron, frente a frente. Aunque había sillones, Cafiero se instalaba ante la mesa, amplia y rebosante de papeles, seguramente para ponerse a sí mismo en posición de trabajo.

–Lo escucho, Antonio.

–Bueno, quizás se acuerde que hace algún tiempo me contó que usted fue la última persona que habló por teléfono con Augusto Vandor, minutos antes de que lo mataran, me dijo.

El antiguo líder renovador lo miró perplejo. Pero se limitó a asentir.

–Bueno –prosiguió Antonio–, es que yo estoy haciendo un trabajo, estoy escribiendo, pero no sobre Vandor –se apresuró–. Sobre Dardo Cabo.

Innegablemente, Cafiero se sorprendió.

–¿Sobre Cabo, Dardo Cabo, Lito?

–Sí, sí –dijo Antonio tímidamente–. No es una biografía política. Estoy escribiendo un cuento.

Cafiero se sorprendió más aún. Transcurrieron unos segundos de silencio, que rompió sin abandonar su perplejidad.

–¿Sabe una cosa, Antonio? Mire lo que le voy a decir –sentencioso–. Me parece muy bien que se haya decidido a escribir un cuento sobre Cabo. Más aún siendo

que usted no es peronista –la astucia del viejo en sus ojos y en su voz le devolvió el ánimo a Antonio, que sonrió, muy cómodo.

–Bueno, qué quiere saber.

–Esa tarde, lo que recuerde de esa tarde.

Cafiero hizo como que buscaba en el desván de sus viejos recuerdos. Pura farsa, Antonio aguardó que terminara. Arrancó por fin.

–En efecto, yo fui la última persona que habló por teléfono con Vandor. Un asunto que no tenía importancia, ajustamos detalles porque me había invitado a dar una charla en el sindicato, en esos tiempos reinaba mucha confusión, y el Lobo, que había vuelto a hacer buena letra con el general, necesitaba consolidar sus posiciones. Y creía que un vínculo con Cafierito le venía bien. El Lobo sabía que el peronismo perdona pero no olvida. Mejor dicho: perdonaba pero no olvidaba, mejor hablemos en pasado. Sobre todo, no olvidaba que quien había sacado los pies del plato una vez lo podía volver a hacer. Pero, créame, Vandor tenía las mejores intenciones. Y yo quería ayudarlo. Pero bueno. Hablamos instantes antes de que lo mataran. Porque un rato después me llama Lorenzo Miguel. Un rato, media hora. Vandor estaba muerto, yo no lo podía creer. Me fui para allá, por supuesto. El edificio estaba semidestruido, pero no había un solo muerto, un solo herido. Solamente el Lobo. Estaba todo el mundo. Rostros atónitos, demudados... silencio, frenéticos murmullos, el desconcierto más absoluto.

Cafiero era un excelente orador, pensó Antonio.

–Se me aproxima un custodio, un compañero al que conocía muy bien, habíamos conversado muchas veces. Nos abrazamos, él estaba llorando, “no pude hacer nada, Antonio”, repetía una y otra vez, entre sollozos. No había podido hacer nada porque estaba en su hora de descanso, estaba durmiendo, el barullo tan extraño lo despertó, se levantó alarmado, fue corriendo.

Cafiero bajó levemente la cabeza.

–Y ahí me contó, sin parar de llorar. Estaba llegando a la oficina de Vandor, vio que la puerta estaba abierta, pero no tuvo tiempo de pensar en que eso era rarísimo porque solo podía abrirse desde adentro, para abrirla desde afuera se precisaba una llave especial que tenía el jefe de la custodia. Pero no tuvo tiempo

de pensar, antes de llegar lo escuchó a Vandor. Vandor decía: “Pero... ¿qué hacés, Cóndor?”.

* * *

¿Conocés esto, Dardo? “Al destino le agradan las repeticiones, las variantes, las simetrías; diecinueve siglos después, en el sur de la provincia de Buenos Aires, un gaucho es agredido por otros gauchos y, al caer, reconoce a un ahijado suyo y le dice con mansa reconvención y lenta sorpresa (estas palabras hay que oír las, no leerlas): ¡Pero, che! Lo matan y no sabe que muere para que se repita una escena”.

–Claro, ese gorila qué iba a saber que para que la escena se repitiera tenía que morirse el Lobo, no un gaucho cualquiera.

–Dardo... –se animó la Negra–, pero vos saliste de la cárcel y... treinta días no son nada y es mucho tiempo. Podés haber participado en la preparación... desde el sur, en aquel presidio tenías tanta libertad de acción. ¿Lo mataste vos a Vandor?

La pregunta pesca a Dardo desprevenido. Su mirada expresa gracia y fastidio. Antonio observa sus ojos con malévolamente intención: ha encontrado, entre toneladas de papel, un testimonio de Pepe Eliashev, según el cual fue Dardo quien informó al staff de El Descamisado sobre la autoría montonera de la muerte de Rucci. Pepe dice recordarlo revoleando sus ojos con fruición antes de comenzar a hablar.

–Mirá, la verdá no sé –responde Lito con seriedad–. Se escribió tanto sobre eso. Dicen que después de estar en cana unos años yo quería quedarme tranquilo un tiempo con mi familia, y no meterme en semejante quilombo, debe ser cierto, no sé. La verdá no sé si yo lo maté a Vandor.

–Pero...

–Se lo merecía –le adivinó Dardo, asintiendo–, claro. Estaba traicionando a Perón, ya no era un dirigente que se debía a sus bases, a los laburantes, era un

burócrata comprometido a fondo con la dictadura. Michels lo habría entendido bien al Lobo, la ley de hierro de la oligarquía, gracias a los recursos que le brindó el Onganiato, la ley de obras sociales, entre otros. Porque Vandor era un traidor austero, si le vendió su alma a Mandinga no fue por lujos o riquezas, no es cierto que haya despilfarrado fortunas en los burros, se revolvería en su tumba si viera el barrio porteño de Puerto Madero plagado de “setentistas”, qué palabreja. Lo suyo era el poder; apostó su vida a fundar y liderar un partido laborista con etiqueta justicialista y perdió. Lo suyo era el poder en serio, no entraba en éxtasis en la cueva de Alí Babá, no creía que todo hombre tuviera precio en metálico. Lo conocí mucho, me llamaba Cóndor. No era ningún idiota, ni un cobarde, era demasiado astuto, y precisamente en esos casos la traición no se puede perdonar –pensó un rato largo. Prosiguió–. Al final, su muerte no me cambió la vida, si lo maté o no, no lo sé, pero no hay un antes y un después en mi vida por esa muerte.

–Pero... Dardo –rompió el fuego la Negra–, vos publicaste en El Descamisado los acontecimientos... luctuosos del 30 de junio con lujo de detalles. Y todo el mundo –enfaticó– conocía la imputación que pesaba... o que era como un galardón, un distintivo para la leyenda Dardo Ca...

–Yo era bastante jetón en El Descamisado –la interrumpió sin contemplaciones–. Más bien, un jetón en la Orga. La línea de la revista la bajaba la Orga. Yo podía escribir, no me controlaban. El editorial sobre la... muerte de Rucci no les gustó, me lo hicieron saber, ni falta que hacía. Pero sí, era un jetón. Esa crónica del a... justiciamiento de Vandor no la escribí yo. Pero los lectores de la revista iban a leer y pensar “y sí, fue Cabo”.

–Dardo –interrumpió esta vez Antonio–, ¿qué querías que pensarán los lectores? ¡Si dejaron las marcas premeditadamente! ¿Qué puede entender quien lee “nadie sabía nada. Inclusive la compañera de uno de los integrantes, que ignoró e ignora todavía que él estuvo en esa”? ¿Alguien puede dudar de quién se trata?

–Pero no me importó –prosiguió Dardo sin escucharlo–. La ejecución es el castigo que se merecen los traidores. Recuerdo una arenga de Armando, nada nuevo, pero lo dijo en el momento justo y en el lugar correcto, la CGT de los Argentinos: “perdimos en 1955 por hechos que se pueden producir nuevamente y nosotros, los que lo vivimos, tenemos obligación de cuidar que eso no se produzca. No hay nada peor que los traidores”. El Lobo era el paradigma de la traición, tanto más porque era un grande, un cuadro político extraordinario. El

enemigo interno, concepto que obsesiona a Loris Zanatta, pero devenido en enemigo principal. Porque está a la mano, los demás enemigos son abstractos. Y sobre todo porque eliminándolo queda el camino libre de obstáculos, la lucha se transparenta, se torna prístina. El que lo mató al Lobo fue un Bruto.

–¿Cómo un bruto?

–Sí, flaca, Bruto, quien hundió su puñal en el cuerpo de César.

–Pero –objetó Antonio– tu nombre siguió vinculado al asesinato de Vador por siempre. Y todavía más cuando se hizo público que el grupo de ejecutores había sido el embrión de Descamisados, al que vos muy pronto integraste.

–No tan pronto...

–Sí, lo sabemos, desde que saliste de la cárcel hasta Descamisados anduviste un poco a la deriva, ¿no?

–Sí, del mismo modo que muchos de nosotros, no los más jóvenes, provenientes del socialcristianismo o de la izquierda, sino muchos compañeros que habían conocido el peronismo en el gobierno, o se habían fogueado en la Resistencia, el Conintes, todo eso. Estuvimos todos en una deriva que no era nada fácil de soportar. Yo salgo de la cárcel con el Cordobazo. No necesito decirles que el Cordobazo cambió muchas cosas, cambió sobre todo el horizonte de posibilidades percibidas por los militantes de todo pelaje. Las lecturas, las interpretaciones, de lo que era políticamente posible, deseable, sufrieron una conmoción. El Cordobazo se prestaba a la ambigüedad. Podía ser leído como una pueblada, como una insurrección popular contra la dictadura, como un anticipo de la acción de masas organizada y violenta para implantar una forma popular de poder, como un embrión de la guerra revolucionaria. Son cuatro lecturas muy diferentes, pero que tenían lugar en simultáneo, sobre una base común: que el movimiento popular estaba vivo y coleando, que las bases podían ser capaces de presionar a sus dirigentes sindicales. De los dirigentes de partido ni hablemos, solamente existían en sociedades provinciales de economías más atrasadas, en todo esto no contaban, aunque después, cuando se abrió la fase electoral, sí contaron y mucho. Pero a fines de los sesenta el Cordobazo nos decía que una confluencia entre trabajadores y estudiantes era posible y al mismo tiempo explosiva. Y hay algo que salta a la vista, aunque no se le dispensó tanta atención: el Cordobazo no fue un fenómeno peronista, no se

puede inscribir en la cadena de acontecimientos de las luchas peronistas. Es como tal un acontecimiento de excepción, abre otra serie, porque tampoco tiene que ver con la izquierda tradicional ni nada de eso. Abre una serie de lucha popular novedosa. En menos de treinta días tienen lugar el Cordobazo y la muerte violenta de Vandor. Una explosión política y social y la ejecución del principal líder sindical argentino. Los que estábamos convencidos de que la lucha popular y la lucha peronista eran una sola cosa no dejamos de acusar recibo. Quizás estuvimos más convencidos que nunca; por un motivo obvio: la crisis de la izquierda tradicional era inocultable, su desgranamiento cada vez más rápido, la nacionalización, con todo lo que de vaporoso puede tener ese término, de los estudiantes, de sectores medios politizados, marchaba a pasos agigantados, y el diálogo de esos sectores pasaba obsesivamente por la cuestión peronista. Pero el piso se nos movió igual porque la lucha popular se internaba en un terreno desconocido.

–Y todo eso te empujó a la deriva.

–Yo había estado en la cárcel más de tres años, aunque, a pesar de la distancia, estaba más encerrado que preso. Conseguí mantener contacto permanente con la política contestataria nacional. Seguro leyeron la entrevista “de cárcel a cárcel” que les hice a los integrantes de FAP, nos carteábamos con Galasso, con Jauretche, teníamos acceso a todo lo que se publicaba. Eso no impidió la deriva, pero finalmente me orienté. Estuve tironeado un tiempo por dos polos organizativos, y también por lo laboral, una tarea que era a la vez política y profesional.

–Lo sabemos.

–Ustedes lo saben todo –dijo Dardo sarcástico–, pero esa época es bastante oscura. Creamos un grupo, con unos cuantos compañeros bien conocidos, pero nada que ver con el MNA ni los Cóndores, que nos hubieran atado las manos. Formamos la Agrupación Peronista de Base 17 de octubre, AP17. Adoptamos un perfil basista muy combativo, sin entrar, al menos en los inicios, en la lucha armada. Aunque no dejamos de hacer algún pequeño asalto para pertrecharnos, todo sin mayores consecuencias, por ejemplo atracamos una estación de servicio. La organización era muy reducida, lo reconozco, pero en esos tiempos quizás los nombres de los compañeros pesaban más que el número, sea porque el número era diminuto en todas las organizaciones, sea porque se confiaba en que si hacíamos las cosas bien, tarde o temprano íbamos a crecer, como crecimos.

Bueno, con otras organizaciones de cuadros formamos una cosa muy estrafalaria que se llamó Mesa del Trasvasamiento, por razones obvias. Obvias, aunque no tanto. ¿Quiénes trasvasaban qué a quiénes? Quizás el nacimiento de esta Mesa tuvo lugar en Madrid, en 1971, porque mi visita, la primera que hice, coincidió con la de Héctor Tristán y la de Roberto Grabois. El general, siempre y cuando López Rega no lo importunara, nos dio muchísima pelota. Y el tema del trasvasamiento generacional era una constante en la conversación. Me acuerdo muy bien del Café Central, muy cerca de la Plaza Santa Ana, allí fuimos a parar con Pajarito y Tristán. Tristán era muchísimo mayor que nosotros, y empleando una expresión que me hincha tanto las pelotas, a él sí se le aplica con justicia: era una figura legendaria. Nos habíamos enfrentado unas cuantas veces, con el petiso Tristán, la vida es así, por su posición netamente antivandorista, pero la verdad es que nos queríamos y nos tratábamos con respeto. Y Perón nos hablaba de la unidad de la juventud, a la que evidentemente Héctor ya no pertenecía, y eso me hizo pensar. Nos hablaba Perón de la necesidad del trasvasamiento, como si hubiera una juventud que se tuviera que unir y protagonizar ese trasvase. Así que hicimos caso y, como sea, ahí estábamos cuatro grupos, el Frente Estudiantil Nacional, el FEN, conducido por Pajarito Grabois, la Guardia de Hierro, por el gallego Alejandro Álvarez, el Comando Tecnológico Peronista, por Julián Licastro, y la AP17, conmigo. Esa era la mesa de conducción. Habremos trabajado en conjunto un año, y no hicimos muchas cosas en común, creo que lo último fue un acto por el 17 de octubre de 1972, en Parque Saavedra. Pero Licastro y yo estábamos tironeados. Aunque en direcciones distintas. Licastro sentía que esa mesa le quedaba chica, y que hacía cosas que no le interesaban, movilización, agitación. Los comandos tecnológicos, creía, podían aspirar a formar parte de la eventual pero cada vez más probable preparación de un nuevo gobierno peronista. Yo estaba atraído por un grupo con el que mantuve estrecho contacto desde que salí de Ushuaia, y que acabó constituyéndose en Descamisados. Así que más o menos para el regreso de Perón en noviembre tanto los Comandos Tecnológicos como nosotros nos abrimos. Sin escándalo. Me acuerdo que algún tiempo después me crucé con Pajarito y me dijo “Dardo, calentón, te fuiste sin avisar, me enteré por los diarios”. Se quedaron Guardia y el FEN en la mesa, habían adquirido una gran capacidad de movilización. Me parece que fue Tristán el que elucubró una propuesta tan inteligente como quimérica, que hacia fines de 1972 revelaba cierta clarividencia: que Guardia, de raíz más ortodoxa, nacionalista, derechosa, intentara hacer la contención de Montoneros, mientras que el FEN, emparentado con una tradición de izquierda, hiciera lo propio con las FAR. Eso sí que era alta política. Pero no pasó de un sueño. Hay quienes piensan que yo mantuve una doble militancia en esos años,

pero no fue exactamente así. Mi tiempo estaba dedicado a AP17 y al periodismo político, mientras que Horacio Mendizábal y Norberto Habegger estaban entregados a consolidar Descamisados. Yo nunca dirigí la organización; sí intervine en varios operativos, que me demandaron intensamente, como comprenderán, pero por períodos cortísimos de tiempo.

—Y después de toda esa deriva, ¿por qué desembocaste en Montoneros?

—Bueno, desembocamos, esa no fue una jugada individual, y no lo digo en un sentido descriptivo, ni formal. No lo fue en el sentido de que uno estaba profundamente dispuesto para no decidir solo. Nos importaba más decidir juntos que la sustancia de la decisión. Con el tiempo, muchos olvidamos que esto era así. Pero el punto más importante fue entrar en la lucha armada, no en Montoneros. Ahora, en lo que hace a Descamisados, de proveniencia semejante a Montoneros, aunque más partidaria, ya que el núcleo venía de grupos democristianos a los que yo no había pertenecido, la lucha armada la considerábamos como un complemento del trabajo de base, la acción popular en todos los frentes. Yo no tuve, me doy cuenta, un momento de conversión, un baño en aguas del Jordán, no. Yo no entré en la lucha armada. Yo en la lucha armada estuve siempre. Podían pasar meses sin que disparara un solo tiro, pero eso no tenía la menor importancia. Pero claro, una vez asumida la lucha armada, lo de Montoneros se da por añadidura. Eso sí, no lo voy a negar, la incorporación vía Descamisados fue inteligente para nosotros, se nos reconoció un estatus colectivo que nos posicionó mejor. Pero básicamente no había alternativa a Montoneros. Es notable, porque en seguida después de lo de Aramburu la organización prácticamente es desarticulada, entra en riesgo de aniquilamiento. Pero cuenta con un activo político virtual inconmensurable. Y que expresa, al mismo tiempo, una vivencia muy profunda del propio peronismo. No se trata de Aramburu vivo o muerto, se trata de haber escrito, por parte de un grupo técnicamente ajeno al peronismo, escrito con la propia sangre, un capítulo que sin embargo pertenece enteramente a la historia del peronismo, ¿me entienden? Un capítulo de venganza y justicia al mismo tiempo, si es que hay actos que pueden ser calificados como de venganza y justicia, tengo dudas. Los montoneros definen así, de un modo indeleble, sus señas de identidad. Se pueden decir muchísimas cosas malas de Montoneros; pero lo que no se puede es acusarlos de entristas o de infiltrados. De cualquier modo hubo, digamos, un cambio cualitativo en el tránsito entre Descamisados y Montoneros. Que nosotros no quisimos percibir claramente. Pero el precio exorbitante de ese cambio estaba esperándonos impasible, sentado en el portal, como dice la

sentencia. Porque el meridiano de la M ya no pasaba por el trabajo de base, por la acción popular, sino por la lucha armada. Se fue aproximando a la guerra integral, ¡que ya estaba en el lenguaje del Viejo! En otras palabras, se fue aproximado a la catástrofe por colapso de lo político. Porque lo político, aunque nosotros entonces no lo supiéramos, puede colapsar.

La Negra y Antonio se sintieron un poco abrumados. Ignacio observaba al trío apaciblemente. –Y vaya si puede colapsar –rompió su silencio–. Lo político no se compadece con las pasiones humanas, deberían admitirlo.

Como por encanto, el aire que rodeaba al pequeño grupo se avivó, transformado en una brisa refrescante, cuya ligereza parecía musical. El alivio animó a Antonio lo suficiente como para retomar el diálogo, aunque en un registro algo menos denso.

–Sin cambiar estrictamente de tema, don Ignacio, me gustaría volver a Vandor y su muerte. Tenemos un testimonio interesante. El Colorado Ramos, que Dios lo tenga en su gloria, era amigo de siempre de Ángel Perelman, sabés de quién hablo, uno de los fundadores de la UOM, un compañero de origen trotskista. Siempre mantuvieron un vínculo. Bueno, Ramos citó en una reunión del FIP una charla con Perelman, en la que este había rechazado la hipótesis de tu participación, Dardo, en el... magnicidio. Algo así como: “El pibe se volvió más loquito pero en eso no estuvo”. Ramos creía que él, Perelman, transmitía la convicción del núcleo de la UOM. Lo raro es que Perelman no utilizara el contraargumento de refutación concluyente: ¿cómo podrías haber entrado y salido de La Rioja con vida y sin que nadie te identificara?

–La tacha de loquito me acompañó toda la vida. Inclusive después de muerto. Abós, Álvaro Abós, en su libro Cinco balas, no me llama por mi nombre, cuando me atribuye el papel principal como juez y ejecutor del Lobo. Me apoda Caballo Loco.

–La foto de tapa del libro de Álvaro es extraordinaria. Un Lobo de perfil, con su gesto típico de arenga en una asamblea sindical, y muy cerca suyo la cabeza y medio torso de un joven, de saco y corbata, que lo observa con admiración.

–Sí, ya sé, soy yo, aquí me hizo acordar a ella una foto célebre donde están Lenin, hablando a las masas, y Trotski, unos escalones después en la tarima, pero muy visible –Dardo soltó una carcajada.

—¿Y si el cuadro directivo y el dispositivo de seguridad te identificaron y a pesar de eso nadie te buscó para ajustar cuentas? Esto puede tener relación, mal que te pese, Dardo, con la figura de tu padre. El respeto a tu padre les impidió vengarse de vos. Tu padre tenía el prestigio de luchador incansable y honesto, nada propenso a meterse en los laberintos políticos que sí, por supuesto, le gustaban tantísimo al Lobo. Si te liquidaban, lo arrasaban a él, que ya era una figura algo mítica —el léxico que tampoco a mí me gusta— del peronismo más combativo. Y vos, después de Malvinas, también habías pasado a serlo. Cuando Armando falleció, vos sabés muy bien, Dardo, en junio de 1996, su cuerpo fue velado en la CGT. Hasta ese momento, en la CGT habían sido velados únicamente los restos de José Ignacio Rucci. Armando te sobrevivió diecinueve años —observó Antonio, melancólico.

—¿Te defraudó el Lobo? —preguntó la Negra—. No me refiero a su supuesto burocratismo, a su sospechada falta de lealtad para con Perón, su aparatismo antiobrero, su falta de pruritos para vender huelgas, y tantas otras cosas dudosas que se le atribuyen, básicamente indemostrables. Te hablo concretamente de Malvinas. Vandor los ayudó para ir, tanto a través del ubicuo empresario amigo Cao Saravia, un loco de remate, que años después les propuso a los militares comprar las islas, como directamente. Pero creo que ustedes esperaban más.

—Algo más que nunca vino, aunque las ideas que teníamos en el marote eran bastante confusas. Lo que se cuenta del Operativo, lo que se repite hasta el cansancio, lo mismo en todas partes, lo saben muy bien, es bastante falso. Como que nosotros fuimos con el objetivo de lograr lo que conseguimos, un toque, ni más ni menos.

—Eso es lo falso, claro —dijo la Negra—, no estaba la misma idea en la cabeza de todos. Algunos pensaban que se iban a poder establecer allá como una avanzada argentina, otros deseaban que corriera la sangre, aunque fuera la de ustedes, ¡sobre todo! Mártires. De ese modo lo de ustedes iba a ser definitivamente una gesta indeleble. Y otros... ¿y vos, Dardo?

—No es fácil saberlo... creo que yo no tenía ninguna idea precisa, iba a suerte y verdad, a que ocurriera lo que tuviera que ocurrir. Pero mártires... regar con sangre argentina las islas... ¿como los irlandeses del alzamiento de Semana Santa en 1916 en Dublín, que sabían que se levantaban para morir? No, me parece que no... de hecho, creo que en nuestra historia, la del peronismo me refiero, nunca hubo nada de eso. En las islas la ocasión se presentó, y la

cortamos. A veces, las omisiones son más importantes que las acciones. Chicos – los sorprendió Lito–, cuando vinieron a los Elíseos, ¿se imaginaron escuchar de mis labios una frase como esa? Confíesen que no.

Don Ignacio, que se mantenía en silencio, soltó una risa fresca, celestial.

–Dardo, eres incorregible.

–Gracias, don Ignacio, sé que es un elogio de su parte.

–Pero ya he revuelto asiduamente la biblioteca estos días y comprobé que ustedes tuvieron, no puedes negarlo, un martirologio.

–Sí, pero jamás buscamos el libro en blanco y pensamos cómo llenarlo.

–Pero entonces –insistió la Negra–, ¿en qué los defraudaron los meta? –no era el caso de permitir que se fueran por las ramas.

–En dos cosas, al menos. Negra, ¿no te das cuenta? Te lo pregunto porque fui yo el último en caer. Esperábamos un acompañamiento activo en el continente. No pasó absolutamente nada, un tiritito en una ventana, disparado por un grupete de fachitos, nada. Claro que no hubo una promesa expresa, no podía haberla, si nosotros nos preparamos sin barullo y... los meta no eran de andar prometiendo. Pero había un sobreentendido: si lográbamos aterrizar y hacer una posición, iba a haber agitación en la capital y otras ciudades grandes. Cuando comprobé que nada de esto sucedería, caí en que teníamos encima nuestro un juego de poderes sindicales, militares, políticos, periodísticos, que nos excedía. No podía haber ignorado esto. Para el sindicalismo más poderoso, se trataba frente al gobierno de agresiones limitadas. Circunscriptas con precisión de lápiz y compás. El Lobo tomaba riesgos, pero no perdía el control. Es posible que haya confiado en mí; un derramamiento de sangre hubiera sido desastroso también para él. Aunque quizás confió demasiado, porque yo no pude evitar que mi segundo fuera Giovenco, que sí tenía ganas de que corriera sangre; mientras María Cristina y yo fuimos a conferenciar con el gobernador, una ridiculez, Alejandro tomó algunos rehenes. Pero tuvimos un Dios aparte, literalmente, porque nos mandó al curita Roel, muy astuto y que fungió de algodón entre dos cristales. Al final todo salió bien, nosotros tuvimos el Operativo Cóndor y el Lobo vapuleó moderadamente al gobierno.

–Pero dijiste que los defraudaron en otra cosa.

–Esa es la parte más jodida. Nos dejaron en banda. Ustedes saben que todos se comieron ocho meses, que no era nada. Menos Juan Carlos Rodríguez, Giovenco y yo, a los que nos sacudieron tres años y medio con el pretexto de que teníamos antecedentes legales. ¿Qué antecedentes legales tenía yo? ¿Por estafa, trata de blancas? Nos dejaron colgados del pincel. Y yo que había creído que teníamos las espaldas cubiertas. Si la UOM se movía pesado sin duda nos hubieran dado penas mucho menores. Me quedé muy caliente. Me hicieron conocer algo que, pese a todo lo vivido hasta entonces, no conocía.

–El resentimiento –dijo la Negra.

Ignacio miró a la Negra, luego a Dardo, y estaba a punto de decir algo. Dardo adivinó que en el gesto del antiguo heleno se esbozaba algo parecido a la piedad, y apuró lo suyo.

–No sé si el resentimiento; creo que no. Pero aprendí que hasta un hombre íntegro se puede comportar como un canalla. E intuí que el mal no anida siempre en los malos ni es banal siempre. Hay una tercera posibilidad. Leyendo aquí lo entendí mejor; es la distancia que media entre los hermanos Lorenzetti y Maquiavelo, quizás. Hombres virtuosos pueden tener conductas atroces.

Agosto de 1969. Hacía al menos un mes que no se veían. Dardo y María Cristina vivían con los padres de ella, en una casita al fondo del jardín, lejos del caserón paterno que daba a la calle. María Cristina ya estaba instalada allí y había acondicionado todo para el regreso del guerrero. Ni bien Dardo volvió del sur, el Alemán lo fue a visitar. Fue un reencuentro cálido. Pfaffendorf no había dado las espaldas a Lito durante su cautiverio. Cartas, contactos familiares, alguna que otra conversación con María Cristina, que iba y venía, les habían permitido mantener la sempiterna amistad. Rodi concurrió acompañado por su mujer, y esto tal vez sirvió para que eludieran bastante la discusión política. Charlaron de esto y aquello, y no faltaron los buenos recuerdos del colegio y de andanzas militantes. El Alemán le contó a María Cristina, que desconocía la historia, que Dardo había sido testigo de su boda y que cuando se fueron de luna de miel a Brasil, Lito esperaba que Rodi fuera recibido por el presidente Jango Goulart, y le había preparado una carta con preguntas. Genio y figura hasta la sepultura, comentó María Cristina, jocosa, y se arrepintió de inmediato de haber empleado esa sentencia agorera.

La segunda ocasión no fue tan amigable. Pero se trataba del homenaje a un caído, Darwin Passaponti, y el diálogo con terceros, aunque hizo patente ciertas diferencias, no pasó de un escarceo entre los amigos del alma.

Pero el tercer encuentro lo propuso Rodi con el propósito de aclarar los tantos. Dardo lo citó –¿con deliberada ironía?– en Villa Crespo, en un descomunal café, el San Bernardo. Después de todo, muy próximo a la casa de la familia Pfaffendorf.

Al Alemán camaradas del MNA le venían calentando la cabeza contra Dardo y María Cristina. Dardo tenía –Rodi escuchaba mordiéndose los labios– méritos indiscutibles, pero en la cárcel había cambiado. Ya no era el mismo que había viajado a Malvinas, bah, ya venía cambiando –¿recuerdan las discusiones en las que defendía al vandorismo?–. Haber estado preso facilitó las cosas para que María Cristina le hiciera el bocho, le fuera arrimando libros de la zurda, o de tipos que en el fondo peronistas no son, como Jauretche, pero sobre todo de gente como el Colorado Ramos, o Hernández Arregui. Cómplices del andamiaje demoliberal que hay que defenestrar, el aparato marxista de corrupción, el sistema financiero-económico manejado por los comunistas, el sinnúmero de cooperativas sionistas. ¿Qué son la CGE, el trust Minera Aluminé, el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, José Ber Gelbard, Samuel Sivak, la Federación Argentina de Cooperativas de Crédito? El Alemán rumiaba todas esas broncas y no replicaba, algo raro en él. Había concurrido al San Bernardo con un volumen de edición en rústica pero en traducción cuidada, escrito por un capitán retirado inglés, Basil Liddell Hart, Los generales alemanes hablan. Liddell Hart había entrevistado a todos los generales sobrevivientes prisioneros al fin de la Segunda Guerra Mundial. Dardo aprovechó las vacilaciones de su amigo para disparar primero.

–Decime –prorrumpió–, ¿cuándo vas a parar de leer pelotudeces sobre la guerra?

–¿Pelotudeces? –respondió encrespado el Alemán–. En la victoria de esos hijos de perra está todo, se entiende todo lo de hoy. Nuestra suerte quedó sellada. Y además ¿vos qué mierda lees ahora? –increpó a Dardo. Ambos ya estaban muy malhumorados–. ¡Abelardo Ramos! Pero hacé el favor, un troSCO que reivindica a Roca... no lo leí pero eso lo sé. Revolución y contrarrevolución en la Argentina... ¡la contrarrevolución que apoyaron ellos! Y ahora se quejan.

–¿Sabés qué pasa, Rodi? Ustedes se quedaron en el papel de vigilantes de la

ortodoxia, no hacen otra cosa, son los guardianes de la pureza, se la pasan denunciando infiltraciones, el MNA viene haciendo eso desde que lo fundamos, y se atribuyen una importancia descomunal, encima. Y hay cosas mucho más importantes para hacer que dedicarse a denunciar conspiraciones perfectamente orquestadas que ven hasta debajo de las baldosas. “El gran objetivo de los intereses coloniales mundialistas –leyó Dardo de un editorial de Nueva Argentina del que había tomado notas a lápiz sobre el libro de Ramos– sigue siendo borrar de la memoria el ejemplo emancipador de la revolución nacional que comenzó el 4 de junio de 1943”. ¿Comenzó en junio de 1943? ¿Con qué comenzó? ¿Con la prohibición del lunfardo en la radio? Además, y es lo principal, ¿qué ortodoxia? ¿De qué ortodoxia hablan?

–¿Qué querés decir con eso? –preguntó un Pfaffendorf ya enfurecido–. ¿Tanto cambiaste? –espetó a Dardo.

–Pero, Rodi, ¡yo no cambié! ¡Los que cambiaron son ustedes! Mirá, en la cárcel, es cierto, me la pasé leyendo. ¿Qué querías que hiciera? ¿Rezar? –eso había estado de más, pero ya estaba dicho. De hecho, el preso Dardo Cabo había rezado, muchas veces–. Le pedí a María Cristina que me trajera todos los números de Nueva Argentina, creo que vos le conseguiste dos o tres que en el local no estaban.

Rodi asintió.

–Bueno, volvé a leer nuestro primer número... sospecho que no te acordás siquiera de nuestra proclama fundacional. ¿En qué quedaron nuestros compromisos de 1961? ¿Qué les pasó? Yo los incomodo porque sospechan que soy zurdo, pero, Rodi, éramos nosotros los que hablábamos del fin del capitalismo, de la explotación del hombre por el hombre. De la tierra para el que la trabaja. Y ¿ahora ustedes de qué hablan? ¡Del autoabastecimiento siderúrgico y de tecnificar el agro... vamos! ¡Le corrieron el arco a la ortodoxia! ¡Sin darse cuenta! Estoy harto, Alemán, de esas pamplinas, y vos no caés, pero qué te pasa.

–Los programas pueden cambiar –dijo Rodi muy a la defensiva–, pero las esencias nacionales que defendemos son las mismas. Hoy los peligros son el antipersonalismo y el electoralismo. Hoy más que nunca –recitó– debemos creer, obedecer y combatir por Perón.

–Ah, ¿sí? Combatir por Perón. ¿Te olvidás de las esperanzas que depositaron en

la Revolución Argentina, en Onganía? ¿Eso fue desensillar hasta que aclare? Se engolosinaron con tres pavadas, sobre todo la promesa de arrancar la universidad de manos del marxismo apátrida, pero ¡por favor! Se les cayó encima el Cordobazo. Mirá, estás perdiendo el tiempo ahí, Rodi –dijo Dardo, como cansado.

–¿Y vos? Del vandorismo al trosquismo –el Alemán, cuando ya parecía estar a punto de tirar la toalla, sacó un gancho de derecha. Dardo esa no se la esperaba–, y sí, ¿los troscos forreaban a Vandor o era Vandor el que forreaba a los troscos? A juzgar por los resultados –remató, filoso.

–¡Andate al carajo! –Dardo se levantó bruscamente. Todavía no había pedido nada. Se fue del bar sin saludar a su amigo.

* * *

–Tu militancia... –vaciló la Negra–. Vos leíste aquí algo de existencialismo, seguro –Dardo asintió con un ligerísimo movimiento de cabeza–. Cuando hay en tu vida simplemente lo que la vida hizo de vos, es decir...

–Sí, ya te entendí, mis padres, los años peronistas, el San José... la muerte de mi madre en junio, el movimiento obrero, la Fusiladora, la cana, Vallese, Conintes, todo eso.

–Exacto. ¿Te quedó algo por decidir o todo eso te aplastó y vos no pudiste hacer nada con tu vida porque tu vida ya venía hecha?

–No. No es cierto. La profesión –telegráfico–. La elegí yo. Mi viejo no quería. Es verdad que fui un periodista ultrapolitizado, pero eso porque no tuve tiempo. Me morí muy joven.

–¿Acaso eras periodista antes de conocer a María Cristina? –Antonio fingió escepticismo.

–¿Y eso qué tiene que ver? No me vino dado, elegí yo. Fueron años breves.

–Hay una figura clásica que se contrapone, la del destino, que está presente en las tragedias griegas. El destino ciego contra el que no hay oposición posible, todo lo que importa está predeterminado. Y tu vida, Dardo, disculpá –continuó la Negra–, admite esa... esa lectura. Se puede creer en el destino o no, pero nadie puede negar que estabas destinado, predestinado.

–Aquí leí bastante los clásicos, no son lectura obligatoria, no nos obligan a nada, pero están siempre a la vista, y el frontispicio de la biblioteca reza nocturna versate manu versate diurna. Perón cumple, Evita dignifica –Dardo soltó una carcajada que no pasó de infantil, visceral–. Bueno, el papel del hado es bastante ambiguo. Aparece, es verdad, como una fuerza superior a la de los dioses. Porque ni los propios dioses, dícese, pueden torcer el destino, ni ellos pueden sobreponerse a esta voluntad que no es ni voluntad ni decisión. Pero los seres humanos, en ocasiones, pueden desviarse del destino que el hado les ha fijado. Eso suele ser motivo de escándalo, de alarma: se sabe que pagarán un alto precio por esa deserción. No obstante, es posible. Pero, ¿cómo pueden leer ustedes y cómo puedo leer yo mi vida? No tengo la menor idea, pero creo que hay una clave en la convicción profunda con la que uno ha vivido su vida. Si la ha vivido en la concepción de la determinación, en la convicción de que hay procesos determinados, de los cuales uno es parte... una vez que se entra en eso... no se sale más... hay como que morirse para salir... Pero yo no sé, no me pensé lo suficiente aquí, cuarenta años son poco.

–Te leo algo que conocés, dame un segundo –dijo Antonio, y se inclinó en su sillón para alzar una mochila llena de papeles. La Negra tenía otra casi idéntica. Los chicos se habían venido bien provisionados, pensó Dardo. Antonio extrajo, al cabo, unas fotocopias; buscó y leyó: “La política se ha reimplantado violentamente en mi vida. Pero eso destruye en gran parte mi proyecto anterior, el ascético gozo de la creación literaria aislada, el status, la situación económica, la mayoría de los compromisos, muchas amistades. Es posible que, al fin, me convierta en un revolucionario”.

–Obviamente –dijo Dardo–, esa no es mi pluma.

–Claro que no. Pero sigamos: “Pero eso tiene un comienzo muy poco noble, casi grosero. Es fácil trazar el proyecto de un arte agitativo, virulento, sin concesiones. Pero es duro llevarlo a cabo. Exige una capacidad de trabajo que todavía no poseo”. Probablemente conozcas el texto, es de Rodolfo Walsh, de diciembre de 1968. ¿No te parece claro el contraste? Tu enemigo-amigo habla de

proyectos, de sustituir un proyecto por otro, habla de voluntad, nítidamente, hay decisión, sugiere encrucijadas. No quiero exagerar, pero en vos todo eso estuvo ausente. Walsh y vos se parecían mucho, pero solo en apariencia. Vos militaste en Tacuara, Walsh en Alianza Libertadora Nacionalista. Pero no se parecían en nada. A vos se te cayó el mundo encima. En 1955. Y tu odiado y querido cuatrocchi andaba a las vueltas con su libertad todavía en 1968. Y lo que explica Walsh en este texto intimista me atrevo a asegurar que es representativo de lo que les pasó a infinidad de militantes de entonces. No a vos.

—No te equivocás, nuestros problemas fueron diferentes. Yo fui siendo en gran parte lo que debía ser, antes de saberlo. Por eso me permitía mirar por encima del hombro, con tacto, eso sí, sin perder las formas, a todos los Walsh. No les reconocía un mérito, no tenía por qué, más bien tendía a subestimarlos, pero a mí no se me notaba mucho. A otros de mi especie sí. De cualquier modo, no se confundan, hubo mucho de decisión también en nosotros. Me negué a ultranza a convertirme en uno más en la élite estelar de los beneficiarios de todos los triunfos, reales o ficticios; a ultranza, y esto fue una decisión, no vino dado. Y es probable que mi muerte haya sido el precio que pagué por esto, más aún que por mi propia violencia, o por la adhesión, que ustedes encuentran cerril, a la lucha armada. Quizás, esa negativa a dejarme cooptar fue la decisión más importante en mi vida. No me tomen en serio, pero post mortem, como quien diría, a la luz de las trayectorias del setentismo, en las que encuentro algo obscuro en ocasiones, el valor de mi decisión se agranda.

—Modestia aparte —dijo la Negra con satisfacción—. ¿Y María Cristina? —preguntó—. ¿Qué papel tuvo en todo esto?

—En el MNA no la querían. El Alemán primero sí, pero cuando volvimos del sur ya me di cuenta de que... pero no por el periodismo, o el arte, decían, sino porque ella me... me hizo la cabeza, decían. Cosa que creo que nunca tuvo el menor sentido, de hecho María Cristina ideológicamente no era más que una zurdita a la violeta. Qué tarúpidos —la Negra pensó que María Cristina había dejado alguna marca en el léxico de Dardo—. Además, como si yo no... ¿Quién la hizo peruca? Me parece que María Cristina es... no tanto lo diferente que se hace parecido, sino lo diferente que me hace diferente. Por supuesto, esa diferencia hubiera sido imposible sin que ella abrazara tantas cosas que para mí eran fundamentales. Pero su modo era otro, su mundo era otro, su valor, su talento, eran otros. En total, ser junto a ella me colocaba en una vida muy distinta, cosa que yo percibía. Eso tuvo consecuencias políticas y profesionales.

Cuando yo me integré a la redacción de Nuevo Hombre, por ejemplo, me sentí como pez en el agua, pero no solo porque la revista era insólitamente peronista habida cuenta de sus integrantes, sino porque yo podía ser yo mismo con soltura en un ambiente tan distinto al mío.

–Nos vamos por la tangente –arremetió por fin Antonio–. Volvamos al punto, y si me permitís el cuadro va a ser esta vez pintado con brocha gorda.

–Sí –comentó Dardo sarcástico–, hasta ahora venían usando pinceles finos.

–Vos no pudiste hacer nada con lo que la vida ya había hecho de vos. Empezando por la política. Vos no pudiste elegir, no elegiste. Ni hablemos de la política convencional; casi siempre hay una decisión de seguir esa carrera, incluso por parte de quienes cuentan con un capital social, como muchos políticos radicales, por ejemplo. En muchos casos, fueron los que eligieron la política entre varios hermanos. Y la inmensa mayoría de los militantes... se puede decidir militar por diversas razones... hasta por la vergüenza que da que otros lo hagan. Pero tuvieron una opción. Vos, en cambio, no elegiste. Ni te diste cuenta. El mundo era así. La política estaba allí, juzgada tan eterna como el agua y el aire. Y como hermana gemela de la política, la violencia.

–Sí, sí, no entremos ahora en honduras –le arrebató la palabra la Negra a Antonio, más vale prevenir que curar–; la violencia venía de la mano, punto. Y no fue apenas una cosa de familia. ¿La vida social no estaba para muchos hiperpolitizada en aquellos tiempos? Empezando por la política, entonces, y terminando por las mujeres... Ahí tampoco pudiste elegir, Dardo. Muy temprano descubriste que les gustabas mucho a las minas y que las minas te gustaban demasiado a vos. Esto, por favor, no lo banalicemos. No es que fueras un picaflor, aunque a veces podías serlo. No es una cuestión de inclinación por el levante, o de casanovismo; es más comprensivo, denso, es la importancia que siempre otorgaste a la mujer, a lo femenino, a lo erótico. Pero la parte exitista de todo eso se expandió cuando creció tu reputación de hombre de armas, las jovencitas se meaban encima por los hombres de armas. O sea, ahí tampoco elegiste: creciste y con vos creció un montón de minas alrededor. En las dos cosas más importantes de tu vida, la política y las mujeres, no pudiste elegir.

–María Cristina me sacó de eso...

–Te sacó bastante, ¿no? Pero no del todo –la Negra estaba exhausta con la tirada.

–Ok, está bien, supongamos que yo haya sido siempre un instrumento de terceros... un idiota útil, admití que lo tenés en la punta de la lengua. Supongamos que esa sea la historia que ustedes quieran contar. Es el guion que sugieren algunos biógrafos del Lobo, que fui una suerte de Lee Oswald, metido en juegos inmensos y monstruosos sin tener la menor idea de qué se trataba, cosas que estaban muy por encima de lo que creía que estaba sucediendo o de lo que creía que podía decidir. Primero fui el idiota útil de mi padre, que me llevaba de las narices a poner caños; después de la derecha antisemita, después un peón con gloriosa cárcel en el póker entre Vandor y Onganía; después, caí en manos de los responsables intelectuales de la ejecución del Lobo; luego, un jetón al servicio de jefes guerrilleros cuyo peronismo era, por decir lo menos, insidioso; pronunciando en la Federación de Box palabras que otro puso en mi boca, poniendo mi cara y mi chapa peronista en El Descamisado, sirviendo de carnada para cobrar el secuestro de Born. Y, siempre, antes, durante y después, un garañón buscado por las mujeres. Me acuerdo de Cacho El Kadri, cuando evoca el Comando Centro de la Resistencia, Corrientes y Esmeralda, y dice: “El bueno de Dardo Cabo repartiendo gelinita entre los militantes”. Tá bien, el bueno de Dardo Cabo, esa es una historia posible de mi vida. Tan falsa como cualquier otra. Debería poder refutarse sola. No voy a defenderme ante ustedes caso a caso. Pero, ¿en política no es siempre así con todos? Nos creemos sujetos y no lo somos para nada. El que se hace otro cuento no es más que un iluso. Piensen en Hegel, en las astucias de la razón, que son las astucias de la historia. ¿Qué diferencia hay entre las pesadas fuerzas históricas y los que se mueven entre las sombras y te mueven a vos sin que vos mismo te des cuenta? ¿No les llama la atención que nada de eso, en lo que a mí se refiere, se pueda nunca, pero nunca, comprobar? Leyes secretas que programaron nuestras vidas, dice Bonasso. ¿A qué se refería? ¿A las leyes de la historia o a los personajes invisibles e inaudibles? O recordá, Antonio, al amigo Borges, los jugadores que creen estar jugando al ajedrez pero están siendo jugados por quienes, a su vez, están siendo jugados, y así hasta el infinito. Nosotros desembarcamos en Malvinas, ¿qué relevancia tiene si Panorama estaba atrás de una nota o no? ¿Si un tilingo frustrado porque se quería levantar a María Cristina sin éxito verseaba con haber tenido la idea brillante de tomar las islas? Hay mucho miserable suelto, me parece. En todo caso, ¿quién se valió de quién? ¿La revista de nosotros para obtener una nota sensacionalista, o nosotros de la revista para hacer la operación y escribir una página de la historia?

–Sí, Dardo, una página de una historia que tendría... ¿cuántos miles de páginas?

–Es verdad, buena pregunta, de imposible respuesta. ¿Qué extensión tendría que tener un libro de historia argentina para que el Operativo Cóndor ocupara una página allí? Da pena leer casi todo lo que se ha publicado sobre el Operativo... el acto osado de afirmación de la soberanía, ponele... Ya me cansé de leer siempre lo mismo, no leo más sobre los cóndores, estoy harto. La reiteración es alarmante, una pesadilla.

–Mirá lo que escribe Grassi, que ya me di cuenta que vos querés mucho –dijo la Negra sardónicamente–: “Los editoriales firmados por Dardo Cabo se multiplicaron porque su ‘chapa’ peronista permitía el uso de un tono, referencias y contenidos que al resto de nosotros no nos era posible. Solo Dardo podía amenazar, también apoyándose en la credibilidad que le daba su historia pública de hombre de acción”.

–No veo la diferencia. Firmenich era el imbécil, no yo.

–Sí, pero lo de Grassi es admitir una diferencia –arguyó la Negra, nada aséptica– indicadora de una cierta envidia. Es como el despecho que la envidia genera.

Noviembre de 1969. La edición de Quién mató a Rosendo era flamante, pero en la militancia juvenil ya todos habían leído muchos fragmentos, publicados a lo largo de varios números de 1968 del leidísimo hebdomadario de la CGT de los Argentinos. Dardo no sentía simpatía por Rodolfo Walsh, pero al leer el capítulo dedicado al tiroteo, y comprobar lo que le habían anticipado, que Walsh sindicaba a su padre como uno de los autores del crimen, el desprecio por él se transformó en una bronca incontenible. Menos de dos años después, en una larga conversación con Alicia Eguren, había escuchado de su filosa lengua: Walsh macaneó; mirá Dardo, yo sé que Armando no mató a nadie, por lo menos esa noche. Los ojos de Alicia Eguren eran muy expresivos, y Dardo leyó en ellos una inconfundible sinceridad mientras escuchaba a medias –lo importante ya estaba dicho– las razones y las informaciones por las cuales ella sabía lo que decía saber. Se sintió entonces muy reconfortado, Dardo, pero en ese atardecer de noviembre de 1969 todavía estaba solo. Y solo revisó las páginas del libro, releyendo partes que reconocía, leyendo algunas por primera vez. Menos de tres años después, ya iniciada la campaña del Frejuli, el zorro de Miguel, en el cuartel central de Santa Fe y Oro, los había invitado a María Cristina y a él a un asado en su casa. Lo había mirado a los ojos fijamente: “Sabelo, lo invité a

Rodolfo, va a venir, no te podés negar”. “¿Qué Rodolfo? –había respondido él–. ¿Galimberti? No voy”.

–No, idiota, Walsh –le contestó Bonasso impaciente–. Rodolfo Walsh –agregó con dureza burlona–. Autor de un libro que se ocupa de un tiroteo en una confitería de Avellaneda y de sus causas.

Dardo tuvo el impulso de trompearlo por la payasada, pero no contuvo la risa.

–Le digo a María Cristina que prepare ensalada.

Miguel recordaba muy bien la furia de Armando y de su hijo cuando las entregas iban apareciendo en el periódico de la central obrera. El perfil que hacía Walsh de Armando parecía una deducción: Walsh necesitaba que Vandor tuviera a su servicio a un viejo sindicalista de credenciales intachables, convertido en un matón arruinado “por el alcohol y las transacciones”. Entonces no importaba cómo era Armando, sino cómo debía ser para prestarse dócilmente como actor de reparto en la tragedia de la burocracia vandorista. Y así lo había dibujado. Armando y Dardo buscaron afanosamente a Walsh por unos días, para ajustar cuentas, hasta que Framini, enterado, los interpeló, con un argumento técnico débil –que Rosendo esa noche estaba desarmado– y un motivo político fuerte: la pelea iba a perjudicar la unidad del peronismo combativo, unidad siempre amenazada. Además, ¿quién no te conoce, Armando? ¡Dejá de joder! Dardo no dijo nada, quizás –pensó Andrés– por respeto a su padre. Pero asintió con una mirada de resignación. Él también era periodista político, lo entendía a ese taimado de Walsh; si las piezas no encajaban debidamente en el rompecabezas, a veces se las hacía encajar igual, deformándolas un poquito. No era cosa de inclinarse demasiado delante de la concepción liberal de la verdad periodística. De repente le vino una fotografía a la cabeza, una fotografía tomada apenas un año atrás, en una escapada campestre dominguera: están Armando, Blanca, Virginia y él. En el torso desnudo de su padre, semitapado por Virginia, se perciben claramente marcas, viejas cicatrices. Los cuatro están sonrientes, son sonrisas naturales, frescas. Solo Blanca, franca y desafiante, y Armando, reflexivo, miran a la cámara. Dardo y su hermanastra miran lo mismo, no se sabe qué. La expresión de Armando –pensó Dardo mientras se despedían de Andrés Framini, que abrazó a los dos quizás demasiado efusivamente– hablaba por sí sola. Viejo, le dijo a Armando, a ese libro le falta una foto. Qué foto, preguntó su padre, adusto. ¿Te acordás la que nos sacó María Cristina en Los Polvorines? Esa, con Virginia y Blanca. Sí, claro, es linda, ¿por qué? Blanca pensó en hacer

un cuadrito. Bueno, tendría que estar en el libro de Walsh, con la leyenda: “El matón decadente, arruinado por el alcohol y las transacciones, con su familia”. Sus carcajadas llamaron la atención de los pocos que esperaban a esa hora el colectivo. El viaje hasta Barrancas de Belgrano era largo, y Armando se bajó mucho antes. Dardo pasó unos cuantos minutos adormilado, agradablemente acompasado por el traqueteo en las calles empedradas; fue en medio de ese dormir que nunca podía ser una entrega completa al sueño, para no pasarse, que comprendió: había, en las molestas páginas de Walsh, dejando de lado el asunto que lo sacaba de las casillas, una extraña familiaridad con la declaración fundacional de Tacuara, el Programa Básico Revolucionario, que Dardo había leído en tiempos remotos, antes de incorporarse a la caña. No. No, no; no era esa la familiaridad. El aire de familia estaba en las lecturas del propio Dardo.

* * *

–Sí –dijo–, me avivé en ese momento, medio dormido, se ve que estaba más tranquilo, después de que Andrés consiguiera pararlo a mi viejo. No quiero ni pensar... si lo hubiéramos encontrado a Walsh antes que a Framini... Bueno, me relajé, me vino todo el cansancio encima y en el bondi me di cuenta.

–Pero mencionaste una fotografía hace un rato.

–Sí, no tiene nada que ver... salvo un contraste. La foto es un testimonio que excluye a mi viejo de ese mundo abyecto que inventa Walsh.

–¿Inventa?

–Pero, disculpen –irrumpió la Negra–, sigamos hablando de fotos, ¿podemos? ¿Hay alguna foto que te deja afuera a vos de algún mundo inventado por otros?

–Negra, ¿qué tal si me dejás tranquilo un poquito eh? –Dardo estalló en una risa franca, movido a responder.

–Sí, hay una foto así, sin la menor duda. En vida no volví a verla, pero la recordaba bien; y la reencontré acá. Estamos María Cristina y yo, sentados, yo miro a cámara, ella mira a alguien, no se sabe a quién, fuera de escena. Yo he

pasado mi brazo izquierdo por encima de su hombro, y ella ha tomado el dorso de mi mano con la suya, en un gesto muy afectuoso. En mi mano derecha tengo un atado de cigarrillos; como de costumbre, estoy elegantemente vestido. Pero a la porteña esta vez: con lengue al cuello. María Cristina está algo gordita, quizás hemos regresado del sur poco tiempo antes, con la bebida. ¿Dónde estamos? Por lo que se ve a nuestras espaldas parece un estudio teatral, hay como una escenografía, y una luz muy focal, de reflector. Hay alegría en nosotros, estamos sonrientes en el límite de la risa. El momento es netamente festivo. Ha sucedido o se ha dicho algo jocoso. María Cristina se está señalando a sí misma con el índice de su mano derecha. Pero en realidad no. Señala una gran cruz que lleva pendiente de su cuello, en fuerte contraste cromático con su pulóver oscuro. Es una cruz templaria, no cabe duda. Su dedo apunta a la cruz como en abierto desafío al observador, en regocijo, como diciendo mirá lo que llevo puesto. No tengo idea de cómo llegó esa cruz. Se la puedo haber regalado. También puede haber sido un viejo legado familiar, un obsequio reciente de un pariente, no sé. Lo cierto es que el centro de la fotografía es esa cruz, el índice de María Cristina apuntándola. No es difícil entenderlo. Los templarios conquistaban, recuperaban, arrebatában, según se prefiera, tierras de dominio musulmán. Un amigo mío, católico practicante, en un raptó algo místico, había nominado a su novia como “el San Jorge de mi predio espiritual”. No ignoraba que San Jorge había sido expulsado del santoral de la Iglesia católica; no importa, tanto San Jorge como los caballeros templarios exponían su vida en el cumplimiento de una misión sagrada, por ideales sacralizados. Y quizás ese dedo y ese gesto desafiante de María Cristina expresaban la conjunción de mi misión en el mundo, un templario en la redención de la patria, y la suya, matar a los dragones que me acechaban. No se lo tomen a risa.

—No hay cómo —dijo Antonio—, pero volvamos al mundo que inventa Walsh.

—Sí, Walsh inventa un mundo que ya estaba inventado y yo conocía, el mundo de las burocracias que traicionaban al peronismo y a los trabajadores. Walsh lo inventa, no lo conocía, y eso se nota mucho en sus entregas en el periódico. Le ponía letra a un diagnóstico en formación, disperso, en ciernes, pero potente entre las bases militantes.

—Mantenés tu ojeriza contra Walsh, Dardo.

—¿Quién? ¿Yo? De ningún modo. Walsh sabía hacer su trabajo, y expresó un diagnóstico muy amplio, que trascendía, aunque incluía, el deterioro político y

ético de las capas dirigentes de los últimos años del gobierno peronista, y que iba más allá de las explicaciones puramente fundadas en la moral personal. Pero bueno, les digo que cuando lo leía tenía una sensación de déjà vu, ¿no? y luego la fui identificando, como... pero todo esto yo ya lo sé, lo he visto, lo estoy viendo. Sensación que creo muchos tenían en mi generación. Para gran parte de la izquierda era algo nuevo, no en términos teóricos, me parece, sino históricos: “la clase obrera es peronista, pero hay una burocracia que sabe jugar con sus propias reglas y garantiza la reproducción del capital. Y, ¿cuál es su relación con Perón?”. Creo que los gruesos cristales de sus anteojos distorsionaban, acabaron alimentando un maniqueísmo feroz del que yo, por otros caminos, tampoco fui ajeno. Pero su obra fue colosal, así y todo.

–Y todo esto, ¿qué tiene que ver con Tacuara?

–Directamente, nada. Solo que cuando leí los documentos y me vi enfrentado al anticapitalismo radical de Tacuara, o a su antiliberalismo radical, sentí lo mismo, esto ya lo sé, no preciso estar en Tacuara para pensar esto. Aunque me quedé igual. En otras palabras, que cuando algunos biógrafos ocasionales dicen que mis ideas evolucionaron, o se radicalizaron, se equivocan bastante.

Marzo de 1970. Era un librazo imponente. Algo decrepito aunque, como constaba en su tapa de grueso cartón, databa apenas de dos décadas; estaba ajado, sí, pero menos porque sus hojas hubieran sido manoseadas que por sus innumerables mudanzas, al calor de sobresaltos policíacos, apuros de guita, vicisitudes matrimoniales. Elocuente en su silencio, y también en su volumen: unos cuarenta centímetros de altura, siete de espesor y no menos de treinta de ancho; costaba creerlo. Dardo lo había encontrado como si abrir aquel ropero fuera empapar una magdalena en el té. Mientras su cuerpo se reflejaba subrepticamente en el espejo de la puerta, la presencia del mastodonte se hizo líquida, lo inundó de pies a cabeza. Se estremeció. Estaba ahí, en casa de Blanca, abriendo un ropero a pedido de su padre. Hay un sobre, está cerrado, era la voz paterna desde Tres Arroyos, no precisás abrirlo, Dardo, tenés que llevárselo a Borro, pero dáselo a él en mano, ¿me entendés? Sí, claro, Dardo entendió, sin sentir la menor curiosidad por el contenido del sobre, ya con sus asuntos tenía de sobra. Ahora estaba ahí, agarró el sobre, pero sus manos no pudieron evitar el librazo polvoriento semicubierto por prendas masculinas en el fondo del ropero. Lo alzó mientras se le hacía un nudo en la garganta.

Tenía 9 años cuando su madre volvió un buen día del trabajo con un libro enorme, impreso con un papel que a Dardo se le antojó invulnerable. Orgullosa, lo depositó sobre la mesa con cierto estruendo. Dardo lo observó admirado, sin atreverse a tocarlo. La nación argentina justa libre soberana. Tercera edición. Año del Libertador general San Martín. La dura tapa lucía un escudo argentino en relieve, un alarde de gráfica artesanal, y Dardo pasó un índice, no sin cierta sensualidad, por su contorno ovalado. Era la primera vez que veía algo así, los libros del San José no ostentaban esa orfebrería. Lo impresionó la compacidad de la obra; a fuerza de intuición, percibió en ella rezumar la vida potente del general Perón, del régimen peronista definitivo, de la Patria argentina, del Estado infinito. Finalmente se abalanzó sobre el librazo sin temor, recorrió sus páginas por un par de minutos y volvió a sus juegos.

Dardo pasó por lo de Borro a dejar el sobre, no sin antes conseguir en un café un ejemplar de La Razón con el que envolvió el volumen con cierto cuidado, no tanto para protegerse de la mirada perezosa de algún cana, sino de los ojos de cualquier compañero, empezando por los del propio Borro. Pero no lo encontró, de modo que siguió con el gigante y el sobre en mano. Al regresar, comprobó que María Cristina no estaba en casa. La llegada de su madre con el coloso aquella tarde, su propia llegada ahora, y los golpes rotundos con que lo depositó ella entonces y él ahora sobre la mesa de sendas cocinas silenciosas se le antojaron los mismos; veinte años que por unos segundos sin término fueron puro presente. Dardo se sentó a la mesa y observó el libro sin tocarlo. Era imponente de veras; sus medidas guardaban las debidas proporciones, por supuesto: era el libro de la Armonía, no podía ser de otro modo. Se levantó para prepararse unos mates sin dejar de mirarlo —era grande, pensó, no desmesurado—. Sintió cómo los colores, las imágenes y las palabras del libro se agolpaban en su mente. Sin él saberlo, dos medialunas algo duritas del día anterior oficiaron de magdalenas. La inundación en su memoria estaba trayendo ángeles y demonios en balsas de madera dispuestas a naufragar, y él parecía sin defensas. Quizás naufragara aferrado a alguna de ellas. Y todavía no había abierto el libro. Pero Dardo no se entregaba fácilmente, y ya juntaba coraje para hacerlo.

Repentinamente, lo sobresaltó el ruido de la puerta. Claro, es María Cristina, llegando a la hora de costumbre en días de ensayo, y que deduce del haz de luz que se proyecta sobre la salita que Dardo está en la cocina. Entra y observa fascinada el libro imponente, mira con rapidez la tapa, palpa el escudo, lo abre sin inhibiciones, con ojos curiosos que despiertan en Dardo un deseo que se abre paso entre las balsas que recorren rápidos del río de su vida.

–Dardo, ¿esto qué es?

–Un libro.

María Cristina se ríe de buena gana.

–No te hagas el tonto, ¿de dónde lo sacaste?

–Lo traje mi mamá, flamante, cuando fue editado, la edición es de 1950, ¿ves?

–Es un mamotreto.

–Che, más respeto –bromea Dardo–. Era un regalo que el gobierno peronista hacía a todas las familias, y está preparado para durar muchos años, salta a la vista, ¿no?

María Cristina asintió. Observaba las ilustraciones, una tras otra; casi no era necesario leer el texto auxiliar.

–Son como... todas las realizaciones, ¿no?

–Sí. Se ve que mi viejo no se quiso desprender de él, y lo escondió todos estos años. Lo descubrí hoy de casualidad, en lo de Blanca. Y me lo traje sin permiso, lo voy a devolver antes de que él vuelva de Tres Arroyos. Yo, te juro, no me acordaba para nada de este libro, no me acordé de él nunca en todos estos años.

–Es que sos un negador, Dardo.

–¡Qué negador ni qué ocho cuartos! Si yo me acuerdo siempre de tantas cosas.

–Andá a saber. Quizás justamente de lo que no te acordás es de los momentos felices. Bueno, me espera mi amiga la peluquera, ¿viste? Tengo amigas peluqueras, como Evita. Bienvenido a casa, don libro. Ojalá nos bata la justa.

Dardo no respondió. Pensó, pero no dijo, que Cristina había aprendido el léxico barrial demasiado rápidamente. Al irse, su mujer ni se molestó en cerrar el libraco. Dardo concluyó que le había ahorrado una tarea importante. El libro estaba ahí, mudo, pero ahora abierto. Escuchó el portazo de María Cristina al salir; sabía que no era intencional. Pensó que el libro y él se habían quedado solos al fin, y que aunque él no lo mirara, el libro sí lo miraba a él. Un libro

concebido para la familia peronista, volvió a decirse, ¿acaso ellos no eran una familia? Por fin se decidió. No observó la página en que lo había dejado abierto su mujer, comenzó al azar por cualquier otra. No fue consciente de que las balsas de naufragio se habían disipado; esas primeras páginas que recorrió estaban dedicadas a las provincias argentinas, a las provincias de siempre pero también a las nuevas, Presidente Perón y Eva Perón, en las que el gobierno peronista podía exhibir orgulloso obras importantes. ¿Cuál debería ser el patronímico de los naturales de esas provincias? ¿Peronistas y evitistas? Apartó esas chanzas. Una breve recorrida de aquella sección federal le bastó para corroborar que el libro era excelente, aunque no estuviera destinado a ser leído, sino a ser hojeado. Luego de unos saltos hacia atrás y hacia adelante, se percató de que daba lo mismo empezar por cualquier lado, y dejarse arrobar por sus ilustraciones portentosas. Apenas en contadas páginas dominaba el texto; el libraco era el reino de la imagen, pensó Dardo, y de la estética peronistas. En esa estaba cuando irrumpió un recuerdo, todo indicaba que esta vez era dulce y acogedor, la voz de su padre llamándolo, vení Dardo, ¿te acordás lo que te conté hace unos días, que Perón estaba preso, y los trabajadores lo esperaban en Plaza de Mayo? ¿Y reclamaban por él? Vení, aquí está. Armando hacía largo rato que estaba examinando el paquidermo traído por su madre el día anterior, sentado en la mesa de la cocina. Dardo se aproximó, y se sintió atraído por las ilustraciones de los trabajadores y las pancartas, mientras su padre leía el texto en voz alta y agregaba consideraciones de su cosecha. Era un libro que podía conversarse. ¿Se puede saber qué tiene, este libro bendito? Dardo, el Dardo que lo ha redescubierto tras dos décadas, se lo preguntó a sí mismo recordando el recuerdo, el recuerdo fresco de su padre, en 1950, del episodio fundacional de 1945, y el recuerdo fresco del momento, unas pocas horas atrás, en que su mundo familiar y político del Año del Libertador lo había sorprendido como si hubiera estado al acecho por todo ese tiempo, esperando su oportunidad. Sintió un impulso irrefrenable por reencontrarse con esas páginas dedicadas al 17 de octubre. El dinosaurio de papel tenía algo más de ochocientos folios, y carecía de índice. Decidió buscar por el principio; no sería raro que un libro dedicado a la Nueva Argentina se abriera con la jornada inaugural. Pero no. Dardo fue recorriendo las páginas y leyendo distraídamente: ha tomado la ruta hacia los grandes destinos que soñaron los padres de la patria... por haber tamizado sus esencias con el sortilegio de la redención cristiana... el general Perón sentó la consigna rigurosa... argentinizar lo que nunca debió dejar de ser argentino... Ya iba por la página 53. Prosiguió más velozmente: precio del grano... nuestra bandera causa admiración en todos los puertos... excepcional acrecentamiento del patrimonio del Estado... evidencia de que se camina con seguridad hacia el

triunfo total... En la página 183 Dardo encuentra la primera mención del 17 de octubre: la Fiesta de la Lealtad. La ilustración es bella, aunque desconcertante: una pequeña multitud en la que se pueden percibir, junto a inconfundibles proletarios, dos hombres uniformados, como partícipes, en la calle codo a codo. ¿Policías, soldados? ¿Bomberos, quizás? No, bomberos no son. El texto es conciso: la verdadera democracia. Los obreros argentinos intervienen en la función pública. Y unas pocas palabras más dedicadas a relatar de modo bien sucinto los acontecimientos de aquel día. Dardo da vuelta la página. Antes, la suerte del trabajador argentino dependía de la voluntad de los directorios de las grandes empresas extranjeras. Desde 1943, a pesar de los mayores salarios y de las contribuciones para mejoras sociales, los negocios se desenvuelven en nuestro país de forma cada vez más favorable, como lo demuestra la comparación de las ganancias de las sociedades anónimas. Sigue un gráfico de barras: muestra que, con base cien, el salario real aumentó en 87 unidades entre 1943 y 1948. Con desasosiego, cada vez más ansioso, Dardo continuó su inspección del libro: aquella primera mención del 17 de octubre se había convertido en la última. Sí se empleaba, en cambio, a rolete, el año 1943 como parteaguas entre lo viejo y lo nuevo: todas las comparaciones en que se destacaban los logros de la Nueva Argentina estaban ceñidas a esa fecha. La inflexión era la entrada de Perón en la historia, no el establecimiento de un lazo indestructible entre Perón y los trabajadores. El texto no destinaba, pensó Dardo, el menor papel protagónico a los laburantes, y los sindicatos apenas si eran nombrados. En la Argentina se ha terminado el hambre y con ello las marcadas diferencias de clases –leyó Dardo hacia el final– que son las causas más terminantes de descontento. Ahora no hay manos crispadas ni rostros endurecidos. Solo hay agradecidos y contentos. Las Fuerzas Armadas sí que eran nombradas, y cuánto. Garantía de respeto a las instituciones, prolongan su benéfica obra no solo en su labor estrictamente profesional, sino en todo aquello que tienda al progreso material, social y espiritual de la Nación... Punzado por una decepción que se negaba a admitir, con la que se mezclaba, qué duda cabe, una pizca de angustia, Dardo se preguntó si el general seguiría pensando lo mismo desde 1955. No tenía una respuesta concluyente. Tampoco la tenía para él mismo. Sintió que aquella página, la 183 del gigante, estaba de más. Sapo de otro pozo, oveja negra, tuvo un impulso muy fuerte por arrancarla, se inclinó sobre el libro en su búsqueda, pero al encontrarla y tomarla con dos dedos se retuvo. No tenía derecho de hacerle eso a Armando, después de todo el ejemplar era suyo. Y recordó a su madre llegando a casa con el rostro resplandeciente.

* * *

–Sí, Dardo, sobre eso estuvimos pensando bastante. Los primeros años del peronismo fueron macizamente anticapitalistas; en una clave, diría, muy próxima a la de Primo de Rivera, al que vos trajiste a la discusión. Te lo cito: “El liberalismo dijo al hombre que podía hacer lo que quisiera, pero no le aseguró un orden económico que fuera garantía de esa libertad... dado el caos económico actual, no puede haber economía organizada sin un Estado fuerte, y solo puede ser fuerte, sin ser tiránico, el Estado que sirva a una unidad de destino... Y el Estado puede ceñirse al cumplimiento de las funciones esenciales del Poder, descargando... la regulación completa, en entidades de gran abolengo tradicional... integridades verticales... [...] ¿Qué es esto de armonizar el capital y el trabajo? El trabajo es una función humana, como la propiedad. Pero la propiedad no es el capital: el capital es un instrumento económico, y como instrumento, debe ponerse al servicio de la totalidad económica... [...] La propiedad –y aquí Antonio puso mayor énfasis en las palabras del Ausente– toca a su fin; van a acabar con ella, por las buenas o por las malas, unas masas que en gran parte tienen razón y que, además, tienen la fuerza. No hay quien salve lo material: lo importante es que la catástrofe de lo material no arruine también los valores esenciales del espíritu”.

Antonio hizo un silencio breve y continuó.

–Bueno, ustedes eran entonces inequívocamente anticapitalistas. Recordemos la marcha peronista. Es una exaltación personalista desaforada; pero su contenido propositivo es el que hace referencia al anticapitalismo: “que se supo conquistar a la gran masa del pueblo combatiendo al capital”. No tomar esos versos en serio es hacer una lectura anacrónica del peronismo, leer lo nuevo de 1946 con lo que sabemos ahora de los noventa, los 2000. La marcha es un poco un canto del cisne, pero no para ustedes. Perón se fue reorientando, advirtiendo que iba a ser indispensable disminuir el nivel de enfrentamiento con el “capital explotador”, aunque el antagonismo político e ideológico quedara, más difuso, para lo antinacional, lo oligárquico, lo liberal. Fue advirtiendo que eso de “poner el capital al servicio de la economía” no era nada sencillo, tenía un precio elevado, y que la autarquía como forma de independencia económica era algo quimérico, y que entre los dos propósitos no había convergencia sino una incompatibilidad tendencial. Las restricciones crueles de la economía se agolpaban y Perón no

podía dejar de percibir las. Pero para ustedes reemplazar una economía capitalista por una social, como decía Perón, pongamos, en 1948, era un hecho perfectamente alcanzable. Y fue así que vivieron sus vidas hasta 1955.

–Para el Justicialismo –abrió Dardo la boca en tren de aclarar las cosas– lo social no es lucha sino cooperación, armonía de clases y, por supuesto, en un marco político nacional, donde eso puede ocurrir. Deponer una economía capitalista significa reemplazarla por otra en la que las clases no luchan porque no tienen intereses contrapuestos sino convergentes. Esto es ambiguo, por cierto, porque en aquello de que para el justicialismo hay una sola clase de hombres, la de los que trabajan, se encierra algo así como una idea de homogeneizar la economía desde lo social, así como homogeneizar lo social desde lo político. Pero dentro de esto estaba Evita, el anticapitalismo radical, siempre en el límite entre la armonía organizada desde arriba, desde el Estado nacional en el que pensaba también Primo de Rivera, y la lucha desde abajo, el anticapitalismo activo de la potencia obrera, el de las “masas que en gran parte tienen razón y que, además, tienen la fuerza”, y que son portadoras de un impulso poderosamente igualitarista. No es el unanimismo que se establece desde arriba; es el igualitarismo que brota desde abajo. Recordemos: el Estado peronista no era el Estado vertical de la Comunidad Organizada. Era el Estado representativo de los trabajadores, de la identidad obrera, de las comisiones internas poniendo límites a la organización capitalista de la producción, el Estado del pleno empleo que reducía el margen de negociación de los empresarios. Evita encarna este papel, pero al mismo tiempo el nivel del enfrentamiento político ideológico, antioligárquico, antiliberal, igualitarista y plebeyo...

–Pero eso no es todo. Dardo, vos sabés, el carácter representativo del régimen peronista se encarnaba en otra dimensión: la dimensión electoral. Sabés por qué; aunque las elecciones para Perón y el Justicialismo no eran más que ratificadoras de una voluntad popular ya constituida, la llegada al gobierno del general no podía simbolizarse solamente en el 17 de octubre, sino también en el 24 de febrero. Así, la legitimación electoral era indispensable. El peronismo precisaba ganar y no solo eso, precisaba, como decía un cantito de la campaña del 73, ganar por afano. Solamente ganando por afano se le daba verosimilitud al pueblo unido, al pueblo-uno, al pueblo con derechos que eran experimentados más como colectivos que como individuales, al pueblo fundido con la nación. Y Evita, otra vez, cumplía un papel en esto, claro, porque más allá de los contreras que la odiaban galvanizaba como nadie al peronismo. Curioso, ¿no? Evita cumplía funciones representativas como si creyera en lo que no creía, como si

creyera que la voluntad del pueblo era una construcción que se formaba en las urnas. Como si no creyera que entre el pueblo y el peronismo, entre el pueblo y Perón, existía esencialmente una identidad, que se expresaba en sí misma, en la palabra de Perón, en la lealtad de los descamisados, y no en el voto, en el sobrecito introducido en un cajoncito de madera, en un acto mecánico y reiterado ;individualmente! Y secretamente; así es como se podía votar por la contra, desde La Quiaca hasta Ushuaia. De algún modo era así porque el voto era una expresión triunfante del igualitarismo peronista: era el pueblo-uno triunfante en su igualdad, la igualdad de la calle, la igualdad de las urnas, en las que la voluntad del pueblo se expresaba. O sea, el antiliberalismo tenía un cierto límite porque, aunque la cancha estaba inclinada, había un espacio, el electoral, en el que la voluntad del pueblo todo, del pueblo-uno, para expresarse precisaba primero atomizarse para inmediatamente volverse a aunar, pero sumándose, y en el que virtualmente la patria, el pueblo, el pueblo-uno, podían perder. Pero el talante político de Evita, su energía plebeya, estaban en otro lado. Estaba compuesto, ese talante, por aquellos ingredientes tan engañosos y tan peligrosos en política, peligrosos sobre todo porque nos proporcionan la coartada para abrirnos paso hacia el poder ilimitado: el amor y el odio. Y todo esto junto configuraba una versión virulenta del peronismo, que ya no era la de Perón, aunque Perón la necesitara, aunque no pudiera prescindir de ella. Una suerte de fascismo plebeyo, muy poco jerarquizante, ni de izquierda ni de derecha, porque eso no tiene importancia, ideológicamente antioligárquico, una contraélite, explosivamente anticapitalista, agresivamente igualitarista, antiliberal.

—Y tu padre —la Negra tomó la posta— era una figura bastante central de esa contraélite, si bien, no sé si por casualidad o por astucia, supo no exponerse demasiado a la luz de los reflectores, esos que iluminaron a otras figuras que encontraron en esa luz su ruina, como Espejo. Ciertamente esa contraélite sufrió una conmoción enorme con la muerte de Evita. Vos escribís en 1971 que Perón la había impulsado a Evita, y que Evita era la Fundación —con una masa infinita de dinero público a su arbitrio, detalle que vos al parecer considerás nimio—, era el Partido Femenino —que vos contraponés sin fundamentos claros al Partido Peronista masculino—, era una extensa y lenticular red de unidades básicas y era la CGT, que indiscutiblemente tenía sus vínculos más sólidos y fluidos con Evita y que contaba con su propia red oficial, como los agregados obreros en infinidad de embajadas. Para vos era toda esta estructura, y no la de los políticos, la que garantizaba el contacto directo entre Perón y las bases... Los políticos constituían una estructura fantasmal, arrinconados en la relación de fuerzas interna, tenían apenas una parte de la administración pública por punto de apoyo,

decís en 1971. Y todo cambió con la muerte de Evita... la chiflatina orquestada el 17 de octubre de 1952, con pitos distribuidos por Atilio Renzi, entonces intendente de la Capital. Esto suena medio raro. ¿Tan fácil resultaba organizar una chiflatina manipulando a las masas que, no mucho tiempo atrás, habían perseverado tanto en que Evita mantuviera su candidatura? Esto muy bien no lo explicás, Dardo; pero bueno, Espejo, apabullado, renuncia, nadie hace nada por impedirselo, y, en solidaridad con él, los otros tres mosqueteros del cuadrunvirato, incluyendo a tu padre, lo siguen. En solidaridad amistosa, pero con poco sentido político, agregás. La CGT que los reemplazó fue hecha a medida de los burócratas, decís, su secretariado fue compuesto sobre la base de los gremios más débiles, más manejables. Y aquí, sin Evita, sin la CGT que le había sido incondicional, vos dirías que la decadencia del régimen nos muestra su rostro genuinamente representativo, representativo de lo que tenía como democracia liberal, ¿no es así? Las vibraciones que siempre se producen en las masas no llegan ni a Perón ni a los dirigentes que podrían ser sensibles a ellas, porque ya se perfila una casta democrática, que gobierna desinteresada en la revolución peronista y para sí misma. Yo diría que tu profunda falta de fe en la democracia representativa se fraguó sobre todo aquí. No obstante, el peronismo plebeyo tuvo resto suficiente como para reponerse y mantener una sorda resistencia al giro procapitalista que desesperadamente procuraba efectuar Perón, al servicio del cual centralizaba el control de los sindicatos. El general se bancó su presencia, no los destruyó ni mucho menos como a Gay o a Cipriano Reyes, ofreció cargos –tu padre rechazó uno– y le otorgó en 1953 a Armando la Medalla de la Lealtad.

–Sí –abundó Dardo–, se tragaron la rabia de la cancelación de las milicias obreras. Hugo Di Pietro, ya secretario general de la CGT, le contó a mi padre que Perón había dicho que era fácil entregar armas a los sindicatos, lo difícil era quitárselas después. Seguro que lo dijo; lo pinta de cuerpo entero al general. Por otra parte, hay aspectos de ese episodio que jamás pude dilucidar, ni siquiera hablando con mi padre. Ustedes saben que no soltaba la lengua fácilmente. ¿Contemplaba la designación de delegados por cuartel, la captación de suboficiales? Si era así, apuntaba al corazón del problema: real poder popular, desplazamiento definitivo de los sectores reformistas que saboteaban la revolución. Orientación antielitista, más que contraelitista. No pasó de ser humo –Dardo quedó pensativo.

–Pero hubo un momento clave, diría, si no me equivoco –retomó Antonio algo vacilante–, los Congresos de la Productividad; fueron un segundo capítulo en el

libro de las rebeldías peronistas ante el general, rebeldías que sería estúpido confundir con traiciones, o confundir con apuestas, como la de Vandor en 1965-1966, a que el peronismo fuera algo diferente a lo que era. No. Eso ya es otra cosa. No se puede confundir la rebeldía peronista de ustedes con eso; bueno, ese segundo capítulo fueron los Congresos de la Productividad, que están a nuestro juicio poco estudiados y que revistieron una importancia fundamental, no solo en la historia del peronismo sino en la tuya, aunque vos no tuvieras ni siquiera 14 años cuando ocurrió el primero, el único que pasó del papel. Aunque antes del primer Congreso hubo otras reuniones de aproximación al problema, triangulares también, pero no estuvieron rodeadas de la publicidad oficial que Perón resolvió imprimir al Congreso.

–Bueno, vos sabés, tu viejo estuvo –intervino la Negra–, como integrante del secretariado de la CGT; en esas cúspides se mantuvo hasta después de la muerte de Evita. Y qué pasó en las alturas. Recapitulemos, a ver si estamos los cuatro de acuerdo. Hasta entonces, a trazos gruesos, el gobierno peronista había comandado bastante directamente las relaciones entre los patrones y los trabajadores, pero eso significaba, en la práctica, cosa curiosa, una gran descentralización, y dejar en manos de las comisiones internas, de las organizaciones de nivel de planta, gran parte de las relaciones de producción, las condiciones y la productividad del trabajo. La retórica todo lo cubría, pero las intervenciones directas del gobierno eran más bien puntuales. Los empresarios eran profusamente compensados mediante el crédito oficial. Perón instaba a producir, pero el balance estaba fuertemente a favor de los trabajadores, y la productividad era muy baja. Desde 1949 este funcionamiento entra en graves dificultades, porque los problemas en el balance de pagos obligaron a limitar severamente el crédito. La inflación entre 1949 y 1951 provocó la caída de los salarios reales. El Plan Económico de 1952, bastante exitoso, fue una respuesta ortodoxamente peronista al problema. Perón, luego de las reuniones tripartitas en las que fijó directivas, expresó: “hemos conversado largamente sobre esto que yo llamo equilibrio económico del pueblo... la relación que debe existir, y que no debe romperse jamás, entre los salarios y los precios... en la Argentina justicialista no ambicionamos nada más que un límite de equilibrios, donde el hombre pueda vivir dignamente, con felicidad y con tranquilidad... no creemos que nadie, con su salario, pueda hacerse rico”. Pero los problemas no se resolvieron, porque la economía argentina precisaba de capital, insumos y tecnología que no estaba absolutamente en condiciones de conseguir, a menos que tuviera lugar un giro copernicano en la política doméstica y la política exterior. Quizás la incongruencia entre, por un lado, la orientación de política

exterior que describe tan bien Zanatta y, por otro, los requerimientos de la política doméstica nunca jamás fue mayor que en esos años. Se suponía que el hiperactivismo justicialista en el campo externo, sudamericano y aun mundial alimentaba el nacionalismo de las masas, reforzaba la identidad política, consolidaba los nexos entre el gobierno y los sectores populares; la prensa oficialista, toda, bah, batía el parche del reconocimiento de los pueblos del mundo al Justicialismo como respuesta superadora del capitalismo y el comunismo, sea con sus gobiernos a favor o en contra. Los pueblos no se dejaban confundir, por mucho que los gobiernos pretendieran mantenerlos en el error: comprendían la verdad justicialista. Pero todo eso lo pagaba Argentina a un precio exorbitante, porque el régimen peronista socavaba las bases materiales que podrían apuntalar cualquier salida del callejón económico-social en que se encontraba el país. Era escupir al cielo...

–No desconozco –frenó Dardo– que el Congreso de la Productividad es una inflexión, un intento de dejar atrás gran parte de la orientación político-económica hasta entonces dominante...

–Y de sus resultados tan peronistas –recuperó Antonio la palabra–. Porque lo que hacía el general era intentar un movimiento complejo. Los sentaba, a empresarios y sindicalistas, a una mesa a la que en principio él mismo no se sentaba. En hipótesis, este “señores...” equivalía a dejar la puja entre actores del mundo productivo o, en lenguaje proleta, la lucha de clases, fuera de la órbita directa del Estado. Era un cambio sustancial desde la concepción peronista de la “economía social” que, debía asumirse, había dado vuelta la página del capitalismo a través del ejercicio de una justicia vertical. Ahora no, ahora el Estado procuraba dejar de ser una palanca a favor de los trabajadores. Pero las cosas en el Congreso empezaron y siguieron mal para los planes gubernamentales y para los empresarios. Ya desde el nombre: Congreso nacional de la Productividad y Bienestar Social. Las organizaciones sindicales no cedieron, y los avances en compromisos en materia de productividad, de organización del trabajo a nivel de planta, que eran los temas que obsesionaban a los empresarios, aun más que los niveles salariales, fueron insignificantes. La economía argentina salió del Congreso de la Productividad tal como entró.

–Recordaste, Negra, que aun antes del Congreso de la Productividad hubo concertaciones propuestas en el mismo sentido, en el llamado Consejo Económico Nacional, en 1952. Mi padre participó. ¿Se alteraba en ellas la concepción ortodoxa? No sé, pero lo recuerdo a mi viejo desalentado.

–Perón había anunciado su intención de que los convenios colectivos fueran bilaterales. Las negociaciones fueron arduas, y se extendieron más de lo previsto. El gobierno titubeaba; presuntamente su objetivo era retrotraer las cosas a septiembre de 1949, el punto de quiebre del equilibrio. Lograr un aumento que actualizara los salarios sin trasladarlo a los precios y estabilizar aquel “equilibrio económico del pueblo”. Para los empresarios, no obstante, la inflación era la manifestación de un problema mayor, ubicado en la esfera de la producción: focalizado en la productividad del trabajo. En estas negociaciones participaron, por la CGT, nueve dirigentes, entre ellos Espejo, Santín y tu padre. Los empresarios fueron más numerosos, y en el grupo estaba José Gelbard. Los titulares del Consejo Económico, del lado gubernamental eran todos los ministros del área. Para los empresarios la clave estribaba en las relaciones laborales: si el nudo de la cuestión era la producción (¿cómo aumentar salarios sin aumentarla?), la disciplina laboral era la punta del ovillo, pues a causa del poder obrero en las fábricas el patrón no tenía respaldada su autoridad. Se reclamaba la vuelta a la productividad normal, “lo que se producía hace cinco o seis años”. Es muy claro, ¿no? Reclamaban el regreso a la productividad previa al peronismo, fuera la que fuere, como estándar. Y relacionar futuros aumentos de salario con la productividad del obrero y modificar la ley de despido. Para la delegación obrera, de lo que se trataba era de un aumento general de salarios financiado con las ganancias empresariales. José Alonso había sido claro: “nos hemos dignificado, tenemos otra mentalidad y lógicamente no queremos retroceder en todo lo logrado... haremos una defensa ineludible por mantener el nivel de vida”.

–La muralla a partir de la cual no se podía retroceder estaba bien puesta –dijo Dardo–. Me parece difícil que me convenzan de que no había otro camino que el de volver al pasado anterior al justicialismo.

Antonio asintió, no se sabía si al análisis o a la advertencia de Dardo. Un silencio cargado de expectativas, y la intriga en los ojos de Ignacio, animaron a este a proseguir.

–Yo creo que desde 1943-1945 hay un cambio sustancial en las condiciones del trabajo, cuyo impulso no es tanto sindical como obrero. Y se da teniendo los trabajadores el plano inclinado a su favor en relación con los patrones. Que yo sepa, las comisiones internas, los delegados de planta no existían antes del advenimiento peronista. Los delegados tendrán una injerencia directa en la organización productiva. Una parte sustancial del mejoramiento de la

condiciones de vida de las familias trabajadoras tiene que ver con el salario, pero otra con el alojamiento del nudo de la explotación en la planta. Asimismo con la facilidad de interrumpir el trabajo, que tiene un impacto cuantitativo fuerte. Y desigual, algo autodestructivo: daña más a la producción que lo que beneficia a los explotados. Como sea, creo que hay una escisión que se radicaliza en el mundo productivo: los explotados se desentienden de lo que dicen necesitar los explotadores. La productividad no es una cuestión que les interese. Esta no puede ser, claro, la historia que el peronismo cuenta de sí mismo. No se va a encontrar en las palabras de Perón. Pero el “mañana es San Perón que trabaje el patrón”, es mucho más –creo– que un eslogan zumbón. Por supuesto, “el patrón” no fue capaz de encarar con inteligencia el problema; desde el vamos los empresarios plantearon su posición imposible: era necesario finiquitar la intervención de planta y regresar a los niveles de productividad previos al peronismo. Una insensatez. Y cuando Perón ya está alarmado y resuelve remangarse la camisa es tarde porque la economía peronista está en un callejón sin salida, sin posibilidad de contar con insumos, capitales, tecnología, para crecer, los empresarios lo saben, y la variable de ajuste es el planteo stajanovista.

–Dardo, ¿no estás exagerando?

–Claro, era el planteo empresarial, no el de Perón. Frente a esto los sindicatos responden con un corte de mangas. La verdad es que para pensar el problema prefiero no acordarme de los argumentos gorilas. Más bien conecto esto con el linaje político que fui copiando e inventando sin darme cuenta: el peronismo plebeyo. Es el peronismo que se toma demasiado en serio a Perón, mejor dicho a un Perón, el de la felicidad del pueblo, no al Perón del orden y la comunidad organizada. El peronismo plebeyo es profundamente peronista porque jamás imagina (como sí hicieron, por ejemplo, un Bramuglia, un Mercante o un Vandor) una cosa alternativa al peronismo. Pero es profundamente disruptivo y profundamente desobediente de tan profundamente peronista. Es la Eva, no de La razón de mi vida, de la Fundación, sino de las milicias obreras. Entonces, yo creo que sí hubo una cultura del trabajo radicalmente transformada, sobre la base de un desentendimiento en relación con la productividad. Una suerte de anticapitalismo capitalista, de cancelación imposible de la explotación (en el fondo, el justicialismo es eso, la economía deja de ser capitalista porque Perón desde lo alto realiza la justicia). Por supuesto, el segundo mazazo a la cultura del trabajo tuvo lugar desde 1955, en parte por la increíble pretensión vindicativa y las ilusorias expectativas de producción de las élites antiperonistas, y en parte porque los peronistas precisaron hacer del mundo de la producción una trinchera.

¿Y en qué sentido? Justamente, su poder de combate residía en la capacidad de amenaza de desorganización del mundo productivo. Mirá, para mí el gran pensador peronista es –no podría ser de otra manera, ya que el peronismo es ante todo un fenómeno estético– un pintor, ya les dije, Daniel Santoro. No sé si en su extensa iconografía hay algún cuadro de Perón como Primer Trabajador. Capaz que sí. Pero lo que no hay en sus cuadros son trabajadores en tanto tales. ¿Se fijaron?

Abril de 1971. Pero qué pelotudo, Bonasso se dejó convencer. Podría plantarle cara a ese cretino oportunista de Neustadt, en lugar de dejar que me mandara a entrevistarlo a George. Claro, Neustadt leyó esas declaraciones a los franceses sobre que se aproxima una época de oprobio, Borges a los franchutes les vende cualquiera, y olió sangre. Y sí, Bernardo es infalible para la noticia. Lo mío es morboso, me podría haber abierto, al final acepté, mejor que la haga yo, la nota, no sea el caso, pero esto me suena muy mal. Sábado me dice que Borges no es antiperonista, en fin, a lo mejor hoy entiendo por qué.

Borges lo recibió sentado, alzando levemente hacia él su mentón a modo de saludo, bastón en mano, rostro extrañamente expresivo a pura ausencia de expresión, enigmático como una esfinge. El que no tenía un ápice de enigmático era su secretario, su disgusto por la presencia de Dardo saltaba a la vista. Dardo fue al grano, interrogándolo por las declaraciones que Borges había formulado recientemente.

–No tengo nada que agregar a esas declaraciones...

–*Para el público francés pueden quedar sin fundamentos. Para nosotros...*

–*Yo sí creo que son suficientemente claras. Piense en las elecciones que nos dieron a los radicales; piense que Perón fue elegido con toda legalidad; y piense en las dos calamidades que resultaron.*

Dardo relee la entrevista con la Negra y Antonio. ¿Habrá sido el último conservador químicamente puro, Borges? El general, que no creía en las elecciones, las ganaba todas. ¿Dónde lo escuché? Tenían casi la misma edad él y Borges, Borges era cuatro años menor. Perón no creía pero creía, porque eran un principio de legitimación política en el que era invencible. Y era el principio de legitimación política hecho carne en el propio pueblo, a pesar de que llevara en

su seno un genio maligno, el genio liberal, aunque el general tenía la certeza de que jamás saldría de la botella. Los conservadores acariciaban otro principio de legitimación: fundamos este país y somos los únicos capaces de gobernarlo. La nitidez con la que esto podía percibirse en la entrecortada entrevista a Borges era inaudita. Fundamos este país, es nuestro.

–Bueno, pero usted en esas declaraciones hace una opción entre dirigir e informar a las masas; ¿cómo cree Ud. que se llega a dirigir a las masas?

–Eso que lo expliquen los políticos, yo soy más bien un escéptico en materia política, ¿no? Además, no sé si debemos hablar de las masas. Primero, estamos ofendiendo a mucha gente; a nadie le gusta que lo consideren miembro de una masa. Las masas son una identidad abstracta y posiblemente irreal. Los que existen son los individuos, si es que existimos. De modo que si Ud. habla de masas está ofendiendo a una cantidad de gente; a nadie...

–Dardo, eso de que las masas son una entidad abstracta y posiblemente irreal no está tan mal. Primero, el señor Borges no está recibíendote en su casa para hacer ciencia política ni tampoco política. Está fungiendo de publicista, intelectual orgánico si querés. Del campo conservador. Y lo que está diciendo –aventuró Antonio– es: ¿cómo se puede fundar en las masas un gobierno legítimo? Y ¿cómo se puede esperar de un gobierno cuya legitimidad ha sido fundada en las masas que alcance a su vez una legitimidad de ejercicio?

–Que diga lo que quiera, el cabrón, al que le encantaba hablar de lo que no sabía.

–Sabía, Dardo, llevaba en la cabeza el script conservador de una Argentina que no existía ya –acotó la Negra.

–Mirá, no sabía jugar al truco, por mucho boliche y ginebras de las que se jactara:

–Pero ha sido usted quien concretamente ha hablado de masas.

–...sí, he hecho mal, puesto que no sé si existen tampoco. Son un concepto abstracto, como si supiésemos que todas las personas cuyo nombre empieza con la letra “b” forman una sociedad. Cada individuo es muy distinto y a nadie le gusta ser considerado miembro de una masa.

–Y además –Dardo se dirigió a Ignacio, buscando un juez imparcial–, creo que le

perdoné la vida. Si le hacía notar que hay muchos individuos a los que les gusta ser considerados miembros de una masa, ¿por qué tangente se iba a escapar Borges? Por ninguna. Iba a continuar en la curva y decir que, bueno, esos individuos no eran individuos, y si lo apretabas lo llevabas a la conclusión obligada: que esa masa no estaba compuesta por seres humanos. Después creí que con la pregunta siguiente lo ponía contra las cuerdas, pero se defendió bien, debo admitirlo.

–Pero, un segundo –le dijo Antonio–. Tenías otro argumento y no lo usaste, porque eras ciego a él, tan ciego como Borges, que veía manchas y sombras. Defender el argumento electoral, las masas no votan, el voto es individual, y tiene lugar dentro de un sucucho en el que el individuo, ciudadano con derechos, está a solas consigo mismo.

–¿Por qué lo llaman el cuarto oscuro? Podrían decirle el cuarto iluminado –la entonación de Dardo denotaba ironía–, o cuarto ilustrado, ¿qué te parece?

–Vamos, Dardo, a él no le gustaban las elecciones, ok, pero tenía que desmarcarse de las masas para discutir otra cosa, un mecanismo que es liberal, no podía seriamente decir que es una acción de las masas. Pero como es liberalismo, y el peronismo lo puso patas para arriba, o cabeza para abajo, jaja, como te guste, vos... Aunque, desde luego, la constitución peronista no desmiente este principio liberal en absoluto.

–Dejá de joder, Antonio, volvamos a la sabiduría patética de ese gorila.

–Usted no quiere o estima que no debe hablar de política. Sin embargo, hay un pasaje del reportaje en el que afirma que “esos hombres –los políticos–, aunque engañaran un poco en política, estaban haciendo un gran país”. ¿Usted cree que es lícito “engañar un poco” en política?

–Sí, ¿y por qué no? Imagínese lo que era este país en el siglo XIX. ¿Qué era? Gran parte era un país de gauchos. De gente que luchaba para un caudillo porque el patrón de la estancia lo mandaba. El gaucho no tuvo ninguna idea de patria. Cuando desembarcaron los ingleses en Quilmes, salieron todos los gauchos de los alrededores... les indicaron el camino a Buenos Aires...

–Bueno –dijo una Negra condescendiente–, ¿qué le importaba a Borges apelar a un relato histórico o echar mano de una patraña?

–Negra, vos no te indignás por nada –rio Dardo–. Fue su mejor momento de esos pocos minutos, tuvo el coraje de esbozar una ética de la mentira. Igual, traté de arrinconarlo un poco.

–Pero la época a que usted se ha referido varias veces no es tanto la época del predominio gaucho...

–¡Aquí nunca hubo predominio gaucho!

–Usted habla allí, casi concretamente, de la época que corrió desde el año treinta al cuarenta o cuarenta y dos...

–¿Qué, en el tiempo de Rosas?

–No. Estamos hablando de mil novecientos, mil novecientos treinta...

–Y algo conseguí. Jugó todo el tiempo en el área chica –presumió Dardo–. No logró patear la pelota a mi campo.

–Bueno, no sé si usted recuerda: el 17 de octubre tenían que cerrar todos los almacenes para que llegaran manifestaciones a la Plaza de Mayo; la gente de la CGT obligaba a los obreros a asistir; a los empleados públicos querían obligarnos a asistir, pero no íbamos. Es una época artificial...

–Ese fue el desembarco de una época. Yo recuerdo la que Ud. menciona en su reportaje, que se caracterizó por el crimen político, por el fraude, por el negociado, por los suicidios políticos, como el de Lisandro de la Torre.

–Es verdad. Sí...

–Chicos, está grabado. Y ahí se me fue la mano, me faltó temple profesional.

–Por el hampa que auxiliaba a esos políticos que usted dice que engañaban un poco. Esas fueron las características de la época en que usted afirma que estaba haciendo un gran país...

–Y, sí, lo hizo... hubo algunas pequeñas trampas, pero en cuanto al hampa creo que la Alianza Libertadora superó en crímenes y torturas a todo lo que hubo antes y después. Lo superaron a Rosas. Yo tengo amigos míos, por ejemplo... yo he conocido a comunistas que los han torturado con la picana eléctrica hasta

matarlos...

–Precisamente la picana eléctrica es un invento de la época que usted defiende...

–Bueno... si usted quiere entrar en polémica conmigo... es otra cosa.

–Y sí, ya no había forma de arreglarla. Le di una de cal y otra de arena, nomás.

–De ninguna manera, simplemente quiero ubicar sus conceptos. También más adelante usted dice que “duda de que las masas puedan tener ideas políticas, siquiera idea alguna”.

–Y creo que no. En general creo que la mayoría de la gente es bastante estúpida... sin excluir a los intelectuales, que no sé por qué los llaman intelectuales.

–Esta vez sí se escapó por la tangente, obvio –dijo Antonio–. Estaban hablando de política y se rajó a la gente. Cosa que incluye masas, élites, héroes, santos, policías...

–Pero se anotó una, no me van a negar: “sin excluir a los intelectuales”. Ahí debo decirles que el secretario intentó detener la entrevista. Borges no le llevó el apunte. Se oye en la grabación: “You know, you’d been recorded”. El viejo asintió, pero tenía amor propio, eso sí. Así que yo arremetí.

–Finalmente, Ud. afirma que se siente muy democrático.

–No sé. Posiblemente sea un error, posiblemente ahora ya no crea en la democracia.

–A su criterio, ¿quiénes son en la Argentina los que tienen derecho a elegir y a gobernar?

–...

–Usted habló de un pequeño grupo de personas que gobernaban el país...

–Sí, hablo de mis amigos personales.

–Yo ya estaba algo fastidiado. Me acordé –recuerdo– de Neustadt, maldije a Miguel y me decidí a ir directo a su casa a obligarlo a escuchar la entrevista antes de llevársela al director de Extra.

–¿Por qué se niega siquiera a acordarse del peronismo?

–¡Es una época tan ridícula y tan oprobiosa! Yo tuve que vivirla y tuve que sufrirla. Me acuerdo de otro hecho: y es que ningún antiperonista se atrevía a decir que lo fuera. Y ahora nadie se atreve a decir que es peronista; le da vergüenza.

–Ahora que vuelvo a escucharla, no fue tan mala ni tan breve. La pudimos publicar, para bronca del secretario. Para mí fue el acabose, patié el tablero.

–Aunque no suelo hacerlo en mi profesión, permítame un caso personal: yo soy peronista y no lo niego.

–Lo siento mucho, en ese caso el diálogo va a ser muy difícil con usted; le sugiero que demos por... me parece que no hay ningún objeto en que sigamos hablando. Si usted es partidario de Rosas o de Perón...

–Me parece que me fui sin saludar.

–Bueno –pensó Antonio en voz alta–, a Borges le encantaba decir que del Partido Conservador apreciaba la virtud de ser incapaz de suscitar fanatismos.

–Sí. Era franco, el muy ladino, pero fanático a su modo –corrigió la Negra.

–La verdad es que me gustaría conjurarlo, me vendría muy bien en nuestras interminables discusiones sobre la democracia y sobre la violencia.

–Y a nosotros también, sería un gusto arrinconarlos juntitos, a Borges y Cabo, en la esquina antiliberal del ring.

* * *

De una esquina y un cuchillo.
Los años no dejan ver
El entrevero y el brillo.
Cómo habrá sido aquel hombre.
Alto lo veo y cabal,
Con el alma comedida;
Capaz de no alzar la voz
Y de jugarse la vida.
Nadie habrá habido como él
En el amor y en la guerra.
Siempre el coraje es mejor.
La esperanza nunca es vana.
Vaya, pues, esta milonga

* * *

–Lito, ¿conocés la semblanza que te dedica tu amigo Bonasso, dispersa en sus libros? Con la Negra juntamos las piezas, te será familiar. Te leo: mi mayor iniciador y padrino fue el flaco Dardo Cabo, el primer aeropirata de la tierra. Un flaco muy alto que estaba esperando algo –no se sabe bien qué– en una sórdida oficina de la calle Defensa, la sede de la revista Extra. Me habían hecho recomendaciones en su contra: “es un facho, un lumpen, el hijo de un burócrata, un pistolero”. Me cayó muy bien... todavía escribía de manera muy confusa... Me ayudó a nacionalizar y peronizar... fui responsable de su radicalización

ideológica... y de su acercamiento definitivo a la revolución cubana...

–Con buena leche, Miguel se atribuye un mérito exagerado en eso. ¿Cómo saberlo? Entonces discutíamos mucho con tantos, pero algunos interlocutores eran más significativos. Él lo era, yo también lo era para él. Recuerdo haber leído... –Dardo vacila, vuelve sobre sus pasos–. No, no, el punto no es ese. El punto es que yo no viví ningún proceso de radicalización ideológica, porque no me radicalicé, ni en lo social ni en lo nacional. Esas son macanas, y las puedo entender como prejuicio de mi amigo Miguel, quien por otra parte ya era nacionalista, no precisaba de mí para serlo más. Pero lo de la radicalización es un cuento chino. Ahora, lo de Cuba... a fines de los sesenta en Argentina... ustedes hasta ahora han conseguido eludir esos anacronismos... en ese entonces, ser revolucionario y ser filo cubano... De cualquier modo, claro que creí, equivocado o no, que se podía ser fidelista sin dejar de ser peronista, al revés de lo que le sucedió a Bonasso, ja, que se hizo peronista sin dejar de ser fidelista. Y no faltarían hoy quienes dirían claro, es así, es tristemente cierto, fue alegremente cierto. Mi adhesión a Cuba muestra claramente, me guste o no, que he sido un revolucionario, no un rebelde. Ningún rebelde podría adherir, no ya a la revolución cubana, sino a lo que los revolucionarios hicieron de ella. O a lo que hicieron con ella de Cuba. Claro, lo estoy diciendo ahora, pasaron las aguas, pasaron las palabras.

–¿Y qué estabas esperando? –preguntó la Negra.

–Como esperando algo. Buena observación la de Miguel. Como esperando algo... En ese tiempo, todos nosotros teníamos en los ojos la espera. Esperanza deriva etimológicamente de espera, palabra sin duda antiquísima, esperanza también, conjeturo. No debe ser eso, si era un rasgo que Miguel encontró de particular en mí. No sé si querría hablar de eso ahora.

–Bueno. Después Bonasso habla de tu padre como muy próximo a Vandor, y luego tomando distancia de él: “tránsito polémico e inquietante” (sic). Lo bosqueja como “personaje turbulento y temible, cada vez más cercano a la militancia de su hijo”. “Llegamos a ser amigos –dice– y compañeros de militancia en las condiciones más extremas de clandestinidad... fenómeno moral común en los setenta: terminó siendo hijo de su hijo”.

–Sí, es un mito insostenible, que compra fácilmente cualquier lector politizado. Es equivocado; simplemente, no es cierto que la generación a la que perteneció

mi padre, aquellos hombres o mujeres que se foguearon en los últimos años del gobierno peronista y en la Resistencia, hayan terminado siendo hijos de sus hijos, que hayamos sido nosotros los que impulsamos su radicalización. La potencia estética, espectacular, de la emergencia de la juventud y la guerrilla desde fines de los sesenta no deja ver con claridad cómo fue ese proceso. Obnubila un poco la comprensión, son esquemas argumentales autoevidentes. Y se van para el lado de los tomates.

–Dardo, ¿vos tenías amistades fuera de la política?

–No. Prácticamente no. Ni tiempo. Yo no tenía tiempo fuera de la política. Pero tenía amigos. Ustedes, que se leyeron todo sobre mí, habrán visto que Bonasso dice en su relato conjugado en presente indicativo: “Dardo es mi mejor amigo, Cristina la mejor amiga de Silvia, y la Tata es como una hermana de los chicos”. Y es cierto, como que era amigo de mi padre, también. Miguel no era una rareza en mi vida, en esas tribus sabíamos cultivar la amistad. La amistad y la política estaban fundidas... en el círculo de una sola pasión, que parecía infinita; pero su circunferencia no se podía trasponer. Miguel dice que yo vengo de la clase trabajadora, que le enseñó cómo ser peronista en la práctica, incluido su bautismo a cadenas en una asamblea... y que él me acerca lecturas que trascienden mi fijación en los textos revisionistas. Es verdad eso de los textos, aunque él me pasó Hernández Arregui también, yo lo conocía muy poco y desconfiaba. En la cárcel no lo había leído todavía. Y Miguel agrega: “Él se socializa, yo me nacionalizo... me confesaré que milita en Descamisados... yo que veo a Capuano Martínez”.

–¿Y qué pensás?

–Que ni una cosa ni la otra, ya les dije. Pero la amistad era profunda.

–¿Y con Pfaffendorf?

–Y bueno, éramos amigos desde antes de hacer política, pero teníamos 14 años. Fuimos amigos entrañables en el San José, en Tacuara, en el MNA, después la política nos separó, en 1969 nos peleamos. Pero eso es lo curioso, ahí se me quemaron los papeles, nos peleamos y no nos vimos nunca más. Pero creo que seguimos siendo amigos, si nos veíamos no podíamos no hablar de política, y si hablábamos de política no podíamos no pelear. Dejamos de vernos para no pelear, no nos vimos nunca más, hasta mi muerte. Pero seguimos siendo amigos,

yo lo sé. Paradójico. O necio. En su ausencia inapelable, fue mi mejor amigo fuera de la política, así. Dos por tres Miguel estaba queriendo trompear a los patrones, muy especialmente a Neustadt, e irse al carajo. Un día, no me acuerdo cuál era el motivo de la gresca, por abril de 1971, le dije: “Miguel, todos los patrones periodísticos son intrínsecamente hijos de puta... si te mantenés fiel a tus convicciones podés jugar un gran papel por lo que escribas y por lo que te enteres”. Se suponía que él era el reflexivo y que el impulsivo de mecha corta era yo, jaja. Se rio, ya vi que estaba dispuesto a hacerme caso. Me dijo: “Lito, te enganchaste con una orga y me querés reclutar para que haga inteligencia”. Le respondí que lo primero era cierto, él ya lo sabía, y que lo segundo no lo había pensado, pero que no era mala idea.

Junio de 1971. –Dale pelotudo, yo ya sé que sos botón, gordo. No me interesa, me chupa un huevo. Lo único que te pido es que saques a Dardo de esa ratonera. Si no lo sacás, no vuelvas por el diario.

Dijo Héctor Ricardo García y cortó inmediatamente, dejando al gordo, deliberadamente, sin respuesta. La montada ya estaba llegando en masa a la puerta de la iglesia e iba a detener a todo el mundo, y Dardo estaba muy manyado, la iba a pasar mal. También, este loco se anota en todas. Intentar darle una mano a Cabo no le iba a salir barato, si ese gordo imbécil no volvía a poner los pies en el diario lo iba a lamentar –era muy conveniente contar con un tira en el staff–. Pero bueno, ya aparecería otro, menos curda quizás. Era cuanto podía hacer. Su mente se escapó a las Malvinas. Y a las fotografías que le habían secuestrado los kelpers y que seguro no habían sido destruidas. Estaba dispuesto a pagar mucho para recuperarlas. Una pretensión quimérica. ¿Pagarle a quién? A menos que alguna de esas algas lo buscara y se las ofreciera. Había entrado en contacto con el cura irlandés, otro choborra pero habilísimo, la persona indicada, buen negociador. Pero se había hecho el boludo.

¿Qué estaría aconteciendo en esa iglesia? Los recuerdos malvinenses, acompañando su inquietud, regresaron insistentes. Él se sentía orgulloso, no por haber participado en la patriada, sino porque había conseguido mantener la calma, no estorbar, tanto que los demás pasajeros solo se enteraron de su presencia una vez de regreso. Y no olvidaba la cara que había puesto Dardo cuando lo vio llegar, sobre la hora, al Aeroparque. Él se había comprometido con el chico en que Crónica mandaría un fotógrafo. Con asombro y nerviosismo,

Dardo lo vio acercarse lo más campante a García. Para desearles suerte, pensó.

–Pero ¿y el fotógrafo? –le preguntó ansioso.

García lo miró sobrador e introdujo sus dedos en el bolsillo externo de su saco. Extrajo un carnet: Héctor Ricardo García, fotógrafo oficial de Crónica.

Noviembre de 1971. Tenía ante sus ojos un ejemplar flamante del número 77 de la revista Extra, el mensuario político más importante de la Argentina, dirigido por Bernardo Neustadt. Desde hacía un año, Dardo Cabo constaba al frente del Comité de Redacción, pero este registro era ya puramente ficticio, porque se estaba despidiendo de la revista a fines de 1971. Extra seguía siendo un lugar curioso en el que había tratado especímenes políticos muy diferentes –Jauretche, por ejemplo, sin pertenecer al staff, era número puesto un mes sí y otro también–. Dardo iba a buscarlo al café Castelar, donde paraba. Entre los columnistas se consignaba a veces gente como José Luis Romero y Álvaro Alsogaray. Dardo había aterrizado en Extra poco después de dejar su comfortable, aunque levemente gélido, alojamiento en Ushuaia, gracias a la mano tendida por Cao Saravia hacia Neustadt, y allí había conocido a quien pronto sería uno de sus grandes amigos, Miguel Bonasso. Dardo captó en seguida la lógica política central de la revista. Consistía en jugar hábilmente, apenas disimulado, con la hipótesis del regreso del general Perón. Uno de los primeros días fue al archivo y el encargado le obsequió una colección de la revista desde su número cero, de julio de 1965. Los primeros dos números hablaban del tema, pero en el tercero, de septiembre, era nota de tapa. Un Perón algo más viejo interrogaba desde un retrato fiel, respetuoso, al carbón. 1970: ¿Puedo volver a casa? Era patente, se había dicho Dardo, que la revista estaba destinada a un público de poder adquisitivo, profesional, más bien culto, lector, ansioso por saber qué pasaba en el gobierno, quién había matado a Vandor, si había que hablar bien o mal de La cacería de Pavlovsky, si Macunaíma merecía ser vista. Los mismos lectores a quienes el eventual punto final del ostracismo ya prolongado del caudillo justicialista les quitaba un poco el sueño. ¿Por qué? Dardo creía haberlo entendido. ¿Era porque no sabían si iba a volver o no? Esa era una pregunta de relieve, pero no la más inquietante de todas. La más inquietante para esta gente era otra: ¿debo estar a favor o en contra? Y en esto no servía de nada querer ser neutral, indiferente. A los tibios los vomita Dios. No definirse en esto era hacer un papelón, no servía para

ganar puntos ante nadie. Recordó una periodista experimentada perorando en la redacción hasta concluir tras algunas vacilaciones que estaba a favor del regreso. Lo había dicho desde una posición de asumida vanguardia. Pero en fin, la respuesta conjetural a esa pregunta primigenia se construía sobre la base de diversas preguntas auxiliares, que constituían el trazo fuerte de la revista número tras número: ¿quiere volver? ¿Lo dejarán volver? ¿Los peronistas realmente quieren su regreso? ¿Para qué volvería? ¿Para gobernar? ¿No está muy viejo? ¿Querría gobernar? ¿Para hacer qué? ¿Alguien vio La hora de los hornos? ¿Y Actualización política y doctrinaria? Definitivamente, ¿va a volver? La lista podría ser más larga (¿es Perón un revolucionario, un reformista, un conservador? Perón es un revolucionario, ¿no?), pero todos los interrogantes estaban dispersos en editoriales y columnas del director, artículos, entrevistas, diálogos o debates, juicios a, críticas bibliográficas (Dardo hacía muchas, le encantaba hincar el diente a novedades editoriales de sociología, historia o política, en esos años en que esa literatura crepitaba como hojas secas en el fuego, y Neustadt lo tenía manyado). Él lo veía bien: no se le decía al lector que ese número, como todos, estaba consagrado a discutir el regreso de Perón. Pero el tema estaba sumergido en todas las páginas. Y Dardo iba percibiendo la inclinación del fiel de la balanza ahora, a fines de 1971, en esa melancólica revisión de despedida. Desde aquel número de julio de 1969: Marechal, un habitué, decía que la Argentina se movía, y Podestá que Cristo también había sido un agitador. Jauretche zahería al medio pelo, una de sus invenciones brillantes. Porque justamente –colegía Dardo– el medio pelo era el que no quería ya seguir quedándose en el medio. Un avanzado estudiante de sociología, muy lector de Althusser, le había proporcionado a Dardo un elemento que se prestaba muy bien al caso: lo que hacía don Arturo era interpelar, constituer un sujeto culposo que quería romper con esa culpa, y, ¿yendo hacia dónde? Él no escribía sobre eso, se ocupaba de otras cosas, jaja, Malvinas, ¿para qué sirven? A pedido de Bernardo. Aunque no se ocupaba tanto, no quería quedar pegado al tema como si fuera el único. Pero Neustadt le insistió y le pagó soberbiamente. Y ahí estaba la nota, al lado de un reportaje a Gazzera, el fideero citaba a Perón sin nombrarlo, el arte de la revolución es de pura ejecución. Dardo había cerrado su texto con un párrafo que juzgaba equilibrado: “Perdida toda su importancia estratégica, reducida a un déficit de escándalo, perdiendo precios su producto principal, desechada por el imperio, desde las Malvinas se mira sombríamente hacia Londres. Quizás pronto vuelvan definitivamente su mirada hacia la Argentina, que les está ofreciendo un país, una nacionalidad y una posibilidad de futuro”. Le había costado despegarse del lugar común de la relevancia estratégica, pero pese a lo que decía más de un papanatas la pérdida

de relevancia era clara. En el número de octubre Félix Luna afirmaba que el papel de Perón era cada vez menos importante, pero en la cuerda floja de una gran ambigüedad, porque luego de agregar que ya no mandaba ni en su propio partido, cerraba el párrafo señalando que si había elecciones se convertiría en un interlocutor imprescindible. Gambini, Luna y Gonzalo Cárdenas, el profesor de las cátedras nacionales, confrontaban sobre Perón y sobre cómo y por qué movería sus piezas en el tablero. En noviembre José Luis Romero reivindica el disconformismo. ¿Consideraría apropiado, entonces, que los peronistas estuvieran disconformes por el hecho de haber sido Romero rector de la UBA durante la Fusiladora? Se lo iba a preguntar; con Romero dialogar era posible. ¿Y el Pepe Rosa? Defendiendo en un juicio revisteril a Rimoldi Fraga: “señor fiscal, la única paz que se consigue sin guerra es la paz de los sepulcros”. No estaba tan desencaminado, pero... decirlo tan tranquilo desde un mensuario de divulgación... le hacía ruido. Ya en enero del 70 se queja Ongaro, ante Bonasso y Dardo, de Neustadt: “hablé con él cinco horas, dos horas seguidas de Perón... no transcribieron exactamente mi pensamiento, olvidando que mi lealtad con Perón incluye incluso dar la vida por la doctrina por él creada”. Por la doctrina sí, claro, Ongaro es un hombre de ideales. Y todo así. En abril, el director, tras afirmar que Onganía tenía todo en sus manos para cumplir la idea revolucionaria y cambiar el clima de achatamiento nacional, se queja de que vivamos todos a la orilla de la salud de Perón. Interesante: el jefe de redacción, Miguel Bonasso, preside un proceso a Aramburu, participan entre otros Gazzera y Héctor Sandler. Es declarado culpable por un jurado compuesto por estudiantes. Cuando, un mes después, se conoció el secuestro y la muerte de Aramburu, recordó Dardo haber recordado este proceso. Se intrigó vivamente. Descartó que pudiera existir una conexión directa con el secuestro. A menos que... Neustadt tenía ciertamente contactos... pero no, definitivamente lo descartó. Dardo tropieza con alguna columna suya o con una minuciosa crítica bibliográfica en cada número. La de febrero está destinada a la crisis y agonía del teatro independiente, una suerte de réquiem quizás algo apresurado. La crítica revelaba su estilo arltiano; los independientes, dice, pendían en el aire a pesar de los parches. Sobre el Di Tella señala, también con marca arltiana, que “un criterio snob rodeaba a la sala y acogotaba la mayor parte del esfuerzo. Solo dos o tres hallazgos son rescatables por año. Que, de todos modos, es mucho”. El zigzag podía atraer a un lector de veras interesado. Una llamada de memoria iluminó a Dardo las horas pasadas allí con María Cristina, que al principio lo llevaba de las narices. Dardo se había comprometido en la reivindicación del Teatro del Pueblo, “navegando hacia los cuarenta años de actividad casi ininterrumpida”. Su mención le atrajo. Casi ininterrumpida. Le

evocó hordas y fuegos. Asociación libre. En mayo del 70 coloca en un primer plano, en el mapa de la Iglesia católica, al lobo estepario de Hernán Benítez... “su figura más audaz... un auténtico adversario de la Libertadora, que enfrentó con la lucha directa, como un miembro más del movimiento peronista”. No le gustó mucho ese párrafo, al padre Benítez, pero no lo retó. Hay de todo como en botica: secuestros, Gelbard, el ministro Imaz. Pero Dardo no metía siempre su cuchara. Se saltó el número de junio, en el que se publicó su diálogo con Borges. En el número de agosto ya el general Aramburu había sido asesinado; recorrió sus páginas sin dispensarles atención, no se le había perdido nada por allí. Todavía Julio Oyhanarte se preguntaba por el partido de la Revolución Argentina. Y Carlos Floria negaba que Perón hubiera dicho que la Argentina precisaba un millón de muertos. El número de septiembre, que se ocupaba del asesinato de Alonso, era asombroso: se reproducía en él el plan del CONADE, Dardo le asignaba tanto realismo como el de quien va a la ruleta para hacerse rico. Tropezó con la entrevista hecha por él al coronel Perlinger, entonces secretario de Turismo, una de sus notas más anodinas: camada nacionalista... necesidad del cambio de estructuras... garantías para la representación popular... a la guerrilla había que quitarle las banderas con medidas que aflojen la tensión social... Ah, sí; lo encontró gracioso. En octubre se reencontró con una investigación que había dirigido él sobre la violencia en Argentina, por la plata baila el mono, se dijo. Muchos numeritos inservibles; pero también una columna en la que escudriñaba sus causas. Opresión contra el pueblo y el peronismo, contra los sindicatos y las universidades, prepotencia contra la prensa. Y fuga de capitales, extranjerización de nuestras empresas, deterioro de los créditos al agro y las industrias. Parecía algo improvisado, un poco chapucero. Y recordó que, de hecho, era de ese modo que había estado viviendo y zafando de los compromisos laborales, en los últimos meses. En octubre debaten Mariano Grondona y Miguel Gazzera, salta a la vista que no identifican un punto de coincidencia. Grondona dice que la Argentina promete a todos sus miembros la igualdad de oportunidades. Y que esta es, precisamente, una de las razones de la insatisfacción sobreviviente. Y que una sociedad democrática está inevitablemente trabajada por el resentimiento de los vencidos... En un clima de este tipo no es fácil ejercer la autoridad... ¿Y en una sociedad no democrática, es fácil ejercer la autoridad? Se pregunta Dardo. ¿No está trabajada por el resentimiento de los vencidos? La réplica de Gazzera es, para Dardo, justa, pero al mismo tiempo intuye que algo hay en lo de Grondona que merecería un poco más que una réplica aplastante, dada en un plano que no tiene intersección alguna con lo del autor del comunicado 150. Dardo piensa que tal vez don Arturo... La réplica de Gazzera: no es fácil ejercer la autoridad cuando se

impone al pueblo una política contraria a sus intereses y se le niega el derecho a elegir sus gobernantes. Y sí, Miguel, se dice Dardo, pero eso de la “insatisfacción sobreviviente”, ¿en qué está pensando Grondona? Parece algo medio alevoso; ¿es una pregunta que querría hacerle a Grondona? Y hablando de don Arturo, había salido redonda la nota en el Tortoni. Verduguear al medio pelo, argentinos que navegan en la indefinición, era cosa de todos los días para este maestro de la retórica que manejaba muy bien el dispositivo de la iluminación: el primer zongo que conocí fui yo mismo... es muy difícil escapar a la conformación mental que el aparato provoca... mirando desde el país hacia la teoría y no al revés, me empecé a iluminar sobre las zonceras que habían facilitado nuestra colonización cultural. El meollo del asunto estaba en el divorcio entre los sectores pensantes y los populares. Para Jauretche, mientras que en los países llamados “rectores” la élite cultural se reparte entre las fuerzas históricas en pugna, en Argentina tenemos dos culturas, la que se elabora en la vida por el contacto con la realidad... que es la del pueblo, y la cultura “de pega”, administrada por el aparato de la colonización pedagógica, desde la escuela hasta la universidad y los medios de difusión. Pero la contradicción entre el país real y su cáscara cultural es ya demasiado visible, la cáscara se está agrietando... y ya no existen zongos jóvenes. A Dardo esta aseveración le pareció algo dudosa, y don Arturo advirtió el escepticismo en su rostro, pero le guiñó un ojo y continuó su charla. En el número de diciembre, un joven y desinteresado Manuel de Anchorena declaraba que solo aceptaría un cargo oficial en un gobierno justo, libre y soberano. Qué bien. La nota pesada la había hecho Martha Mercader, destacando la trascendencia del fenómeno peronista en la literatura de ficción: cuentos y novelas que Dardo desde luego conocía, de Borges a Walsh, pasando por Beatriz Guido y Bernardo Verbitsky. Y blablablá con las piezas literarias. A Dardo le llamaba la atención la omisión de Casa tomada, ese cuento que le revolvió las tripas años atrás, y de Cabecita negra, qué cosa. Y Dardo se ocupa por fin de una novela del promisorio Alejandro Losada, estrecho colaborador de Onganía. Cita al autor: el interés nacional aglutinaba al grupo de asesores, quizás todos fueron antiperonistas y revolucionarios del 55... Comprensivo, acota Dardo: toda una aventura, toda una frustración, implantados en una revolución que creyeron cierta, testigos calificados de un espejismo... la juventud, y cierto espíritu místico de servicio, contribuyeron para que el darse cuenta fuera más duro. Comprensión histórica... Dardo recordó su diálogo sobre el tema con José Luis Romero; y comprendió que era capaz de comprender a Losada, pero no a los libertadores del 55. En enero de 1971 Dalmiro Sáenz –amigo fiel de la revista– pregunta a Héctor Sandler si los cambios son necesarios o hay que continuar adhiriendo a

las viejas estructuras. Dalmiro no se anda con chiquitas: se mató a uno de los símbolos más leales, al enemigo más limpio... con Aramburu se hizo el primer acto de justicia revolucionaria... La subversión lucha contra la miseria y el desorden, y está bien utilizar la violencia contra todo eso. Y dice Sandler, a la defensiva: es posible que en todo lo que dice Sáenz tenga razón, porque Aramburu era lo más limpio que tenía la sociedad. Perplejo, relee Dardo, casi un año después. Eso del desorden... Perspicaz, Duhalde había acomodado los tantos: la juventud no reacciona por hambre sino por asco. Su crítica bibliográfica de la biografía de Scalabrini de Norberto Galasso no la releyó. Celebró su título: El anti-Borges. El número de febrero tiene por nave insignia un reportaje que Neustadt titula ¿Testamento? A Perón, qué casualidad. A un periodista español le dice: “Yo estoy ya fuera de las ambiciones de gobierno. Mi país necesita un hombre con veinte años de trabajo por delante”. Perón encuentra perfectamente necesario que los jóvenes sean revolucionarios. Dardo hace trizas una “Vida de Eva Perón” publicada en la revista Panorama, y que levantó, por su falta de calidad y de respeto histórico, una polvareda en los medios, peronistas o no. En diagonal, se encuentra a sí mismo en una advertencia algo torva: la ola de protesta amenazaba con extenderse hacia los sectores más duros, esos que no sacan solicitudes. ¿Se te fue la mano, Lito? Se pregunta. En la revista te dejaban pasar todo. En abril, otro abonado, Gazzera, reflexiona sobre las causas de la violencia: los orígenes de la violencia subversiva se encuentran en el imperialismo capitalista liberal que hambrea a los pueblos... depone gobiernos populares, cercena las libertades... toda otra violencia en respuesta a esta es legítima defensa. ¿Lucharemos por comida, gobierno popular, libertades?, se pregunta Dardo. En mayo, el editorial de Bernardo, de lectura prescindible, comienza en falso: “¿Hacemos las paces con Perón y con el país?”. Igual lee en diagonal. Perón es un imán al que se le pegan los temas más metálicos: la revolución, ni qué decir tiene, y aquí la ya antigua ilusión de la arquitectura nacional; se trata simplemente –dice Neustadt– de ver con Perón y con otros argentinos esenciales qué país vamos a conformar. La Argentina potencia (sic). Mientras, Leonardo Favio y el general charlan en Madrid. Sin whisky porque, explica Favio, el general andaba pato. ¿Qué sentirías vos –escribe un Favio que parece aún conmovido– si de golpe te encontrás frente al pasado, el presente y el futuro de un pueblo? Me dio mucha rabia no haber tenido veinte años y un fusil en 1955. En junio un cuadernillo de páginas amarillentas: crónica del 16 de junio. Para que nunca vuelva a suceder. Dardo relee por encima, choca con una mención de sabor amargo: “Augusto Vandor, Eustaquio Tolosa, Rafael Colace y Héctor Tristán movilizaron a muchos obreros hacia el centro”. Hacía tiempo que no lo veía a Tristán, en qué andaría.

¿Y en qué andaba él? Las patas en las fuentes, Leónidas Lamborghini, señalaron –se lee– una nueva forma poética y una nueva época política. Y dice: “y ojalá que nos guste el resultado/dijo sollozando al Occidente/llevaba un sable corvo/y ya están las listas las listas/anunció el Cívico Instructor/y triunfará la democracia. Y vi los candidatos/abalanzarse opacos/en tropel/todos opacos, detrás de un voto”. No estaba nada mal. Perón era, de hecho, un colaborador permanente de Extra. Publicaba esta vez su prólogo a Peronismo: sus causas, de Rodolfo Puiggrós. Queda ahora por realizar el trasvasamiento generacional. Dardo había organizado un debate entre dos sacerdotes, para entender qué pasaba en la Iglesia, recogiendo una polémica estallada en la Arquidiócesis de Buenos Aires. ¿Y qué pasaba? Estaban la Iglesia corporativista representada por el tomista Julio Menvielle, mentor de Tacuara hasta muy poco tiempo atrás, y la socialista expresada por Jorge Vernazza, cura tercermundista, residente en la villa del Bajo Flores. Dardo observa en el encabezado que el capitalismo no tuvo quien lo defendiera. Del mercado no se habla, es cierto; pero Menvielle, bien conocido por su odio a la usura (y a los judíos), no rechaza el lucro. Solo que se requiere de una regulación, no por el Estado, sino por las mismas fuerzas económicas. Corporativa, bah. ¿Y Vernazza? Coincide con el peronismo. En la Argentina no hay solución fuera de este movimiento. Trabajamos para un desarrollo integral en términos cristianos, donde el motor sea la solidaridad. ¿Acaso el padre ayuda al hijo por lucro? Hay que desarrollar el sentimiento de solidaridad. El lucro... –es un elemento fariseo, intercala Dardo–. Evidentemente. Pero el metomentodo de don Bernardo no afloja. Con amigos así... debe haber pensado el general. Porque en julio la nota de tapa es ¿Y si Perón elige un coronel? Ufa. Dicen que dicen que en Puerta de Hierro se busca no averiar la imagen del Ejército en declaraciones, y lograr un repliegue digno de las Fuerzas Armadas. No averiar... Dardo sintió que no averiar... se asociaba a algo posterior, pero no sabía bien a qué. Ah, sí, la película. Lo encontró fácilmente: una larga nota a Getino y Solanas, en septiembre, que aludía, sin nombrarla, a Actualización Doctrinaria, en la que Perón se refería expresamente a la guerra integral. Pero mejor volvamos a julio. Andrés Cisneros volcaba en un diálogo su capacidad de análisis. La detención de Licastro hacía patente que las Fuerzas Armadas advertían a Perón: sin deponer sus armas, no habrá negociación. ¿Tendrá razón Cisneros? Se estaba alcanzando el punto de cálculo puro de la fuerza de voluntad del enemigo. ¿O habrá negociación solo si los militares comprenden que el peronismo no depondrá sus armas? Tal vez pronto lleguemos a donde ninguna de las partes podrá ya deponer sus armas. Una generosa crítica al libro de Ernesto Goldar El peronismo en la literatura argentina le da pie a Dardo, comprueba Dardo, para

soltar los perros de la bronca. Bronca justificada, sí, pero con la que ahora, a punto de entrar a formar parte de la dirección de la revista *Nuevo Hombre*, estima que hay que tomar más distancia. Los trabajadores son naturalmente peronistas... la Argentina pensante –reta a Goldar– necesita equivocarse mucho para comprender finalmente lo que todos ya entendieron con mecanismos más sencillos hace rato... dice Julius Lester que los blancos que tratan de adherir a la lucha de los negros molestan. Entre nosotros la cosa se repite pero sin diferencias de piel, lo que alienta mejores esperanzas. Taccone declara que a Perón le vamos a exigir su regreso. Y una solicitada de sesenta organizaciones gremiales muestra a Dardo que los sindicatos todavía no saben dónde ponerse: “asistimos perplejos al retorno de los partidos, a la resurrección de los responsables de las frustraciones del pasado... se crean en el país expectativas electoralistas... reaparecen los mismos personeros de la contrarrevolución”. En agosto, Neustadt cuenta orondo que le ha dicho al presidente Levingston: la Argentina tiene un problema prioritariamente político... el primer paso lo tiene que dar usted tratando cara a cara con el señor Perón... “Supe que le pareció infantil”, confiesa. Pero qué caradura. Volvamos entonces a septiembre, cuando Licastro encuentra la forma de no decir nada. Votar es fácil, pelear es difícil; mientras esperamos la orden de votar, nos preparamos para pelear. ¿Quién le dijo que votar es fácil? Frigerio también nos canta la precisa: una vez producida la revolución nacional, gran parte de las manifestaciones violentas, como la guerrilla, debidas a una política económica y social injusta, cambiarán de signo y entrarán en el proceso democrático de la revolución y el desarrollo. Me parece que Rogelio está poniendo el carro delante de los caballos, se dijo Dardo. Uy, cuando abrió el número de octubre, recordó el efecto que le produjo el artículo de José María de Areilza, ex embajador de España, en el ABC. La evocación de Evita describía su actividad cotidiana. Curioso y un poco indignante: a la hora de enumerar sus visitantes, ministros, gobernadores, etc., periodistas, sindicalistas, etc., etc., omitía al padre Hernán Benítez. Raro. También constaban los peticionantes, los “judíos de la diáspora o nazis y colaboracionistas de la otra diáspora”. No era para tanto, creía saber Dardo. Y Areilza esto no lo decía, no se atrevería a tanto, pero cualquiera lo podía entender: que Evita encarnaba el cumplimiento de la promesa peronista, por el lado de la ayuda social, o sea un modo de acción suficientemente arbitrario como para poder atravesar la espesa capa de la burocracia estatal y partidaria; y qué querían que hiciera. Dardo miró la hora. Le quedaban dos revistas y media, vamos. No se iba a perder de recordar lo que decía el Colorado, aunque esta vez no había estado muy creativo Ramos. Con Risieri Frondizi decían casi lo mismo, que la lucha armada era la respuesta simétrica, la

reacción natural, blablablá. Anchorena también: hay que erradicar las causas. Aburrido. Kelly era menos tedioso: repetía los lugares comunes, pero agregaba: los trabajadores no participan en los fenómenos guerrilleros... tienen organizaciones propias para oponerse a la injusticia social... la juventud de la clase media no tiene organizaciones... se lanza al terrorismo urbano dando salida a su frustración... Este Kelly está más loco que un plumero, pero piensa. Dalmiro Sáenz dice que tiene que volver Perón, y da su dirección, noveno piso, por las dudas. Los vecinos del edificio, agradecidos, jaja. ¿Y Matera? Les habla a los militares. Qué tupé, diría María Cristina. Pero si lo invitó la Escuela Superior de Guerra. Guitarrero y penoso. Que el Ejército ha sido objetivamente el más poderoso de los partidos políticos desde el '30, que eso está bien, lo criticable es que se quedaron cortos, no encontraron el camino para asegurar nuestra transformación. Que hay que reformar la Ley Sáenz Peña para vehiculizar una representación de mayoría y dos minorías. Y que hay que crear un Consejo Económico y Social que deberá colegislar y contar con iniciativa legislativa. En el número de noviembre, demasiado fresco aún, fue directo a su crítica bibliográfica, para sacudir a Enrique Rauch, autor de *Un juicio al proceso político argentino*. Se hace a la luz, ironiza, la pésima pluma del general de caballería, que ataca a los que “emplean todos los medios a su alcance para crear un oscurantismo que no es real”. Bueno. Esta crítica es demasiado larga para un libro que no dice nada, ¿lo habré hecho a propósito? Y llegamos al número 77, de noviembre, de hoy. Es increíble la desfachatez de este tipo para urdir jugadas y hacerlas verosímiles. Frigerio –inventa Bernardo– se correrá hasta Madrid... de ese cónclave podrá surgir el candidato de Perón. Un militar en actividad, Jorge Carcagno, retirado, Guillermo Osiris Villegas, o algún empresario muy moderno. A todo esto, Villalón, el pájaro, pensar que no volví a tropezármelo, se dice, terciará para entregar el Movimiento al socialismo. Ese sería el “trasvasamiento generacional”. Ricardo Guardo dice que Perón sustituyó a Paladino por Cámpora porque se necesita un hombre que no tenga perfil propio. Dardo no podía negar que se sentía inquieto. Jorge Sábato pregunta a los jóvenes peronistas cómo se puede racionalizar el proceso de Osinde y Cámpora en la conducción. Osinde perseguía estudiantes en 1952. Y si Cámpora es revolucionario, yo soy Pío X. Guardo recordó que Cámpora había dicho que no era consecuente, sino obsecuente. Dardo no se preocupó tanto con Cámpora como con Osinde. Se preguntó qué podría pensar Osinde de la revista *Nuevo Hombre*; aunque probablemente se enteraría primero qué piensa la revista *Nuevo Hombre* de Osinde. Cuando salió de la redacción el sol se había puesto. Volvería solo de visita.

Capítulo IV

Agosto de 2015. Había muchos estudiantes en la sala, algún profesor que otro. El pretexto era el homenaje a un profesor emérito, a quien Antonio quería muchísimo. Su presentación estaba escrita, prefería no improvisar. Comentaría un texto poco conocido del homenajeado, destinado a discutir las condiciones de emisión y recepción del discurso peronista. Antonio avanzaba sin tropiezos:

“La recepción, por parte de los muchachos, era muy compleja. Cuando Dardo Cabo visita a Perón en Madrid, se refiere con respeto a las ‘funciones tácticas fijadas por usted, general’. Pero acto seguido acusa a Paladino de ‘alcahuete de los militares’, por sus críticas a las formaciones especiales. Formaciones que ‘cumplían funciones tácticas dentro de la estrategia global fijada por usted, general’. Da un poco de gracia melancólica el juego: Dardo no creía que se tratara de funciones tácticas, la lucha armada era ya para Lito la estrategia principal. Y Perón sabía que Dardo no creía, pero se dejaba engañar. Este juego, un poco de tramposos (que incluso se hacían trampa a sí mismos), en torno a la violencia y sus significaciones, terminó mal. Pero ni Perón ni los jóvenes podían desertar... lo jugaban como si no tuvieran opción alguna. Empero Emilio De Ípola –prosiguió Antonio, en interpretación libre– tiene razón: Perón nunca dejó de ser un hombre de orden. No solamente conducir, sino usar el desorden para restablecer el orden, es un privilegio de los hombres providenciales. Y él era uno de ellos. El hombre del destino. Perón fue un hombre de orden hasta cuando producía el desorden. Como hombre providencial, la clave del orden y del desorden era él. Así nos fue. Pero el general, aunque orilló la muerte su vida entera, no se sentía a gusto orillándola. A gusto se sentía en el mundo de la palabra. Era, en sí mismo, la política: un espacio tan cercano a la muerte pero erigido contra ella, donde la palabra ocupa su lugar (dijo citando textualmente a Emilio). La palabra, su palabra, la del general; la palabra y el orden. Emilio no emplea un término, pero está siempre implícito: autoridad. Arendt define la autoridad en términos discursivos: porque yo lo digo. La autoridad tiene un sujeto y un decir. Es imposible entender la política, aun la política democrática, sin considerarla, porque tiene un papel central. Que se puede oponer a lo autoritario, desde luego, porque la autoridad supone creencia. Emilio, Sigal y

Verón bosquejan una interpretación del peronismo como un fenómeno discursivo en el que la autoridad ocupa esa centralidad. Pero –prosiguió– los vínculos políticos son siempre de autoridad y creencia. En el caso peronista la autoridad está expandida al extremo, concedido y negado al mismo tiempo por los peronistas: la infalibilidad. De un alcance mayor a la papal, que es limitada a cuestiones de dogma. Es la infalibilidad del hombre del destino, reconocido, mucho más que ungido, como líder, por las masas. Estrictamente este ya no es, por tanto, el carisma weberiano. Pero es una infalibilidad, por supuesto, impracticable. El 17 de octubre es una revelación, una epifanía; pero la epifanía de lo imposible”.

* * *

–Hay un episodio del carajo, el golpe de mano de Hobert. Carlos Hobert, uno de los fundadores de la organización, como saben, metió de prepo a los montoneros, que todavía mañereaban, en la campaña electoral. De un día para el otro los puso ahí de lleno. En la conducción se lo bancaron con los dientes apretados, pero el embale de la Tendencia fue total. Nos hacemos cargo, le damos la razón al Viejo, entramos en el partido, lo transformamos. Con un discurso profundamente ambivalente, sí, pero hacemos política partidaria, y gracias a nosotros, y no solo por el lado de la movilización popular, el Frejuli gana. Al menos eso es lo que entenderemos de los hechos. Y sin embargo no nos sentiremos comprometidos con esa victoria. Quizás la mejor prueba fue Galimberti, cuando convocó a la formación de milicias populares.

–¿Es verdad que lo hizo por su cuenta?

–Nunca se va a saber. Demasiada experiencia tengo de cosas hechas por mi cuenta, “hacete por tu cuenta un editorial, Dardo”.

–Mientras tanto, tu viejo y sus amigos de la vida... ¿tenían flor de problema no? –avanzó Antonio–. Estaban en el peronismo con credenciales que nadie osaría discutir. ¿Pero eran peronistas? –Antonio impidió que Dardo lo interrumpiera–. No creían que Perón tuviera la palabra, la autoridad tal como él la entendía, lugar único de enunciación. No se podían ir, y no se podían quedar en paz consigo

mismos. Evita abrió camino para crearles este problema, porque la posición de enunciación de Evita era muy rara. Y los dejó marcados a ellos. Y no me desdigas, vamos, esa es la cuna de lo que vos llamás plebeyo, peronismo plebeyo.

–A Perón le costó mantenerse en ese lugar después del 55. Cuando él dice conductor se refiere a eso: conducir para ser el conductor. Fue increíble: la orfebrería del general, Cooke, el pacto con Frondizi, desensillar, todo eso y mucho más. Y el peronista que votaba en blanco en lugar de hacerlo por Frondizi, o el que apostaba, con buena puntería, al juego de la normalización sindical propuesto por el gobierno antiperonista para recuperar el sindicato, ¡sí que era peronista! Para él Perón era ciertamente el lugar único de enunciación. Simplemente no le hacía caso, hacía otra. No cuestionaba en absoluto ese lugar de Perón. Hacía otra. Mirá si se iba a poner a meterle palabras a lo que estaba haciendo.

–Me parece bien que lo reconozcamos, Dardo: no estaba todo dicho. No había un lugar de Perón predeterminado, definido para siempre el 17 de octubre. No solo porque Evita le había movido el piso. El peronismo estaba inficionado de rebeldes como tu padre, rebeldes con valores, que se toman las cosas en serio, los más peligrosos. Los primeros, digamos, que una revolución se ve obligada a fusilar. ¿Sabés qué? Se salvaron porque Evita los puso bajo su ala.

Dardo parecía estar disfrutando de la conversación dolorosa.

–Pero eran penosamente poquitos –dijo Antonio, que temió estar pinchando un globo; luego entendió que en la mente de ultratumba de Dardo ese globo se inflaba y desinflaba todos los días–. Y las cosas cambiaron, para mal, desde el ajusticiamiento de Aramburu. De repente creyeron que el país que no podía ser podía ser. No me refiero al núcleo originario de los Montoneros o de las multitudes juveniles, que quedaron hechizadas. Hablo de compañeros que venían luchando desde hacía veinte años, y que comenzaron a descubrirle a todo un nuevo sentido. Por ahí se fue formando, con materiales viejos y nuevos mezclados, algo distinto. Hacerle o no hacerle caso a Perón comenzaba a quedar en el pasado, se trazaba una raya, se dibujaba una trayectoria desde Evita, desde las huelgas durante la década peronista, pero para configurar un presente y un futuro diferentes, constituidos por un tira y afloje con el general.

Junio de 1972 – marzo de 2015. Dardo se consideraba a sí mismo, como dice el tópico, un hombre de acción –sostuvo Julián frente a una dubitativa Negra, mientras revolvía su café–. Podía ser a veces más impulsivo, a veces pensar más, pero tomada una decisión la llevaba maquinalmente a cabo. A Dardo esto lo hacía peligroso. La reflexión venía después, siempre. También en el sentido de la teoría política podía ser considerado un hombre de acción. Era capaz de la creación que rompía una serie, de la creación de algo nuevo entre iguales. Crear entre iguales es difícil, pero no imposible: la imaginación política lo permite.

Mientras se sucedían los oradores Dardo casi no escuchaba. Como en una burbuja que brota de un pantano, su memoria le acercó una imagen familiar con el ambiente juvenil y la furia de la Federación de Box. El fantasma de Joe Baxter. Baxter, que no dejaba de escribir en ningún número de Tacuara, vocero de la revolución nacionalista. Diez años atrás decía: “Hemos dado el testimonio de la palabra y la conducta, pronto daremos el de la sangre. Y seremos acompañados en nuestra misión por grandes sectores de nuestra generación que aún no han sido contaminados por la aplastante mediocridad del medio ambiente”. Dardo se contrarió. ¿Por qué diablos tenía que venirle el Loco a la cabeza? El Loco Baxter y su retórica fascista no eran indispensables para apreciar la tumultuosa juventud que se apiñaba en Castro Barros 75.

–Yo lo vi de lejos ese 9 de junio, a Lito –prosiguió Julián frente a la Negra–. Mi baño de multitud no era el suyo, era otro. Yo había dejado Jaén y hacía tiempo que me había incorporado al Encuadramiento, a los Demetrios. Supongo que para Dardo a esa altura los Demetrios éramos peronistas de derecha, qué ironía, ¿de derecha y amantes de la paz? A uno de nuestros cuadros ellos lo llamaban Gandhi, figurate, Negra. Pero no éramos amantes de la paz, el nuestro era un pacifismo vergonzante, lo defendíamos con dignidad, es cierto, pero era un remar contra la corriente y costaba. Y nuestro argumento de última instancia era de un populismo radical: Perón va a decidir el camino, y si el camino que él decida es el de la guerra revolucionaria allí estaremos. Esto era totalmente cierto. Pero era una posición incómoda, culposa. Como sea, a Dardo lo vi de lejos ese día, ya estábamos a full con el retorno. Dardo, que siempre había sido flaco, estaba mucho más delgado. Me asombró cuando dijo, a su turno, que todos los que tenían más de treinta años debían dejar la Juventud Peronista, que él mismo, a partir de ese acto, estaba dejando de pertenecer a la Juventud Peronista. Hay que admitir que Dardo cumplió a rajatabla. Sus palabras marcaban, performáticamente, su despedida como militante de la JP. La suya no era una sugerencia, era una bajada de línea, típico en él. A mí me faltaba mucho,

muchísimo, toda una vida, je, pero el ucase de Cabo estaba pasando a retiro a toda la vieja guardia de la JP, los que quedaban vivos de la Resistencia, el Conintes, Onganía, todos, todas esas glorias a su casa. O a hacer política, ¿dónde? ¿En el partido? Qué asco; el partido era la burocracia, el poder pasaba por el movimiento de las masas juveniles. Percibí en ellos cierta incomodidad, no se la esperaban. Y nunca supe si la de Dardo se trató de una iniciativa parida por su espíritu inquieto o de un frío cálculo de la Orga, ¿o acaso una improvisación de Galimberti? Porque sé que el Loco conversó con él momentos antes. Otra vez sobrevolaron sobre la cabeza de Lito los fantasmas de las maquinaciones en las sombras y las manipulaciones, pero también, otra vez, fue capaz de romper una serie.

Marzo de 2017 –Lito vivía en la trinchera –dijo Julián a la Negra tiempo después–; una compañera desenfadada lo gastaba siempre, alterando la letra de la copla de la Guerra Civil, mal aprendida en alguna guitarreada: cuando te quiero encontrar, yo ya sé tu paradero... tercer regimiento mixto, primerá línea de fuego. Ella lo recordaba en Avenida La Plata, en agosto del 72, cuando algunos muertos de Trelew fueron velados en la sede del PJ y muchos militantes enfrentaron con cascotes y molotov a la policía. Lo había visto en Gaspar Campos, la tarde del 17 de noviembre, conduciendo un grupo munido de brazaletes andrajosos que intentaba poner algo de orden. Lo recordaba el 25 de mayo del 73, porque era ya una de sus asistentes, evitando que la furia popular se volcara contra los uniformados –y armados– que abandonaban la Rosada. Y al mismo tiempo Lito era un jetón.

–¿Y qué pensaba de eso, esta compañera?

–No es que Dardo no tuviera ascendiente, liderazgo; pero execraba la superestructura, se notaba. Lito opinaba en las discusiones políticas, y su opinión tenía un peso, pero él estaba ahí... trabajando en la base, siempre... ¿Se consideraría a sí mismo basista? Ella sabía que había costado bastante meterlo en la Secretaría de Prensa del Frejuli. Pero sabía también que Dardo se daba muy bien con Bonasso, y Bonasso conocía hasta dónde podía estirar la cuerda con Lito. Yo creo que el de la campaña del Frejuli debe haber sido uno de los mejores, quizás más felices, períodos de su vida. Lástima que fue tan corto. Cuando Perón convoca a Cámpora, Cámpora llama a Bonasso como jefe de prensa de la campaña y Bonasso llama a Lito, y Lito convoca a Ricardo Roa.

Bonasso a Lito lo va a buscar a su casita de cuento infantil del barrio de Belgrano. Un previsible asentimiento en cascada. Cabo es así el primero en sumarse, pero lo hace con algunas reservas...

–Sí, ya sé –dice la Negra–. Bonasso dice que Lito veía la tarea electoral como una labor superestructural y táctica y que prefería trabajar en la base social, territorial, preparando las organizaciones de cuadros dizque conducentes a la etapa estratégica de la guerra popular... La lucha por el poder, no solo por el gobierno...

–Yo no estoy tan seguro. Como sea, la desconfianza de Dardo hacia quien poco tiempo después sería ungido como el Tío se disipa por un hecho aparentemente banal, cuando lo ve trepado y vociferando en las alambradas de la cancha de Atlanta. Cámpora, al tiempo que advertía de no caer en las provocaciones, pretendía preservar a las FFAA como institución de la dictadura de Lanusse, distinción que para las organizaciones político-militares no era más que un “cuento del tío”, valga. Y el Tío acompañaba los cánticos de agitación de las multitudes juveniles que hoy día solo pueden sonar tragicómicos, infantiles, pueden y lo son, como ese de... “tenemo un general, que’s una maravilla”. Y no me consta, pero parece ser que fue a la sazón que Montoneros y Descamisados se fusionaron. Bonasso declara que Dardo era su jefe en la cédula de la nueva orga.

–¿Y por qué Dardo veía con tantas reticencias la campaña electoral?

–Los motivos, digamos así, conceptuales los sabés muy bien, Negra. ¿Vale la pena reexaminarlos aquí? Pero hay algo que de tan obvio muchos no veíamos. Un simple problema de distribución del poder. Un problemita que tiene al menos dos caras. De un lado, algo que quizás Dardo no se haya confesado a sí mismo, o que quizás no haya pensado conscientemente nunca: una cuestión simplemente retributiva. Por el camino electoral no llegan los que más han luchado por abrirlo, a ese camino, o por pavimentarlo con los votos, sino otros. ¿Oportunistas? ¿Logreros? ¿Acomodatícios? ¿Trenzeros? No sé. Otros. Y de la otra cara de la moneda está la cuestión de la capacidad de respuesta a las esperanzas populares. Quizás Dardo viera la cosa de un modo simplista: si legitimamos una nueva partidocracia, ¿qué podemos esperar de ella? ¿Por qué diantres va a suceder con ella algo diferente a los últimos años del primer gobierno peronista, más aún siendo que el general tiene los días contados? ¿Qué se puede esperar de bueno para las masas? ¿La liberación? Vamos. Esto sí se lo

planteaba, conscientemente, Dardo Cabo. Deberíamos discutirlo. Pero la noche del 11, cuando se conocen los resultados, y la UCR desiste de la segunda vuelta, Cámpora telefona al general, exultante, general, hemos superado el 50%; y el general, que mal podía ser a sus años diferente de lo que había sido toda su vida, debe haber pensado amargamente que todavía había un 50% de argentinos que no lo quería. Estoy seguro, fue eso lo que pensó. Y Dardo debe haber pensado, apuesto, se cierra la batalla de las urnas, sigue la guerra. No importa qué tipo de guerra. Y tenía todo el sentido, para cualquiera que percibiera estos dos problemas que señalé. Ahora... no lo hago a él responsable, pero la alegría del triunfo va a ser muy pronto acompañada por un impulso algo delirante a consolidarlo “estratégicamente” y a un tiempo por una cierta paranoia que, como toda paranoia política, no se configura sobre humo. Acordate de Galimberti rimbombando en Atlanta la convocatoria de milicias populares, un viejo tic evitista, ¿no? ¿Fue una payasada personal, un globo de ensayo, una jugada muy pensada, nada de eso? Lo cierto es que las Orgas, la Tendencia, y los sectores próximos de Cámpora y de la formación del nuevo gobierno no podían dejar de percibir que el lopezregismo, el vandorismo, juntos o separados, se estaban preparando para írseles encima. Por supuesto, el mal de paranoia no sobrevolaba exclusivamente en los campamentos del peronismo más o menos revolucionario. Sobrevolaba en todos. A mí, todo esto me parecía –en lo poco que podía entender– muy alarmante. Intuía oscuramente que se trataba de una tragedia en ciernes. Pero lo que me suena como un bruto sarcasmo es, más todavía que los relatos de la épica y el heroísmo, las lecturas en clave de absurdo, de locura, de estupidez.

* * *

Negra: –Nación en armas es un concepto de raíces francesas, revolucionarias...

–Sí, tal cual, para engordar el nacionalismo viene al pelo –se prendió Antonio– una robusta raíz popular, y si es revolucionaria mejor. Estuvo destinado a durar, ese nacionalismo, a ocultar por largo tiempo su rostro señorial abominable bajo la máscara de la dama de gorro frigio.

–Nos visita Céline otra vez, parece –filoso, Dardo.

–Sí, puede ser –dijo, neutro, Antonio–, pero la nación en armas francesa al menos era revolucionaria y ciudadana. Claro que para Céline, tanto tiempo después, eso se había convertido en una farsa. No hubo nada como la Primera Guerra Mundial para eso. Pero nación, ciudadanía y derechos eran un cuento envolvente y respetable para apuntalar la nación en armas, hasta que la Tercera República, atiborrada de políticos incompetentes, lo arruinó todo. Pero cuando la expresión es tomada por Alemania ¿qué pasa? Marx decía que el mal del bonapartismo se había trasladado al otro lado del Rin, pero en una versión empeorada, de Bismarck a Luis Bonaparte. Así fue también, pero en dirección contraria. Los trabajadores alemanes son incorporados, pero en una ciudadanía regulada. Están adentro, a condición de que hagan caso. La socialdemocracia alemana no llegó mucho más lejos. ¿Y Perón?

–Perón tampoco. Y hay que decirlo, fue un Estado bien gramsciano, organizador más del consentimiento que de la coerción de las masas. Precisamente por eso hacía agua por todas partes; fue lo mejor que nos pudo ocurrir. Y en su seno, hay una cuerda histórica tensa, siempre a punto de romperse, no entre Perón y las masas, pero sí entre las masas y las condiciones básicas de la dominación.

La Negra y Antonio coincidieron tácitamente en que los tres merecían un respiro.

–Vos ya hacía diez años que estabas... aquí, cuando tu viejo se enfermó gravemente... bueno, ya no se recuperó más. Un tiempito se instaló en Tres Arroyos, pero finalmente admitió refugiarse en un hogar de ancianos.

La Negra hizo una pausa.

–Blanca lo bancó mucho –expresó un Dardo taciturno. La Negra recuperó su hilo.

–De vez en cuando los viejos amigos, los que quedaban vivos aún, lo iban a ver, en general juntos, cuatro o cinco. Armando era de pocas palabras –se dirigía ahora a Antonio– y a los visitantes que iban solos se les hacía duro. Preferían ir en grupo.

La Negra estaba llevando la conversación a un punto determinado, no se sabía cuál.

–Bueno, también era de pocas pulgas, Armando. Uno de los concurrentes

asiduos, algo más joven, jodón, comenzó a evocar los tiempos de la Resistencia, los caños, las reyertas con los gorilas, la cárcel, lo de siempre. Se prendieron todos, mientras Armando escuchaba serio, en silencio. Por último abrió la boca, en lo que parecía un dictamen:

–De eso no se habla. –Y no se habló nomás, Armando les aguó la fiesta.

–Decime –a Dardo–, ¿y por qué tu viejo no quería que se hablara de eso?

Dardo se puso todo lo triste que se puede estar en el Paraíso. En el acto un ave grácil y de bellas plumas multicolores llegó de la nada y se posó a los pies del hijo del guerrero que quizás no descansara en paz, como para regresarlo a la alegría que imperaba, casi obligatoria, en esa región del Hades.

–Se non è vero è ben trovato. Era cierto, mi viejo nunca quería hablar de eso – articuló las palabras como si fueran pedradas–. Lo forzábamos a veces, unos pocos, que habíamos estado en la misma. Ulises, yo, no le llevábamos el apunte, hablábamos y lo hacíamos hablar. Pero ni con los antiguos compañeros le gustaba. Esa camaradería de la lucha vieja, llena de amor y de humor, plagada de sobreentendidos, él no la apreciaba. Yo sentía que era un poco injusto. Había un resabio, hasta cuando estaba de buen humor, mezcla de furia y amargura, que para mí era duro de bancar.

–En el fondo creo que tenía razón. Imagino que les interesa saber por qué, así que no voy a esperar que me lo pregunten. Una vez tropecé con las siguientes palabras: “Una cosa es indudable: debe combatirse cualquier intento de mitologizar el horror”. Me dio vuelta la cabeza, como dicen ahora en Buenos Aires, linda expresión. Modestia aparte, yo me encontré ahí, viví así.

La Negra contemplaba a Dardo embelesada.

–Claro, me faltaban las palabras. Se refería a otro tipo de horror, Arendt. Una carta a Jaspers, ¿recuerdan? Innecesario aclarar que antes de llegar aquí y huir del esparcimiento paradisiaco yo no tenía ni pálida idea de quiénes eran Jaspers o Arendt. Pero intuía el problema de mitologizar el horror. Conocí el horror de cerca desde junio del 55, cara a cara. Fueron veintidós años, con pocos paréntesis. Cuando volví de Madrid le dije a Miguel: “Valieron la pena todos los años que no viví para poder darle un abrazo”. En vida, no viví. Quizás fue por eso que San Pedro fue tan indulgente conmigo, como sé gracias al amigo aquí, don Ignacio, que cultiva sus relaciones.

Don Ignacio negó con un modesto mohín.

–Como sea –prosiguió Dardo–, lo que hicimos nosotros no era para festejar. Tampoco era para la jactancia ni la joda, para el regodeo gozoso y la exaltación de la voluntad, para mitologizar con una pátina épica como es tan propio del setentismo, que más hace gimnasia con los músculos de la memoria cuanto menos ha vivido realmente aquel horror, del que, para Armando, no debía hablarse. Aunque claro, impugnar la rememoración de camaradería, como él hacía, me parecía algo exagerado, injusto. Pero bueno, de tal palo... yo sé que mi estilo adusto, circunspecto, me confería un halo y me hacía más atractivo para las mujeres que si hubiera sido un bocón. No hablar me tornaba algo más legendario.

Sus oyentes se desorientaron con el giro, Dardo estaba inusualmente caótico. El ave de exuberante plumaje lo desdeñó, ofendida por la escasa atención que le dispensaba, y pavoneándose se presentó ante la Negra. Esta se atrevió a tocarle el pico. El ave agitó las alas y desapareció tan rápido como había venido.

–Pero la verdad –prosiguió Dardo– es que eso era secundario. Tenía un rechazo... instintivo a jugar cualquier juego que pudiera ayudar a convertirme en un mito viviente.

–Pero eso va mucho más allá del horror.

–No va porque mi vida y el horror se entrelazaron demasiado. El horror personal no es solamente el coronel Kurtz constatando monstruosidades del Vietcong, o el homónimo que inspiró al coronel, el de Conrad, garrapateando al margen de un informe impersonal. El horror interior de cada uno es el que queda, como la roca dura, y mitologizarlo es obsceno. Hacerlo epopeya es obsceno.

–Zafaste en vida, Lito, pero no pudiste zafar una vez muerto –Antonio–. En la escala modesta del peronismo y el setentismo, sos un santón. No el único, ni el más importante, pero esa pluralidad es indispensable, fijate la de santos que acumula la Iglesia católica. Tiene un capital de santos muy superior al del Banco del Vaticano. Y no me digas que ya no fue tu responsabilidad, porque hiciste en vida algunas cosillas bastante... mitologizables post mortem.

–Se hace lo que se puede –dijo Dardo sin perder aplomo, pero incómodo.

–Hice lo que pude –replicó Antonio– es el pretexto más frecuente para huir de la

propia responsabilidad política, Dardo.

Dardo miró a Antonio con sorna.

–¿En qué año era que habías nacido? Ah, sí. Cierto. Tenías 6 años cuando volvió la democracia, pongamos, el Estado de derecho liberal burgués. Es otro contexto, ¿no te parece? Así es fácil.

–Sí –admitió Antonio–. No cambiemos de discusión. Hace un par de años hablamos con un... ya no tan joven historiador... setentista, si no es malévolamente llamarlo así. Le pregunté si nunca había pensado en escribir una biografía de Dardo Cabo. Me respondió, rebosante de suficiencia, como quien aviva a un gil, que no se podía hacer. Quedé perplejo. Me dio a entender que había cosas que no podían escribirse. ¿Cómo se podía contar que estuviste en Tacuara, que fuiste un fachito, que revistaste en el vandorismo? Que, quizás, lo liquidaste a Vandor. O sea, que el precio de tu biografía era impagable. Porque el precio de tu biografía era arruinar tu hagiografía. Inadmisible. El mito no se toca.

–Un mito chiquito, un mitito, que mucho me temo que ustedes dos terminen agrandando.

Antonio y la Negra soltaron la risa.

–Mitito o mitazo, replicó Antonio, mucho me temo que si quisiéramos hacer eso la tendríamos muy fácil.

25 de mayo de 1973. La tensión dura un par de horas. Los retirantes, miembros de las fuerzas de seguridad, aún armados, salen ilesos de la Casa Rosada, preservados por los cordones de militantes, que contienen una multitud furiosa. La cizalla del régimen dejaba definitivamente la sede del Ejecutivo y la muerte había sido un roce. Por fin Dardo puede respirar, exhausto. El cansancio le cayó encima de golpe. Busca un baño.

La compañera Rosaura, de FAR, forma parte de un grupo que arrebató a un policía su 45 reglamentaria. Lo rodean y ella le dice: ya nos das el arma, no te hagás el boludo. El policía entrega su arma; está turbado, no por el apriete, intuye Rosaura con asombro, sino por su belleza. Rosaura regresa con los compañeros de su columna, no comenta nada. Se queda junto a la amiga con la

que convive.

–Che, mirá ese flaco... –dice Rosaura a su amiga– mirá que... pero, ¿no es Dardo Cabo?

–¿Qué flaco? ¡Ah! No sé, pero ¡qué bien que está!

–¡Sí! Es Dardo, me lo quiero comer... me mata...

Su amiga mira con atención a Rosaura. Esta habla en serio, piensa.

–¿Te hago gamba? A mí no me va a dar bola, pero a vos...

–¿Y cómo?

–Qué boluda. ¿Estás segura? ¿O hablás por hablar?

Rosaura piensa. No habla por hablar.

–No hablo por hablar.

–Esperá.

La amiga se acerca a Dardo, tiene cancha. Hola Dardo, no te acordás de mí, ¿cómo estás? Dardo se confunde un poco, se desinteresa, quiere encontrar un baño.

–No, esperá, mirá, mi amiga, esa que está ahí, ¿la ves?, la que te está mirando... Me pidió que los presentara.

Dardo ve a Rosaura y piensa que está muy bien, demasiado bien. ¿Estaré con la guardia baja? Fueron unas horas terribles, tengo ganas de mear, pero esta mina... La amiga de Rosaura no lo deja dudar.

–Flaca, ¡vení que los presento!

Pero ¿qué es el compromiso amoroso? –se pregunta Dardo a sí mismo. Están alejándose rápidamente del área cubierta por las multitudes. La chica, advierte, llama la atención más que él, mejor así. De todos modos se construye una coartada por si tropieza con un conocido, ¿cuántos lo habrán reconocido ya? Mientras, se pregunta por el compromiso amoroso. ¿Estará abierto un día así? Es

viernes. ¿Por qué no? Cerrar un telo el día de ¿es estar a favor o en contra de la liberación? Dardo, un día como hoy un chistecito te podés permitir. Esos chicos llegan tarde, las vinchas de los Montoneros deben tener quince años, seguro que no me reconocen, nacieron probablemente cuando yo estaba preso, les quedan bien las vinchas a las minas, las hacen más lindas, tienen un embale, la flaca esta me está dando vuelta la coartada, vamos a la redacción del Desca urgente ¿abierto? ¿Estará cerrado el compromiso amoroso?

Estaban caminando a toda velocidad, sin tocarse.

–¿En qué pensás, Dardo?

Debería decirle que pienso en el compromiso amoroso.

–Hay un telo cerca del Spinetto, venta de papa y cebolla al por mayor –se ríe–. Vamos caminando, si vemos un taxi lo agarramos, medio difícil. ¿Cómo te llamás?

–Hay uno más cerca, sobre Venezuela. ¿Eso no va contra las reglas? –Rosaura sonrío. Es encantadora, piensa Dardo. –¿Estarán abiertos?

–Todo va contra las reglas –y contra el compromiso amoroso, piensa. ¿Cuándo tuve un compromiso amoroso? Al principio no, no hacía falta. Después... – Dame tu nombre de guerra, si no tenés inventate uno, viene muy al caso –los dos soltaron una carcajada.

–No hubiese sospechado que tenías humor, Dardo. Plan B, venís a mi casa. No te preocupes, vivo con mi amiga, vuelve mañana. ¡Y hay otro más cerca! –recordó con alegría–. En Talcahuano al 800, el Kansas, después nos comemos una pizza en El Cuartito. Si está cerrado queda más cerca de casa.

–A tu casa no vamos a ir. No hay plan B. Y ya veo que conocés el... territorio.

Rosaura chistó.

–Con mi novio. Hasta que conseguí salir de casa de mis viejos.

Ya se habían alejado del área roja y entrado en la amarilla, estimó él. La chica se le pegó estrechamente. Caminaron tres cuadras en silencio. Minutos más e ingresarían en el área verde.

–No sos una pichi. No me digas ni tu nombre de guerra, pero inventate uno.

–¿Cómo sabés si soy o no soy una pichi?

Dardo la miró como diciéndole que no se hiciera la boluda. Atemperó su gesto con una sonrisa cargada de deseo.

–Mi nombre para esta batalla es Rosaura.

–Muy bien. Rosa, tenés un aura... –lo sacudió un ramalazo de mala conciencia: había aprendido esos juegos de su mujer. Tomó del hombro a la preciosura. El día iba para largo.

Rosaura se soltó y comenzó a mover el cuerpo en swing y a canturrear, entre divertida y provocativa, Four five times, sin sacarle los ojos de encima a Dardo. Había escuchado la canción un par de veces por La porteña jazz band, que descubriera en un sótano de la calle Corrientes. Dardo no conocía el tema, pero adivinó su sentido y pretendió no darse por aludido.

–Te vas a llevar un árbol por delante.

Ahora caminaban por Lavalle, ya cruzaban Libertad cuando advirtió por primera vez que, al tope del desmesurado palacio de Tribunales, de estilo dudosamente neoclásico, estaban emplazadas dos imponentes Tablas de la Ley.

–No hay nadie por aquí –prorrumpió ella. Pero él continuó enfrascado; ¿cómo era? Egoísmo y abnegación, sí, esa era la distinción que establecía en uno de sus ceremoniosos...

–¿Por dónde andás?

–Por la Plaza Libertad, ¿no?

–Dale, salame. –Ella se aproximó más, él la dejó hacer, la plaza estaba desierta y la mirada de Rosaura lo derritió.

–Por España andaba, por unas palabras interesantes de... del Ausente.

–¿El Ausente?

–Sí, el Ausente distinguía –recapituló– entre el egoísmo masculino y la abnegación femenina...

–¿Y eso? –saltó la chica.

–Te lo cuento apenas, vos preguntaste.

Habían virado hacia Córdoba, cruzando de chanfle hacia Talcahuano, todavía estaban bajo el fuego graneado de los mandamientos desde el flanco izquierdo. En diagonal, atravesando casi exactamente por el centro geométrico de la plaza, las tablas observaban de reojo a sus primas judías, que coronaban la sinagoga de Libertad y Córdoba, también en caracteres hebreos. Demasiada ley para una plaza, pensó Dardo. En voz alta, recitó palabras del Ausente: el egoísmo busca el logro directo de las satisfacciones sensuales, la abnegación renuncia a ellas en homenaje a un orden superior; es evidente que el egoísmo corresponde al hombre y la abnegación a la mujer. Frenó luego con un gesto ampuloso el amague de puñetazo de Rosaura, cuya indignación era bastante auténtica.

–Yo no lo digo, lo dice el Ausente.

–Qué loco, ese tal Ausente –musitó pensativa Rosaura–. Jaja, vos sos abnegado como una mina y yo egoísta como un macho, mirá lo que son las cosas.

* * *

–Sí –admitió Dardo–; pero después del 11 de marzo la M le mandó al general una lista, unos cuatrocientos nombres, y sugerencias sobre los cargos que podían ocupar. Perón nos mandó a plantar rabanitos.

–¿Pero te parece que se podía hacer eso con el general? ¿Acaso él se los había pedido?

–Conversamos con el responsable del grupito que confeccionó la lista –agregó Antonio–. Admitió que la había hecho, pero que no sabía que era para eso, algo medio difícil de creer, ¿no? Pero puede ser. Pensó que se trataba de un acopio de materia gris, o así se la vendieron. La gente propuesta no tenía calificación ni

experiencia.

–¿Para ser funcios? No me jodan. Cualquier tonto puede aprender, y en la Tendencia había pocos tontos. Ya que defienden al general, ¿se acuerdan de lo que decía? En nuestro movimiento, el más lerdo caza avestruces a pie. Quizás la lista ni le llegó, la teoría del cerco era descabellada pero no tanto. A veces tengo la fantasía de que me lo voy a encontrar aquí, al general. Abstraído, sentado en un banco dórico, escuchando a uno de estos hinchapelotas músicos celestiales. Pero ya sé que no.

–Bueno, ustedes reaccionaron con las tomas, algo francamente desatinado.

–Claro, sí –Dardo estaba flexible–, fue un quilombo. Pero el general pidió orden y paramos la mano. Todo fue muy vertiginoso, veinticinco días hasta Ezeiza. Pensándolo, hay ahí algo más, que es la energía militante. Podés desmovilizar un ejército, licenciar la tropa, mandarla a los prostíbulos cercanos. Suboficiales, soldados rasos, mercenarios, lejos de casa es todo lo que quieren. Pero con este ejército de militantes, masculinos y femeninos, no iba.

–Podías mandar a todo el mundo a trabajar en los barrios, las universidades, todos los frentes.

–Ya lo estábamos haciendo, Negra. Organizarles el tiempo, su fuerza inercial, no era fácil –Dardo volvió a ponerse reflexivo–. Insisto, hasta Ezeiza fueron apenas veinticinco días; se habían ganado unas elecciones, se retiraba una dictadura e ingresaba un gobierno democrático, jajaja. ¿Estábamos viviendo así, todo eso? No. Era como si un tsunami barrierá unos muelles viejos.

–Para el general, Ezeiza fue un catalizador –lo cortó Antonio–, desde ese momento se empleó a fondo en el viejo y sucio truco del palo y la zanahoria, la zanahoria de la tolerancia, de la democracia integrada, y el palo del Somatén. Ezeiza fue, para usar un arcaísmo muy propio del general, el acabose. Él ni debe haberlo reparado, pero ese día hubo Cóndores en tierra y en el palco.

–No estás errado –aprobó Dardo–; hay que admitirlo aunque duela, entre la zanahoria y el palo, Cámpora tenía cada vez menos margen.

–Ustedes jamás se tomaron en serio, y no los critico por eso, al contrario, la guerra integral, la guerra popular prolongada. Era todo como un inmenso apriete. No tenían una idea clara de cómo iban a tomar el poder, pero ciertamente la idea

de una guerra civil entre dos ejércitos no estaba en sus planes. Salvo alguna gilada, ni pensarlo. Me gustaría recordarte, a título ilustrativo, a Gustavo Rearte. ¿Era tu amigo, no? Desde los tiempos de la Resistencia. Te llevaba diez años. Bueno, es tan ilustrativo, digo, de una tensión... Porque por un lado parece expresar como nadie esa noción de identidad entre política y violencia, política y guerra. Dice: Acción política y lucha armada constituyen aspectos indivisibles de un mismo y único proceso, en el que se forjan organización política y fuerzas armadas... ¿Parece terminante, no? Pero no, apenas parece. Porque en seguida Rearte agrega: dividir al pueblo por el empleo de la lucha armada, renunciando o despreciando la actividad que permita establecer un mínimo de vanguardia o, lo que es lo mismo, de organización política, constituye imponerse desde el comienzo una limitación suicida para el propio desarrollo, bajo la amenaza de ser aislado o derrotado en la intención... El texto está recorrido por una ambigüedad genuina, que Rearte no puede ocultar, ni quiere. O sea, a pesar de concepciones generales en las que está atrapado, a la hora de pensar la política concreta él no se las toma en serio, esos son saludos a la bandera de la lucha armada. En lo que está pensando, y creo que criticando a las FAP, es en la dominancia de la política. En suma, los felicito, ustedes no se tomaron nunca en serio eso de la guerra popular prolongada.

—Pero eso no es rigurosamente cierto, Antoñito, acordate de Hobert. Ese fue un acontecimiento decisivo, una dinámica desatada por lo impensado. Nos cambió el rumbo, por mucho que creyéramos que no era así, y que la alternativa militar seguiría a nuestro alcance. Claro, el golpe de mano de Hobert fue apenas el momento de la decisión, expresó preferencias y cálculos internos, en medio de un mar de dudas y de sentimientos encontrados. No nos metió en frío en la campaña electoral, porque sin Hobert quizás habríamos entrado de todas maneras, pero más tarde y peor, más de los pelos todavía. Lo de Hobert inclinó el fiel de la balanza en un momento más oportuno. Y tal vez la alternativa militar seguía a la mano nomás, pero la euforia, el triunfalismo, nos impidió ver que habíamos quedado muy malparados. Todo lo contrario de cómo nos veíamos. Porque el escenario de corto plazo era otro, ¿cuál era? Un aparato militar que conducía un proceso político. Eso es redondamente un desastre. ¿Hasta qué punto este rasgo, tan catastróficamente importante, fue contingente o estaba inscripto en el proceso desde el comienzo, desde, digamos, la inmensa acumulación de capital político proveniente de la ejecución de Aramburu?

—Los procesos políticos son complejos —balbuceó Antonio—, pero este lo era especialmente, ¿no te parece? Digo, porque Perón era el alfa y omega. Y Perón

se moría. Pero me parece que acabás de encontrar la punta del ovillo: un aparato militar que conduce un proceso político. En aquella entrevista... prehistórica, que te hace María Cristina en 1966, vos le decís algo asombroso: “nosotros siempre hemos sido indulgentes con el vencido. Algún día eso va a tener que terminar”. Supongo que sugerías que el peronismo que gobernó entre 1946 y 1955 fue indulgente, y que ese fue el error, demasiada paciencia para con los gorilas, el antipueblo, los herejes de la argentinidad. El golpe del 55, entrelíneas, habría sido consecuencia de esa indulgencia. Pero no es de ese hilo del que nos gustaría tirar. Lo pasmoso es la mirada que proyectás al futuro en un momento tan temprano como los primeros meses de 1966, cuando gobernaban los radicales. Hay una increíble convicción sobre la victoria que les espera –y que no parece fundarse en ninguna determinación histórica, sino en la decisión de lucha– y una advertencia ominosa, una torva amenaza, destinada a los futuros derrotados. Entre ellos los radicales hacen apenas número, casi no cuentan. Hay una promesa abrumadora de violencia. Más temprano que tarde, tronará el escarmiento. No me parece que sea para nada una tesis excepcional para ese entonces; con unas palabras u otras, aludiendo o no a la historia pasada, el advenimiento inevitable de un tiempo de violencia y de vindicación de los justos sobre los injustos domina mentes y corazones, no importa cuán fuertes estén los injustos a la sazón, ni cuánto poder de fuego dispongan. Jorge Rulli, otro luchador de la Resistencia, relata una escena: está detenido y ve pasar, en uno de los tantos fragotes, a través de los barrotes de su celda, infinidad de tanques de guerra. Queda abrumado, sí, pero muy pronto se repone. ¿De dónde extrae Rulli el coraje moral para sobreponerse al efecto aplastante de un desfile interminable de tanques de guerra? Y no se trata, esto es relevante, solamente del uso de la fuerza, sino de la violencia. La fuerza que es capaz de alterar conductas de otros de un modo no persuasivo, digamos, de un modo en el que no pesan los argumentos sino la fuerza en sí misma, para doblegar la voluntad del contrincante, puede perfectamente no ser violenta. La movilización popular, o la mítica huelga general revolucionaria, son actos de fuerza, pero no son violentos. Si hacemos esta distinción, el problema que queda en pie es el porqué de este descarte de la fuerza, el porqué de la opción excluyente por la violencia –excluyente porque pone a su servicio todas las formas de fuerza no violentas, que pasan a ser subsidiarias, complementarias, por mucho que la retórica las evoque constantemente–. Y una pregunta ineludible: este señorío de la violencia ¿no conduce forzosamente a su uso criminal irresponsable? Es decir, ¿no conduce a decisiones o acciones por las cuales sus protagonistas no tendrían cómo responder sobre la base de una justificación ética? ¿No conduce además a un desentendimiento completo de uno de los principales problemas de lo

político, que es el examen de las consecuencias posibles de la acción, aunque ese examen nunca jamás pueda ser preciso? Tomando en cuenta nuestra historia de los sesenta y setenta, esta parece una discusión completamente abstracta: con contadas excepciones, muy pocos se hacían estas preguntas en ese entonces. ¿Somos anacrónicos si las hacemos ahora? No lo creo; pensándolo bien, tiene lógica: ¿qué puede esperarse de la violencia librada a sí misma? Y ¿qué otra cosa es, sino violencia librada a sí misma, que las decisiones políticas las tomen los protagonistas directos de la violencia? No he hecho más que tirar de la punta del ovillo, Dardo.

–Admito –interrumpió este– que la violencia es una gran paradoja. Porque es una respuesta demasiado simple a un problema demasiado complejo. En 1973 o 1974, sonaban diferentes campanas sobre la violencia en el peronismo; Perón ya había dado la vuelta, intentaba meter la fiera dentro de la jaula, digamos, hasta cierto punto, mientras Firmenich, por ejemplo, expresaba públicamente que la violencia era la forma más alta de la acción política. Definir como la forma más alta de la política aquello que más la simplifica, más y más brutalmente, puede ser un error craso, pero en ese entonces para los que creían, o creíamos, en ello nada parecía más efectivo que lo más simple.

–Pero quizás justamente ahí resida la clave, en la naturaleza elemental que se le atribuye a la política. ¿El nudo del problema no está aquí? Atribuirle a la violencia ese elevado rango implica necesariamente atribuirle a la política una naturaleza simple. Convengamos que en esto Perón tendría, disculpame Dardo, una responsabilidad mayúscula. El general no sentía ningún respeto por la política. La izquierda, por su parte, aportó dosis masivas de simplificación de la política: la lectura dominante del proceso revolucionario cubano –la leyenda de los doce valientes que bajaron de la Sierra Maestra–, luego el foquismo; y fue desgraciadamente la edad de oro de las guerras populares prolongadas, uno, dos, tres, muchos Vietnam. De Acerca de la práctica, de A propósito de la contradicción, del Libro rojo, de Las contradicciones en el seno del pueblo, de Revolución en la revolución, de El socialismo y el hombre en Cuba. Y la derecha ni hablar. Pero vamos, si el punto es la irresponsabilidad criminal por el empleo de la violencia, no podemos, no debemos, endilgar sin más esa responsabilidad solo al hecho de banalizar la política. Pero el vínculo es muy estrecho; y no tiene sentido calificar de criminalmente irresponsable a cualquier empleo de la violencia en política.

–Para mí, hay algunos ejemplos de violencia criminalmente irresponsable –dijo

la Negra– y no sería difícil encontrar ejemplos en contrario. Rucci, Mor Roig, el pase a la clandestinidad de Montoneros y su expectativa antes del golpe de Estado, la Contraofensiva de 1979. Estos casos tienen en común unos supuestos criminalmente irresponsables, que nacen a su vez de una concepción primaria de la política.

–Buenos ejemplos –intercaló Antonio; Dardo escuchaba con desconfianza.

–En el caso del asesinato de Rucci –retomó la Negra–, no es serio atribuirlo, como se ha hecho, a la venganza. Se trató de un acto de violencia crasamente instrumental fundado en el supuesto criminal de que a través de esa muerte se redefinirían favorablemente las condiciones de un vínculo político conflictivo. Eso de tirarle un muerto a Perón porque así el Viejo iba a entender de una buena vez. Y el ejemplo es bueno justamente porque no puede negarse que la historia registra muchos casos en los que la aplicación de la fuerza, y aun el ejercicio de la violencia, estuvieron orientados no a la destrucción de un enemigo sino a redefinir las condiciones de un diálogo, o al menos una negociación. En el caso de Rucci, ambas cosas eran abstractas: no existía el menor fundamento para pensar que el empleo de la violencia movería a Perón a negociar con mejor disposición con los Montoneros, y tampoco había motivo alguno para creer que en particular el asesinato de Rucci podría ser un instrumento adecuado para ese propósito. Entonces, cuando las dos cosas son abstractas, como era el caso, y como tales se aunaron, estamos delante de un crimen político de irresponsabilidad. No se trata de que haya habido violencia, se trata puramente de irresponsabilidad criminal en su uso.

–Imagino lo que van a decir para el caso de Mor Roig. Oportunismo puro.

–Bueno, de eso es un ejemplo inmejorable, genuino. Es ilustrativo de un ocasionalismo inaudito. Un regalo, el ex ministro de Lanusse; está a la mano, tan fácil. Lo podemos matar, lo matamos. Esto me sugiere dos cosas –continuó Antonio–. Primero, no hay aquí ninguna pregunta. Están frente a un acto de violencia aún no consumado y no se formulan ninguna pregunta. Yo creo que el uso de la violencia es criminalmente irresponsable cuando quien recurre a ella no se ha hecho previamente ninguna pregunta, a menos que se trate de una violencia puramente reactiva, inmediata, y la verdad es que en política los casos de violencia estrictamente reactiva se cuentan con los dedos de una mano. La interrogación no es condición suficiente, pero es una de las condiciones necesarias para alejarse de la irresponsabilidad criminal. Por ejemplo, cuando

Montoneros mata a Aramburu, claro que se ha hecho preguntas. De hecho, el juicio del secuestrado fue una gran pregunta, no una farsa. El juicio contra el Lobo que Abós ficcionaliza tan bien en su novela es todavía más una pregunta, y no faltan motivos para otorgarle veracidad. Hayas participado o no en ese juicio, sabés de qué hablo. Hubo hasta abogado defensor, aunque el acusado no pudo defenderse, juzgado que fue in absentia.

–Claro –interrumpió la Negra–, se podrá decir que hicieron preguntas para las cuales ya tenían todas las respuestas, o que no se hicieron todas las preguntas... Y en ambos casos la brutalidad de la simplificación política solo en apariencia es superada. En especial en el caso de Aramburu. En 1995 Firmenich explica por televisión que “Fue un acto que no decidimos nosotros: así lo decidió el pueblo. Estaba decidido por el pueblo”. Hay que ser muy bruto, pero muy bruto, para pensar de ese modo el problema, pero eso era muy común. La arrogación de la representación popular, la justicia popular, la expresión de una voluntad...

–Que son fenómenos comunes en todos los regímenes políticos del mundo, desde los más democráticos hasta los más despóticos –Dardo no la dejó pasar.

–Sí, Dardo, pongamos, pero los modales importan –defendió Antonio–: los procesos, los mecanismos de formación de las decisiones...

–Bueno, no nos desviemos –insistió la Negra–. La verdad es que esa arrogación expresa la simplificación política más primaria. Pero con Aramburu y Vandor se hicieron preguntas, y muchas de ellas eran las preguntas adecuadas. En cambio, en el caso de Mor Roig no se hacen ninguna pregunta, es un caso por excelencia de apatía moral, nadie piensa nada, no se precisa pensar nada. ¿Pero por qué? Ese es el fondo de la cuestión. ¿Por qué seres humanos que no son asesinos ni monstruos pueden matar sin pensar? ¿Por qué pueden comportarse como asesinos? Creo que aquí el impulso es apuntalado por el supuesto muy fuerte, criminalmente irresponsable, de que toda violencia es buena si es nuestra, si está del lado correcto del proceso histórico, es decir con nosotros. En materia de violencia, “todo suma”. No es necesario hacerse ninguna pregunta. Nuestra violencia ha de ser festejada; eso ya no es oportunismo, es banalidad –“qué contento estoy, vivan los montoneros que mataron a Mor Roig”–. Esta celebración era propia de la espuma de la movilización de masas juveniles, de carácter más infantil que juvenil, pero fue la pereza mental de quienes usaron las armas la que dio el pie. Es una amarga ironía que, coetáneamente a la ejecución de Mor Roig, unos cuantos cuadros muy próximos a vos, Dardo, entre ellos tu

amigo Dante Gullo, trabajaran con todo ahínco en las Juventudes Políticas Argentinas. El Canca Gullo se lo tomaba muy en serio a eso, no se trataba de un simple meloneo.

–Tá bien, adelante, hablando de violencia se vinieron con un arsenal, ¿cuál es el próximo?

–Bueno, la guerra popular prolongada, pero ese es un nivel muy general, más difícil de agarrar, además ustedes fueron guitarreros, sanatearon mucho con la guerra, ¿hay que felicitarlos o putearlos por eso? Por los que se la creyeron, incluyendo cuadros de alta dirección como vos mismo, Dardo, habría que putearlos. Pero andá a saber; muchos de los que guitarreaban creían que se lo estaban tomando en serio. Muchos de los que se lo tomaban en serio tenían una idea “foquista” del asunto, o sea, no tenían la menor idea. ¿Cómo traducir la implantación territorial en guerra revolucionaria? Y esto empeoró después del 25 de mayo. Nos quedan entonces acontecimientos históricos discretos, precisos. La decisión de pasar a la clandestinidad, o la expectativa con que recibieron el golpe de Estado, un manajo de acontecimientos. ¿Por qué pasaron a la clandestinidad, por qué celebraron el advenimiento de una dictadura? Asignaron una virtud intrínseca a la violencia, y eso fue criminalmente irresponsable. Llegaron muy lejos en ese camino, sacralizaron la violencia, la convirtieron en un rito regresivo y bárbaro. Hay miles de expresiones que hacen patente todo el valor regenerador que le asignaron. Hicieron brotar de la violencia una infinita capacidad de creación; hasta la creación del poder, una de las cosas humanas más complejas. Pasar a la clandestinidad o dar la bienvenida al golpe expresaron esta concepción, en una clave reactiva pero no material sino conceptual: no hace falta temer la violencia del enemigo, porque habrá de sobrevenir una extendida respuesta violenta popular. La violencia aclara las cosas, al pan pan y al vino vino. Pasar a la clandestinidad tenía unas consecuencias inmediatas siniestras para los que carecían de toda cobertura y no les quedaba sino esperar inermes en los barrios, las villas, los lugares de trabajo, pero eso no importó; la violencia era purificadora, tornaba transparentes las cosas. En cuanto al golpe, no cabía aquilatar el estado de las fuerzas propias, ya castigadísimas; importaba la correlación de fuerzas entre el enemigo y el campo popular y ahí los esperaba una victoria estratégica.

–No se trata, Antonio, de clarificar qué pensaba yo entonces, supongo que eso no les quita el sueño. Pero las cosas no son tan sencillas. Postulan una apoyatura general, la virtud intrínseca de la violencia, para dar cuenta de decisiones

cruciales como la clandestinización; pero creo que en esas coyunturas se cruzaron muchas causas y es imposible aislar una y considerarla suficiente. Trajiste ejemplos claros. Puesto que el golpe era ineluctable, ¿qué otra cosa se podía hacer sino preparar la moral para recibirlo? Del mismo modo: ya estábamos clandestinizados de facto, sufríamos bajas constantemente... ¿Podrías demostrar que no se trató de simples casos de disonancia cognitiva? ¿Modos de huir de la tensión insoportable?

—No, no puedo, obviamente. Pero si estoy en lo cierto, puedo agregar un cargo correlativo; hoy día no faltan en la Argentina los necios que sostienen que la violencia guerrillera contra la dictadura procuraba establecer la democracia. Bueno, no todos son necios; algunos nos toman por necios a los demás, intentando hacernos creer esa patraña. Vos no tuviste nada que ver con eso, pero sí con la convicción de que la destrucción de la democracia era inevitable para dar paso al orden revolucionario. Esta convicción estaba decorada con toques críticos a la democracia burguesa contrapuesta a la verdadera democracia y todo eso, pero en esencia se trataba de que la democracia era exasperante; mejor, otra vez, despejar el terreno. Para colmo, doña democracia cooperaba, porque volvía con un rostro horrible. ¿Pero esto los exime? ¿No hay aquí cierta irresponsabilidad criminal?

—Dardo, entre las cosas que me sugeriste leer, encontré un episodio muy interesante —intervino vivamente Ignacio—: en un presidio de Buenos Aires, la víspera del cambio de gobierno, se armó un embrollo tal que me recordó cuando los troyanos tenían acorralados a los aqueos contra el mar...

—Justamente, don Ignacio, gracias por la mención. Nosotros no fuimos los golpistas, fuera de toda duda. Desconfiábamos de la ley, digamos, burguesa, del Estado de derecho liberal, sí; todo eso se vio claramente desde el 25 de mayo, con la liberación de los presos políticos, episodio que Ignacio menta. Pero apuntalábamos a Cámpora como nadie. Y sí, nuestra distancia con la democracia liberal, representativa, era grande. Sucedió en las mejores familias —ironizó Dardo—. Nos tomábamos muy en serio la idea de superar esa democracia ficcional y capitalista, y encima, berreta. ¿Hacía falta más que echar un vistazo a los tipejos que ocupaban bancas en las cámaras? Costaba mucho defenderla.

Antonio estimó que de momento todo estaba dicho, y prefirió continuar.

—Vamos entonces al último ejemplo, el de la Contraofensiva, episodio que es casi

lunático, tanto que si alguien quisiera argumentar a favor de la hipótesis Firmenich-doble-agente tendría aquí la mejor evidencia circunstancial. No creo que Firmenich haya sido un doble agente, pero el problema es el mismo. Salta a la vista la desmesurada desproporción entre riesgos extremadamente elevados y resultados hipotéticos, entre la magnitud de bajas propias que la operación prometía y la probabilidad de beneficios político-militares sumamente remota. En el terreno bélico las bajas son siempre un precio a pagar, sin duda; quien piensa la guerra piensa en las propias bajas. Pero llevar a cabo una operación tan monstruosamente desproporcionada constituye una nueva y criminal irresponsabilidad. ¿Cómo se explica una estimación tan incompetente, fundada en un diagnóstico tan nebuloso sobre la situación de la dictadura? Ese carácter de toque de Midas que se le asignaba a la violencia hizo posible un intento de tomar por asalto ya no el cielo sino el poder dictatorial. La construcción del hombre nuevo, nada menos, era una tarea simple, inauditamente simple, solo dependía de la revolución, que sería capaz de cambiar la naturaleza humana, de sustituir el conjunto históricamente humano de incentivos que movilizan a las personas, por otro conjunto. Había aquí una ignorancia supina de las experiencias históricas, como si se ignorara que los estados teocráticos de base cristiana, por ejemplo, de ningún modo buscaron esa sustitución, esa cristianización digamos, de la naturaleza humana, sino que se limitaron a sostener muy efectivamente una retórica y a negarla a la perfección en la práctica. Ustedes creían, un poco a la francesa, un poco bastante, que esta simplísima construcción del hombre nuevo sería obra de la revolución pero, en esencia, la revolución era violencia. Y del mismo modo que le aconteció al rey Midas, el éxito prometido a su toque se trasmutó en una parálisis, mental y política, terrorífica: cuando Firmenich afirmó, como si se tratase de una evidencia elemental, que la forma más elevada de la política era la violencia, maliciosamente podría sospecharse que, claro, exalta la loma en la que está situado él mismo. Pero no creo que las cosas sean tan simples. Realmente habían identificado la revolución con la violencia, la revolución no era sino tomar literalmente el cielo por asalto, y así era sobre todo por una cosa: porque la militarización de la política no equivale solamente a creer que lo político puede ser conducido desde lo militar, desde la así llamada “forma más elevada”; significa dar por descontado todo lo demás, significa que en realidad no existen problemas políticos, ni sociales, ni culturales, a los que no se les pueda dar una solución autoritaria, fundada en la fuerza y, casi sin mediación, en la violencia. A la tarea de rehacer al hombre también. El hombre nuevo a la vuelta de la esquina. Vos comentabas, Dardo, que todo régimen político tiene una cara oculta de muy largo alcance, que es su rostro de violencia. Es cierto, pero la violencia

puede ser parte de la pared que separa la política pacífica de la propia violencia o, por el contrario, la expresión de su propia presencia directa que derrumba toda separación. Cumplimiento de promesa imposible y realización funesta de la pesadilla que acompaña a toda utopía: una vez que la violencia se ha entronizado en el centro del espacio en que, si estuviera controlada por la política, debería cuidar de ella, una vez que ha ocurrido eso, no sale más, no hay cómo sacarla. Pero, en el fondo, todo esto se puede resumir en cinco palabras: el faro cubano los encandiló.

–Pero fuerza y violencia –dijo Dardo– no son lo mismo; ya lo observamos. La fuerza supone una capacidad, disuasiva, del uso posible de la violencia. Si estamos de acuerdo, la democracia es el empleo no violento de la fuerza. La capacidad disuasiva de la fuerza se ejerce constantemente, no nos engañemos.

–Pero hay una gruesa mediación entre la política y uno de sus núcleos fundantes. La efectividad de la fuerza que disuade sin recurrir a la violencia no descansa únicamente en la creencia de que la violencia está en condiciones de hacerse presente si es convocada por la fuerza del régimen. Descansa sobre todo en los otros elementos, los componentes de consenso y adhesión. Cuando se dice que ciertos regímenes son represivos, de esto se está hablando. Allí, la fuerza necesita una visibilidad mayor y permanente, la violencia está en el centro de la escena.

–Sí –dijo Dardo mordiente–, eso mi viejo lo llegó a entender en carne propia. La democracia es el empleo no violento de la fuerza, pero a la hora de los bifés, la democracia debió haber sido el empleo violento de la fuerza, y el régimen, el general, se negaron a emplear su potencial de violencia. En cambio, la violencia insurreccional se salió con la suya, precisó esperar pocos años desde 1951. ¿A vos te parece que yo, metido en esa experiencia a los 14, no iba a extraer mis conclusiones? Ahora, en el ahora de ustedes, leen “guerra revolucionaria” y piensan, no sé, en Vietnam, China... Cuba. Y nosotros también en los setenta... pero sabiendo que estábamos en la Argentina. Acuérdense de lo que decía Perón, en Actualización doctrinaria, que es de 1971: “La guerra revolucionaria que realiza un pueblo puede llamarse guerra integral. Porque se hace por todos los medios, en todo momento y lugar... cada uno de los que forman esa fuerza popular que está en lucha... hace en cada lugar y en cada momento su acción de guerra, su lucha. Es decir, buscando dañar siempre al enemigo cualquiera sea la situación en que se encuentre. Esto da lugar a que se empleen todos los sistemas y métodos para realizar esta lucha... Lo que necesita nuestra juventud es

organizarse... Las masas no valen por el número ni por la capacidad de sus componentes, valen por la clase de dirigentes que tienen a su frente”. No discuto que hubo una militarización de la política, año a año, pero eso que dice el Viejo puede, palabra más o menos, dar cuenta de los diecisiete años transcurridos entre el golpe del 55 y 1973. Es un lenguaje ambiguo, sí, muy equívoco, lo suficiente como para que un grupito gritara en una esquina y sintiera que estaba haciendo la guerra integral. ¿Peligroso? Arrebatador.

–Pero es un ejemplo muy claro de fusión entre política y guerra, Dardo. Sigamos el concurso de citas del león herbívoro: “hemos cometido el error de creer que una revolución social podía realizarse incruentamente. La reacción nos ha demostrado que estábamos equivocados. La tiranía nos ha hecho una poda que nos devolverá a la dinámica revolucionaria”.

–Y dale. Yo te digo que entender esto identificando a Perón con Ho Chi Min, o aun con Fidel, no tiene sentido. Muchos lo hicieron, no fue mi caso; tampoco el de Rearte, por ejemplo, ya que te gusta traerlo a colación. Él subrayaba que el aspecto principal era la necesidad de constituir un mínimo de vanguardia... surgida de la lucha popular... orgánicamente unida a ella en torno a una política que se construye en una relación constante con las bases populares... Y más aún, echaba mano a una suerte de análisis sociológico con el evidente propósito de recolocar la violencia revolucionaria: En las condiciones en que se desarrolla la lucha en la Argentina, donde el proceso productivo ha determinado la distribución de la población en las ciudades, concentrando una clase obrera con rica experiencia sindical y gran madurez política, la que se desenvuelve en el marco policlasista del peronismo, con gravitación local de elementos burgueses... ¿Precisaba ser más claro? Justamente de ahí proviene la enorme frustración que sentimos desde mayo de 1973. ¿Frustración porque el general no llamaba a la guerra revolucionaria? Vamos, chicos. Estábamos discutiendo cosas concretas, el cumplimiento o no de un programa de liberación, el recorrido o no de un camino hacia el socialismo nacional, y la verdad es que nosotros, el nosotros en el que yo me entendía, no considerábamos que el poder naciera de la boca del fusil, o que la violencia fuera la forma más alta de la política. Vuelvo un segundo a Gustavo... en pocas líneas está todo: Del marco de la presente etapa, y no de la visión del proceso general –;no de la visión del proceso general!– debe deducirse el objetivo principal que debe inspirar la acción revolucionaria, en función de los medios, la relación de fuerzas... la acción de las vanguardias armadas concita simpatías y entusiasmo en el seno del Movimiento Peronista pero... no opera como elemento acelerador de la necesidad de buscar los

términos políticos que hagan posibles la unidad entre los núcleos y las organizaciones revolucionarias dispersas y aisladas en el país... No opera. Quien no quiera entender... La violencia tenía un papel indispensable, pero uno.

–Y lo cumplieron muy mal.

–Mirá, la acción, la verdadera acción, consistía en traerlo al general. Los jóvenes peronistas ejercíamos la violencia revolucionaria para restaurar la soberanía popular, que estribaba en el retorno. Un tipo de violencia diferente al que se configura en gran medida con el ascenso vertiginoso de las organizaciones guerrilleras, posterior. Un tipo de violencia, aquel, el nuestro, que habría de mezclarse bien con la violencia estética de los sesenta. Y me gustaría volver a eso del hombre nuevo y los incentivos, creo que ahí hay un gran malentendido. Pero primero agotemos el tema, en verdad el tema nos agota a nosotros. Ya hablamos sobre el concepto de nación en armas, ¿no? Hay que agregar algo, esa clarinada que nació con la revolución francesa era estatal, nacionalista y portadora de ciudadanía. Desde la posguerra, desde 1945, adquiere otro cariz. Es el pueblo quien se moviliza a sí mismo, no es convocado por el Estado. Y es la movilización popular la que depende de la violencia, ¿no es la violencia la que depende de la movilización popular! Quiero decir, durante la era estatal, que por supuesto no se cerró nunca, la violencia depende de la capacidad de reclutamiento popular de los Estados; durante la era popular, lo que Perón llamaba la hora de los pueblos, la efectividad de la acción popular depende, aunque no exclusivamente, de su efectividad en el empleo de la violencia. Por lo tanto, hay que hacerse cargo de las consecuencias. Es una movilización popular y militar que puede, si triunfa, arrasar el Estado.

Se abrió un silencio prolongado; parecía que Dardo había desembuchado lo suyo y ni a Ignacio, ni a Antonio, ni a la Negra les quedaba gas para replicar.

–Está bien, Dardo –dijo por fin la Negra–. No hay forma de cerrar estos temas. Pero vamos a lo personal, supongo que no querés eludirlo. ¿Estás de acuerdo en distinguir entre responsabilidad y culpa? Si lo estuvieras, en relación con los ejemplos que escogimos casi al azar –Rucci, Mor Roig, el pasaje a la clandestinidad y la celebración del golpe, la contraofensiva–, ¿considerás que podrías reconocer una responsabilidad, una culpa?

–No esperaba esto de vos, Negra –dicho lo cual soltó una risa sardónica. –Sería fácil huir por la tangente: o no participé de modo directo (en el caso de Mor Roig

me enteré después, por ejemplo), o las decisiones fueron enteramente tomadas por otros, como pasar a la clandestinidad. De la contraofensiva ni hablar, yo ya estaba aquí. Pero prefiero ir al punto: asumo enteramente la responsabilidad, esto es, me siento responsable y obligado a dar cuenta de los hechos, porque he sido un partícipe necesario, conocen la expresión, de una acción susceptible de ser puesta en tela de juicio, política y éticamente. Estuve porque quise estar y asumí un papel necesario. Y discuto con ustedes porque no le saco el cuerpo a la jeringa. El tema de la culpa –y en un plano estrictamente personal, no legal– me resulta mucho más complicado. Aquí sí, quizás, les parezca que me escapo por la tangente. Pero, en lo que se refiere a culpa, vale aquello que se sentía mientras se participaba en los acontecimientos, y no más de cuarenta años después. En mi caso, más todavía porque estoy muerto. Creo, por ejemplo, que los debates sumamente interesantes que involucran a Oscar del Barco y los hechos de sangre del EGP abordan la cuestión de la responsabilidad, no la de la culpa...

–Pero, Dardo –interrumpió la Negra–, tomemos un caso que te incumbe mucho, Malvinas. Ustedes pusieron en peligro, por supuesto sin enterarlo, a un grupo numeroso de seres humanos, no podrían haber llevado a cabo la operación de otro modo. Quien quiere el fin quiere los medios –remató irónica.

–Ni lo pensé. En ese entonces ni me di cuenta de que no lo estaba pensando. Pero no lo pensé. Creo que el lugar común –quien quiere el fin quiere los medios– era abrumadoramente implícito, en cierto modo automático. No podía pensar en un problema que, de ser pensado, probablemente me habría paralizado. Me siento responsable, porque sabía qué estaba haciendo, en ese y en otros casos. Hay en esto un componente de apatía moral innegable; pero no de idiotez moral, ni en mi caso ni en el de muchos otros compañeros. Por ese componente de apatía moral es preciso rendir cuentas. Y solo se rinde cuentas ante alguien, uno mismo, sobre todo otros; no se rinde cuentas frente a la ley positiva, aunque haya quienes te lo exijan. Pero no puede tener sentido sentirse culpable o inocente hoy de lo que sucedió en ese entonces. Y no se trata del peso de las circunstancias; siendo, sinceramente, a pensar que los contextos no justifican las decisiones o los hechos. Se trata de que la culpa que puede o no sentirse por las decisiones o los actos es completamente abstracta, mientras que la responsabilidad no lo es. Y como no lo es, con la responsabilidad hay algo que hacer; cuando uno dice asumir la responsabilidad, se está refiriendo a eso, que incluye ineludiblemente una interacción humana. Por de pronto ustedes vinieron a visitarme. Con la culpa, en cambio, no hay nada que hacer.

–Cuántos temas pendientes –dijo la Negra–. Discutir tanto sobre la violencia me saturó. ¿Por qué no volvemos al peronismo, ese movimiento nacional amante de la paz y la concordia, profundamente simple y profundamente cristiano? – Ignacio captó la ironía, que no fue muy festejada ni por Antonio ni por Dardo, también exhaustos–. Habría un corte profundo al interior del peronismo, entre el peronismo plebeyo y el resto, ¿es eso, Dardo?

–Bueno, pero no, Negra –replicó Dardo–. La fisura profunda era otra. Antonio y la Negra estaban expectantes. Aunque le gustaba crear clima, Dardo no se hacía rogar.

–El corte –retomó– se daba entre los que le debían todo a Perón y los que tenían un activo propio, un capital político que se habían ganado por sí mismos. Los que le debían todo a Perón eran taimados pero obsecuentes hasta lo indecible, y Perón no los soportaba. Los que contaban con un activo propio solían hacerle caso al Viejo... pero no siempre. Actuaban con criterio propio. Y el Viejo no los soportaba.

–El Viejo no soportaba a nadie –dijo Antonio.

–Descubriste la pólvora, macho –soltó Dardo con sorna. Antonio se alzó de hombros. Comenzaba a contraargumentar pero Dardo se lo impidió.

–En efecto, y la razón principal es bastante obvia. Es que tenía que soportar a todo el mundo. Un político que tiene que soportar a todos, forzosamente acaba por no soportar a nadie. El Viejo lo sabía muy bien y se atenía al juego, y se tragaba todos los sapos. Hay excepciones, claro, pero son contadas. El general se arrepentía al incurrir en alguna transgresión a la norma que él mismo se había fijado sabiamente. Por ejemplo, sé que los días posteriores al 1º de mayo, cuando –Dardo titubeó entre emplear un pronombre personal u otro– nos echó de la Plaza, andaba diciendo que había sido como cuando un padre reta a sus hijos. No había sido así en modo alguno, pero él quiso convencerse de eso, concesivo. Pero no nos desviemos, para mí esa es la fisura que me deja comprender más cosas. Perón no se bancaba a los que vivían de su condición de líder indiscutido de las masas argentinas, y no se bancaba a los intrépidos que, disculpen, considerábamos habernos ganado un lugar y le discutíamos cosas.

–Los Montoneros fueron bastante más lejos que eso, Lito –recordó la Negra.

–No estaba pensando necesariamente en ellos, pero sí. Y Perón aguantó un

montón. Por algo aguantó.

–Encuentro tu hipótesis atractiva, hasta elegante, pero no ajustada a los hechos –dejó caer Antonio–. ¿Te parece que los dirigentes sindicales no tenían poder propio, no habían hecho, muchos de ellos, méritos más que suficientes, y no obstante no le discutían nada a Perón? Por ejemplo un Ru...

–Rucci es el ejemplo por excelencia del dirigente superficial que carece de un capital político propio. Vandor, en cambio, es un ejemplo de lo opuesto. Vandor mañereaba siempre. Y soñó con un peronismo muy diferente. Le sobraban méritos. Claro, yo en parte me hice en esa escuela, pero sigo odiando a la burocracia. Se ha dicho que en el 55, tras el golpe, “la conducción peronista fue burocrática y claudicante”. Calificaciones muy suaves. Desde el 55 la dirigencia se recambió casi completamente, no tenían otra, y en soledad, por sí mismos, con lo puesto. ¿Es difícil de entender que los que dieron guerra desde entonces tuvieran en muy alta consideración su propio valor y alimentaran muy elevadas expectativas? ¿Es difícil de comprender la desazón que sintieron cuando vieron a los otros salir de sus covachas lo más panchos? Por eso insisto en que las raíces del poder dentro del movimiento estaban en lo que se supieron ganar algunos, por un lado, o en una obediencia, lealtad le decíamos, ilimitada, pero no por eso menos ladina, por otro.

Dardo esperó unos segundos antes de continuar.

–Pero todo esto tiene que ver con otro problema. Perón no se calentaba mucho por las miserias, esas pequeñeces que él consideraba propias del ser humano. Dejaba hacer, no se metía, toleraba demasiado. Pero eso sí, el lugar de la verdad peronista era él y en esto no soportaba que nadie le enmendara la plana. El que definía qué era y qué podía ser el peronismo era él. Y en esto se armaba mucho lío con aquellos peronistas que sabían que tenían un peso propio y querían hacerlo valer. Y que se sentían más leales al peronismo que al propio Perón. Claro, esta lealtad la entendían, la entendíamos, como podíamos, se nos iba la vida en eso. Problema sin solución. Porque una constante de la percepción del peronismo fue su maleabilidad. No se sabía bien qué era, pero cada uno sabía más o menos bien qué quería hacer de él, y creía que eso era posible y necesario. El peronismo era moldeable, todos lo veíamos así y, por debajo del paraguas del liderazgo, bregábamos para darle la forma adecuada. A Perón esto no le hacía la menor gracia, y contaba para neutralizarnos con todos los que eran incondicionalmente leales, aunque también estos hicieran lo suyo. Y contaba

también con la esperanza de neutralizarnos a unos con otros, cosa que a veces le salía bien. De tal modo, Perón se veía obligado a jugar varias partidas simultáneas de ajedrez. Lo sabía hacer con gran calidad, pero pagaba un precio.

—¿Y por qué tantos peronistas veían al peronismo tan moldeable? —preguntó Ignacio, que seguía el hilo de la conversación sin dificultad. Sospechaba ya que sus interlocutores, aunque parecieran tan cosmopolitas, en el fondo creían que el peronismo era un fenómeno único e irrepetible en la historia del mundo, imposible de inscribir en categorías más universales. Ignacio era un joven cuando había visto, en Argos, el regreso de un puñado de aqueos que había tomado parte en el saqueo de Troya, cosa que no ignoraban sus contertulios, porque él no había escatimado detalles de su vida ante la curiosidad de la Negra y Antonio.

—¿Se acuerdan de que el Viejo decía que la política era un arte simple y puro de ejecución? El artista soy yo. Él no precisaba, ni quería, definir qué era el peronismo. Podía ser muy radical en la afirmación de contenidos hipotéticos, que en verdad eran etéreos, muy elusivos, porque el peronismo en el fondo era él. “Somos lo que las veinte verdades justicialistas dicen”. ¿Qué quiere decir eso? Para Altamirano la clave es que nadie ignoraba que en el peronismo estaba la clase obrera; el sujeto social revolucionario. Una determinación establecía la trayectoria futura del peronismo: la transformación del sujeto revolucionario. Los que creían en eso podían ser muy voluntaristas, pero a partir de esa certidumbre: profundizar, acelerar, agudizar. Así que a los peronistas había que tenerles paciencia, una paciencia sin fin. Y también se hacía necesario evitar los caminos que no llevaban a destino. Así, para muchos la burocracia era el “enemigo principal”, no porque lo traicionara al general, o porque pactara con el régimen, sino porque era un obstáculo en la trayectoria de la clase obrera. Esta maleabilidad estaba muy presente en los peronistas noveles, que soliviantaban a los de añejas credenciales por la ligereza con la que entendían qué era y qué debía ser el peronismo. Pero los viejos peronistas —incluyendo por supuesto los todavía jóvenes fogueados y baqueteados— hacíamos lo mismo. Recuerdo a Carlos Mujica, diciéndome que cuando entró al peronismo sintió que ingresaba “al mundo de la aventura, donde todo es posible”. Pero también a Alicia Eguren, escribiéndole a Perón en 1971 en carta personal que “un movimiento de liberación nacional y social como el peronismo puede autodeterminarse socialista o no... exhibir o no un programa de liberación... Pero no puede tener una dirección identificada con el sistema y con el régimen, a los cuales sirve jugando el papel de oposición... estos hábiles payasos... que ahora lo

representan a usted, y están al frente del movimiento que históricamente constituye la base más sólida para la revolución... sellan, junto con la entrega del país, el exterminio de los combatientes a quienes por otro lado se incita al combate". Terrible, ¿no? Alicia estaba muy enojada y le importaba un pito lo que Perón pudiera pensar de ella. La loca de la familia, ya lo dije. Pero, está claro, el peronismo tanto podía ser ese movimiento de liberación como la mascarada vacía de consumación de una entrega histórica. Años antes, John William, a quien Alicia consideraba un cándido, había dicho que el general era un premarxista que nunca sería obstáculo para la liberación. ¿Pero qué pensaba Alicia de Perón?

—Años después, Dardo, vos escribías una carta, esta vez abierta, en El Descamisado, como director, recordando que no tenías puesto partidario ni de gobierno y que no habías luchado un solo día para eso... Agregabas: "había soñado durante 18 años verlo levantar los brazos y decirnos compañeros... y en cambio había llorado frente a la vuelta de ese hombre que quiero tanto que ni puedo decirlo... me jodieron, volví triste, amargado, sin saber qué pasaba".

—Recuerdo muy bien, y escribiría lo mismo hoy. En suma, que el Viejo fue un irresponsable y nos jodió. Y ¡vaya si nos jodió! Miguel escribe que lo lloramos sabiendo que habíamos sido sus elegidos y sus réprobos. Diría algo diferente: creímos haber sido sus elegidos y no fuimos más que sus réprobos.

—Pero, como sea, eso no te lleva a cuestionar el papel de los líderes... ni del Viejo en particular.

—No. No me lleva. Porque si el Viejo no nos hubiera dado calce, todo habría sido peor, mucho peor, no sé cómo no se dan cuenta —el gesto de Dardo los incluyó a todos, esta vez le hacía falta—. Íbamos a la guerra igual, ¿qué creés? Igual nos habrían masacrado, ya lo sé, en ese sentido es lo mismo, pero no hubiéramos vivido esa... apoteosis, o, cómo se decía..., ¡epifanía! Y esa epifanía es tan importante. Hubiéramos pasado directamente de la resistencia a la masacre. En cambio, esa epifanía está en la memoria del pueblo.

—No lo creo, Dardo.

—Ya sé que no lo creés. Por algo estás aquí, conversando conmigo. Si lo creyeras no hubieras venido. El setentismo ha sido un poco eso, el oportunismo de la memoria. Mirá tus tías —le dijo a la Negra; claro, desde los Campos Elíseos es

tan fácil saberlo—, en los setenta las chicas vieron todo de lejos, lo contemplaban a su hermano, tu padre, entrar y salir frenéticamente, entregado a su militancia de cuerpo y alma, lo miraban como las vacas miran el alambrado... ¡y a la vejez viruela! ¡Les agarró la fiebre kirchnerista! ¡Cómo se la creyeron! Pero bueno, eso es posible porque la memoria del pueblo está presente, no por Kirchner... eso es lo que el kirchnerismo, al fin y al cabo, tiene de genuinamente creativo: un oportunismo desaforado. Pero, ¿sobre qué base ese oportunismo se pudo catapultar? Sobre la base de dos cumplimientos, allá abajo en la tierra, de la promesa celeste del 45: el ciclo del peronismo clásico y la breve epifanía del 73. Dos vuelos en el Pulqui de la felicidad —Dardo paró para respirar—. Sí, el viejo nos dio mucho calce, nos mandaba cintas hablando del fin del sistema demoliberal, burgués, capitalista... del mundo que marchaba al socialismo. Lo saben. Cierto que no daba precisión nunca a nada. No se necesita más que recordarlo en Actualización política y doctrinaria, una película impresionante: “Nuestro Movimiento... es indudablemente de base socialista... Porque pivotea sobre la justicia social, que es la base de toda nuestra promoción revolucionaria... Ahora, que es socialista, natural que es socialista, porque busca esas formas de convivencia con gran acento en el aspecto social... Es decir, para nosotros el gobierno justicialista es aquel que sirve al pueblo... que no sirve otro interés que el del pueblo, y hace lo que el pueblo quiere... luchando por la grandeza de la comunidad en que vive. Congeniar lo individual con lo colectivo, ese es el proceso revolucionario nuestro, y el hacerlo es una de las formas del socialismo”. Es un ejemplo inmejorable de la sanata de Perón. Pero también, déjenme abrir un paréntesis, eso de congeniar lo individual con lo colectivo no es sanata. Yo no soy un especialista, lo viví más que lo pensé, pero el peronismo jamás aspiró a fundir lo individual en lo colectivo, procuró congeniar. Su antiliberalismo era furioso pero no extremo, era vesánico pero no implacable. ¿Qué les parece, a ustedes, el socialismo de Perón, comillas, de los setenta?

Don Ignacio advirtió que Dardo no solía recurrir a la mayéutica, y resolvió que ello hablaba bien de él, no consideraba a los jovencitos como discípulos.

—Bueno, si se piensa... el socialismo de Perón de los setenta es mucho menos radical que el justicialismo de los cuarenta y cincuenta. Todo rodeado de la violencia “popular y revolucionaria”.

—Dicho de otro modo: en aquella película ya estaba claro. En todo caso, se podía esperar doblar el pulso, moldear, pero no creer que el Viejo fuera socialista. Al mismo tiempo, el peronismo radical era real, tenía entidad, y creía en sus

credenciales y en sus condiciones para disputar si fuera necesario con Perón. El problema es que Perón, dando calce a todos, no hacía más que mantener o generar el desorden que creía conducir. Total, se sentía casi un dios, confiado en restablecer el orden cuando quisiera.

Esta vez Ignacio no vaciló en interrumpir.

–Amigos, me viene a la cabeza un pasaje de La Ilíada que resulta muy apropiado al caso, y no lo consideren impertinente, contrarresta un poco esa percepción un tanto autocentrada que creo ver en los tres –la timidez del antiguo aqueo había quedado atrás–. Zeus, en ese pasaje, observa con satisfacción la lucha de los dioses, de todos contra todos. No se preocupa, la disfruta. Sabe que con un poco de trabajo podrá poner en caja a los revoltosos cuando lo desee. En verdad, ni se conmueve.

–Gracias don Ignacio, me viene como anillo al dedo. Algún cumpa me decía de Perón: es un genio político, pero tiene una piedra pómez en vez de corazón; esta amoralidad “florentina” había sido observada por mentes perspicaces de nuestra generación. Yo no lo quería entender. Pero ahora lo entiendo: todos los grandes líderes tienen el corazón de piedra pómez, no podría ser de otra manera. Malraux los quemó en la hoguera de encinas, y bien quemados que están, pero yo sigo siendo peronista a muerte, aunque el general ya esté muerto, y yo tan muerto como él. Para mí no hay otra, no creo en las pamplinas liberales. El poder tiene que ser uno solo. A Bruto lo entiendo porque César era un traidor, traicionó a la República. A la que no entiendo es a la República. Para mí era un bruto, Bruto; un noble bruto. Qué república. Un solo líder, un solo pueblo, significa un amo y millones de esclavos, dijo Camus. Muy profundo, pero no es cierto; los representantes son la traición de los representados, es el matadero de los corderitos; en eso soy, creo, muy rousseauiano; los líderes son los únicos que no pueden traicionar. Ahí está la voluntad general. Hace poco leí España Una, Grande y Libre, las sátiras de Carlos Giménez en El papus. Y están muy bien; las clases gobernantes traicionan ese ideal en el régimen franquista y en el régimen democrático, lo mismo da. La voluntad general se va al carajo.

–Lito, tu lectura de Rousseau me parece un poco forzada...

–No lo diría; para él, la verdadera sociedad, expresión de la voluntad general, entendida como el bien común real, presupone un pueblo homogéneo, sin contradicciones, o en su defecto, que los individuos renuncien a cualquier deseo

individual en nombre de los intereses colectivos... La voluntad general no está sometida a las divagaciones, dudas y debilidades que afectan el comportamiento de los individuos; es constante, incorruptible y pura. Si es menos que esto, deja de ser la voluntad general. Por supuesto, el peronismo no llegó tan lejos... congenió... no pensé que fuéramos a volver a este tema.

Dardo parecía desorientado; sus interlocutores le dieron tiempo.

–Pero bajemos a tierra, nuevamente. O mejor dicho a regiones arenosas. Porque, en las movedizas arenas del movimiento, mucho de lo que se hacía o se dejaba de hacer tenía por propósito “convencerlo a Perón”, no siempre convencer a las “bases”. De hecho, la primera etapa posterior al 55 no consistió en luchar por la vuelta de Perón, sino en “convencer” a Perón de que podía plantearse volver. Porque Perón se sentía desahuciado. Y aquí también hay un aprendizaje: sobre Perón se influye, se incide, a Perón se lo convence. El peronismo radical, el peronismo plebeyo, aprendió bastante de esa experiencia. Ahí estaba el punto; el peronismo no era Perón, nosotros no creíamos que el peronismo fuera nomás Perón. Recuerdo lo que decía Eduardo Luis Duhalde: “Cuando llegaban las órdenes de Perón cada uno interpretaba lo que quería... todos los sectores sabían que había que trabajar con una política de hechos consumados y tratar de condicionar a Perón... Algunos sacaban los pies del plato, se les iba la mano y perdían”. Pero este sacar los pies del plato ¿qué significaba? Nada, no significaba nada; solamente una evaluación ex post. Claro, cada iniciativa la cifrábamos en alguna manifestación explícita del líder si la había, y si no en orientaciones, en su concepción de la política, en antecedentes, en presunciones, en conjeturas más o menos convincentes, en que Perón había hecho tal cosa. Y el peronista cualunque no le andaba lejos. Lo común es que confiara a ciegas en la sabiduría del general, pero esa confianza no le impedía volver de cabeza a San Antonio. Les leo: “General, como madre, mujer y peronista, le digo que en las 62 tiene que hacer una limpieza tal, que no le deje ni el dos”. No le falta humor a la compañera. Otro: “Mire, general, yo le quiero decir que nosotros lo queremos, lo seguimos, pero usted a veces se equivoca y no nos escucha... Acuérdesse cuando le dijimos que lo sacara a Espejo, usted no nos dio bola... y ahora le decimos que estos de la burocracia sindical lo están traicionando”. Pobre Espejo, ¿no? Qué injusticia. Y eran cosas que escuchaba Perón en Madrid, grabadas para él. El general desde luego no ignoraba todo esto; cómo y por qué trazaba la línea entre la lealtad a la que se le consiente cierto arbitrio, por un lado, y la traición, por otro, es un misterio que nadie ha descifrado. El Viejo usaba el ojímetro, confiaba en su intuición. Pero sabía que no siempre era obedecido, y a veces se

hacía el tonto. Y no interesa aquí hablar de la paciencia con los traidores, fueran o no auténticos, por razones tácticas. Me importa destacar esa huella rebelde en el peronismo que no hizo concesiones con el régimen. Porque expresa la construcción de una relación especial con el liderazgo, una disidencia plebeya, que se hace patente, como vimos hace un rato, en la reticencia al pacto con Frondizi, pero antes también en la decisión de muchos gremialistas que engrosaban las filas de la Resistencia de aceptar la convocatoria a elecciones en los gremios intervenidos, que Perón insistía en desconocer. Muchos dirigentes recuperaron los gremios y el desacato fue luego “perdonado” por el general. Es evidente que ambas partes sacaron sus propias conclusiones: se necesitaban mutuamente. A mediados de 1958, en el congreso de las flamantes 62 Organizaciones que se hace en la UOM, con Avelino Fernández, Andrés Framini, Augusto Vandor, Dante Viel, mi padre, José Notaro, Jorge Di Pascuale, Federico Durruti, Sebastián Borro, Amado Olmos, José Alonso, si la memoria no me falla, se reivindica la Resistencia y se denuncia el Plan Conintes. Y Cooke critica duramente a Las 62 y al paro por tiempo indeterminado por el Lisandro de la Torre, que Perón no quería. “Miguel –le había dicho el Viejo a Gazzera–, pónganlo a Frondizi al borde del abismo, pero no lo empujen”. Alfredo Ferraresi, de esa época, quizás exagere un poco: “No era que recibíamos órdenes solamente. Muchas cosas las discutíamos con el Viejo”. Igual que Borro, que sostiene que habían creado Las 62 Organizaciones y solo después le habían informado a Perón. Y desde luego, los programas de La Falda, de 1957, y Huerta Grande, de 1962, son parte de esta corriente sin límites precisos. No son de izquierda; expresan, paradójicos en su desfachatez, la ortodoxia, el imaginario radical de la Argentina peronista: control estatal del comercio exterior, liquidación de los monopolios extranjeros de exportación e importación, denuncia de los pactos lesivos contra la independencia económica, nacionalización de las fuentes naturales de energía y de los sectores básicos de la economía, control centralizado del crédito, expropiación del latifundio, extensión del cooperativismo agrario, alto consumo interno. Transformar toda reivindicación en expresión revolucionaria. Perón se tomaba todas esas cosas cum grano salis.

–Los que no se tomaban esas cosas tan cum grano salis eran los empresarios y sus intelectuales. Pero ¿por qué no mantener la denominación, entonces, de peronismo combativo?

–Por dos razones. Primero, para el peronismo plebeyo hay una continuidad completa con el peronismo histórico, no meramente una remisión. El peronismo

histórico no es un pasado que se evoca, sino parte de sí mismo. Y segundo, el peronismo plebeyo no abandonó nunca el objetivo de la vuelta de Perón. Que siempre estuvo cargado de los mismos significados políticos. Para el peronismo combativo, la vuelta de Perón era a veces solo una bandera.

–Falou, ta falado –dijo Antonio, y todos entendieron, Ignacio y Dardo como residentes políglotas del paraíso y la Negra porque conocía las veleidades idiomáticas de Antonio, que había vivido en Brasil.

* * *

Se habían reunido en el Palacio de Cristal; la dirección de intendencia de los Campos Elíseos no paraba mientes en la ortodoxia estilística, aunque el eclecticismo seguía dominado por lo helénico y se mantenía el buen gusto. El palacio era una acogedora glorieta gigante, erigida en el claro de un bosque tupido. Ignacio y Dardo los habían conducido con paso seguro, cruzando saludos con algunos paseantes. Muchos, pero no todos, tenían la facha de la Inocencia en persona. Los esperaban unos bancos austeros pero confortables. Nada más sentarse, y Antonio se sintió compelido a dar forma a una metáfora marina, que juzgó caprichosa pero potente. La de un navío en que viajaban los cuatro, solos, que zarpaba del más recóndito de los puertos del Mar de Azov, y luego, cruzando el Mar Negro y el Mar de Mármara por el Bósforo, y penetrando en los Dardanelos, y entrando en el Egeo, y flanqueando Creta por Noroeste, e ingresando de lleno en el Mediterráneo, y poniendo proa hacia el Estrecho de Gibraltar, les permitía ya experimentar la inmensidad sin término en la que ahora ingresaban sin rodeos, elipsis, eufemismos, indirectas, dejando al buque, en esos instantes precisamente, penetrar en las aguas cuya profundidad es sobrecogedora, insondable. Antonio estaba dando los últimos toques a su perecedera metáfora cuando Dardo rompió el silencio, confirmando que navegaban ya en mar abierto.

–Muy bien –dijo Dardo–. Llegamos por fin, es hora, a la cuestión de la violencia, la orillamos tantas veces ya, la tocamos de modo algo casuístico. No la vamos a agotar como quien apura un cáliz amargo, seguro, pero empecemos. La verdad es que el tránsito de un orden a otro, o el establecimiento de un orden, o el

mantenimiento de un orden, ¿pueden hacerse sin violencia? Ha habido muy pocos casos en la historia.

–La “revolución peronista”, Dardo. Llamala así. ¿Qué violencia se empleó para establecer el régimen nacional popular? Hay pocos casos en la historia universal, pero tremendamente significativos, como este para la historia argentina.

–No lo diría, sinceramente. Perón ganó en 1946 unas elecciones –objetó la Negra–, pero un régimen de fuerza casi desnuda lo garantizó.

–Las elecciones fueron libres –retomó Dardo, sin convicción.

–Claro, Dardo, pero el lugar común, que las fuerzas armadas garantizaron el voto libre, secreto y obligatorio el 24 de febrero, está expresando algo que no se percibe de tan obvio, como la carta robada: fue la violencia institucionalizada la que hizo factible el llamado a las urnas y el respeto a los resultados. En suma, establecer un orden, transitar de uno a otro, o mantener un orden, requieren violencia.

–¿Y de qué depende que esta violencia sea legítima? –preguntó Antonio.

–Legitimidad es otro tema; depende, primero –discurrió la Negra–, de la existencia de un marco legal al cual el uso de, o la amenaza de, o incluso la peroración sobre la violencia puedan remitirse. Y segundo, del reconocimiento del régimen y sus reglas de juego como legítimos, como que están bien donde están, y de que los cambios se pueden dar, pero en el marco de ese régimen y sus reglas. Todo esto es archiconocido, pero voy al punto: ambas cosas juntas casi invisibilizan, para el ojo común, ese subsuelo sólido y extendido de violencia que está siempre allí donde un régimen político se edifica. Y me parece conveniente agregar que esto es diferente al concepto de fuerza que discutimos hace unas horas. Porque hablábamos de una fuerza que no descansaba sobre la violencia. No es sensato sostener que la fuerza de la movilización, la de la huelga, por muy general y revolucionaria que sea, la de la toma pacífica de un edificio, la de la marcha de una columna por Brasil entero, como fue la columna Prestes, se basen en la violencia. Por oposición, las pacíficas y limpias elecciones del 24 de febrero de 1946 sí lo hacían. Eso sí: no estaban comandadas por la violencia, estaban comandadas por lo político, aunque se tratara de un gobierno militar. Pero el piso en el que se desplazaban era el de la violencia.

–De acuerdo –dijo Dardo–, ¿pero eso no te lleva a conclusiones conservadoras?

Salvo admitiendo que donde las reglas de juego “legítimas” bloquean el cambio se legitima la violencia. Una confrontación de orientaciones violentas. Lo que venimos diciendo no da cuenta de la relación entre cambio y violencia, en suma.

–Pero me parece, Dardo, que apartarnos de lo implícito en ese enfoque también nos lleva a conclusiones insostenibles. Al menos en teoría, un régimen puede fundarse en un consenso pacífico y una verosimilitud del cambio potencial por medios pacíficos. Ese es el relato democrático. No habría entonces chance alguna para asignar legitimidad a la violencia.

–Vamos –se apuró Dardo, aunque apaciblemente–, ese es un cuento de hadas. La democracia es un placebo que, lamentablemente, está dejando de ser efectivo a pasos agigantados. Seamos sinceros. ¿Qué razones tienen, trátense de los partidos, de grupos sociales, de la gente común, para respetar resultados electorales que les son adversos? Si lo hacen no es en virtud de convicciones democráticas, sino porque no les queda otro remedio. ¿Y por qué? Porque está el látigo en la vidriera, la violencia, potencial, los disuade. No es la virtud cívica, es el miedo, un miedo acostumbrado, quizás, pero miedo al fin. ¡Lo sepan o no! Y la cosa se pone fulera cuando –como ocurre reiteradamente en la Argentina– se trata de conflictos fundamentales. Se pone fulera porque todos pasan de mostrarse los dientes a morderse, y porque los institutos públicos que monopolizan la violencia legítima entran en la trifulca. Al hacerlo debilitan el Estado, la violencia sale a la superficie, y se ve clarito que las opciones de cambio de régimen no pasan por la panacea democrática. Nunca pasaron.

–Pero el peor escenario –arguyó Antonio– es cuando el monopolio de la violencia legítima se parte en dos, deja de ser tal. La guerra civil. Revolucionaria o no. Formas, configuraciones, previas al conflicto armado abierto, como aquellas en las que vos participaste.

–Quizás. Pero, mirá, en el fondo, muy en el fondo, perdura mi alma falangista. El modo militar y el modo religioso. Como los únicos que valen la pena de ser vividos. Llegué a conjugarlos, me parece, y para eso no precisé el Colegio Militar, aunque de pibe fantaseé con eso y... –cambió de rumbo–. Como sea, del modo religioso me importa la misión, y del modo militar no la obediencia ciega sino la lucha y la entrega. ¿Quién podría refutarme? ¿Decirme no Dardo, hay cosas más importantes en la vida que la misión, la lucha y la entrega? Ni refutarme ni darme la razón me hacen falta. Vos hablás de guerras civiles... Te pregunto: la decapitación de Carlos I dispuesta por el parlamento inglés... ¿no

fue acaso un paso decisivo, dado desde luego en el marco de una Inglaterra incendiada, hacia la democracia? Una forma liberal de democracia, pero no importa. Antonio, ¿hubieras estado del lado de los regicidas en 1649 o no? ¿Y en París en 1793? ¿Cuáles son los obstáculos éticos y políticos que se oponen entre el parlamento, los convencionales, y el hacha del verdugo o la guillotina? ¿Las consecuencias no deseadas? Vamos.

–Pero, justamente, Dardo, en el caso de Carlos Estuardo sobrevino un tiempo de despotismo e intolerancia religiosa...

–Lo de Cromwell fue una dictadura, la principal figura institucional de la república romana, te recuerdo, no estuvo tan mal. Pero las dictaduras van y vienen si se trata de líderes populares. Y nunca estoy seguro sobre Cromwell y la intolerancia puritana... me parece que es medio extemporáneo imputarle fundamentalismo religioso. Ustedes lo saben, los monarcas que se resisten a ceder gradualmente el poder terminan perdiendo la cabeza. En general, en medio de la violencia y la guerra civil. Y los líderes no son monárquicos.

–...

–Jaja, Borges dice “Carlos avanza entre su pueblo”. Una mañana de 1649. A Borges se le permite hasta que use ¡justo él! alevosamente la palabra pueblo. ¿Nos toma por tontos? No leí este poema antes de encontrármelo, cuando Neustadt me mandó al muere, como dice él del general Quiroga, a entrevistarlo. No tuvimos exactamente empatía con el viejo. El poema está bueno, pero si Carlos I “hoy va a la muerte, no al olvido” fue justamente porque el Parlamento lo decapitó. Fue como la gloria de don Ramiro, que Santa Rosa de Lima le estampara un beso en su frente difunta, disculpen el regusto hispanista que me queda de mis tiempos tacuaras. Si Carlos no perdía la cabeza hubiera pasado como un rey de tantos. Lindo ejemplo de la violencia estatal bien usada. El argumento liberal de moderar el poder con el poder, a nivel de las armas; el monopolio de la violencia legítima no es sino eso.

Abril de 2007. El departamento se encontraba sobre la avenida Santa Fe, entre Rodríguez Peña y Montevideo, pares, y Antonio ya había entrevistado allí alguna vez al dueño de casa. No se trataba ahora de una entrevista –aunque así había sido presentada–, y esto los ponía bastante incómodos. El asunto

consistía, debían confesarlo, en una indagación, un brutal interrogatorio. Fiel a su cábala, Antonio insistió en bajar del taxi en Callao y completar el trayecto andando. ¿Cómo engatusar al viejo zorro que no había perdido ni el pelo ni las mañas, cómo lograr que no se retobara? Antonio había preparado, ante una Negra dubitativa, una lista de preguntas truchas, que lo llevarían, era su esperanza, al núcleo en ignición. El problema era que cuando llegara el momento se verían obligados a mostrar las cartas: estaban demasiado informados de la cuestión delicada que pondrían en el tapete ante don Raúl, y eso sería indisimulable. Don Raúl los recibió cordialmente, aparentó acordarse de él, besó a la Negra. Los condujo al escritorio, de paredes revestidas por anaqueles de madera que acogían libros que, era visible, no estaban de adorno. Discreto, un pequeño mapamundi de proyección cenital equidistante con centro en Buenos Aires, calzado entre las bibliotecas, expresaba quizás el modo de ser universal del anfitrión. A Antonio le costó apartar la vista de los títulos, pero tampoco podía abusar, era imperioso mirar al dueño de casa a los ojos. Raúl Alfonsín les ofreció un té, que ellos rehusaron. Estaba viejo, don Raúl, en ese otoño de 2007. Un viejo bravo, no un viejito, pensó Antonio. Con ayuda de la Negra, comenzó a desplegar su burda estratagema, que consistía en arrimar de a poco al bochín. Preguntas de época, violencia, las famosas internas ganadas por el Chino Balbín, la situación de la prensa en 1974, la Junta Coordinadora. No era cosa de alargarlo demasiado; intentó inútilmente, Antonio, que Alfonsín nombrara por sí mismo alguno de los sujetos involucrados en el hecho intrascendente que tanto les interesaba, sin suerte. Y bueno; tragó saliva y cruzó los dedos debajo de la mesa. Antonio y la Negra no grababan, tomaban notas, pero en esa ocasión ni eso. Con un cambio de miradas, el cobarde de Antonio mandó a la Negra al frente.

—Usted recuerda, presidente, que en noviembre del 73 comenzó a salir el diario Noticias. La primera edición es del 20 de noviembre.

Alfonsín ni se inmutó.

—Sí, claro, tiempos difíciles... aunque los que vendrían luego serían peores. Los Montoneros estaban detrás de Noticias, tenían dinero. Pero era importante defender la libertad de prensa.

—Sí, presidente. No viví esos tiempos pero es como si los recordara.

—No, usted ni se imagina...

Antonio temió que se abriera la caja de Pandora de una larga digresión, que insumiría un tiempo valioso, ya que Alfonsín podía cansarse y dar por finalizada la entrevista. Pero no. El ex presidente quedó como envuelto en remembranzas. Antonio se animó, y tomó la posta.

–Presidente, en una entrevista, días pasados –mintió–... nos contaron un episodio interesante sobre el que querríamos preguntarle.

No te pares ahora, Antonio. Pero Alfonsín asintió, manso.

–No, sí... usted fue el invitado de honor de un almuerzo en la Taberna Baska... en la calle Chile, la redacción del diario Noticias estaba a la vuelta, sobre Piedras.

Alfonsín observó a Antonio con cierta curiosidad.

–Bueno, estaban presentes su hermano de toda la vida, Conrado, y su hijo Fredi y... Leopoldo Moreau, dirigentes de la Coordinadora, ¿no?

Lo dicho, dicho estaba, Antonio no arrimó al bochín, bochó nomás.

–Y toda la dirección de Noticias, Bonasso...

El ex presidente dejó traslucir una ligera alteración.

–Sí, vea –dijo–, no recuerdo muy bien.

–Bueno, mi fuente no se... Pero se acordaba bien de un detalle, algo... pintoresco, si me permite, el almuerzo era para celebrar el ingreso de Moreau en el diario, donde sería responsable de la columna “universitarias”.

Ya no se podía decir que don Raúl no estuviera un poco irritado. Pero el mal trago había pasado garganta abajo. Antonio no tenía nada que perder.

–Usted, ¿me... me lo podría confirmar, señor presidente?

–Sí, m’hijo, es tal cual –Alfonsín miró a Antonio con la expresión de querer comérselo crudo. La entrevista estaba terminando, entrevió la Negra alarmada.

–Pero... es decir, lo que... muy poco tiempo antes los Montoneros habían ase...

habían matado a Rucci, y no habían dejado las armas, todo lo contrario, Perón se estaba muriendo, y...

–Pero m’ hijo –un Alfonsín ya muy alterado– ¿por qué no hace un esfuerzo por ponerse en mis zapatos, en ese otoño de 1974? Sin contexto, sin perspectiva, todo eso es muy difícil de entender –le faltó agregar mocosos–. Usted, que ni siquiera había nacido, ¿sabía qué iba a pasar? ¿La Guerra Civil, como en España, con masas armadas en ambos frentes? ¿O la guerra popular prolongada, como la llamaban sus creyentes? La democracia se estaba yendo al garete, la contraofensiva de la derecha campeaba por sus fueros, era algo cada vez peor. Y estos muchachos, que yo respetaba mucho, ¿qué intentar hacer con ellos?

Alfonsín se detuvo, magnánimo, levantó levemente el mentón y Antonio debió darse por aludido. Alfonsín apoyó la palma de su mano derecha, con los dedos bien abiertos, sobre el grueso vidrio que cubría su mesa de trabajo, mientras miraba fijamente a Antonio con un rictus amenazador.

–No sé, doctor...

–No sabe. No sabe y me viene a preguntar por una cena en la Taberna Baska. Invité yo, les agradecí que incorporaran a Moreau al staff. Pero, usté que se siente tan vivo. Diga, ¿arrojar más leña al fuego o tratar de controlarlo? Porque apagarlo era imposible. ¿Irme? ¿Del país? Yo no estaba para irme. Diga. A posteriori, sí, es fácil... Pero ¿alguien podía asegurar que estos chicos, muchos eran amigos de los jóvenes nuestros, no irían a prevalecer? Ninguna alternativa conducía a la democracia, eso seguro, eran delirantes, seguro, pero no era imposible. ¿Los militares eran menos delirantes, jovencitos? A lo largo del 74, Bonasso, precisamente el director de Noticias, estableció una relación sólida, personal y política, como hombre de contacto de la conducción montonera, con una pieza clave del gobierno, ¿sabe quién?

El leidito de Antonio sabía, pero mantuvo cerrado el pico.

–El ministro Gelbard. Lo supe de labios de Balbín. Gelbard era el vértice del Pacto Social. Y buscó afanosamente establecer un puente. Aun después de ese trágico 1º de mayo en la plaza. Ex post facto lo vemos como imposible. Él y Bonasso, y otros cuadros montoneros, como Habegger y... ese que le decían el Pinguli... se empeñaron. No lo consiguieron. Alguien me dijo que Firmenich le había parecido a Gelbard duro, pesado y cuadrado como un bloque de cemento.

Perón no les daba margen tampoco.

Un nuevo silencio, más calmo, como dando paso a las memorias, ya no a la carne viva de los hechos.

–Pero recuerden –miró a la Negra–, el Operativo Independencia fue después, recién a principios de 1975. ¿Fue un paseo? ¿Despiadado, monstruoso, pero un paseo? Vamos, el operativo comenzó en enero, y en marzo el Ejército se las veía vidriosas, y recién a fines de mayo tomó claramente la iniciativa y tuvo algo más fáciles las cosas. Todavía en agosto de 1975, déjenme ver –la indignación contra el petulante le había borrado el cansancio, la Negra le guiño un ojo al petulante, ya está, gato en bolsa. El ex presidente buscó en un anaquel, en un periquete encontró un cuaderno de notas, revisó–. Sí, en agosto salió a luz que los Montoneros estaban colaborando con el ERP en Tucumán. Operación Gardel, qué mal gusto, volaron un Hércules C-130, esos panzones, cuando despegaba. No, ¡el Operativo Independencia no fue un paseo! Solamente hacia diciembre los efectivos de la guerrilla en Tucumán podían considerarse diezmados. No hay que olvidar eso, el fiel de la balanza podría haberse inclinado para el otro lado. Por supuesto, a la larga... pero, en estas cosas, nadie sabe qué quiere decir a la larga. Hubo desapariciones forzadas, violaciones sistemáticas a los derechos humanos; Tucumán fue durante un año una provincia en guerra. La fase más atrocemente represiva vino recién a fin del año, con Bussi, se los presento –manejaba bien la ironía, Alfonsín.

–Gracias, presidente, per...

–Déjeme decirle apenas algo más, a buen entendedor pocas palabras. Mi problema, en ese almuerzo vasco, era otro. Cada grupo tenía sus loquitos, y yo debía controlar a uno. Leopoldo era un exaltado... Los años pasaron en vano, porque lo sigue siendo. Pero yo precisaba colocarlo en algún lugar donde pudiera estar tranquilo, se sintiera reconocido, y sobre todo no me soliviantara más jóvenes y se fuera más seguido a comer puchero al Globo. Y ahí se quedó hasta que cerraron Noticias.

* * *

En el centro de la inmensa glorieta prosperaban unas plantas descomunales. Bellas, sus hojas parecían tener expresión. Junto a ellas los cuatro amigos se habían acomodado.

–Miren estas plantas. ¿Son lindas? Para mí lo son. Cada vez que las veo me acuerdo del Canca Gullo y su vivero –los chicos sabían de qué hablaba Dardo–. Bueno, ¿qué hay debajo de ellas? La verdad no lo sé, nunca me interesó averiguarlo, probablemente nada. La política es igual, la diferencia es que nosotros sabemos qué hay debajo de ella, pero normalmente la gente no. Y no le interesa saberlo.

Continuaron apreciando pensativamente las plantas unos instantes.

–Mi problema con la violencia –dijo resueltamente Dardo, surcando las aguas atlánticas a toda vela tras algunas cavilaciones– es que no termino de ver cuál es el problema de la violencia.

–...

–Bueno, ustedes saben, soy tributario, deudor, del nacionalsindicalismo español, ese modo de ver el mundo, o al menos de ver España, que oculta una gran tormenta interior bajo una apariencia de orden. Es el orden adusto, iracundo, del fascismo. No el orden pesado, ceremonioso, de La Comunidad Organizada, o del franquismo.

–Pero –interrumpió Antonio– los discursos parlamentarios de Primo de Rivera bien que eran ceremoniosos.

–Sí, era el estilo de las Cortes, llama la atención cómo un enemigo del sistema parlamentario se adaptaba tan suelto de cuerpo a este. En José Antonio la procesión va por dentro. Eran discursos brillantes, por lo que recuerdo, salpicados de arremetidas nacionalsindicalistas que a la inmensa mayoría de los diputados no les haría ni fu ni fa. Pero no importa si José Antonio era o no fascista, lo que me impresionaba era su radicalidad tanto para ser conservador como para ser revolucionario. Yo había leído bastante a José Antonio en los viejos tiempos de Tacuara y del MNA, los dos o tres ejemplares de sus Obras Completas que circulaban eran reverenciados como la Biblia, y como la Biblia nadie los leía. El Alemán y yo, un poco. Bueno, con el tiempo las cosas que me gustaban de él las encontré en autores más... potables, pero el Ausente me quedó en la mochila, él y sus chispazos de furia, su... no sé, doctrinarismo volcánico.

Su cabeza política admirable, su nacionalismo sin tacha de la unidad de destino en lo universal, su radicalidad social que no encajaba bien en la carcasa conservadora, por no decir reaccionaria, de la que no podía escapar.

Dardo hizo una pausa. La Negra no había leído nada del Ausente, y miró a Antonio, que sí lo había leído, con reproche en sus ojos oscuros, por no sugerírselo antes de la excursión. Negligencia imperdonable.

—Pero bueno —retomó Dardo—, José Antonio decía, como les recordé ya, y había que agarrarse fuerte, que hay solamente dos modos serios de estar en el mundo: el modo religioso y el modo militar. Así como lo oís, Negra. Y yo la verdad es que no podía distanciarme del todo de esta forma de ver las cosas. Sin piedad, me puedo interpretar a mí mismo, puedo pensar mi vida, también se los dije, como una conjugación posible de lo religioso y lo militar, esos dos modos serios de estar en el mundo. La conjugación posible en la Argentina de los sesenta y setenta, la Argentina del antiperonismo y el peronismo, de la revancha social gorila y la contraofensiva popular, de la reacción nacionalista y la tremenda modernización cultural, del ascenso social y de la contestación social, de la integración y de la revolución. Pero claro, en la clave del peronismo ortodoxo, esta postulación tiene lo mínimo dos o tres problemas, seguro ustedes no los desconocen. Primero, la cuestión de la identidad obrera, la centralidad del trabajador. A su modo, José Antonio llegaba muy lejos en la cuestión social pero se quedaba muy corto en lo que se refiere al terreno de la identidad política y social de los trabajadores, es casi nada si lo comparamos con la concepción peronista. Segundo, la idea peronista del orden justo no estaba basada clara y expresamente en los pilares tradicionales de la Iglesia y el Ejército. Nación católica sí, claro, pero en todo caso esa es la parte conservadora del peronismo imaginado por Perón; nación católica teníamos desde antes, ya se había inventado cuando Perón ni siquiera era coronel. Lo nuevo viene por otro lado, por el lugar de lo social conferido en ese orden, un lugar que de ningún modo habría estado dispuesta a conceder la Iglesia. Como sea, la justicia social peronista es amor y paz, jaja, es mucho menos el orden vertical soñado por la Falange, un orden vertical que no puede imaginarse sino sumamente coercitivo. El orden corporativo peronista es fundamental en la arquitectura imaginada del régimen, en la que prevalece el mundo del trabajo, el de la producción, no los pilares católicos y militares de Primo de Rivera.

Por primera vez Dardo se refería al joven fusilado en 1936 por el apellido. Podría estar hablando, pensó Antonio con malicia, de su padre, el general

Miguel, dictador de España.

–Y es paradójico –continuó Dardo–, porque la retórica anticapitalista es cuando menos tan intensa en Falange como en el peronismo ortodoxo. José Antonio tiene el convencimiento de que el capitalismo –especialmente como organización económica al servicio del capital financiero– debe ser superado. Claro, diez años después, finalizada la Guerra, esto de la superación del capitalismo va a ser más espinoso para Perón. Y las propuestas de reforma de la Falange, sobre todo la reforma agraria, eran virulentas. José Antonio identificaba profundamente la injusticia social y la veía, plausiblemente, como una amenaza a la nacionalidad y a la cohesión españolas. Pero al mismo tiempo confiaba –aunque sus páginas exudan escepticismo– en las propias élites sociales, militares y religiosas, y aborrecía la rebeldía plebeya y antinacional, porque, claro, el tema se cruza, terrible, arrasador, trágico, con la cuestión de las autonomías y la pesadilla del despedazamiento de España. Así, la propuesta de la Falange quedó patinando en el aire, algo muy diferente al éxito peronista en el mundo de los trabajadores.

La Negra se dejaba llevar por las improvisaciones de Dardo con menos reservas que Antonio. Ni ellos ni Ignacio ignoraban que la reflexión sobre los temas discutidos conllevaba una trayectoria circular, que cuando parecía terminar siempre recomenzaba. Ignacio pensó, repentinamente, que Homero había sufrido bastante al cerrar su poema interrumpiendo con una llegada la forma de regreso constante, e interminable, de la Odisea. En cuanto a Antonio, era politólogo, pero no tonto y –el diablo sabe más por viejo que por demonio– ya había abandonado, a sus cuarenta, la jactancia típica del joven profesional brillante. Le gustaba recordar, al sentirse impaciente, aquellos versos de Serrat: de atardeceres y de soledades, de andar y andar, buscando verdades, para encontrar siempre otra pregunta, ir y venir y no llegar nunca. Mientras tanto, por uno de los senderos que conducían al Palacio de Cristal, un grupo de aposentados eternos del mundo celeste se desplazaba sin prisa.

–Dicho de otro modo –Dardo se había puesto profesoral–, la Falange propugnaba en materia obrera una poderosa inclusión, una incorporación enérgica que la distanciaba de un movimiento reaccionario. Se trataba sí de una integración vertical, de cuño autoritario. En esto, los sueños de José Antonio y los del coronel Perón no eran muy distintos. Pero la identidad obrera no había cristalizado; el modo de ser trabajador no era, como el modo de ser religioso, o el militar, un modo serio de vivir, y eso lo dice todo. El Ausente se quedó en el

vano de la puerta. Con el beneficio que dan cuarenta años de lecturas en las bibliotecas divinas, percibo que José Antonio era coherente, coherentemente fascista si quieren, y nuestro coronel procuraba la cuadratura del círculo. ¿Disciplina social vertical con identidad obrera? No cierra, mis amigos. En todo caso, este anhelo, que sobrevolaba la cabeza del coronel, estaba presente en su concepción de comunidad organizada. No creo que a José Antonio le hubiera resultado indigerible esa concepción, o el infumable texto homónimo. Porque en ambos casos los intereses y los propios actores sociales son configurados de arriba abajo por una autoridad suprema, en virtud de verdades eternas. Pero, paso un aviso nomás, en esta fisura profunda entre la disciplina social vertical y la identidad obrera, en esta sajadura que tuvo lugar entre 1943 y 1946, y que no pudo jamás ser suturada, reside el drama del peronismo plebeyo.

La Negra y Antonio advirtieron que los transeúntes se disponían a entrar al palacio. Ignacio y Dardo no les prestaron la menor atención.

–Además, la idea de España en el mundo que tenía José Antonio era semejante pero también muy diferente a la de Perón para la Argentina. Era semejante porque se trataba en ambos casos de un activismo extraordinariamente intenso en el concierto internacional. Pero en José Antonio, este activismo no podía sino ser agresivo, porque aquella unidad de destino en lo universal remitía en su concepción a una grandeza imperial pasada, que España debía tener como misión devolver a la vida. Y esa misión española suponía necesariamente la guerra. La guerra era más que un mal necesario, era una necesidad de los hombres y de las naciones que era insensato buscar eludir. No se realizaba ese modo militar de vivir, uno de los únicos verdaderamente dignos, sin la guerra. Lo que me recuerda otra vez a un tipo que yo entonces ni conocía, Carl Schmitt, pero el de Hamlet o Hécuba: la seriedad de la vida debe consistir esencialmente en la exposición a una amenaza de muerte violenta y es necesario que la especificidad de la tragedia no se pierda y la seriedad de lo auténticamente trágico no desaparezca. Pero bueno, frenemos; el activismo internacional peronista fue muy extenso, y tenía por pivote el otorgamiento al propio peronismo de un lugar central y rector en el pensamiento y la acción de los pueblos. Pero no era agresivo ni belicista. Apenas era molesto. Se llevaba todo por delante, a veces de un modo lindante con lo agresivo, como en el caso de Uruguay, nada menos, pero no era belicista y se basaba en la convicción de que, aunque los gobiernos se indignaran, los pueblos estaban chochos con el expansionismo doctrinal peronista.

A los chicos no les incomodaba esta exposición un tanto magistral, aunque no columbraran su objetivo. Dardo recuperó el hilo como recordando algo que había estado a punto de omitir.

—Y hay una diferencia que grita por sí misma. El peronismo no rompe con el sistema representativo. Lo maltrata, lo amenaza, lo atropella, amaña sus reglas de juego, pretende moldearlo a su imagen y semejanza, pero no rompe con él. Esto está expresado entre otras cosas en la Constitución de 1949 y, si se quiere, más aún en la indignación manifiesta contra esa parte recalcitrante, que se resistía a entender que ser argentino y ser peronista eran la misma cosa; se resistían, lo sentían así los muy idiotas, y así votaban. Pero lo más importante es que el peronismo sobre todo no rompe con el fenómeno político electoral como campo privilegiado de expresión de la voluntad del pueblo. Lo que retiene, es imposible negarlo, la savia proveniente de la antigua raíz liberal de nuestro siglo XIX; el peronismo institucional y práctico no reniega de esto. Pero, al mismo tiempo, ese sujetarse al fenómeno político electoral como campo privilegiado de la voluntad popular es algo que tiene poco y nada de representativo. Lo representativo es sustituido por lo plebiscitario, las elecciones constituyen la confirmación, la ratificación, de una voluntad política constituida en la relación líder-masas. Por supuesto, el carisma, la providencialidad, aquello en lo que, en última instancia, reside el poder, no se forma en las urnas; pero encuentra en ellas una corroboración necesaria. Este no es el caso de la concepción política de la Falange Española, para la cual las elecciones no pueden jugar ningún papel. Ni en su dimensión liberal, obviamente, ni en la representativa, ya que los elegidos no harán más que reproducir la mediocridad de los electores, ni tampoco en su dimensión plebiscitaria, porque su autoridad política no dimana de las elecciones de masas, sino de la organización vertical capaz de encuadrarlas, a partir del reconocimiento y la identificación del hombre superior. En Carlyle, escritor mediocre si los hay, pero que tiene el mérito de ser uno de los primeros en destacar el papel de los hombres extraordinarios, hay una relación íntima, raigal, entre Dios y el héroe. El hombre grande, con su libre fuerza y guiado por el Supremo Ser, es el rayo verdadero; su voz es palabra redentora en la que pueden creer todos. El vínculo de los hombres con los héroes es un culto, no una elección, faltaba más; Carlyle no se ocupa del modo en que se produce la consagración humana porque le parece obvio: anida en el corazón del hombre cierta peculiar e innata reverencia hacia los grandes hombres. Sin salir de su medianía, consigue adelantarse intuitivamente a Max Weber aunque este, claro está, elaborará un concepto de carisma muy diferente, basado en el reconocimiento que otorgan los seguidores, no en cualidades innatas del hombre

providencial, superior. Si los oyentes me lo autorizan, paso otro avisito: así entiende las cosas, se supone, el peronismo plebeyo, mucho más a lo Weber que a lo Carlyle, bien más a lo Weber que a lo Perón. Todo esto, digo de paso, subrayó Dardo, más didáctico que nunca, hace que la fuerza juegue un papel diferente, hasta superior a la persuasión, en el caso del falangismo.

Los silenciosos alumnos permanecieron mudos, sabiendo que no estaban todas las cartas sobre la mesa. Una luz tenue se colaba por los cristales del palacio acompañando las reflexiones un tanto melancólicas de Cabo. El grupo de residentes celestes entraba ya al recinto, y se dirigía con natural lentitud hacia ellos. Antonio se percató de que todos portaban instrumentos musicales. Era pues una orquesta ambulante; reconoció una cítara, una lira y una siringa; unos finos instrumentos de viento le eran ignotos. Dardo persistía en su indiferencia.

—No precisamos acompañar tan lejos a José Antonio para entender que el peronismo nunca podría tomar de la Falange nociones militares. Claro, estamos contrastando una ideología políticamente fugaz con una realidad política pluridimensional, pero la comparación es válida. La Falange Española creía en el ejército español y el peronismo nunca pudo creer en el ejército argentino; este fue su padre, pero un padre incapaz de ganarse la confianza de su hijo. Los diez años del régimen peronista fueron un juego de simulación. Las dos partes aparentaron identificación y confianza mutua. Ambas sabían lo precario de estas manifestaciones. Y después del 55 el peronismo ya no podía hacerse la menor ilusión con el ejército argentino. En verdad la política de la ortodoxia, la de Perón, para con los militares, es una no política. Perón no sabe a qué atenerse, sigue siendo el hombre de orden y de armas nacionales de siempre, pero comprende que los militares han vendido el alma al diablo, están colonizados, nada bueno puede esperarse de ellos. Y aquí hace su reentrada, permitanme, José Antonio, y el modo militar de vivir la vida. Porque si el ejército está corrompido no hay más que reemplazarlo. Y, es obvio, eso supone un ejercicio prolongado y amplio de la violencia. Y vuelvo al principio: ¿cuál es el problema con esta violencia? ¿Cómo podría ser descalificada la convicción de que el modo militar de vivir hay que tomárselo en serio y que, en nuestro caso, eso suponía retomar desde la raíz el espíritu sanmartiniano, sustituir un ejército por otro?

—Guerra civil... masacres prolongadas... desenlace incierto —dijo Antonio. Pero los músicos ambulantes estaban ya ante ellos y era inminente su entrada en escena.

–Perón era un hombre de orden, y no solamente porque fuera militar, qué va ser. Aunque también por esto. No solamente a los militares se les ocurre poder organizar la sociedad de arriba abajo, establecer el orden justo. A mí también. El poder era un instrumento para el general, no un fin en sí mismo. El peronismo de las últimas décadas está lleno de políticos; para muchos de los más destacados, el poder es un fin en sí mismo, algo que encuentro particularmente penoso. Yo soy un revolucionario como era Perón. Lamento no ser un rebelde, lo lamento un poco pero muy de veras, mi madera es otra. Pero no lamenté jamás no ser un político. Y la guerra no es la continuación de la política por otros medios, no me alejo del prusiano, sino de quienes lo banalizaron. Al final vuelvo a José Antonio en esto. Hay identidad entre política y guerra y no hay otro modo de entender las cosas. Y esto, se los juro, no lo aprendí de Schmitt, demasiado abstruso.

La placidez expresada en los rostros de los musicales visitantes no hacía mella en su determinación, porque una vez ubicados frente a los contertulios, tomaron las debidas posiciones y acometieron con un tango. Antonio lo reconoció muy pronto: se trataba de Recuerdos de bohemia, uno de esos clásicos que no se bailan, y que solo los tangueros conocen. Antonio, buen aficionado, sospechó no sin recatada jactancia que los divinos parroquianos se atenían al arreglo modernista de Argentino Galván, preparado para la orquesta de Troilo. Empleando instrumentos tan distintos, el efecto era extraño. Los músicos del Hades habían escogido bien. La ejecución no estaba dedicada ni a la Negra ni a él, flamantes cuarentones que no habían tomado parte de aquella bohemia levemente sangrienta y no sentían la menor nostalgia por ella.

–Prefiero cuando cantan Lili Marleen –dijo Dardo–. Pero no son fáciles de convencer.

–¿Lili Marleen? –interrogó Antonio perplejo.

–Sí, la cantan bastante bien, cuando consigo persuadirlos. Sí, claro, ¿conocés alguna canción que combine mejor la marcialidad y el erotismo? No sé si es la melodía, solamente, o también la letra. O el encanto de su intérprete clásico, Dietrich. “Y si me pasara algo, ¿quién se juntaría a la luz de la farola contigo, Lili?”. ¿En qué soñaban los soldados cuando la cantaban marchando? ¿Peligrosa, no? Los oficiales yanquis improvisaron una traducción al inglés porque los soldados la cantaban en alemán. Yuxtaponer la marcialidad y el erotismo puede llevarnos al sometimiento, a la sumisión, a... no sé qué. Y sin embargo no. La cosa se queda ahí. Se detiene ahí. En la emoción marcial y erótica que ha

suscitado en nosotros. No vamos a ser más feroces a la hora de matarnos por eso, o más sensuales de lo que seríamos o somos, por el hecho de haberla cantado.

Dardo había dejado en los chicos más dudas que convencimientos. La conversación fue retomada al retirarse los músicos.

–En lo que se refiere al modo religioso de vivir, ¿hay algo más claro, más potente, que la teología de la liberación? Despojándola de algunos detalles insignificantes, de nimiedades y modismos, podría ser reconocida perfectamente por los falangistas españoles, aunque más no fuera como una hermana relapsa; relapsa de puro empecinada. El reino de este mundo, instaurar un orden justo en este mundo. Es una lástima que abajo esas cosas ya no se cultiven. ¿Il’Nuevo Ordine de Mussolini? ¡También de Antonio Gramsci, qué joder! José Antonio habría entendido demasiado bien a García Elorrio, aunque no estoy seguro de que este hubiera entendido a aquel. Mi diferencia era una: que yo no podía encontrar la expresión de la síntesis de esos dos modos de vivir como no fuera en el mundo del peronismo, mi único mundo posible, mi único orden. Y conceptualmente está bien, esos dos mundos pueden vivir independientemente, pero no pueden conjugarse fuera del mundo de la política. Su conjugación en la pluma exclusivamente no pasó nunca de una apariencia. Y la política era y es el peronismo. Y la militancia. Pero primero tendríamos que hablar de la Constitución de 1949 algo más. ¿No cae por su propio peso?

Septiembre de 1974. Dirección de Noticias, en el barrio de San Telmo. En medio de papeles de todo tipo, de momento desentendidos de los fantasmas que acosaban al periódico, Cabo y Bonasso discuten muy relajados.

–Pero no, Dardo, no. No es un gorila. O sí, es un gorila... pero ¡un gorila del campo popular! –Miguel, a las risas, procuraba finalizar la discusión–. ¿Me entendés? ¿Oíste hablar de Lebensohn, del Programa de Avellaneda? No tenían nada de alvearismo. Alfonsín era un pendejo cuando se fundó el MIR, pero ya estaba allí.

–Sí, y Balbín también. No te hagás el pelotudo. Gorila del campo popular. Pero haceme el favor. Y vos sos un peronista en frecuencia modulada.

Para el almuerzo en la Taberna Baska, días antes, Miguel se había preparado. De su escritorio sacó un libro de Del Mazo, marcado.

–Mirá lo que dice Crisólogo Larralde en aquellos días de octubre: “Asistimos a la condenación de las manifestaciones populares del 17 y 18 de Octubre; diarios, gremios, instituciones y partidos se empeñan en demostrar que los manifestantes no fueron el pueblo ni los obreros auténticos. Este ciudadano... declara que en esa multitud que desfiló encontró gente del pueblo. El autor de este artículo se encontró a sí mismo en los niños de zapatillas rotas y mal vestidos; en muchos casos o en todos los que fueron tildados de descamisados”.

–¿No te digo que transmitís en frecuencia modulada?

* * *

–No, flaco –dijo Dardo enfático–, nuestra violencia no era puramente instrumental, era generadora. Lo entendí en Fanon, en Sartre, antes de venir aquí. Tenía productividad política, expresión de moda. La violencia era, como la militancia para los cínicos, realización en sí del hombre nuevo, de la vida nueva. Era instrumental si asaltabas un cuartel para conseguir armas... o para dar a conocer un grupo armado... Pero por encima de eso estaba el advenimiento de lo nuevo, que para mí no era otra cosa que el regreso a una edad dorada, que muchos de los cumpas no habían conocido o habían execrado. La violencia era eso sobre todo. Y muchas experiencias históricas nos respaldaban. Creíamos que la violencia podía catalizar, mostrar que un futuro era posible, pero haciéndolo presente. Por caso, no se trataba de una justicia instrumental, se trataba de hacer justicia. Aramburu ejecutado no era, obviamente, la aplicación de un derecho positivo, era en sí mismo la realización de una sociedad más justa. Puede ser visto como un acto de venganza y no sería esa una percepción desencaminada; pero... a ver... no se trataba de nada personal. Lo nuevo, o lo pasado que era indispensable restaurar, era instituido mediante un acto de venganza, pero lo importante no era la muerte de Aramburu en sí misma. Y de hecho, entre 1969 y 1974, fue así, desde Aramburu hasta la muerte del Viejo fue lo que sucedió con nosotros. Lejos de ahuyentar, amedrentar, como el terrorismo, como la violencia ciega, habíamos conseguido implantar la violencia en las masas.

–Pero... ¿en las masas?

–Esperá un cachito. Lo que pasa es que esto no se entiende y la culpa fue nuestra, montonera. Cuando el necio de Firmenich decía que “el poder nace de la boca del fusil”, estaba expresando una concepción diferente, burda, de la violencia instrumental. Una concepción muy próxima a Mao. Hay poca distancia entre la violencia instrumental y el militarismo. ¡Pero es tan importante! El militarismo pone patas para arriba la relación entre política y violencia. La política comienza así a pensar por las armas, a través de las armas. Ahora, es doloroso saber que se trata de un mal que persigue como la sombra al cuerpo a cualquier fuerza “irregular”, porque la ponderación de los que tienen las armas, en materia decisoria, tiende a ser excesiva, y más aún cuando esa fuerza irregular tiene un origen violento. Así nacen como hongos tipos que creen que la violencia lo puede todo, y son doblemente ingenuos, doblemente estúpidos, porque creen que la violencia que es omnipotente es la propia. Recuerdo un diálogo, insignificante, un ejemplo. Un militante que era ayudante mío en la época en que dirigí El Descamisado me dijo que en una reunión escuchó decir: “Nada, absolutamente nada, puede parar a un grupo de veinticinco cuadros de combate decididos y disparando sus FAL”. Él mantuvo la boca cerrada, pero pensó que eso podría ser cierto solo gracias al efecto sorpresa; y nada hay más incierto que el efecto sorpresa. En aquellos tiempos, en un hipotético plano militar el efecto sorpresa sería muy dudoso, porque las organizaciones estaban todas infiltradas. En suma, que lo que quedaba eran esas palabras insensatas: veinticinco cuadros tirando lo pueden todo. Hace un rato sostuve la identidad entre política y guerra. Sé que esa afirmación los subleva; y quizás identidad no sea la palabra adecuada. Porque la política y la guerra son hermanas inseparables; y aunque se necesitan una a la otra, cada una tiene su propia entidad. El poder no nace del fusil, y el fusil es inerte sin lo político. Y es tremendamente dañino si está utilizado en el marco de una concepción política equivocada. No por derecha o izquierda, sino por el modo en que se relacionan el fusil y la cabeza política. Mucho de lo de entonces era farsesco; pero, por ejemplo, lo del ERP en el caso de Sallustro fue trágico. ¿Se acuerdan?, en marzo del 72 los erpios lo secuestran y exigen a cambio de su liberación la libertad de todos los presos políticos, el mejoramiento de las condiciones laborales en las empresas de FIAT, la reincorporación de los cesanteados, la derogación de las leyes represivas y el pago de un rescate de un millón de dólares. Eso sí que era militarismo, como concepción política. Porque, por un lado, estaban procediendo con una omnipotencia demencial, poniéndole un precio exorbitante a tu violencia. Pero por otro subestimaban la fuerza del enemigo. Ellos creían que en un régimen capitalista las empresas mandan y los Estados obedecen, lo que puede tener algo de cierto pero no del modo delirante que expresan estas demandas. Creían que la presión de la empresa iba a hacer

que los milicos hocicaran. Obviamente no fue así, la empresa presionó, vino Peccei, pero la dictadura no cedió. “Sánchez, Sallustro, al pueblo le da gusto”. ¿Qué conclusiones pudieron sacar los milicos de todo esto?

–Te entendemos, Dardo –terció la Negra–. Pero tenemos la impresión de que entre los sesenta y los setenta pasó algo, y la ola de la violencia más crudamente instrumental arrasó tus ilusiones, y las de muchos. Antonio tiene una hipótesis sobre las mutaciones de la violencia de esos años.

Dardo miró con sorna a Antonio.

–Bueno, Antonio, animate, ¿qué esperás?

–Ok, te la anticipo. Con el Operativo Cóndor, vos fuiste el que llegó más lejos en la estetización de la violencia que fue la marca de los sesenta...

–¿Qué violencia? –Dardo se hizo el boludo.

–Secuestrar un avión a punta de pistola, ponérsela en la cabeza al piloto, disponer de un montón de pasajeros ajenos a tus planes, exponerlos al riesgo físico y emocional, forzar un aterrizaje temerario, irrumpir en la vida de los isleños, concederle margen de acción a un sicópata, tomar rehenes, vamos Cóndor. Pero lo que digo es que fue, para mí, el punto culminante del tipo de violencia más expresivo de los sesenta.

–Vos eras politólogo, ¿no? –zafó Dardo–. Podrías hablar más claro. Traducilo, Negra, a qué diablos se refiere.

Pero Antonio se interpuso, rápidamente; la cosa era con él; tenía amor propio.

–Dardo, estoy precisando escuchar de nuevo a ese grupo de celestiales trovadores. Siento curiosidad por saber con qué tango nos regalarían esta vez. Pero te adelanto: mi hipótesis es que la violencia de los sesenta fue muy diferente de lo que siguió. Estuvo marcada centralmente por una dimensión estética. No era puramente propagandística, aunque ese componente fuera importante, y no era instrumental. Todo esto colocaba a la violencia, todavía, en el terreno de la política. Y la ejecución de Aramburu fue la bisagra, el canto del cisne de la violencia estética y el nacimiento de una nueva forma, que fusiona política y violencia. Hay, creo, algún vínculo entre todo esto y lo que en otros tiempos se ha dado en denominar culto a la muerte.

–¿Culto a la muerte? –se indignó Dardo–. Pero, ¿qué querías? En esos años, morir y matar era lo único que teníamos.

–Justamente. Pero no exageres...

–¡Nos mataban como moscas!

–Sí, pero hablo de otra cosa. El culto a la muerte quizás no sea el “¡Viva la muerte!” de ese reverendo cabrón que creyó amedrentar a Unamuno. Es algo más terrible aunque menos siniestro, menos sórdido: estamos dispuestos a dar, a sacrificar, lo más hermoso que podemos dar, nuestras vidas. Algo bastante narcisista. Es la quintaesencia de la militancia como filosofía cínica; hacer de la vida muerte. Esa fue la letra que le habían puesto a Evita, cuando ustedes tenían apenas 10, 11 años.

Dardo pareció admitir, a regañadientes, el argumento de Antonio.

–Creo que importan dos cosas. Una es el contexto. La guerra, la violencia insurreccional. Son dos cosas diferentes. Pero también las guerras son diferentes. Una guerra defensiva... una guerra de liberación... San Martín organizó un ejército, ¿para qué? Los prusianos en 1871, frente a los franceses, transformaron una guerra defensiva en una guerra de conquista... Alsacia y Lorena... Pero todo eso... vamos, los Estados son los principales organizadores de la violencia... legítima. Y la violencia legítima estatal, ¿está sujeta al “no matarás” que defiende asertivamente Del Barco? No lo diría... ¿Mc Namara no reconoció crímenes de guerra que en las mismas circunstancias habría vuelto a cometer? ¿Los generales rusos que en 1812 quemaron aldeas como política de tierra arrasada qué? ¿El Estado sí pero los partisanos no? ¿El Cordobazo fue un crimen, por el hecho de ser extra y contraestatal? ¿Y otra vez, cortarle la cabeza a Luis XVI lo fue? Y ahí estoy con Oscar del Barco: no me cabe duda de que matar a esos chicos fue un crimen, un crimen de irresponsabilidad. Me pregunto, uno es responsable de la violencia en la que ha incurrido, ¿ante quién? Hay diferentes respuestas. Ante uno mismo, ante otros, ante una imagen, ante la ley. Porque la ideología después de todo no es más que una imagen. Pero, ¿de qué responsabilidad se trata? Veo dos aspectos: de la violencia en sí y de sus consecuencias. Son dimensiones diferentes. De cualquier modo, ¿en este campo se aplica lo de “el fin no justifica los medios”? No estoy nada seguro. Pongamos un ejemplo de violencia estatal. El Estado de Israel cuelga a Eichmann. ¿Cuál es, para Arendt, la justificación? Porque para ella la hay, no existe la menor duda. Y

no es una justificación legal, tampoco queda la menor duda. Es: “has cometido un crimen nuevo, has querido excluirmos del mundo”. Y no contamos con una ley para eso. Pero, igual, el Mal Absoluto, el Mal Extraordinario, requiere una respuesta que nunca puede estar a su altura pero que inevitablemente es violenta: “por eso debes ser colgado”. Y como explica la propia Arendt, eso sucede también con el Bien Absoluto. El marinero de Melville es colgado. El Estado puede ejercer la violencia a diestra y siniestra, no me jodan; frente al mal absoluto y el bien absoluto. “Instituciones perdurables”; perdurables porque cristalizan la violencia.

–El otro tema es –Antonio recuperó la palabra– qué es violencia y qué no... hay un ejercicio social de la violencia y una respuesta violenta que puede parar o no. Puede detenerse o no. Digamos: una cosa es el Cordobazo, otra matar a Aramburu, y otra organizar la guerra. No esperarás, Dardo, que acepte esa cuasi identidad que establecés entre política y guerra. Pero claro, si la finalidad es la revolución, la política da paso a la guerra. A la guerra civil y a la guerra interestatal, no necesariamente en ese orden. Pero si somos revolucionarios hemos de ser violentos. Quien quiere el fin quiere los medios, ¡otra vez! La clave es que esto es engañoso. Porque los medios cargan con sus propios fines. Se consume el pacto con el diablo. Por eso yo –insiste Antonio– no puedo ser revolucionario. Porque la revolución no perdona: exige la concentración del poder y el uso de la violencia en un grado extremo. Así, la revolución resulta un fin ilusorio, porque los principales valores por ella proclamados se incineran en su propia hoguera. Pero los verdaderos fines están a la vista, y están dados por los medios. Pertenece a una generación a la que esto no le importó, o quizás no estaba en condiciones... socioculturales de percibirlo, comprenderlo. No pienso en rasgarme las vestiduras. Pero esa palabra, qué engañosa: revolución. El registro histórico del siglo XX desde Cuba, Argelia, quizás las últimas guerras anticoloniales, es horroroso. ¿No te parece, Dardo? La revolución no es otra cosa que la pretensión de instaurar el Bien Absoluto. Y para instaurarlo se necesita estructurar el deseo, hacer esa cirugía en el corazón del hombre. El hombre nuevo otra vez por aquí; conocemos su rostro.

–Soy un revolucionario –retrucó Dardo– y me hago cargo. Me pregunto qué harías vos si el Mal Absoluto estuviera corporizado en el Estado, y vos tenés, qué sé yo, tres miguelitos y una gomera.

–¿Matarías a Aramburu?

–¡Mataría a Aramburu! No se trata solamente de hacer justicia donde no la hay, y por tanto hacerla por mano propia, y hacerla, ya sé, en nombre... Se trata... el peronismo pasó de la derrota a la contraofensiva con Aramburu. Chocolate por la noticia.

–Primero algunos lo habían liquidado a Vandor. No te hagas el distraído. Pero, en tren de cortar con la violencia social, la cotidiana violencia de la opresión, que sí, existe, si se elige el camino revolucionario, más allá de la ética de la acción, ¿cuáles son las consecuencias inherentes a ese camino? Más y más violencia y, por fin, una estabilización catastrófica, la del despotismo. Porque en eso las revoluciones triunfantes son muy siniestramente eficaces. Vos eso lo sabés bien.

–Andá a explicar eso a...

–No, Lito, yo no quiero explicar nada. Menos a vos. Lo que estalla, estalla. Es en cambio una decisión de articulación política de largo plazo, en términos de violencia organizada, “guerra popular prolongada”, lo que es grave y criminal. “Guerra popular prolongada” es el nombre último de la revolución. La revolución y la lucha por el Bien Absoluto desembocan allí. Y había motivos. Una fecha: 25 de mayo de 1973. Righi tenía toda la razón en procurar que la libertad de los prisioneros se produjera como el primer acto legal del gobierno del pueblo... pero no, no quisieron entrar en esa. Había que arrancarlos por la fuerza, liberarlos del régimen por la fuerza popular. Vamos. Sí, yo ya sé, se trataba de un juego infernal, había que anticiparse a otros, a los erpios, por ejemplo. La bandera de la liberación épica no podía quedar en otras manos. Pero lo que quiero decir es que la lógica de hierro de este juego infernal viene llave en mano, aceptás la guerra, aceptás esto, es imposible cooperar, necesitás que el gobierno salga en la foto inicial como régimen al que se le arrancan los prisioneros. La verdad es que este episodio por lo menos a mí, que nací en 1977, sabés qué día, me aburre mucho.

–Bueno, probablemente el aburrimiento sea menos fulero que el dolor, no te quejes. Pero no, Antonio, es un simplismo inadmisibles creer que toda violencia política organizada desemboque en el terror.

–Sí, Dardo, pero “ustedes” –Antonio hizo las comillas de rigor levantando ambos brazos– querían fusilar a quinientas mil personas.

–Antonio –Dardo estaba perdiendo la paciencia–, ¿quiénes están dentro de tus comillas?

–Aquellos que se plantaron de un modo diferente fueron pocos, pero no faltaron. No estoy seguro, por ejemplo, de que cuando el padre Mugica dijo que se había separado de los Montoneros porque estaba dispuesto a que lo mataran pero no a matar, lo hiciera solamente desde una ética de la convicción, o también actuara desde una ética de la responsabilidad. Creo esto último. Tenía una cabeza política, aunque estuviera del tomate, creyera en el hombre nuevo, fuera un cura del Tercer Mundo y peronista –la Negra observó con sorpresa a Antonio, tan provocativo–. Así y todo, Mugica era capaz de pensar lo político.

–Muy bien –dijo un Dardo inusitadamente apacible–. ¿Por qué creo poder entender a Mugica sin dejar de comprenderme a mí mismo? ¿Aunque precise ajustar mis propias cuentas por toda la eternidad?

* * *

–Nadie dio la orden. Comenzaron a irse por su cuenta, y pronto fue una manada. Muchos creyeron que había una orden. Como en la manada, siguieron sin pensar a los que hicieron punta. ¿Perón se lo esperaba? Creo que era lo último que podía esperar. Se ha relatado infinitas veces este episodio, de modo tan banal... nadie habla de esto. ¿Nos echó, Perón? Ni nos echó ni esperaba que nos fuésemos solitos. ¿Incurrir en semejante osadía? Ahora se la ridiculiza, se la denigra, se la considera una entrada de la enciclopedia universal del absurdo, y se puede entender. E pur. ¿Y luego, Perón se arrepintió? Hay testimonios confusos sobre el momento en que deja el balcón y vuelve a entrar al salón de la Rosada. Un paternalismo sin medida. Sí, yo había dicho eso de que Cámpora era el tío porque era el hermano del Viejo. Tenía malevolencia, aunque en el momento no me diera cuenta, porque ¿habría tolerado a alguien como hermano político, Perón? Pero no era para tomárselo muy en serio. Pero ¿Perón, Padre? ¿Para quién? ¿Padre de quién? Qué pavada. Pero hablemos de política, esas son pelotudeces.

–Dardo –dijo la Negra muerta de risa– ¿podés ser un poco más coherente? Si no

este libro no lo va a publicar nadie.

–Negra, a mí qué me importa lo que hagan las editoriales allá abajo. De todos modos, si podés esperar... Freud tiene una joyita, que he encontrado aquí en la biblioteca celeste, sobre el Moisés de Miguel Ángel. No se trata de padre, se trata de líder, es sugerente que sea Freud el que hable de política, ¿no? El que haya hecho un análisis tan impecablemente político de una escultura renacentista sobre una figura bíblica. Brevemente: según Freud, Moisés acaba de descender del monte Sinaí con las Tablas de la Ley y lo indigna tanto el estado de degradación moral en que ve a su pueblo, que la ira lo inunda y es dominado por un impulso avasallador de arrojarles literalmente por la cabeza las tablas a esos sinvergüenzas. La escultura, para Freud, fija el instante en que Moisés está por arrojar las tablas, que se partirían en mil pedazos, lo que, sin dudas, equivaldría a la imposibilidad del acatamiento, de la obediencia a la ley superior, y a dejar a su pueblo en la abyección en que está sumido. Está a punto, pero no lo hace. Moisés se contiene a sí mismo en ese instante. No es que intervenga Dios, como en el caso de Abraham, cuando la faca es detenida por voluntad divina. No, no, es Moisés quien se muestra capaz de dominar su impulso. Y lo que dice Freud es que en eso, precisamente en eso, consiste la pasta de los grandes líderes. Es esa: ser capaces de sofrenar sus impulsos de mandar a la mismísima mierda a sus seguidores. Bueno, para mí ese día Perón se cabreó, metió la pata. Podría haber hablado del gobierno de la ley, del Estado justicialista, qué sé yo, de que para un argentino... Si fue un exabrupto, se entiende, Perón estaba viejo y desbordado por los acontecimientos. No nos protegió; sobre todo no nos protegió de nosotros mismos. Es grave, no me jodan. Él sacó los pies del plato, de su propio plato. Y después, esto sí que no es un rumor, precisó justificarse, sobre todo ante sí mismo. Entonces desempolvó la metáfora tramposa del padre: es como cuando un padre enojado reta a sus hijos, dijo Oscar Alende que le dijo, otros dicen. A diferencia de Moisés, el Viejo nos arrojó las tablas de la ley por la cabeza. Y se rompieron.

–Pero uno no puede desentenderse de las consecuencias de sus actos. Aunque no las haya previsto, aunque actuara bajo la convicción de que serían otras. Las cuestiones éticas comienzan antes. Un examen sobre los medios, sobre los fines, sobre lo que esto supone en relación con los medios. Y sobre lo que podemos o no prever sobre las posibles consecuencias –reflexionó Antonio.

–¡Ja! Vos te creés que pensábamos así. Que podíamos pensar así. ¿Allá abajo, en el presente de ustedes, alguien piensa así?

–Si lo asegurara te mentiría Dardo.

–Me parece –terció la Negra– que el problema principal no es la violencia. El problema es pensar o identificar la política como guerra. El problema no es emplear la violencia, porque no es posible prescindir de ella. El problema es fundir la política con la violencia. Mirá, le escuchamos decir a Dante Gullo: “una cosa es clandestinizar a un compañero, y otra cosa es clandestinizar la política”. El comentario era parte de lo que él llamaba autocrítica de los setenta. Bueno, nosotros no esperábamos ni mamados de él una “autocrítica”, vaya palabreja, y menos la esperamos de vos. Pero el comentario, en los labios del Canca, de los que escuchamos también decir que en ese entonces la violencia salía con fritas, es muy sugerente. No es nada banal. Y la revolución, concebida no como un estallido insurreccional, sino como un ejercicio de vasto alcance de medios y recursos de todo tipo, humanos y materiales, identifica la política con la guerra, clandestiniza la política. Esa frase que se atribuye a Clausewitz es nefasta, al menos como se la entendió entre nosotros. Clausewitz pensaba en un mundo de diplomacia y guerra entre Estados. Nada que ver. Política es política y guerra es guerra, y Clausewitz ciertamente subordina la guerra a la política, lejos de identificarla con ella. La violencia puede estar presente, aunque no sea de por sí deseable. Lo grave es borrar las diferencias entre política y violencia. ¿Schmitt lo hace? No, pero se aproxima mucho. Matar a Aramburu es una cosa, y organizar miles de militantes y combatientes para la “guerra popular prolongada” es otra. Matar a Aramburu convierte a sus ejecutores en responsables de la muerte de un ser humano, pero la responsabilidad política y ética de organizar para la guerra es infinitamente mayor, hay una diferencia cualitativa.

–No recuerdo con certeza –dijo Dardo melancólico–, pero creo que fue Henry Miller el que dijo que nadie puede cargar el mundo sobre sus hombros.

–¿No fue lo que ustedes se sintieron en la obligación, en la gozosa obligación de hacer? Mirá, estas discusiones hacen quizás... me parece que el nudo...

–Está cantado lo que vas a decir –interrumpió Dardo–. El nudo de la fusión entre política y violencia, de la clandestinización de la política, no estribó en la violencia ejercida contra los militares, o la policía, desde la Libertadora hasta el fin de la dictadura de Lanusse. Consistió en nuestra violencia justiciera.

–Contra los enemigos internos: burócratas, de sindicato o de partido, sobre todo

burócratas sindicales, traidores, sinvergüenzas. En ese sentido, las balas que le metieron a Vandor fueron más mortales que las que le metieron a Aramburu. Políticamente. Sí, ya sé, lo que ustedes amasaron a lo largo de los años como concepción sobre los enemigos internos, los más peligrosos, los más concretos, los que tenían a la mano, cuyo castigo, ustedes suponían –equivocadamente como en todo– tendría un efecto de escarmiento. O sea, ahí donde más falta hacía la política, ustedes metieron bala. Y cuando Perón se puso a hablar, de trasvasamiento, socialismo nacional, todo ese rollo, ustedes lo bajaron a tierra a su modo, que ya sabemos cuál es. Por supuesto que todo eso tuvo un efecto ejemplificador. Consecuencias no deseadas ni previstas. ¿O sí? La guerra, la intimidad de política y violencia tuvieron lugar principalmente al interior del peronismo.

Septiembre de 1973. Todos lo llamaban Federico, creyendo que era ese su nombre de pila, o su nom de guerre. Pero ese era su apellido, él pensaba que ocultarse detrás de un nombre falso sería inútil. Ese día Federico trabajó en su casa, se aburría revisando pruebas de galera para una editorial. Como era habitual, había prendido la radio, sin prestarle casi atención. Pero el noticiero lo dejó grogui: habían matado a José Ignacio Rucci. Lenguaje previsible: un grupo fuertemente armado había interrumpido el paso... Federico no cabía en su estupor. Despreciaba bastante a Rucci, pero no se le escapaba que su muerte violenta habría de tener incalculables consecuencias y que los asesinos le habían asestado un golpe terrible al Viejo, al que le quedaba poco tiempo de vida. Quienes habían tramado la muerte del pilar más sólido con el que contaba la arquitectura del nuevo presidente habían actuado con un maquiavelismo –se dijo– extremo. Estaba aturdido. Miró el viejo reloj de cuerda. Todavía contaba con tiempo para pasar por la Unidad Básica, antes de ir a la revista. A esa hora ya todo el mundo estaría concentrándose allí, aunque más no fuera para compartir el desconcierto.

Recordó, mientras caminaba, una charla reciente con Roberto, amigo que había sido su guía en los primeros pasos en la militancia. Mirá, Federico, ustedes –por ustedes había que entender Montoneros– tienen los tres informes médicos que hay sobre la salud de Perón. La conducción los tiene. Están locos, ¿lo quieren matar? Se creen que entonces quedan de un lado los militares y del otro ustedes y el pueblo, así de simple. Están delirando... Roberto siguió hablándole: la Orga tenía que parar, si Perón se moría se les iba a venir la noche, era demencial,

Roberto no paraba y él no podía meter cuchara. Tampoco tenía mucho que decir, salvo ratificar un compromiso inquebrantable, una fe. El ambiente del Paulista de Corrientes y Pueyrredón, tan amigable, le resultaba ese día siniestro, no sabía bien por qué, no detectó nada sospechoso. Roberto había hecho un silencio, parecía pensar, de pronto reanudó su disertación, pero no, no retomaba el hilo, era como un desahogo: sabés, lo vi al Petiso tres o cuatro veces últimamente... le dije José, desaparecé quince días, borraste, llevate una mina, qué sé yo, salí de escena ya. Es inútil, se reía, no daba bola el pelotudo. Ahí me enteré de que su jefe de prensa, Osvaldo Agosto, le estaba diciendo algo parecido, que cambiara la custodia. Para agarrarse la cabeza. ¡Que cambiara la custodia! Que sacara a esa manga de atorrantes y arreglara con la policía. Parece que José le contestó, ¿vos qué querés? ¿Que me mate la policía? Pero Agosto tiene razón. No lo va a matar la policía.

En la UB, en efecto, había muchos compañeros, y la atmósfera era pesada y densa, de agitado velorio. Miró los rostros; pensó que muchos de los que no habían dudado en vociferar –como él mismo tal vez– “Rucci, traidor, a vos te va a pasar lo que le pasó a Vandor” denotaban ahora miedo y angustia en sus expresiones. Federico pensó que, con urgencia, había que darle a la reunión un cauce, pero vio que ya un compañero se estaba ocupando de abrir una lista de oradores. Había doscientas personas, calculó. Se anotaron cuatro o cinco apenas; él se abstuvo. Los primeros cuatro intentaron, sin éxito, caminar por la cuerda floja. No dijeron nada. Que todos sabíamos la clase de burócrata –no se animaron a calificarlo traidor– que era Rucci, y los burócratas caían en su ley, había que mantener la calma y continuar la lucha, el pueblo peronista respaldaba a los Montoneros que eran, junto con Perón, la garantía de la orientación popular del gobierno peronista, la vanguardia armada que podía romper cualquier cerco. Lo mismo daba que no hubiesen hablado. El desconcierto reinante aumentó. El último de la lista era un pibe de unos veinte años, de nariz aguileña y mirada penetrante, que Federico no conocía. Subió a la tarima improvisada y observó en silencio a todos como si quisiera comprenderlos a ellos en lugar de explicarles nada. Abrió la boca al fin: “Muchachos, compañeros... todos sabemos quién era Rucci. Rucci fue un traidor a la causa peronista, un burócrata que no dudó muchas veces en negociar... –la emoción podía jugarle una mala pasada– en negociar a precio vil las luchas de los trabajadores –recuperó su aplomo–. Pero no era solamente eso. Perón contaba con él como respaldo a su plan de gobierno. Perón no se cansaba de decir que la política se hacía con bosta. Precisaba de esa bosta para gobernar. Entonces tenemos que preguntarnos a quién perjudica esta muerte y a quién beneficia. La respuesta es clara –el pibe, pensó Federico, se

estaba jugando a fondo—, perjudica a Perón, compañeros. Perjudica al futuro gobierno popular. Y beneficia al imperialismo, el que más interés tiene en que se hunda el gobierno popular; es el imperialismo el que está detrás de este asesinato inaudito. Y los ejecutores tienen un nombre, la CIA. Precisamos hacerlo saber entre los compañeros, en este momento de desconcierto total”. Los rostros de la concurrencia habían cambiado. La turbación parecía algo menor. Una amarga satisfacción recorría el auditorio: ahora, al menos, había podido entender qué pasaba, sintetizando, quizás, desordenadas conjeturas. El chico era el último orador, menos mal, pensó Federico, hubo unos aplausos intensos pero breves, como si el luto por un burócrata y traidor los contuviera.

Las oficinas de El Descamisado eran un hervidero. Él, bien conocido por todo el mundo, atravesó los corrillos con cara de circunstancias y se dirigió rápidamente a donde trabajaba Dardo. Este lo recibió envuelto en esa nube de calidez y tristeza que lo rodeaba siempre, y que parecía esta vez más densa, un punto intenso de angustia brotaba de su mirada. Estaba sentado ante su escritorio como si no tuviera nada que hacer. Se abrazaron en silencio.

—¿Te puedo dar una mano, Dardo?

—Gracias, pero por ahora no hay mucho que hacer, estoy esperando.

—¿Qué estás esperando?

—Nos convocó la conducción, a toda la plana de la revista, para dentro de unas horas. Ya teníamos cerrado el número, pero ahora... Si querés quedate y te cuento enseguida, o si no, andá a tu casa y volvé, yo voy a estar acá. Mejor, andá y volvé.

—Dardo, ¿y vos qué pensás?

—...

—Antes de venir pasé por la UB de Mansilla y Guise, vos estuviste hace poco —María Cristina y él habían ido a una guitarreada. Eso estaba ya muy lejos—. Escuché a un pibe, algunos hablaron antes pero versearon. El pibe muy desenvuelto, un cuadrado. Y dijo que a Rucci lo mató la CIA, que esta muerte jode a Perón y beneficia al imperialismo.

—Yo pienso lo mismo —dijo Dardo Cabo enfático.

–Yo también, pero... Digo, ¿actúa así la CIA?

–Sí, estoy seguro –pero a Federico no le pareció del todo seguro. Volvió mucho más tarde y encontró un Dardo desencajado. Presintió lo que estaba a punto de decirle; la duda lo había punzado desde un primer momento, luego había adoptado la hipótesis de la CIA, pero muy en el fondo de su mente seguía aguijoneándolo. Le bastó semblantear a Dardo para que la duda se cerrara sobre sí misma. Conversaron unos cuantos minutos; Dardo le dijo que prefería quedarse solo, tomar algunas notas. Federico se fue desolado.

Dardo se sentó delante de una destartada máquina de escribir. Tenía una nueva a disposición, pero desde hacía varios números prefería emplear esa para escribir los editoriales –quizás para dar una señal a sus vergonzantes y esporádicos censores: soy Dardo, dejo en el papel las huellas del desgaste de los tipos. El flash de un recuerdo muy reciente lo empujó en la primera oración. Un gran sector del movimiento peronista considera a un conjunto de dirigentes como traidores y les canta la muerte en cada acto. Un buen arranque, juzgó, que se trepaba derecho a la angustia en su garganta. Había comenzado a caminar por el filo de la navaja. ¿De qué lado del filo habría de caer? ¿O moriría desangrado en el camino? Recordó lo que había dicho y escrito tantas veces: en 1955, el origen de la caída había estado adentro. Sí. Pero, ¿precisábamos abrir y hacer más profunda la herida o, al contrario, suturarla, cerrarla a como diera lugar? Advirtió que se hacía una pregunta para la cual no tenía respuesta. Agarró y dio libertad a sus manos por un segundo, que teclearon: buscar las causas profundas de esta violencia es la condición. Caminos falsos nos llevarán a soluciones falsas. Alonso, Vandor, ahora Rucci. Coria condenado junto con otra lista larga de sindicalistas y políticos. La palabra es “traición”. Mejor empezar por el principio, ¿había otra forma de entender lo que estaba pasando? Esos dirigentes eran traidores, como los hombres de partido, burócratas e incluso sindicalistas lo habían sido en 1955. Y no era todo: ellos también habían formado sus coros de la muerte. Estos dirigentes, a su vez, levantan la campaña contra los infiltrados, proponen la purga interna. Arman gente, se rodean de poderosas custodias personales y practican al matonaje como algo cotidiano. Prendió un cigarrillo. Permaneció inmóvil un largo minuto. ¿Qué rumbo tomar? Debía recuperar el control de sus dedos en el teclado, y lo hizo. La cosa, ahora, es cómo parar la mano. Le gustó; triste, dolorosamente. Tendría que soportar burlas, le importaba un carajo. Resolvió que esa orden general debería, con la frente alta, encabezar el texto. Parar la mano. ¿Quiénes eran sus interlocutores? Les estaba hablando a todos los peronistas, él, Dardo Manuel Cabo, Lito, 32 años, oficial montonero,

¿desde dónde? Cómo parar la mano. Se sintió algo perplejo, pero fugó hacia adelante. Pero acá todos somos culpables, los que estaban con Rucci y los que estábamos contra él. Todos somos culpables; sabía que iba a sostener lo que acababa de escribir pero menos seguro estaba de saber qué deberían hacer los que estaban “contra él” para parar la mano. El cigarrillo se había consumido solo en el cenicero. Prendió otro. Acá las causas son lo que importa. Revisar qué provocó esta violencia y qué es lo que hay que cambiar para que se borre entre nosotros. Para que no se prometa la muerte a los traidores y para que la impunidad no apañe a los matones, ni el fraude infame erija dirigentes sin base. Si la cosa es parar la mano para conseguir la unidad, habrá que garantizar los métodos que posibiliten que los dirigentes sean representativos. ¿A quién se lo estaba diciendo? Sabía muy bien la respuesta. El principal destinatario era el origen único de la verticalidad y, a la vez, el dueño de todos los votos. Pero no, no era así. El Viejo era sincero proponiendo la institucionalización y a la vez convalidando un verticalismo que se defendía con fierros. ¿Y ellos? Ellos eran sinceros cuando mezclaban, también, la furia de los votos con la furia de los fierros. Furias, votos y fierros, una ecuación con tres incógnitas, desde 1955, imposible de resolver. No obstante sabía algo: que la palabra era traición y era la historia del peronismo la que estaba marcada, signada, por esa palabra, por una palabra, y no por personas, por Borlenghi o Vuletich, por Alonso o por Rucci. En el 55 bancaron la militancia, eran elegidos por las bases, los muchachos los querían y Perón confiaba en ellos... de repente la traición, los fraudes, los matones, negociar con el enemigo, apretar a Perón, cruentas luchas internas. ¿Era ese de repente todo cuanto podía decir ahora? No mucho más. Rucci era buen tipo y luchador... de golpe aparece apoyando a Anchorena para gobernador, ¿quién entiende esto? Eso de ser secretario general... cambiar a la gente así... que surjan como leales y los maten como a traidores... El asunto está adentro del movimiento. Ah, ¿sí, Dardo? se dijo, sarcástico; sí, como en 1955, el origen había estado dentro. Todos los sectores del Movimiento, incluyendo a la Juventud Peronista y la Juventud Trabajadora Peronista, incluso la Juventud Universitaria Peronista, sectores desde donde provino la más dura oposición a los métodos que usó José Rucci, lamentaron esta violencia que terminó con la vida del secretario de la CGT. Sabía que estaba bajando línea. No iba a revisar lo que acababa de escribir –tampoco era una mentira, los que habían atribuido la autoría a la CIA habían lamentado, a su modo, el asesinato–. Ahora tenían que creer que lo lamentaban de corazón, punto. Pero parar la mano no era apenas dejar de matarse. Era crear las condiciones para que eso fuera posible. O sea: era crear condiciones imposibles; las palabras retumbaron desde su nuca, las sintió nacer en el occipital, recorrer los parietales, llegar al hueso frontal de su cráneo,

y hasta allí se llevó una mano. Por no hablar de ellos, ¿qué estamos haciendo nosotros y qué haremos? Se negó a pensar una respuesta para esa pregunta. Sin estas condiciones mínimas no hay unidad que valga. Si todos los peronistas no tenemos derecho a elegir a quien nos represente, debajo de Perón, en el Movimiento Peronista, así no camina la cosa. Se va a seguir muriendo gente. Ellos están dispuestos a erigirse con sus fierros en los dueños de la ortodoxia. Se sienten los cruzados del justicialismo, los depuradores. Porque a su juicio todos los que criticaban a José son sus asesinos. Todos son troscos, todos son infiltrados. Tampoco puede escribir, Dardo, algo que para él cae por su propio peso: infiltrados es el nombre que le dan ellos a los grupos masivos que pueden hacer una diferencia si se dejan a un lado los fierros –¡sí, Dardo!–. Y ¡¿quién acaba de usarlos a los fierros?! ¿Por qué estoy escribiendo esto aquí? Prefirió no responderse; era mejor seguir tecleando. Habrá que desarmar a los cazatros y fortalecer doctrinariamente al peronismo como la mejor forma de evitar las infiltraciones. No es con tiros como van a “depurar” el Movimiento. La única verdad la tiene el pueblo peronista. Dejemos que el pueblo se exprese. No hay forma de infiltrarse en el movimiento. En el peronismo se vive como peronista o se es rechazado.

Horas después, Federico regresa y Dardo le da a leer el borrador del editorial; lo van comentando a medida que avanza en la lectura. Federico advierte las vacilaciones, los silencios, los implícitos y las formulaciones tácitas, sabe lo peliagudo que ha sido para Dardo a quien, además, le esperan las horcas caudinas de la Conducción. No tiene objeciones. Al final, cita de memoria: “La cosa ahora es parar la mano... Todos somos culpables”. Estás a un tris de ponerte en el lugar de Perón, ¿te das cuenta, Dardo? Una sonrisa franca, tierna diríase, atempera el filo del comentario.

* * *

–Cuando mataron a Rucci... cuando matamos a Rucci, mejor dicho, pensé. Firmenich bajó a explicar a la plana de El Descamisado. No lo podíamos creer, nos convencimos de que era cierto escuchándolo aturdidos. Yo escribí ese editorial... me dijeron con razón que me ponía en el lugar de Perón, “ahora hay que parar la mano... dar lugar a que se expresen los peronistas”. Nada de malo,

solo que un poco angelical, ya ni Perón podía ponerse en el lugar de Perón. Caer en esa evidencia me impactó... Pero no reflejo eso en el editorial. Si se fijan bien, en realidad Perón es un convidado de piedra, allí. Como si fuera el premio mayor que está esperando en el podio al triunfador. Yo por otra parte estaba con mucha bronca con el Viejo, y detestaba a Rucci. Ahora, claro que yo estaba en contacto con la Conducción Nacional, pero la línea que se bajó fue más limitada: “fuimos nosotros, pero esto no se puede decir”. Estábamos jugando un juego demasiado peligroso. Y nos defendíamos de Perón, o creíamos hacerlo, debido al juego que estábamos jugando, a través de un arbitrio absurdo. Pero era así con el Viejo, siempre había sido así con él, solo que ahora sentíamos la lámina de la guillotina cada vez más cerca del cuello.

Mayo de 1974. El mismo día en que cierra –por imperativo legal– El Descamisado, Dardo es designado jefe de la columna capital de Montoneros. Duerme profundamente, está muy cansado. Sueña. Dardo sueña que despierta muy temprano, va al baño, se mira al espejo, no se ve bien, tiene el pelo completamente revuelto, se siente raro, un malestar intenso lo domina, se observa insistentemente, hasta que consigue ver algo detrás del revoltijo de sus cabellos. Son tres piedras que están como hundidas en su cabeza. Son piedras comunes, ni grandes ni pequeñas, una de ellas deja ver algunas hojuelas de mica. ¿Se las saca? ¿Se inclina para verlas mejor? En este caso se caen. Siente un alivio enorme, se vuelve a mirar en el espejo. Despierta pasmado. Un escalofrío le recorre el cuerpo.

* * *

–Pero Dardo, ustedes en mayo del 73 lo tenían todo. Barriadas enteras, universidades ni hablar, posiciones institucionales a rabiar. A la vez, sabían que a Perón le quedaba poco tiempo. ¿Por qué no acataron, por qué, incluso, no sobreactuaron ese acatamiento?

–El 20 de junio cambió muchas cosas. Nos dejaron con la sangre en el ojo. Además se hizo patente el peso de la lacra en la conducción del movimiento, del

gobierno y del Estado. Y sobre todo cómo venía la mano con los fierros. Yo hasta entonces nunca había oído hablar del Somaten. Pero la Triple A, que debutó en noviembre atentando contra Solari Yrigoyen, el senador radical, ya estaba formada.

–Aun así, ustedes ese día fueron por todo. Imaginate: Perón en el palco al lado de Leonardo Favio y rodeado de millones de banderas y consignas montoneras. No hay modo de creer que el de la Columna Sur era un movimiento inocente. Iban por todo; ¿acaso los otros lo ignoraban? ¿Era posible esa escena? ¿Esa Argentina?

–¿Y por qué no? Además, el general ni hizo mención a los muertos...

–Precisamente, Lito, no hizo... pero sí al orden legal y constitucional... Si ustedes acataban, se quedaban en el molde en lugar de pretender darle la forma y el contenido al reencuentro de Perón con su pueblo... la muerte de Perón los hubiera agarrado con su bendición, no con su repudio... ¿Te parece poco, ante las masas?

–Había que aprovechar toda la fuerza para forzar la mano, no para entregarse mansamente... ¿Quedarnos en el molde? Nos hubieran pasado a cuchillo. Los golpes de mano los dieron ellos, fueron ellos los que se anticiparon, los que buscaron copar todas las posiciones de poder. Hace poco leí un artículo que no está mal, sobre cómo aquel período estuvo dominado por la acción anticipatoria de todos los ¿actores? ¡Qué jerga! Pero tiene razón, y los únicos dormidos fuimos nosotros. ¿Y te olvidás del 13 de julio? Perón iba a volver, sí, pero rodeado... No de los que habíamos luchado, sino de los que antes del 55 habían dejado que se hundiera su gobierno, y habían entregado cada lucha... ¿Qué alternativa teníamos? La nuestra de siempre, dar la guerra, desde ahí llamar a Perón. Además te olvidás de la gente, nos pasaban por encima, íbamos al muere o a la ruptura.

–No exageres, del otro lado también había genuinos luchadores y peronistas. Y a la ruptura fueron igual, Dardo, solo que el desprendimiento, después de la Sabino Navarro, fue hacia Perón, en un desgranamiento caótico primero, la JP Lealtad después. Y el 23 de septiembre fue un delirio, un punto de no retorno suicida...

–Yo lo critiqué, vos lo sabés, leíste mi editorial en El Descamisado...

Abril de 1974. No hacía ni un mes que la escisión de la so called JP Lealtad, en marzo de 1974, era de conocimiento de todo el mundo. La violencia que salía con fritas estaba a la orden del día como una ominosa posibilidad entre antiguos y queridos compañeros. La conducción nacional apretaba para parar a toda costa la sangría. Hacía poco que en la Facultad de Ciencias Económicas la sangre entre la JUP y la Lealtad había estado muy cerca de llegar al río. Nadie había querido desistir de la concurrencia a un acto previsto y allí estaban mostrándose los dientes mientras hablaban, apaciblemente pero con tensión mal contenida, los oradores. Al terminar el acto la Lealtad, minoritaria, quiso retirarse pronto, pero las columnas de la JUP bloqueaban el camino, quizás involuntariamente al principio. Deliberadamente luego: una auténtica “decisión de las bases”, resentidas con la defección de los “leales”. Pancho, uno de los líderes de la JUP, advirtió que no habría cómo removerlos, la verticalidad no funcionaba ahí, y ambos grupos estaban paralizados. Pasable ajedrecista, recordó la posición de zugzwang, en la que el jugador que mueve pierde. Ideas peregrinas como esa solían venirle a la cabeza extemporáneamente, pero no se lo reprochaba. Aunque no era un zugzwang: de repente vio cómo Croqueta, un cabecilla de la Lealtad, amigo en el campo enemigo, sacaba una pistola y disparaba hacia el techo con la velocidad de Gary Cooper en A la hora señalada. Este Croqueta... –alcanzó a pensar–, bueno mientras dispare para arriba está todo bien, pero la estampida fue inmediata. Los leales pudieron salir. Esa misma noche Pancho buscó a Dardo Cabo para expresarle su preocupación con la violencia a flor de piel en las movilizaciones; podía darle unos cuantos consejos, estaba seguro. Conversaron. Según Dardo, todo el asunto estribaba en la disuasión, en la solidez de los cordones, los cercos humanos que protegieran al rebaño y en la rapidez con que se transmitieran las órdenes tácticas. Pancho le pidió que diera un par de charlas con los principales activistas de las facultades. Allí fue Dardo el día indicado; la facultad de Ciencias Económicas hormigueaba de estudiantes y de carteles de todo tipo y por todas partes. No se sintió a gusto. Pensar que hay gente que viene aquí a estudiar contabilidad –se dijo mientras buscaba el aula donde lo esperaban–.

Hizo lo suyo, sobria, concisamente; del modo más impersonal. Mientras exponía advirtió que una chica, bonita, lo miraba intensamente. Cuando finalizó, sintió que era hora de irse. La chica no le sacaba los ojos de encima. Dardo se levantó, palmeó a Pancho afectuosamente y buscó el pasillo. La chica, que estaba sentada en uno de los bordes del anfiteatro, se levantó, apagó un cigarrillo y siguió tras

él. De reojo, Dardo la vio levantarse.

Curioso, pero Dardo había encontrado, sin proponérselo, una forma de pasar por tímido que desconcertaba a las mujeres. Las que lo conocían, y sabían de sus credenciales por el dicen que dicen de la militancia, se rendían aún más frente a su timidez. Lejos de la catadura sicopática de un Galimberti, que vivía como al borde de la violación de las mujeres que galanteaba, o de la indisimulable mediocridad grisácea de un Firmenich, Dardo no conquistaba a ninguna, se dejaba más bien conquistar por ellas, impulsadas por el embobamiento que les suscitaba ese hombre de acción tímido sin ser timorato, de temple reflexivo sin ser pusilánime, con chispazos de arrolladora elocuencia sin ser un charlatán. Y del que era muy fácil adivinar el fuego interior inextinguible que lo consumía. Desde luego, los hombres que lo conocían, incluyendo sus amigos que lo tenían muy junado, consideraban todo esto fabulaciones. Fabulaciones de terceros, porque él de eso no hablaba nunca. Pero no había caso: en eso, fuera lo que fuere, residía un atractivo que Dardo no ejercía, se limitaba a dejarlo ser.

Esta vez apretó el paso.

* * *

—Pero, Dardo —terció la Negra—, ¿no te parece que ya era tarde para criticar entre líneas la ejecución de Rucci desde El Descamisado?

—¿Tarde para pedir parar la mano?

—Tardísimo. ¿Le comían la dama a Perón en su tablero y pedían parar la mano?

—Rucci era...

—¿Y eso qué importancia tiene, Dardo?

—La importancia de que todo eso estaba muy lejos de la Argentina de Perón. La Argentina de Rucci, López Rega, Isabel, Lastiri y tantos otros era una Argentina a la medida de los burócratas, los traidores, los oportunistas, los políticos, los infiltrados, eran ellos los que iban a hacer, y ya estaban haciendo, la Argentina.

Y la estaban haciendo a sangre y fuego. Además, se dice pero se entiende poco, nuestra inspiración, no simbólica, sino para nuestro qué hacer y cómo hacerlo, fue Evita. Evita fue la que llegó más lejos en el camino que nosotros queríamos transitar, la que consiguió con su presencia infundirle la forma revolucionaria a la relación entre Perón y su pueblo. Por eso el Cabildo Abierto fue un fracaso tan doloroso. Y nosotros aprendimos tanto del éxito como de ese fracaso, que fue definitivo; me acuerdo de mi viejo abrazándome sin poder decir palabra, yo entendí igual. Con la muerte de Evita, la soledad de Perón frente a las masas, la CGT disciplinada, atrapada por su incapacidad de darse una política de poder, el sabotaje burocrático desde el mismo gobierno... Al final, el encuentro de la contrarrevolución antiperonista con los contrarrevolucionarios del mismo gobierno. Ya no estábamos en condiciones, delante de ese doble enemigo, de dar una respuesta adecuada a esa violencia. La causa principal de la caída estuvo adentro.

—Nos fuimos al carajo, Dardo. Volvamos. ¿No creés que ustedes deberían haber evitado a toda costa la confrontación con Perón?

Mayo de 1974. No siempre de los laberintos se sale por arriba; Teseo no habría podido salir de ese modo en Minos —reflexionó Federico— y la política estaba ya convertida en un implacable laberinto de ese tipo. O en un delta interminable de aguas oscuras y sangrientas. Perón era ya presidente pero eso no era una roca firme, todo se movía amenazadoramente. El Tío estaba completamente neutralizado, un cero a la izquierda. Los que actuaban a ojos vistas para que la tercera presidencia naufragara ya eran legión. Y los demás tampoco mostraban intenciones claras. Abal Medina, por ejemplo, cada vez más próximo a Lorenzo Miguel —y bueno, sabía sobrevivir, pensó—. La M acusaba a Juan Manuel de haber propiciado la escisión ortodoxa, la JP Lealtad, pero eso no tenía ni pies ni cabeza, conocía demasiados compañeros que se iban con la Lealtad como para creer esa patraña. La clausura de El Descamisado había sido un golpe tremendo para él, quizás más que para Dardo. En abril Perón había designado al comisario Villar jefe de la Policía Federal. Esto equivalía a dar pista libre a las Tres A que ya estaban, de hecho, actuando impunemente. Cuando Dardo interpellaba al Viejo, se preguntaba Federico, ¿llevaría in mente siquiera la sospecha de que aquel ni lo leía? Dardo le cantaba las cuarenta a un general que ni se interesaba en la opinión del hijo del “querido compañero Armando”. Cabo hijo le había escrito desde El Descamisado que en las horas de lucha

nadie los había expulsado del Movimiento por izquierdistas. En ese delta de sangre sin remansos, Federico percibió la esperanza de Dardo cuando Perón convoca a las juventudes, a “todas las juventudes”, el 25 de abril, pidiendo calma durante el 1º de mayo. Tan en las nubes no está, comenta a Federico. Dardo sabe que los jóvenes de la Tendencia se quejarán ante el general por la represión ilegal. También es ilegal mucho de lo que nosotros hacemos –observa Federico– y ya no veo forma de que nos salgamos de la ilegalidad. A Dardo le consta, confía en Federico, que la conducción montonera ha buscado un modo discreto –Gelbard– para abrir un diálogo directo con Perón. Es raro que hayan elegido ese camino, dice Federico. Pero el 1º de mayo llega antes: Dardo ignora que Rodolfo Walsh, ya en tareas de inteligencia dentro de la Orga, ha aconsejado a los jefes preparar una movilización de bajo perfil. Nada de eso. Carteles trucados y cánticos de protesta. El enfrentamiento es más abierto, más explícito, que nunca. Para Perón es una experiencia nueva. Y lo es también para una vieja guardia de dirigentes gremiales y políticos proveniente del fondo de los tiempos, entre ellos el padre de Dardo, que envían una carta al general.

* * *

–Dardo, ¿conocés lo que afirma Gillespie sobre los Montoneros? “Intentaron convertir al peronismo en algo que nunca fue y, en este sentido, Perón tenía razón en llamarlos infiltrados”.

–Recuerdo mi conmoción de ese día, aquel primero de mayo. Fue el peor de todos. En qué había quedado el diálogo directo entre Perón y las masas, eso en lo que siempre creí. ¿Y la teoría del cerco? Daba risa. ¿Qué le fuimos a decir al general? Que queríamos la cabeza de Villar y Margaride. ¿Era mucho pedir? Y, sí, estaban ahí donde estaban justamente por nosotros, aunque no solamente por nosotros. Que el gobierno popular estaba lleno de gorilas. ¿Mentira? ¿Alguien podría negar, Negra, que el gobierno popular estaba lleno de gorilas?

La Negra sonrió, algo taciturna, esperando que Dardo continuara.

–Muy gracioso lo de Gillespie, sí. Parece un teorema. Pero mal hecho, oculta bajo una fachada de lógica una pifiada monumental. ¿Acaso la historia del

peronismo no fue del principio al fin un conjunto de intentos de convertirlo en lo que nunca fue? Que me haga el favor, Gillespie, ¿qué es lo que el peronismo siempre fue? Ya lo conversamos, ¿no? La historia de todos esos intentos, ¿puede sintetizarse en el término infiltración? ¿Infiltrados? ¿Andrés Framini, Avelino Fernández, mi viejo, infiltrados? La historia del peronismo plebeyo es una parte inseparable de la historia del peronismo. Aunque no sea toda la historia del peronismo. ¿Tiene sentido arrinconarlo en el Hades de la infiltración? Vamos, como se decía en mis tiempos, eso es facilongo. ¡Demasiado! El Colorado Ramos, un polemista temible ciertamente, incurre en lo mismo, cuando dice “este ingenuo interrogante, qué pasa general, revela la incomprensión de esta juventud peronista acerca de la verdadera naturaleza del peronismo y su poca disposición a aceptar el peronismo tal cual es”. Y dale. Aceptar el peronismo tal cual es es imposible. Porque no existe el peronismo tal cual es. Ni siquiera a las FAP, que encarnan la expresión más trágica, y por cierto descarrilada, del peronismo plebeyo, se las podría dejar fuera de su historia. ¿Infiltración? No existe, dando un saltito al campo académico, el “peronismo verdadero”, como bien discute Carlos Altamirano. Lo que el peronismo siempre fue, el peronismo tal cual es, el peronismo verdadero, son simplemente fórmulas para no pensar. En un punto tiene razón el gringo, eso sí, en calificarnos de ingenuos. Sin atenuantes. Por haber sido, o querido ser, tan crédulos. Por confiar en el poder de la voluntad. No sé quiénes fuimos más candorosos, si los que creíamos en el triunfo de la voluntad o los que creían que la historia estaba de su lado. Gillespie dice: “Ellos pensaban que podrían explotarlo a él de la misma forma que él los utilizaba a ellos”. Pero, de hecho, eso sucedió muchas veces en la historia del peronismo. Fuimos ingenuos, pero no por intentar ese juego, sino por jugarlo mal, y sin medida. Hubris. El rol de Perón como único enunciador peronista estuvo siempre aceptado y cuestionado al mismo tiempo, sobre todo después de 1955, cuando Perón carece de los instrumentos del Estado, cuando sabe más que nunca que conducir es persuadir. En aquella película de Solanas y Getino, Actualización doctrinaria, el general hace un esfuerzo titánico para recuperar ese papel, que parecía estar a punto de perder. El esfuerzo es exitoso, y Perón recupera su posición de único enunciador; pero paga un precio, el de la inconsistencia. Porque no puede decir las cosas que dice y al mismo tiempo ser único enunciador. Un ejemplo prístino: el Viejo decide que, a la altura de los tiempos, y en vísperas de la toma del poder, una actualización de la doctrina se hace necesaria. Ya les dije, a mi juicio eso fue como un parto de los montes, pero ese no es el punto. Hasta ahí todo bien: una actualización se hace necesaria y el protagonista es el propio general. Pero también nos dice que un trasvasamiento generacional es indispensable. Y ahí la cosa cierra menos, o no cierra para nada.

¿Un trasvasamiento generacional manteniéndose él como único enunciador?

–¿Por qué no, Dardo? –dijo Antonio–. Su rol histórico finaliza con su muerte, apenas había que esperar.

–Pero no son así los procesos políticos. Pase usted; no, por favor, adelante, faltaba más. Tanto no son así, que eso se ve bien claro cuando el general se ve forzado a retroceder: somos el peronismo que hemos sido siempre, somos lo que las veinte verdades dicen. Retrocede dos décadas, pero parece un siglo. Para volver a ser, en 1971, único enunciador, o para mantenerse en su rol, como quieran, Perón adopta una enunciación determinada que lo sume en la inconsistencia. De paso, se hace más evidente que nunca que esa imputada función de sintetizador de contradicciones es ficticia. Se puede entender que para entonces Hernán Benítez observara, hablando de nosotros: “Viven en estado de indignación, de irritación del que apenas podemos formarnos una idea”. Pero Hernán Benítez había sido un maestro para Evita; sí podía formarse una idea.

–Sin embargo, Dardo –dijo la Negra–, el 12 de junio fuiste a la Plaza, por tu cuenta. Bonasso te atribuye la ilusión de una reconciliación histórica con el Viejo.

–Hubiera ido una y mil veces. Aunque sabía que esa seguramente sería la última. Fui solo, con cumpas amigos, por la libre. Quizás era apenas una despedida, quizás fui movido por una esperanza. Me es imposible saberlo. Ustedes, chicos, conversan conmigo bajo el supuesto conmovedor de que yo tengo todas las respuestas sobre mi vida. Se equivocan.

Septiembre de 1974. Los Montoneros han pasado a la clandestinidad. Miguel, Dardo, Federico creen que se trata de una burrada. No lo dicen. Firmenich hace declaraciones: “Se han agotado todas las formas legales de continuar la lucha”. Anuncia el regreso a la “guerra popular integral” en la cual “hay que golpear a todos por igual hasta que gane el pueblo. Y si se agudizan las contradicciones en el gobierno mejor”. Unas breves frases de Ernesto Guevara, que había leído en La Habana, atravesaron la mente de Dardo: obligar a que el poder se presente “en su aspecto verdadero de dictadura violenta de las clases reaccionarias... lograr su desenmascaramiento, profundizará la lucha hasta extremos tales de los que ya no se puede regresar”. Sí, de la muerte no se puede

regresar, pensó. Conversó con Federico; el jefe montonero declaraba su expectativa de una agudización de las contradicciones en el gobierno. Claro, contradicciones hay. No son lo mismo el lopezregismo y los sindicatos, ¿y con eso? Nuestro regreso a la guerra popular integral es ilusorio, pero para todos ellos será demasiado real. Su anuncio galvanizará a las fuerzas represivas y desmovilizará a los nuestros; de los indecisos ni hablar. Némesis. Qué ilusos somos, creíamos poder trabajar con las bases, aún después de la muerte de Rucci. ¿Vamos a trabajar con las bases y anunciamos con bombos y platillos la guerra popular integral? De golpe, Dardo siente en su pecho un latigazo de angustia; comprende que se han abierto grietas en el muro endeble con el que venía separando su vida familiar de su vida política. Participa de su inquietud lacerante a Federico.

–Hablá con Galimba, Lito, por la nena. Fue alumno en el colegio de Salonia en San Antonio de Padua.

–Pero... ¿Padua? Estás en pedo...

–No, no, Salonia tiene un colegio primario en Capital, Argentina 2000.

Galimba, como siempre, andaba ocupado en asuntos de los que prefería no hablar, pero le dio la pista para encontrar a Antonio Salonia.

–Doctor, usted está al tanto de las cosas. Pero mi hija precisa estudiar. Continuar la primaria. Yo quiero que estudie, no que se pase el día encerrada.

Antonio Salonia piensa. Se decide.

–No se aflija, consígase un documento falso de la chica. La inscribimos y listo. Hasta es mejor que empiece ahora, no lo deje para el año que viene.

Es un gauchazo, piensa Dardo. Al salir, en la vereda de enfrente un joven bien trajeado y peinado a la gomina le daba la espalda, mirando abstraído una vidriera. Ropa de hombres. Para alivio de Cabo el joven llevaba el saco al hombro, cancheramente; día primaveral. Se alejó sin cruzar.

* * *

–¿Realmente pensaste en irte, Dardo? –las preguntas personales pesadas las hacía la Negra.

Dardo demoró en responder. ¿Descifrarían, se preguntó la Negra, el código por el cual Dardo interrumpía, respondía de inmediato o se demoraba?

–En La Plata conocí un cumpa preso que, antes de empezar a militar, había sufrido fuertes depresiones. Nos hicimos muy amigos, era un zurdito, un perejil, nada que ver conmigo pero era un tipazo. Una vez me contó que había pensado en el suicidio, a veces. Y no agregó nada más. Pero un tiempo después largó el rollo, lo precisaba. Quizás porque, como todos nosotros, temía no salir con vida. Curioso, no salir con vida de la muerte. Disculpen. Bueno, recién ahí entendí qué era pensar en el suicidio. No es que pensó una vez, o dos, que paró y se preguntó por su eventual suicidio, que un domingo a la tarde estuvo tentado. No, nada de eso. Era un tormento continuo durante días y semanas y meses. Era pensar en suicidarse cien, doscientas veces por día, mientras viajaba en colectivo, comía, hablaba con su mujer, iba a la esquina a comprar yerba, qué sé yo, toda la vida cotidiana estaba marcada por el suicidio. Me chocó darme cuenta qué parecido era eso con mi propia agonía política. Lo que este pibe había sufrido con el suicidio lo sufrí yo con irme de Montoneros. Era dormir pensando en irme, despertar y pensar en irme, hacerme unos mates y estar pensando en irme, hablar con cualquiera y pensar en irme, tener una reunión y pensar en irme. Sin irme. Como él sin suicidarse. La última cana fue atroz, pero me liberó de esa tortura sin fin. Había compañeros a los que el miedo a morir los acompañaba siempre. Eso nunca me pasó. No es una cuestión de valentía, es algo... tipos locos como Baxter, como yo, simplemente ese miedo no existía para nosotros. Pero ahí entendí: suicidio, miedo a morir... irse se parecía a la muerte para quienes la temen.

Los chicos permanecieron en silencio.

–¿Y sabés? –Dardo hablaba ya consigo mismo–. El suicida fracasado, pobre... me dijo... suicidarse era un fantasma que lo acosaba constantemente, pero él sabía que no se iba a suicidar, que suicidarse le estaba... prohibido, y esto era lo peor de todo, saber que no contaba con esa redención. Y a mí me dejó asombrado, le dije.

–¿Y qué te dijo?

–Que era como en la Quinta Sinfonía de Beethoven.

–¿La Quinta?

–Ese primer movimiento era como la vida. Los cuatro golpes, sol sol sol mi bemol, son el destino que llama a tu puerta; pero vos no podés abrirle la puerta al destino. Entonces el destino va a llamar a tu puerta interminablemente. Mientras dure tu vida va a llamar, implacable.

–Pero nadie se va solo; ¿o sí?

–No. Es como... que la conciencia ya no es una conciencia personal, individual, la conciencia de uno ya no está solamente en uno, no es apenas una cuestión de amistad, de solidaridad. Además está esto, algunos otros son la conciencia de uno también. Como si parte de tus neuronas estuvieran en la cabeza del otro. Nada que ver con la organización en sí. Es algo horizontal... hay que huir, pero no te podés escapar solo. Es como mantener la decisión de no abandonar a un herido, a riesgo seguro de tu propia vida, pero no en un instante crucial, en el que jamás lo vas a abandonar, sino a lo largo de todos los putos días.

* * *

–Sí, te encontró una sola vez, dijo, después de que cerraron El Descamisado. En un viaje a Misiones, hacia marzo del 75. Él ya se había ido, hacía periodismo, vos estabas organizando el Partido Auténtico. Dijo que se sintieron los amigos de siempre, que nada había cambiado entre ustedes, no quiero ser romántica. Pero había cambiado tu forma de pensar. Ahora aplicabas el análisis marxista.

–¿Eso le dije?

–Bueno, así me dijo. Parecía sincero, de muy buena onda con vos; otro enamorado de Lito, el dandi de la violencia –la ironía fue de la Negra. Después que no chillara, pensó Antonio–. Bueno, eso del análisis marxista también lo encontré en un documento de los Montoneros, de fines del 73, bastante malo.

Denunciaba la “sectarización” del gobierno pero a la vez proponía “adoptar el marxismo como método de análisis de la realidad”. Al tiempo que se lo rechazaba como “política y filosofía”, y se descartaban sus objetivos finales, sus presupuestos filosóficos y como modelo de organización política.

–¿Todo eso? Cuánto. No recuerdo ese documento, quizás ni lo leí. Pero lo de algunos de nosotros tiene que ver con la voluntad y la convicción tambaleantes. El análisis marxista es un sustituto. Un... ¿cómo es? Una prótesis, eso. El marxismo... lo ineluctable, inexorable, esa es la palabra. Abracé el marxismo al final, porque proporcionaba una base científica jaja a lo que hasta entonces no precisaba de esas muletas: una convicción inconmovible sobre el futuro, el proceso histórico, que adquirí, desarrollé a mediados de los sesenta, quizás desde Malvinas, algo que dejó atrás el pánico de los gatos, algo que dependía apenas del compromiso, la voluntad y la violencia contra los traidores. El futuro era nuestro, era “la hora de los pueblos”, la historia podía cobrar un precio alto, hasta las vidas de muchos de nosotros, pero había una certeza sobre la patria y el pueblo. Hasta mediados de los sesenta todo era vacilante, aunque quizás ya no nos sentíamos, muchos de nosotros, derrotados. Era un poco Evita, ¿no? No era imposible que la bandera terminara flameando sobre las ruinas de la patria. Evita no lo decía en joda. Las ruinas eran una posibilidad. Entre el 66 y el 69 cambia todo. Ya la voluntad y la lucha no estaban al servicio de un resultado incierto, de una causa quizás perdida, sino de una certeza. Y todo eso se conmueve cuando el peronismo regresa al gobierno... Ya volvíamos a ver 1955 con ojos más sombríos, porque para nuestra gran desazón... Los obsecuentes, los burócratas de entonces habían sido reemplazados por gente mucho más siniestra y peligrosa. Abrazar el marxismo en 1974 fue abrazarlo frente a la nada. Frente al hecho gélido de que la fiesta popular del regreso al poder era clausurada por sepultureros peronistas mucho peores que los burócratas que acompañaban al general en 1955. El sueño del triunfo inexorable de la revolución duró tan poco. Eso tuvo muy poco que ver con aquello de Hernández Arregui, “porque soy marxista es que soy peronista”, un dictum artificial hasta para el propio Arregui, pero sobre todo una parábola ajena a mi trayectoria de vida. Mi hipotético marxismo fue crepuscular.

Agosto de 2015. Antonio había agotado el tiempo concedido a los expositores, apuró el paso. ¿Creían, creyeron siempre, los infrecuentes especímenes del peronismo plebeyo en la inexorabilidad del triunfo revolucionario? Diría que

no, pero la pregunta nos enfrenta con el complejísimo tema del determinismo, la voluntad y la violencia. La derecha, históricamente, nunca fue determinista. Jamás creyó en un determinismo histórico, en que las fuerzas sociales estuvieran impulsadas inexorablemente a ciertas tareas más allá de las preferencias o aspiraciones de los hombres, o a resultados predeterminados. Para la derecha religiosa, la matriz histórica principal de las derechas, puede haber redención o perdición, pero esto no está predeterminado. Y mucho menos a nivel de las fuerzas sociales. La predestinación y esas cosas no son de derecha; no hay una instauración inexorable de una sociedad nueva que va a ser resultado de un proceso histórico determinado por leyes. El historicismo no es un defecto de la derecha. Bueno, al menos en parte, Dardo provenía de la derecha. Su paso juvenil por Tacuara no es insignificante. Y el Movimiento Nueva Argentina está justamente sindicado como parte de la derecha juvenil peronista. Pero además, Dardo era previamente peronista. Tenía 14 cuando el golpe del 55 y participó de la Resistencia Peronista junto con su padre. Esa tradición, si existiera como tal, la del evitismo plebeyo, nada tiene de determinista. Tiene todo de llama viva en la que arde el mundo. La patria dejará de ser colonia o la bandera flameará sobre sus ruinas. Esta proclama sobrecogedora no es un firulete. La disyuntiva es real, la bandera puede terminar flameando sobre las ruinas de una patria que no pudo dejar de ser colonia. Dardo no fue tributario, en suma, de la tradición determinista, sino de la tradición de la voluntad, pero no en el concepto marxista, ni siquiera guevarista, sino en el de la voluntad de quien lucha sabiendo que puede ganar o perder, la voluntad del héroe en sentido clásico, no cubano. Es la voluntad pura, no la que tiene la historia a su favor, ni la de los dioses, que son tan volubles. No es la voluntad del foco. La voluntad foquista llegaba hasta decir: aunque las condiciones objetivas no estén dadas, las podemos crear. Pero se trataba de una corriente determinada por el proceso histórico. De hecho, toda la cháchara peronista, la hora de los pueblos, de que los hombres se la creen pero la historia se hace sola, de que el mundo marcha hacia el socialismo y tantas otras soserías de Perón, el general las puso en circulación en la estela del cambio mundial de la segunda mitad de los setenta. Él decididamente no pensaba así. Y lo más importante es que la historia experimentada como tal por Dardo, muy como tal, no es nada figurativo, la muerte de su madre, los bombardeos de junio, la revolución libertadora, las canas reiteradas, los caños con su padre, etc. no lo conducían a una certeza, sino a un desafío. Solo el pueblo salvará al pueblo, pero ¿podrá salvar al pueblo el pueblo? No me parece que 1969 sea percibido por Dardo como una confirmación de una hipótesis determinista, más bien maduraba una oportunidad. Una gran oportunidad, pero la oligarquía, el

imperialismo, las burocracias políticas y sindicales, los traidores siempre estaban ahí y podían derrotar y frustrar el esfuerzo popular. Seguramente que “a largo plazo” no, pero el largo plazo no era una cosa que debiera tomarse demasiado en serio. Bueno, desde 1973 en adelante sobreviene una catástrofe, y en 1975, poco antes de su detención, Dardo se encuentra por casualidad con uno de mis entrevistados, que había trabajado con él en El Descamisado. Dardo seguía con Montoneros, estaba participando del armado partidario en Misiones. En ese breve y afectuoso encuentro Dardo le dice a mi entrevistado, para su sorpresa, que “había decidido adoptar el marxismo como método de análisis de la realidad”. Me cercioré de no haber oído mal. Claro, se podrían colocar las palabras de Dardo en el marco de la presunta transformación ideológica de Montoneros. Pero eso no tiene sentido. Mi entrevistado se desconcertó y no le pidió explicaciones. Pero hubo algo así como una revelación religiosa. Dardo se sentía en plena derrota, sabía que iba a morir, sabía que la lucha en la que estaba embarcado no tenía retorno ni destino, pero podía darle un sentido a su voluntad de seguir. La certeza del triunfo había durado lo que un suspiro, entre el Cordobazo y el regreso tenebroso de Perón a la presidencia. Ahora la derrota era patente, pero valía la pena seguir luchando porque el proceso histórico estaba inexorablemente del lado de los pueblos. Es la adopción de una fe. Dardo no era un hombre de acción sin cabeza, tampoco era un intelectual, pero leía mucho y había encontrado siempre en sus lecturas fuentes para apuntalar la acción. Esta fue una marca fuerte de su vida. Y ahora este “marxismo” apuntalaba su abrazo sempiterno a la violencia.

Abril de 2018. –Yo soy rubia, y gordita –escuchó Antonio decir a la hija del Alemán. Quedaron para el lunes. El Gato Negro hace diez años era un almacén de café glamoroso –pensó–. Se avivaron. Llegó diez minutos antes, no juzgó de buen tono que Alejandra, al entrar, lo sorprendiera tecleando el celular. Optó por la reflexión. La entrevista no prometía mucho, la hija de Pfaffendorf le había advertido que era muy chiquita cuando. Pero él ya había encontrado perlas en páramos, nada se perdía con probar. Alejandra fue puntual. Era una cuarentona, en efecto gordita, de rostro sumamente agradable. La literatura vulgar diría que inspiraba confianza. La literatura vulgar no dice, se dijo, mientras se saludaban. Él había pedido un cortado, ella no quiso nada, aunque él fue elocuentemente convidativo –gasolera total, pensó Antonio, no quiere ponerme en gastos–. Reiteró el rollo de siempre, mientras pensaba que estaba diciendo estrictamente la verdad; es verdad, se dijo, que pienso que estoy

diciendo la verdad. Evitó caer en una regresión al infinito y fue al grano mentando al padre. Ella se rio, lo cortó.

–Sí, cuando alguien pronuncia o escribe bien mi apellido, es que conoció a mi viejo.

Antonio sintió que ganaba unos puntos. Alejandra era de las que interrumpían tupido.

–Yo no lo conocí a Dardo, pero mi papá y mi abuela me hablaron mucho de él. Para mi viejo, Dardo era un dolor constante en el alma, así decía. Desde que se distanciaron por la política, creo que ese dolor nunca lo abandonó. Encima con Dardo muerto. Me habló muchas veces... que Dardo se había pasado al otro bando, que se habían peleado, no se veían más y eso era muy duro.

–¿Lo seguía queriendo? –Antonio advirtió en el instante que esa pregunta era pésima, pero ya estaba hecha.

–Sí, y mi abuela también lo quería mucho –Alejandra recordaba sus recuerdos.

–¿Tu abuela?

–Sí, Dora, me habló varias veces. Sí, con Dardo se conocían de chicos, Rodolfo y él habían sido compañeros en el San José. Dora lo conocía desde entonces, tipo de tomar la leche en casa todos los días, así. Era macanuda mi abuela. Creo que Dardo la quería mucho.

Antonio comenzó a sospechar que la entrevista iba a valer la pena.

–¿Cómo sabés que la quería mucho?

–Mi abuela vivía en Chacarita, en Corrientes y Jorge Newbery, desde siempre – Antonio no pudo evitar pensar en el dandi deportista que viviera apenas tres años más que Cabo–. No sabía nada de Dardo desde hacía tiempo, mi viejo no lo veía, estaban peleados. Y un día Dardo la fue a ver, le dijo que venía a despedirse porque estaba seguro de que lo iban a matar, pero quería despedirse, la abrazó llorando, así me contó mi abuela varias veces. Y le dejó saludos para mi viejo.

Antonio no abrió la boca, esta vez no pensaba.

–Mirá si no la iba a querer.

–A tu viejo, ¿no lo buscó? –preguntó Antonio, salvando la ropa. Pero sabía la respuesta. Antonio pensó que nunca habían dejado de ser amigos, punto. Pensó que esa renuncia a verse era, quizás, la forma más excelsa de amistad, aquella que sacrifica el trato amistoso. Pero qué estupidez, se dijo.

–¿Y cuándo fue, Alejandra? La visita.

–No sé –respondió tranquila–, pero tiene que haber sido en 1974 o 1975. Yo no sé mucho de política.

–¿Le dijo que estaba resignado a que lo mataran? –Antonio pensó en el policía malo. Era malísimo, no el policía malo, sino él, haciendo entrevistas. Se arrepintió otra vez.

–Mi viejo me contaba que había participado mucho en la preparación de la Operación Cóndor –dijo Alejandra, cometiendo el error de nominación más común sobre aquel episodio–. Y Dora vivía con el corazón en la boca, pero no tenía resentimiento contra Dardo ni le hacía reproches a mi viejo, creo que pensaba que así tenían que ser las cosas. Pensar que a mí la política me interesa tan poco. Bueno, a mi viejo le quedó una frustración muy grande con Malvinas. Yo una vez me enojé, le dije que la cargaba de culpas a la familia, que era injusto. No lo dejaron viajar, porque tenía una hija, mi hermana mayor. Ni casados ni con hijos. Esa fue una de Dardo. Y me parece bien, qué puedo decir.

–Américo Rial, que los conoció mucho...

–Américo es encantador, yo hace mucho que no lo veo...

–Me decía –esta vez interrumpió Antonio– que salían por la calle Florida, con toda la pinta, Dardo y tu viejo...

–Eran hermosos los dos... los cargaban, les decían petiteros, tenían mucha pinta, yo encontré una foto donde están los dos, de un casamiento, te la voy a buscar...

Antonio no se hizo esperanzas, pensó en la foto, en blanco y negro, como tapa de su libro. Se sintió un caradura. Descartó pedir otro café. Midió su sonrisa, inadvertidamente, mientras preguntaba.

–Y tu viejo... ¿no conversaba de política con vos?

–Mi viejo era muy peronista. Era de los que daban la vida por Perón de verdad. Él y Rial vivían para la política, no vivían de la política, lo digo en serio – Antonio se preguntó dónde habría leído Alejandra a Weber, pero estaba oyendo bien–. Aunque después se adaptaron, un poco. Quedaron muy desilusionados con la democracia, con las elecciones del 85 –dijo–, decían que la política se había vuelto un comercio sin ideales. En los noventa fueron funcionarios, mi viejo trabajó en Migraciones. Pero eran los mismos. Hasta el 76 trabajó en la Secretaría de Prensa de la Presidencia. ¡Pero yo lo vi a Rial en el 83 haciendo pintadas! Cerca de mi escuela. Yo salía con mis compañeritas y me daba vergüenza.

–¿Y qué pensaba tu viejo sobre aquellos tiempos del MNA? –fue la pregunta imprecisa de Antonio.

–Mi viejo tenía un disco con... ¿cómo era? Era un himno español...

–Cara al sol –disparó Antonio.

–¡Ese! Mi viejo escuchaba Cara al sol y lloraba.

Capítulo V

–Sí, bueno, la cuestión nunca fue si eras peronista o no, sino a qué clase de peronismo pertenecías –reiteró Dardo pacientemente–. La retórica a veces era otra, “esos coso’no son peronistas”, pensándolo bien es lo que dice el gringo Gillespie, pero era solo eso, verso, un arma retórica para descalificar. El “peronismo verdadero” era simplemente todo, todo el peronismo era verdadero; cuando nosotros decíamos que Romero, Paladino o Izzeta no eran peronistas, sabíamos demasiado bien que sí lo eran. Tanto como nosotros. Paladino era un hombre de la Resistencia, inteligente y sagaz, no un traidor. Pero no es que hiciéramos trampas, se trataba del esfuerzo por definir un campo, separar las aguas, lograr lo imposible. Por darle la forma que nosotros deseábamos a la plastilina peronista.

–¿Definir un campo? –inquirió la Negra.

–El campo estaba definido, era inmodificable, pero pocos se daban por enterados. No muchos querían compartir la liza, lo que querían más bien era quedarse con todos los estandartes. Y condenar a los otros a... ¿la muerte? No; a la irrelevancia. Y nosotros no éramos un partido. Este no es un detalle menor, quiere decir que contábamos con recursos muy diferentes, muy heterogéneos, para competir entre nosotros. Y sinceramente a mí esto me pareció muy bien, y si estuviera vivo me seguiría pareciendo perfectamente bien. Desde 1955 hasta 1973 transcurrieron –computó Dardo– más de diecisiete años. Algunos lucharon constantemente, otros menos, otros nada, otros le lamieron el culo (perdón, Negra) a los sucesivos gobiernos militares o gorilas. ¿Por qué todos teníamos que pasar por el filtro democrático de un hombre un voto? Francamente no le veo sentido. Esto se había planteado poco antes, a fines de la Segunda Guerra Mundial, en Yugoslavia, de un modo sugestivamente parecido. ¿Me permiten la digresión? –Dardo se levantó de su poltrona para invitarlos a dar un paseo–. En los años finales de la guerra, los aliados occidentales mantenían un punto de vista muy convencional sobre el orden político inmediato para los Balcanes, concebían una especie de restauración, mientras Stalin, como una vieja raposa sanguinaria, esperaba que se complicaran las cosas. Los aliados abogaban por el

retorno de una monarquía históricamente identificada con la dominación serbia. Esperaban que los croatas y demás grupos nacionalistas confiaran, cándidamente, en que el futuro rey Pedro no habría de ser un instrumento de aquella dominación. ¿Lo encuentran hilarante? La historia está llena de posguerras que han sido el escenario de los dibujos geopolíticos más estrafalarios. Y eso no era todo. Tito y sus partisanos, esperaban también los aliados, debían dismantelar el gobierno provisional y renunciar a toda intención de establecer el comunismo, y finalizada la guerra se celebrarían elecciones libres y se establecería una democracia parlamentaria. Ah, bueno. Pero los partisanos no habían luchado contra los ustashas, los chetniks, los italianos, la Wehrmacht y los nazis, los fascistas de todo pelaje y laya, no habían hecho tantos sacrificios y sobrellevado la muerte de tantos camaradas para establecer la dictadura monárquica del pasado o una democracia burguesa donde cada hombre tendría un voto, al margen de lo que hubiera hecho en la guerra, incluyendo matar partisanos. No, para los partisanos, el sistema representativo no podía ser de ningún modo el filtro de la voluntad popular.

—¿Había un filtro menos malo? —preguntó medio revirado Antonio.

—Bueeno, boluudo —dijo Dardo en intencional porteño y atenuando la expresión con el gesto de acercarse a un abrazo—, Tito combinó bien las cosas, había muchos que se sentían yugoslavos, especialmente entre los comunistas, pero sobre todo había un conjunto de nacionalistas de todas las etnias que se odiaban mutuamente y que tenían un pasado de masacres recíprocas espantosas, algunas muy recientes. Durante la guerra, va de ejemplo, los ustashas, católicos, pedían a los chicos en las aldeas serbias que se persignaran. Si lo hacían de izquierda a derecha estaba todo bien, pero si lo hacían de derecha a izquierda los ejecutaban en el acto. ¡En enclaves serbios en Croacia que tenían siglos! Pese a la sangre había que establecer una unión, como la única garantía, mínima, de mantener la paz civil, pero, entonces, esa unión tendría que ser laxa, porque si los que se sentían yugoslavos eran muchos, eran muchos más los croatas, los serbios, los eslovenos, etc., que se sentían croatas, serbios, eslovenos por encima de todo y cultivaban su odio ancestral. Hasta de una forma paranoica, porque todos, menos los serbios, temían que una unión federal yugoslava no fuese más que la Gran Serbia disfrazada. Y sí, la Constitución hizo una Yugoslavia laxa. Miren, estipulaba que cualquier miembro de la federación, más bien una confederación, se podía retirar unilateralmente en cualquier momento activando un proceso decisorio previsto. Aquí en los Elíseos se aprende cada cosa —continuó Dardo meditativo, mientras se aproximaban, a paso lento, a una laguna de aguas

verdosas—. Yugoslavia, como Estado, siempre fue constitucionalmente más laxa que la Argentina desde 1853. Bueno, eso no podía funcionar. ¿Cómo iba a funcionar si era como meter en una bolsa a un montón de gatos famélicos y coléricos? El gato mayor, Serbia, solo sabía imponer el orden de los cementerios, y tampoco era posible, porque los demás se lo impedían aun sin dejar de reñir entre sí. No podía funcionar. Pero funcionó.

Dardo hizo una pausa, entretenido en las volutas de un capitel jónico de una de las columnas que enmarcaban el área por la que se desplazaban, a falta de las volutas de humo de un buen faso. La Negra se percató de que estaba disfrutando de una erudición adquirida no hacía mucho, pero ya intemporal, y de trasmitirla a sus visitantes, que si bien no tenían ninguna dificultad para seguirlo, no conocían bien el tema. Dardo se detuvo y los encaró.

—¿Por qué funcionó? Por muchas razones, entre ellas la increíble torpeza de Stalin, la habilidad política superior de Tito, pero sobre todo por una cosa: la dictadura de partido único. Mejor decirlo con todas las letras, ¿no? La dictadura de un partido, y un liderazgo bastante especial, muy carismático pero fuertemente institucional... bueno, no entremos por ahora en divagaciones adicionales —los tres sabían de qué divagación se trataba—. Todo eso, partido único, liderazgo, dictadura, atravesando ¿cómo dicen los politólogos? Ah sí...

—Clivajes —acotó con reflejos rápidos Antonio.

—Ah, sí, veo que me seguís al toque. Clivajes, sí, qué pelotudos. Dictadura, partido y liderazgo atravesaban los clivajes; del mismo modo en que nosotros atravesamos ahora este lago de orilla a orilla, uniendo, digamos, las dos orillas, y sin mojar nos los pies. Síganme, que... que lo van a comprobar.

En efecto, Dardo se introdujo, con paso rápido, en la lagunilla, de las tantas que pululaban en esa región del Hades, seguido con cierta aprensión por Antonio y la Negra, que metieron sus pies en las inmóviles aguas, sin mojarse. Antonio se abstuvo de hacer un chiste estúpido sobre las patas y la fuente. Dardo resolvió proseguir con su ponencia.

—La dictadura de partido único unía las orillas opuestas o, si lo prefieren, era como esos broches que aproximan y pegan los labios de las heridas. Entonces, por caso, el presupuesto de la rica Eslovenia sufría año tras año recortes en beneficio de la paupérrima, pero torvamente belicosa, Montenegro. Croacia

también cedía recursos, pero en compensación no se permitía a Bosnia, que se beneficiaba con ellos, cerrar su menguada economía a la pujanza de mercado libre con que los croatas se expandían y medraban. Y así. Otra vez la cuestión meridional y la nación, pero no ya en la Italia de Gramsci. Aunque ahí nomás. Y estaba todo bien, Tito se las arreglaba. Pero todo esto, para funcionar, tenía una condición necesaria: una legitimidad duradera, una fuente de legitimación de la que manara la reproducción del orden federal. ¿Y cuál era? El marxismo-leninismo al que se agregó luego un nacionalismo antiimperialista suave pero muy activo; fue Tito el fundador del Movimiento de No Alineados. El marxismo-leninismo no era más que eso en Yugoslavia, una retórica aterciopelada, iba atrás de los hechos, justificando un barrido tanto como un fregado, un ejercicio arbitrario del poder, la planificación, el libre mercado, la propiedad colectiva, la autogestión, la propiedad privada; prohibir un libro de Djilas hoy, permitirlo mañana, subsidiar una revista de crítica literaria pasado, dejar de hacerlo la semana entrante. Un marxismo-leninismo metomentodo, como todo marxismo-leninismo de gobierno, aunque desde luego estaban a años luz del estalinismo y eran muchísimo menos arbitrarios. Lo que no eran era democráticos. Eso a ellos no les preocupaba, pero nosotros podemos hacernos la pregunta. ¿Se podía mantener unida y algo solidaria la laxa Yugoslavia sin un régimen de dictadura de partido único, aunque fuera muy benevolente? Benevolente hasta por ahí, pero infinitamente más que el soviético, por no hablar del chino, por no hablar de los socialismos reales berretas de Europa del Este. Y todo esto, es decir –habían llegado a la otra orilla de la laguna, mientras Dardo juntaba con renovado énfasis las cosas que parecían separadas e irreconciliables–, la dictadura de partido, el liderazgo, no conviene tomarlo en joda. ¿Dónde hubo una revolución comunista en Europa? Apenas en Rusia y en esa entidad inexistente llamada Yugoslavia. El resto fue el Ejército Rojo. ¿Quién ganó la guerra en los Balcanes? ¿El Ejército Rojo? Los partisanos. Una poderosa fuente de legitimidad histórica, unas raíces sociales de la revolución y la guerra no menos potentes. A la larga tuvieron problemas, es verdad, porque las tensiones separatistas no se resolvieron nunca del todo. Recogiendo la metáfora de la herida, fue como si los labios de cada herida étnica, religiosa, se mantuvieran juntos, yuxtapuestos, pero sin cicatrizar. Y aun antes de la muerte de Tito fue como si el partido, curiosamente llamado Liga de Comunistas, se fuera fraccionando, sometido a las fuentes regionales de tensión, a las presiones culturales, al nacionalismo estudiantil, al romanticismo de los intelectuales, y por fin al oportunismo político. El epílogo lo sabemos. Lo que para mí resulta tan transparente como el agua de esta laguna verde –que dejaba ver peces huidizos– es que si en 1945 se hubiera implantado una democracia

representativa, coronada por una monarquía constitucional o no, Yugoslavia se habría partido rápidamente y, tras unas cuantas masacres, la línea de frontera de la Guerra Fría habría pasado por Sarajevo. Con dictadura de partido único, Yugoslavia y la paz civil tuvieron su oportunidad.

Dardo parecía convencido de lo que decía, pero dio calce a cualquier comentario que sus huéspedes quisieran formular. Antonio se preguntó si había sido así también en vida; por unos segundos revolvió en su mente las entrevistas preliminares que habían hecho con la Negra, las miles de páginas de tantos libros buenos y malos que habían leído. Dardo era presentado frecuentemente en contextos dialógicos. El impulsivo hombre de acción –¿o el frío hombre de acción?– al parecer sabía dialogar. El dandi retraído conversaba. Pero la Negra ya había tomado la palabra y él se sintió papando moscas.

–¿... en la democracia?

–Sí, yo en esto, no vayas a creer –respondió raudamente Dardo–, lo sigo a Churchill, ese caballero imperialista. Nadie desconoce la elegancia de su argumento: la democracia es el peor sistema de gobierno, una vez que se descuentan todos los otros. El término clave es worst, peor –escucharon sin entender del todo–. Hace la diferencia entre una ironía profunda y una banalidad. Decir que aunque la democracia es mala es mejor que todos los otros sistemas de gobierno es banal. No es más que poner de manifiesto una preferencia. Decir que la democracia es el peor sistema de gobierno una vez descartados todos los otros es una forma elegante de decirle a la democracia lo que realmente se piensa de ella. Aun cuando no nos quede más remedio que convivir con ella. Y, sin ofender, creo que ustedes deberían admitir que el sistema de gobierno representativo es feísimo. Pero retomando nuestros diálogos desde el principio, hay cosas que se pueden pensar. No fue mi caso, pero sé de muchos compañeros que, entre 1955 y 1973, sintieron que no solamente les arrebataron seres queridos, sino también años de vida. Bueno, también fue mi caso, ¿cuántos años estuve en cafúa? Aunque nunca conseguí percibir así del todo esos años. Parte de los años en cana fueron años vividos, amados, leídos. Pero bueno, el rejunte de oportunistas que se armó una vez que el Viejo hizo el enroque entre Paladino y el Tío era patético y no contaba con los recursos ni para ganar una elección municipal. Lo necesario para ganar la carrera electoral, en la que cada hombre y cada mujer valen un voto, lo pusimos también nosotros, que no creíamos mucho en eso. No me pregunten ahora quiénes son nosotros. Pero saben que alguien se cortó solo, cosa que tiene una gran importancia en política. Ya lo mencionamos,

fue Carlos Hobert, que entonces tenía 26 años, el que dio el empujón a Montoneros presentándole un hecho consumado. Hobert conducía la Regional Buenos Aires, y en diciembre de 1971 asaltó un camión bancario blindado, y se aseguró la resonancia enorme del comunicado que se emitió inmediatamente: se le exigía al régimen elecciones con Perón en la patria y como candidato. El episodio podría llevarnos a reabrir la discusión sobre violencia y política, pero no se asusten. La exigencia al régimen era redundante; los verdaderos destinatarios eran los Montoneros. El fait accompli fue magistral y doblegó las resistencias internas, que eran muy fuertes, y que giraban en torno a un pilar: la guerra revolucionaria. No ya la insurrección popular sino la guerra popular prolongada. No el foquismo sino la guerra urbana, la guerra de masas. ¿Elecciones? Lo que queda claro es que nosotros no creíamos en una democracia representativa que no sería justa, y yo sigo sin creer en ella. Hobert estuvo brillante. Tras algunas vacilaciones, yo estaba en tránsito desde Descamisados hacia Montoneros, y lo respaldé. ¿Cómo íbamos a combinar las cosas, las armas y las urnas? No sabía; sí sabía que entrábamos en un terreno neblinoso nuevamente, donde el pedido justo de entrega de nuestras vidas, de nuestros mejores años, cambiaba de signo. Bueno, yo no puedo comparar, pero esa retórica de la entrega es más nacionalista, más facha –Dardo se rio amargamente– que de izquierda. Pero toda esa entrega había sido una entrega justa. Ahora se nos iba a pedir una entrega que no sabíamos, comenzaba a intuir, si sería justa, una entrega política, la entrega a una transacción, una entrega que nos igualaba en el voto y, lo que era todavía peor, que nos igualaba en el poder decisorio, que pasaba por la picadora de carne del sistema representativo. Porque, vamos, la entrega está muy bien, pero ¿por qué se tiene que traducir en la falta de justicia a la hora, nada menos, de decidir qué hacer con el poder? ¿Siendo que es con el poder que se puede hacer lo que se debe hacer? ¿Siendo que el poder es indispensable para realizar la justicia? ¿Por qué es un orden justo un orden en el que el poder decisorio de todos es igualado por un segundo, en una urna, para producir ipso facto un poder desigual se lo mire por donde se lo mire? Un orden que no premia a quienes se han esforzado más por construirlo. Y no premia a quienes mayores garantías ofrecen de realizar sus fines... aunque esto... bueno, tendríamos que pensarlo...

Dardo pareció tomarse un respiro; había resuelto que el desahogo era suficiente. Los desahogos eran habituales en el Hades, basta recordar el más clásico, la lamentación de Aquiles frente a Ulises, fugaz visitante. Pero no eran habituales en esa porción paradisíaca, los Campos Elíseos. Dardo estaba fuera de tono.

–Me temo, Dardo –dijo Antonio–, lo tuyo me sabe algo patético, carente de realismo. El patetismo no va con tu personalidad, y la falta de realismo, no sé... Nicolás no la aprobaría...

–¿El zar Nicolás?

–No, Dardo, qué zar. Nicolás Maquiavelo –respondió Antonio mientras reían los tres. Ignacio los observaba con una sonrisa paternal–. Como sea, el patetismo me parece el pecado mayor, comparado con él tu falta de realismo es apenas venial.

–Será venial pero me costó la vida.

Abril de 1975. Emiliano Costa y Dardo estaban reunidos con otros cuatro compañeros, absurdamente, en una parrilla de Morón. Ambos salieron hacia el automóvil que los había traído cuando dos policías munidos de ametralladoras aparecieron como por encanto (es un decir) y se apostaron en sendos flancos. Estaban fritos, Emiliano y Dardo; este alcanzó a ver cómo un pelotón uniformado sacaba a empujones a los que habían quedado esperando, entre ellos Dante Gullo. Estaban todos fritos. Dardo sabía que podía ocurrir. Muchos jóvenes, todos hombres, esperando horas y horas sin propósito aparente, los hacía sospechosos hasta para el más distraído. Dardo había cruzado miradas inquietas con el Canca, pero ni este ni él habían hecho nada.

Sentía las ataduras y el apretar de las correas como férreas manos de hierro. No podía moverse. Vagamente comprendió que esa inmovilidad insuperable, si bien tenía sentido práctico para quienes se estaban ocupando de él, lo ayudaba, aunque de un modo casi insignificante. Advirtió sobre todo que había aguardado largo tiempo ese momento. Supo sin sorpresa que el dolor no era un invasor desconocido. Pero que por atroz que fuese, esto sí lo entendió con sorpresa, quedaba relegado a un plano secundario, porque lo único que necesitaba era respirar. Y no podía. Creyó que su colapso, su asfixia, eran inminentes. Su final.

* * *

–En el fondo, es la relación entre el poder y el orden –adujo–, porque el poder se debe, siempre, al orden.

Antonio y Dardo la contemplaron algo sorprendidos. No se esperaban una tesis tan descarnada de parte de la Negra.

–No me miren así que no nació ayer –continuó–, es inherente al poder establecer un orden, o por lo menos intentarlo. Y ¿por qué ese orden ha de ser el orden justo?

La pregunta ahí quedó, repiqueteando. Finalmente Dardo recuperó la iniciativa.

–Hace un rato dije muy sinceramente, lo juro por estos lugares sagrados, que peronistas éramos todos. Pero en otro sentido se podría decir que el único peronista era Perón. No es un retruécano. Perón fue el primero y el último peronista, precisamente porque conjugaba poder y orden. Perón era un hombre de orden, qué duda cabe. Un orden vertical, capaz de presidir una armonía social que no brotaba espontáneamente de los actores, de las fuerzas, de los intereses. Perón no se engañaba en este sentido: la comunidad organizada era un orden político, que huía de las serpientes liberales, los partidos, pero que no se realizaba en un equilibrio natural. Perón no creía en eso, ni en la representación, sino en el Estado. La comunidad no se autoorganizaba, precisaba de la política vertical para organizarse. Todo esto tenía un aire restaurador. Recuerden: “Cuando nuestro tiempo se plantea cuestiones de Moral o de Ética... no ignora que en la confusión de muchos valores desempeña un activo papel el signo vertiginoso del progreso. La evolución humana se ha caracterizado, entre otras cosas, por lanzar al hombre fuera de sí sin proveerle previamente de una conciencia plena de sí mismo. A ese estar fuera de sí puede atender mediante leyes la comunidad organizada políticamente... aparece el ‘nosotros’ en su ordenación suprema... El pensamiento puesto al servicio de la Verdad”. Pero esta verticalidad del orden político debía combinar autoridad y visión; la conferencia de 1949 en Mendoza y Conducción Política no son tan diferentes, son más bien textos complementarios, aunque el Viejo no escribió el primero y el segundo sea nomás un conjunto de charlas. Los estoy aburriendo, porque todo esto lo sabe cualquiera. Los despabilo con esta perlita: el Estatuto del Peón, en su art. 3, reza “El cuadro completo de los derechos que el mismo prevé en ningún caso deberá ser interpretado por los beneficiarios o por autoridad alguna en el sentido de crear divergencias o de romper la tradicional armonía que debe ser característica permanente en el desarrollo del trabajo rural”. No es la pluma

del general. Pero intento precisar un campo de partida, en el hipódromo serían unas gateras. La autoridad emanaba de una fuente epocal, un sentido histórico. En el siglo XX, esa autoridad emanaba de los pueblos; Perón creía en la nación, pero sabía que la legitimidad política era una cuestión popular. En rigor, la fuente última de la autoridad era una serie de valores que no mutaban, que pendían platónicamente, si se quiere, sobre los hombres. No es que la solidez de esos valores dependiera de lo popular, no. Era preexistente. Es una ironía que el texto filosófico pretendidamente considerado la piedra angular del justicialismo sea un texto nostálgico. Pero la vigencia terrena de esos valores sí dependía de lo popular. La hora de los pueblos no quería decir mucho más que eso. La pluma del ghost writer de 1949 no tiene empacho en invocar a Aristóteles: “El hombre es un ser ordenado para la convivencia social; el bien supremo no se realiza, por consiguiente, en la vida individual humana, sino en el organismo supraindividual del Estado; la Ética culmina en la política”. Perón cita al estagirita pero agrega: “lo que le faltó a Grecia para la definición perfecta de la comunidad y del Estado fue precisamente lo aportado por el Cristianismo: su hombre vertical, eterno, imagen de Dios”. En el siglo XX, el siglo de las masas, la vigencia de este hombre vertical y eterno, imagen de Dios, dependía de las masas, en un mundo cuyos cambios ponían esta vigencia en peligro: “La crisis de nuestro tiempo es materialista. Hay demasiados deseos insatisfechos, porque la primera luz de la cultura moderna se ha esparcido sobre los derechos y no sobre las obligaciones... La sociedad tendrá que ser una armonía en la que no se produzca disonancia ninguna, ni predominio de la materia ni estado de fantasía. En esa armonía que preside la norma puede hablarse de un colectivismo logrado por la superación, por la cultura, por el equilibrio”. No resisto, a riesgo de hartarlos, recordarles otra joyita antes de cerrar: “La justicia no es un término insinuador de violencia, sino una persuasión general; y existe entonces un régimen de alegría, donde lo democrático puede robustecerse en la comprensión de la libertad y el bien general”. Pero, entonces, ¿cómo corporizaba la política vertical indispensable su legitimidad, si esta legitimidad descansaba en las masas? Muy simple, encarnándose en los grandes hombres y, en todo caso, en el legado que eran capaces de dejar: un movimiento, una doctrina, veinte verdades, todo lo cual tenía esa concepción del hombre vertical y eterno por tácito encuadre. El Viejo decía que solamente la organización vencía el tiempo y cosas así; estaba dando por descontado aquello de lo que no se precisaba hablar como, según observa Borges, no precisaba Mahoma hablar de camellos en el Corán: de los hombres providenciales, aquellos que eran capaces, como él, de una mirada histórica, de colocarse por encima de la ingenuidad, esa ingenuidad que le hacía decir guiñando un ojo “los hombres son unos angelitos”. Los hombres son unos

angelitos porque inocentemente creen en la voluntad; todos menos los providenciales, las encinas de Malraux, que ven más lejos, ven el devenir histórico. Los hombres creen poder hacer lo que quieren, los hombres providenciales saben hacer lo que se debe, lo que manda la historia. Esto es romanticismo puro, siglo XIX. Perón era ecléctico, picaba un poquito de todas partes, pero este rasgo, la diferencia abismal entre el gran hombre y el común de los mortales, encuentra raíces en Carlyle y los románticos. Pero yo creo en la voluntad.

Dardo hizo nuevamente un largo silencio. Ya habían traspuesto la verde laguna, y la contemplaban desde una suavísima colina cuyo césped parecía de peluquería. Vieron una barca, portadora apenas de dos o tres almas, surcar lentamente el espejo de agua.

Abril de 1975. Detrás de un tiempo incalculable, estaba el pozo en el que Dardo cayó durante lo que podría ser nominado como primer intervalo. El dolor prácticamente no menguaba, pero Dardo pudo respirar libremente, y líquido y lacerante se derramó entero en ese cuenco de vida. Supo en esos instantes que no moriría de asfixia, que la primera de las estaciones de su Gólgota iba a cumplir puntualmente con sus deberes, entregándolo a la siguiente tan vivo como lo había recibido, poco más o menos. Se sintió rodeado de un silencio y una oscuridad que no dejaban dudas. Con los restos de su voluntad desmantelada, intentó auxiliarse en grupos de recuerdos dispersos en su mente. Intempestivamente emergieron un rostro y un nombre, que al principio no fue capaz de identificar. Un adulto aún joven, muy pálido, de cabello oscuro y labios finos, orejas muy pegadas a los temporales, ojos casi imperceptiblemente achinados y mirada reconcentrada. Juan Ovidio Zavala. Sí, se trataba de Ovidio Zavala, y mientras intentaba vanamente mitigar el dolor mudando de posición todo lo que sus ataduras le permitían se preguntó qué había venido a buscar, Ovidio Zavala, en esa circunstancia. No tardó en darse cuenta. Zavala volvía por sus fueros; en noviembre de 1969, el periodista Dardo Cabo se había topado con una crítica concienzuda, valerosa, a El 45: crónica de un año decisivo, de Félix Luna, firmada por un tal Zavala. Y había escrito que tras un frío análisis de la trayectoria de Zavala resultaría fácil “recusar al crítico: fue opositor encarnizado del peronismo, puso bombas, conspiró y se tiroteó con los partidarios de Perón; estuvo preso y fue torturado”. Era difícil, agregaba Cabo, que tras esas contingencias pudiera Zavala dar un juicio procedente de ese

libro. Pero su pluma daba aquí un giro inesperado: “sin embargo, Ovidio Zavala es de los que se juegan y luego no lloran cuando pierden. No llora su cárcel ni las torturas, más aún, se pone por encima de ellas y las toma como riesgo del oficio del militante”. Gajes del oficio. Dardo sintió que en aquel noviembre de 1969 esa, gajes del oficio, era la expresión que habría debido insertar y que finalmente reemplazó por otra menos rotunda. Podía jurar que había vivido de ese modo sus numerosas estadías carcelarias desde 1955, y también los “malos tratos” ocasionalmente infligidos por sus captores. Por eso en 1969 había encontrado en Zavala, ese libertador y gorila, un igual, un adversario digno con el que “era lindo poder mirarse a los ojos”. Y ahora sentía que se estaba traicionando penosamente a sí mismo: no son gajes del oficio, comprendió con estupor. Al fin, descubría que Ovidio Zavala y él tenían en común algo más que la dignidad: una condición humana que esos gajes arrasaban como una ventisca a un castillo de naipes.

* * *

Curiosos, los chicos observaron la barca. Según Dardo se trataba de un navío de línea, perfectamente innecesario, que hacía el trayecto regular entre orillas. Dardo advirtió que la Negra y Antonio estaban atónitos: pintado a estribor en el casco, la barca llevaba su nombre: 17 de octubre. Esa extravagancia tenía que tener una explicación. El ilustre anfitrión se las dio, entre risas: la barca llevaba tantos nombres como residentes del paraíso helénico aficionados a observarla. La mayoría en griego antiguo. Pero para aquel grandote rubio y de ojos azules, por ejemplo, la barca se llamaba Pearl Harbour. En memoria de los caídos. Dardo cerró el intervalo.

—Perón era como un Moisés negociador. Por un instante Moisés había vacilado entre arrojarle las flamantes tablas de la ley por la cabeza a su grey u obligarla a someterse a la más rigurosa disciplina moral. Moisés demostró la estatura de los grandes hombres cuando fue capaz de contener su ira. Perón era un Moisés negociador, entre una y otra alternativa elegía una tercera, un término medio, menos severo y más paternalista. Creía en los valores permanentes, y creía asimismo en que había que adaptar esos valores a los tiempos. Les confería a esos valores la plasticidad necesaria —eso creía él, al menos— para ser eficaces en

la organización vertical de la vida en común. Pensar que Tito y Perón fueron contemporáneos. Y nosotros los identificábamos en su tercermundismo. En eso no entendíamos nada. Pero eso sí: ambos creían en su propia magia, ingenuidad peor que la de los “angelitos” que no es difícil encontrar en los grandes hombres. Perón era un hombre vertical, que creía que su carisma y su talento podían conciliar el orden y los valores sempiternos con los movimientos profundos, tectónicos, de las masas. Un arquitecto que creía poder erigir su obra magna sobre un tremedal. Pero un hombre de orden al fin. Por eso les digo que en cierto sentido el único peronista era él. Evita no. Evita no creía en el orden. Creía en el poder y en la voluntad. Pero se trataba de un poder diferente, no estaba destinado al orden. Destruir a la oligarquía, convertir su imperio en el agujero negro del poder, levantar para siempre a los trabajadores y a los pobres, ser espléndida con los únicos privilegiados, hacer de su vida misma (de su cuerpo, su indumentaria, sus gestos y palabras) un desafío plebeyo a los sobreentendidos y las complicidades rancias de los poderosos –no hay rasgo más importante que ese desafío en el plebeyismo–, nada de eso formaba parte de una agenda de orden. Para algunos podía ser la agenda del resentimiento, para otros la de la felicidad. Lo cierto es que a Perón se le iba de las manos; creo que cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde. ¿Quién era Evita para tomar una decisión tan trascendente –y tan correcta, dígame de pasada– como la de formar milicias obreras sin consultar al general? La respuesta es una sola: Evita era Evita. Eso no tenía nada que ver ni con el orden ni con el postulado que de la boca para afuera nadie podía tocar y que, en la práctica, solamente podía tocar la propia Evita: que el verbo era Perón. Y cuando Evita murió fue peor, porque dejaba un legado profundísimo en el peronismo, la marca del odio. No es que los gorilas, los oligarcas, los oportunistas y logreros cuya lealtad era siempre dudosa no se merecieran ese odio; pero Perón no sabía qué hacer con él. Y no podría haber sido de otro modo: desde 1955 el legado maldito del evitismo se agigantó. Aunque el general, un optimista incurable en cuanto a sus propias capacidades, comenzó a jugar con fuego. Creyó que podría controlar sin dificultad el juego de inyectar periódicamente dosis de desorden para mantener el orden de su movimiento y restablecer el orden en la Argentina. Quizás uno pueda decir que no le quedaba otra, que era hacer eso o envejecer tomando manzanilla en cafeterías de la Gran Vía. Como sea, esto tuvo un precio, porque si Evita constituía la negación de hecho del monopolio de la palabra autorizada, si había sido un manantial turbulento de desorden, 1955 y su propio juego tras él abrieron brechas en la arquitectura política del general: su monopolio de la palabra autorizada se debilitó dando paso a otro juego, el de una ambigüedad cada vez más radical.

–Me parece, Dardo –interrumpió Antonio–, que se te va la mano, estás juzgándolo demasiado severamente. Y como la Negra no estará dispuesta a fungir de defensora de ausentes, lo haré yo. ¿De qué inyecciones de desorden me hablás? Si lo que había era puro desorden. No hablemos de los “enemigos del pueblo”. Consideremos apenas el “campo popular”, sabés que no creo en estos términos. Era imposible que la respuesta a la Libertadora, a la Fusiladora, si preferís, fuera otra cosa que desorden. Era un caos, y fue efectiva porque fue un caos, aunque a ustedes les quedó una imagen de derrota, retrospectivamente bastante insólita. Ejemplo: todo el mundo desconfiaba de todo el mundo. La desconfianza lastraba la acción colectiva y envenenaba la vida cotidiana. Pero, ¿qué mejor antídoto contra la policía, los servicios, los comandos civiles, los soplones, los pusilánimes, los cobardes? Además, la Resistencia dio lugar a una pluralidad de acciones y concepciones. ¿No era mejor que florecieran mil flores? Nada de esto dependió de la disposición de Perón de inyectar desorden. Nadie le pidió permiso al general.

–Mirá, Antonio, me alegra que lo digas vos, porque estamos eslabonando como debe ser la cadena de heridas que nos unció a la vida, al amor y a la muerte. Disculpen esta invocación pretendidamente lírica. Son eslabones mal reconocidos, pero son mi historia de y en el peronismo.

Embalado, esta vez Antonio no estaba dispuesto a darle cuartel a Dardo. La Negra, algo perpleja, preguntó por los eslabones.

–Sigamos hablando de lo mismo y de otra cosa –se adelantó Antonio–. No te la voy a hacer fácil, Dardo, en esta jornada que no sé si es de día o de noche. Hablaste mucho y bien, pero hay un montón de puntos oscuros. Ustedes, sigo tu inevitable imprecisión, no fueron apenas objeto de un desorden contextual, como el de la Fusiladora; he releído la historia de la toma del Frigorífico en Mataderos y no veo cómo podrían haber hecho otra cosa, no importa si asistidos o no por la “razón técnica” del desarrollo o la modernización. Hasta ahí, y aún después, fueron, quizás, hojas al viento. Pero luego empezaron a ser soplido, y soplido cada vez más fuerte.

–No voy a negarlo, hay un linaje, ¡si es lo que quiero decir! Se piense lo que se piense de la violencia política en general, de la violencia de los sesenta y setenta en la Argentina, y de la violencia guerrillera, hay un linaje, que no puede ser entendido con los lentes del entrismo, la infiltración, el vanguardismo o el izquierdismo pequeñoburgués, el infantilismo juvenil, ni nada de eso. El

entrismo no explica nada, y el militarismo no nació de un repollo. No se pueden entender dos décadas de la historia argentina pensadas como si el peronismo y la violencia fueran radicalmente ajenos uno al otro. Y tampoco se pueden pensar como de disputa entre Perón como titular de la palabra autorizada y jóvenes advenedizos que se la pelearon. Porque, en los hechos, Perón no terminó de ejercer plenamente esa titularidad, y entre Evita y la contestación violenta de los setenta hay eslabones muy sólidos. Por eso me parecen lamentables muchos peronistas de hoy, que a la hora de historiar adoptan la actitud de la dama que tropieza, del brazo de su marido, con un antiguo amante, al que cuando la saluda, ella le dice con sincera estupefacción: “caballero, ¿usted me confunde!”. Aunque hay otros que quizás hacen algo peor: nos reciclan como si tuvieran beneficio de inventario. El setentismo se destaca por este modo de proceder, algo desvergonzado. De paso, también es amarga la canonización de la que soy víctima. Me refiero a esos videos preparados para museos y canales culturales, que reemplazan sin escrúpulos toda mi actividad política tras el Operativo Cóndor hasta mi muerte... por puntos suspensivos. Son diez años de la nada misma, y muero víctima del Terrorismo del Estado. Pero, tomado en conjunto, el peronismo que les es contemporáneo se hizo el distraído durante muchos años, acatando un sobreentendido: de eso no se habla. Hasta que apareció el león sordo. Precisamente. Desarrolló una visión explícita y canonizada del pasado, y la pudo explotar con éxito. Pero, ¿por qué pudo? Porque el peronismo no es sincero. Siempre jugó a la perfección de las circunstancias: el peronismo es siempre perfecto, y esta perfección depende solo de las circunstancias. Y las circunstancias indicaban claramente que de eso era mejor no hablar. Hasta que apareció él, el león sordo, Néstor. Habló y por un tiempo largo se quedó con todo. No lo felicito, pero bueno.

–Sí, Dardo, no te des manija –dijo Antonio–. Y volvamos al punto. Vos eras uno de aquellos eslabones, ¿o no? –no quedaba claro si hablaba en serio o en broma–. ¿Sí o no, eh? Porque ustedes hacían cosas de locos, y no empleo el término por no saber qué quiero decir. Me refiero a la responsabilidad. Siendo vos director de El Descamisado, comentaste en una nota la cuestión de las milicias obreras.

–Muy importante –Dardo parecía preguntarse a dónde quería llegar Antonio.

–Nadie lo niega. Pero mirá vos la partitura que ejecutaban en ese entonces. Evocaste a las milicias obreras pero esa vez escribiste de otra cosa. Hablaste sobre todo de Evita. No fuiste ambiguo en atribuirle la idea y la decisión de las

milicias, eso sí: “el plan era idea total de Evita, y no debió sufrir ninguna modificación, hasta que el general Perón, evaluando las condiciones internas del gobierno y los conflictos con las Fuerzas Armadas, que el avance del plan desató, optó por ordenar su congelamiento”. Decís eso. Y que la cancelación Perón la dispuso cuando Evita estaba camino hacia la tumba. Más claro, echale agua: Perón no solamente no tuvo nada que ver con la idea, sino que la frustró. Hay una mínima ambigüedad: detuvo el proyecto porque evaluó un contexto adverso. Dejás flotando dudas sobre qué habría pasado de seguir Evita gozando de buena salud.

–Bueno, ¿y?

–Y nada, te leo lo que escribiste. Porque cerrás con una moraleja, no te ofendas. Que aquella experiencia no solamente demuestra la tremenda intuición de Evita sino que permite “advertir que en la práctica misma del movimiento peronista está la enseñanza”. Como quien dice: compañeros, hay que mirar a Evita, hay que mirar a la práctica histórica del movimiento peronista, no hace falta mirar tanto a Perón.

Dardo reflexionó unos segundos. La Negra se preguntó si estaba cabreado, frente a la blitzkrieg de Antonio, con la que ella no tenía mucho que ver. Pero no.

–Y, sí –dijo Dardo–. Sí, y ¿qué se sigue de eso?

–Ah –Antonio se hizo el tonto–, se siguen los pormenores del plan, que titulás “El verdadero ejército peronista”. Qué me contás. Dedicás un buen trecho a describir el contenido de cada una de las “fases”, porque hay que asumir que el desarrollo de este instrumento al que me permitiré bautizar como Leviatancito sería gradual. Estas cosas no se hacen en un día. Te ocupás de la vanguardia, la retaguardia territorial, la inteligencia y las operaciones de contrainteligencia e informaciones sobre las líneas del enemigo. Pucha –Antonio no daba tregua, nomás.

–Yo te pregunto, Antonio, a vos que consagraste tiempo a estas lecturas –Dardo, sin perder la calma, casi musitaba–, ¿qué habría sucedido si en 1955, con más de tres años de preparación, el gobierno peronista hubiese contado con el Leviatancito? Me gustó.

–Pregunta re importante, pero no es el punto adonde ahora te quiero llevar, con tu consentimiento. Lo interesante no es la estructura de la vanguardia, algo más

bien convencional: formación político-militar, futuros oficiales, aporte humano de los gremios, implantación en los propios gremios. Cabe suponer que los gremios estaban aguardando ansiosamente su militarización, jaja. Aun así, no es mi punto. Lo interesante es lo que se dice sobre la retaguardia territorial y lo demás.

Dardo le encontraba el lado gracioso al asunto, pensó la Negra. Se pasó una mano por la frente, un gesto que era habitual en él, y sonrió.

–No me acuerdo.

–No tenés por qué acordarte, aunque seguramente en la biblioteca de los Campos Elíseos está la colección completa de El Descamisado.

–No te quepa ninguna duda, pero ¿qué interés puedo encontrar yo en su lectura?

–Bueno, vamos a eso. La estructura organizativa descansaba en los “jefes de manzana”, expresión que con el tiempo se convertiría en un componente infaltable del léxico peronista barrial. Estos jefes locales se complementarían con dos frentes, uno de masas, las unidades básicas del Partido Peronista Femenino, ya que, decías, “la rama masculina estaba prácticamente copada por los políticos que mucho no la querían a Evita”. Y por los locales de la Fundación, que considerás una forma incipiente de logística. Los jefes “cumplían tareas de vigilancia –decís sin pelos en la lengua– sobre el enemigo y organización de un aparato de control en su manzana” y desarrollaban junto con los locales de la Fundación una tarea de “información permanente, los ojos y los oídos del pueblo no tenían límites, ni siquiera dentro de las casas de la oligarquía”. Textual, Dardo.

–Eviten, les ruego –taimadamente incluyó Dardo a la Negra–, incurrir en el anacronismo, no hagan una lectura de lo que fue concebido a principios de los cincuenta con los ojos de ¿en qué año están ustedes? ¿2021?

–Sí, claro, Dardo, pero vos eso lo escribiste en 1974, dos décadas después de la muerte de Evita, y no en el clima ideológico y de prácticas estatales de la Guerra Fría, donde todo el mundo pensaba que espiar no solamente estaba muy bien, sino que era absolutamente indispensable.

–Yo no propuse espiar, lo que hice fue evocar una experiencia...

–Sí, pero ¿en qué habría consistido esa experiencia? ¿En espiar a la oligarquía? ¿Con manzaneras, locales de la Fundación Eva Perón? Dale, Dardo, el único espiado iba a ser el propio pueblo, tomo tus palabras, los oídos y los ojos de esa máquina de espionaje no tendrían límites, ni siquiera dentro de las casas populares.

–Vos desconocés, querías desconocer, mejor dicho, lo que ya eran las conspiraciones antiperonistas en marcha –Dardo parecía a la defensiva.

–No sé si desconozco, pero las máquinas de espiar se mandan solas, son diabólicamente peligrosas. Y esta, virulentamente amateur, se habría tornado inmanejable para la propia Evita. Hace un rato hiciste un jugoso análisis de la política yugoslava en tiempos de Tito. A mediados de 1966 estalló un fuerte conflicto en Belgrado, porque los servicios de informaciones estaban espiando, parafraseándote, con oídos y ojos que no tenían límites. Héroe partisanos, como Milka Kufrin, que integraba a la sazón el gabinete federal, estaban siendo rodeados de sospechas absurdas. Era patente que el servicio secreto, la UDBA, manipulaba la información, o la fraguaba, y la utilizaba para los fines más rastreros. Tito entonces intervino, y el jefe de la UDBA reconoció que el servicio tenía archivos sobre más de un millón de personas solo en Croacia. Nada de esto se aparta de prácticas siniestramente usuales por ese entonces, y la UDBA nunca fue la Cheka, la KGB, o la Stasi de Honecker. El meollo del asunto es lo que el jefe de la UDBA adujo ante Tito. Que como cualquier hombre o mujer tenían un vicio o una debilidad que los agentes extranjeros podían explotar para extorsionarlos y obligarlos a espiar contra Yugoslavia era esencial que la UDBA descubriera esos vicios y flaquezas espiando a la mayor cantidad posible de personas. Derecho viejo. Eran los oídos y los ojos que no tenían límites.

–Todo eso no tiene nada que ver con las milicias peronistas –alegó Dardo sin convicción.

–¡Pero vamos! Claro, este juego patibulario de espionaje preventivo no se iba a efectivizar, sobre todo no se iba a generalizar. Por una cosa: ese armado berreta, amateur, iba a carecer de toda eficacia. Victoria Ocampo podía dormir tranquila. Pero no me digas que no tiene nada que ver. En tu artículo le atribuí tiempo, energía y salud suficientes a Evita para haber organizado un pequeño ejército de empleadas domésticas que serían “los ojos y los oídos de Perón en las casas del enemigo”. No debe haber pasado de las intenciones. Evita “sabía que el golpe se venía”, escribís. De hecho, el de Menéndez fue en septiembre de 1951. Pero el

resultado fue el afianzamiento del régimen peronista, y no que este entrara en el plano inclinado de las conspiraciones fuera de control. Perón aplastó sin sangre la intentona, y extirpó de elementos adversos al Ejército. Lo que vino después es otra historia. Lo que más llama la atención de tu nota es que las milicias no habrían sido concebidas para la defensa armada, sino sobre todo para el espionaje.

–En el espíritu de lo que recordaba Carlos Mugica: que en las villas y barrios hacíamos propaganda de la violencia popular y, sic, pequeñas sanciones para que todos supieran quién era un carnero.

–¿Y las vanguardias? –la Negra salió en defensa de un Dardo al que notaba un poco arrinconado.

–Sí, las vanguardias, pero fíjense que el tema central del artículo –insistió Antonio– es la producción y uso de información solapada.

–¿Lo nuestro era pura paranoia, entonces?

–No digo eso. Digo que se trata de dos ruedas engranadas. Los dientes de cada rueda empujan la rueda contraria. Dudo que el general haya visto con buenos ojos el plan de crear con los soldados fuerzas internas en la colimba, quebrando el verticalismo militar. Una iniciativa de ese calibre solo aumentaría las chances de reacción de los milicos. Es el efecto ruedas dentadas. Pero me parece que “ustedes” incurrieron en este patrón delirante reiteradas veces: tomaron iniciativas a las que atribuyeron ciertos efectos y que tuvieron los efectos exactamente contrarios.

Dardo no parecía disponerse a refutar a Antonio; permaneció pensativo.

–Sigo creyendo que Perón se defendió mal –dijo sin ninguna pretensión de ser taxativo–, que malgastó sus recursos, que se apoyó en las personas equivocadas, que solo después de 1955 demostró ser el hombre de temple extraordinario que era, y desplegó el talento estratégico y táctico superior que tenía.

–No te lo podemos discutir, Dardo. Pero volvamos por un rato al principio. Vos dijiste que Perón era un hombre de orden. Sin importarnos lo que había hecho o dejado de hacer hasta su postrer regreso en 1973, el debe y el haber de sus errores y aciertos hasta entonces, los juegos peligrosos en los que incurrió, nada podía preocuparle más al ahora viejo león herbívoro que la instauración del

orden. Y ustedes fueron un factor de desorden demasiado evidente y constante; vos contribuías con lo tuyo, entre otras cosas con este tipo de excursos históricos que leían cientos de miles de personas, y no solo militantes peronistas.

–La voluntad no lo puede todo; con el diario del lunes, como se ha puesto de moda decir allá abajo, es patente lo sencillo que resulta hacer escarnio del voluntarismo ajeno. Pero yo no encontré entre los vivos quien pudiera explicarme cómo distinguir entre voluntad política y voluntarismo, y tampoco lo encontré entre los muertos. Pero lo que sí sé es que la política es voluntad. Y que la voluntad siempre es excepción; por tanto es desorden.

Dardo permaneció en silencio, ensimismado, mientras la Negra y Antonio sonreían.

–Che, Dardo, ¿podemos tomar la 17 de octubre para volver?

Mayo de 1976. Ese buraco de concreto, sin acabado y sin estriar, en el suelo de su celda no merecía ser llamado letrina. Conocía letrinas en trenes y bares, como el Británico, donde solían encontrarse los primeros tiempos con María Cristina con el pretexto de leer sus obras de teatro. A él le gustaban, pero le parecía que todas hablaban de lo mismo: la decadencia de una familia otrora pudiente y aún copetuda, chupada por el poder absorbente de una letrina, la letrina del dinero, el orgullo fatuo, el empeño en mantener una distinción ficticia. Dardo y su compañero de celda dedicaban mucho tiempo a limpiar su letrina privada, luego de cada deyección o micción. Empleaban una parte del escaso jabón disponible y fregaban con papel mojado. El retrete se mantenía limpito aunque, a juzgar por las emanaciones provenientes de la profundidad de su negrura, los aguardados (y puntuales) interlocutores no se esmeraban tanto con los suyos. La conferencia comenzaba de noche, a la misma hora, y los guardias no se daban por enterados, aunque es probable que alguno se apostara de escucha; Dardo pensó muchas veces que esos caños abyectos eran como neuronas del sistema cerebral del presidio; el único modo de usarlos era acostarse de panza y meter la cabeza en el hueco, la audición era bastante aceptable, las palabras de los participantes llegaban inteligibles y daba para reconocer a cada uno. Algunos no se conocían personalmente, pero la fraternización tumbera y el diálogo cotidiano los habían aproximado. Dardo y su compañero de celda se turnaban, en verdad era justo y necesario. Necesario

porque el cuerpo no aguantaba mucho esa posición. La comunicación entre los calabozos se establecía, como se comprenderá, en sentido vertical, de modo que podía presumirse que transcurrían a la misma hora varios diálogos en paralelo, ajenos unos a los otros. La tertulia era siempre taciturna y cordial y a veces íntima; en ocasiones la angustia quebraba la voz de alguno y Dardo escuchó compañeros desesperados. La risa no estaba ausente. Dardo no era el único en irritarse contra sí mismo por sentir que de esas bocas negras provenían, embusteramente, efluvios de libertad. Los caños eran el conducto por excelencia de las bembas, de las que todos sin excepción eran receptores ansiosos –había entre los circunstantes expertos productores o transmisores, detenidos que encontraban placer en socializarlas–. No era el caso de Dardo, que siempre se preguntaba por su veracidad y que no las difundía nunca. Por supuesto, nadie interrogaba por el origen de una bamba, todo lo que se podía hacer era creerla o no. Las más útiles, porque resultaban ser las más confiables, eran las relacionadas a la propia vida en la cárcel, sobre todo a las relaciones de las autoridades entre sí y con los detenidos. Dardo, al final, no se equivocaría en su escepticismo. No contaría con ninguna bamba para prevenirlo a la hora de ser trasladado a la U9, su última prisión. Las bembas, en el fondo, eran una promesa a los presos que se renovaba cotidianamente, de controlar la incertidumbre sobre su suerte. No pasaban de eso, pero resultaban indispensables. También a Dardo, descreído y lacónico al respecto.

Una noche Eduardo, un preso al que Dardo había premiado con la distinción honorífica de “boletín de todos los ejércitos” (reconocimiento a su labor periodística que no carecía de una pizca de sal), comentó haber leído en esos días Todos los hombres son mortales, de Simone de Beauvoir. Dijo estar muy impresionado por su lectura; la vida de Fosca, el protagonista que lograra con mucho empeño la inmortalidad, había sido bastante penosa. Llena de aventuras al principio, pero de creciente hastío después, el cansancio de vivir termina siendo abrumador, y Fosca parece maldecido por un sempiterno desasosiego. La voz de Eduardo llegaba de sus aposentos en el quinto piso; la de Miguel, en cambio, era emitida desde su baño en suite en la planta baja. Miguel dijo que sentía una emoción inquietante; no había leído la novela, pero el relato de Eduardo lo llevaba a emparentarla con un episodio de Jonathan Swift incluido en los Viajes de Gulliver, y con un cuento de Borges. La diferencia, señaló, es que, si no había entendido mal, en la novela de Beauvoir su protagonista accedía a la inmortalidad por propia y libre decisión, mientras que en Swift y en Borges esa condición les era impuesta a los humanos, así deshumanizados, por el destino, como un peso que oprimía sus vidas y que no habían buscado. Pero daba lo

mismo, la inmortalidad era una maldición insoportable, replicó Eduardo, quizás mosqueado porque la erudición de Miguel menoscababa la novela existencialista. Lo que estaba claro –remató– es que el hombre es un ser para la muerte, y despojado de la mortalidad, la vida misma carece de sentido. Repentinamente el sonido dejó de fluir por las cantarinas cañerías. Un silencio del carajo, pensó Dardo mientras sacaba la cabeza para respirar aire algo más puro. Temió que el diálogo entre los condenados a corroborar las tesis de Swift, Borges y Beauvoir hubiera terminado. No era para menos. Pero desde su residencia en el tercer piso, llegó la voz entubada de Luis, jovato que a Dardo le parecía un zurdito a la violeta. Esta vez la vanguardia de izquierda sacó a los deliberantes del impasse. ¿Alguien conoció al profesor Mandolini Guardo? – silencio de plomo–. Yo lo tuve en la secundaria, un caballero a la escuela antigua, un burgués si se quiere, pero muy buen tipo, un tribunal revolucionario lo absolvería. Y enseñaba bien. ¿Saben qué es filosofar? –a nosotros, pendejos de quince, fascinados con las piernas de la profe de inglés–. Filosofar es prepararse a morir. Mandolini aclaraba, con el prurito típico del intelectual burgués, que la frase no era de él, sino del francés Montaigne. El franchute decía algo así como “que la muerte me encuentre plantando mis coles, que aquí sería como plantando rabanitos, qué sé yo, pero sin preocuparme de ella, y menos todavía de dejar mi huerto inacabado”. Si se piensa bien, muchachos, Montaigne era un revolucionario. Todos entendieron la metáfora del huerto inacabado. Dardo tomó la palabra, después de un largo silencio. Morir sin preocuparse por la muerte –reflexionó en voz alta– es un objetivo mucho más difícil de conseguir que de plantear, ¿no? Sean coles o rabanitos. Pero lo del huerto es sabio. No hay otra forma de prepararse para la muerte que vivir con la convicción de que otros nos van a sustituir en el cuidado del huerto. –¿Pero cómo, Dardo? –atizó uno de los materialistas dialécticos, burlón–. ¿Un católico como vos viviendo la muerte de un modo tan terrenal?

Dardo recordó lo que él mismo había escrito tantas veces. En La causa peronista, por ejemplo, en enero del 74, había expresado con dolor que el problema fundamental no era si el gobierno caía o no, si duraba o no, sino cómo acumulaba fuerzas el campo popular para continuar la lucha. Ahora, 1976, el gobierno había caído, y los fantasmas eran otros. Nosotros aquí, tan bien –le había dicho a Jorge unas noches antes–, y todos los días nos enteramos de la muerte de algún compañero.

* * *

Regresaron, en un trayecto corto, y Dardo los internó en un umbrío bosque, tan denso que no permitía ver sino los infinitos troncos y copas de árboles variados y en su mayoría desconocidos. Antonio reconoció nogales, árboles que siempre le habían parecido generosos, y la Negra identificó tipas, tan de Buenos Aires.

–¿Alguna vez te perdiste en un bosque, Antonio? –inquirió Dardo.

–Nunca.

–Yo una vez casi –dijo la Negra.

–Dicen que si uno se extravía en un bosque, lo mejor que puede hacer es elegir un rumbo y meterle para adelante sin cambiarlo.

–Parece un buen consejo –dijo Antonio.

–No estoy tan seguro –respondió Dardo–. ¿Qué pasa si el bosque linda con un monte, un morro inaccesible?

–¿Te ocurrió, Dardo?

Dardo se quedó mirándolo en elocuente silencio.

–Pero, Dardo... –la Negra cambiaba de tema y hablaba de lo mismo–, ¿cayeron por la ingenuidad típica de los que se saben dueños de la historia, o por pura estupidez, pérdida de control de la situación? ¿O fue...?

–No. No fue. Mirá, cuando pasó lo de JP Lealtad, la conducción nacional apretó, amenazó, extorsionó, hicieron de todo menos mandar al muere. No hicieron lo de la Triple A con los Demetrios, esos giles a la acuarela que se creyeron que de un día para el otro podían dar esa voltereta. Y que le costó la vida a tres compañeros. Nadie nos hizo una cama, estoy seguro. Estábamos regalados, para el cachetazo, eso sí. Nos chivateó el dueño de la parrilla que se asustó al ver tanto... ¡Si lo pensás bien fue increíble! El mismo día en que Isabel se encontraba con Pinochet en el aeropuerto de Morón, la zona estaba llena de canas. Y nosotros ahí esperando lo más panchos siete palos verdes. El dueño se

julepeó y avisó a la cana, ni siquiera controlamos eso. Después le pusimos un caño –le pusimos, dijo Dardo–, ¡qué fácil! Lo del 79, la Contraofensiva, en cambio, fue muy diferente, ni me hables. Eso no tiene explicación sin...

Los chicos tenían la sensación de estar en el centro geométrico del bosque. Al cabo comprendieron que una vez dentro de él, el bosque era infinito y cualquier punto era central. La Negra se preguntó cómo irían a hacer para salir. Resolvió confiar en Dardo e Ignacio.

–Bueno, pero volviendo –Antonio resolvió entender la vacilación de Dardo como falta de entusiasmo por desenvolver el ovillo de sus postreros días terrenales– a la relación líder-masas, hay otra forma de interpretarla, que vos Dardo empleaste cuando te fue menester. Consiste en la siguiente idea: la tarea del líder es empeñarse en “sintetizar todas las contradicciones que se dan en el seno del movimiento”, así fue como lo expresaste, textualmente, en aquella reunión a la que te enviaron a dar explicaciones por la ejecución de Rucci.

–Ese día –atinó a ironizar la Negra– no estabas muy cómodo.

–No lo estaba. Mirá, quizás en ese entonces esa interpretación podía convencerme un poco, o ayudarme a entender lo que hacía Perón. Pero, la verdad, es demasiado normativa. Ahora que conjugué lo vivido y lo leído, comprendo que Perón nunca cumplió ese papel, nunca jamás “sintetizó”. Hasta 1955 esa síntesis no tuvo lugar, porque Perón ni optó por uno de los dos sectores más fuertes ni convirtió esas “contradicciones” en una línea integrada de gobierno. Prefirió mantenerse por encima de esas tensiones, creyendo quizás que se podrían resolver solas o que los sectores se podrían mantener indefinidamente en tensión. Mi padre vivió esa experiencia, aunque creo que no la definiría en estos términos.

–¿Y cómo la definiría, Dardo? –inquirió la Negra.

–Para mi viejo Perón era un genio, un grande. Un visionario. Pero también un pusilánime. Está ese lugar común de las interpretaciones peronistas de la historia peronista, el de que Perón se derrumbó cuando le faltó Evita, un canto rodado de tanto circular, aunque ahora haya pasado de moda. Yo no creo que Perón fuera demasiado bueno, un blando. Hacia el final de su vida se definió como un león herbívoro. Hay algo de eso. La radicalidad de Perón desataba fuerzas extraordinarias pero Perón no ponía en juego los recursos extraordinarios

necesarios para resolver las “contradicciones”. Interesante; volviendo desde otro ángulo a cosas que ya hemos discutido, la bonhomía natural de Perón y la irascibilidad de Evita se emparentaban con sus concepciones del mundo, porque el general realmente se veía a sí mismo como un organizador vertical de la cooperación y del orden, y Evita encarnaba el odio de clase. Perón no tenía un problema personal con la oligarquía, Evita sí, se tomaba muy a pecho su odio.

–Pero –infaltable, Antonio– si en la década de oro Perón hubiera “sintetizado”, habría sido mucho peor; porque el rumbo del régimen habría sido la adquisición progresiva, disculpá Dardo, de un perfil totalitario, no veo una forma diferente de “sintetizar”. Claro, ciertamente el régimen avanzó en esa orientación totalitaria, pero afortunadamente estuvo lejos de concretarla del todo y hacia 1955 había vuelto sobre sus pasos. Como una vez dijo Tocqueville, el peor momento de un régimen autoritario es aquel en que se quiere enmendar.

La ironía de Antonio no interesó a nadie. Dardo continuó su argumento.

–Sí, Perón nunca sintetizó. En el tercer gobierno tampoco. En el tercer gobierno optó por uno de los sectores, y creó un monstruo.

–Y ustedes lo ayudaron.

–Pero Perón claramente optó, y el giro fue vertiginoso y violento. Reeditó, sin dudas, la interpretación ortodoxa de la relación líder-masas. Había que hacer caso. Fue muy duro.

–Creo –aventuró Antonio– que todo esto tiene que ver con la forma en que Perón pensaba el peronismo. No se pueden separar ambos planos. Dardo, lo digo en serio, Perón estaba loco –esta vez sí Antonio conseguía sorprender a Dardo y a la Negra, que se preguntaba para dónde pensaba rumbear–. La primera de las veinte verdades peronistas dice: “La verdadera democracia es aquella donde el gobierno hace lo que el pueblo quiere y defiende un solo interés: el del pueblo”. Ok, parece mucho menos precisa que aquella manida definición de Lincoln, aunque pongamos que va. Pero tomada al pie de la letra, la separación que plantea es muy cortante. Y esto sí es consistente: Perón asignaba un papel completamente pasivo al pueblo. Le otorgaba una condición de sujeto colectivo pero que no tenía una traducción política. Lo que esperaba del pueblo es que se dejara ser interpretado, en los dos sentidos de la palabra: Perón captaba sus anhelos y Perón procedía a una interpretación, que tenía mucho de actoral. Perón

interpretaba al pueblo, y gracias a eso lo separaba de la política, que la llenaba macizamente él. Esto dejó de ser así a partir de septiembre de 1955, y ya no lo fue más. Y además –Antonio, jugado por jugado, no quería dar respiro–, Perón decía constantemente que lo suyo era con los pueblos, no con los gobiernos. Durante el peronismo clásico esto se verificó reiteradamente en la política exterior, ahí el general patinó de lo lindo, ya que sus palabras y hechos irritaron a muchos gobiernos sudamericanos. Pero era así, Perón trataba de legar directamente a los pueblos, ninguneando a los gobiernos, porque tenía una fe inmovible en el valor de prédica, diría en el valor evangelizador, de la doctrina justicialista, que consideraba en la práctica un cristianismo moderno, en cierta medida porque la Iglesia se había apartado del cristianismo antiguo, cosa que nunca se animó a decir pero pensaba. En su contenido tan sencillo como verdadero y en su valor salvífico en relación con el capitalismo y el comunismo. Perón le confería al justicialismo un estatus superior a cualesquiera doctrinas o ideologías, aun cuando no lo considerara producto de una revelación, cosa típica de las religiones, sino un resultado de su superior capacidad de comprensión de los procesos históricos y de los valores permanentes que dan sentido al ser humano.

Antonio hizo un alto, que nadie aprovechó. Se sintió autorizado a proseguir.

–Todo lo que se escribe sobre pensamiento justicialista, sea desde el ángulo que fuere, tiene, en rigor, algo en común: no llega nunca al hueso, nunca se alcanza a definir la sustancia, más allá de la extrema precisión con que la definió el propio Perón. La catorceava verdad peronista dice “El Justicialismo es una nueva filosofía de la vida, simple, práctica, popular, profundamente cristiana y profundamente humanista”. Las siguientes tres verdades se destinan a las dimensiones política, económica y social del justicialismo: el Justicialismo realiza el equilibrio del derecho del individuo con el de la comunidad, realiza la economía social, poniendo el capital al servicio de la economía y esta al servicio del bienestar social, y realiza la justicia social, que da a cada persona su derecho en función social. Y eso es todo, me temo. Entonces, Perón no nos miente al decir que el justicialismo es una filosofía simple. Eso salta a la vista, si se lo compara con lo social, y con las ideologías y las doctrinas, que, mejores o peores, son mucho más complejas. El justicialismo es, en efecto, un pensamiento simple, sencillo. Perón hace de esta simpleza una virtud; y es así porque los destinatarios son los pueblos. Perón no atribuía ninguna complejidad al pensamiento popular, del mismo modo que no lo hacía Jesús, si bien predicando una doctrina más compleja. Pero los destinatarios son los pueblos por

contraposición con los gobernantes. Para el general, este es un elemento valioso del justicialismo. Perón, que creía en instituciones pero en instituciones verticales, despreciaba a los gobiernos, a los que veía crónicamente faltos de grandeza, llevados por el viento de los intereses mezquinos. ¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿Acaso los cristianos primitivos se interesaron en lo que pensaban los príncipes? ¿Acaso Pablo se interesaba? Perón era el creador de una doctrina investida de estatus popular y mundial, entonces no podía ser de otro modo. Pero dejemos de lado la hojarasca y también palabras y más palabras que en modo alguno son específicas de la doctrina justicialista; la Comunidad Organizada es un texto notoriamente extradoctrinario, es la mejor prueba de lo que estoy diciendo: no existe; no es un texto que todo el mundo considera venerable y nadie lee, como la Biblia o El capital, ni un texto secular y militante pero leído por todos, como el Manifiesto Comunista, ni la matriz de un dogma reiterado por todos, como el Libro Rojo. No existe. Y los exégetas peronistas hacen lo que pueden, sacan aceite de las piedras. Los publicistas peronistas de hoy y siempre se la pasan vanagloriándose con afirmaciones del siguiente calibre: Keynes era peronista, el papa Juan XXIII y Francisco, también, Friedrich List era peronista, Barack Obama es peronista, y Donald Trump, dependiendo, también podría ser. Si Perón decía que Licurgo era el primer justicialista de la historia. Vamos. En suma, lo que queda de todo esto se puede exponer en dos renglones, a saber: el justicialismo es la voluntad política de realizar la justicia social desde el gobierno; y esa justicia es un equilibrio. Karl Schmitt, que creyó detectar el modo demoníaco con que Spinoza detectó el hilo liberal de Hobbes y tiró sin empacho de él, diría, creo que con razón, que en las verdades peronistas no sería imposible detectar un hilo liberal del que se podría tirar. En el caso de Hobbes, la fortaleza inexpugnable de la conciencia individual; en el del peronismo, lo discutimos ya, la intimidad sagrada del cuarto oscuro.

—Me quedo con la primera parte de tu imposible definición. ¿Eso te parece poco?
—preguntó Dardo—. Y, ¿por qué te parece que Perón estaba loco?

—Bueno, Dardo, a vos sí debería parecerle poco. ¿Acaso el peronismo plebeyo confía en que la realización de la justicia social queda en manos del gobierno? Vos resaltaste ese punto durante nuestras conversaciones. Ahora, lo que me parece a mí, modestamente, lo expliqué en nuestras conversaciones. La piedra de toque de la doctrina justicialista es la voluntad política. Hay una carta archiconocida de Perón a Ibáñez, entonces presidente de Chile. Es una misiva notoriamente paternalista. Tiene algunas afirmaciones asombrosas que, por lo general, se citan para ilustrar el pensamiento económico de Perón. Pero no es el

pensamiento económico, es la concepción política de Perón lo que dejan claro. “Su pueblo está preparado para todo –le explica a Ibáñez–. Solo le falta el hombre. La providencia ha pensado en usted... la oligarquía, los políticos vendepatria y el imperialismo serán sus enemigos. Para vencerlos, usted necesita al pueblo... Dé al pueblo, especialmente a los trabajadores, todo lo que pueda. Cuando a usted le parezca que les da mucho, dele más. Verá el efecto... tratarán de asustarlo con el fantasma de la economía. Es todo mentira. Nada hay más elástico que esa economía que todos temen tanto porque no la conocen... Las masas populares abandonadas siguen a caudillos, pero, tan pronto se ven protegidas por el gobernante, los abandonan y apoyan el gobierno... [...] No espere más para tomar algunas medidas, lo más espectaculares posibles... Mayores salarios y abaratamiento de la vida... No tema a los agoreros de la economía... En la política... el conductor nada debe desear más que una batalla, sobre todo cuando se la tiene ganada de antemano”. Es de marzo de 1953. ¿Curioso, no? Ya Gómez Morales había sido su ministro.

–Conozco la carta. Me recuerda a una nota de El Descamisado, que no me parece tan mal aunque creo, no estoy seguro, que no la escribí yo. El argumento era parecido: no dejemos que los economistas nos aten de pies y manos. El político, don Ignacio, Antonio, Negra, ¿tiene que creer a pie juntillas a los economistas o tiene que explorar, averiguar por sí mismo los márgenes de lo posible? ¡Tiene que exponerse! Podemos agregarle adverbios a esto, moderadamente, prudentemente, sí, sí, todo lo que se quiera, pero la disyuntiva es esa.

Dardo consultó a los chicos si querían dejar el bosque. Respondieron que sí, algo abrumados por su monotonía, y en el acto se encontraron en un claro caminito criollo florido y soleado, que los llevaba a una pérgola profusa en flores.

–¿Cómo es que le dicen ahora? Ah, sí, tener códigos. En aquel entonces no se usaba esa expresión... tan ambigua. Eras un tipo derecho, no es lo mismo. La expresión tener códigos nace en un contexto más borroso, en el que las fronteras entre ser derecho y no serlo son más bien turbias. Tener códigos tiene un alcance más reducido: los tiene alguien en quien, dentro de ciertos límites, se puede confiar, sobre todo conociendo sus códigos, claro. La militancia era un ambiente raro, porque los tipos derechos y los que, apenas, tenían códigos eran claramente predominantes. Pero de los otros había, también, sin códigos o directamente jodidos, lo peligroso era cuando alcanzaban lugares de conducción. En la cárcel conocí a un delincuente célebre, Jorge Villarino, un prototipo de sujeto con

códigos, se convirtió en una figura legendaria por eso. Mucho ascendiente sobre los malandras, tenía... autoridad moral. Como si se hubiera fijado unos andariveles del delito y de ahí no se apartaba. Modestia aparte, creo que en eso éramos parecidos, y para mí eso siempre fue una base ética, sabés –a la Negra–. Yo en cafúa de Villarino me mantuve... a distancia, qué sé yo, conversé pocas veces, pero una vez le escuché una increíble. Porque resulta que había un pibe nuevo, algo loquito, no tenía mucha idea de dónde estaba. Nunca pudimos saber si era por política o un delincuente común que nos habían tirado. Un día hay un corrillo, yo estaba medio alejado pero escuchaba bien, estaba Villarino, mate va, mate viene, y el pibe lo empieza a tutear. Y Villarino lo para en seco, le dice: Digamé, ¿yo a usted me lo cogí, que me tutea? El pibe se quedó blanco, pero se lo merecía, era bastante boludo. Pero viene muy a cuento. Porque tener códigos, ahora que lo pienso, no significa nada expresable, es una forma de atribuir al otro una capacidad especial, unas dotes un poco sobrenaturales. El tener códigos no es una condición como el talento para la música, o como ser justo; es una atribución, exactamente como el carisma. Nadie tiene códigos ni tiene carisma. El talento se demuestra pintando, o componiendo, o haciendo goles; pero el carisma no, el carisma es indemostrable, se hace presente en el otorgamiento de los demás, en que los otros lo confieren a alguien que, si se piensa bien, no hace nada para eso, porque no puede hacer nada. Que aumente los salarios o sea un orador excepcional –el general no pasaba de bueno– le puede hacer ganar popularidad, hasta amor, pero no carisma. Y Perón era un imán extraordinario para atraer las disposiciones colectivas de otorgar carisma. En los setenta eso alcanzó límites inimaginables, ¿se acuerdan? Los muchachos de Guardia de Hierro decían que el Viejo era inmortal. Y no eran los únicos... Y él actuaba como si lo fuera. ¿El futuro político posterior a su muerte? La verdad es que no le importaba. O creía que no era algo que tuviera una solución. Precisamente, porque el problema era de naturaleza carismática. Su respuesta fue estética: mi único heredero es el pueblo. Dado que no había instituciones en las que confiar, a pesar de que “la organización vencía al tiempo”, y de sus desvelos institucionalistas, no quedaba más remedio, quizás, que esperar la llegada de otro hombre del destino.

–No voy a ser yo quien te lo discuta –celebró Antonio–, la Negra, quizás. Pero agregó que si Perón dejaba un legado en la conciencia popular, hay que admitir que era bastante ambiguo, es decir, que la organización no había vencido al tiempo: convicciones colectivas de justicia social muy enérgicas pero, como se comprobó pocos años después y en varias experiencias de gobierno, despojadas absolutamente de claridad sobre cómo elaborar una ecuación de gobierno de la

economía a la altura de las demandas sociales.

–Jaja –dijo Dardo–, ¿estás escribiendo un paper? Yo aquí ya me leí unos cuantos.

Antonio no le dio bola.

–Cuando la economía fue de tumbo en tumbo, y la disgregación de actores sociales y políticos se agudizó, las expectativas de reparación se hicieron más y más inmediatas, menos por una cuestión cultural que por una necesidad material. Se despojaron de ropajes ideológicos y recibieron respuestas presupuestarias, fiscales, necesarias pero que nada tienen que ver con el impulso de prosperidad. Todos los gobiernos democráticos fueron hijos bastardos del peronismo.

* * *

–¿Cuándo descontaste tu muerte, Dardo?

Dardo miró a la Negra con fingida iracundia. ¿Fingida? En todo caso, duró poco. A Antonio le pareció que era la primera vez que Dardo reaccionaba diciéndoles: de eso no se habla. Obviamente su bronca no era un asunto personal con la Negra.

–Después de Malvinas. Bueno, antes de Malvinas un poco sí, pero... sin darme cuenta. Era joven, no te olvides... ¿y dónde se vio que un joven descontara su muerte? Pero fue cuando dispuse que solo podíamos ir solteros y sin hijos. En general lo cumplimos. Pero también se puede pensar que era por la probabilidad de ir en cana, no era justo. Aunque yo mucho no creía que fuéramos a ir en cana. En fin, como sea, la verdad es que fui consciente de descontar la muerte recién en Ushuaia, preso, un día que la vi, diáfana –enfaticó–, en los ojos de Giovenco. Estaba tan clara que no había cómo negarlo. Pensé, si este Alejandro no fuera tan zopenco, también él me vería la muerte en los ojos. Sentí escalofríos.

–¿Y qué hiciste?

–Hice la mía.

–¿Y cuál fue la tuya? –No le pareció suficiente, a Antonio. Dardo se rio, sobrador.

–Por favor, Negra –dijo asertivo–, explicaseló. La Negra también habló muy segura.

–La tuya fue sí pero no. Arrastraste esa certeza malsana hasta 1977 sin creer en ella. Curioso, hiciste incierta tu certeza para poder convivir con ella. ¿Lo lograste?

–Me quebré al final, sabés. Tenía... no tenía a nadie, casi. No podía hablar de esto con nadie, ni con María Cristina... La fui a ver a la mamá del Alemán – confesó.

Antonio no estaba dispuesto a que lo dejaran malparado así como así.

–Se puede pensar otra cosa.

–Sí, ya sé, y todo eso puede ser cierto, pero después. Cuéntenlo ustedes si quieren, y no estarían fabulando. Pero yo no puedo contar nada. No quiero contar nada.

Volvió el silencio. Lo rompió Dardo.

–Descubrí algo, en esos años del final, que me dolió mucho –se detuvo, vaciló–. Que me había separado del mundo. Los cínicos se creían que decían la verdad al mundo, cuando en realidad se separaban del mundo. La militancia es igual. En mi juventud (bah, siempre fui joven), había aprendido que los institutos de vida consagrada eran de dos tipos: los institutos religiosos, que unen a sus votos la separación del mundo, y los institutos seculares, que se mantienen en el mundo y es desde él que evangelizan. Había creído pertenecer a institutos seculares. Pero no. Y hay otra cosa, qué joder. La muerte atrapa al amor. ¿Conocen la letra de Cara al sol?

–Sí –dijo Antonio–, no está nada mal. Se convirtió después de la Victoria en el repugnante himno oficial franquista.

–Sí, pero eso no viene al caso. Cuando José Antonio convocó a varios escritores para componerlo, dijo que el himno de la Falange debía ser una canción alegre, exenta de odio, pero canción a la vez de guerra y amor. Pero los autores lograron

sin proponérselo algo mucho más peculiar que eso: es una canción de amor de alguien que ya murió. Por cierto, Primo de Rivera moriría muy pronto.

* * *

Tal cual era su costumbre, Ignacio, luego de excusarse por un buen rato, había vuelto a arrimárseles. Ahí estaban, su tímida sonrisa y él, siempre de traje vintage y sombrero Panamá. Ambulaban, la peripatética costumbre les sentaba bien, y hacía más fácil sostener los silencios, cuyas brechas se abrían cada vez más frecuentemente en el diálogo dilatado que, sabían los cuatro, iba tocando a su fin. Ignacio abría poco la boca, casi sin excepción para interrogar a los contertulios. Ceremoniosamente. El trato con Dardo siempre había sido afectuoso, aun así, se interrogaba si el hecho de que Dardo hubiera alentado tanto su presencia en las conversaciones no respondía a una intención: desempeñarse como un algodón entre cristales. Juzgó que esas prevenciones, de existir, carecían de fundamento.

–Dardo, nada me gustaría más que me autorizaras a hacerte una pregunta.

–Pero Ignacio, déjese de joder con tantas vueltas, adelante.

–Bien. En esa organización tan importante, nunca entiendo del todo... si era una formación militar, como una falange, compuesta por hoplitas. Ustedes a veces hablan de una falange... ¿Pero no es lo mismo, no?

–No, Ignacio –Antonio se rio–. Nada que ver.

–Bueno, en esa organización, ¿había hombres que mandaban y hombres que obedecían, Dardo?

Dardo vaciló antes de responder. Eludió todo circunloquio.

–Y, básicamente, sí, ¿por qué Ignacio?

–No, porque me gustaría saber qué sentían los adeptos por sus jefes. Noto cierta ambigüedad que me resulta... demasiado moderna. En mis tiempos...

–Comemierdas, eso eran –revienta Dardo–, unos asesinos comemierdas. Firmenich jugaba al TEG en México mientras se iban sabiendo los resultados de la Contraofensiva del 79. En las tinieblas del Hades no se enteran de nada, pero aquí en los Campos Elíseos podés ver lo que sucede abajo, ¡como si fuera un regalo paradisíaco! Yo a veces dejo pasar años sin siquiera echar un ojo. Pero me los acuerdo muy bien jugando al TEG.

–El TEG es un juego de mesa, Ignacio –le aclara Antonio–. Sumamente aburrido.

–El desprecio es más llevadero que el odio. ¿Y Bonasso? –la Negra. Dardo dio un respingo.

–¿Bonasso qué?

–...

–Bonasso no jugaba al TEG, y mucho menos con Firmenich.

–Claro, jugar al TEG hubiera sido más grave –ironizó Antonio– que bancarse la Contraofensiva. Esa Bonasso se la bancó.

–Miguel se la bancó con muchísimas dudas. Y ya muy enfrentado con Firmenich –claramente Dardo se resistía a llamarlo el Pepe–. Las guerras están llenas de últimas batallas que se saben perdidas y se libran igual.

–¿Vos te la habrías bancado? –quiso saber la Negra, aun conociendo la respuesta.

–Me la habría bancado, sí. Sin duda –respondió un Dardo dubitativo.

–¿En Roma?

–Dos mocosos insolentes. No lo son, pero lo parecen. Pero es lo que hay. Desde los Elíseos no se puede andar eligiendo quién viene a visitarlo a uno... Conocés perfectamente la respuesta, Negrita –dulcificó–. En todo caso, quizás puedas considerar que mi vida ha sido corta pero elocuente.

–Entonces, apenas dos años más habrías vivido. Ellos están vivos –nadie agregó nada–. Pero –la Negra, para variar– ¿no era doble agente el Firme?

–¿Importa eso?

–Creo que no. ¿Qué cosa podría haber cambiado de haberlo sido? Es triste de pensar, pero sustituyendo las explicaciones de sentido común por “lo que pasa es que era doble agente”, no avanzamos ni un paso. Y esas decisiones no las tomó solo. No podía haber tantos agentes dobles en la conducción.

–Peor todavía –continuó Dardo, envuelto en sombras–, me saca de quicio cómo se eximen de responsabilidades los que escriben. Lo de Perdía es inconcebible. Decir que estaban atados de pies y manos por el fervor, la radicalización de unos penдеjos revoltosos, no se puede creer.

–Pero puede ser, Dardo. La revolución devora a sus propios hijos.

–No me vengan con esa. Da vergüenza ajena. Repasemos lo discutido sobre responsabilidad, desde cualquiera de nuestras diferentes posiciones.

–Bueno –aprovechó Antonio–, no quiero hacer leña del árbol caído, pero no podría haber sucedido de otra manera: si se funden violencia y política, es inevitable que los jefes terminen pareciendo dobles agentes, lo sean o no.

La Negra sacó las castañas del fuego.

–Muy teórico lo tuyo, Antonio. Dardo, decime, un viejo compañero nos dijo que eras un desastre manejando, que un día te llevaste la puerta de un taxi por delante.

–¿Eso les dijo? ¡Maldito sinvergüenza! –sonrió Dardo.

–Bueno, te digo porque pensé... pensamos que si manejabas tan mal no podías ser un buen cuadro militar.

–No hay caso, ustedes no dan puntada sin hilo. Qué falta de pudor. Y, razón no les falta. Yo tenía mala técnica, es cierto, torpe para manejar las armas, desmañado, no tenía puntería, ni la agilidad de movimientos increíble de otros compañeros que parecían felinos. Pero en cambio tenía un gran sentido del juego, una gran visión de la situación. Me entendés –le hablaba esta vez a Antonio–. En fútbol, habría sido incapaz de hacer un pase perfecto, de gol, a veinte metros, pero entendía de un golpe de vista una posición, cuál era la moral del equipo, cuáles eran los riesgos, si precisaban un estímulo, una buena arenga,

un aseguramiento como le decíamos, o una advertencia para que no se confiaran, y enfriarles la cabeza. Hacer una sustitución, qué sé yo, es lo que pasó en Malvinas –Dardo no aclara–. Una cosa compensaba la otra, no se daban cuenta; eso explica que Bonasso haya escrito que yo era un excelente instructor. Hacían como que no se daban cuenta, aunque a veces me comiera una cargada.

Marzo de 2017. –Pero, qué par de delirados –dijo el nuevo entrevistado–, ¿para qué quieren que yo les diga mi impresión? Si van a visitarlo. ¡Hace tanto tiempo! No me hago el interesante, pero...

–Vos lo conociste cuando estaba vivo. Nada por dos es nada –sonrió desmañadamente Antonio. Él entendió que se refería a la letra de Lepera: que veinte años no es nada–. Además, ya hicimos muchas entrevistas, queremos otra cosa. ¿Dardo tenía... un magnetismo, algo parecido al carisma?

Antonio y la Negra sabían que él, desde que ellos le habían manifestado su interés, había estado figgando en el pasado de Dardo, mientras le daba largas al asunto. Había encontrado apenas iteraciones interminables, nada propicias a reavivar el fuego o ensanchar sus memorias. Eso lo decidió: la esperanza de que exponiéndose al interrogatorio de los chicos descubriría dentro de sí algo ignorado. Y ahora era demasiado tarde para echarse atrás.

–Buena pregunta la del magnetismo de Dardo. No sé si podré contestarles algo que valga la pena. Veamos. Según ustedes me han dicho, tanto los amigos de entonces como compañeros que lo conocieron más superficialmente les hablaron muy bien de él como persona. Su buena figura resistió el paso del tiempo, tal vez el tiempo lo pintó con mejores pinceles. No sé, pero para quien empleó el adjetivo extraordinario... lo recuerdo, Dardo nada tenía de héroe. Y en los libros de los últimos lustros, detrás de las menciones que es posible hallar... amistad, respeto político, no parece que detrás pueda haber ninguna especulación, no la detecto. De los “históricos” de la Resistencia, uno solo, Jorge Rulli, les habló con mala onda cuando los atendió por teléfono, ¿no es así?

–Sí. Luego, personalmente, parece que los motivos de queja contra Dardo consistían más bien en un resentimiento suave contra alguien que no le llevaba el apunte, no supimos por qué.

–Comprenderán que no llevarle el apunte a Rulli es una falta grave.

–Nos contó Jorge que habían discutido una vez, en la cárcel, cuando él leía materialismo histórico y Dardo a San Agustín.

–Jaja, leí por vuestra culpa algunos libros recientes; Grassi y Eliashev no lo quieren nada. Pero no tienen ningún cargo contra él. Creo que se trata de que eran demasiado diferentes de Dardo, aunque por razones también diferentes; una cuestión de empatía o de antipatía. Pero vamos a los atributos específicos que podrían estar explicando un hipotético magnetismo en Dardo. Su origen social y familiar, esto ustedes lo saben: familia obrera, condición excepcional y connotada, siendo su padre un gran dirigente metalúrgico, colaborador directo de Evita. Pero tuvo suerte porque, a pesar de ser hijo de Armando y de ser muy joven, Dardo adquirió por sí mismo las credenciales de haber luchado durante la Resistencia y de haber estado preso, durante la Libertadora y con el Conintes. O sea, estaba lejos de ser un hijito llevado de narices por el padre, y eso lo ayudó a superar su pesada condición filial. Digamos que Dardo entraba a la década del sesenta con un activo de prestigio innegable a sus espaldas, pero que ya era genuino y propio. Era reconocido por la militancia y por los dirigentes sindicales amigos de su padre y por amigos suyos. Fue por esos tiempos de fines de los sesenta que yo lo conocí y lo traté un poco. A pesar de la diferencia de edad, hicimos cosas juntos, y más adelante lo volví a tratar bastante más, y mi testimonio, si de algo les sirve, no tiene nada de impersonal. Dardo era un reservado que hacía pesar su valor con estilo. Pero ¿algo de esto en sí mismo explica su magnetismo? Lo dudo. Lo que sigue ya es más idiosincrático: Dardo era un adusto hombre de acción. Ser, y ser reconocido como, un hombre de acción en los sesenta es algo que no cualquiera. Es, se me ocurre, como ser distinguido como un excelente jinete... en la caballería del general Urquiza. Ustedes, buenos estudiantes –se río–, recordarán quién define al hombre de acción como, a ver si lo recuerdo bien, aquel que en una coyuntura singular y única elige en función de sus valores e introduce en la red del determinismo un hecho nuevo. El hombre de acción es una estampa centralísima del romanticismo político y más aún en la fase violenta del romanticismo. Esos muchachos hablaban en prosa sin saberlo. Y creo que la calificación de adusto no es superflua en absoluto. Dardo era de pocas palabras aunque no antipático. No se jactaba, era más bien del tipo “de eso no se habla”. Un taciturno hombre de acción opuesto a la locuacidad derrochona y sicopática de un Galimberti. Incapaz de bardear aunque tenía sí un raro sentido del humor, sombrío en general, medio amargón. Pocos sabían de la pérdida de su madre en junio de 1955, pero esto debe haber moldeado no solamente su personalidad, también su aire personal retraído. Imagino qué sentían por él viejas peronistas de la edad de

su madre, activistas de barrio que solo querían que volviera el general. Un hijo sagrado tocado, quizás, por aquello de que los dioses llaman pronto a quienes aman. Bueno, ya me estoy yendo de mambo. Volvamos. Ese encanto de ser un adusto-tierno hombre de acción se encuentra con el Dardo de carne y hueso: alto, flaco sin ser un larguirucho, y apuesto. Todo esto le daba mucho éxito entre las mujeres, que además, por cierto, tenían debilidad por los hombres que andaban calzados, eso está entre las cosas que me constan personalmente. Dardo no era necesariamente un mujeriego, aunque puede haber tenido etapas. Pero es patente que él y María Cristina Verrier, de clase alta, dramaturga de calidad media, así me parece luego de haber leído tres o cuatro de sus obras, digo, Dardo y ella constituyen la única historia romántica pública importante además de la de John William Cooke y Alicia Eguren, aunque esta última es menos romántica y más turbulenta (Alicia era incontenible). Son las únicas historias de amor del peronismo contestatario de los sesenta y diría que también de la izquierda, ¿es curioso, no? Dardo, continúo, provenía del peronismo más “puro”, jaja, peronismo histórico y resistencia, y también de la derecha, Tacuara, etc., y siempre estuvo perseguido por ciertas habladurías, pero esa proveniencia terminaba de redondear su halo, porque los militantes de entonces eran indiscutiblemente algo morbosos. Éramos. Pero todo esto se cruza con la historia, porque en 1966, como ya saben, Dardo organiza y conduce el Operativo Cóndor, un empleo moderado, si eso existe, de la violencia. Es este hecho el que lo consagra como hombre de acción en el sentido weberiano y hace de él alguien especialmente carismático. Nadie puede negar el mérito de la operación, y sobre todo, a mi juicio, merece ser observada la fase previa, preparatoria, porque nadie sino Dardo podría haber reunido esa Armada Brancaleone, nadie sino él podría haber convocado al riesgo a todos esos compañeros. Como su segundo en el Operativo era un tipo sumamente desagradable, la estrella de Dardo, acariciada por el toque romántico de María Cristina como pareja y militante, no pudo ser opacada. Nadie nace con carisma, probablemente; para seguir con Weber, el carisma lo construyen los demás sobre uno. Dardo no debe haber sido sino lentamente consciente de esta construcción. Pero en fin, es eso, solo eso. Dardo nunca fue una figura nacional aunque haya sido mucho más carismático que muchas figuras nacionales. Me parece que como político no tenía talento excepcional ni pasta para conducir o armar una estrategia general. Era Armando, su padre, no el Lobo Vandor, su inquietante padrino; las manzanas no caen muy lejos del árbol, ¿se dice así, no? Mi inglés no es tan bueno. Aunque tenía una visión sutil del juego táctico. Recurrentemente lo encuentro con “las bases”, en movilizaciones, momentos de peligro, como el episodio del 25 de mayo del 73, que sé que conocen. Righi estaba negociando arriba, y bien que hacía, y Dardo

estaba abajo conteniendo la multitud con su gente.

* * *

–Dardo –dijo la Negra–, ¿te importaría que volviéramos a discutir cuestiones más universales, no tan peronistas? Ejemplo: ¿cuánto te interesa la república? No me refiero a la república romana, don Ignacio, sino a la moderna.

–Para mí –repone Cabo tras unos segundos de reflexión–, no hay distinción entre soberanía popular y voluntad general. Descomponer la soberanía popular mediante la división de poderes es expropiar al pueblo, es el fraude de la representación, proporciona al pueblo amos legitimados por una apariencia democrática. ¿Se acuerdan? Weber volvió de su visita a los Estados Unidos impresionado, porque los trabajadores sabían distinguir muy bien entre burócratas capaces pero que escupirían sobre ellos, y políticos incapaces sobre los que ellos podían escupir cuando quisieran. Pero Weber en esto se equivocó. Creía que los políticos corruptos, incapaces, podían ser removidos, a diferencia de los burócratas. Pero no, los políticos son parte de la jaula de hierro, la peor parte.

–Pero, Lito, el poder limitado, justamente... –pretendió objetar la Negra.

–El poder tiene –enfaticó Dardo– que estar limitado, pero no por legisladores, sino, como ya lo decía el Viejo, aunque admito que sin demasiada convicción, por las organizaciones libres del pueblo. ¿Y cuál es el fundamento, decime, de que tengamos instituciones contramayoritarias, como el Poder Judicial, la mal llamada Justicia? Como el Poder Judicial no es ni puede ser justo, los positivistas jurídicos se inventaron que lo es por definición. ¡Déjense de joder! Además, ahora, que prácticamente los partidos políticos han desaparecido, ahora que la gente cada vez confía menos, cada vez se identifica menos, los que se apropian del poder son grupos más y más pequeños. Los pueblos los desprecian pero no se los pueden sacar de encima, prendidos como sanguijuelas. Solo los líderes podrían romper con esto. En esto, Weber es más actual que nunca. Y no me refiero al carisma, eso es obvio, sino a la pertinencia de liderazgos plebiscitarios, cesarismos plebiscitarios. “Conquistar la gran masa del pueblo”, reza la marcha,

y sigue siendo la gran cuestión.

–Me parece que ustedes se tomaban en serio esa parte de la marchita... la marcha marchita, jaja, disculpen que me ría de mi propio chiste tonto –dijo Antonio, algo cohibido–, esa parte, “combatiendo al capital”. ¿Sabés quien la escribió, Dardo, a la marcha marchita, no?

–Claro, Ivanissevich, un reaccionario de cuarta. Evita lo odiaba. Lo maltrataba sin tapujos. Evita jamás leyó a Primo de Rivera, pero entendería muy bien lo que José Antonio decía sobre eso. En cambio, Ivanissevich lo debe haber leído en algún momento, al pasar, hacía rima, qué sé yo, le deben haber parecido palabras que merecerían al cabo ser piadosamente olvidadas. Pero Evita lo odiaba, a ese cirujano obsecuente.

–Y dale con eso, Dardo. Lo odió, es cierto, pero no siempre. Se pelearon. No sé en qué Ivanissevich le falló. Evita se enojó y toda pelea para Evita era inapelable, mortal. Sobre todo cuando la lealtad estaba de por medio. Ya que te gusta tanto Josip Broz, la del croata era una forma de entender la política muy diferente a la suya. A Tito a veces lo recagaban y él como si nada. No es que perdonara; es como si no hubiera nada que perdonar. El caso de Perón es menos claro. Era más rencoroso, aunque predicara que se precisaban buenos y malos. Y hacía cuestión de que su magnanimidad no pasara desapercibida. Y el caso de Evita, no sé cómo lo sentís vos, Dardo, pero me parece que se tomaba las cosas a lo personal, cosa que Perón no hacía. Perón podía tomarse a lo personal que alguien, a su juicio, lo quisiera embromar –fue por ejemplo el caso con Cafiero, pobre, le tomó ojeriza y nunca más–. Pero el de Evita era otro modo de tomarse las cosas a lo personal. Era un odio personal de clase. Su odio a la oligarquía no era genérico.

–Ok, pero volvamos a la marchita –dijo la Negra. Esa punta de la conversación era más prometedora.

–Dale, conquistar a la masa del pueblo combatiendo al capital –dijo Dardo– es, bien pensado, el único punto concreto de esa letra, no sé quién le debe haber soplado al cirujano.

–Quizás alguno que se tomó a pie juntillas a José Antonio.

–José Antonio escribía a pie juntillas. Y no sé si estaba tan interesado en conquistar a la gran masa del pueblo.

–Ufa, vuelvan a la marchita –insistió la Negra.

–Bueno, en esencia –dijo Dardo, riendo–, me adelanto antes de que Antonio se mande un moco...

–Dardo, decís que por años no mirás para abajo pero... en léxico te mantenés bastante actualizado.

–Es que no miro pero escucho. En esencia, no sirve casi de nada decir que “el peronismo” era tal cosa o era tal otra, mirándolo a Perón u observando al gobierno del período clásico. El peronismo fue siempre varias cosas a la vez, tuvo varios espíritus, por si no creen en el alma, y uno de esos espíritus tuvo una orientación que sí combatía al capital, en términos, si se quiere, mucho más del marqués de Estella, más conocido como el Ausente, que marxistas. Era un peronismo real y no insignificante...

–Sí, no insignificante porque tenía un enganche muy fuerte con alguien a quien combatir o no, el capital en sí mismo le importaba un ca...

–Evita –cortó Dardo, fulminante–. Le importaba un carajo pero era una figura deletérea para el capital. Disolvente para el orden capitalista. ¿O no? Leo un párrafo, casi tomado al azar, de un gran biógrafo político de Evita, que la comprende demasiado bien: “Nadie podía dejar de notar las violentas contradicciones en las que se debatía el régimen, en el centro de las cuales estaba la propia Eva. El patrimonio de la Fundación seguía creciendo, pero las finanzas del Estado se hundían; los actos públicos que convocaba atraían multitudes regocijadas, pero no por eso dejaban de declararse nuevas huelgas; Eva invocaba al cristianismo, pero la Iglesia le volvía la espalda; abominaba del comunismo, y para el Ejército había riesgo cierto de que fuera ella misma el caballo de Troya que podía llegar a introducirlo; inflamaba a las masas con los dardos que lanzaba contra los Estados Unidos, y en tanto el gobierno sin dólares sabía que tenía que salir a buscar el apoyo de aquella nación”. ¿Es este, acaso, el Estado de orden social y armonía corporativa soñado por el general? ¿Se parece siquiera un poco a la comunidad organizada? También Primo de Rivera era un hombre de orden, pero era consciente del alto grado de conflicto social y político, y casi seguramente también militar, que España tenía por delante para volver a ser España. José Antonio creía necesario comprar el orden a un precio muy alto en términos de desorden: “Queremos el orgullo recobrado de una Patria exacta, emprendedora, armoniosa, indivisible; unidad de destino superior a las pugnas

entre los partidos, los individuos, las clases y las tierras distintas”. Pero para eso, ¿qué? “La gran tarea de nuestra generación consiste en desmontar el sistema capitalista, cuyas últimas consecuencias fatales son la acumulación del capital en grandes empresas y la proletarización de las masas. El capitalismo –ya lo sabéis– no es la propiedad... El proceso de hipertrofia capitalista no acaba más que de dos maneras: o interrumpiéndolo, por la decisión heroica incluso de algunos que participan de sus ventajas, o aguardando la catástrofe revolucionaria... Nosotros preferimos el derribo al incendio... y ese derribo... es en España más fácil porque apenas tropieza con un gran capitalismo industrial, que es el más difícil de desarticular rápidamente”. Hay muchas imprecisiones, muchos fallos analíticos y errores predictivos en José Antonio, pero no importa; importa destacar que su anticapitalismo era más radical que el de Perón, y que, a diferencia de este, que creía poder realizar la comunidad organizada por voluntad nacional y desde la presidencia, asumía que había una lucha de por medio, y a ese fin debía consagrarse la Falange Española. Y Evita sería tan radical como él, aunque no en temperamento, porque el Ausente era, al fin y al cabo, una cabeza política reflexiva. La abanderada de los humildes seguramente suscribiría estas palabras: “No habrá nación mientras la mayor parte del pueblo viva encharcada en la miseria y en la ignorancia... [que] el brío revolucionario en lo social se una al mantenimiento de una alta temperatura espiritual española”. Entonces, volviendo al principio, el combate al capital era para muchos, ya antes de 1955, algo muy diferente a la superación del capitalismo y del comunismo predicada por Perón como una realidad ya establecida, ya conquistada casi sin lucha en virtud de un líder visionario, vertical, demiurgo de la armonía.

–Bueno, te recuerdo que en 1971 escribiste: “El peronismo históricamente es un movimiento al revés, no lucha por el poder, sino que lo recibe y lo ejerce; al perderlo, recién inicia su lucha... caso único en la historia de las revoluciones”.

–No recordaba. Vamos, creo que no me contradigo –Dardo no ocultó su satisfacción–. Es verdad que el peronismo se reinventa a sí mismo a partir de 1955, y en esa reinención mucho tienen que ver los intelectuales, que ciertamente no lo inventaron en 1945; pero las vertientes del peronismo revolucionario, el peronismo radical, el peronismo plebeyo, se prefiguran antes. No son lo mismo; desde cierto ángulo el peronismo plebeyo de Evita tiene poco que ver con el peronismo revolucionario de Cooke, por ejemplo. Pero son raíces, y muy profundas, de algo. No sé qué clase de árbol habría crecido desde esas raíces si no hubiese tenido lugar el golpe antiperonista. Incurro en lo

enumerativo, pero no precisan anotar –irónico, Dardo, los chicos no anotaban nada–: Sampay y algunos contenidos revulsivos de la Constitución del 49, nada apreciados por Perón; las grandes huelgas obreras que ni la propia Evita, presionada por el general, pudo impedir; la pujanza de las comisiones internas y del sindicalismo de base y, muy especialmente, la resistencia clasista que se hizo patente en el Congreso de la Productividad; los relegados, como el propio Sampay, Arturo Jauretche, entonces un don nadie que veía con sus propios ojos críticos y sagaces la pérdida de impulso y el adocenamiento del régimen; el papel de John William Cooke, como diputado y como dirigente de un impreciso núcleo crítico; el rechazo a los contratos con la California y otros del mismo cuño; la acción de masas desde el primer 17 de octubre, que nunca llegó a estar completamente ritualizada como se sostiene, y que explotó en el Cabildo Abierto de 1951; y, por fin...

–Sí, Dardo, después, gracias a la generosa contribución de los gorilas sobre todo, fue fácil juntar todos los hilos, los que tenían y los que no tenían nada que ver, en torno a Evita. Suele ocurrir. La pobre estaba para el cachetazo. Juntaron todos los hilos e inventaron una Evita que nunca había existido, una Evita revolucionaria. Trenzar los hilos de Sampay con los de Evita, por caso, resulta demasiado arbitrario. Pero no importa. Hasta ahí, se puede entender. Pero sacaron los pies del plato con la Evita Montonera. Eso fue muy ridículo.

–Pero, Antonio –dijo la Negra. Dardo se rio nuevamente.

–Dejalo, Negra, que se dé el gusto. Las dudas de ustedes son pertinentes. No obstante, el peronismo plebeyo es todo un tema, y es pertinente también. Quizás sea el único peronismo que valoro. Es el peronismo desafiante, que se caga en el dominador y en la dominación, aunque no pueda construir ni un régimen de dominación alternativo ni emancipar definitivamente a los dominados. Es onírico, solo puede ser soñado. Imagino que no me impedirán volver a la obra iridiscente de Daniel Santoro. El Pulqui está hecho para un vuelo fugaz; el peronismo plebeyo está hecho para una vida que no puede perdurar. Y esto es así porque el peronismo, sin saberlo, construye desde sus primeros pasos, en un clima de desprendimiento, casi ingenuo, un régimen que cree ser una cosa, la comunidad organizada, y es otra, una amplitud de movimiento que incluyó la simiente de los enfrentamientos futuros más duros... Ha integrado unos sectores que nunca vivirían en paz dentro de él, la contrarrevolución, para decirlo en una palabra. La burguesía, que sería la más beneficiada económicamente, el Ejército, la Iglesia finalmente entran en la contrarrevolución, y no se irán nunca más de

allí. El Pulqui era maravilloso, pero tenía alas tan frágiles. Así que, Antonio, aprecio tu referencia a la Evita Montonera. Es una invención, qué duda cabe, pero, como toda invención política a la que se le asigna un valor de verdad, no es del todo caprichosa.

–Agradezco, Dardo, tu misericordia –dijo Antonio artificialmente ceremonioso–. Pero sin navegar ahora en las oscuras aguas, ¿o debería decir luminosas?, del peronismo plebeyo, destaco que el hecho de que lo menciones implica asumir la pluralidad peronista. Ustedes, ya desde los sesenta, rápidamente se hicieron cargo de ese modo peronista de ser. Quizás lo comprendieron mejor que nadie. Y desde fines de esa década, los grupos que abrazaron la lucha armada quizás lo llevaron al extremo más imprudente, temerario, durante el segundo regreso de Perón. Se puede entender. Y este puede haber sido el marco, aunque no la explicación, y mucho menos la justificación, del error del 20 de junio.

–¿El marco? La botella había sido frotada. Todos los demonios estaban sueltos, no solamente los nuestros. Perón decía venir en son de paz, pero lo que nosotros íbamos sabiendo era inquietante. Cada sector se preparaba intensamente para precaverse de las agresiones de los otros, que daba por seguras. Pero no hay mejor defensa que un buen ataque, y en ese juego de anticipación nosotros no fuimos precisamente los más ligeros, no sé si por torpeza o por pesadez organizacional.

–Está bien, Dardo, pero, para empezar, ya me dijiste que ustedes sabían que la derecha no les iba a aflojar ni un tranco de pulga después del 25 de mayo, y que Perón predicaba paz pero ellos seguían en guerra... Lo de que ustedes fueron marmotas es convincente pero solo para quien no conoce la historia. Si hubieran actuado en arreglo a lo que ya sabían de ese juego infernal de anticipaciones, se habrían preparado para el 20 de junio. No necesariamente de un modo agresivo, por supuesto. Y no habrían cometido la locura de desplazar una gruesa parte de la Columna Sur por detrás del palco, convenciendo a esos paranoicos de que estaban intentando rodearlo. En vísperas del 20 de junio, los sordos ruidos de aceros, si no de corceles, se oían claramente. Hay testimonios de que vos, el Canca Gullo y otros cuadros de dirección estuvieron con compañeros confiables que trabajaban en el Ministerio de Bienestar Social, ya que hasta entonces López Rega no había hecho una limpieza completa. Entonces, ustedes sabían que la mano venía muy pesada. Y no hicieron nada. Todo lo contrario. Apostaron a lo que estaba cantado que la derecha no iba a admitir de brazos cruzados: una descomunal movilización juvenil que escenificara el diálogo entre Perón y las

masas interrumpido en el Cabildo Abierto de agosto de 1951, cuando habló Evita, no Perón, para redefinirlo en los nuevos-viejos términos. ¿Qué explica este error tremendo?

Era uno de los momentos en que Dardo se sentía más a su gusto, pensó Antonio. No percibía nunca tensión en él, y esto lo distanciaba de la imagen del Dardo vivo que había ido construyendo durante los años previos a la visita. La de un hombre muy aplomado y adusto que a duras penas controlaba una furia interior, algo contradictorio. Miró a la Negra; se había quedado sin libreto y ella parecía tener alguna cosa en la punta de los labios. Pero vio sorpresa en sus ojos, que observaban a Dardo, y al girar la cabeza hacia él lo vio cebando mate. Los muertos aquí no se privan de nada, pensó. La calabaza ostentaba el escudo justicialista. Mientras la Negra aceptaba el primer mate tras el del sonso, abrió lo que parecía un nuevo triálogo, pero muy relacionado con la pregunta sobre el 20 de junio.

–Yo nunca entendí por qué entre los jefes había tantos hijos de puta. Hace un rato don Ignacio te preguntó por el afecto. Hubo excepciones, claro, pero ¿eran unos cabrones en su mayoría? ¿Vos eras jefe en la Orga? ¿Qué eras?

–Un hijo de puta no –rieron nuevamente los cuatro–. Mi situación era medio rara. Yo era jefe sin serlo del todo; los verdaderos jefes me daban poca bola, y era un jetón que cumplía mal su papel. Era una especie de santón, contra mi voluntad. O un icono, a contragusto. Porque yo me apartaba constantemente de los códigos tácitos de esos juegos, aunque la carga denotativa la llevaba encima igual, no me la podía sacar. En el esfuerzo por distanciarme de ella, ahora veo que sobreactuaba un poco. Cuando el palacio se juntaba con la calle, yo elegía la calle siempre que podía. Eso sí era deliberado, y esperaba que se preguntaran: pero ¿qué hace este tipo aquí? Un punto fuera de la curva. Había un poco de falsa modestia, pero en el fondo creo que mi comportamiento era auténtico. Amigos queridos, como Miguel o el Canca, en el mismo momento estaban en la intriga o en el palacio. Alguien tenía que hacer eso y a mí ellos me inspiraban mucha confianza. Un día Gelbard le dijo a Miguel: usted tiene que ser nuestro contacto, no ese aparatoso de la conducción nacional. No puedo, don José, yo no soy jefe, ¿qué podría decidir? Nos reímos mucho del aparatoso, ni quiero recordar quién era.

Dardo recuperó el hilo de su monólogo.

–Había muchos bellacos entre los pocos jefes. No sé si no hubo algo de mala suerte ahí, porque del núcleo fundador los que murieron pronto eran mejores personas. Aunque no estoy seguro. Pero a mí esa peligrosa mezcla de necedad y rigidez se me hizo más clara con la muerte de Rucci; quizás el editorial que escribí para El Desca sea muy ambiguo, pero creo que es sugerente. Ese editorial tuvo lamentablemente varias plumas, pero yo definí el estilo y la línea central. Llama la atención la voracidad con que se lo atribuyen y que se pasen por alto los puntos más significativos, que no podría haber incorporado ningún advenedizo en el peronismo. Pero volvamos al punto: se acuerdan las respuestas al interrogante angustiante, fuimos nosotros, pero no lo podemos decir, etc. A esa altura, los jefes, pero también muchísimos cuadros y militantes, habían dejado de discernir entre verdad y mentira, a velocidad galopante.

–Cosas muy comunes entre los seres humanos, por otra parte. Los hechos nunca hablan por sí solos –la Negra, mostrando su hilacha académica, sobre todo intentando tirarle un cable a Dardo en un área comprometida–, precisan una interpretación que en general hacemos sin darnos cuenta. Pero es un proceso complejo, en el que intervienen constantemente elementos subjetivos e intersubjetivos. Por ejemplo, nuestros deseos, lo que queremos creer, y lo que creen y quieren creer las personas que nos importan.

–Gracias, Negra, en el barrio a todo eso se lo llama darse manija. Es muy fácil darse manija y muy fácil darse manija unos a otros. Y cuanto más cargada de tensión y urgencia es una situación, cuanto más ambigua es la información de la que disponemos, más fácil es que, en la construcción de nuestra interpretación, perdamos la capacidad de discernir mentira y verdad sin darnos cuenta. Después, desde afuera, con el conocimiento de lo sucedido, viene el típico “pero cómo pueden haber sido tan imbéciles estos tipos”. Y es este comportamiento sobrador el que tiene mucho de imbécil. O, ¿cómo pueden haber sido tan hijos de perra? Y la pregunta, creo, tiene mucho de ingenua, demasiado. ¿Qué les parece a ustedes?

Antonio tomó la palabra. La Negra parecía apesadumbrada y sin más ganas de hablar. Pero Antonio sabía que este estado se iba a disipar pronto.

–Muchos de ustedes, me refiero a los de tu generación y a los que, más jóvenes, militaron en los setenta, han puesto el acento en los rasgos personales de los jefes, un puñado, como unos imbéciles y, sobre todo, unos crápulas...

–Y yo creo que no les falta razón, que muchos de ellos eran imbéciles y malos tipos. Aunque no se trata de una maldad, digamos, convencional; es más bien una mezcla de dureza, esquematismo, ambición, indiferencia, inseguridad, certidumbre blindada...

–Dale Dardo, eso se llama...

–Otros no; Hobert, por ejemplo, o Sabino Navarro, no me lo parecen, pero murieron pronto. Pero ¿qué explica el proceso de selección negativa, por el cual los peores acceden a los cargos de mayor relevancia? ¿Liderazgo? ¿Carisma? Claro que no. Lo explican las mismas cosas que muchos...

–Que muchos de ustedes mismos –intercedió Antonio– han identificado. Aunque, me parece, no del todo bien. Porque no son degeneraciones organizativas, patologías o anormalidades, sino rasgos fuertes originales, marcas de nacimiento que se acentuaron con el tiempo y la violencia. Verticalismo, burocratismo, aparatismo, militarismo, soberbia; son todos trazos que, en nuce, creo que estaban presentes en el origen y se acentuaron con el tiempo y con el éxito en la expansión geométrica de las organizaciones militares y juveniles, en distintos frentes, porque al fin y al cabo los frentes barriales, estudiantiles, sindicales, todos eran juveniles, ¿o no?

–Muchas discusiones, muchos debates al rojo vivo que desembocaban casi siempre en una bifurcación o una ruptura, giraban alrededor de estos términos: verticalismo, burocratismo, aparatismo, militarismo. Había otros (basismo, entrismo), pero esa es otra parte de la historia. Yo creo que aquellos términos daban cuenta bastante bien del problema. Los jefes eran seleccionados o, sobre todo, mantenidos en la cúspide de una organización que crecía desde arriba hacia abajo –nunca de abajo hacia arriba– conforme a estos rasgos, que así se consolidaban y reproducían. Montoneros, por caso, nace innegablemente como un núcleo político-militar, un pequeño aparato, y crece de arriba hacia abajo...

–Solo que es “militar” en cierto sentido inicialmente –lo interrumpió Antonio–. Lo es porque abraza la lucha armada. Pero luchar con armas y ser una organización militar son cosas muy diferentes. Al principio, esto no estaba nada claro, porque Montoneros, pese a su emergencia espectacular con el secuestro y muerte de Aramburu, es un núcleo más de militantes armados...

–Claro –asintió Dardo–, y en el singular ambiente político de los sesenta, donde

la mano venía muy, muy mezclada. Atrás quedaba la expectativa insurreccional de los primeros años, la violencia al servicio de una huelga general como cabecera de puente de un retorno inminente. Tan atrás había quedado eso que ya se consagraba el término Resistencia, se definía un modo de memoria. Y estallaba la potencia estética –proyectada en especial al interior del movimiento– de las primeras guerrillas peronistas, que por cierto fueron muy pocas, muy expresivas y de nula capacidad operativa, básicamente los Uturuncos y las FAP enlazadas al MRP. Y las palabras y sus significados también estaban muy mezclados: lucha armada, insurrección, guerra revolucionaria eran términos polisémicos, como tantos otros, y tantas metáforas, de paso, como Vietnam, Argelia, Cuba, Cordobazos, Rosariazos. Y el propio Perón, recordemos, los usaba. Este no es el caso con la izquierda guerrillera desde la ruptura entre el PRT La verdad y el PRT El combatiente, en 1968 si no me engaño, pero sí en la vertiente, muchísimo más ancha, nacional-popular, socialcristiana y peronista. Pero todo esto cambia rápidamente, por desgracia. Se conjugan con éxito mefistofélico tres o cuatro elementos: el Cordobazo, una mayor influencia cubana (que no es puramente ideológica o sexy sino operacional, formativa, financiera), el batacazo de Montoneros y la nueva actitud de Perón. Una mutación vertiginosa. Entre el Cordobazo y la muerte de Aramburu transcurre solo un año; aún estaban calientes las calles de Córdoba y el sueño de la venganza peronista se nos hacía realidad.

–Pero, disculpen –irrumpió la Negra de golpe–, quiero subrayar que esos elementos fueron como catalizadores; esos tiempos fueron los que impulsaron el tránsito de varias organizaciones armadas a la militarización. Y todas las organizaciones militares son iguales. Una vez que una organización armada se ha convertido en organización militar, sus jefes hacen cálculos burocráticos sobre la vida; es inevitable y ya lo hemos discutido de sobra. Y ahí se produce la selección silenciosa; me hace acordar al poema de Guillén, “La muralla”. ¿Está usted dispuesto a hacer cálculos burocráticos sobre la vida? ¿No? Quédese donde está. ¿Sí? Adelante. Los componentes de esa organización, muchos sin saberlo, han firmado un pacto con el diablo. Pero hay pactos y pactos. Hay pactos con el diablo que quizás valga la pena firmar. Matar a Aramburu en el marco de un juicio revolucionario que consiste en un ajuste de cuentas en ausencia de la justicia positiva, estatal, es pactar con el diablo. Pero quizás valga la pena; era un modo de hacer patente que había un peronismo irreductible allí donde los gorilas y los idiotas no veían más que cenizas. Aunque, claro, desde otro punto de vista es patente que le soplaron a Perón mal una pieza del tablero indispensable para una transición conservadora, pactada, partidocrática. Pero

bueno, digresión peligrosa, déjenme volver. Para mí, ese otro pacto diabólico, el pacto de la militarización, es inaceptable. Fue suicida.

–Ese es –tiró Antonio del hilo– el principal fundamento de mi rechazo a la violencia. Porque los cálculos burocráticos sobre la vida suelen ser atroces. En las barriadas peronistas aprendí un chascarrillo que he conservado: ¿Por qué a los milicos les dicen ravioles de fonda? Porque son cuadrados y sin seso. Los ravioles de fonda no, pero el chascarrillo sí tiene seso.

Dardo y la Negra apenas sonrieron. Nadie quería demorarse en chistes.

–Bueno, no se rían tanto –dijo Antonio, fingiendo estar contrariado– porque eso es lo que son los jefes de una organización político-militar. El mal banal no es solamente el mal de la obediencia mecánica. Carga con una lógica estólida: la que te lleva a parecerte a tu enemigo. Por supuesto que el ejemplo más conocido para esto sería la “contraofensiva” de 1979, donde los jefes hicieron un “cálculo de bajas” siniestro, como puede hacerlo cualquier jefe militar al decidirse a consumir vidas humanas para tomar un bastión. Ambos se parecen al jugador de ajedrez que, con toda frialdad, puede encontrar conveniente sacrificar una torre por un caballo a cambio de posición. Solo que el ajedrecista ni siquiera juega con piezas o escaques sino con normas abstractas, y ellos lo hacen con seres humanos. Pero en el momento del cálculo burocrático sobre la vida, el militar, regular o partisano, juega también con normas abstractas. Hay otro ejemplo aún más interesante que el de 1979, porque muestra cómo esa transformación sórdida es inevitable. Disculpen, pero me voy a auxiliar en una colega, Vera. Espero, Dardo, que no estés tan actualizado como para decirme que ya la leíste.

Lito nada dijo, pero don Ignacio tomó la palabra:

–Si se trata de Vera Pichel, la conozco, en nuestra biblioteca contamos con una historia suya de Eva Perón, Evita íntima, se llama.

–No, Ignacio, esta es otra, una Vera joven. Ella enfatiza que la guerra revolucionaria, para Schmitt, es la auténtica, porque tiene su origen en una enemistad absoluta, a diferencia de la guerra convencional, que es acotada. Sobre esa base, la guerra revolucionaria no reconoce límite. Y Vera cita textualmente a Schmitt, que nunca es ambiguo o impreciso: “el partisano moderno no espera ni gracia ni justicia del enemigo. Él dio la espalda a la enemistad convencional con sus guerras domesticadas y acotadas y se fue al

ámbito de otra enemistad verdadera, que se enreda en un círculo de terror y contraterror hasta la aniquilación total”. Como siempre, leer a Schmitt es una experiencia impresionante. Dejemos de lado el hecho de que las guerras interestatales del siglo XX no han sido nada convencionales demasiado frecuentemente. Aquello que para uno de los personajes semificticios de Javier Cercas eran dos percepciones de sentido común muy diferentes sobre la guerra, expresadas en la Rendición de Breda de Velázquez y en los frescos y óleos de Goya, yo diría que son en verdad dos tipos diferentes de guerra, y esto se aproxima a Schmitt. Pero hay que introducir matices. En rigor –Antonio se había puesto insufrible–, hay evidencia, y el trabajo de Vera lo deja ver, sobre el hecho de que la guerrilla tuvo como punto de partida tratar de librar una guerra convencional y que se la reconociera por eso. El uso de uniforme, la convención de Ginebra, los juicios de tribunales revolucionarios tenían ese sentido. Había muchísimo de enemistad convencional en ellos; hasta los nombres de varias organizaciones: Fuerzas Armadas Peronistas, Fuerzas Armadas Revolucionarias, Ejército Revolucionario del Pueblo. En el mismo camino vinieron los grados militares y hasta los servicios de inteligencia. Vera reconoce el componente humanista, que participó del moldeado de la sensibilidad revolucionaria. Pero que quedó comprometido por el odio, que no conduce forzosamente, pero abre la puerta, hacia la “aniquilación total”.

–Sí, te sigo en esto –acotó Dardo–. No casualmente los intelectuales de la revolución, siendo Sartre el ejemplo más lastimosamente cautivante, le confieren al odio el valor de un tesoro, el “tesoro del colonizado”. Debo admitir que para muchos de nosotros el odio era un hermano viejo con el que nos sentíamos a gusto, tal vez protegidos con él de cosas peores.

–Ok –recuperó Antonio la palabra–. No obstante, la observación del proceso sugiere una interpretación complementaria: no fueron los partisanos tanto como los represores quienes protagonizaron la “absolutización de la enemistad”. Después de todo, los represores tenían las mismas razones que los partisanos: la absolutización de la enemistad proviene, precisamente, del carácter político del partisano cuyo fin es la destrucción del orden social existente y la construcción de uno esencialmente nuevo, como argumenta Schmitt. Pero él no ve, me parece, que ese carácter “político”, y ese fin, son contrafiguras no menos poderosas para los represores, que tienen a su vez, y esto es clave, muchos incentivos para sacar la guerra del carril convencional, y muy pocos, salvo el honor del soldado, algo puramente figurativo para muchos uniformados, para mantenerla en esos carriles. Y, de hecho, son las teorías, las concepciones, los manuales, y los

métodos antilibertarios los que más cruda y expresamente “dan la espalda a la enemistad convencional” y se enredan “en un círculo de terror y contraterror hasta la aniquilación total”. Probablemente de esta guerra sin ley, hobbesiana, eran tributarias desde un principio algunas experiencias, como la guerrilla cubana. Pero el caso local, que estamos discutiendo, tiene sus bemoles. Muchos aquí –¡perdón, en la Argentina!– podían, con el Che, entender al hombre nuevo como una “fría máquina de matar” por sensibilidad revolucionaria; pero está claro que querían matar en un marco que no era el de la guerra de aniquilación sin ley. Y como se muestra en el texto de Vera, las represalias guerrilleras van pasando de selectivas a indiscriminadas. ¿Por qué? Porque las represalias del “ejército convencional” son rotundamente indiscriminadas desde el inicio. Las organizaciones se obligan a dar respuestas a la altura y se salen del libreto inicial, bastante explícito. Se pudre todo. De todas formas, hay cosas que no hacen. Por ejemplo, no torturan. Por el camino que iban, ya iban a hacerlo, seguro, cuando llegaran al poder y desarrollaran un nuevo aparato, capaz de producir seguridad y paranoia; pero estas son extrapolaciones inadmisibles. Lo cierto es que el círculo infernal de la militarización los llevó adonde quizás no querían pero no podían evitar ir.

Antonio dio paso a un silencio denso. Divertido de desenterrar un arcaísmo, veía a Dardo meditabundo.

–Nada de eso está tan mal –dijo Dardo–. Pero no creo que mis convicciones se alteren. Evocaste al pasar, y me gustó mucho tu observación, lo que muchos creían del potencial político de Aramburu. Yo ya sé que en el fondo sos un conservador, la Negra no, pero los quiero a los dos. Son muy francos conmigo.

–Soy republicano.

–Dale, Antonio, hablaste casi con fruición de un hipotético entendimiento Perón-Aramburu para restablecer el orden bajo el gobierno trucho de un peronismo domesticado. Lo que menos quería yo en ese entonces era restablecer el orden, y me sigue pareciendo muy bien que el Vasco, con los baldones de fusilador y secuestrador de los restos de Evita, haya sido pasado por las armas.

–Pongamos. En 1973 el almirante Carrero Blanco era el hombre fuerte indiscutido de la dictadura de Franco. Formalmente presidente del gobierno español, era un duro con enorme ascendiente dentro del régimen. No sé si la ETA se estaba vengando de algo, casi seguramente que sí, pero al hacerlo,

literalmente, volar por el aire en Madrid, detonaba el pilar en el que podría sustentarse más sólidamente el franquismo. Carrero era doce años más joven que Franco. Un franquismo post Franco, no una transición a la democracia. La ETA estaba haciendo política en 1973, lejos, todavía, de haberse convertido en la “fría máquina de matar”, fría y necia, contumaz, de unas décadas después. ¿Podía calcular, en 1973, las consecuencias de su atentado? ¿Necesitaba hacerlo? Conjeturas. Casi por definición las consecuencias son no buscadas. En su agonía, dicen, Ramón Falcón musitó: “son gajes del oficio”. ¿Estaba éticamente obligado Simón Radowitzky a pensar en las consecuencias no buscadas, no deseadas?

Parecía que todos habían dicho lo suyo.

–Pero la verdá es que a mí todo esto –se escuchó decir Antonio a sí mismo– no me importa. Lo que me importa es volver a la carga sobre el rechazo de la violencia. Entendámonos: el rechazo político, no moral, de la violencia. Y por más que le doy vueltas al asunto, “siempre caigo en los mismos errores”, como canta José Alfredo Giménez. El problema de la identidad, o la identificación, entre política y violencia. En eso, Dardo, me parece que vos sos mucho más schmittiano que yo.

–Hmhm –gruñó Dardo–, casi seguro. En el fondo, con sus modos militar y religioso de vivir en el mundo, el Ausente era schmittiano sin saberlo. Yo más, y la Negra menos, ella está participando de la Marcha de la Sal –los tres rieron. Ignacio abrió la boca:

–La fuerza de la no violencia. Ya en mis tiempos sabíamos algo de eso.

Lo encontraron muy simpático. Antonio retomó la iniciativa con una pregunta:

–Por ejemplo, Dardo, ¿vos qué opinás de esas declaraciones, tan... elegantes, de que el poder nace de la boca de un fusil?

–¡Pero bueno! No soy tan idiota –respondió Dardo, ríspido.

–¿Y el Pepe sí lo era? Bueno, estábamos en que sí, en que no tenían más remedio.

Dardo no entró en la provocación.

–El poder nace de la gente –dijo–. Sin la gente las armas no valen un rabanito. No me refiero a la gente que las sepa usar. Me refiero a aquellos que consienten su uso, que hacen su uso socialmente posible. Incluso en los casos extremos, ¿qué gobiernos podrían disponer de armas de destrucción masiva si no hubiera sociedades plenamente dispuestas a consentir su empleo en algunas circunstancias? En contextos representativos o en dictaduras de partido único. Detrás del poder que se puede atribuir a una metralleta en manos de un guerrillero hay ciertamente un complejo conjunto de consentimientos.

–¿Entonces? ¿Qué complejo conjunto de consentimientos hay atrás de las muertes de Rucci, Mor Roig, de la decisión de continuar con la acción armada luego de establecido un gobierno constitucional y bastante popular, de...?

–Ninguno. Y eso probablemente haga toda la diferencia. Tuvimos un problema de origen: leímos mal la ejecución de Aramburu. Como leímos mal a Perón; con trampa para con nosotros mismos, quizás lo leímos mal porque así lo quisimos. Quizás también Perón quiso que lo leyéramos mal. Pero la historia efímera de los Montoneros está tan llena de autocríticas increíbles por cosas inauditas perpetradas que no me siento cómodo haciendo una más. No me gustaban las autocríticas ni entonces ni ahora, aunque por razones tal vez algo diferentes.

–Dardo, lo anoto, ya hablaremos de eso –dijo Antonio desfachatadamente–. Puede que hayan leído muy mal el éxito estratégico del “aramburazo”, en lo que se refiere precisamente a la magnitud del consentimiento popular y al para qué de ese consentimiento. O que hayan leído mal a Perón, resolviendo que el general bendecía sin medias tintas la guerra revolucionaria, y por ende les abría un campo de autorizaciones infinito en la masa popular. Pero aun así, ustedes tenían una visión, diría, previa. Esa visión identificaba política y violencia. No nació en Montoneros. Y era auténticamente peronista. Y no la estoy defendiendo, de ningún modo, apenas definiendo.

–Sí, Antonio, ya sé que no la estás defendiendo, te tengo muy manyado. Esa visión se remonta al peronismo clásico, como te gusta decir.

–Sí. Y es más de derecha que de izquierda, o al menos hay un empate.

–Pongamos –dijo Dardo–. También liberal. El de la guerra justa era San Agustín, pero ¿quién dijo que “el árbol de la libertad debe ser vigorizado de vez en cuando con la sangre de patriotas y tiranos: es su fertilizante natural”? ¿Eh?

Jefferson.

–Vos también tenés derecho a las chicanas –lo ignoró Antonio–. Pero fue esa identificación entre política y violencia que, aunque arranca claramente con el peronismo, llegó tan lejos en los setenta. Ahora, el punto. Podemos quedarnos con la violencia política y rechazar la militarización. Pero es solo un espejismo. No tanto las armas, como la organización militar, está ahí esperando, sin prisa y sin pausa. Si identificamos política y violencia, ¿cómo podemos eludir la militarización?

–No sé, Antonio –intervino la Negra inopinadamente–, me parece que nadie se transforma en pelotudo, o en crápula, porque las organizaciones sean tales o cuales –enganchada en las calificaciones merecidas por algunos jefes, no había prestado la menor atención al hilo argumental.

–Se puede rechazar la militarización de la política –arremetió Antonio–, pero entonces, ¿se puede no rechazar la violencia? Sin una organización militar, ¿cómo se espera derrotar militarmente a un ejército, a un régimen dotado de potencia militar? Nuevamente, quien quiere el fin quiere los medios. Quien quiera triunfar en una guerra popular prolongada que se militarice y quien se militarice que asuma los dilemas inherentes a la militarización. No hay modo de escapar. Si aceptamos la violencia política, entonces no excremos la militarización, el burocratismo, el aparatismo, el verticalismo. ¿Hay, acaso, organizaciones militares democráticas? Algunos de ustedes abrigan esta ilusión. Y creer que organizaciones de esta naturaleza pueden ser emancipadoras para el pueblo me parece simplista. Imbéciles y canallas no liberan al pueblo, pero van a crecer como hongos después de la lluvia si aceptamos que el poder nace de la boca de un fusil.

–Yo nunca creí mucho en eso –lo interrumpió Dardo–. Miren, hoy sé, quizás sea la única cosa nueva que sé, después de cuarenta años, que guerra revolucionaria es un oxímoron. No me compré nunca del todo ese concepto, ni el de guerra popular prolongada. Para mí la revolución estaba al alcance de la mano y era mi peronismo. Siempre, siempre, creí en la violencia. Pero la violencia era aplastar a los burócratas, los traidores; no era una cuestión vietnamita, ni siquiera argelina, ni siquiera cubana. Era una cuestión sobre todo interna al movimiento. Y ahí el Viejo jugaba un papel, pero ¿cuál? En El Descamisado yo escribía cosas tales como: “A los decretos se les opone la organización y la movilización peronista. A los tiros se le opondrán los tiros si ellos insisten en provocarlos”. El

Consejo Provisorio del partido, tras la muerte del Viejo, confirmó todas mis sospechas históricas. Ellos cerraban el paso, y no podían ganar una elección interna ni en pedo. Si era necesario había que liquidarlos, y éramos muchos los que pensábamos en eso, no en la guerra popular. Pero los tiros desfondaron la política aunque la política era la de los tiros. Quedaron los que sí creían en la guerra popular prolongada.

La Negra y Antonio lo escucharon, plácidos; revisaban mentalmente los diálogos pasados. ¿No había matices contradictorios en las palabras de Dardo?

–Pero volvamos a tu pregunta, que era buena –dijo un Dardo ya cansado a esa altura de la jornada–. ¿Hay organizaciones militares democráticas? ¿Por qué tendrían que serlo? En la biblioteca de los Elíseos hay una pintura, no sé si el original o una copia, muy conocida.

–Los administradores helénicos –dijo Ignacio, solícito– tienen hábitos de intercambio con sus correspondientes de los cielos católicos y de otros credos con veleidades culturales.

–Una obra maestra del siglo XVI, Los embajadores, de Hans Holbein. En el reino de los vivos se cree que el original está en la Galería Nacional de Londres.

–Sí –dijo Antonio–. Sí, sí.

–La pintura representa a dos diplomáticos envueltos en las complicadísimas luchas dinásticas y religiosas de la época. Eran ambos, por ende, miembros de una élite reducidísima e inmensamente poderosa, en tiempos en que la biopolítica estaba aún en pañales. Son hombres jóvenes, de rostro sereno, están dispuestos casi simétricamente, de pie, y ambos miran fijamente al espectador. Pero en la parte inferior del cuadro, y dando claramente la impresión de estar fuera del plano de la representación, hay un objeto extraño, que está como... no sé, como superpuesto, como adherido a un hipotético cristal, el efecto es que está parcialmente fuera del cuadro. Por encima de él se acumulan diversos artefactos intensamente simbólicos, que sí están en el plano pictórico, entre ambos dignatarios. Pero este objeto, fuera del cuadro, es enigmático.

Dardo se detuvo unos segundos.

–Yo conocía el cuadro antes de... venir para aquí; el padre de María Cristina lo apreciaba mucho y me había mostrado una reproducción. Pero solo aquí pude

examinarlo con detenimiento. La imagen extraña es una anamorfosis, ustedes saben, algo que se presenta ininteligible desde un ángulo de mira y perfectamente legible desde otro. Para un espectador que se coloca, como es común, delante del cuadro, la imagen es abstrusa. Puede intuir, tal vez por el color, que se trata de hueso, un blancuzco hueso humano. Es una calavera. Para corregir la perspectiva y verla como tal es preciso... colocarse en un punto de mira difícil: prácticamente en el plano físico del cuadro, fuera de su perímetro, a la izquierda. Eso no puede hacerse en la National Gallery pero sí aquí. En Londres muchos visitantes llevan una cucharita. No sé qué ganan con eso; apenas ver un cráneo, llevado a la tela con mano maestra. El cuadro es extraordinario porque ese cráneo, que para mí no es otra cosa que la muerte, no se puede ver. Los embajadores no ven a la muerte. A pesar de que cargan en sus alforjas con miles de muertes, no la ven. Miran fijamente al espectador, con una mirada escrutadora, como si lo inspeccionaran. Hay pocos cuadros, incluyendo a los retratos célebres, con miradas tan fijas, tan directas, tan penetrantes, dirigidas al espectador, menos aún miradas dobles. El espectador no puede escapar de ellas, la única forma es huir de ahí. Si permanece e intenta apartar su mirada de la mirada taladrante de los embajadores, sus ojos irán hacia una masa informe, blancuzca. Esa masa es la muerte, solo que él no lo sabe, todavía. Para ver la muerte ha de aproximarse lo suficiente al suelo, al suelo físico y al suelo del plano imaginario del cuadro. Pero los embajadores, que llevan la muerte en sus alforjas, nunca la verán, están demasiado ocupados en escrutar al espectador. La muerte está ahí, pero no se puede ver. La muerte se convierte en un hueso blancuzco, en un número. Los embajadores son gente seria; tienen ideales, valores, anhelos; tienen compromisos, responsabilidades. Andan cargando la muerte en sus alforjas. Pero no la ven.

Dardo había terminado. Antonio y la Negra quedaron perplejos con la alegoría. Se prestaba a varias interpretaciones. Antonio tuvo un impulso repentino. Leyó:

–“La diseminación de la disciplina en la sociedad hace que la conducta de obediencia tenga un alto consenso adentro y afuera de las instituciones armadas, la posibilidad de desobedecer resulta prácticamente impensable. El subordinado es como un prisionero, cuya vida está sujeta dentro de la institución. Pero, además, la aceptación de la obediencia como natural es la clave del reconocimiento de la autoridad instituida”. Les pregunto, ¿de qué está hablando aquí Pilar Calveiro? ¿De las fuerzas armadas del Estado o de las organizaciones guerrilleras? Palabra más palabra menos, y si se deja de lado el hecho nada secundario de que la “conducta de obediencia” nunca tuvo en la Argentina ese

consenso pleno que ella cree percibir, lo dicho podría aplicarse tanto a unas organizaciones como a otras.

–No jodas, Antonio. Nadie ve la muerte en ese cuadro –el intercambio parecía ya un diálogo de sordos–. El espectador, que no ve la muerte, es muy fácil de engañar. Paz entre los Estados, paz interior, orden. Las clases no luchan entre sí, ¿no es cierto? Los embajadores no precisan mirarla, por más que sean sus principales administradores. Pero hay un grupo obsesionado por mirar la muerte a los ojos. Procura encontrar el lugar desde el cual la muerte, que todo el mundo sabe que está aun cuando se le olvide, se hace visible.

Epílogo

–Sí, María Cristina había conservado las siete banderas que llevamos a Malvinas y se las dio a su tocaya en aquel homenaje. Después entró en una reclusión perpetua, no recibe a nadie, no sale nunca. No me importan las siete banderas, Negrita, pero lamento que la palabra relato haya ganado una acepción poco feliz. Dentro de ese relato, nuestras vidas no caben bien, caben mejor nuestras muertes. Me chiva bastante eso; no es mi muerte la que da sentido a mi vida. Es mi vida.

Dardo puso allí todo su énfasis, un énfasis calmo, grave y lleno como un do arrancado de un contrabajo.

–Ellos creen... bah, es un decir... en una violencia sacrificial... es la sacralización de la muerte... Y definen hasta el futuro de los hijos de las víctimas. Las convierten en víctimas eternas, y en los seguidores eternos de la vida de sus padres... Marx escribió, leí antes de que me mandaran para acá, que el peso de las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Suficiente, ya con eso todos tenemos hasta demasiado. No hay por qué agregarle delirios de nuestra propia cosecha.

La Negra lo miró a Dardo como miraría a un marciano. No podía creer lo que estaba escuchando. Por un momento pensó que no hablaba en serio.

–Pero, ¿y los que sobrevivieron, Dardo?

–Dan lástima. Me recuerdan esa anécdota que relata Koestler en sus memorias... El verdugo asestó un golpe tan perfecto con su cimitarra que el condenado ni se dio cuenta. El verdugo tuvo que pedirle, por gentileza, que inclinara un poco el torso para que cayera la cabeza. Están los que se dedicaron a otra cosa, a una profesión, a hacer vino, no sé, y a esos los respeto bastante. Están los que no cambiaron, saben que no viven en ese tiempo pero juegan a que no lo han advertido, y me dan pena. Dedicán su esfuerzo a cincelar sus propias esculturas. Están los que cambiaron de registro político, y me dan lástima también; en el fondo creen que están en la justa, como antes estuvieron en la justa. Y están los

nuevos, me dan mucha lástima... Son los que más lástima me dan, esos pichones. Tienen nostalgia por un pasado que no vivieron. Y no hay nostalgia peor. Y como no lo vivieron, no lo quieren comprender, lo quieren vivir. Y como es imposible lo actúan, teatralmente hablando: con una retórica, una pose, un nombre. Recuerdo un cuento de Marechal que refuta el primero vivir, después pensar. Ellos no pueden pensar, no precisan pensar.

Tomados de la mano, andaban la Negra, Antonio y Dardo por caminos de vergel, solazándose, tristes, en la contemplación de la variedad de flores y, de cuando en cuando, más por hacer honor a las delicias de los Campos Elíseos que por satisfacer un apetito primario, probando alguna pieza de los innumerables árboles frutales que se ofrecían a su alcance.

—No, no —exclamó Dardo, efusivo—. Yo no creo ser el único. Mi hipótesis es que somos muchos, por lo menos unos cuantos. Lo que pasa es que... ¿cómo podríamos ser felices si tuviéramos que compartir el tiempo eterno del paraíso entre nosotros?

Llegaron así a un cruce de senderos, poblado de almas que platicaban animadamente entre sí. Dardo los desestimó con un gesto de suficiencia.

—Hace apenas cuarenta años que estoy, y ya me sé de memoria estas conversaciones. Deliberan eternamente sin llegar a ninguna conclusión. La primera vez impresiona muy bien. Después de todo, qué joder, en la tormenta del mundo, girando en el torbellino que nos llevaba a su voluntad mientras nosotros creíamos que al giro lo provocábamos nosotros, también nuestras discusiones eran interminables, y perfectamente circulares. Pero al cabo me fastidian un poco.

Era hablar por hablar, poner sordina a la despedida inminente. Se acercaron a un grupo compuesto por jóvenes, de esos, a todas luces, amados por los dioses. Dardo también era joven. Enfilaban ahora por un camino neblinoso, el último.

Antonio contuvo su emoción. No así la Negra.

—Te vamos a extrañar —dijo. Y esto diciendo, largo llanto bañaba su rostro: tres veces probó la Negra echarle los brazos al cuello; tres, la imagen, en vano asida, se escapó de entre sus manos como un aura leve o como alado sueño.

—Dale, Negra —dijo Antonio, sombrío e imperativo—, cortala con eso.

–No tiene por qué –intercedió Dardo–; la memoria no debe acuciarnos siempre. La Negra ha olvidado que yo no soy, y que me niego a beber en el Leteo para poder ser destinado por el hado a animar otro cuerpo. Por suerte no me insisten.

FIN

Buenos Aires, agosto de 2017-julio de 2019

Bibliografía

Abós, Álvaro (2005), *Cinco balas para Augusto Vandor*, Buenos Aires, Sudamericana,.

Aboy Carlés, Gerardo (2005), “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”, *Estudios Sociales*, 28(1): 125-149, Santa Fe.

Agamben, Giorgio (2015), *Stasis. La guerra civil como paradigma político*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora.

Altamirano, Carlos (2007), *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Biblioteca del pensamiento argentino, Buenos Aires, Emecé.

Amato, Fernando y Boyanovsky Bazán, Christian (2008), *Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada*, Buenos Aires, Sudamericana.

Amorín, José (2005), *Montoneros: la buena historia*, Buenos Aires, Catálogos.

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín (1997-1998), *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, 1966-1973, 1973-1976 y 1976-1978*, Buenos Aires, Norma.

Bardini, Roberto (2002), Tacuara. La pólvora y la sangre, México, DF, Océano.

— (2003), “El vuelo de los cóndores”, Movimiento Bambú.

Baschetti, Roberto (1997), Documentos de la Resistencia Peronista, 1955-1970, col. Campana de Palo, Buenos Aires, De la Campana.

Benedicto XV (1919), “Carta apostólica sobre la propagación de la fe católica en el mundo”, San Pedro, Roma.

Benítez, Hernán (1948), “Unamuno y la existencia auténtica”, Revista de la Universidad de Buenos Aires, 2(7), julio-septiembre, Buenos Aires.

Beraza, Luis Fernando (2005), Nacionalistas. La trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983), Buenos Aires, Cántaro.

Bonasso, Miguel (2000), Diario de un clandestino, Buenos Aires, Planeta.

— (2012), Cámpora. El presidente que no fue. Los archivos ocultos del peronismo, Buenos Aires, Planeta.

Borges, Jorge Luis [1940] (1944), “Las ruinas circulares”, Ficciones, Buenos Aires, Emecé.

— (1944), “El milagro secreto”, Ficciones, Buenos Aires, Emecé.

— (1965), “Milonga de Jacinto Chiclana”.

Bradbury, Ray [1953], Fahrenheit 451, numerosas ediciones.

Bufali, Andrés (2004), Con Soriano por la ruta de Chandler (y otras crónicas de los setenta), Buenos Aires, Seix Barral.

Bufano, Sergio y Lotersztain, Israel (comp., 2010), La marcha. Los muchachos peronistas, Buenos Aires, Ejercitar la Memoria.

Cabo, Dardo (1971), “Tiempo: 1968. Lugar: Ushuaia y La Plata. Protagonistas: Guerrilleros de Taco Ralo y Dardo Cabo. Reportaje de cárcel a cárcel”, Nuevo Hombre, 1(1), julio, Buenos Aires.

— (1973), “Ante la muerte de José Rucci”, El Descamisado, 1(20), 2 de octubre, Buenos Aires.

— (1974), “Evita combatiente: la milicia peronista”, La Causa Peronista, 1(4), julio.

Cabo, Dardo y Roa, Ricardo (1971), “La lucha interna en el movimiento peronista. La contrarrevolución viene por dentro (1945-1955). Duros y negociadores cuestionan las tácticas de Perón (1955-1962)”, Nuevo Hombre, 8-9, septiembre, Buenos Aires.

Calveiro, Pilar (2013), Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años setenta, Buenos Aires, Siglo XXI.

Carlyle, Thomas [1840] (1985), Los héroes, col. Biblioteca de la historia,

Madrid, Sarpe.

Carnovale, Vera (2005), “El concepto del enemigo en el PRT-ERP”, *Lucha Armada en la Argentina*, 1, Buenos Aires.

— (2011), *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Carulli, Liliana, Caraballo, Liliana, Charlier, Noemí y Cafiero, Mercedes (2000), *Nomeolvidos. Memoria de la Resistencia Peronista (1955-1972)*, Buenos Aires, Biblos.

Casas, Nelly (1973), *Frondizi. Un historia de política y soledad*, serie *Archivo Secreto*, Buenos Aires, La Bastilla.

Castiñeiras, Juan Cruz (2016), *Peronismo por sus protagonistas*, Buenos Aires, edición del autor.

Céline, Louis-Ferdinand (2013), *Viaje al fin de la noche*, Buenos Aires, Edhasa.

Cercas, Javier (2017), *El monarca de las sombras*, Buenos Aires, Random House.

Chiaromonte, Juan Carlos (2013), *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Sudamericana.

Confederación General del Trabajo, Confederación General Económica (1955), Congreso nacional de Productividad y Bienestar Social, Buenos Aires.

Cooke, John William [1964] (2010), Apuntes para la militancia, Buenos Aires, Schapire editor.

— (1971), Peronismo y revolución, Buenos Aires, Papiro.

Cortés, Juan Donoso (s.f.), Noción del pueblo, Biblioteca Internacional de Obras Famosas, t. XVII, Buenos Aires.

De Ípola, Emilio (1987), “Crisis y discurso político en el peronismo actual: el pozo y el péndulo”, El discurso político. Lenguajes y acontecimientos, Buenos Aires, Hachette.

— (2005), La bamba. Acerca del rumor carcelario y otros ensayos, Buenos Aires, Siglo XXI.

Doyon, Louise (s.f.), “Notas de investigación”, Archivo de la Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires.

Duzdevich, Aldo, Raffoul, Norberto y Beltramini, Rodolfo (2015), La lealtad. Los montoneros que se quedaron con Perón, Buenos Aires, Sudamericana.

Eliashev, Pepe (2006), Lista negra. La vuelta de los setenta, Buenos Aires, Sudamericana.

Escalante Gonzalbo, Fernando (1995), *El Principito o Al político del porvenir*, México, Cal y Arena.

Extra (revista), 48 (julio de 1969) a 77 (noviembre de 1971), Bernardo Neustadt (dir.), Buenos Aires.

Fernández Mouján, Alejandro (2007), *Pulqui. Un instante en la patria de la felicidad* (documental).

Foucault, Michel (2010), *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros*, II, Buenos Aires, FCE.

Freud, Sigmund [1914] (1978), “El Moisés de Miguel Ángel”, *Obras completas*, t. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu.

— [1920-1922] (1992), “Psicología de las masas y análisis del yo”, *Obras completas*, t. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu.

Galasso, Norberto (2012), *La compañera Evita. Vida de Eva Duarte de Perón*, Buenos Aires, Colihue.

Gallo, Klaus (1994), *De la invasión al reconocimiento. Gran Bretaña y el Río de la Plata 1806-1826*, Buenos Aires, AZ.

Gambini, Hugo (1999), *Historia del peronismo*, vol. I, Buenos Aires, Planeta.

García, Héctor Ricardo (1993), Cien veces me quisieron matar, Buenos Aires, Planeta.

Gargarella, Roberto (2010), Nos, los representantes. Crítica a los fundamentos del sistema representativo, Buenos Aires, Miño y Dávila.

Gascón, Juan (2007), “Los dos ‘lo que se decía’”, XI Jornadas Interescuelas, Universidad de Tucumán.

Genta, Jordán Bruno (1970), El nacionalismo. Una incógnita en constante evolución, col. Tradición Familia y Propiedad, Buenos Aires.

Gillespie, Richard (1987), Soldados de Perón. Los Montoneros, Buenos Aires, Grijalbo.

Gorbato, Viviana (1992), Vandor o Perón, Buenos Aires, La Urraca.

Grabois, Roberto (2014), Memorias. De Alfredo Palacios a Juan Perón (1955-1974), Buenos Aires, Corregidor.

Grassi, Ricardo (2015), El Descamisado. Periodismo sin aliento, Buenos Aires, Sudamericana.

Greenblatt, Stephen (2012), *El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno*, Barcelona, Crítica.

Grimsley, Ronald (1977), *La filosofía de Rousseau*, Madrid, Alianza.

Gutman, Daniel (2012), *Tacuara. Historia de la primera guerrilla urbana argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

Halperin Donghi, Tulio (2008), *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Hilb, Claudia (2010), *Silencio, Cuba. La izquierda democrática frente al régimen de la revolución cubana*, Buenos Aires, Edhasa.

— (2013), *Usos del pasado. Qué hacemos hoy con los setenta*, Buenos Aires, Siglo XXI.

— (2018), *¿Por qué no pasan los setenta? No hay verdades sencillas para pasados complejos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Homero (1945), *La Ilíada*, Buenos Aires, Anaconda.

— (2016), *La Odisea*, Buenos Aires, Penguin Random House.

Ivancich, Norberto (2007), *Escritos peronistas*, Buenos Aires, Sudamericana.

Ivancich, Norberto y Wainfeld, Mario (1983), “El gobierno peronista 1973-1976: los Montoneros”, *Unidos*, 1(2), parte I, julio; 1(3), parte II, diciembre, Buenos

Aires.

James, Daniel (1990), Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976, Buenos Aires, Sudamericana.

Jauretche, Arturo (1975), Enfoques para un estudio de la realidad nacional, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur.

Jozami, Eduardo (2014), 2922 días. Memorias de un preso de la dictadura, Buenos Aires, Sudamericana.

Kabat, Marina (2012), “El Congreso de la Productividad de 1955. Un análisis desde los enfrentamientos de la industria del calzado”, Razón y Revolución, 17, Buenos Aires.

— (2015), “1954, el Congreso de la Productividad: primer intento de flexibilidad laboral”, El Aromo, 9, Buenos Aires.

Korn, Francis (2016), Clases sociales y otras confusiones en la investigación social, Buenos Aires, Eudeba.

Kreimer, Carlos (2018), “El incendio de la Casa del Pueblo, 1953”, Todo es Historia, 539, marzo, Buenos Aires.

Larraquy, Marcelo (2010), De Perón a Montoneros. Historia de la violencia política en la Argentina. Marcados a fuego II (1945-1973), Buenos Aires, Aguilar.

Larraquy, Marcelo y Caballero, Roberto (2000), Galimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA, Buenos Aires, Norma.

Leis, Héctor (1991), *Intelectuales y política (1966-1973)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Locke, John [1689-1690] (2017), *Carta sobre la tolerancia*, Create Space Independent Publishing Platform.

López Rosetti, Daniel (2017), *Historia clínica*, Buenos Aires, Divulgación.

Lukacs, John (1998), *O Hitler da história*, Río de Janeiro, Jorge Zahar.

Luna, Félix (2000), *Perón y su tiempo, t. I: La Argentina era una fiesta*, Buenos Aires, Sudamericana.

— (2003), *Los gobiernos peronistas (1945-1976)*, Buenos Aires, La Nación.

Malraux, André (1972), *La hoguera de encinas*, Buenos Aires, Sur.

Martínez, Tomás Eloy (1995), *Santa Evita*, Buenos Aires, Planeta.

Melo, Julián (2009), *Fronteras populistas. Populismo, peronismo y federalismo*

entre 1943 y 1955, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Mendoza, Juan (2011), *El guerrero de la periferia. Biografía de Jorge Rulli*, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo.

Movimiento Nueva Argentina, Consejo Nacional de Militantes (1961-2007), documentos, declaraciones.

Navarro, Marysa (1994), *Evita*, Buenos Aires, Planeta.

Noriega, Gustavo (2017), *Diccionario crítico de los setenta*, Buenos Aires, Margen Izquierdo.

Ollier, María Matilde (1986), *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

— (1998), *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Buenos Aires, Ariel.

Ortiz, Néstor (2015), *¿Peronistas de Perón? Historia testimonial del encuadramiento de la Juventud Peronista*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional.

Ortiz, Sebastián (2009), “El Congreso de la Productividad como momento de la lucha de clases”, XII Jornadas Interescuelas, Universidad Nacional del Comahue.

Ossona, Jorge (2014), *Punteros, malandras y porongas. Ocupación de tierras y usos políticos de la pobreza*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Palermo, Vicente (2004), “Entre la memoria y el olvido: represión, guerra y democracia en la Argentina”, en Marcos Novaro y Vicente Palermo (comps.), *La historia reciente. Argentina en democracia*, Buenos Aires, Edhasa.

— (2007), *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*, Buenos Aires, Sudamericana.

— (2012), “La vida política argentina (1960-2000)”, en Mariano Plotkin (ed.), *Argentina. La búsqueda de la democracia*, Buenos Aires, Taurus.

Panella, Claudio (2012), “La CGT tiene su periódico. La experiencia del diario La Prensa”, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, La Plata.

Periódico oficial del Movimiento Nueva Argentina (2, octubre de 1962; 11, septiembre de 1965; 15, agosto de 1966; s.n., primer semestre de 1967).

Perón, Eva (s.f.), *Eva Perón. Su palabra. Su pensamiento. Su acción*, Subsecretaría de Informaciones, Presidencia de la Nación.

Perón, Juan Domingo (1949), “La comunidad organizada”, *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía*, t. I, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

— [1956] (1958), *La fuerza es el derecho de las bestias*, Montevideo, Cicerón.

- (1968), *La hora de los pueblos*, Buenos Aires, Norte.
- (1967), *Cómo salvar a la Argentina*, Córdoba, Mundo Justicialista.
- (1970), *Carta a Pedro Badanelli*, 17 de septiembre, Madrid.
- (1971), *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder* (película del Grupo Cine Liberación).

Piñeiro Iñíguez, Carlos (2013), *Perón. La construcción de un ideario*, Buenos Aires, Ariel.

— (2013), Hernández Arregui. *Una interpretación marxista del peronismo*, Buenos Aires, Peña Lillo.

Plotkin, Mariano (1994), *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Ariel.

Pozzi, Pablo (coord., 2016), *Rebeldes e inconformistas. Procesos de politización y rebelión en América Latina*, Buenos Aires, Imago Mundi.

Presidencia de la Nación, *Control de Estado (1950)*, La Nación Argentina, Justa Libre y Soberana, 3ª ed., Buenos Aires.

Primo de Rivera, José Antonio (1945), *Obras completas*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular de FET y de las JONS.

Quiroga, Hugo (2016), *La democracia que no es. Política y sociedad en la Argentina (1983-2016)*, Buenos Aires, Edhasa.

Rabelais, François [1532] (1944), “Las hazañas y hechos horribles y espantosos del muy renombrado Pantagruel, Rey de los Dipsodas, hijo del gran gigante Gargantúa”, en Obras completas, Buenos Aires, Anaconda.

Raimundo, Marcelo (2010), “La política armada en el peronismo: 1955-1966”, Historiapolítica.com.

Rearte, Gustavo (s.f.), “Violencia y tarea principal”, Política, cultura y sociedad en los setenta, 7.

Reato, Ceferino (2009), Operación Traviata. ¿Quién mató a Rucci?, Buenos Aires, Sudamericana.

Rein, Raanan (2006), Juan Atilio Bramuglia. Bajo la sombra del líder, Buenos Aires, Lumiere, Universidad de Tel-Aviv.

Ridley, Jasper (1997), Tito, Buenos Aires, Javier Vergara.

Rollano, Eduardo (2010), La maravillosa juventud, Buenos Aires, Ciccus.

Ruffini, Martha (2016), “Poder y violencia en Argentina durante la década de 1960. La trama del atentado al ex presidente Arturo Frondizi”, Nuevos Mundos [en línea], 16(1), julio.

Salas, Ernesto (2003), *Uturuncos. El origen de la guerrilla peronista*, Buenos Aires, Biblos.

— (2015), *La resistencia peronista. La toma del frigorífico Lisandro de la Torre*, Buenos Aires, Punto de Encuentro.

Sampay, Arturo (1974), *Constitución y pueblo*, Buenos Aires, Cuenca.

Senén González, Santiago y Bosoer, Fabián (2009), *Saludos a Vandor. Vida, muerte y leyenda de un Lobo*, Buenos Aires, Vergara.

Sereny, Gitta (2006), *Albert Speer. Su lucha con la verdad*, Madrid, Ediciones B.

Shakespeare, William (1960), *Julio César*, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar.

Sigal, Silvia (2008), “El peronismo como promesa”, *Desarrollo Económico*, 48(190-191), julio-diciembre, Buenos Aires.

Sigal, Silvia y Verón, Eliseo (1982), *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Legasa.

Slipak, Daniela (2015), *Las revistas montoneras*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Sowter, Leandro (2016), “Productividad o dignificación: dilemas de la Argentina peronista en la subcomisión para el equilibrio de precios y salarios de 1952”, H-

industri@, 10(19).

Tarruela, Alejandro (2005), *Guardia de Hierro*, Buenos Aires, Sudamericana.

— (2007), *Historias secretas del peronismo. Los capítulos olvidados del Movimiento*, Buenos Aires, Sudamericana.

The Encyclopædia Britannica (1910), *Elysium*, vol. IX, 11^a ed., Cambridge, Cambridge University Press.

Tolstói, León [1869], *La guerra y la paz*, numerosas ediciones.

Torre, Juan Carlos (1998), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana.

— (2006), *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Tres de Febrero.

— (2012), *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Velazco, Carlos (2010), *¿Y si invadimos las Malvinas? La trama secreta de la Operación Cóndor*, Buenos Aires, Fabro.

Verrier, María Cristina (1985), *Teatro 1960-1981*, Buenos Aires, edición de la autora.

Vezzetti, Hugo (2009), Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos, Buenos Aires, Siglo XXI.

Virgilio, Publio (s.f.), La Eneida, serie Clásicos, Maucci.

Voss, Carlos Alberto (s.f.), La oligarquía financiera internacional, Buenos Aires, Nueva Argentina.

Zanatta, Loris (2009), Eva Perón. Una biografía política, Buenos Aires, Sudamericana.

— (2013), La internacional justicialista. Auge y ocaso de los sueños imperiales de Perón, Buenos Aires, Sudamericana.

— (2014), El populismo, Buenos Aires, Katz.

Zicolillo, Jorge (2013), La era de los culatas. La derecha peronista y el patoterismo sindical, Buenos Aires, Javier Vergara.

Agradecimientos

A lo largo de los dos años que me llevó la redacción de este libro, quedé en grata deuda con muchos amigos y colegas. Quiero nombrar aquí a Gerardo Aboy Carlés, Pascual Albanese, Luis María Bandieri, Alejandro Bonvecchi, Fabián Bosoer, Jorge Brugnoli, Sergio Bufano, Lila Caimari, Néstor Corona, Roberto Digón, Laura Eberhardt, Claudia Hilb, Luis Kon, Iván Llamazares, Sergio Morresi, Marcos Novaro, Néstor Ortiz, Octavia Palermo, Oscar Palmiero, Carlos Piñeiro Iñíguez, Luis Rappoport, Jorge Raventos, Ceferino Reato, Oscar Salvadores, Daniela Slipak, Juan Carlos Torre, Paula Viale, Mario Wainfeld. Ellos me ayudaron a pensar, leyeron capítulos, me facilitaron información, publicaciones casi inhallables, contactos, pistas. Espero no olvidarme de nadie. Con todo, la mayor deuda de gratitud la tengo con cuatro grandes amigos que me ayudaron con generosidad e inteligencia fuera de lo común, desde el principio. Ellos son: Álvaro Abós, Adriana Karszenbaum, Francis Korn y Carlos Ruvira. Por fin, no puedo dejar de expresar mi reconocimiento a Ana Galdeano, Caty, por su impresionante tarea de edición y su paciencia conmigo, y a Carlos Díaz, por su osadía editorial.

También les quedo profundamente agradecido a todos los entrevistados, a saber: Álvaro Abós, Osvaldo Agosto, Ricardo Ahe, Luis María Bandieri, Fabián Bosoer, Rodolfo Brieva, Jorge Brugnoli, Andrés Castillo, Emiliano Costa, Pedro Del Piero, Roberto Digón, Norberto Galasso, Roberto Grabois, Juan Carlos Dante Gullo, Julián Melo, Héctor Muzzopappa, Néstor Ortiz, Alfredo Ossorio, Alejandro Peyrou, Alejandra Pfaffendorf, Jorge Raventos, Américo Rial, Ricardo Roa, Eduardo Bachur Rollano, Jorge Rulli, Carlos Ruvira, Ema Tacta de Romero, Jorge Taiana, Pancho Talento, Agustín Tirelli.